UNA HISTORIA DE AMORES CRUZADOS DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

FERNANDO DE ARTACHO

El trono y el altar



Lectulandia

El 2 de mayo de 1808, el capitán Luis Daoíz se levanta contra los franceses que ocupan Madrid. En aquellas escaramuzas también interviene su sobrino, Fernando Tello de Portugal, barón de Acay, y con él podrá revivir el lector las diferentes vicisitudes que se suceden hasta el final de la Guerra de la Independencia. Pero El trono y el altar es algo más que una historia de la guerra contra los franceses. A partir de un juego de espejos que enfrentan la amistad y el amor, esta novela también narra una conmovedora historia de amores cruzados, y un efervescente relato de aventuras sobre las desconocidas guerras guaraníes en las reducciones jesuíticas españolas y sobre las campañas inglesas contra los insurrectos en la India. Amores, enemistades, sacrificio, cobardía, heroísmo todo lo mejor y lo peor de aquella época tumultuosa se da cita en estas páginas que desde el principio atraparán la atención del lector.

Fernando de Artacho

El trono y el altar

ePub r1.0
Titivillus 04.05.2022

Fernando de Artacho, 2008

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A mi abuelo, el comandante don Miguel Pérez-Blázquez, a sus hermanos los capitanes don Generoso y don Pedro-Bruno, y a quienes como ellos, dieron la vida por España y sus ideales.

I

Sevilla, 1798

El primer día de curso el solemne pórtico del Colegio de las Becas se abrió para recibir la llegada de lujosos carruajes con puertas blasonadas; entregaban los benjamines de la familia en las manos educandas de la Compañía de Jesús. El rector y el claustro de profesores recibían a los padres de familia para cumplimentarlos; luego, cada alumno entraba en el colegio de manos de su tutor.

El primer acto era la misa de acción de gracias por el nuevo curso que ahora comenzaba. La Eucaristía fue de gran solemnidad; presidida por el rector, concelebraban más de veinte sacerdotes asistidos por un mayor número de acólitos y monaguillos. Los alumnos ocupaban lugar en la bancada según el curso que iban a iniciar.

Terminada la acción de gracias se formaron las filas de colegiales en el patio. Los tutores dejaban unos minutos de recreo para que los alumnos se saludaran tras las vacaciones que los habían mantenido separados. Luego, cada curso iba a su aula correspondiente: eran amplios salones con pupitres en madera finamente tallados. El olor al barniz de los últimos retoques flotaba en el ambiente.

El tutor del curso comenzó pasando lista para comprobar la asistencia de los alumnos matriculados. A todos les dedicó unas gratas palabras de bienvenida en general y en particular a los que ya conocía de otros años.

—Don Miguel Arias de Saavedra y Maldonado —comenzó a enumerar un circunspecto jesuita que miraba con unos ojos pequeños y penetrantes tras unas escuetas lentes de oro.

—Servidor de vuestra paternidad.

—Sois nuevo en este curso, espero que estéis a la altura de vuestro hermano Íñigo que ya acaba su preparación en Salamanca.

—Don Pedro Caro de Guzmán y Céspedes.

—Servidor de vuesa merced.

—Me alegro de volver a tenerle como alumno este año. Ya saludé a sus señores padres.

Así continuaba el listado uno a uno hasta completar los veinte alumnos del aula. De vez en cuando paraba su tarea lectora para hacerles ver que ya eran unos hombres, el que no había cumplido los trece años, a punto estaba de hacerlo.

—Don Fernando Tello de Portugal y Zúñiga, Barón de Acay.

—Servidor —contestó un joven de rostro moreno con angulosas facciones, abundante cabello azabache, ensortijado en la nuca, y grandes ojos negros.

—He tenido el placer de saludar a su señor tío el mariscal, y hacerle saber lo orgulloso que estoy de usted. El pasado año vuestra aplicación descolló entre la mayoría del alumnado.

El sacerdote continuaba con su listado.

—Don Enrique Vélez de Medrano y Campbell-Golgray.

—Servidor de su paternidad —respondió un joven de rojiza cara afinada, pelo rubio rizado y rasgados ojos azules.

—No he podido saludar a sus padres. Me dijo el mayordomo que están de viaje.

—Así es padre Jáuregui, aún están en Londres con asuntos de mi familia materna.

Una vez terminado de pasar lista, el sacerdote dio el resto del día libre al alumnado, no sin hacer serias advertencias de lo que cada joven debía dar de sí mismo en bien de su educación y propio beneficio. Serían los herederos de ilustres casas, de prósperos negocios y de grandes fortunas, y en ellos los padres habían puesto todas sus esperanzas.

La chiquillería salió como una turbamulta al patio, allí se hicieron los coros de camaradas. Fernando y Enrique se fundieron en un fuerte abrazo, eran amigos desde su más temprana niñez. En el leve recreo, tras la misa, apenas habían podido hablar, pues se acercaba una multitud de compañeros para saludar.

—¿Enrique, cuándo volviste de Londres? Hace dos semanas envié carta a tu casa, pero al no recibir contestación imaginé que no habíais regresado.

—Ha sido el año que más tarde he vuelto. Mis padres aún permanecen allí, tienen asuntos que arreglar. Me embarcaron, con parte del servicio, en un navío de la Armada Real Británica; al parecer, el capitán es primo segundo de mi madre. Llegué antes de ayer, pero no he tenido tiempo ni de ver la correspondencia. Venga a deshacer baúles y más baúles. Además, mi padre advirtió al servicio que solo podía salir los días de fiesta.

—Lo mejor es que ya estás aquí y podremos seguir con nuestras cosas.

—¿Has estado todo este tiempo en Sevilla?

—No, mis tíos se fueron a tomar los baños de Alhama y yo tenía que ir con ellos. Allí me aburrí de lo lindo; todos señores mayores, de mi edad poca gente y demasiado estirada. Lo mejor fueron mis paseos por el campo, con ellos sí he disfrutado mucho.

—Yo, como casi siempre, no tuve ocasión de aburrirme. Rara ha sido la semana que no hemos tenido que cumplimentar con visitas a algún pariente o amigo de mi madre. Parece mentira, solo tiene un hermano, pero más de cuarenta primos entre hermanos, segundos y hasta creo que terceros. Lo bueno es que allí había mucha gente de mi edad, sobre todo mujeres. Se ve que el género femenino abunda en mi familia. Hablando de mujeres, ¿has visto a Paula?

—Algunos días antes de irme a Alhama, pero a mi regreso la familia había marchado a Constantina. Volvieron la semana pasada, desde entonces solo la he visto una vez. Me ha dicho que esta semana tenemos que reunirnos, nos va a presentar a nuevas amigas.

—Tu tío ha escrito varias cartas a Londres. Mi padre le había pedido algunos favores en su ausencia.

—El mariscal se ha ocupado de todo, entre ello de tu matrícula.

—Tengo que darle las gracias en nombre de mi padre y en el mío propio.

—¿Y tu tío, Lord Thomas Campbell-Golgray, nos premiará este año con su estancia en Sevilla? Hace dos que no viene y antes pasaba los primeros seis meses en Sevilla. Es un hombre fantástico.

—Sí que lo es. Ya sabes, siempre con sus estudios. Está deseando volver a Sevilla, pero tiene que terminar un estudio arqueológico en nuestras tierras de Essex.

—¿Ahora se dedica a la arqueología? La última vez que hablé con él estudiaba la obra de unos filósofos ingleses.

—Es un gran humanista, la cultura llena su vida, creo que no se casó para no tener que repartir el tiempo entre los estudios y su mujer. Siempre imbuido en lecturas e investigaciones y cada día más despistado. Viene después de Navidades, en diciembre tiene que presentar un trabajo a la Real Sociedad Geográfica.

—Bueno, ¿te vienes a almorzar con nosotros? Al mariscal le gustaría verte.

—Y a mí saludarle. Avisaré al cochero para que regrese a casa y me recoja en la tuya al atardecer.

—Vale, tenemos muchas cosas de qué hablar.

Fernando había quedado huérfano cuando contaba seis años. Sus padres murieron en un trágico accidente. Volvían de la Corte en una jornada de lluvia cerrada y fuerte tormenta; un rayo cayó sobre uno de los árboles del camino, el estruendo y las astillas incendiadas espantaron a los caballos. La poca visibilidad y el embarrado del camino hicieron que patinaran las ruedas, el carruaje se despeñó por un barranco. Murieron todos los ocupantes: los padres, el cochero, su ayudante y dos criadas.

Fernando se encontró sin padres a temprana edad, con un título tan prestigioso en la ciudad como la Baronía de Acay, y una considerable fortuna. Su tío el mariscal, don Laureano de Zúñiga y Orozco, hermano mayor de la madre, se hizo cargo de la tutoría del menor. Cuando don Laureano partía en misión militar, su esposa doña Eugenia de Velasco se ocupaba de Fernando. El matrimonio no tenía hijos, educaban al sobrino dentro de la más estricta ortodoxia católica y de las reglas más severas de educación. Debía enfrentarse a la vida sabiendo las obligaciones que tenía para con Dios, la Patria y su linaje.

Jamás tuvieron que reprochar nada al joven, pues este les amaba y sabía que aquella educación era la misma que le hubieran proporcionado sus padres. Don Laureano era hombre sumamente inteligente; miembro del Consejo de Su Majestad, continuamente le llamaban a consulta en la Corte. Nunca impuso nada a su pupilo, intentaba que este se convenciera por sí mismo de la bondad de todo cuanto le aconsejaban en bien de su educación. Logró que su sobrino fuera brillante en los estudios y muy celebrado por su saber estar en sociedad, a pesar de su mocedad. El mariscal, con gran habilidad, le quería conducir a la carrera de las armas. Había una gran tradición castrense en la familia, el abuelo paterno de Fernando fue general y el materno almirante. Su propio padre ingresó en la Real Compañía de

Caballeros Guardias Marinas de San Fernando, fue alférez de navío. Este, a la muerte de su padre, tuvo que hacerse cargo de los negocios familiares, no podía estar todo el día embarcado. Pidió traslado a caballería, privilegio que le fue concedido por el rey; sin embargo, se retiró de capitán, pues sus propiedades y negocios le reclamaban todo el tiempo. Con gran pesar tuvo que abandonar la carrera de las armas, pero al menos, era capitán, hecho que valió para que le pusieran al mando de uno de los regimientos de las Milicias Provinciales de Sevilla.

El mariscal tenía ciertas dudas sobre la vocación castrense de su sobrino y ahijado, pues lo sostuvo en la pila de bautismo. Estas dudas se basaban en la gran afición por la lectura del joven. Ello no lo tenía por algo perjudicial, antes bien, lo consideraba beneficioso, él mismo era un buen lector, pero estimaba que el conocimiento de tan variadas disciplinas podía hacer que el ánimo de Fernando se inclinara por otra disciplina ajena a las armas. Sin embargo, no quería influir en nada, su única táctica era insuflar el ánimo del joven con hazañas guerreras de sus antepasados y hacerle ver las virtudes de la educación castrense. Servir a Dios, a la Patria y al rey, la máxima a la que debía aspirar todo verdadero caballero.

Lo cierto era que Fernando, a tan temprana edad, no sentía atracción especial por la milicia, y ello preocupaba a don Laureano, ya que solía ocurrir todo lo contrario con los niños de su edad. Cuando los amigos visitaban la casa, todos parecían estar más embelesados con las historias guerreras del mariscal que el propio Fernando. Sin embargo, era muy joven y aún podía mudar su ánimo, más si él era constante en sus pretensiones y sabía guiarlo con prudencia y buena mano.

—Buenas tardes mariscal —saludó Enrique—, siempre es un grato placer verle y disfrutar de su amena charla.

—Muchas gracias, hijo, también te deseo buenas tardes. Sabes que siempre eres bien recibido en esta casa; bueno, tú y toda tu familia a la que aprecio como propia. ¿Y tus padres?

—Aún están en Londres, con asuntos de familia. Me he venido con el mayordomo y el secretario de mi padre.

—¿Qué tal el viaje? ¿Verdad que es un placer navegar? Esto lo apreciarás a medida que crezcas, el mar es una maravilla insondable. A veces pienso que debí ingresar en la Real Armada en lugar de Caballería, pero si estoy aquí es porque así lo ha dispuesto el Señor.

—El viaje por mar ha sido muy bueno, las aguas no estaban muy enfurecidas, lo que me ha hecho disfrutar de la travesía. Salimos de Plymouth rumbo a Santander. Casi tres días de navegación, pues hubo que arreglar una avería del timón. Lo más pesado ha sido el viaje desde Santander. Mi padre tenía que haber buscado un navío directo a Sevilla, pero aprovecharon que el capitán del barco en el que viajé era pariente, así estaban más tranquilos.

—Tus padres sabrán, pero soy de la opinión que existe menos peligro viniendo a Sevilla por Sanlúcar de Barrameda que desde Santander. Hay muchos salteadores en esas rutas por las noches. La más mínima avería puede hacer que te quedes en el camino y te sorprenda la madrugada y sus inseguros moradores.

—Puede que mi padre no cayera en ello.

—Dime, ¿tu tío Lord Thomas Campbell-Golgray no ha venido contigo?

—No ha podido, tenía que presentar unos trabajos a la Real Sociedad Geográfica. Viene en primavera a Sevilla, también quiere presentarlo en la Sociedad Económica de Amigos del País de Sevilla.

—Me alegrará verle, pues Lord Thomas se vende muy caro. Ya hace unos años que nos castiga con su ausencia… Es un hombre original, con extrañas ideas, vive Dios…, pero con el que es todo un placer hablar. Tanta lectura filosófica y política no debe de ser buena, más la de esos autores franceses que provocaron el desastre de 1789 y que tan mala semilla ha sembrado por Europa. Pero bueno, de eso aún no entendéis ninguno de los dos. Ahora vamos a lo nuestro, Manuela, la cocinera, ha preparado un magnífico estofado, sabe que me encanta.

Enrique sentía una gran debilidad por su tío Thomas. Había pasado grandes temporadas en Sevilla, generalmente la mitad del año. Para el joven era un sabio que sabía de todo. Le había inculcado el amor a la lectura. El padre de Enrique era Auditor de Guerra e Intendente General de Marina, por ello viajaba constantemente; si a ello había que sumar sus frecuentes viajes a Gran Bretaña, resultaba que el joven trataba más asiduamente a Lord Thomas que a su progenitor.

El padre de Enrique tenía previsto un gran futuro para su único hijo varón, quería catapultarlo a la carrera judicial. Sin embargo, el joven alimentaba en su interior otra meta: la política. Por ello no se oponía a las intenciones del padre, pues el conocimiento de la Ley abría las puertas a la gestión de la cosa pública. Las ideas de su tío, pasado el tiempo, influirían poderosamente en él.

Después del almuerzo el mariscal se retiró a su habitación, no perdonaba la siesta, era hombre madrugador y de poco dormir durante la noche, en la que se dedicaba a su gran afición: montar maquetas de magnos navíos. Eran muy celebradas sus obras; el propio rey se había interesado por ellas y poseía una réplica del galeón real que el mariscal le había regalado.

Enrique y Fernando se retiraron a un merendero en el jardín trasero de la casa.

—He enviado recado a Paula, mañana merendamos en su casa —dijo Fernando.

—¿Y cómo está? —preguntó Enrique.

—Pues bien, igual que siempre, ¿cómo va a estar?

—Me refiero a si ha cambiado… Si ha crecido. Hace meses que no la veo y las mujeres se desarrollan antes que los hombres.

—Me imagino que sí, pero como yo no he dejado de verla quizás lo note menos. Aunque mi tío dice que es ya casi una mujercita. Pero aún no ha cumplido los trece años, así que todavía le queda.

—Con catorce y quince años se han casado mujeres de mi familia.

—Bueno, y de la mía, pero Paula es más niña…, o al menos eso creo yo.

Ambos amigos sentían una atracción especial por aquella joven, pero ninguno se atrevía a mostrarla, y menos confesarla, al otro. Tenían una gran amistad que no deseaban romper por algo que, a su edad, consideraban aún muy lejos: el verdadero amor.

El resto de la tarde la pasaron jugando con la colección de soldados de plomo que el mariscal había regalado a Fernando, viendo las maquetas nuevas del mariscal y los viejos trofeos de caza de su padre. Enrique se sintió atraído por algunos libros que se custodiaban en los anaqueles de la biblioteca familiar. Fernando se los prestó.

Eran las siete de la tarde cuando el carruaje de Enrique le recogía en la casa de los Tello de Portugal.

Al día siguiente ambos jóvenes se encontraron puntualmente ante la puerta de la casa de Paula. Los dos se observaron y después comenzaron a reírse. Se habían vestido con sus mejores prendas, parecían dos petimetres de corte, se dieron cuenta de ello, lo que les provocó la risa.

Un enjuto sirviente les abrió la cancela. Tras anunciarles que la señorita Paula les esperaba, les acompañó al salón. Cuando entraron, a pesar de su puntualidad, vieron que ya se les habían adelantado algunos invitados. Paula estaba con un grupo de seis compañeras, lo que agradó a los amigos, pero no

así tanto la presencia de tres jóvenes varones, algo mayores que ellos; diferencia de edad que deseaban hacer patente aquellos intrusos, a pesar de no tener ninguno más de quince años.

Paula destacaba entre las jóvenes de la reunión, tenía el pelo negro azabache brillante, peinado con raya en medio, cayendo sobre sus hombros perfectos bucles moldeados con esmero. Los ojos eran verde claro, con irisaciones de azul, el rostro fino y perfecto, nariz recta y algo respingona en su punta. Ya su talle adivinaba la mujer que pronto iba a despuntar.

Ambos amigos sintieron en su interior una misma desazón, aquellos jóvenes podían ser una seria competencia, más por sus vestimentas. Uno de ellos lucía el uniforme de caballero guardiamarina, y otro el de cadete de menor edad del Regimiento de Molina. En cuanto al tercero parecía algo desaliñado y poco conjuntado, era un pelirrojo escocés que Paula había conocido durante el verano e invitado unos días a su casa de Sevilla. Lo trató en Constantina, donde su familia quería levantar una destilería de licores, para lo que debían hacer fuertes inversiones.

—Me alegro de veros —dijo Paula, con tono de voz algo afectado, mientras ofrecía su mano a los amigos. Ambos se miraron, pues parecía otra en su trato, siempre corría hacia ellos y los besaba. Ahora intentaba dar apariencia de mujer de más años. Estaba claro que aquella pose la provocaban esos jóvenes extraños.

—Os voy a presentar —continuó la anfitriona—. Mirad —se dirigió a sus nuevos invitados—, estos son mis buenos amigos Fernando Tello de Portugal, Barón de Acay, y Enrique Vélez de Medrano —luego enumeró los nombres y apellidos de todos los presentes.

Terminadas las presentaciones, Paula hizo sonar una campanilla. A su llamada obedeció el cuerpo de casa. Los criados trajeron varias bandejas de plata repujada en las que había finos dulces de famosas tahonas conventuales y un chocolate caliente que llenó el salón de dulce aroma. A tres de las amigas las presentó como hermanas del guardiamarina; eran jóvenes agraciadas, pero los dos amigos estaban tan incómodos y extrañados de la afectación de Paula que apenas hablaron durante la primera hora del encuentro. Y no solo por eso, sino porque el marino se dedicaba a hablar fatuamente de los viajes que había hecho por varios continentes en los navíos de la Real Armada. El cadete del Regimiento de Molina parecía muy atraído por una de las hermanas de aquel hablador, por lo que vieron un menor peligro en él.

Pasada la primera hora reaccionaron, dándose cuenta de que eran la atención de más de una de las damiselas presentes y se dedicaron a departir con ellas, más por intentar picar a su anfitriona que por verdaderos deseos de hacerlo. Sin embargo, esta treta no tenía el efecto deseado, parecía que la atracción entre el marino y Paula era mutua, se dedicaron uno al otro la mayor parte de la jornada.

Al despedirse, ambos amigos saludaron secamente a Paula, esta les dedicó una pícara sonrisa.

—Me he sentido como un tonto en casa de Paula —dijo Fernando—. Será cretina, nos ha tratado como si fuésemos extraños. Seguro que ha sido por esa panda de petulantes que había invitado.

—Ayer te pregunté si había cambiado Paula… ¡Y ya ves que lo ha hecho! Espero que solo sea motivado por esa gente. Yo también me he encontrado incómodo, pero lo he pasado bien hablando con las otras niñas. Son guapas.

—Sí que lo son, y no tan afectadas como Paula.

—Déjalo, verás como sigue siendo la misma la próxima vez que nos encontremos.

—Yo no pienso enviarle recado para quedar, que lo haga ella.

—Yo creo que tampoco, pero no va a hacer falta. La encontraremos el domingo en misa. Verás como nos viene a saludar.

Enrique no se había equivocado, a la salida de misa de doce del Salvador, Paula se acercó muy risueña hacia ellos y les besó en la mejilla.

—¿Hoy la señorita no me ofrece la mano para que se la bese? —dijo Fernando con tono medio irónico.

La joven solo devolvió una amplia sonrisa y se dirigió a Enrique ignorando las palabras del barón.

—Vamos a comprar pasteles en la tahona de San Leandro. Los podemos comer en casa.

Los tres amigos se dirigieron al convento. El aroma a canela y dulces horneados vagaba por las calles cercanas, abriendo el apetito a los tranquilos viandantes. Tras comprar una docena de dulces variados y una caja de las famosas yemas, marcharon a la casa de Paula, donde el servicio les preparó leche con canela y azúcar. Nadie volvió a realizar comentario alguno sobre la funesta jornada de los caballeretes pretenciosos.

El curso continuó con su marcha normal, ambos amigos eran buenos estudiantes y las calificaciones fueron altas. Estaban bien preparados para el examen con el que obtendrían el grado de bachiller el siguiente año. Fernando ya tenía claro que tomaría la carrera de las armas, aunque aún no había

comunicado esa alegría a su tío el mariscal. Eduardo se empeñaba en el oficio de las leyes como medio para el ejercicio de la política.

El año de su graduación como bachilleres trajo importantes cambios a la vida de los jóvenes. En Paula se había producido un atractivo desarrollo físico que no solo asombró a Fernando y Enrique, sino a la sociedad sevillana: su belleza y cuerpo no pasaban desapercibidos. Ya estaba en edad de formalizar un noviazgo con alguien digno de su clase y condición. La familia ofrecía continuas recepciones para que todos los jóvenes en edad de matrimoniar pasaran por su casa y la joven pudiese elegir. Claro está, que con antelación los padres habían acordado una criba entre ellos, no siendo requeridos a las reuniones los posibles pretendientes que consideraban no poseían una nobleza notoria y una sólida fortuna.

Don Carlos de Valdelomar y Albizu, poseedor de varios vínculos y mayorazgo, caballero veinticuatro de Sevilla, y doña Clara María de Cienfuegos-Jovellanos, padres de Paula, eran tan exigentes en la educación de su hija como en la elección de su futuro marido.

Aunque Fernando y Enrique gozaban de estos dos requisitos sobradamente, los progenitores de la joven nunca los vieron como aspirantes, eran amigos de Paula desde la infancia, tenían casi sus mismos años. El futuro marido de la primogénita debía tener la edad que le proporcionase una madurez suficiente para gobernar la casa y hacienda, con recto proceder y sabiduría. Los padres se llevaban quince años entre sí y no veían con desagrado tal diferencia. Era uso normal en la nobleza de la ciudad matrimonios tan desiguales en edad.

Sin embargo, los padres siempre los tenían como invitados fijos en todas aquellas reuniones. Eran como dos miembros más de la familia. Los amigos también habían notado el gran cambio de Paula; una apreciación que les regalaba los sentidos en pleno apogeo del despertar de sus instintos carnales. Ambos en su interior comenzaron a sentir algo diferente por Paula, pero ninguno se lo confesó al otro. No era nueva esa atracción por su amiga, siempre les sedujo, pero sí renacía ahora de una forma diferente, como una atracción física que nunca antes habían experimentado.

Tenían que vivir con desagrado, pero con gran dignidad y disimulo, las halagadoras presentaciones que los señores de Valdelomar hacían de los jóvenes que consideraban más a propósito para su hija.

Ellos, aunque eran herederos de considerables patrimonios, aún no poseían un futuro con estabilidad personal. Ambos se encontraban muy lejos de gozar de la consideración que recibían aquellos pretendientes que ya

habían pasado la veintena de años, e incluso la treintena en muchos casos. Sin embargo, transcurrían los meses y los jóvenes de mayor posición ya habían sido presentados a Paula; pero a esta parecía no interesarle ninguno. Continuaba con su vida de siempre y, salvo que no fuese invitada por algún joven a eventos sociales ineludibles, casi siempre salía con Enrique y Fernando.

Esto hizo concebir a ambos la secreta esperanza de sentirse deseados por la joven y, sin ponerse de acuerdo, ni hablar de ello, los dos practicaban un sutil cortejo que intensificaban cuando el otro no estaba presente.

Paula era ya toda una mujer; amigas suyas se habían casado con poco menos de dieciséis años. Ellas le relataban su experiencia. También le habían servido de escuela las conversaciones con tantos hombres de mundo durante las recepciones de sus padres. Su madurez era muy superior a la de sus amigos, y tenía claro que se sabía deseada por ellos. A ninguno quería herir ni desengañar, y menos que hubiera enfrentamiento entre ellos. También era cierto que se había imaginado cómo sería la vida con cada uno de ellos. Como era lógico, en ambos encontraba virtudes y defectos.

Físicamente eran jóvenes muy atractivos, muy superiores en porte y distinción a muchos de los paseantes en Corte que habían pisado los salones de los señores de Valdelomar. Paula no estaba de acuerdo en la necesaria diferencia de edad que aconsejaban sus padres. Pensaba que si debía elegir marido, era preferible hacerlo entre personas que conocía desde la infancia, no entre extraños que, por muchas reuniones que mantuviese con ellos antes de una boda, no llegaría a conocer plenamente hasta después de esta.

Había ocasiones en las que se sentía más atraída por Fernando, otras por Enrique, y algunas por jóvenes, generalmente forasteros de visita en la ciudad y por lo tanto novedad, de los que se aburría prontamente, volviendo a su antiguo grupo.

No deseaba desengañar a ninguno, pero tampoco les ofrecía falsas esperanzas. Ni aun en los momentos de más tenaz cortejo de los jóvenes dejó escapar una frase que les ofreciera trato de mayor seriedad.

Fernando y Enrique eran conscientes de que sus reservados cortejos hacia Paula no daban el fruto deseado. Ambos erraron en las apreciaciones de las causas de tan desdichada situación. La falta de claridad de la joven la asumieron como una derrota personal y un triunfo de su «oponente»; pues, aunque no hablaban de ello, era claro que no podían disimular sus deseos eternamente y menos el galanteo, que cada vez era menos disimulado.

Aunque la situación no perjudicó la sólida amistad entre los dos, sí que abrió una pequeña brecha, que, con el paso del tiempo y los incipientes celos, podía ser peligrosa para su futura relación.

Tras obtener el grado de bachiller ambos tenían claro su futuro inmediato. Enrique cursaría estudios mayores de leyes en la Complutense y en Salamanca. Fernando estudiaría un año en el Seminario de Nobles de Madrid, preparándose para el ingreso en el Ejército. Aún no tenía claro si optaría por la Real Compañía de Guardias Marinas o ingresaría como cadete distinguido en un regimiento de Caballería.

Su experiencia, durante una corta travesía en mar por la bahía gaditana en verano, le dejó claro que el mar no era lo suyo, y menos para estar meses embarcado. Los mareos que padeció durante el viaje le produjeron abundantes vómitos y un malestar que le pareció cercano a la muerte. Su tío consiguió que ingresara en el Regimiento de Caballería de Calatrava, lo consideraba un paso previo para servir a Su Majestad como oficial de la Guardia de Corps.

El día que se despidieron los tres amigos se vivieron momentos solemnes no exentos de cierta tensión contenida. Los dos viajarían juntos hasta la Corte, donde quedaría Fernando. Enrique debía continuar hasta Salamanca.

Ambos esperaban con gran temor y tirantez el momento de la despedida de Paula. Querían atisbar en ella algún gesto que revelara cuál era el preferido. Buscarían algo que delatara sus sentimientos ocultos: un saludo más prolongado, una sutil caricia, una mirada más tierna… Pero no hubo nada de ello. Sin embargo, ambos creyeron ver en la actitud de Paula cierta preferencia por el contrario.

Dentro de la tristeza que suponía el alejamiento de la mujer deseada, tenían un mutuo consuelo: ninguno de los dos se quedaba en Sevilla, lo que hubiera supuesto ganar ventaja en el cortejo. En las fiestas y vacaciones ambos volverían a Sevilla, podrían competir limpiamente por Paula, en igualdad de condiciones.

Una vez llegados a sus destinos se dedicaron a estudiar con ahínco, no deseaban tener demasiado tiempo libre en el que pensar en Paula, no era bueno para concentrarse en los estudios. Con el paso de los meses parece que se suavizaron, si no los sentimientos, sí los deseos permanentes de estar junto a la joven.

La correspondencia abundaba entre ellos dos y entre ambos y la joven. Fernando y Enrique deseaban dar una muestra de madurez en sus escritos, querían que Paula percibiera en esas letras el cambio que habían sufrido fuera

del hogar, que fuese consciente de que ya eran hombres de mundo, encarrilados en una carrera que podían terminar en pocos años.

Fernando pasó algunos fines de semana en Salamanca y Enrique en Madrid, pero nunca hablaban de Paula, y menos de la correspondencia que mantenían con ella.

Las vacaciones de Navidad suponían una prueba que debían pasar. Ambos deseaban hacer más patente el cambio sufrido. El nuevo estatus de estudiante de leyes salmantino y el de aspirante a alférez de caballería en un regimiento distinguido debían ser reflejados en sus actitudes. Fernando se había dejado crecer una incipiente sombra oscura bajo la nariz, más que un bigote era una pelusa mal ordenada. Con ello creía dar aspecto de mayor gravedad y autoridad que Enrique, quien por su naturaleza de color claro, era casi barbilampiño.

La llegada a Sevilla fue muy celebrada por ambas familias, encontraron muy cambiados a sus vástagos, siempre para mejor. Les tenían preparadas fiestas de recepción y visitas concertadas a casa de familiares y amigos, por ello los encuentros con Paula no serían tan frecuentes como deseaban. Sin embargo, en esto Enrique gozaba de cierta ventaja, no tenía familia alguna en la ciudad y el tiempo que pasara Fernando de compromisos sociales él lo ganaba para estar a solas con Paula e intentar abatir los muros de su pertinaz indiferencia.

Durante cerca de cuatro meses apenas habían hablado de Paula en sus encuentros de fin de semana; menos, el hacer referencia alguna de ella mediante carta. Pero este acuerdo no firmado se rompió poco antes de llegar a Sevilla. Como si aún estuviesen en la época de la niñez, ambos acordaron hacer juntos la visita a la casa de los Valdelomar.

Paula se alegró sinceramente de verles y en ellos volvió a renacer el más profundo de los deseos hacia ella. Había acrecentado su hermosura, y las curvas de su cuerpo se definieron de una forma que la hacían más deseable.

La joven hizo un comentario jocoso, pero sin malicia alguna, de la pelusilla que se había dejado Fernando sobre el labio superior. Ello provocó la risa de Enrique y el enojo mal disimulado del ofendido. Paula reparó en que no había estado acertada con aquel comentario y, para anular el enfado del aspirante de caballería, le dedicó algunos elogios y un poco más de atención que al futuro leguleyo. Sin embargo, Fernando estaba ofendido, e interpretaba las atenciones de la joven como artimañas para encelar a Enrique.

A partir de aquel día visitaron a Paula cada uno por su lado. Bien enviaban recados con algún servidor de la casa para pedir cita, bien se hacían

los encontradizos en misa o en los salones de moda. Pero nunca más quedaron para ir juntos.

Enrique le llevaba tres visitas de ventaja, lo que enojaba considerablemente a Fernando; con gran esfuerzo disimulaba su deseo de marcharse pronto de las casas que visitaba de compromiso. Todo para llegar a tiempo de ver a Paula antes de que la hora dejase de ser prudente.

Aquellas Navidades hubo una gran novedad en la ciudad. La misa del veinticinco de diciembre iba a ser celebrada por un orador de gran prestigio. Ocuparía la cátedra sagrada Fray Diego de Cádiz, cuyas ardientes homilías contra las impías corrientes liberales eran de fama en España entera. Inflamaba el espíritu de los oyentes y los inclinaba a la defensa de la religión y de las tradiciones.

Tal era la expectación del evento que llegaron personas de todos los pueblos de los alrededores, e incluso forasteros de Cádiz, Jerez, Huelva y Córdoba. El cardenal cedió la catedral para que cupiera la mayor cantidad de asistentes, él mismo presidiría la homilía.

Toda Sevilla estaba allí. Los criados de las grandes casas habían llevado los reclinatorios y asientos de los señores a la catedral con varias horas de antelación, para así conseguir el mejor lugar para oír y ver al orador sagrado. El cabildo eclesiástico mandó colocar varios sillones y bancos forrados de damasco carmesí en lugar preferente, los ocuparían las autoridades que habían anunciado su asistencia.

Enrique acudió con sus padres, y Fernando con un pariente, pues el mariscal tenía sitio reservado entre las autoridades. Ello hizo que pudiera elegir el lugar más próximo a Paula, ya que Enrique debía estar junto a sus padres.

La pontifical comenzó con la solemnidad correspondiente a día tan grande, al templo y a la ciudad en la que tenía lugar. La voz del fraile tronaba con autoridad en las naves catedralicias:

«*¡Qué ansias de ser santo, para con la oración aplacar a Dios y sostener a la Iglesia santa! ¡Qué deseo de salir al público, para, a cara descubierta, hacer frente a los libertinos!… ¡Qué ardor para derramar mi sangre en defensa de lo que hasta ahora hemos creído!*»

Tras la misa, Fernando estuvo presto para abordar a Paula; esperó a que la joven quedase sola con la criada, pues los padres pasarían a saludar a los conocidos.

—Paula, me alegro de verte —dijo con tono solemne, queriendo evitar todo atisbo de inmadurez.

—Hola Fernando, yo también me alegro de verte —contestó mientras le daba su mano a besar, los besos de saludo de niñez se habían abandonado hacía tiempo, más cuando la joven se supo objeto del deseo de sus amigos—. Ha sido una magnífica homilía, no erraron quienes dijeron que sería digna de tan gran ocasión y afamado orador.

—La verdad es que ya es hora de que estas voces se alcen claras y contundentes contra los enemigos de Dios y del Rey, muchos de los cuales viven a su costa, ocupando puestos privilegiados del regimiento de la cosa pública —dijo con énfasis, intentando dar muestras de un conocimiento profundo de la política.

—Seguramente tendrás razón, eso dice también mi padre, pero yo entiendo poco de estas cosas… ¿Y Enrique?

—Lo vi con sus padres, aún deben estar dentro de la Catedral —contestó sin disimular su contrariedad por aquel interés. La joven se dio cuenta y decidió arreglarlo.

—Bueno, dejémosle allí… ¿Me acompañas a casa?

—Encantado, te lo iba a pedir.

Paula despidió a la doncella y los dos jóvenes pasearon por la ciudad, dando algunos rodeos antes de llegar a la calle donde vivía Paula.

Evitaron conversaciones demasiado trascendentes en lo tocante a su actual relación, pues aunque Fernando deseaba dejar manifiesto su interés por ella, carecía de experiencia alguna sobre el cortejo. No le salían las palabras propias de un enamorado, que al fin de cuentas era el sentimiento del joven Barón de Acay.

Maldijo su falta de experiencia y su cortedad ante Paula. Al dejarla en casa se hizo la promesa de aprovechar los cinco días de vacaciones que le restaban, realmente cuatro, pues uno era de celebración familiar, en el que no podría visitar a la joven.

Sin embargo, las cosas se torcieron y no por voluntad de Fernando, sino por el implacable destino que marca el devenir de las existencias.

Al día siguiente de la solemne pontifical el padre de Enrique se sintió mal. Había cogido frío en las grandes naves catedralicias. Lo que parecía un enfriamiento sin importancia se complicó, hasta el punto de tener graves dificultades para respirar. El médico familiar se alarmó ante el estado del enfermo. Este no respondía al tratamiento adecuado. Las secuelas ocultas de unas fiebres malignas mal curadas, sufridas de pequeño, hicieron que su cuerpo no respondiera adecuadamente a los medicamentos.

Al tercer día el propio cardenal impartió los Santos Óleos al enfermo, falleciendo cristianamente al anochecer.

Ni Paula ni Fernando se apartaron un instante de Enrique una vez conocida la gravedad del caso. La muerte del mayorazgo de los Vélez de Medrano les sorprendió en la propia casa mientras acompañaban a su hijo.

El entierro fue multitudinario; acudió toda la ciudad a despedir a quien había sido un gran caballero cristiano, conocido entre las clases bajas por sus obras benéficas.

Fernando intentó convencer al mariscal para que le dejase permanecer unos días más en Sevilla antes de incorporarse al curso. Lo pidió con un sentimiento limpio y sincero, para acompañar a su amigo en tan aciagos momentos; sin entrar a considerar que este permanecería unos días en la ciudad acompañando a su madre, días en los que sería consolado por Paula. No deseaba plantearse la ventaja que ello podría suponer para Enrique; y si alguna vez le asaltó aquel pensamiento lo desechó rápidamente de su interior por innoble. Pero no podía perder clases y partió el día señalado.

Fue tan respetuoso en aquella situación que decidió escribir más cartas a su amigo que a Paula. Era un momento trascendental en la vida de Enrique, debía dar la talla en tal delicada situación. A Paula le extrañó, al principio, la menguada correspondencia de Fernando, pero pronto comprendió que era un gesto de su elegante caballerosidad.

Apenas llevaba tres meses fuera de Sevilla cuando recibió una epístola de Enrique, su contenido era inesperado. El clima de Sevilla perjudicaba a la madre, el joven no sabía el motivo cierto de aquel repentino malestar, pues en vida del cabeza de familia nunca se quejó de ello. Adivinaba que era más una causa física interna que externa. Su reciente viudedad le había trastocado, hasta un extremo que la llenó de melancolía y tristeza, una depresión difícil de superar. Aún era joven, pues se llevaba diez años de diferencia con el marido, pero en Sevilla no tenía más vida que él. Cuando le faltó su esposo, la casa y su mundo se inundaron de una soledad maldita, que le hacía dolerse en todos y cada uno de los minutos que marcaba el cansino carrillón de la antesala.

Enrique veía cómo la madre agravaba su estado por momentos, y conocía de sobra cuál era el remedio para su sanación: volver a Inglaterra junto a su numerosa familia. Allí estaría arropada, la soledad interior le sería más liviana de llevar en compañía de tantos seres queridos.

Fue el propio Enrique quien expuso a su madre la necesidad de volver a Inglaterra. La madre arguyó mil excusas para quitarle esa idea de la cabeza:

sus estudios a medio terminar, los negocios que había heredado de su marido en España, lo peligroso del viaje en momentos convulsos. También arguyó que llamaría a su erudito y polifacético tío, Lord Thomas Campbell-Golgray, para que viniera a hacerle compañía a España. Sin embargo, Enrique sabía que todas eran excusas para permanecer en España por el bien de él. El joven iba muy adelantado en sus estudios y el futuro le era prometedor; tenía importantes valedores para su carrera política. También había logrado tener una alta estima dentro de la elitista sociedad sevillana.

La madre sabía que, si regresaban a Inglaterra, los estudios jurídicos de Enrique no le valdrían de nada en aquel país. Las legislaciones y los principios informantes del derecho eran muy diferentes; la gestión de la cosa pública también. Enrique había seguido muy de cerca las diferentes corrientes, más o menos ocultas, de la política nacional. Sin embargo, lo que más pesaba en el ánimo de la viuda fue el haberse dado cuenta de que su hijo estaba perdidamente enamorado de Paula. Volver a Londres le supondría una dolorosa ruptura amorosa.

Enrique era consciente de que su madre disimulaba, como buenamente podía, su insufrible soledad; conocía sus íntimos deseos de volver a Londres. También se daba cuenta de que todas aquellas excusas argumentadas eran para evitarle tan duro cambio de vida. Pero veía, día a día, cómo los azulejes y brillantes ojos de ella se apagaban, hundiéndose en unas cuencas oscuras, bañados por una acuosidad permanente que daba la sensación de un llanto continuo.

Por ello, decidió dar el cambio más importante de su vida. Volvería a Londres por encima de todo. Fue difícil convencer a Lady Margaret Campbell-Golgray, pero con gran habilidad lo hizo. Le argumentó que los exámenes finales de curso estaban próximos, que al igual que estaba estudiando en Sevilla para examinarse en la Complutense, podría hacerlo desde Londres. Por los negocios no debía preocuparse, el administrador de Sevilla y el factor de Madrid le tendrían informado y le rendirían puntual cuenta de los réditos de sus posesiones y rentas.

Entre los exámenes finales y el inicio de un nuevo curso había todo un largo verano; casi cuatro meses en los que su madre se restablecería. Él volvería a estudiar a España y, si Lady Margaret superaba la crisis, podría acompañarle algunas temporadas.

La madre se vio vencida, no sin dar gracias a Dios en su interior, en casi todas sus cortapisas internas. Solo le pesaba una, el saber enamorado a su hijo de Paula.

—¿Echarás de menos a Paula? —soltó Lady Margaret de sopetón, en medio de la conversación.

El blanco y barbilampiño rostro del joven se ruborizó, tomando un encendido color sus mejillas, al ver descubiertos sus sentimientos por la madre. Pero intentó disimular; tras toser dos veces nerviosamente dijo:

—Es solo una gran amiga, una amiga de la infancia cuya amistad seguiré cultivando el próximo curso.

La madre no insistió más, anhelaba ver abatidas todas sus consideraciones; además, ya no podía aguantar más. A primeros de abril embarcarían en Cádiz rumbo a Plymouth.

Fernando recibió esta carta con la antelación suficiente de hacer un viaje relámpago al sur y despedir a su amigo.

Tras la necesaria autorización del mariscal para el viaje y la pertinente licencia de las autoridades académicas, Fernando partió rumbo a Sevilla dos días antes de la marcha de Enrique.

La noche de su llegada, Lady Margaret y su hijo habían preparado una cena de despedida para sus más íntimos amigos. Se convocó al mariscal, su esposa y Fernando, Paula y su familia, algunos parientes lejanos del difunto marido y tres o cuatro matrimonios, además de una docena de amigos del joven.

Contaron sus planes a los invitados y manifestaron los deseos de regresar en breve a Sevilla. Evidentemente silenciaron el auténtico motivo del viaje: el declive de la salud de la anfitriona, por todos conocido, que los interesados encubrieron alegando la necesaria atención de los negocios familiares en Inglaterra.

Fernando estuvo algo distante con Paula; aquel día y el siguiente, hasta la marcha de Enrique, toda su atención sería para él. Ya tendría muchas más ocasiones de hablar con la joven sin herir los sentimientos de Enrique, cuando este ya no estuviera en Sevilla.

Al día siguiente, antes del amanecer, partieron tres carruajes camino de Cádiz. En uno viajaban Enrique, su madre, Paula y Fernando, que se habían empeñado en ir a la despedida final. En el segundo la servidumbre de Lady Margaret, y en el último cuatro sirvientes, dos de la casa del mariscal y dos de Paula. En un viaje tan largo debían llevar el acompañamiento apropiado para no dar de qué hablar. Dos días antes habían salido diez carretas llenas de muebles y enseres que viajarían con ellos. En la casa sevillana permaneció lo más indispensable para acoger cómodamente, en un futuro viaje, a sus propietarios.

Llegaron al puerto de Cádiz muy entrada la noche, debían de embarcar con la máxima rapidez por motivos de seguridad. Durante el largo trayecto hablaron de todo, queriendo evitar el triste motivo que les congregaba, pero una vez en el muelle afloraron los más íntimos sentimientos reprimidos hasta entonces.

En el abrazo de despedida, a ambos amigos se les saltaron unas lágrimas que no pudieron contener, aunque intentaron disimular torpemente ese hecho. Quien no contuvo el llanto, ni lo intentó, fue Paula. La joven se abrazó a Lady Margaret; esta, también con el lienzo en la mano, le dijo:

—Si Dios lo quiere, pronto tendrás a Enrique de nuevo en Sevilla.

Aquellas palabras de la madre de Enrique hacia su amada desconcertaron a Fernando. Su competidor abandonaba el campo de batalla por fuerza mayor, pero esa despedida le sonó a cierta complicidad entre mujeres. Comenzó a pensar que, durante su estancia de estudiante en la Corte, entre ellos había sucedido algo que él ignoraba. Sin embargo, ahora no deseaba ahondar en ello; aunque volvió a hacerlo cuando observó el fuerte abrazo que la joven daba a Enrique antes de subir a cubierta, tras el que se rindió a un desconsolado llanto. El barón estimó que aunque no había sido un abrazo de novios, sí que fue algo más que el de un simple amigo. Pero luego pensó que tan solo eran suposiciones suyas.

Fernando tenía la cena de esa noche y todo el día siguiente, durante el largo viaje de regreso, para hablar a solas con Paula. Quizás podría sonsacarle, con habilidad, sus sentimientos y conocer si existía algo serio entre ella y Enrique.

Una vez subidos al carruaje, la dama de compañía entró en el mismo para no dejarla a solas con Fernando. El joven entonces se dio cuenta de que solo dispondría de la cena para conversar tranquilamente con Paula, ya que el servicio tomaba asiento en una mesa apartada de ellos.

Paula no paraba de gimotear, su pañuelo estaba tan humedecido que Fernando decidió darle el suyo. Se hallaba buscándolo cuando la dama de compañía se adelantó y sacó del bolso de viaje de su señorita otro lienzo. Paula lo tomó y se enjugó algunas lágrimas. Pero a Fernando se le demudó el rostro, en aquel pañuelo iban bordadas las armas e iniciales de Enrique. Paula guardaba una prenda de su amigo, y eso para él solo podía significar una cosa: un compromiso más serio que la mera amistad.

Se sintió dolido y, en cierta medida, engañado o burlado. Por ello reaccionó con algo de orgullo mal disimulado, postura que la joven no supo interpretar. El plan era cenar en Cádiz, luego Fernando partiría en el carruaje

a la Real Isla de León, donde haría noche en un destacamento militar. Paula permanecería en la ciudad, haciendo noche en una acreditada casa de huéspedes. No debían pasar la noche en el mismo lugar.

—Creo —dijo Fernando con gesto serio y solemne— que voy a retirarme… Discúlpame por no acompañarte a la cena, es muy tarde, estoy cansado; aún debo viajar a la Isla de León, presentar mi acreditación y la de mi servidumbre al oficial de guardia… Tu cochero ya conoce a qué hora debe estar en la salida del pueblo, en el camino de Sevilla. Allí os estaremos esperando.

Le besó la mano, hacía tiempo que abandonaron los infantiles besos en la mejilla, y abandonó el carruaje de Paula para subir al suyo. La joven sintió cierta desazón por aquel extraño comportamiento. Ignoraba el motivo, pero Fernando tenía a veces esos prontos inexplicables. Se encontraba tan agotada que no podía pensar en ello. Apenas cenó, y cayó rendida en la cama con un profundo sueño del que le despertaría su doncella a las siete de la mañana.

Una hora más tarde los dos carruajes se encontraban a la salida de la Real Isla de León. Al entrar Fernando en el coche la joven observó que tenía mala cara. Y así era, a pesar del cansancio, Fernando no pudo conciliar el sueño; su cabeza no dejaba de barruntar, de gastarle malas pasadas con pensamientos que le hundían en la más profunda de las miserias amorosas.

—¿Cómo te encuentras Fernando? No tienes buena cara.

—He sufrido esta noche un fuerte dolor de cabeza. Quizás producido por el propio cansancio de la jornada de ayer. Apenas he dormido.

—Aprovecha ahora para dar una cabezada. Hasta Jerez puedes dormir sin que nadie te moleste.

—Te haré caso —dijo el joven, pensando en la rapidez con la que se habían desbaratado sus planes.

Durante la febril vigilia nocturna había ideado miles de indirectas que azotarían la conciencia de su amada, y que apenas podían ser captadas por la dama de compañía. Se había visto una y mil veces soltando frases solemnes, lapidarias, llenas de un contenido enigmático que solo entendería Paula. Pero al subir al carruaje todo ello se vino abajo, sintió un nerviosismo que le incomodaba. El cansancio empezaba a pasarle factura, pensó que era mejor dormir y estar descansado para el almuerzo, en el que estaría solo en la mesa, frente a ella, y sin testigo alguno.

En la fonda más prestigiosa de Jerez de la Frontera fueron muy bien recibidos. Era una vieja casa señorial, que denunciaba su pasada grandeza y un cierto abandono en la parte menos utilizada. Un criado se había adelantado

a caballo para reservarles mesa y dejar constancia de la calidad de visitantes tan principales. La dueña del mesón, una elegante y esbelta dama francesa, entrada en años, pero muy vivaz, les salió al encuentro. Junto a ella, el somelier, vestido de riguroso frac, daba orden a un escanciador para que ofreciera un magnífico caldo de la tierra a jóvenes tan ilustres.

—Señor Barón de Acay, es un honor tenerle a usted y a su acompañante en mi casa. Sabremos tratarle como se merecen… Llevo más de treinta años sirviendo a la mejor sociedad, espero que sea todo de su agrado y quede satisfecho de nuestro servicio.

—Seguro que así será.

Tras beber las copas de Jerez ofrecidas, de la que Paula dejó la mitad mientras Fernando apuraba el fondo y acercaba el catavino al escanciador para que le sirviese otra, la dueña les acompañó a un salón aparatado, sin pretensiones, pero adornado con gran exquisitez. Las paredes estaban forradas a media altura con un zócalo de nobles maderas oscuras talladas discretamente. El resto de las paredes eran cubiertas con damasco dorado y el cortinaje de la misma tela. Una gran araña de la Granja iluminaba la estancia. Tan solo tres cuadros adornaban las paredes: una marina, un bodegón y la vista de la bahía de Cádiz, todos pintados por diestras manos. En la pared libre se abría un gran ventanal con cristalería emplomada, formando la vidriera el dibujo de un blasón.

Fernando pensó que debía ser la antigua casa de algún noble principal venido a menos y comprada por la francesa. Pero luego intuyó que bien podía ser la propietaria originaria del lugar. Era una dama de exquisita educación y un innato saber estar. Sus ademanes revelaban una gran señora. Con toda seguridad sería miembro de algunas de esas familias extranjeras que se habían avecindado en Jerez hacía años, buscando la fortuna con los vinos. Muchas tenían un ilustre origen en su tierra natal.

El joven deseaba comenzar la conversación con Paula, por lo que no quiso perder tiempo. Cuando la francesa se acercó para darles a elegir menú, él declinó el ofrecimiento, dejando a la extranjera el peso de la decisión. Con ello ganaba tiempo a la vez que demostraba la confianza en el servicio de aquel lugar.

—¿Cuándo vuelves a Madrid?

—Pasado mañana. Hoy llegaremos tarde, tendré que descansar; además, el mariscal desea hablarme sobre algunos puntos de mi preparación militar.

—¿Vas a ingresar en la Real Compañía de Guardias Marinas?

—Lo he meditado mucho… Al final he optado por la Caballería. Hay entre mis antepasados muchos militares que pertenecieron a este glorioso e ilustre cuerpo.

—¡Seguro que estarás muy guapo con el uniforme! —dijo alegremente para intentar elevar el ánimo de Fernando, que seguía tan apagado por fuera como encendido y nervioso por dentro.

—La verdad es que nunca lo había visto desde ese punto… Gallardo…, bizarro…, elegante… puede, pero guapo, eso son cosas de mujeres.

—Vas a tener a toda la Corte detrás…

—No digas tonterías…

—Es verdad Fernando, un moreno tan guapo y elegante, todo un caballero y además oficial de Su Majestad, es lo máximo que una joven puede soñar.

—Me imagino que habrá mujeres que demanden algunas otras cualidades… Tú por ejemplo, ¿qué preferirías, qué buscarías en un hombre?

—Es tan fundamental que tenga mi misma clase y educación, como que me ame con todo su corazón. Ya sabes cuántos matrimonios se pactan en nuestra ciudad por intereses económicos y sociales. Algunos salen bien, pero muchos otros son un falso escaparate al público. La mujer se encierra en su casa, solo dedicada a sus hijos, obras benéficas y fiestas de sociedad, mientras el marido busca fuera lo que ya no da a su esposa.

—Tú eres muy bella, puedes elegir perfectamente… También eres muy inteligente, por lo que será difícil que alguien pueda engañarte en sus sentimientos.

—No sé si podré elegir o no, como tú dices, por mi belleza… Lo que no tengo tan claro es lo segundo. Aunque fuera tan inteligente, gracia que vuesa merced me otorga —dijo en uso del castellano antiguo e inclinándole la cabeza mientras le guiñaba un ojo, como respuesta graciosa a su halago—, no creo que en temas de amores me sirviese de ayuda… Pues dicen que en este terreno solo pueden conocer los que ya han tenido experiencias en el amor, y yo no he tenido ninguna. ¡Por lo tanto, cualquiera podría dármela con queso!

—¡Pero habrá algún tipo de hombre que te atraiga! Algún modelo al que le sumes las cualidades que buscas.

—¡Claro! Todas las mujeres lo tenemos, pero que coincidan con esas cualidades ya es más difícil.

—Paula, dime alguien que conozcas que te pudiera atraer como modelo físico y como persona —dijo intentando disimular el temblor que parecía querer salir de su garganta mientras pronunciaba esas palabras, de las que se arrepintió décimas de segundo después de dichas.

—Pues mira… —dijo parando unos segundos mientras meditaba su contestación. Tiempo que le pareció a Fernando eterno, y en el que temió que Paula contestara desairada a su atrevimiento; pues la pregunta estaba fuera de lugar— algo así como vosotros, como Enrique y tú.

Fernando respiró doblemente, primero por no tener una desairada contestación y luego por verse dentro de un modelo que podía hacer feliz a Paula.

—¡Pero Enrique y yo somos muy diferentes! Tanto en aspecto físico como en la manera de pensar…

—¿Y quién te ha dicho que a una mujer solo le tenga que gustar un único modelo de hombre? Seguro que a ti te gustan muchas clases de mujeres…

—No cambies de conversación, ahora estamos hablando de ti… Además tan solo somos tus amigos… Aunque la amistad no impide que nazca el amor… No lo digo por nosotros —tartamudeó—, sino en general.

En aquel momento llegaron los criados portando el almuerzo. Fernando mal disimuló la interrupción en ese preciso instante. Iban a comenzar a servir cuando Paula pidió que dejaran las bandejas sobre la mesa, ella serviría.

—Es verdad —dijo mientras trinchaba una jugosa pieza de lomo relleno de trufas, regado con una exquisita salsa reducida de Pedro Ximénez—, la amistad y el amor pueden estar separadas por líneas casi invisibles. Ni los propios interesados suelen darse cuenta muchas veces de que han traspasado esa línea hasta que algo les despierta a una nueva realidad, a un nuevo sentimiento.

—Para ser una mujer sin experiencia sabes mucho de este asunto… ¿Alguna vez has traspasado esa línea? —preguntó con los colores encendidos por la ansiedad del momento.

—Quieres saber demasiado y una señorita no debe entrar en ese terreno con un caballero.

—Soy tu amigo…

—Ya lo sé, pero ten en cuenta que precisamente estamos hablando de cuando la amistad se muda en algo más… Vamos a dejarlo, prefiero otra conversación menos arriesgada.

En décimas de segundo la mente febril de Fernando analizó detalladamente las palabras de Paula durante esa breve conversación. Tenía claro que Paula había traspasado la imperceptible línea que separaba la amistad y el amor, y no precisamente con él. Podía haberlo negado y no lo hizo, es más, se incomodó con su pregunta, y en vez de aclarar sus sentimientos cambió de tema. Estaba fuera de duda que entre la joven y

Enrique había surgido algo. Aquel estrecho abrazo de la despedida, el pañuelo bordado que guardaba… Eran demasiadas evidencias.

El orgullo de Fernando se vio resentido, pensó que había actuado torpemente. Si durante la despedida había vislumbrado cierta relación de intimidad entre sus amigos, ¿por qué forzó la situación para confirmarla? Ahora quedaría como un tardo, y lo que era peor, Paula se habría dado cuenta de que la conversación era motivada por su interés hacia ella. En pocas palabras: se consideraba rechazado elegantemente.

Ante aquella situación decidió actuar con dignidad y poner cierta fría distancia entre ambos; intentando que la joven desechase la idea de que estaba enamorado de ella.

Para ello le habló de amistades femeninas que había tratado en la Corte, incluso de algunas con las que había intimado y podía existir cierto futuro. Paula le escuchaba sonriente, sin dejar escapar atisbo alguno de otro sentimiento que no fuese el de felicidad por la suerte de Fernando entre las mujeres. Ello le contrariaba, ni la más leve señal de celos asomaba en su bello rostro. Pero esta vez supo disimular su enojo.

Decidió que tras el almuerzo sestearía en el carruaje, con ello evitaba conversaciones comprometidas que pudieran ponerle en evidencia. Pero el camino era largo y no tuvo más remedio que volver a la conversación con Paula; no obstante, el diálogo fue intrascendente.

Llegaron a Sevilla entrada la noche; acompañó a Paula hasta su casa y posteriormente se encaminó hacia la suya. El mariscal y la esposa le esperaban en el salón, un criado les avisó de su llegada. Saludó a los tíos y luego subió a su cuarto para asearse y cambiar de ropa antes de cenar.

La cena fue leve, pues Fernando estaba cansado y el tío apenas aguantaba el sueño. El joven contó la despedida de Enrique y algunos detalles del viaje. El mariscal le anunció que al día siguiente tendrían una larga conversación sobre su preparación militar.

Cuando Fernando se acostó tornó a meditar sobre lo conversado con Paula. Tenía claro que jamás le desvelaría sus sentimientos, había preferido a Enrique. Él debía asumirlo y actuar con dignidad, como si jamás hubiera sentido nada por la joven. Tan solo le restaba un mal trago que superar: la despedida de Paula. De seguro que no sería tan efusiva como la de Enrique. No deseaba comparaciones y determinó partir dos horas antes, para no tener que hacer una despedida oficial. Le dejó una carta en la que explicaba que había recibido correo urgente ordenando su inmediato regreso a Madrid.

La joven le envió una quejosa misiva en la que mostraba estar muy dolida, preguntándole por qué no se había despedido de ella. Hubiera madrugado gustosamente para hacerlo. Le exteriorizó en esas letras que sentía como si algo hubiera empañado una vieja amistad e ignoraba cuál era el motivo.

Fernando le contestó con palabras amables, pero muy protocolarias. Alegó su deseo de no hacerle madrugar, más cuando los días anteriores se había levantado antes del amanecer. También negó toda evidencia de enfriamiento de su amistad; eran solo suposiciones suyas, provocadas por la ausencia de sus dos amigos. Pero nada debía de temer, él volvería a Sevilla durante las vacaciones y los permisos.

Sin embargo, estas palabras eran vanas, pues Fernando había decidido reducir drásticamente sus viajes a Sevilla. Por lo menos mientras le durase aquel sentimiento tan profundo por Paula.

Durante los permisos viajaba a Toledo o Segovia con algunos compañeros, otras veces organizaban alguna reunión lúdica en el piso que un amigo tenía en Madrid. Tras el último encuentro con Paula solo regresó a Sevilla por Semana Santa. Llegó el Miércoles Santo de noche. Al día siguiente acompañó a Paula a los Oficios, luego vestiría su túnica de cofrade de la hermandad de la Coronación de Espinas, para hacer su estación de penitencia a la Santa Iglesia Catedral el Jueves Santo.

Aunque todos los días coincidió con Paula, procuró que siempre hubiese personas delante, así evitaría entrar en una conversación más íntima. La joven se había quejado en sus cartas de la frialdad con la que le trataba en su correspondencia. Sin embargo, Paula supo buscar el momento y le expuso sus lamentos.

—Dices que no, Fernando, pero a ti te sucede algo, y algo que se relaciona conmigo. No eres el mismo de antes, tengo la sensación de que me evitas… Tus cartas parecen escritas por un desconocido… Has cambiado…

—¡Cómo voy a evitarte! No digas tonterías… Todos cambiamos, Paula, pero te aseguro que sigo siendo tan buen amigo como antes… Solo que ahora tengo más trabajo, más obligaciones y, por lo tanto, menos tiempo libre para escribir como me gustaría.

—Enrique también trabaja y sus cartas son las mismas de siempre.

Aquella afirmación inquietó a Fernando, aún no se había cerrado su herida.

—Seguro que es así, siempre tuviste más intimidad con Enrique que conmigo… Imagino que te podrá hablar de otros temas que yo desconozco.

—Ahora el que dice tonterías eres tú. Siempre os he tratado igual a los dos, no sé a qué viene esa apreciación tuya.

—Pues yo creo que no, que en este último año tu trato con Enrique fue muy diferente al mío… Pasó un mal momento, se quedó en Sevilla tras la muerte del padre, yo tuve que volver a Madrid… Eres la amiga perfecta, y sé que le habrás ayudado en tan difíciles momentos; son esas situaciones extremas las que más unen a las personas y consolidan la amistad o la relación que existiera.

En ese instante un grupo de amigos se acercó a ellos. Fernando notó que Paula se sentía aliviada por aquella inoportuna visita, la sacaba de un aprieto que podía forzarla a exponer su verdadero sentimiento hacia Enrique.

Durante el resto de la jornada Paula fue quien evitó quedar a solas con Fernando, aunque al joven también le vino bien aquella situación.

Al día siguiente Fernando partía de regreso rumbo a Madrid.

II

Meses antes Fernando mantuvo una conversación con el mariscal que marcaría su vida. Fue al siguiente día de su regreso de Jerez de la Frontera.

—Bueno Fernando —dijo el mariscal—, está claro que vas a seguir la carrera de las armas, no porque te lo imponga yo ni nadie de la familia, sino por tu propia decisión. ¿No es así?

—Así es, tío…

—Bueno, entonces aquí es donde entro yo. Sabes que poseo los conocimientos necesarios para que ingreses en el cuerpo militar que más desees, aunque tu permanencia en el arma elegida tendrás que trabajártela duramente. La milicia es vocación, trabajo y disciplina. Yo tengo mi propia idea de cómo debe de ser tu trayectoria militar, por lo menos al comienzo. No obstante, deseo oír tu opinión sobre lo que más te atrae: la Real Armada, tu padre llegó a alférez de navío, o el Ejército de Tierra.

—Prefiero tierra, señor —Fernando daba diferentes tratamientos a su tío según la solemnidad del momento; desde el usted y señor, a tú y *mi mariscal*, todos con gran cariño.

—Bueno y qué arma.

—Me gustaría caballería…

—Hijo, buena elección… Sin embargo, yo te aconsejo iniciarte en otro cuerpo, luego podrás pasar, si aún así lo deseas, a caballería.

—Haré como usted me diga.

—Bueno… Yo te sugiero que ingreses como cadete en el Colegio de Artillería de Segovia. Allí tendrás los mejores profesores, la mejor de las preparaciones y saldrás de alférez. Luego podrás pedir traslado a otra arma. Eso siempre que tú estés de acuerdo.

—Seguro que será lo mejor. ¿Pero no es muy pronto para todo esto? Me queda casi un curso completo hasta terminar mis estudios.

—Me imagino que te alegrarás al saber que he mantenido una fluida correspondencia con tus profesores del Real Seminario de Nobles. Me han comunicado lo satisfechos que están con tu preparación y los avances que has realizado. Teniendo una deferencia especial hacia mí acelerarán tu enseñanza para que termines los estudios en seis meses. Luego te dispensarán el resto del curso y podrás partir al Colegio de Artillería de Segovia; está todo previsto.

—Muchas gracias tío. No sabe cuánto me alegra esta magnífica noticia.

—Pues corre y ve a contárselo a tu tía, no sabe nada. Seguro que como nieta, hija y esposa de militar, le alegra la buena nueva.

Doña Eugenia de Velasco, «la Mariscala» como la nombraba el servicio de forma cariñosa entre ellos, se alegró de la noticia que le dio Fernando, lo tenía más por hijo que por sobrino. Acto seguido, doña Eugenia le pidió que le acompañase a dormitorio, allí abrió un gran arcón de madera tallada. Desenvainó de su funda de fieltro una magnífica espada toledana con empuñadura de oro y la hoja grabada. Fue regalo de los oficiales subordinados de su padre cuando ascendió a general. De momento las ordenanzas prohibían al joven usar esa espada, pues era la reglamentaria de general, pero doña Eugenia estaba deseosa de hacerle aquel presente.

Antes de partir, don Laureano de Zúñiga quiso dar las últimas indicaciones a su sobrino.

—Aunque has de valerte por ti mismo ante las dificultades que surjan, debes saber que la mayoría de tus profesores han sido subordinados míos. Te tratarán bien, pero sin privilegio alguno, así debe ser la carrera de un soldado… No obstante, hay alguien a quien debes conocer en cuanto te concedan la primera licencia, está destinado en Madrid. Es el teniente don Luis Daoíz, pariente nuestro. Su madre es una Torres Ponce de León, hija de los Condes de Miraflores, descendiente de los Duques de Arco. Tu abuela Dolores era una Ponce de León, prima de la madre de don Luis. Para cualquier cosa que necesites puedes contar con él, ya le he enviado varios avisos. Sirvió a mis órdenes varios años. Calculo que ahora deberá tener sobre treinta y tres años.

—¿Le he visto alguna vez?

—Aunque él estuvo en tu bautizo y en el funeral de tus padres, no creo que te acuerdes de él. Es un militar de gran valía, en 1790, con el grado de subteniente, fue voluntario a la defensa de la ciudad de Ceuta, pasando posteriormente a la de la ciudad de Orán en 1792. Allí estuvo a mis órdenes y por sus meritos en combate le ascendieron a teniente. Dos años después volvió a servir bajo mi mando, en la Guerra del Rosellón contra la Francia

revolucionaria. Allí fue detenido y quedó en Toulouse hasta la Paz de Basilea del setenta y cinco. Es un hombre muy valiente, hace dos años, durante el último sitio que los ingleses pusieron a Cádiz, mandó una de las barcazas que atacaban a los poderosos navíos del Almirante Nelson. La defensa española ganó al ataque inglés. También es un hombre con gran cultura, te puede ayudar en tus estudios; habla francés, inglés y latín como el español. En su última carta me comunicó que partiría en breve rumbo a América embarcado en el navío San Ildefonso, hacen falta artilleros en la Armada, pero estará en Madrid cuando tú te encuentres en Segovia. Ya sabes, has de visitarle en la primera licencia. Me dice que pronto lo cambiarán de destino, si tenemos esa mala suerte buscaremos otra persona de confianza con la que puedas contar en Madrid.

—Mariscal, cumpliré con todas sus indicaciones. No sabe cuánto le agradezco todos los desvelos que tiene por mí.

—Eres mi única familia, el hijo de mi querida hermana, y te quiero como al hijo que nunca tuve, lo sabes…

Fernando ingresó en la promoción del año 1800 del Colegio de Artillería de Segovia. Ya entonces su relación epistolar con Paula se había visto muy menguada, cinco o seis cartas al año, incluidas las felicitaciones de Navidad, santo y cumpleaños. Con Enrique sí mantenía una correspondencia más fluida, como mínimo una epístola mensual. En ninguna de ellas hacía referencia a Paula; tampoco Enrique quiso saber los motivos del enfriamiento entre Fernando y la joven, pues esta se lo había referido en numerosas misivas.

Con el paso de los años se redujo aún más el espacio entre carta y carta, no solo con Paula, sino también con Enrique. A la joven solía felicitarla por su santo y en Navidad, si no lo hacía personalmente en Sevilla los años que pasaba allí las fiestas. Con Enrique casi ya no se escribía, más desde que su madre decidió vender las propiedades de Sevilla. Tenía claro que su amigo no regresaría a Sevilla, y si lo hacía sería para casarse con Paula.

Como había prometido al mariscal, durante su primera licencia fue a cumplimentar a su pariente el teniente don Luis Daoíz y Torres. Era un hombre de pequeña estatura, pero fuerte, de noble porte y presencia impecable. Tenía el cabello castaño y algo ensortijado, al igual que sus pobladas patillas, que le llegaban a mitad del rostro. Sus ojos eran grandes, alegres y llenos de expresividad.

Don Luis vivía en el número doce de la calle de la Ternera, cómodo y céntrico lugar. Era su residencia habitual cuando no tenía otro destino o debía permanecer en dependencias militares. Había vuelto hacía poco de su destino militar en América. Una vieja criada de la familia, que había traído desde Sevilla, se ocupaba de toda la casa; limpiaba, cocinaba y le preparaba la ropa. No era mucho trabajo para ella, solo tenía que atenderle a él. Además, la mayor parte del año no dormía en aquel piso.

—Tú debes de ser el sobrino del mariscal don Laureano de Zúñiga —afirmó el teniente nada más abrir la puerta, al ver a un flamante cadete de Segovia uniformado que no había tenido tiempo de presentarse.

—Sí señor, soy Fernando Tello de Portugal, Barón de Acay, para servir a Dios, a Su Católica Majestad y a usted.

—Anda pasa y no te quedes ahí parado —dijo el teniente con un acento andaluz que el joven no solía oír en Segovia. Lo condujo hasta el salón y le señaló el estrado para que tomase asiento—. He recibido varias cartas del mariscal anunciando tu inminente llegada. Ya sabrás que, aunque no muy cercano, somos parientes. Por ello, debes tener presente que puedes contar conmigo para todo lo que te haga falta.

—Muchas gracias señor.

—¿Qué dirías si te digo que estuve en tu bautizo?

—Ya lo sabía, señor, me lo dijo el mariscal… Y también en el funeral de mis queridos padres.

—Por desgracia así fue. Traté mucho a tu padre antes de irse a la Real Compañía de Guardias Marinas; éramos unos críos. Luego abandonó la Real Armada, se casó con tu madre; una bellísima dama, tanto por su aspecto como por sus prendas, y dejé de tratarle. ¿Hasta cuándo tienes concedida licencia?

—Debo estar en Segovia el lunes antes de anochecer.

—Hoy es viernes, por lo tanto tenemos casi tres días completos para conocernos, sobrino.

A Fernando le agradó que aquel bizarro militar le tratara como pariente.

—¿Dónde tienes el equipaje? —preguntó don Luis.

—Lo he dejado en una posada que hay aquí cerca, en la calle Cruces.

—¿Una posada? ¿Pero para qué estoy yo aquí? Cuando estés en Madrid residirás en mi casa, esté o no yo en ella… Espera un momento… ¡Carmen, Carmen! —levantó la voz para llamar a la vieja doncella, que se presentó al momento—. Carmen —se dirigió a la criada—, este es mi sobrino, don Fernando Tello de Portugal, Barón de Acay y cadete de la Academia de

Artillería. Residirá en esta casa cuando esté de permiso en Madrid. No tengo que decirte cómo debes tratar a mi pariente porque lo sabes hacer de sobra.

—Es un honor conocerle, señor barón.

—Fernando —continuó el teniente Daoíz—, Carmen es una gran mujer, la quiero como a una más de la familia. Fue la primera que me tuvo en los brazos al nacer, incluso antes que mi madre, Carmen me depositó en su regazo.

—Encantado, señora —contestó Fernando, sintiéndose muy halagada la criada por el noble tratamiento recibido de un título de Castilla.

—Anda Carmen, baja y ve a la taberna, seguro que a estas horas estará allí mi asistente dando buena cuenta de los vinos. Dile que se acerque a la posada de la calle Cruces y que recoja el equipaje de don Fernando. No se te olvide decirle que le dé una propina al posadero por las molestias.

—Don Luis agradezco cuanto está haciendo por mí.

—No es nada que no debamos hacer entre parientes, y más si eres sobrino de mi querido mariscal.

A los veinte minutos subía un sargento, de rostro congestionado por los efectos del vino, portando un pequeño baúl.

—¿Tanta ropa traes para solo tres días, sobrino?

—No es mucha, el baúl está casi vacío, pero no quería que se me doblase y en las alforjas llegaría todo arrugado.

—No te preocupes, Carmen te lavará y planchará cuanta ropa sucia tengas. Se queja todo el día diciéndome que tiene poco trabajo y que no sabe qué hacer. Le digo que pasee por Madrid, que conozca gente y haga amigas; pero nada, parece que le tiene miedo a salir, que le asusta esta ciudad. Solo va a hacer los mandados y compras por la mañana temprano, a misa los días de precepto y alguna que otra novena. Luego, todo el día metida en casa.

—Son demasiadas atenciones, señor.

—Creo que lo mejor será que compres ropa que puedas dejar permanentemente en esta casa, así no tendrás que viajar con el engorro de ningún equipaje. Carmen te enseñará tu cuarto, tienes los armarios vacíos y está todo preparado, ya sabes que te esperaba… Así que bienvenido, esta es tu casa, Fernando.

—Muchas gracias, don Luis. Le haré saber a mi tío sus desvelos por atenderme.

—No me llames don Luis, prefiero lo de tío Luis.

—Sí, señor.

—¿Cómo?

—Sí, tío Luis.

—Así está la cosa mejor.

Carmen enseñó la habitación a Fernando. Era espaciosa y con gran claridad. Un ventanal la aireaba durante el día y recogía los rayos de sol en el verano. Dos pesadas cortinas de brocados impedían la entrada de luz en horas de sueño. Una estufa de hierro dormía en la esquina esperando tiempos más fríos. La amplia cama de dosel era muy cómoda. Un armario de caoba, mesa de estudio, dos sillas y el lavabo con palangana y aguamanil, completaban el mobiliario de la habitación. Varios candelabros con velas nuevas estaban sobre unas repisas en las que había varios libros, algunos de temas religiosos, pero la mayoría de ordenanzas y tácticas militares.

—Hoy cenaremos en casa —dijo el teniente asomándose a la habitación—. Carmen cocina muy bien y seguro que ya estás echando de menos platos como el gazpacho y otras delicias de nuestra tierra.

—La verdad que sí, es muy diferente la comida castellana. En el colegio se come muy bien, pero creo que se abusa demasiado de la carne y las grasas.

—Ten en cuenta que allí, como no sea pescado de río no hay otro. Además, en Segovia hace un frío infernal en invierno, y eso se combate con buenas grasas dentro del cuerpo.

—Es cierto, pero bueno, no me quejo, y me gusta el ambiente de la Academia, el trato de los profesores y el compañerismo de los alumnos.

—El compañerismo es una de las bases de la vida militar, aparte de la disciplina, de estar dispuesto al sacrificio por los más altos ideales, la fidelidad y la camaradería.

Cenaron temprano y luego salieron a pasear por las calles de la Corte. Al teniente le gustaba caminar en la noche madrileña. Hablaron sobre muchos temas: Sevilla, la carrera de las armas, la familia, la política y la religión.

—¿Hace mucho que no ve al mariscal? —preguntó el cadete.

—Desde su última visita a la Corte, creo que fue hace dos años. Su Majestad le llamó a consulta, es miembro de su Consejo. Cenamos juntos y luego se quedó en casa. Está magnífico, va a cumplir los cincuenta y cinco años y nadie lo diría. Es un hombre de honor, gran militar y de un valor casi temerario. Me imagino que te habrá contado sus grandes hazañas, pues solo se puede calificar de esa forma su actuación en los campos del honor.

—La verdad es que cuenta historias guerreras de los antepasados pero nunca de él. No sé por qué, quizás por miedo a que yo rechazara esta carrera. Hasta hace poco tiempo no tenía decidido inclinarme por las milicias, y él me insistía para que ingresara en el Ejército, no con demasiado afán, para no

crear en mí un rechazo directo. Por ello, creo que nunca me contó su historial militar.

—Pues, querido sobrino, es digno de conocer. ¿Sabes que antes de los diez años ya estaba de meritorio en el regimiento de caballería que mandaba su padre?

—No, no lo sabía.

—Pues es así, tu abuelo tuvo que pedir una licencia especial a Su Majestad don Fernando VI para que le dejara ingresar en el Ejército a tan temprana edad. Lo consiguió, pero el Rey decretó que estuviera bajo su propia responsabilidad, en el Regimiento que mandaba el padre. Tendría que esperar dos o tres años más para ingresar en el colegio militar en el que tú estudias ahora, y también con dispensa, pues no llegaba a los doce años.

Don Luis Daoíz contó a Fernando cuanto sabía de la vida del mariscal. Esta había sido muy intensa.

El tío había ingresado en el Regimiento de su padre el año 1754. Por la edad le asignaron la tarea de tambor. No llevaba un año en el ejército cuando su progenitor fue destinado a Hispanoamérica. Padre e hijo cruzan el océano. El coronel debía tomar parte en la pacificación de las misiones orientales, hecho que provocaría la llamada Guerra Guaranítica. El padre del mariscal, don Laureano Dionisio de Zúñiga y Pimentel, pasó a engrosar las fuerzas del Gobernador de Montevideo, don José Joaquín de Viana. Estas se sumaron a las del Gobernador de Buenos Aires, don José de Andonaegui y a los aliados portugueses.

Las fuerzas hispano-lusas iniciaron la búsqueda del enemigo, formado por indígenas de las misiones orientales jesuitas, a cuyo mando estaba el cacique Sepé.

Fue en esta guerra donde el jovencísimo Laureano recibió su bautismo de fuego. El 10 de marzo de 1756 el coronel de Zúñiga dirigía su regimiento expedicionario en las cercanías del Cerro Caibate. En un momento determinado se vieron sorprendidos por una lluvia de flechas, lanzas y fuego cruzado que nublaba el cielo. Una multitud de indígenas asaltó la fuerza española.

Con gran celeridad el coronel ordenó a su hijo y a otros cuatro jóvenes músicos que se ocultaran bajo las gigantes raíces de un viejo magnolio. Estarían a salvo de las flechas y disparos, que parecían no cesar. Este ataque sorpresa causó importantes bajas a los españoles. No obstante, pudieron reagruparse y hacer frente al enemigo, haciéndose fuertes entre una espesa arboleda que los protegía.

Sin embargo, era necesario advertir a las tropas españolas que marchaban tras ellos de la emboscada. El coronel no quería sacrificar a ninguno de sus hombres, dejó al mando del regimiento a un experimentado capitán y decidió romper el cerco a caballo, para poner en aviso a las fuerzas de retaguardia.

Apenas había empezado a galopar su caballo, cuando varias flechas se clavaron en el animal; este se levantó de patas por el dolor y descabalgó al coronel. Quedó en el suelo aturdido, en medio del fuego cruzado de los contendientes. No tenía dónde parapetarse y estaba a merced del enemigo, cuando el caballo cayó muerto a su lado. Se protegió tras el animal y sacó las dos pistolas cargadas que llevaba en el cinto y su sable. Notó que tenía el hombro derecho dislocado, un fuerte dolor le atenazaba la zona, por lo que apenas podía usar el sable.

Los sublevados habían visto toda la acción; sabían que aquel hombre, por el uniforme y los entorchados que lucía, era un jefe importante. Obtener su cabeza podría suponer el triunfo. El coronel sufrió el ataque de un grupo de indígenas comandados por dos jefes a caballo. Ello le sorprendió, pues los indios no solían montar.

De un certero disparo el coronel abatió a uno de los jinetes. El capitán español mandó abrir fuego sobre el grupo de indígenas de a pie. Cayeron casi todos, pero lograron pasar la barrera de fuego el otro jinete y dos sublevados con él. Desafortunadamente para el militar derribado, esos tres indios habían salido fuera de la línea de fuego española.

El coronel apuntó hacia el segundo jinete y abrió fuego, pero erró el disparo. Este picó al caballo y galopó contra él, quedando atrás los dos guerreros. Don Lorenzo no tenía tiempo de cargar de nuevo sus pistolas. Sabía que aquel ataque iba a ser definitivo. Decidió enfrentar su muerte con honor; se irguió y blandió el sable, que apenas podía levantar por el dolor.

El joven Laureano había vivido la escena con horror. Pidió la pistola a uno de sus compañeros, la suya la llevaba al cinto, abandonó las raíces que le protegían y corrió entre la arboleda para buscar la situación más cercana a su padre. Cuando estaba llegando vio cómo el jinete embestía al maltrecho coronel. El dolor le hizo bajar la guardia, por lo que el indígena se dio cuenta de que estaba herido; lo tenía a su merced; entonces decidió avanzar sobre su caballo lentamente hacia él y darle muerte con el hacha que portaba.

El joven tambor analizó la desesperada gravedad de aquella situación, no tenía tiempo que perder; afianzó las pistolas a su cinto y recogió una lanza partida que había en el suelo. Corrió velozmente hacia el caballo, por su pequeña estatura nadie lo vio. Cuando el jinete se dio cuenta, alguien, que

lanzaba un agudo grito, salía de la nada y clavaba una lanza en el vientre de su caballo. Este cayó al suelo, aprisionando al cacique, que no podía moverse. Momento que aprovechó el niño para correr hacia su padre y darle las dos pistolas.

Los indígenas que seguían al cacique vieron aquella escena, sabían que el militar español estaba nuevamente armado y contaba con ayuda, entonces decidieron dar marcha atrás, siendo abatidos por el fuego español cuando volvieron a ponerse en su línea. Un piquete de seis hombres, al mando de un teniente, salió al encuentro de padre e hijo.

Poco después los sitiados eran liberados por las tropas españolas que habían oído el fuego a medida que se acercaban a Cerro Caibate. La hazaña del joven Zúñiga cruzó el océano y fue conocida en toda España. A sus once años había realizado una gesta guerrera digna del más bizarro de los militares. Por esta heroicidad, a petición de su padre, el rey le concedió plaza de gracia como cadete en el Colegio de Artillería de Segovia, dispensándole por su minoría de edad. A los doce años lucía los flamantes galones de alférez.

En 1761 España entra en la Guerra de los Siete Años, y el alférez don Laureano de Zúñiga forma parte de las tropas del Conde de Aranda que toman el norte de Portugal. A los pocos meses de invadir aquel país, él y otros oficiales distinguidos son enviados a las posesiones españolas de ultramar. Su destino era el campamento militar «Real de San Carlos» fundado por el general español don Pedro de Cevallos, como base para atacar la colonia portuguesa de Sacramento, que es tomada el 31 de octubre de 1762. En esta acción vuelve a distinguirse Zúñiga, siendo herido en el hombro derecho. Por sus méritos en el campo del honor regresa a España con la graduación de teniente. Tenía dieciocho años.

En 1779 cruza el océano por tercera vez. España toma parte en la Guerra de la Independencia Americana. Las tropas españolas intervienen contra importantes puntos estratégicos ingleses en el Golfo de Méjico. Laureano asiste a la toma de Pensacola, aquí es nuevamente herido; esta vez en una pierna, pero sana perfectamente y continúa la campaña militar hasta que es repatriado.

El entonces subteniente Daoíz estuvo bajo su mando en la defensa de Ceuta de 1790 y en Orán. Volvió a estar a sus órdenes en la Guerra del Rosellón, donde el mariscal no solo destacó por su valor, sino por su experiencia en el campo de batalla. Era un gran estratega que inició la campaña como coronel y la culminó con el grado de mariscal.

Fernando quedó maravillado con todas esas historias. El tío jamás le había contado una sola de ellas. Aunque era notoria la fama de su valor, desconocía las heroicas acciones que había protagonizado en el campo del honor desde su infancia.

El cadete permaneció el fin de semana en casa del teniente Daoíz. El lunes, aún de noche, salió rumbo al Colegio de Artillería de Segovia. Partió con deseos de regresar lo antes posible, pues había congeniado con el pariente Daoíz. A las tres semanas volvió a Madrid. Observó con grata sorpresa que don Luis había mandado acomodar su cuarto con objeto de procurarle mayor bienestar. Hizo colocar un mullido sillón de amplias orejas, un baúl que guardaba sábanas y mantas nuevas y una percha donde colgar su espada, cinto y sombrero. También vio que el armario estaba completamente vacío y se había forrado de damasco amarillo, colgando de alguna de sus perchas unas pequeñas bolsas de fieltro rellenas de ramas de Lavanda, lo que le daba un agradable aroma. Estaba claro que lo de sentirse como en su casa no era una mera frase protocolaria del teniente.

Fernando agradeció todas estas atenciones y gentilezas. No sabía cómo corresponder e intentaba hacerle algún regalo con el que mostrar su reconocimiento. Lo consiguió ampliamente, mandó al mejor armero de Toledo que le forjara un sable en el que iría grabado el escudo de armas de Daoíz y una dedicatoria de Fernando.

El teniente presentó al sobrino entre sus amistades y le introdujo en un grupo de jóvenes oficiales recién salidos de los colegios militares. Era acompañamiento más propio de su edad, aunque el barón prefería la grata compañía de su tío, diecisiete años mayor que él. Sin embargo, no pudo disfrutar mucho más tiempo de ella. Ese mismo año don Luis era ascendido a capitán y trasladado a su tierra natal, Sevilla, para luego pasar a las Indias en el Navío San Ildefonso.

El recién ascendido a capitán le dejó a cargo del piso, pues la doncella Carmen se volvía con él a Sevilla. Aunque Fernando se negó a tan caballeroso ofrecimiento, don Luis insistió con tanto afán, que aceptó de buen grado.

Aquel piso le fue de gran utilidad, pues al salir del Colegio de Artillería años después, con su estrenado nombramiento de alférez, fue destinado a un Regimiento con sede en la Corte. El mariscal movió sus sólidas influencias para conseguir ese destino, ya que conocía las intenciones de su sobrino: ingresar en Caballería; oficial de la Guardia de Corps de la Real Persona era el puesto que anhelaba para su sobrino Fernando.

Los viajes a Sevilla habían disminuido mucho durante los últimos años. En parte por las buenas amistades que había hecho en Madrid, que le retenían durante el tiempo de licencias cortas, y en parte, porque el mariscal comenzó a viajar muy a menudo a la Corte. Había sido ascendido a general y nombrado miembro del Consejo de Su Majestad en el Real de Guerra. Cada dos meses se trasladaba a Madrid para la reunión del Concejo. Si existía algún conflicto bélico su estancia se hacía más prolongada. Siempre residía en casa del capitán Daoíz, junto a su sobrino. De vez en cuando le acompañaba en los viajes su esposa, más por el afán de ver a Fernando que por acompañar al General.

En las vacaciones de Navidad y Semana Santa volvía a Sevilla. Allí su compañía habitual era don Luis Daoíz. Fernando se había imbuido tanto del espíritu militar, que gozaba de la presencia y compañía de militares experimentados de los que poder asimilar buenos consejos.

Hacía ya tiempo que había dejado de escribir a Paula, solo por su santo enviaba una protocolaria misiva de felicitación. Tampoco ponía demasiado interés por frecuentarla cuando se encontraba en Sevilla. La joven conocía las fechas de estancia del barón en la ciudad y le dolía el despego que mostraba hacia su antigua amistad. Solían verse en las pontificales de las festividades solemnes, a ellas acudía toda Sevilla, y en algunas recepciones en casa de amigos comunes. En estas ocasiones se mostraba ante Paula, si no frío, siempre algo distante.

Fernando no deseaba hablar de profundidades con su antigua amiga. Tampoco que esta le sacara conversación alguna sobre Enrique. Hacía años que no sabía nada de él, ni tampoco iba a preguntárselo a Paula. Lo lógico es que ya tuvieran un compromiso formal.

Había dejado de sufrir por Paula años atrás. Casi nunca pensaba en ella; es más, si le venía al pensamiento algún recuerdo no sentía nada especial. Sin embargo, se preguntaba por qué al verla personalmente, cara a cara, no en imágenes de pasados recuerdos, siempre se le hacía un pequeño nudo en el estómago. Quizás fuese por la espléndida hermosura que había florecido en la amiga de su infancia.

Pero aquel tampoco era motivo, en la Corte conocía a damas de igual hermosura, todas deseosas de conquistar al joven Barón de Acay, que comenzaba a tener fama de cotizado galán.

Recién acomodado a Madrid, cuando aún no había finalizado sus estudios en el Colegio de Artillería, frecuentó la amistad de los jóvenes oficiales que le presentara el capitán Daoíz. Tenían tres o cuatro años más que él, y por tanto

mayor experiencia con las féminas que el sevillano. Esto le hizo ser blanco de las bromas de aquellos camaradas, que se acrecentaron cuando supieron que aún no había catado mujer a pesar de sus dieciocho años y ser un apuesto militar.

Aquella situación había que solucionarla; y lo hicieron, según ellos, de una forma tradicional castrense. Acordaron cerrar un prestigioso burdel de Madrid. Aquel día no podría entrar en el local nadie que no vistiese uniforme. Contrataron unos músicos militares del regimiento al que pertenecían dos de ellos para tocar en el salón. Fernando no tenía idea alguna de lo que habían preparado sus compañeros de armas.

Los tenientes don Ricardo Ramírez de Arellano, don Hilario de Echevarría y el alférez don Pedro de las Bárcenas, eran los encargados de contratar la casa de comidas donde cenarían y cerrar el trato con el burdel. Entre los veinte oficiales asistentes al evento habían hecho un fondo común para aquella ocasión. Fernando estaría engañado en todo momento.

Aprovechando la cercanía de la festividad de San Fernando, le dijeron que habían organizado una fiesta con motivo de su onomástica. Los camaradas cenarían en un acreditado mesón, luego pasarían a tomar ponche y a departir con unas distinguidas señoritas que vivían en un lujoso inmueble de Madrid. La verdad es que la casa de citas era ostentosa, a ella solía acudir lo mejor de la sociedad madrileña. Se decía que el propio Príncipe don Fernando y Godoy la frecuentaban. Las meretrices eran ciertamente hermosas; recibieron orden expresa de vestir con lujo, sin desnudar sus pechos en el salón, como acostumbraban para enardecer a la clientela. Debían parecer señoritas que asistían a una reunión de sociedad en casa decente.

Sabían que Fernando no podría, ni por asomo, distinguir que aquel lugar era un lupanar; pero, aun así, se tomaron muchas precauciones para que no sospechase. Una de ellas era emborrachar al joven principiante.

Llegado el día, los tenientes Ramírez de Arellano y Echevarría lo recogieron en un coche de caballos. Para no levantar recelos en Fernando, todos habían acordado ir vestidos con sus uniformes de gala. Antes de llegar a la casa de comidas pararon en un bodegón para tomar unos vinos, alegando que llegarían demasiado temprano a la cita. Fernando no era gran bebedor, pero tampoco hacía asco a los generosos caldos que le ponían por delante. Se presentó con un punto alegre en el comedor.

La cena fue contundente, más para aquella hora, pero quedaba una larga noche por delante. Habían encargado un cocido madrileño de entrante, le seguían diferentes tipos de carne a la brasa: cochinillo, cordero y chuletones

de ternera. El alcohol corrió en abundancia; empezaron con jerez para continuar con vinos riojanos y de la Ribera del Duero. Unos magníficos tocinos de cielo fueron el postre, acompañados del aguardiente de Cazalla.

A pesar del gran aguante de muchos de los comensales, la mayoría salió ebrio de la cena. La alegría reinaba en el grupo. Decidieron caminar hasta la casa de citas, entonando cánticos militares y patrióticos. Fernando era uno de los más dañados por el alcohol, hasta el punto de que sus camaradas pensaron que no llegaría muy despierto a la mancebía. Por ello, le metieron la cabeza bajo uno de los muchos caños que abastecían a Madrid de agua. La frialdad del agua y de la noche madrileña hizo el milagro. El joven se despertó, parecía no haber bebido demasiado, tan solo le quedaba cierto sopor que se le fue disipando durante el paseo.

Al ver el resultado de aquellas aguas algunos compañeros hicieron lo mismo. No deseaban perderse detalle alguno de la noche, aún quedaba mucho por delante, con diversión y más bebida.

Cuando entraron en la casa de citas Fernando no sospechó nada, era un buen caserón en el Madrid de los Austrias. Les recibió un mayordomo acompañado de varios criados uniformados a la Federica. Recogieron las capas, sables y gorras de los militares. Al final del pasillo se abría un amplio salón que deslumbró a los presentes por su luminosidad. Estaba iluminado por cinco hermosas arañas de cristal de la Granja, cuatro iguales en las esquinas y una mayor en el centro. El estilo era Luis XV, abusando de los dorados y brocados de seda natural. Realmente era una mancebía digna del príncipe y del favorito Godoy.

Las prostitutas estaban correctamente vestidas con sus mejores galas. Había cierto abuso de maquillaje en las caras, lo que desentonaba un poco con el estilo de las nobles damas que debían aparentar. Pero salvo la gobernanta, que se hacía pasar por anfitriona de la casa, las rameras eran jóvenes y agraciadas, lo que les salvaba de dar una imagen demasiado grotesca. Sin embargo, cualquier hombre con mediana experiencia se habría dado cuenta de que aquellas señoritas eran todo menos damas de alta sociedad. Pero experiencia con las mujeres era lo que le faltaba a Fernando. No obstante, se extrañó de las risotadas descaradas de algunas de ellas y de la manera, algo ordinaria, de expresarse.

—No te extrañes —le dijo el teniente Ramírez de Arellano— pertenecen a una noble familia cubana, pero de una zona de la isla donde se habla así. Pero no te dejes engañar por su acento, son unas señoritas de lo principal.

—¿Todas son cubanas? Al menos hay veinte.

—No, qué va… algunas son de otras provincias de ultramar y también hay representación española.

—¿Y en esta familia no hay varones?

—Pues claro, Fernando, que los hay. Pero acordamos con ellas que la fiesta de tu santo sería solo para las féminas y sus amigas en edad casadera —intervino el teniente Echevarría—. Es lo menos que podíamos hacer por ti… Bueno, y por nosotros, salvo cuatro o cinco, los demás estamos solteros. Por lo tanto, mientras más jóvenes conozcamos, mejor para todos.

—¿Y aquella cañonera llena de encajes y collares, quién es?

—Es la anfitriona y carabina oficial de todas estas bellezas. La dama parece algo… llamativa, pero así son en su tierra… Ven que te la voy a presentar.

El teniente Echevarría acababa de convertir en décimas de segundo a la «madame» en señora de alta alcurnia.

—Doña Eduvigis de Salmerón, el señor Barón de Acay.

Fernando besó la mano de aquella señora que le pareció algo estrafalaria, pero tampoco dio muchas vueltas a esa apreciación. Sus ojos se iban tras las jóvenes que le rodeaban, cuyas miradas, que reflejaban la picardía contenida, despertaban los apetitos más inconfesables del joven.

—Es un honor conocerla, señora. Le agradezco que se haya ofrecido para ser la anfitriona de esta fiesta que dan en mi honor, más sin conocerme.

—No hay nada que agradecer, señor barón, lo hago con sumo gusto. Además los tenientes son asiduos de esta… casa. Sus amigos son bien recibidos en ella. Además, ya ve usted… ¡Tantas jóvenes en edad casadera…! ¡Y todas tan bellas!

Echevarría tosió de forma forzada e hizo una señal con los ojos a la madame para que dejase de hacer aspavientos exagerados.

—Bueno, caballeros —cortó la dueña— es un placer hablar con ustedes pero tengo que disponer al servicio. Deseo que todo esté a vuestra entera satisfacción.

Poco después Fernando se encontraba sentado en un sillón junto al alférez don Pedro de las Bárcenas. Les rodeaba un buen número de hermosas jóvenes que eran presentadas por el alférez, asiduo cliente del local. Muchas se sentían atraídas por aquel joven barón, les seducía la idea de ser su primera introductora en las artes amatorias.

Fernando se fijó en dos jóvenes muy agraciadas pero de muy distinto estilo, no sabía cuál de ellas le atraía más. Una era de mediana estatura, fino talle bien proporcionado en sus hechuras, hombros perfectos, cuello alto y

labios carnosos. Sus ojos verdes se iluminaban como fuego de esmeralda sobre la piel trigueña y cabello azabache, recogido en un aderezado moño sobre la nuca, salteado de perlas y pedrería.

La otra joven era algo más alta, su pelo cobrizo caía en cascada de brillantes bucles sobre la blanquecina piel. Los pechos sobresalían por su generosa abundancia y eran el blanco directo de lascivas miradas de los miliares. Sin embargo, ninguno podía dedicarse a una de las internas hasta que no supieran cuál atraía más a su neófito camarada.

Arellano le preguntó por quién se inclinaba, y averiguó las dos que quitaban el sentido a Fernando. Las presentaron con sus auténticos nombres, pero con sonoros apellidos inventados.

—La morena es Laura Hurtado de Amezaga, y la pelirroja, Carlota de Salazar… Tienes buen gusto rufián… ¡Hala, pues a por ellas…! Quién sabe si de aquí sale un romance.

A continuación, el informante hizo correr la voz de que esas dos meretrices eran intocables hasta que Fernando no se decidiese por una. Esto causó un hondo pesar entre la oficialidad, cuya mayoría se inclinaba por los enormes pechos de Carlota.

En la vida real Laura era conocida entre sus compañeras como «la Cubana», pues de aquella tierra procedía. Era hija natural de una hermosa mulata y un agregado de embajada alemán que no quiso saber nada de su madre cuando quedó embarazada. La madre murió, según afirmaba, del dengue, cuando Laura comenzaba a despuntar como una bella hembra. La pobreza le llevó por el camino de la prostitución con apenas quince años.

Pronto su hermosura fue valorada por un capitán mercante que la convirtió en su concubina hasta los dieciocho años. La joven deseaba que el marino la llevase a España, y así lo hizo. La acomodó en un buen piso de Cádiz, con una negra a su servicio. La joven no comprendía por qué el capitán la llevaba en todas sus travesías marinas y, sin embargo, se negaba a que viajara con él en los frecuentes viajes que hacía a la Corte cuando no estaba embarcado. La respuesta no tardó en llegar, supo que el marino estaba casado y tenía seis hijos. Ello la irritó de tal manera que se presentó en Madrid y montó un buen número a su amante cuando salía de misa en la Iglesia de San Francisco.

En lo recóndito de la hermosa cubana había anidado la ilusión de casar algún día con aquel marino de mediana edad. Pero si ese momento no llegaba, tampoco le supondría un gran desengaño; mientras sería feliz. Sin embargo, no pudo perdonar que le hubiese tenido engañada durante casi cuatro años y,

mucho menos, la gran paliza que le propinó el marino tras llevarla a una pensión, después del número montado a la salida del templo.

Pero el capitán estaba verdaderamente enamorado de su amante; le rogó el perdón a la vez que le ofrecía un piso y un cómodo pasar en la Corte. Ella se negó rotundamente y le abandonó. Con su hermosura no fue difícil entrar en la mejor casa de citas madrileña. Cuando el marino supo que Laura se prostituía en aquel lugar fue a visitarla, pero la joven amenazó con irse si se le daba paso franco al capitán. Por los grandes ingresos que suponía la joven se vetó la entrada del marino.

La deseada Carlota era conocida como la Pacheca, por ser la protegida de un grosero indiano, de apellido Pacheco, que la colmaba de lujosos regalos, pero que no se atrevía a retirarla por sus ínfulas nobiliarias. Se había hecho rico con el tráfico de las Américas, pero en nada había mejorado su tosca educación. Veía que, a pesar de su dinero, no conseguía introducirse en sociedad. Había oído decir que casi todos los montañeses tenían orígenes nobles, por lo que decidió pagar a un Rey de Armas para que investigase sus ancestros. Así sería admitido dentro del gran mundo.

Tras meses de arduos trabajo, el investigador halló —o al menos eso le dijo— que dos antepasados del indiano, casi cuatrocientos años atrás, habían sido llamados como hijosdalgos para la Guerra de Toro. Sin embargo, cuando se presentaron ante el tribunal militar de alistamiento de hidalgos los devolvieron a sus villas, pues iban descalzos y con el azadón en el hombro. Pero ello no quitaba que fueran hidalgos y la noticia fue recibida con gran alegría por Pacheco.

Se creía otro, adoptó una pose altiva que rayaba en lo ridículo, y decidió pagar al Rey de Armas para que le hiciese una lujosa certificación de armas y le consiguiera el ingreso en alguna corporación nobiliaria. Deseaba lucir sobre su ojal una venera que diera testimonio de su origen distinguido. Lo primero lo consiguió por la fuerte suma de dinero desembolsado. Lo segundo fue del todo imposible, por muy alta que fuera la generosa suma de dinero que iba a donar como ingreso en la corporación. Ningún fiscal de estos cuerpos de nobleza admitiría a nadie cuya familia no se había distinguido en cuatrocientos años. Hasta los dos hidalgos del azadón habían transcurrido quince generaciones de antepasados pobres y sin consideración alguna en sus lugares de origen.

No obstante, el tosco indiano pensó que aquella negativa era por la desmesurada envidia que despertaba su fortuna. Decidió olvidar aquella afrenta, pero se dedicó a hacer alarde de su hidalguía mandando pintar un

gran escudo en la portezuela de su carruaje, luciendo en el meñique un llamativo anillo de ágata azul tallada con sus armas, y pagando grandes sumas a curas necesitados para que pintaran sus escudos en alguna capilla a cambio de esas donaciones.

Había regalado lujosos vestidos a Carlota, regalos que solo podía lucir en su presencia. Sin embargo, durante la fiesta la joven lució sus mejores prendas. Era evidente que el indiano no iba a aparecer en aquella reunión de amigos. La joven resaltaba su hermosura en aquel lujoso envoltorio de sedas y encajes. Un llamativo aderezo de amatistas y oro destacaba sobre su blanca piel.

Con tanta charla y la abundante pastelería servida, Fernando iba perdiendo el punto ebrio que le hacía estar desinhibido. Los compañeros se dieron cuenta y decidieron poner solución. Acordaron echar un pulso con la bebida y ver quién resistía más copas sin tambalearse; debían beber subidos en una tabla que colocaron entre dos sillas.

Estaba Fernando en animada charla con Laura y Carlota, cuando un capitán le dijo que iba a comenzar el torneo de bebida. Lo anunció de tal forma que Fernando se vio obligado a tomar parte en él si no deseaba quedar como un endeble mozalbete ante aquellas damas.

Empezó el turno por el homenajeado. Lo subieron al tablón y le acercaron una copa con un fuerte aguardiente, cuyo efluvio picaba en los ojos. Lo bebió de un trago para impresionar a sus damas. El fuego del licor le quemó las entrañas y le hizo soltar unas lágrimas que supo disimular fingiendo que una mota le había entrado en el ojo. Bajó y esperó que le tocase de nuevo. En la cuarta ronda ya estaba muy tocado, en la sexta tenía la casaca desabrochada y la camisa fuera. En la octava apenas podía mantenerse sobre la madera. Sus compañeros bebían agua desde la tercera ronda, deseaban estar bien para el himeneo venidero.

Antes de caer al suelo, Fernando fue sujetado por sus compañeros, que lo alzaron entre sus manos, como si portaran el cuerpo muerto de un camarada. Con solemne paso marcial, y a toque de tambor de uno de los músicos del regimiento, marcharon en procesión hasta embocar un largo pasillo franqueado de puertas.

Al final del corredor abrieron la puerta que cerraba la habitación principal. Entraron en ella y dejaron caer en la cama el cuerpo de Fernando, que, a pesar de rebotar, parecía no darse cuenta de casi nada. Cuando los militares abandonaron el dormitorio, el barón estaba tendido en la cama, con los ojos cerrados y franqueado a cada lado por Laura y Carlota.

Fernando, en un determinado momento, abrió los ojos y le pareció estar soñando: a su lado estaban las dos bellas damas en su más espléndida desnudez. Aún tardaría un buen rato en reaccionar y darse cuenta de que aquello no era un sueño. Más cuando las dos peritas en el arte de Venus comenzaron a explorar sus zonas carnales hasta entonces vírgenes a las mujeres.

El agradable sopor etílico, la dulce ingravidez del cuerpo cansado sobre un lecho confortable y el placer que sentía con la pericia de aquellas caricias, le llevaron a un mundo desconocido de complacientes sensaciones que se renovaba segundo a segundo con la promesa segura de un éxtasis superior.

El paroxismo del deleite de sus sentidos llegó a su cenit cuando apenas podía averiguar dónde comenzaba el cuerpo de Laura y donde el de Carlota, que cubrían por entero el suyo sin dar tregua a sus sentidos.

Tras aquella primera partida, Fernando quedó tan agotado que sus párpados se rindieron al cansancio y al sueño. Las dos prostitutas hicieron lo mismo. De fondo se oía la lejana melodía de los músicos militares, algún que otro sonido de cristal que golpeaba el suelo, lejanas voces con tono aguardentoso y el más cercano crujir de catres y puertas que se abrían y cerraban al gozo libidinoso.

Lo último que pudieron percibir los sentidos de Fernando fue un húmedo y calido beso de jugosos labios sobre los suyos y la monótona voz del sereno que, en la soledad de la noche madrileña, pregonaba una alta hora de la madrugada.

Un rayo de luz, que burló los tupidos encajes de la cortina, fue a posarse sobre la frente de Fernando. El calorcillo que este provocaba y el tener el cuerpo descansado, hizo que Fernando abriera uno de los ojos. Hoy día no podría decir con seguridad qué fue lo que hizo cerrarlo con gran velocidad, si la luz cegadora que le deslumbraba o el dolor de cabeza que pasaba factura por la noche donde el alcohol había reinado sin límite alguno. Al notar que su mano rozaba la tersa piel de un cuerpo desnudo, despertaron sus sentidos y sus más cercanos recuerdos. Evocó lo que al principio de la jornada anterior le pareció un sueño, un sueño placentero que le hacía levitar entre el éxtasis carnal y la etérea brumosidad etílica en la que abandonó sus sentidos.

Al moverse despertaron las dos jóvenes. Fernando, al verse tan desnudo como ellas, se ruborizó. El terrible dolor de cabeza que sentía no era nada comparado con lo violento de aquella situación.

Las dos jóvenes se incorporaron al momento. Fernando quedó extasiado al ver los maravillosos pechos de Carlota en todo su esplendor y el perfecto

cuerpo de Laura que se desperezaba haciendo unas contorsiones que subieron la libido del joven hasta unos niveles jamás alcanzados. Su joven cuerpo comenzó a reaccionar ante tanta carnalidad deseada, se avergonzó de ello y se cubrió con las sábanas. Iba a musitar unas leves palabras para disculparse, cuando el dedo índice de Laura le silenciaba sus labios y Carlota lo abrazaba por la espalda, poniendo sus enormes y cálidos pechos sobre Fernando. Segundos después todo volvía a empezar. Fernando se dejó hacer por tan expertos cuerpos, que verdaderamente se apasionaron, lejos de toda simulación, con aquel hermoso principiante.

Las jóvenes no dijeron palabra alguna al terminar su trabajo, solo besaron a Fernando, bajaron de la cama y sus esbeltos cuerpos desnudos, envueltos en unos leves y transparentes camisones, abandonaron la habitación, dedicando antes una alegre sonrisa a quien habían iniciado en las artes amatorias.

Fernando vistió con gran rapidez, llevaba la guerrera en la mano y se abrochaba la camisa cuando ya estaba llegando al final del pasillo por el que la noche anterior le transportaron en solemne procesión.

El salón estaba lleno de botellas vacías y cristales rotos, se vislumbraban vaporosos rayos de luz que entraban por las rendijas de unas ricas cortinas de costosos brocados. Para ver mejor el entorno las descorrió y la estancia se llenó de una intensa luminosidad que dejaba ver el polvo del ambiente levitando entre los rayos.

Miró de nuevo hacia el salón y observó que unas botas militares se recostaban sobre el brazo de un sillón. Se acercó para ver quién era el propietario de aquellas piernas. Resultaron pertenecer al teniente Ramírez de Arellano, que dormía plácidamente, sujetando con fuerza una botella vacía en su regazo, como si de una amante se tratase.

Fernando terminó de abrocharse la guerrera; luego cogió un tocado de plumas que estaba tirado en el suelo, arrancó una y se dedicó a introducirla por los orificios de la nariz del teniente. Al principio no reaccionaba, pensó el barón que aquello era letargo más que sueño; luego que aún estaría borracho. Pero al cuarto intento comenzó a reaccionar. Abrió primero un ojo, luego otro e intentó enfocar su vista hacia quien tenía el atrevimiento de despertarle de su descanso. Cuando vio que era Fernando mostró una amplia sonrisa, se levantó de un salto, sin muestra alguna de resaca. Se miraron fijamente sin decir palabra y, al unísono, rompieron en una estruendosa carcajada.

El teniente sujetó por el brazo a Fernando, ambos seguían sin hablar, ya iban a llegar a la puerta cuando Arellano volvió sobre sus pasos. Fernando vio cómo se asomaba por detrás de un gran sofá y golpeaba algo con el pie. Al

rato aparecía, como si de un encantamiento se tratase, con lentitud exasperante, la cara somnolienta del alférez don Pedro de las Bárcenas.

Ambos franquearon al joven y se dirigieron a la salida. Al parar ante la puerta dijo Fernando:

—¿Conque señoritas, eh?

—Más o menos cadete, más o menos… —contestó el teniente. Y abandonaron la casa.

Aquella experiencia gustó tanto al sevillano que estaba deseando repetirla, pero le avergonzaba confesarlo a los amigos, e ir solo se le hacía cuesta arriba. Allí podría encontrar personas conocidas, ya no era un local cerrado solo para ellos. Sin embargo, el gran deseo y la natural debilidad carnal de su briosa juventud le hicieron visitar aquella casa. Pidió el servicio de Carlota, pues no había dejado de sentir la sensación de sus cálidos pechos. La joven se esmeró en enseñarle cuanto sabía.

Sin embargo, vio que esas visitas tenían que espaciarse más de lo que él desearía: las tarifas de aquellas jóvenes resultaban prohibitivas. No en vano eran las favoritas de los clientes, entre ellos, según se decía, del propio Godoy.

III

El segundo curso en el Colegio de Artillería Fernando recibió una orden que le hizo examinar con profundidad su verdadera vocación castrense.

En 1801 Napoleón Bonaparte intimidó a Portugal para que rompiera su ya tradicional alianza con Inglaterra: deseaba que esta nación impidiera la entrada de barcos ingleses en sus puertos. España era aliada de Francia, mediante el segundo tratado de San Ildefonso se comprometía a declarar la guerra a la nación vecina si continuaba con su apoyo a Inglaterra. Portugal se negaba a ceder ante las pretensiones franco-españolas; estalló la llamada Guerra de las Naranjas.

La guerra sería casi un paseo militar para España: duró dieciocho días entre los meses de mayo y junio. El propio Godoy se puso al mando del Ejército español y avanzó ocupando varios pueblos portugueses, entre ellos Olivenza, Juromenha y Campo Maior. Las fuerzas portuguesas apenas pusieron resistencia. El 6 de junio se firmaba la paz mediante el Tratado de Badajoz.

Este breve enfrentamiento bélico sería el bautizo de fuego del Barón de Acay. Su tío, el general don Laureano de Zúñiga iría entre los altos mandos que acompañaban a Godoy durante aquella campaña. Movió influencias poderosas para que dejasen participar en la invasión de Portugal al cadete don Fernando Tello de Portugal. Aquello era un hecho inusual. Casi siempre se movían influencias para impedir destinos de riegos, pero este caso era todo lo contrario. Se pedía que un alumno de segundo curso tomara parte en una intervención militar directa.

Al principio Fernando recibió aquella noticia con gran alegría. Era la envidia de todos sus compañeros: tenían que esperar a terminar su preparación para poder tomar parte en operaciones militares. Todos le felicitaban por su gran suerte, se sentía un ser superior entre los colegiales.

—¡Qué suerte tienes Fernando! Poder entrar ya en combate, quién tuviera un tío así —le dijo un compañero.

—La verdad es que he tenido suerte, pero no debéis impacientaros, ya os tocará a vosotros.

—Bueno, si para entonces queda alguna guerra… —habló otro cadete con acento gallego—. Francia es nuestro aliado y su ejército el más poderoso del mundo, quizás para cuando terminemos ya ha vencido a todos sus enemigos y no hay guerras.

—No digas tonterías, Ramiro —contestó Fernando—. Por desgracia siempre va a haber guerras y para eso nos preparan.

Sin embargo, sentía cierta comezón interior que se acentuaba a medida que se aproximaba la fecha de incorporarse a la columna que marcharía sobre Portugal. Las últimas noches apenas pudo dormir. Al principio no quería analizar cuál era aquel sentimiento que le hostigaba, pero decidió hacerle frente. Concluyó, no exento de preocupación, que si no era miedo, sí algo que se le parecía mucho. No obstante, pensó que aquel estado debían sufrirlo todos los militares antes del combate, era lo natural; el valor sería superarlo. Pensó que tenía dieciséis años; su tío, siendo un niño ya era un héroe.

Lo habían destinado a una columna de caballería que iría apoyada por la artillería. Su destino era Olivenza. Como artillero debería estar en segunda línea, pero era seguro que entrarían en combate con las fuerzas portuguesas, sobre todo con su caballería.

Un coronel de caballería mandaba la columna. Tras la fuerza montada a caballo seguían quince piezas de artillería tiradas por mulas, a cuya cabeza iba un comandante. Por estar el camino transitable no hubo que desmontar los cañones.

Fernando era el responsable de la segunda batería. Marchaba a caballo tras los mandos. El mes de mayo había hermoseado los campos, dando la multiplicidad de nuevas flores mil tonalidades distintas que salpicaban de belleza los caminos. El día comenzaba con un frío mañanero que hacía necesario el uso de la capa. A medida que avanzaba la tarde la meteorología cambiaba y la subida del termómetro hacía que el calor se hiciera presente.

Olivenza estaba al otro lado de la frontera española. La columna no había recibido consigna concreta por donde cruzarla. Los mandos decidieron parar para almorzar y esperar órdenes.

Fernando no formaba parte de la oficialidad, era un cadete, por lo que no tomó asiento en la mesa de los oficiales. Sí lo hizo entre varios suboficiales experimentados, que se extrañaron de su juventud.

—¿Entonces nunca has entrado en combate? —preguntó un sargento que servía su batería, apellidado Otero.

—Nunca, esta será la primera vez.

—Me imagino que tendrás miedo… —continuó el sargento, quien ante el silencio del joven prosiguió su discurso—. Has de saber que miedo lo tenemos todos, quizás mucho más antes del inicio del combate que durante el mismo. Cuando ya estás dentro de la batalla solo tienes que hacer una cosa: sobrevivir; intentar matar antes de que te maten a ti. Ten en cuenta que un enemigo abatido es un arma menos que nos apunta y puede darnos muerte. Por ello la artillería tiene tanta importancia; barre al enemigo que puede causar graves bajas a la infantería y a la caballería. Ha de procurar un desgaste importante del adversario antes de entrar en acción.

—Sargento Otero todo eso ya lo estudié en el Colegio de Artillería, ahora solo me queda la práctica —respondió Fernando—. Y me parece que no voy a tardar mucho en tenerla. Desde aquí se ve Olivenza, solo nos queda esperar.

—Cuando comience el combate ponte cerca de mí, debemos compenetrarnos todos los servidores de la batería y, por si recibimos el más que probable ataque de la caballería, tener dispuesta la defensa cuerpo a cuerpo.

—¿Suele llegar la caballería enemiga a las piezas? —preguntó el cadete.

—Es una de sus más importantes misiones, pues si no quieren sufrir baja en sus filas ha de desmontar el bombardeo. Todo depende de que nuestra caballería o el cuerpo de infantería lo impidan. Aunque muchas veces logran atravesar los obstáculos y hay que batirse cuerpo a cuerpo.

Apenas había dicho estas palabras cuando un teniente les hacía llegar las órdenes recibidas del estado mayor.

Debían desandar un buen trecho, lo recorrido en las dos últimas horas, y entrar en territorio portugués por una zona en la que no había pueblos cercanos. Habría que rodear la villa de Olivenza sin ser vistos y apoyar la embestida del grueso del ejército español, atacando por sorpresa desde el oeste. Estaba claro que solo podrían contar con la acción de la caballería en un supuesto ataque del enemigo.

Se mandó cubrir los cascos de los caballos y las ruedas de los carros con paños, con ello se atenuaba el ruido que originaban y conseguirían introducirse sin contratiempo, causando la máxima sorpresa al enemigo. Los soldados de caballería desmontaron para caminar junto al caballo, así eran menos visibles.

Sin embargo, de nada valieron estas medidas preventivas. Apenas llevaban una hora en territorio portugués cuando una compañía enemiga a caballo atacó la columna. La caballería española hizo frente a ese ataque, ya que la artillería no podía maniobrar ni colocar sus piezas ante esa acometida por sorpresa. El coronel del regimiento español consiguió rechazar el primer envite y empujar las fuerzas enemigas lejos de la artillería, para combatir en un lugar muy apartado de los cañones. Debía evitar por todos los medios que fueran dañados. También tenían que impedir que el enemigo revelara su presencia, por lo que una vez vencidas a las fuerzas lusas, fueron perseguidas en su desbandada.

Las quince piezas de artillería solo quedaron protegidas por los ochenta hombres que las servían.

El comandante artillero ordenó tener las armas cargadas y la bayoneta calada. Igualmente dispuso que se desenganchasen los mulos de las piezas. Si eran atacados debían evitar que una estampida les hiciera perder cañones. Los mandó colocar en círculo y poner a cubierto los carromatos con las municiones.

Apenas se habían concluido esas tareas cuando una nutrida descarga hizo caer a cuatro artilleros. Afortunadamente no fue alta la mortandad, ya estaban dentro del círculo defensivo que formaban los cañones. El comandante mandó repeler el fuego, pero sin usar las baterías, pues su poderoso estruendo guerrero podría poner en sobre aviso a los defensores de la villa de Olivenza.

El número de atacantes triplicaba a los artilleros; sin embargo estaban muy bien parapetados y el enemigo debería ponerse en cuerpo a descubierto para asaltar con eficacia sus posiciones.

Después de veinte minutos de continuas descargas, los portugueses vieron que no conseguían ningún avance. Decidieron atacar la posición española con un asalto cuerpo a cuerpo. Era la forma de llegar a los invasores. Los dos primeros intentos fueron rechazados con fuertes descargas de fusilería, quedando en el suelo un importante número de enemigos batidos. Pero el tercer intento rompió la resistencia y el cerco, asaltando el centro de la resistencia española.

El combate sería encarnizado, cuerpo a cuerpo, hasta vencer por el exterminio de uno de los contendientes. Los artilleros desenvainaron sus espadas para repeler la embestida enemiga. Fernando estaba junto al sargento Otero y otros dos servidores de su batería. Ambos mandos sostenían una pistola en la mano derecha y blandían el sable en la izquierda. Esperaban la llegada de un grupo de portugueses que se acercaban amenazantes con sus

sables. Otero disparó y dio de lleno en un cabo lusitano, Fernando hizo lo mismo, hiriendo en la pierna a otro enemigo. No disparó a matar, nunca más volvería a hacerlo.

El cuerpo a cuerpo había comenzado y el barón se vio atacado por un joven alférez luso impecablemente uniformado. Tendría pocos años más que él, pero se notaba en la fuerza de los sablazos. Sin embargo, Fernando era un gran tirador de sable: desde los doce años su tío le había puesto un profesor de esgrima que iba a darle clase tres veces a la semana. El joven dominaba perfectamente el florete, el sable y la espada, y así se lo hizo ver al portugués, que intentaba con la fuerza suplir la inferior destreza ante su enemigo.

Ahora tenía muy presentes las palabras que le dijo el sargento Otero durante el almuerzo. O mataba o le matarían a él; y ese era el pertinaz empeño del alférez contrincante. El barón no quiso arriesgarse más, ante una enérgica embestida del lusitano, Fernando hizo un requiebro de cintura, aprovechando la fuerza de la proyección del cuerpo atacante, y clavó su sable sobre el vientre de aquel desdichado alférez.

En la empuñadura de su sable notó cómo la hoja de la espada destrozaba las costillas de aquel joven militar, cortándolas sin piedad alguna en su mortífero recorrido. El ruido que acompañó la entrada de la hoja en el cuerpo fue estremecedor, sonó a huesos quebrados, carne rasgada, acompañado de un grito de pánico y dolor.

Fernando retiró rápidamente su sable, estaba aterrorizado. Aquel joven había caído de rodillas delante de él, intentando contener los caños de sangre, que se le escapaban imparables entre sus finos dedos como el hilo de vida que tan solo le quedaba. Miró fijamente a Fernando con unos ojos oscuros y profundos. No había rencor en su mirada, pero sí miedo, un miedo profundo ante el temido paso de la vida a la muerte. Pudo oír cómo de sus labios salían veloces y casi imperceptibles unas oraciones. El portugués había dejado de presionar su herida e intentaba desabrocharse la guerrera con gran nerviosismo, buscando algo con urgencia.

Fernando no pudo aguantar la escena. En medio del combate clavó su espada en la tierra y asistió al moribundo. Vio que lo que buscaba el alférez con ahínco era una medalla de la Virgen de Villaviciosa. Fernando logró sacarla y se la dio a besar. El enemigo agarró fuertemente la mano del barón, como queriendo aferrarse con ello a la vida. Ahora su mirada era de agradecimiento. Un caño de sangre brotó de su boca, muriendo entre los estertores que le producían la asfixia con su propia sangre.

El barón se había quedado sentado en el suelo, junto a él, pero sintió un gran tirón. Era el sargento Otero, que lo sacaba de su aislamiento y le ponía de nuevo el sable en la mano. Se acercaban más enemigos; Fernando no estaba en las mejores condiciones de batirse, pero lo hizo con gran destreza, hiriendo a dos de sus atacantes en zonas que sabía no eran mortales.

El suelo comenzó a retumbar y, como un relámpago mortífero, la caballería española apareció entre una gran polvareda en el campo de batalla. Regresaba de diezmar a sus perseguidos, rompió el frente y acabó con las fuerzas lusitanas.

El coronel ordenó que un piquete de quince soldados, casi todos heridos leves, condujera a los prisioneros portugueses hasta cruzar la frontera camino de España. Allí no tendrían ocasión de escapar y avisar a los defensores de Olivenza.

Fernando no podía analizar con tranquilidad todos sus sentimientos. Advirtió cómo algo frío le recorría la mano hasta la punta de los dedos; era la sangre del joven alférez portugués. Tomó una cantimplora y lavó las manos con fruición, se frotó tan duramente que las enrojeció. Sin embargo, durante todo el día mantuvo la sensación de tener la sangre pegajosa y coagulada sobre sus manos. Lo mismo hizo con su sable, lo restregó con arena una y otra vez, hasta que no quedara mancha alguna sobre él. Luego volvió a lavarse instintivamente las manos.

Otero lo había estado observando desde el final del combate, y se dirigió a él.

—Cadete, esas manchas que ves ya no están en tus manos… sino ahí —dijo mientras golpeaba suavemente su dedo índice contra la frente de Fernando— y esas, aunque no se ven, tardan más en desaparecer. Esto sucede la primera vez, pero ten por seguro, que si mañana entramos en combate volverás a defenderte y a batir al enemigo que se te ponga por delante. A medida que tengas mayor experiencia guerrera esos remordimientos irán desapareciendo… Te lo aseguro… Por cierto, no vuelvas a soltar tu arma durante una batalla, no ya porque pongas tu vida a merced del enemigo, sino porque es un acto que se pena con la muerte. El abandono del arma en combate es de suma gravedad, y eso seguro que lo has estudiado en las reales ordenanzas, es básico… Si te llega a ver un oficial podría haberte formado un juicio sumarísimo en consejo de guerra.

—No se repetirá sargento.

—Seguro que no.

Recuperados del combate y reagrupadas las fuerzas, el coronel dio orden de proseguir hacia la meta señalada. Llegaron en cuatro horas al oeste de Olivenza. Se situaron a una distancia lo suficientemente lejana para no ser vistos, pero lo suficientemente cerca para que los proyectiles de los cañones dieran en el blanco. Se ordenó colocar las baterías, sacar la munición y preparar parapetos. Durante el asedio que ahora se iniciaba, la caballería no intervendría como fuerza directa de choque: estaría junto a los artilleros con el solo objeto de protegerlos de un ataque enemigo.

Cuando el coronel oyó que las tropas españolas abrían fuego desde el este, ordenó que los artilleros hicieran lo mismo. La ciudad se vio sorprendida por un fuego cruzado, rindiéndose al poco tiempo.

La campaña contra Portugal duró pocos días más, pues se rindió a los españoles y firmaron el tratado de Badajoz el 6 de junio. En el transcurso de las hostilidades Fernando había participado en algunas escaramuzas en las que tuvo una valiente intervención; durante una de ellas recibió un disparo en el hombro derecho, nada grave pero sí lo suficiente para darle un permiso de quince días en Sevilla.

Durante su convalecencia pudo meditar y comprobar cómo se cumplía todo cuanto le dijo el sargento Otero. Los escrúpulos y remordimientos se iban difuminando a medida que el olor a la pólvora, el tronar de cañones, la metralla y la sangre se hacían más constantes en su carrera militar. Aunque la cara de aquel joven alférez portugués, el primer hombre al que dio muerte, le acompañaría toda la vida. Tras su recuperación en la ciudad de Guadalquivir volvería al Colegio de Artillería segoviano con los galones de alférez.

Su llegada a Sevilla fue muy celebrada por los amigos. No había protagonizado hazaña bélica digna de pasar a los anales castrenses de la nación, tampoco tuvo ocasión para ello, pero sí que había actuado con gallardía y decisión, lo que le valió el ascenso a alférez. Le recibieron en la puerta de su casa el general y su esposa, el capitán don Luis Daoíz, que pasaba unos días de descanso en la ciudad; el padre Orduña, un antiguo profesor jesuita, ahora director espiritual, y Paula.

Tras abrazarlo el general y besar a doña Eugenia, su esposa, saludó a los demás como buenamente pudo, pues tenía el hombro izquierdo inmovilizado por el fuerte vendaje de la herida. No había terminado de saludar a su confesor, cuando las viejas doncellas del servicio y la tata Aurora se echaron sobre él llenándole de besos y piropos. Entre tantos abrazos, besos y palabras

salidas de aquellas buenas mujeres, pudo vislumbrar que Paula permanecía unos pasos atrás, con la cara sonriente, esperando que le llegase el turno.

Fernando de nuevo sintió el pellizco que le atenazaba el estómago cada vez que la veía. La belleza de la joven había florecido en su mayor esplendor. Fernando estaba turbado ante ella e intentó disimular cuando la dama se acercó.

—Muchas gracias por venir Paula —le dijo mientras besaba su mano.

—No podía faltar, aunque tú estés tan despegado de los sevillanos aquí no te olvidamos…

—No es despegado, solo que he tenido poco tiempo de escribir…

—¡A otro perro con ese hueso!… Lo que pasa es que estás demasiado ocupado con las señoritas de la Corte para acordarte de nosotros… ¡Que aquí llegan todas las noticias y se sabe de los estragos que produces en las féminas…!

—¡Qué va! Eso quisiera yo, pero si no tengo tiempo para casi nada.

—La que no tiene tiempo ahora soy yo, se acerca la hora de la cena y me esperan en casa. Mañana nos vemos… Adiós.

—Hasta mañana si Dios quiere.

Fernando había salido tocado de aquel corto encuentro, su corazón se aceleró por un incontenible deseo de haberla estrechado entre sus brazos y besado apasionadamente. Todas sus maniobras de olvido no le valían para nada cuando se encontraba Paula presente.

El jesuita y el capitán se quedaron a la cena que había ordenado servir el general.

Le preguntaron al joven sobre la campaña portuguesa. Fernando no quería en ningún momento ponerse como protagonista de la acción. Estaba ante dos valientes soldados cuya heroicidad estaba acreditada. Él acababa de nacer a las armas. Para evitar el protagonismo, narró la acción en tercera persona, como si hubiera sido un testigo no implicado en la contienda. Ante ello, el mariscal le preguntó por los detalles de su actuación en el frente, los que le hicieron ascender a alférez. Con gran humildad le dio la información solicitada; la defensa de la batería que servía y su participación en las acciones que pacificaron zonas fronterizas con Portugal, en la que detuvo a un comandante, le valieron su nombramiento.

Tras la cena doña Eugenia de Velasco pidió disculpas y se retiró a su habitación. Los varones pasaron al salón, donde se sirvió un magnífico vino Pedro Ximénez de quince años. La tertulia estaba animada, se habló de lo divino y de lo humano, pasando de la guerra a la política.

—No sé yo si a la larga esta alianza con los franceses nos llevará a algo bueno —dijo Daoíz—. Es un ejército moderno y potente; muchos militares españoles estamos admirados de su preparación y rapidez en el combate, pero son demasiados sus enemigos… y sus ambiciones…

—Además, no debemos olvidar que Bonaparte es hijo de la sangrienta revolución que tanta sangre cristiana y decente costó —intervino el sacerdote—. Su doctrina revolucionaria corroe el espíritu hasta borrar a Dios de la vida del hombre, sin Él ya no hay cortapisas que impidan sembrar la maldad. A esa alianza nos ha llevado Godoy, que tiene anulada la voluntad real.

—Padre Orduña, todos tenemos nuestra opinión sobre lo que sucede en la Corte —intervino el general—, son muchos los que opinan como usted. Yo tengo mi criterio propio, pero este debe permanecer reservado en un militar que recibe órdenes superiores.

—Es así, don Laureano —contestó el jesuita—, pero se nos puede presentar un dilema ético o moral… ¿Hasta dónde puede llegar esa obediencia debida si se actúa contra los principios más sagrados del hombre? Cuando se ignora a Dios, se combaten sus principios sin parar en medios para ello; ¿es lícita una obediencia que destruye tan sagrados principios? Esa es la revolución, cuyos efectos llevaron a Bonaparte hasta el poder.

—En esta habitación nadie mejor que el capitán Daoíz y yo para saber las secuelas de aquella revolución. Don Luis estuvo bajo mi mando en la guerra del Rosellón contra la Francia revolucionaria, fue hecho prisionero por los franceses hasta la firma del tratado de paz.

—Por ello siento cierta inquietud, mi querido general —dijo Daoíz—, sé cómo piensan y actúan en el país vecino. Ahora son nuestros aliados, quien sabe que harán cuando ya no nos necesiten.

—Eso solo el tiempo puede decirlo. Aunque… aquí, entre nosotros —contestó don Laureano—, yo también me hago esa pregunta en muchas ocasiones.

—Señores, creo que, como hombres de armas, os va a tocar una época turbulenta y muy difícil. Deseo equivocarme —intervino el jesuita—, pero también tengo familia en el ejército, sé que existe cierto desconcierto por un futuro nebuloso en el que no es menos importante los bajos sueldos de los militares, por no hablar de los retrasos… Es cierto que en todas las épocas hubo guerras, pero lo que se está moviendo ahora en Europa es muy diferente. Nunca ha habido ejércitos tan poderosos y bien preparados, cuyos países tienen fuertes intereses contrapuestos.

—Dios dirá, padre Orduña, y aquí nos tendrá para hacer su santa voluntad.

Fernando no había abierto la boca durante esta conversación. Estaba fatigado por el largo viaje y le dolía la herida, que se resintió con los vaivenes del carruaje.

—Fernando —le habló el general—, no tienes buena cara, se te ve agotado, retírate, mañana podremos hablar; tenemos dos semanas por delante para hacerlo.

—Os lo agradezco tío, la verdad es que el largo viaje y esta venda me están pasando factura. Señores, disculpadme y quedad con Dios.

La tata Aurora esperaba en la puerta de su dormitorio para ayudarle a desvestirse, el hombro vendado le daba poca maniobrabilidad.

—Tu tía —le dijo Aurora mientras le sacaba la camisa por la cabeza— ha quedado con Marcelo el boticario para que venga todas las mañanas, te hará las curas y cambiará las vedas.

—Anda retírate Aurora, ya es tarde, yo termino.

—Deja ya… minuto más, minuto menos…

La antigua tata limpió la espalda y pecho de Fernando con un lienzo enjabonado, luego lo secó y le colocó el camisón.

Al echarse sobre la cama Fernando sintió un inmenso placer y alivio en las extremidades, su cuerpo maltrecho le agradecía aquel descanso. Sabía que al día siguiente no le despertaría el madrugador toque de diana, y así durante quince días. Se durmió pronto, pero con la imagen de Paula en su pensamiento.

Despertó a media mañana del día siguiente. Su tía ordenó dejarle dormir y que el servicio no entrase en la habitación para nada. Al poco llegó el boticario y le hizo la primera cura en Sevilla. Todo el día estuvo esperando la vista de Paula con una impaciencia contenida, pero la joven no apareció. Fernando se incomodó y comenzó a pensar que quizás el día anterior habría dicho algo poco apropiado que la ofendiera. Pero no era así, tras analizar cuidadosamente sus palabras estaba seguro de haberse comportado con toda corrección.

El día entero lo pasó en casa, no debía salir hasta haber descansado uno o dos días plenamente. Transcurrió la jornada entre charlas con sus tíos, lectura y alguna que otra cabezada que le hacía recuperar energía. Por la noche le costó conciliar el sueño; por un lado había dormido mucho durante la mañana, por otro estaba Paula, no se le caía del pensamiento, pensando por qué no había ido a visitarle.

Las dudas desaparecieron cuando por la mañana alguien le despertaba aplicando una pluma sobre su nariz. Era Paula.

Medio dormido la vio sonriente y le pareció un sueño. El estornudo producido por las caricias de la pluma le devolvió plenamente a la vigilia.

—¿Pero qué haces aquí, quién te ha dejado entrar en el dormitorio? Si te ve mi tía se arma.

—Deja de decir tonterías, nos conocemos desde que andábamos a gatas. Es tu tía la que me envía a decirte que el boticario no puede venir hoy por la mañana. Deberás esperar a la tarde.

—¡Lo que me faltaba! He dormido mal, dando muchas vueltas en la cama, las vendas se han movido y me molestan. Me levanto y voy en busca de otro boticario.

—No hace falta, yo te limpiaré la herida y cambiaré la venda.

—¿Estás loca? ¿Acaso eres médico?

—No, pero limpiar una herida y cambiar una venda sé hacerlo. No olvides que yo cuidaba la pierna de mi pobre abuelo cuando enfermó de gota. Además, las vendas y el desinfectante están sobre la mesa, así que vamos…

Dicho esto, Paula sacó la camisa de Fernando por su cabeza. Se quedó unos segundos parada. Evidentemente ya no era el niño que se bañaba en la alberca de la hacienda de Tomares. Se sorprendió de la mata de rizados pelos del pecho y de los marcados músculos del joven.

Tomó la palangana de agua tibia que había llevado Aurora, la acercó a la cama y comenzó a limpiar la herida. La primera vez que la mano de Paula rozó la piel de Fernando se levantaron todos sus vellos erizados del placer. Ambos se dieron cuenta, pero no dijeron nada. Aquella mano suave frotando su cuerpo era la medicina más dulce que jamás había tomado. El rubor de su cara denunciaba un oculto y encendido deseo.

No hablaron hasta terminar la cura. Tan solo se cruzaron dos veces las miradas, unas miradas que antes jamás habían experimentado.

—Bueno, ya está —dijo Paula—. Ha sido fácil, pero no te acostumbres, mañana vuelve el boticario.

Luego dieron un paseo por la ciudad. Fernando vestía su flamante uniforme de artillero: casaca, solapa, chupa y calzón azul de turquí; vuelta del cuello doble, forro y vivo encarnados; dos carteras largas en los faldones de la casaca; solapa azul en la chupa, la vuelta de la casaca abierta, con portezuela azul; sombrero con galón de oro mosquetero y botón macizo dorado. Dos bombas adornaban cada lado del cuello, símbolo del Real Cuerpo de Artillería.

Nada hablaron de las sensaciones y miradas de la mañana, pero ambos sabían que algo había cambiado entre ellos. Paula era consciente de que Fernando se sentía atraído por ella, pero hasta hoy nunca vio tan claro el deseo en sus ojos. Aquel día el alférez pudo reafirmar sus sentimientos por la joven; habían estado aletargados durante su preparación académica y militar. Sin embargo, ahora despertaban con mayor brío que nunca. ¿Pero qué había entre ella y Enrique? Tenía miedo de saberlo. Llevaba una semana en Sevilla y siempre evitó que el antiguo amigo entrase en sus conversaciones. Fue Paula la que tocó el tema tabú.

—¿Hace mucho que no sabes nada de Enrique, verdad? —preguntó al Barón de Acay mientras caminaban por el Paseo de las Delicias.

Fernando detuvo su paso y la miró fijamente, intentando adivinar en su cara el porqué de aquella pregunta.

—Hace años que no le trato.

—¿Por qué? Fuisteis los mejores amigos.

—Es verdad, pero la vida ha llevado a cada uno por caminos diferentes. Un día comenzaron a escasear las cartas, la desidia hizo el resto; desapareció todo contacto entre ambos —continuaron su lento paseo.

—A mí no es que me escribas demasiado, pero al menos me felicitas una vez al año.

—Es diferente. A ti te he seguido tratando en mis visitas a Sevilla. De él no sé nada hace mucho.

—Yo sigo escribiéndome con Enrique.

Esta afirmación y la seriedad con la que la dijo helaron las entrañas de Fernando. Quizás viniera una confesión posterior que no deseaba oír.

—Me dice que fuiste tú quien dejó de contestar sus cartas —continuó Paula.

—Puede ser que así fuera… Ya te he dicho que he tenido mucho trabajo… Un colegio militar no es una escuela normal. Tienen ordenanzas muy severas y horarios que cumplir…

—¿Seguro que no hay otro motivo, Fernando?

—¿Tú qué crees?

—Pienso que sí… y creo saber cual es…

—¿Estás segura? —dijo adoptando un gesto altanero que desconcertó a la joven.

—Me ha pedido varias veces que me case con él —soltó para no contestar; sabiendo que sus palabras podían ser la medicina oportuna para su altivez.

Efectivamente la frialdad volvió a encajarse en la boca del estómago del alférez, sintió que las piernas se le aflojaban, pero aguantó el tipo con gran entereza.

—¿Por qué no lo haces? Es un magnífico partido y una buena persona, que es lo principal —se marcó el farol sin saber cómo había sido capaz de hacerlo.

—Me insiste mucho en sus cartas… Y la verdad es que hubo un tiempo en que me sentí atraída por él. Pero…, pero las distancias son malas consejeras y enfrían las relaciones…

Estas últimas palabras le hirieron profundamente, un gélido latigazo hizo blanco en corazón de Fernando. Agarró con fuerza el pomo de su espada, como sin con ello pudiese liberar toda su cólera, contenida a duras penas.

—Por lo tanto, habéis tenido relaciones formales, ¿no? —preguntó Fernando con cierto temblor en sus palabras, sabiendo que si la respuesta era afirmativa nunca podría aspirar a ella, su orgullo le vedaba entrar donde antes ya había estado un amigo.

—No, no hemos tenido ninguna relación formal. Solo alguna intimidad epistolar, poco más que la de simples amigos, pero nada profundo. Cuando alguien te solicita en matrimonio la relación entra en el terreno de lo íntimo, y a esa intimidad has de contestar…

—¿Os habéis vuelto a ver?

—Dos veces, las dos en mi casa y en presencia de mis padres. Ya ves que me he guardado mucho de darle vanas esperanzas.

—¿Vanas esperanzas dices? Te has sentido atraída por él, has mantenido correspondencia íntima, te ha pedido en matrimonio insistentemente, y aun así has aceptado que viniera a visitarte desde Inglaterra. Si no le querías dar esperanzas no debías haber actuado de esa forma, y menos dejar que viajara dos veces a Sevilla, conociendo el motivo último de ese viaje… Claro…, que si Enrique te atraía tanto, todo se puede disculpar…

—Te he confesado que al principio así fue…, ahora no sé, creo que ya no siento lo mismo, sobre todo de muy poco tiempo a esta parte… —dijo estas palabras mirándolo fijamente—. Pero ahora no puedo darle lo que me pide, ni a él ni a nadie…, estoy muy confundida.

Fernando tenía demasiados datos en su cabeza para analizarlos con frialdad en ese mismo instante; sin embargo, sentía que aquella conversación le había apartado para siempre de Paula. Estaba deseando aislarse en su cuarto y meditar sobre lo hablado. Forzó el final de la conversación sin implicarse más en ella. Acompañó a la joven a casa y él se retiró a la suya.

Aquella noche su cabeza analizó fríamente la conversación mantenida con Paula. Había existido una relación clara entre Enrique y ella, esto le rebelaba y le hacía desechar toda idea de pretender algo con la joven. Era muy altanero, jamás sería plato de segunda mesa de nadie. Por otro lado, se veía herido en su orgullo, Enrique había sido el elegido. Sin embargo, intentó desechar esa idea pensando que se apartó de la contienda por Paula voluntariamente. Se consoló creyendo que de habérselo propuesto la habría conseguido. Pero ninguno de estos pensamientos justificativos, ni todos los que pasaron por su mente aquella noche, pudieron paliar el gran dolor que anidaba en lo más profundo de su corazón. Sintió ganas de llorar, pero se contuvo fuertemente; Paula no merecía sus lágrimas, menos aquellas provocadas por unos amigos a los que comenzó a considerar no demasiado leales con él.

Decidió huir de aquella situación, la noche siguiente partiría rumbo a la Corte. Comunicó a la familia que había recibido nota urgente ordenando su regreso. A Paula le dejó tan solo unas letras escritas, frías pero sin reproche alguno. No quería que ella se sintiera alagada por sus amarguras.

En Madrid fue muy bien recibido por los compañeros de armas. A sus requerimientos, contó una y mil veces las peripecias militares. Se sabía apreciado y poseedor de un grado superior a ellos, no ya el militar, sino el de haber sido el primero en tener bautismo de fuego y ser herido.

Aunque a menudo asaltaba su pensamiento la imagen de Paula, como había sucedido casi siempre que salía de Sevilla, su imagen se iba difuminando poco a poco, hasta el punto de no tener demasiado presente su tribulación. Ahora tenía más un sentimiento de desprecio que de dolor. Un desprecio que se había alimentado a base de creerse traicionado por sus mejores amigos.

Los compañeros de armas, el intenso estudio y trabajo de la milicia, las compañías de jóvenes damas, y de no tan damas, si no le hicieron olvidar, al menos ocultaron profundamente aquellos sentimientos.

Al volver de Sevilla pensó que lo mejor sería buscar una joven de ilustre familia con la que comprometerse. Pronto desechó esa idea, era joven y tenía mucho que vivir, no deseaba ataduras externas a la milicia. Se sentía muy pagado de sí mismo al verse rifado por las jóvenes damas de la Corte; galanteaba con ellas, pero se retiraba cuando una relación comenzaba a tener visos de seriedad.

Sus ardores de juventud los sofocaba en el famoso lupanar madrileño donde fue iniciado en las prácticas amatorias. Se hizo buen amigo y cliente de

Carlota, la Pacheca, y de Laura, que colmaban todos sus deseos con gran entrega.

Las altas calificaciones académicas y la experiencia adquirida se vieron premiadas. Don Carlos IV sentía una especial predilección por el Real Cuerpo de Artillería. El 29 de marzo de 1803 decretó la creación de un parque de armas en Madrid, en la que fuera casa palacio de los duques de Monteleón. Hasta 1807 no se llevaría a término el proyecto. El mariscal don José Navarro Sangrán, Director General de Artillería, fue nombrado también director del Real Colegio de Segovia, y escogió a los oficiales más destacados para dirigir el parque. El brillante alférez, Barón de Acay, fue uno de los elegidos. Recién salido del Colegio de Artillería le ascendieron a teniente, cuando sus compañeros lo hacían a alférez.

El parque de artillería era un viejo edificio que había pertenecido a don Felipe V y a su esposa doña Isabel de Farnesio; luego pasó a manos de los marqueses del Valle de Oaxaca y de los duques de Monteleón. Tras su reforma quedó adscrito al Cuerpo de Artillería. En los primeros meses de 1808 el capitán don Luis Daoíz sería destinado al mismo.

Don Luis, con destino en el regimiento de artillería de Sevilla desde julio de 1802, hacía continuos viajes a la capital durante sus licencias, donde se reunía con amigos y arreglaba papeles tocantes al gobierno de su casa. Fernando no quería abusar de la amabilidad del capitán y decidió alquilar un piso en la calle Carretas. Daoíz hizo patente cierto enojó, pues no lo creía necesario, pero luego pensó que un joven oficial podía necesitar de una privacidad en sus momentos de solaz que no podría tener en su casa, ya que Fernando nunca haría mal uso de su confianza.

La amistad de los dos parientes se había consolidado, el capitán dejaba algunos asuntos menores en manos del teniente para que los solucionase en su ausencia.

De vez en cuando, Fernando asistía a las reuniones de oficiales que don Luis organizaba en alguna casa de comidas madrileña. En ellas Fernando pudo conocer a los artilleros don Pedro Velarde, don Juan Nepomuceno Cónsul, don Juan de Areco, don Joaquín de Osma, don José de Córdoba y otros muchos. Generalmente eran reuniones alegres, en las que se hablaba de la milicia, las mujeres y la política.

Sin embargo, fue muy triste la celebrada tras el desastre de Trafalgar. Todos estaban cabizbajos e indignados, el honor de España había quedado mancillado por un incompetente jefe de flota francés.

—Teniendo magníficos marinos españoles han puesto al frente a ese inepto de Villeneuve, no sé en qué estaría pensando Bonaparte —comentó don José de Córdoba.

—Según dicen —intervino Osma—, había caído en desgracia ante Napoleón, pero no hubo tiempo de sustituir el mando.

—De poco consuelo nos vale todo eso —terció Daoíz— nuestra Patria ha sido mancillada por culpa de unos ineptos. Hubo suficientes motivos para no haber actuado como lo hicieron. La tripulación española no estaba preparada; la fiebre amarilla, que había azotado la provincia gaditana, causó muchas bajas entre los tripulantes; buen número de marinos fueron reclutados con rapidez, sin tener en cuenta su preparación.

—No olvidemos que nuestros barcos tampoco estaban en situación de actuar —continuó Córdoba—. Algunos de los capitanes habían pagado arreglos necesarios de las naves con su propio caudal. Recordad que el general Mazarredo advirtió que habíamos llenado los buques de ancianos, achacosos, enfermos e inútiles para la mar.

—No solo Mazarredo tenía palabras proféticas —habló por primera vez Fernando—. El mayor general, don Antonio de Escaño, profetizó que la Escuadra del Mediterráneo haría vestir de luto a la Nación en caso de un combate, labrando la afrenta de quien hubiera de mandarla.

—Sin embargo, a pesar de que se conocía el mal estado de nuestra flota, se permitió que saliera a la mar en busca del enemigo. Es algo que no llego a entender —intervino de nuevo Daoíz—. Era un sacrificio anunciado, más frente a la poderosa escuadra de Horacio Nelson… Pero en honor a la verdad, hemos de ponderar el alto grado de heroísmo de los marinos españoles, que comandados por un inepto, han vendido muy cara sus vidas y han luchado como bravos. Hemos perdido a nuestros mejores marinos: Churruca, Alcalá-Galiano, Alcedo… La Armada Española tardará mucho en recuperarse…

—Empiezo a dudar que esta alianza franco-española sea beneficiosa para nosotros —afirmó Córdoba—. Quizás debiéramos imponer más nuestro criterio…

—Es la política y los tratados que de ella emanan y debe cumplir España —dijo don Luis—. Si los políticos no son hábiles en la lucha a favor de nuestros intereses y los tratados son perjudiciales, poco podemos hacer. Esperemos que nuestras banderas conozcan mejores momentos en los campos del honor, hazañas que llenen de gloria a nuestra Patria.

Aquella reunión duró poco, el ánimo estaba decaído entre los oficiales y las quejas de poco iban a valer en su consuelo. Don Luis y Fernando pasearon

juntos, el alférez dejaría a su pariente en la puerta de casa antes de dirigirse a la suya.

—Don Luis —dijo el joven Barón de Acay—, es muy profundo el dolor que siento por esta derrota, jamás había tenido un sentimiento que hiriera de tal manera mi orgullo de ser español.

—Eso debe sucederle ahora a todo buen patriota. Yo también sufro, me duele la humillación de España.

—¿Y ahora qué? ¿Qué se puede hacer?

Daoíz se paró y miró fijamente al joven alférez.

—Querido Fernando, ahora, como siempre, hemos de estar a lo que se nos ordene.

Luego continuó su marcha.

—Pero la política de Godoy no es solo aborrecida por el pueblo llano, sino por muchos miembros de la propia nobleza; algunos opinan que puede acarrearnos consecuencias desastrosas.

—Te diré algo que espero sepas reservar. Tengo parientes muy cercanos al servicio de sus majestades, que Dios guarde muchos años. Doña María Manuela Daoíz es camarista de la reina; mi tío, don Fernando Daoíz, teniente general de la Real Armada, y su hijo mayor caballero paje de Su Majestad el Rey. Estoy bien informado de lo que sucede en palacio. Ese conocimiento ha hecho que ponga en duda el buen gobierno de la Patria y que me aleje de la primera admiración que sentí por Bonaparte como militar. Pero debes tener presente que nunca le es lícito a un militar juzgar las decisiones políticas que toman mandos superiores. De ellos es toda la responsabilidad, la jerarquía y la obediencia son fundamentales.

—¿Aunque lleven a la Patria a un desastre seguro?

Daoíz volvió a parar y mirarle como si intentara conocer el fondo de esas preguntas.

—No creo que ningún español bien nacido intente sumir su patria en un caos. Solo hay diferentes concepciones de la gestión de la cosa pública, ello provoca desavenencias en las que los soldados debemos mantenernos al margen… —el capitán paro unos instantes antes de continuar, meditando las palabras que iba a pronunciar—. Solo es lícito que un militar actúe por su cuenta en muy contadas ocasiones…

—¿Cuáles estima que serían?

—La alta traición a la monarquía, a la Fe o el secuestro del gobierno por un potencial enemigo. Entonces se produce un vacío de poder que debe ser

llenado por alguien, nadie más llamado que nosotros para restaurar la legitimidad usurpada.

—¿Cree que esto podría suceder?

—Por el bien de España esperemos que no.

Dos años después del desastre de Trafalgar, Francia volvía a exigir a España el cumplimiento de lo acordado con Godoy en el Tratado de Fontaineblau: su auxilio para invadir Portugal, eterno aliado de Inglaterra. En noviembre de 1807 las tropas de Bonaparte entraron en Portugal. España le había dado paso franco por sus territorios. Pocos meses después Daoíz fue destinado al parque de artillería de Madrid.

IV

Madrid, 1808

Con el pretexto de asegurar las comunicaciones con la nación Portuguesa invadida, Bonaparte mandó que cuatro cuerpos del ejército francés, dirigidos por el Mariscal de Francia Joaquín Murat, Duque de Berg y cuñado de Napoleón, cruzaran los Pirineos. Dos se asentaron en Pamplona y en Barcelona, los otros se adentrarían en el interior del país.

En un primer momento, la mayor parte del pueblo español recibió al ejército francés con gran cordialidad. Era un poderoso aliado, cuya fama por sus triunfos en los campos de batalla europeos y asiáticos se había extendido por todo el mundo. Unos veían en esa ocupación un mero trámite para la conquista de Portugal; otros iban aún más allá, los aliados se dirigirían rumbo a Cádiz para ayudarnos contra los ingleses. Por ello, muchas familias de la aristocracia abrieron sus suntuosos salones para agasajar a los oficiales franceses. Parte del pueblo congeniaba con la tropa y compartía con ellos sus alimentos.

Sin embargo, pronto cundiría la desconfianza y el temor. Las fuerzas francesas comenzaron a comportarse más como un ejército de ocupación que como un fiel aliado. Se expulsaba de los cuarteles a las tropas españolas para ser ocupados por las francesas, exigían abastecimiento al gobierno español. El pueblo comenzó a sentirse víctima del maltrato de aquellas tropas que se mofaban de lo más sagrado para él: la Fe y creencias religiosas de los españoles.

Se creó un cisma entre pueblo y autoridades, que estaban apáticas ante la peligrosa situación y no actuaban en consecuencia, no queriendo ver la situación y haciendo oídos sordos al clamor popular.

La gravedad de la situación se hizo patente en toda la nación. Godoy, ante las tensas circunstancias, envió a la familia real a Aranjuez. De allí podría pasar a Andalucía o a las Américas si fuese preciso. Pero el motín de marzo en los Reales Sitios frustró su plan. El Príncipe de la Paz fue destituido, Carlos IV abdica a favor de su hijo Fernando y marchan a Bayona.

La conspiración en el ejército español, para reestablecer el orden y expulsar al francés, había comenzado. Don Luis Daoíz era uno de sus principales cabezas y don Pedro Velarde su más directo colaborador. Pero el joven capitán Velarde intentó buscar el máximo apoyo en el levantamiento que proyectaban, haciendo partícipe del mismo a parte de los miembros de la Junta de Gobierno constituida por Fernando VII. Creía que O'Farril, ministro de Guerra, les apoyaría y le hizo saber el plan militar. Este prometió su apoyo y, don Pedro, lleno de entusiasmo se dirigió en busca de Daoíz para darle la buena noticia.

—Pero Pedro —dijo don Luis—, ¿cómo no me has consultado antes de esa entrevista? O'Farril no estará nunca con nosotros.

—Me ha ofrecido su cooperación y ha alabado nuestros planes.

—¿Entonces le has informado con detalle de todos nuestros movimientos?

—Así es, y estaba entusiasmado con los proyectos que se han trazado.

—Dios quiera que sea así, aunque mucho lo dudo. Ahora no es momento de reproche alguno, ni yo sería capaz de hacerlo a un gran patriota y amigo como tú. Sé que has actuado con la mejor de las intenciones, quizás yo esté equivocado y nos apoye.

—¿Y si nos traiciona?

Don Luis puso su mano sobre el hombro de Velarde, y con una sonrisa que intentaba apagar la tristeza que le sumía dijo:

—Velarde, España está perdida, pero tú y yo moriremos por ella si es preciso.

El capitán Daoíz no se había equivocado, poco después, el propio ministro O'Farril mandó cambiar los destinos de los oficiales más comprometidos, desbaratando el plan y poniendo a los franceses sobre aviso.

A medida que pasaban los días el pueblo madrileño parecía perder el miedo al invasor. Algunos pregonaban su desprecio hacia Murat con gestos e insultos; había nobles que se atrevían a cruzar con sus carruajes entre los cañones franceses cuando aquel pasaba revista a la tropa formada en el Retiro. Otros cantaban coplillas satíricas contra el mariscal bajo los propios balcones de su residencia madrileña.

El 1 de mayo, don Luis se reunió en la fonda Genieys con sus compañeros Cónsul y Córdoba. Era domingo, día en el que solían almorzar juntos. Al entrar observaron que había tres oficiales franceses en una mesa, decidieron tomar sitio en lugar apartado de ellos. Pronto la conversación derivó en lo insostenible de la situación.

—Señores, después de la traición de O'Farril se nos han atado las manos a los militares —decía don Luis—. Ahora es el pueblo quien tiene la palabra, ya son demasiados los incidentes que se han producido con los franceses y las autoridades están al margen de la voluntad de quienes gobiernan.

—Quizás, más adelante, cuando la vigilancia haya menguado podamos hacer nuevos planes —intervino Cónsul.

—Difícil lo veo, querido amigo. La policía tiene el nombre de todos y cada uno de los que nos implicamos y de seguro que estarán tras nosotros como sabuesos.

—¿Entonces qué podemos hacer? —habló Córdoba.

—Poder hacer poco, deber hacer mucho, y ese mucho es estar prevenidos para dar la vida por la Patria en el momento que así lo exijan las circunstancias.

En ese instante una música de guitarras y bandurrias se dejó oír dentro de la fonda. Un grupo de chisperos cantaba unas letrillas contra Murat.

Dicen que el señor Murat
Está acostumbrado al fuego.
¡Digo si tendrá costumbre
Quien ha sido cocinero!

El manejo con que empuñas
Tiene a la Corte admirada,
El que te falla en la espada
Vemos te sobra en las uñas.

Los militares españoles rieron la ocurrencia de aquel coro clandestino. Apenas llevaban dos o tres letrillas más cuando un silbato sonó en la calle. Se formó un gran alboroto, se oyeron gritos contra los intrusos, insultos y carreras.

Don Luis iba a salir a la calle cuando vio que entraba Fernando en la fonda. Venía acompañado de su calavera amigo, el teniente Echevarría.

Ambos saludaron al capitán.

—¿Qué ha sucedido ahí fuera, Fernando?

—Un coro que cantaba canciones contra Murat y les ha salido al encuentro un piquete de franceses para detenerlos. Se ha armado una buena, los componentes del grupo se han defendido a guitarrazos para no dejarse coger. Pero los franceses eran más, cuando parecía que iban a detenerles, una lluvia de macetas, ladrillos y mil objetos diferentes ha comenzado a caer desde los balcones de la calle. Gracias a ello han huido los cantantes.

—¿Habéis oído caballeros? Ese es el pueblo español que yo espero que despierte en un día no muy lejano y se quite de encima la garra francesa —dijo don Luis aquellas palabras mirando a los tres oficiales franceses, que parecían no entender nada de la algarabía formada y permanecían quietos en sus asientos. Luego se volvió hacia el barón y su acompañante.

—¿Queréis sentaros con nosotros? —ofreció Daoíz.

—Os lo agradezco tío Luis, pero hemos quedado con unas damas…

—Lo comprendo, os deseo una agradable velada.

Tras despedirse, Fernando y el teniente tomaron asiento en una mesa no muy apartada de sus compañeros de armas. Al poco llegaron dos hermosas jóvenes que se acomodaron junto a ellos.

—Como os he dicho —continuó don Luis— este pueblo es el que ha de alzarse contra el francés, ese pueblo que clama ante sus sordos gobernantes, pagados con dinero español y al servicio del extranjero.

—El atrevimiento de los franceses es insultante. Se ha anunciado en bandos callejeros y en el *Diario de Madrid* la obligación de alojar a los generales y oficiales franceses en casas que estén de acuerdo con su rango —comentó Córdoba.

—Está claro que nos tienen a los españoles en muy poco —habló Cónsul—. ¿Sabéis que Murat se ha apropiado de la espada que se tomó a Francisco I en la Batalla de Pavía, ganada por nuestro emperador don Carlos, y la enviará a Napoleón como presente? Es indignante, tanta afrenta no se puede aguantar.

En ese momento, la voz de los oficiales franceses se dejó oír con mayor nitidez. El vino les había soltado la lengua y menguado la prudencia. Todos observaron cómo don Luis atendía aquella conversación. Los franceses estaban muy ajenos a que en aquel lugar hubiese alguien que hablara su idioma. Daoíz lo conocía a la perfección, no solo por haberlo estudiado en el colegio de los jesuitas durante su juventud, sino por el tiempo que pasó cautivo en Francia durante la Guerra del Rosellón.

Cónsul y Córdoba observaron cómo enrojecía la cara de Daoíz, mientras las venas de su cuello se hinchaban de ira.

—¡Esos miserables están injuriando a los españoles! —dijo mientras daba un fuerte puñetazo en la mesa que hizo silenciar a toda la fonda y les imponía silencio en su propio idioma.

Luego se dirigió al militar francés de mayor graduación y le exigió una rectificación. Sin embargo, los franceses reaccionaron aumentando sus insultos. Don Luis retó al más atrevido de ellos. Al instante, Córdoba y Cónsul hicieron lo mismo con los otros dos oficiales extranjeros.

Fernando y el teniente Echevarría se acercaban en apoyo de sus superiores cuando recibieron orden de Daoíz para que permanecieran al margen de la disputa.

El duelo había sido concertado y los padrinos nombrados. Sin embargo, personas prudentes intervinieron para que el lance no se llevase a término. Un enfrentamiento de ese carácter entre oficiales españoles y franceses solo conseguiría agravar el estado de las cosas.

Los oficiales extranjeros abandonaron la fonda entre los insultos y abucheos de los presentes. Muchos se acercaron a felicitarles por su patriótica y gallarda actuación. Entre ellos se encontraba don Juan Garro, antiguo regidor madrileño y capitán retirado de las milicias locales.

—Don Luis, usted y los demás oficiales aquí presentes, habéis actuado con el pundonor que se exige a todo buen militar español. Sois honra de nuestro ejército, más en este nefasto momento, cuando tan malas noticias acaban de llegar a Madrid.

—¿Aún más?

—¿No lo sabéis?

—Don Juan, le ruego nos cuente esas nuevas tan nefastas.

—Hoy mismo Murat ha ordenado que la reina y el infante don Francisco de Paula partan hacia Bayona. A la vez ha comunicado que el trono de España será ocupado por un miembro de la familia Napoleón.

—¡Traición! —gritó don Luis, mientras los presentes proferían insultos hacia los franceses tras oír las infames nuevas—. ¿Y la Junta de Gobierno qué ha dicho?

—Al parecer, la mayoría acatan esa decisión, traicionando a sus señores naturales.

—Caballeros —se dirigió don Luis a sus compañeros—, creo que debemos retirarnos, los acontecimientos son de máxima gravedad. No sabemos cómo actuará el pueblo madrileño cuando sepa las nefastas noticias. Debemos estar descansados para lo que pueda suceder mañana.

Los tres oficiales se retiraron, Fernando y el teniente hicieron lo mismo tras despedirse de sus citas alegando fuerza mayor.

—Fernando —dijo don Luis—, sé que estás de licencia y te pido que mañana no abandones tu casa hasta tener noticias mías. Considéralo una orden.

—Así lo haré, tío Luis.

Al día siguiente la noticia había recorrido toda la Corte, algunos madrileños se acercaron a los aledaños del palacio real en espera de las novedades que pudieran surgir. Los presentes pudieron observar cómo dos carruajes se estacionaban en la puerta del Príncipe.

Eran las ocho y media de la mañana cuando la reina y sus hijos, acompañados por O'Farril, subían a los coches. El primer carruaje comenzó su trayectoria, pasando por la puerta de los Caños del Peral hacia la calle del Tesoro. El segundo coche iba a comenzar su viaje, cuando un hombre, desde el palacio, comenzó a gritar: «¡Traición, nos han llevado al rey y se nos quieren llevar todas las personas reales! ¡Mueran los franceses!» Ante estas voces comenzaron a acercarse grupos de personas que rodeaban el coche. Cada vez era más numerosa la asistencia de madrileños. Se oían gritos y consignas: «¡Muerte a los franceses!», «¡Que no salgan los infantes!». Desde uno de los balcones del Palacio Real, un gentilhombre gritaba: «¡Vasallos, a las armas!».

Unos setenta hombres, rompiendo la guardia real, consiguieron entrar en Palacio. Buscaban al Infante don Francisco, con el objeto de impedir que este saliera de España. Cuando lo hallaron, el niño se encontraba muy asustado. Todos se postraron de rodillas ante él, dándole vivas y solicitando besar su mano.

Durante este tiempo la plaza y las calles de Madrid se habían poblado de una multitud que vociferaba contra el invasor, exigía la permanencia del infante en el Palacio Real. El ánimo enardecido exaltaba los corazones humillados por el francés; el pueblo español estaba a punto de ver cómo se colmaba la última gota del vaso de su paciencia.

En medio de aquel gentío apareció el general Legrange, ayudante de Murat. La voz de José Blas de Molina, conocido maestro cerrajero de la capital, se dejó oír entre aquella multitud: «¡Matadlo! ¡Que no entre en palacio ningún francés!» El militar, ante aquella amenaza de muerte, desenvainó su sable para hacer frente a la agresión de los presentes.

Afortunadamente, el teniente Coupigny, de las Reales Guardias Walonas españolas, calmó a sus compatriotas y salvó la vida del francés. Sin embargo,

Murat consideraba aquellos hechos una grave afrenta contra los oficiales y soldados del ejército francés, no estaba dispuesto a perdonarla. Sus expeditivos métodos eran conocidos; ordenó que el batallón de granaderos de la Guardia Imperial se vengase de aquella afrenta, mandando que realizaran dos descargas contra la muchedumbre concentrada en la plaza.

Los momentos de pánico vividos fueron apocalípticos. Tras la primera descarga, los concentrados corrieron despavoridos en busca de refugio. La muchedumbre se atropellaba en su desesperada huida; muchos caían al suelo, siendo pisoteados por la avalancha humana, que sorteaba los muertos cómo podía. El grito de los heridos se mezclaba con los insultos hacia los franceses y arengas para hacerles frente.

El fuego de los cañones franceses, que escupían su mortífera carga en la plaza de Santa María de la Almudena, se dejó sentir en toda la ciudad. El pueblo se echó a la calle para ver qué sucedía, aunque muchos ya sabían que significaban aquellos estruendos. El ánimo de los españoles estalló en una sublevación general cuando el toque de las cornetas militares francesas ordenaba continuar aquel mortífero fuego.

Fue el resurgir de un mismo espíritu superior el que alimentó la valentía de aquellos patriotas sublevados. Los balcones de las casas madrileñas se abrieron para lanzar al enemigo toda clase de objetos que pudieran causar bajas al enemigo: macetas, ladrillos, tejas, agua hirviendo. Los cuchillos, navajas, garrotas y aperos de labranza, se enfrentaban al fuego y espadas del invasor. A pecho descubierto asaltaban a los lanceros, mamelucos y polacos, cuyas corazas los hacían poco vulnerables.

Las puertas del Palacio Real se habían cerrado y las fuerzas que lo protegían, alabarderos y las guardias de corps de Su Majestad, se aprestaron a defender el edificio de un posible asalto francés. No en vano, las primeras víctimas habían sidos miembros de la nobleza palaciega al servicio del monarca: don José Rodrigo de Porra, portero de palacio; don Rodrigo López de Ayala, mayordomo de semana de Su Majestad; y don Joaquín María de Mártola, aposentador mayor del Rey.

Fernando se despertó con el estruendo de los cañones; los muros de su casa retumbaron y la cristalería parecía que iba a estallar en mil pedazos. Su primer gesto fue vestirse y salir a la calle a ver qué sucedía. Sin embargo, recordó la orden que le dio Daoíz: no debía abandonar la vivienda hasta recibir noticias suyas. Tras ponerse los pantalones del uniforme se asomó a la ventana. Grupos de gente corrían portando en sus manos una variada gama de objetos que le servían de armas. Vio que algunos heridos eran retirados por

sus compatriotas. Tenía el alma en vilo, pero no podía desobedecer una orden directa de un superior.

Los cañonazos no solo habían despertado a Fernando y al pueblo madrileño, sino a los cinco campamentos franceses que guarnecían la capital del reino.

Se colocó la casaca y decidió subir a la azotea, para ver los lugares donde las bombas habían hecho blanco. Vio negras columnas de humo que se elevaban desde las cercanías del palacio, la plaza de Santa María de la Almudena y lugares adyacentes. El sonido de las descargas y los gritos de muerte eran sobrecogedores. Desde allí pudo ver cómo un pelotón de franceses perseguía a un grupo de españoles formados por hombres y mujeres de todas las edades, que intentaban defenderse a pedradas. Desde los andamios que rodeaban la iglesia del Espíritu Santo, los albañiles comenzaron a lanzar ladrillos contra los perseguidores. Estos reaccionaron con furia, entrando en el recinto sagrado para dar muerte a los atrevidos alarifes; sin embargo, no lo consiguieron, habían huido saltando por las azoteas cercanas. En venganza acometieron contra las casas colindantes, dando muerte a sus moradores, entre ellas asaltaron el palacio del Duque de Híjar, donde fusilaron al portero.

Fernando no podía aguantar más aquella situación de inactividad en horas tan graves para su Patria. Argumentó una excusa rápida en su interior para vaciar de contenido aquella orden. Con toda seguridad el correo que iba a enviarle el capitán Daoíz no habría podido llegar, quizás hubiera sido muerto o herido.

Bajó a la casa, cargó dos pistolas que embutió en la casaca y se colocó el cinto de su sable; con él blandido en la mano salió a la calle y se unió al grupo de patriotas que hacían frente a invasor. Apenas llevaba unos segundos entre la multitud cuando un hombre de mediana edad, que empuñaba un viejo sable mohoso se le acercó y le dijo:

—Mi teniente —pues desde que salió de la academia ascendió de grado—, soy Diego Gago, antiguo soldado retirado de Su Majestad. Yo y estos patriotas nos ponemos a sus órdenes.

Lo primero que hizo Fernando fue preguntarle por la situación y por los sucesos ocurridos. Mientras caminaban con gran rapidez fue enterado de todo.

—Mi teniente, los focos de lucha más intensos están en la zona de Palacio, Plaza Mayor y Puerta del Sol. Pero los franceses intentan rodearlos. Aunque estamos muy cerca no podemos dirigirnos directamente allí. Me

dicen que en la Carrera de San Jerónimo se ha reunido un gran número de patriotas y allí vamos.

—Quizás sea lo mejor, una vez que veamos las fuerzas con que contamos podremos decidir la actuación… Diego, ¿sabe si nuestro ejército ha salido a la calle?

—El primer uniforme que vemos es el de usted.

Esto heló el corazón del joven teniente, pues no sabía si estaba actuando a la ligera, pero decidió seguir adelante. Apenas habían llegado a la Carrera de San Jerónimo, cuando un contingente de lanceros y mamelucos, la fiera caballería egipcia, cargó contra la muchedumbre. Fernando era un blanco preferido para el enemigo, un oficial español. Vio cómo se le abalanzaban dos coraceros, a uno lo desmotó de un certero disparo en el rostro, el otro se vio derribado del caballo al sentir el animal la oxidada hoja de Diego Gago penetrar en su vientre. Varios hombres rodearon al soldado caído, que se incorporó e intentaba defenderse. Con las armas que portaban los españoles era difícil herir al jinete.

—¡A estos gabachos como a los jabalíes! —gritó Gago mientras se agarraba a su cuello e introducía un afilado cuchillo por la abertura que dejaba la coraza bajo el brazo del lancero. El pánico de la muerte se apoderó del rostro de aquel francés, cayó en tierra entre estertores.

El suelo resbalaba por los ríos de sangre derramada. En aquella situación pocas órdenes podía dar el teniente, cada uno actuaba de su propia manera. Tan solo el viejo soldado y el grupo de siete hombres que le acompañaban se hicieron una piña para repeler las embestidas de la caballería. Sin embargo, nada podían hacer contra aquella poderosa fuerza militar y fueron dispersados causando numerosas bajas.

Fernando y sus hombres entraron en una casa, desde cuyas ventanas no dejaban de arrojar objetos contundentes contra el invasor. Atrancaron la puerta con muebles viejos y subieron a la azotea. Por allí cruzaron a otras casas hasta encontrarse a salvo.

Fernando solo pensaba en lo que estaría haciendo el capitán Daoíz, pues tenía por cierto que se uniría a los sublevados, aunque fuese el único soldado español que lo hiciera. Intentaría acercarse a la Puerta del Sol y al parque de artillería.

Las noticias corrían más veloz que la pólvora escupida por las armas. Se supo que en el barrio del Barquillo las «manolas» habían dado muerte al general Legrand, y que el general artillero La Riboissiere estaba rodeado en su casa y una multitud pretendía ajusticiarle. También llegaron noticias en las

que se afirmaba que el gran Duque de Berg había colocado su puesto de mando entre los altos de la puerta de San Vicente y la Alcantarilla de Leganitos. En breve, los soldados de los cuarteles del Retiro, el Pósito, El Prado, la Casa de Campo, Puerta de Hierro y del convento de San Bernardo entrarían en el centro de la ciudad para sofocar la sublevación.

A duras penas consiguieron llegar a la Puerta del Sol. Allí, tras dos horas de enfrentamiento, estaba casi todo perdido cuando alguien gritó: «Vamos al parque de artillería a por armas…»

En el parque artillero de Monteleón se recibieron órdenes de la superioridad, claras y concretas: retirar la tropa a su cuartel y la prohibición de unirlas con el pueblo. El ayudante del parque, teniente Arango, había recibido orden expresa del gobernador prohibiendo que se repartieran armas entre los paisanos que esperaban fuera. Dentro del parque había un retén de setenta y cinco soldados franceses al mando de un oficial, más un tambor y cuatro subalternos. El oficial francés de aquel destacamento se quejó al teniente Arango por los insultos que proferían los españoles desde fuera. El teniente intentó tranquilizarle.

La tropa española que guarnecía el parque estaba formada por un sargento, dos cabos y dieciséis soldados. Desde las nueve y media de la mañana había comenzado a concentrarse gente a las puertas del parque, en busca de armas con las que defenderse del invasor.

Poco después de esta hora, don Luis Daoíz entró en el parque; el teniente se le acercó para mostrarle las órdenes recibidas.

—Mi capitán —dijo Arango—, tanto el Gobernador militar como el coronel Navarro me han ordenado que impida, por todos los medios, que se arme a los paisanos. También ordenan que no se actúe, bajo ningún pretexto, contra los franceses.

Don Luis leyó aquella fría orden que dejaba en evidencia el nulo patriotismo de sus mandantes y la grave negligencia que cometían, toda una traición, pues desamparaba al pueblo que debían proteger y que estaba siendo masacrado bajo las asesinas armas del enemigo invasor. La indignación se mezclaba con su lato sentido del patriotismo, sus sentimientos estaban enfrentados entre el deber de obediencia o el deber hacia la Patria. En este trance estaba cuando llegaron al Parque de Monteleón el capitán Cónsul, el teniente Torres y subteniente Carpegana. Entablaron una conversación para intercambiar pareceres.

—No podemos permitir este ultraje al pueblo español —dijo Daoíz—. Nuestra inactividad sería del todo reprobable, debemos impedir que masacre a

nuestros compatriotas un ejército invasor que se ha dedicado a humillarnos.

—Estoy con usted, mi capitán —intervino el teniente Torres— pero tenemos órdenes de no actuar. Además, carecemos de fuerzas necesarias para entablar cualquier acción militar. Los propios franceses nos superan en número dentro del parque.

—¿Pero habéis visto sus caras? —terció Cónsul—. Están aterrorizados. Yo en su lugar también lo estaría, el pueblo madrileño ruge como una fiera herida y pide la sangre de los franceses.

—Si fuera inteligente —habló el subteniente Carpegana—, su oficial se rendiría a nosotros.

—Eso es imposible, no media declaración de guerra. Si no hay enemigo oficial, ¿a quién se van a entregar? —cortó Torres.

—Solo contamos con los patriotas que nos aclaman en la puerta y que están siendo abatidos en las calles de Madrid. Creo necesario armarlos, pero antes deberíamos proteger al destacamento francés. No deseo sangre inútil.

En ese momento, en la puerta de entrada al parque de artillería se desarrollaba otra escena. Alguien había llamado al portón del parque enérgicamente. El artillero de guardia, al ver que era un oficial del cuerpo, les dejó paso franco. Entraba el capitán Velarde acompañado de un capitán, dos tenientes y treinta y tres soldados.

Lo primero que hizo fue dirigirse al oficial de guardia francés.

—Está usted perdido si no entrega las armas, el pueblo está dispuesto a forzar la entrada y no respondemos de que sea usted atropellado —advirtió Velarde.

El oficial francés, vista la grave situación del momento, entregó las armas. El destacamento enemigo fue encerrado en unos almacenes para procurar su protección.

Velarde se encontraba en la secretaría de la Junta Superior del Cuerpo de Artillería cuando escuchó las primeras descargas y el fuego artillero francés junto al Palacio Real. No consultó a su superior, el coronel José Navarro Falcón, solo le expuso sus intenciones irrenunciables.

—Es preciso batirse con los franceses. Mi coronel, voy a vengarme de tantos ultrajes.

Dicho esto, sin esperar repuesta del superior, abandonó el despacho y salió con rapidez de las oficinas. A su impulso patriótico se sumaron don Manuel Almira, escribiente meritorio de la contaduría, y un ordenanza.

De allí tomaron camino hacia el regimiento de Voluntarios del Estado. Este se encontraba en la calle Ancha de San Bernardo, lugar en el que poco

antes había tenido una fuerte refriega la caballería francesa contra los patriotas españoles. La imagen de heridos y muertos que presenció fue dantesca, su corazón quedó conmovido ante tan gran barbarie.

Buscaba ardientemente salvar el honor de la Patria y encabezar la defensa del pueblo madrileño. Cuando llegó al regimiento de Voluntarios fue directamente a entrevistarse con el marqués de Palacio, su coronel. Le hizo ver su decisión, a la vez le pidió un destacamento para contener a la multitud que se agolpaba ante el parque de artillería.

Tras una primera negativa, que fue superada por el valiente razonamiento de Velarde, el coronel puso bajo su mando la tercera compañía del segundo batallón. Con aquellas escasas fuerzas militares se dirigió a Monteleón.

Mientras tanto, Daoíz buscaba informes dentro de las diferentes dependencias del parque, sobre todo en lo tocante a cartuchos, fusiles y piezas de artillería. En un momento dado preguntó al teniente Arango:

—¿Qué le parece a usted que hagamos?

—Yo, mi capitán, estoy a las órdenes de usted.

Se dirigieron al patio, allí se encontraron a Velarde con la tercera compañía. Daoíz vio que se había desarmado y encerrado al destacamento francés. Le pidió explicaciones por esa acción que no le correspondía, pues don Luis era el jefe por su antigüedad en el escalafón militar.

—Mi capitán, es necesario, no podemos desoír los gritos del pueblo español que clama ayuda y que está siendo abatido por el fuego francés.

—Pero tenemos órdenes en contra del gobierno.

—Luis, ¿aún crees legítimo a un gobierno que traiciona a su patria, a su rey y al pueblo? ¡Óyelo, escucha sus gritos!

Desde fuera no cesaban las aclamaciones y vítores a don Fernando VII, a España y al Real Cuerpo de Artillería. La muerte al intruso francés se exigía en la misma medida.

Daoíz tenía presente la máxima militar de la obediencia debida, pero también que el gobierno había perdido su legitimidad al renegar de sus más sagrados principios. Si el gobierno ya no era legítimo, ¿a quién acatar?, ¿cómo actuar? Lo único claro es que estaban muriendo cientos de compatriotas bajo los vivas a España y a su rey.

Paseó nerviosamente durante unos minutos, la oficialidad estaba pendiente de él. Las descargas contra el pueblo indefenso aumentaban por momento. Tras meditarlo con detención, miró a sus compañeros de armas, desenvainó su reluciente sable y gritó:

—¡¡¡Ellos son nuestros hermanos!!! ¡¡¡Démosles las armas que piden!!!

Todos los artilleros a una desenvainaron los sables, apoyando con esa acción la valiente determinación de su capitán más antiguo. Velarde se fundió en un fuerte abrazo con don Luis. Luego presentó a los oficiales de la tercera compañía que le acompañaban: el capitán Rafael Goicoechea, y los tenientes Ontoria y Ruiz de Mendoza.

La apertura de las puertas del Parque de Monteleón fue recibida con una gran ovación de la multitud congregada. Los vítores se recrudecieron y el pueblo entró en masa dentro del recinto militar. Las primeras armas repartidas fueron las entregadas por el destacamento francés, luego se distribuyeron las que había dentro del parque artillero.

Muchos, una vez armados, decidieron hacer la guerra por su cuenta y abandonaron el cuartel de artillería, otros quedaron a las órdenes de los oficiales del parque, que se aprestaron a su defensa, buscando sitios estratégicos a los defensores.

—Capitán Velarde —dijo Daoíz con el ánimo enardecido—, que se saquen los nueve cañones de a ocho y se coloquen en el patio. Encárguese de formar los servidores de las piezas… Cónsul, usted salga a buscar las últimas noticias del enemigo, tenemos el tiempo en contra. Torres, vaya con diez soldados y traiga la mayor munición posible. Los demás oficiales y suboficiales distribuid a los defensores militares y civiles, colocando a estos en los lugares de menor riesgo.

No habían pasado más de diez minutos cuando el capitán Cónsul anunció que por la calle Fuencarral avanzaba un batallón francés camino del parque de artillería.

—¡Artilleros y españoles! —gritó comenzando su arenga—. La libertad e independencia de España ha sido ultrajada por el ejército francés. Ningún buen español puede quedar pasivo ante tan grande humillación. Juro ante Dios que daré gustoso mi vida por impedir que el invasor consiga sus espurios fines. ¡Viva España!

El viva contestado retumbó entre las paredes del parque, llenando de emoción desatada aquel histórico momento.

Los soldados que componían la tercera compañía del segundo batallón de Voluntarios del Estado parecían estar ajenos a la arenga y a la acción del Cuerpo de Artillería, pero el teniente de infantería don Jacinto Ruiz de Mendoza desenfundó su espada y juró morir junto a ellos, lo que hizo que todos a una se prestaran a la defensa.

—Señores, carguen los cañones y esperen mi orden para disparar; el enemigo está a las puertas.

El parque quedó en un sepulcral silencio, como si no hubiese nadie en su interior. Los defensores escucharon las pisadas de las botas francesas sobre la tierra, cada vez más cerca. Luego, algún oficial enemigo gritaba algo en su idioma a los militares españoles, pero no hubo contestación alguna.

Poco después, oyeron cómo los gastadores franceses intentaban abrir aquella puerta con fuertes golpes de hachas.

Daoíz previno a tres baterías; a su orden y a los gritos de ¡Viva España! ¡Viva Fernando VII! ¡Muerte a los franceses!, descargarían su mortífera carga sobre el portón.

El enemigo se vio sorprendido, las andanadas le produjeron importantes bajas, que aumentaron con el tenaz fuego de fusilería que se disparaba desde las diferentes dependencias del Parque de Monteleón.

La huida desordenada del francés provocó un mayor número de víctimas. Desde cada balcón, cada azotea, cada zaguán y cada esquina, recibían un incesante y mortífero fuego del pueblo madrileño que castigaba su retirada duramente.

Daoíz, ante la huida del francés, mandó sacar las piezas artilleras a la calle, apuntándolas hacia las calles de Fuencarral, Ancha de San Bernardo y San Pablo. En el final de la de San Bernardo se estaban reagrupando las tropas francesas.

—Capitán Daoíz —dijo un valiente artillero—, ahora que aún no se han reorganizado, un grupo de voluntarios podemos salirles al encuentro y dispersarlos de nuevo.

—Muchachos, no os precipitéis; dejadlos que se aproximen y los escarmentamos mejor.

Don Luis sabía que en aquella reorganización estarían tomando parte nuevos refuerzos provenientes de los campamentos franceses que rodeaban Madrid.

Poco después, se dejaban oír los vivas al emperador mientras avanzaban las columnas francesas. El sonido de las botas y de los correajes se acompasaba al ritmo del tambor.

Ordenó abrir fuego contra el enemigo cuando estaba cerca, ahora más numeroso y organizado. Aunque sufrió muchas bajas, también fue castigada duramente la defensa española. Daoíz y Velarde dirigían sus piezas artilleras con gran acierto. Al teniente Ruiz de Mendoza se le puso al mando de otra, pues había estado agregado al Real Cuerpo de Artillería durante uno de los sitios a Gibraltar.

Daoíz pudo ver cómo el teniente se batía bravamente contra un crecido número de enemigos que le acechaban. Don Jacinto Ruiz de Mendoza recibió un disparo en el brazo, pero tomó un pañuelo y vendó la herida, poniéndose de nuevo al frente de su pieza al grito de: «¡Fuego, artilleros!». Sin embargo, el gran número de tiradores franceses tenía claro blanco sobre aquella batería. Una segunda descarga diezmó la defensa de la pieza, cayendo abatidos un buen número de artilleros. Don Jacinto recibió un traidor disparo en la espalda que le causó una grave herida.

Llevaban una hora de combate cuando hizo su presencia un oficial español que salía de entre las tropas francesas. Enarbolaba un pañuelo blanco en la punta de su sable. Daoíz mando dar el alto el fuego, a la vez que exigía lo mismo al enemigo. El militar se acercó acompañado de unos oficiales franceses.

—Soy el capitán don Melchor Álvarez, vengo enviado por el general Francisco Javier de Navarrete para hacerle sentir la indignación con la que se ha sabido la locura en la que está precipitando al pueblo, exponiéndolo a las más desastrosas consecuencias.

Al principio Álvarez hablaba de forma entrecortada. Quizás fuera la vergüenza de tener que llevar ese mensaje a verdaderos patriotas, quizás el miedo a verse cogido entre dos fuegos.

Ninguno de los defensores contestó aquellas palabras que venían de los mandos superiores. Unas palabras que llenaban de oprobio a los principales mandos del ejército español que habían acatado al francés. Un tenso silencio se apoderó del momento, pero una serie de hechos, ajenos a los oficiales artilleros, cambiaron la situación. Un chispero, al oír aquellas cobardes palabras no pudo contenerse y, gritando «Viva Fernando VII», empujó con gran violencia a uno de los oficiales franceses, haciéndolo caer de espalda al suelo. En ese mismo momento, un artillero, confundido por la situación, aplicó la mecha encendida sobre la pieza que servía. Aunque solo estaba cargada con bala rasa provocó numerosas bajas. Ello ocasionó la rendición de algunos franceses que, tras entregar las armas, fueron puestos bajo custodia en las dependencias del parque. Daoíz ordenó que se les tratase con la máxima consideración y decoro.

Fernando intentaba llegar al Parque de Monteleón para tomar parte en la defensa de la que ya se hacía eco todo Madrid, pero las tropas del general Lagrange habían rodeado la zona. Los madrileños solo podían luchar contra ellos en su retaguardia, pues era imposible romper el cinturón militar francés

que rodeaba el parque de artillería. Lagrange se puso al frente de la brigada de Le Franc, recibiendo una orden contundente de Murat:

—¡General, yo no he de saber sino el exterminio de los insurrectos!

La fuerza francesa la formaban cuatro mil soldados de infantería, dos escuadrones y cuatro cañones. Estas piezas abrieron fuego, desde las calles Ancha de San Bernardo y Matalobos, contra el parque.

En Monteleón, entre oficiales, soldados de artillería, Voluntarios del Estado y civiles, no llegaban a doscientos defensores. Además había doscientos catorce prisioneros franceses que en un determinado momento del combate podían convertirse en una quinta columna.

Dos mil franceses, al mando de Lagrange comenzaron el ataque a Monteleón. Le Franc atacaría la espalda de parque militar. El avance era harto difícil, el fuego de los exhaustos defensores no cesaba, los muertos amontonados, las resbaladizas vísceras cercenadas y un río de sangre hacían muy difícil la marcha. Los tambores franceses no conseguían acallar los vivas de los pocos defensores que iban quedando en pie, agotados y con apenas municiones para repeler al enemigo. A cada descarga el número de españoles se reducía considerablemente.

Una bala destrozó la pierna del capitán Daoíz, no podía mantenerse de pie, pero no se arredró por ello, tomó apoyo sobre la rueda de un cañón y, sable en mano, continuó arengando el combate. Las bajas españolas aumentaban por momento y se sabía que ya nadie vendría en su auxilio. Los mandos adictos al invasor habían traicionado a su propio pueblo.

En el momento de máxima desesperación, don Luis fingió proponer capitulaciones. Clavó un pañuelo en la punta de su sable y solicitó el cese del fuego. Deseaba buscar tiempo para el descanso de sus tropas exhaustas y demorar la batalla por si llegaban refuerzos. El general Lagrange se acercó y comenzó una intensa disputa verbal.

—Capitán —dijo el general en un español aceptable—, usted ha caído en el peor deshonor para un soldado: la desobediencia a sus mandos superiores.

—General, el peor deshonor en el que puede caer un soldado español es en la traición a Dios, a su Patria y a su Rey legítimo.

—Las órdenes han de ser obedecidas, venga de quien venga. Es principio militar básico.

—Le aseguro general, que usted no es nadie para darme lecciones de honor ni de disciplina militar. Y está muy equivocado, la obediencia se debe siempre a un gobernante legítimo, no a un usurpador ni a los traidores que le

apoyan. Además, no es este el momento de discutir, deseo pactar capitulaciones.

—No cabe pacto alguno, exijo la rendición incondicional, la entrega de las armas y de los prisioneros franceses, que por su bien espero que estén sanos y salvo.

—Puede estar seguro de ello, somos caballeros españoles, no carniceros revolucionarios —Lagrange tuvo que aguantar este golpe dialéctico—. La vida de los soldados rendidos se ha respetado y están retenidos en un lugar seguro, protegidos de vuestra propia artillería. Los oficiales están siendo tratados con la consideración de su rango y los heridos atendidos por nuestros propios cirujanos.

—No esperaba menos de quien tiene en tan alta estima el honor castrense, aunque no comparta su teoría de la obediencia debida. En cuanto a la rendición, siguen inmutables mis condiciones.

Pero en ese mismo instante se estaba fraguando la pérfida traición francesa. Un grupo de fusileros galos penetró en el patio y descargó sus armas sobre los españoles. Un oficial polaco acertó de lleno en el pecho del capitán Velarde, le causó la muerte instantáneamente. Los españoles no reaccionaron por miedo a una masacre mayor.

El traidor Lagrange, viendo la grave herida que inmovilizaba de piernas a Daoíz, sin respetar la tregua, le insultó gravemente a la vez que sacaba el sable. Con un esfuerzo sobrehumano, que llenó de dolor el cuerpo de don Luis, se incorporó y desenvainó su sable para defenderse. Con su hábil destreza en la esgrima hirió a Lagrange de una estocada en el muslo. El cobarde general, gritó pidiendo ayuda:

—*Granadiers, a moi! Secours a votre general!*

Un enjambre de granaderos y oficiales atacó al malherido Daoíz, que supo defenderse valientemente; pero una cobarde bayoneta por la espalda le atravesó hasta el pecho. El héroe cayó herido de muerte sobre el suelo.

La lucha entre los desiguales contendientes había terminado. El teniente Arango corrió a socorrer a su capitán. Lo trasladaron a un cuarto del parque. Arango lo tenía recostado sobre su pecho. La sangre del héroe moribundo llenaba su guerrera. Varios franceses se acercaron al cuarto donde yacía herido don Luis, estaban admirados de su valentía y arrojo. Un cirujano del ejército francés abandonó la cura de sus hombres para atender al capitán español. Le dio a beber varias pócimas con el objeto de recuperarle, pero vio que todo era imposible. Dijo ante los suyos: «Era un héroe». El enemigo supo valorar su valentía y sacrificio, más cuando habían visto cómo militares

españoles de alta graduación se plegaban a la voluntad de Napoleón. De allí lo trasladaron a su domicilio, donde falleció al poco de llegar.

Sin embargo, aunque el patio del Parque de Monteleón había sido tomado, el edificio defendido por los Voluntarios del Estado se resistió a dejar sus armas. El teniente don Jacinto Ruiz de Mendoza, a pesar de haber sido herido en dos ocasiones, una de gravedad, dirigió la defensa de su puesto. La resistencia de los voluntarios era tenaz y la mayoría estaban heridos, pero decidieron seguir defendiendo el honor español. Por tercera vez fue alcanzado por una bala, ya no podía continuar en la defensa, lo sacaron varios de sus hombres del edificio y le pusieron a salvo. Lograron huir de Madrid y llegar Extremadura, donde murió al habérsele gangrenado la herida.

Arango ordenó el traslado del capitán Daoíz a su domicilio en la calle de la Ternera. Varios artilleros tomaron una escalera a modo de camilla y lo transportaron a su casa. Se buscó la asistencia espiritual de Fray Andrés Cano, teniente cura mayor de San Andrés. Por la gravedad del capitán, pararon en la casa del Marqués de Mejorada, donde confesó y recibió los Santos Óleos. Su gran fortaleza le continuaba manteniendo con vida y se decidió el traslado a su propia casa. Poco después, en el lecho de muerte apretó fuertemente la mano del sacerdote y entregó su alma a Dios.

Fernando consiguió llegar al Parque de Monteleón cuando ya había sido tomado por los franceses. Tras más de tres horas de combate, el capitán Goicoechea firmó un acuerdo con el coronel del regimiento Cuarto Provincial español, por el que no sería detenido ningún soldado. Sin embargo, Murat, ante el elevado número de víctimas francesas no quiso respetar el pacto y mandó detener en su domicilio a los oficiales que tomaron parte en la sublevación. Hubieron de mediar importantes militares españoles y franceses, entre ellos el general Lagrange, para que esta medida no se llevase a término.

Antes de entrar en el recinto militar notó cómo una mano le asía de su pierna.

—Mi teniente, no entre… —Era un soldado que había servido bajo sus órdenes. Estaba gravemente herido y esperaba su evacuación tendido sobre el ensangrentado pavimento—. Le detendrán… Todos los oficiales supervivientes están detenidos… Veo que tiene la casaca llena de sangre, eso denuncia su participación en los enfrentamientos… Quítesela y huya… El capitán Daoíz ha sido herido de gravedad, dicen que lo han trasladado a su casa.

—Gracias soldado, se pondrá bien.

—Dios le oiga.

Fernando se quitó con rapidez la casaca y la arrojó bajo un cañón destrozado. Se cubrió con un capote largo que encontró entre los heridos y muertos. Le cubría el pantalón y las botas, con lo que ocultaría su fuero castrense. Luego corrió hacia la calle de la Ternera. Aún había diferentes focos de resistencia, muy débiles, en algunas zonas de la capital; los tiros no cesaban.

Cuando entró en la casa el corazón se le vino abajo. El cuerpo de don Luis yacía dentro de un ataúd, vestido con el uniforme de combate; solo estaba allí el sacerdote. Fernando, sin decir palabra alguna, arrojó el capote sobre un sillón y se acercó al féretro; tras santiguarse comenzó a musitar una sentida y profunda oración. Después fue a buscar una de las espadas del capitán y la depositó dentro de la caja, junto a un crucifijo que entrelazó en sus manos.

—*Pater*, soy el teniente don Fernando Tello de Portugal, Barón de Acay… El capitán Daoíz era mi pariente.

—Señor barón, siento mucho su pérdida… Pero puede usted estar orgulloso de llevar su sangre, aún está su cuerpo tibio y ya se cuenta su heroica hazaña por todo Madrid. Espero que sea un ejemplo que corra por España y despierte a los buenos patriotas.

—Le aseguró que así será.

—Pero dígame, usted es oficial de artillería, lo compruebo por sus pantalones y botas. Me han dicho que han detenido a todos sus compañeros. ¿Cómo se ha librado?

—No me encontré en la batalla del Parque de Monteleón… No pude llegar… Me he batido en otros lugares, donde los madrileños han dado clara muestra de su valentía; hombres, mujeres, ancianos y niños han escrito una página gloriosa que espero que la vil traición no borre de nuestra historia… *Pater*, hemos de darle cristiana sepultura.

—Hijo, por ello me encuentro aquí. No quería dejarle solo hasta que los sepultureros de San Martín vinieran a retirar su cuerpo. Mientras lo he velado.

—Dios se lo pague.

Al poco llegaron los sepultureros, desmontaron la cama y sobre dos de sus largueros colocaron el ataúd para transportarlo mejor. Fernando decidió ir con ellos hasta la parroquia, le quería brindar el último adiós. Se vistió de civil para no levantar sospechas, pero escondió dos cachorrillos bajo su levita. La comitiva fúnebre cruzó las oscuras y ya silenciosas calles de Madrid, fuertemente vigiladas por contingentes franceses.

Nadie paró aquella lúgubre procesión, esa noche había cientos por las calles de la corte. Al entrar en la parroquia observó que había varias cajas

esperando ser bajadas a la cripta. Allí vio algo que le volvería a estremecer, el cuerpo desnudo del capitán don Pedro Velarde. Rezó unos instantes por él; antes de darle cristiana sepultura lo vistieron con el hábito de San Francisco.

—Dejad bien identificado los cuerpos de estos dos héroes —ordenó Fernando—. Algún día gozarán de más honrosa sepultura.

El sacerdote rezó las últimas oraciones; mientras, Fernando veía cómo las cajas de sus dos compañeros de armas eran tragadas por la boca de la cripta. Se cuadró e inclinó la cabeza ante ellos.

—Don Fernando —habló el párroco—, es sumamente peligroso que salga esta noche a la calle, ya es muy tarde. Se dice que Murat quiere escarmentar a los sublevados y se están formando cordadas de presos que van a ser fusilados esta misma madrugada. Puede pasar la noche en la rectoría, mañana estará todo más calmado.

—Muchas gracias, *pater*, pero no puedo, he de enterarme lo antes posible en que va a quedar todo esto… Está demasiado en juego y la sangre de estos dos héroes no ha de ser inútil.

—Tened precaución, de nada nos valen patriotas muertos. Vaya con Dios amigo.

—Quede usted con él.

El bando de Murat, que se publicó tras el levantamiento, fue colocado por todas las calles de Madrid. Las personas armadas que habían sido detenidas en la revuelta serían arcabuceadas por los franceses. Se quemarían las casas donde se hubiera dado muerte a un francés. Decretaron la confiscación de armas bajo pena de fusilamiento si no se cumplía. Se hacían responsables a los jefes de taller, comerciantes y padres de familia de las acciones de sus criados e hijos, así como a los ministros de los conventos de sus religiosos. Se prohibió toda reunión mayor de ocho personas, así como publicaciones sediciosas.

Las patrullas francesas cumplieron con el bando. Registraban a los ciudadanos que, confiados en las palabras de paz de Murat, salían a pasear. Bastaba encontrar una pequeña navaja o un cortaplumas, para ser detenido y pasado por las armas. Se buscaba la venganza a toda costa, disfrazada en falsas palabras de armonía y concordia entre ambos pueblos.

Fernando salió de la parroquia de San Martín entrada la madrugada. Las patrullas francesas paraban a los paseantes y buscaban armas ocultas, por ello, el teniente había dejado sus dos pistolas al párroco. En casi todas las esquinas de las calles principales había puestos de guardia; colocaban grandes faroles

para alumbrar e identificar a las personas que eran cacheadas. Pudo ver cómo algunos fueron separados de sus mujeres o de los amigos y los ubicaban en el grupo que estaba detenido.

No dejaba de escuchar descargas cada cierto tiempo. Vio que se acercaba un anciano que andaba con dificultad por su cojera, había pasado el control y decidió preguntarle.

—¿Buen hombre, sabe usted el origen de esas descargas?

—Sí, señor, por desgracia bien lo sé y mañana lo sabrá todo el pueblo madrileño. Se está fusilando a todos los detenidos en los puestos de guardia, sin motivo alguno, de forma totalmente arbitraria… Esos canallas…

—¡Pero se había llegado a un acuerdo de respetar las vidas de los sublevados!

—Eso creímos todos, y ya ve usted, ha sido una añagaza para cogernos desprevenidos y ejecutar su sangrienta venganza.

—¿Dónde son las ejecuciones?

—Las cordadas de presos las llevan al Paseo del Prado y a la montaña del Príncipe Pío. Allí son ejecutados esos desdichados.

—Gracias, buen hombre. Vaya con Dios.

—Que Él le acompañe.

Fernando no quiso correr riesgos, conocía varias calles estrechas por las que burlar el pelotón francés y tomó ese camino. No dejaba de pensar en lo referido por el anciano, se le hacía difícil creer que el francés faltase a su palabra y fusilara a hombres y mujeres inocentes como medio de venganza. Quiso comprobarlo por sí mismo, pero en el Prado podía estar muy a la vista, por ello decidió acercarse a la montaña del Príncipe Pío. Con toda seguridad allí habría menos soldados franceses y podría esconderse mejor de las patrullas.

Se había embutido en su capa oscura y colocado el sombrero de copa negro. Usó los atajos más seguros para no ser descubierto. Desde la distancia veía varias filas de prisioneros que se dirigía a la montaña. Cada una la integraban diez reos y cuatro soldados franceses. Había mucha distancia entre las cordadas. Una fuerte descarga retumbó en la soledad de la noche, le hizo volver la cara. Entonces supo hacia donde debía dirigirse. Una segunda se escuchó muy próxima. Echó cuerpo a tierra y se arrastró hasta asomarse sobre una pequeña loma que formaba el terreno.

Pudo observar una escena dantesca. Cuerpos desfigurados, bañados en sangre, eran apilados, unos encima de otros, por los propios prisioneros bajo la vigilante mirada de sus verdugos. Hombres, mujeres y menores de edad

habían corrido la misma suerte. Frailes, soldados, señores y gente del pueblo compartían ese supremo momento de entregar la vida por su Patria.

Alumbrado con dos grandes faroles de varios cirios cada uno, dos soldados franceses cubrían la sangre con arena seca. Al poco, una fila de condenados se colocaba entre la luminaria. A la voz del oficial francés se descargaban los fusiles asesinos. Unos lloraban de miedo, otros se resistían e insultaban a los enemigos, eran llevados a la fuerza. Muchos adoptaban una postura solemne y, ante la muerte, demostraban su valor y patriotismo dando vivas a España y a Fernando VII.

Se había corrido por todo Madrid la existencia de esas ejecuciones. Don Arias Mon, presidente del Consejo Español, y el ministro don Gonzalo O'Farril no creyeron esa noticia, serían habladurías del pueblo. Pero ante la insistencia de personas principales que lo confirmaban, desearon comprobar por ellos mismos la verdad de los hechos. Quedaron horrorizados y ambos se dirigieron a la residencia de Murat para presentar sus quejas y pedir el cese de las ejecuciones.

—Por cada francés muerto, cinco españoles —fue la lacónica respuesta del general.

El bando francés había sufrido bajas muy superiores al español. Contra los ciento cuatro muertos y cincuenta y cuatro heridos españoles, se contaban mil seiscientos ochenta y cuatro muertos y cuatrocientos noventa y cinco heridos franceses. Solo en los combates del Parque de Monteleón, la división Westfaliana perdió ochocientos hombres.

Fernando había visto demasiado; arrastrándose por el suelo bajó la loma, buscando la oscuridad protectora. Con mucho sigilo comenzó su regreso al centro de la cidad. Antes de llegar, vio cómo una fila de prisioneros se dirigía hacia la montaña. El hachón de luz que portaban los guardianes iluminó la cara de los reos. Vio que uno era Diego Gago, el antiguo soldado retirado que se había puesto a sus órdenes y combatido junto a él en la Carrera de San Jerónimo. Le acompañaban en su triste destino tres de sus camaradas.

No podía permitir aquella ejecución, pero estaba solo y desarmado contra cuatro soldados enemigos bien pertrechados. Cómo única defensa tenía una fina daga que ocultaba en su bota derecha. Estudió la situación y el mejor momento de actuar. La patibularia comitiva iba a pasar por un estrecho camino donde debían colocarse los guardianes en fila de a uno. Era el momento indicado para intentar liberarlos. Con sigilo se fue acercando al final de la hilera, que la cerraban dos soldados enemigos. Una sonora descarga de los fusilamientos fue la oportunidad para que Fernando se lanzara

como un felino sobre el último soldado sin ser oído. Le atravesó el corazón con la daga mientras le tapaba la boca para evitar un grito; a la vez se hizo con su sable en una rápida maniobra. Su compañero se volvió, pero no le dio tiempo a reaccionar, el sable le atravesó el pecho mientras soltaba un alarido. Los soldados de cabeza se volvieron con rapidez. No veían lo que sucedida al fondo y les costaba trabajo pasar entre los prisioneros por aquel estrecho pasillo. El que portaba el hachón de luz lo lanzo al final del camino, para alumbrar la zona; vio a sus compañeros tendidos sobre el suelo. Tomaron sus armas y comenzaron a apuntar sin saber hacia donde. Fernando se había protegido entre los últimos prisioneros, que le abrieron paso al ver su salvación. Diego Gago estaba allí, se colocó tras él como si fuera uno más de los reos, mientras cortaba las cuerdas que ataban a Diego.

La desorientación de los franceses fue aprovechada por los presos, intentaban dificultar con sus cuerpos el paso de los dos guardianes por aquel estrecho carril. Ante ello, uno de los franceses clavó su bayoneta en el primero, lo que hizo que los demás dejaran el paso franco. El sargento que los mandaba quedó al principio, apuntando con su arma para dispararla al primer movimiento. El soldado avanzó cauteloso, buscando al agresor. Cuando pasó junto a Gago, este ya tenía las manos libres y se abalanzó sobre él armado con la daga de Fernando. Ambos cayeron al suelo luchando. El sargento apuntó a Diego para dispararle, pero en ese momento apareció Fernando de la sombra, y se interpuso entre ambos. No obstante la sorpresa, el francés pudo disparar e hirió al artillero en el hombro izquierdo. La herida no logró que Fernando soltase el sable, entonces el gabacho intentó atravesarle con la bayoneta, pero de un sablazo el barón le desarmó. El sargento no se daba por vencido y desenvainó su sable. El encuentro fue feroz, Fernando estaba en desventaja al estar herido, pero era más diestro que su contrincante con el sable. En un fuerte envite del francés, el teniente se retiró y su enemigo quedó al descubierto. La certera estocada lo dejó muerto al instante.

Diego Gago, con la ayuda de los demás prisioneros, que habían pateado furiosamente al soldado en el suelo, pudo silenciarlo para siempre. Luego se acercó a ver el estado del prisionero que habían herido con la bayoneta. Nada podían hacer por él, estaba muerto.

Apenas tenían tiempo para reaccionar, las antorchas de una patrulla francesa, alertada por el disparo, se veían avanzar con rapidez.

—Gracias mi teniente, le debemos la vida —dijo Diego con la respiración acelerada.

—Era mi deber… Ahora no perdamos tiempo, hemos de correr y escondernos en la oscuridad. Pero tenemos que dispersarnos, todos juntos somos un blanco fácil. Hasta la entrada de la ciudad no hay patrullas, debéis bordearla.

—Ya habéis oído al oficial, así que Dios os acompañe… Yo voy con usted, don Fernando, está herido y puede necesitarme.

—No hace falta, Diego, parece que no es grave.

—Es lo menos que puedo hacer.

Los presos se perdieron en las sombras de la noche entre los disparos de la patrulla francesa. Los fogonazos de la pólvora violaban la densa oscuridad.

Fernando y Diego consiguieron burlar las patrullas que vigilaban la entrada a la ciudad, pero eran muy numerosas las que rondaban las calles.

—Cubra con este lienzo mi herida —rogó Fernando a Gago mientras se lo pasaba—, ya me curaré más tarde. Ahora lo importante es ponerse a salvo. Con mi ropa llena de sangre va a ser difícil pasar desapercibido.

—No se preocupe, más adelante hay varios tendederos. Nadie se va a quejar porque cojamos alguna ropa prestada.

El antiguo soldado no se había equivocado. Fernando cogió una camisa limpia de color oscuro, así disimulaba más la sangre que pudiera perder. Sobre la misma se cubrió con un viejo chalequillo.

—Diego, el problema ahora es saber dónde ir. ¿Tiene casa?

—Cumpliendo el bando del asesino Murat la incendiaron. Gracias a Dios puse la familia a salvo en casa de mis suegros, la envié a Torrelodones cuando empezó esto a ponerse feo. Hoy no podríamos llegar hasta allí, pero tengo amigos que mañana pueden sacarnos de la ciudad. Lo malo es su herida, hay que curarla antes de que se infecte.

—No se preocupe, ya idearé algo.

—¿No tiene domicilio?

—Sí, pero no es lugar seguro. Viví en casa del capitán Daoíz, y por ello me buscarán en casa.

—¿El héroe de Monteleón?

—Sí, era pariente mío.

—Dios le tenga en su gloria.

—Ya sé donde vamos a ir… Es un lugar seguro y discreto, donde se llega por varias callejuelas y seguro que allí no entraran los franceses, al menos para hacer daño.

Poco después se encontraban ante la puerta de la lujosa casa de citas que había frecuentado Fernando. Llamó insistentemente y al rato le abrió el

portero.

—¡Don Fernando, está herido! ¡Dios santo, qué le ha sucedido!

—¡Amigo Pedro, las balas de los franceses…! Vengo buscando refugio y descanso, no debo ir a mi casa, me detendrían en el camino.

—Ahora no puede entrar por aquí, solo hay oficiales franceses en el salón, celebran sus acciones militares. Les abriré por la puerta trasera, id hacia allí.

Cuando llegaron ya estaba abierta la puerta y prevenidos varios sirvientes de la casa.

—Señor barón —dijo la dueña del local—, pase, pase con cuidado. Por la escalera de servicios le guiarán a una de las habitaciones de la buhardilla, allí estará seguro. Ahora daré recado al portero para que vaya en busca de un médico.

—No lo creo necesario —intervino Gago—, es una herida limpia, yo he curado muchas peores que esta en los campos de batalla. Además, las patrullas francesas pueden parar al médico y preguntarle dónde va. Podría ponernos a todos en un aprieto.

—Tiene razón mi amigo Diego. No os preocupéis, volved al salón, no sea que sospechen por vuestra ausencia.

—Señora, necesito agua caliente, paños limpios y algún cuchillo que corte.

—No se preocupe, le subirán enseguida cuanto desee. Además, tenemos instrumental quirúrgico, un físico se dejó su maletín hace dos años en esta casa. Nos ha venido muy bien, pues aunque aquí solo entran personas de primera calidad, el vino suele hacerles olvidar esa condición y de vez en cuando ha habido alguna que otra disputa que se saldaba con unos cuantos puntos de sutura.

—Mejor que mejor, señora.

Desde la buhardilla se divisaba todo Madrid. La noche estaba cerrada, se veía sobre el horizonte el rojizo resplandor de los múltiples focos de incendio que azotaban a la ciudad; los disparos de los fusilamientos seguían retumbando en el eco de la noche. Cesarían cerca del amanecer.

—¿Ve esos fuegos, mi teniente?

—Sí que los veo, Diego.

—Son las casas que han incendiado los franceses por venganza. Entre ellas está la mía. ¡Maldita la sangre de esos bribones!

—¿Qué va a hacer?

—Esperaré a ver cómo reacciona con la cura, si todo va como deseo, partiré mañana en busca de mi familia; comprobaré si están bien. Luego haré

los preparativos necesarios para su seguridad y me uniré a la primera compañía que se levante para hacer frente a esta canalla.

Una criada entró en la habitación tras pedir permiso, era de aspecto nervioso y poco agraciado. Desenrolló los colchones que había sobre dos camas, los mulló y vistió con sábanas limpias. Después salió al pasillo y entró arrastrando una gran alfombra, apenas podía con ella. Diego le ayudó.

—Dice la señora que cubra el suelo con ella, es de madera, así no sonarán vuestras pisadas en el piso de abajo. Son los dormitorios donde se retiran las niñas con los clientes. Hay que evitar todo peligro.

—¿Cuál es su nombre, mujer?

—Leocadia, señor barón.

—Muchas gracias por todo.

—No hay de qué, señor.

Al rato, el portero subía con el maletín del médico, le acompañaba otra sirvienta con un balde de agua caliente que dejó junto a la jarra y el aguamanil.

—Leocadia —dijo Gago—, ¿podría colocar unas toallas sobre la cama? Así evitaremos que se manche con la sangre.

—Ahora las subo señor.

—No hace falta, Diego, me sentaré en aquel sillón. Además, en esta postura podrás trabajar mejor, las camas son demasiado bajas.

—Sea como usted quiera, mi teniente. Pero lo que sí voy a necesitar es luz para poder operar.

—Le subiré unos quinqués —intervino Pedro el portero—, pero antes debemos correr el cortinaje. Nadie debe ver la luz desde el exterior.

Los dos quedaron solos en la habitación.

—Diego, usted ha dicho que se va a unir a la primera compañía que se forme contra el francés. ¿Pero se ha levantado el ejército?

—Todavía no, pero se espera que gran parte lo haga. El alcalde de Móstoles ha declarado la guerra al francés y todo el pueblo aclama para que se siga su ejemplo.

—Tengo que pensar que va a suceder a partir de mañana. Debo andar con cuidado. Conozco a muchos altos mandos del ejército, pero ignoro quienes acatan al impostor.

—Bueno… Ahora a lo nuestro… Veamos qué hay aquí —dijo Diego mientras abría el viejo maletín del galeno—. Bisturí, pinzas, agujas e hilo, con esto nos sobra; lo demás no tengo ni idea para qué sirve. Quítese la ropa y siéntese en el sillón, mi teniente, le voy a echar una ojeada a la herida.

Fernando tomó asiento tras desnudarse. El pañuelo estaba pegado con la sangre coagulada. Gago lo empapó en agua caliente para despegarlo.

—Es una herida limpia, tiene suerte, será fácil, auque va a doler.

—Ya lo sé, no es la primera vez que me hieren. En las Indias y en la campaña de Portugal ya me hirieron.

—Eso solo les pasa a los más valientes. Mire, mire —dijo Diego mientras se abría la camisa—, hasta cinco heridas; dos de balas y tres de sable, sin contar la metralla que llevo dentro.

Al rato entraba Pedro con los quinqués, le acompañaba la doncella con varios botes de cristal y esponjas para empapar la sangre.

Colocaron la luz sobre la mesa, cerca del sillón donde se había sentado Fernando. El pañuelo se despegó sin hacer mucho daño y la sangre comenzó a brotar abundantemente. Diego cogió la esponja y la aplicó sobre la herida para que absorbiese la sangre y poder ver mejor lo que hacía.

—Será conveniente que alguien vaya limpiando la sangre con las esponjas mientras yo opero.

La doncella se echó atrás horrorizada.

—Lo haré yo —dijo Pedro.

—Mi teniente, métase este pañuelo limpio en la boca y apriete cuando sienta el dolor, eso le ayudará.

Diego mostró gran destreza en la cura. Miró los botes que había subido la doncella, los abrió y olió uno a uno.

—Esto nos va a venir muy bien, es aguardiente alcanforado, buen desinfectante.

Limpió con él los instrumentos quirúrgicos y luego lo roció sobre la herida abierta. Al sentir el dolor que abrasaba la herida, Fernando se agarró fuertemente a los brazos del sillón, comenzó a sudar copiosamente.

Gago actuó con gran rapidez y habilidad. Extrajo el plomo limpiamente y volvió a echar aguardiente alcanforado sobre la herida. Pedro empapaba la sangre en la esponja y luego la enjuagaba en la palangana para volver a repetir la operación. También le aplicaba una toalla sobre la frente cuando el sudor corría e iba directo a los ojos de Fernando.

—Esto ya está, mi teniente, solo queda coser y como nuevo.

Con idéntica habilidad zurció la herida, los labios de la misma se unieron con el hilo, evitando la pérdida de sangre. Con un paño impregnado en el aguardiente la volvió a limpiar. Luego tomó otro bote de cristal y espolvoreó su contenido sobre la cicatriz, la cubrió con un lienzo limpio y vendó fuertemente el hombro.

—Ahora sí que debe acostarse —dijo mientras extraía el pañuelo de la boca de Fernando—. Está extenuado. ¡Qué le voy a decir a usted del día que llevamos!… Ha perdido alguna sangre y es necesario descansar para reponerse.

—Muchas gracias, Diego, le aseguro que ha sido usted el mejor «médico» que me ha atendido en mi vida.

—He hecho lo que podía… Venga, vamos… Pedro, ayúdeme a levantarlo y a recostarle en la cama. Luego bajaré a la cocina en busca de alguna tisana que le ayude a dormir, si hay láudano paliará el dolor. Me imagino que tendrá fiebre, si no le sube mucho es buena señal, no se ha infectado. En la última epidemia me contó un físico que el intenso y prolongado sudor era malo si de una herida se trataba; sin embargo, era buena señal en los contagios epidémicos. Decía que el sudor echaba la enfermedad del cuerpo. No sé si será verdad. En todo caso, mañana sería conveniente la visita discreta de un médico de confianza.

—No creo que haga falta, me encuentro bien.

—Hay láudano en la despensa —dijo Pedro.

Ambos bajaron a la cocina, la criada fue tras ellos. Fernando quedó solo, con un intenso dolor que le quemaba la herida. A pesar de su total agotamiento físico no podía cerrar los ojos sin ver las horribles escenas protagonizadas durante la cruel jornada. Las revivía como si estuvieran pegadas tras sus párpados, pasando a gran velocidad se repetían recurrentemente.

Veía escenas terroríficas: las manolas abalanzándose sobre un francés, le arrancaron los cabellos a jirones mientras otra le cortaba el cuello con una navaja sacada de la liga. El clérigo que se enfrentaba a un soldado con un afilado estilete, o el anciano que, con su bastón estoque, atravesaba la espalda de otro. Había visto cómo un grupo arrastraba por las calles madrileñas el cuerpo sangrante, descuartizado y deforme, de un enemigo, amarrado a una soga por el cuello; le faltaban los brazos y las piernas. Dejaba un reguero de sangre sobre el suelo enfangado.

Después recordaba su enfrentamiento en San Bernardo y otros puntos de la ciudad, el entierro de don Luis Daoíz y el fusilamiento en la montaña del Príncipe Pío.

Salió de su abstracción con la voz de Diego.

—Mi teniente, aquí le traigo unas infusiones que le van a sentar muy bien. Una es cocimiento de valeriana, tila y pasiflora; la otra de láudano.

—Diego, le estoy muy agradecido por lo que está haciendo.

—Quite, quite, a usted es a quien tengo que agradecer mi vida. ¿Sabéis? —dijo mirando a Pedro y a la doncella—. Este caballero, con un valor temerario, ha salvado la vida a nueve hombres. Puso en peligro la suya al enfrentarse a cuatro gabachos. Es todo un héroe.

—Como usted y todos los que hoy se han batido valientemente por su Patria —contestó el barón.

—Bueno, don Fernando —dijo después de darle a beber las infusiones—, ahora debe dormir y descansar para reponerse; la fiebre está subiendo, es natural, pero mañana puede haber remitido. Yo me quedaré junto a usted esta noche, en el sillón estaré muy bien.

—No hace falta, acuéstese en su cama, usted también está agotado.

—Lo haré cuando le vea profundamente dormido. Muchas gracias por vuestra ayuda, —se dirigió al portero y la criada— y hasta mañana si Dios quiere.

Una vez solo, Diego comenzó a desvestirse con cuidado, intentaba no hacer mucho ruido para que Fernando pudiera conciliar el sueño.

—Diego…

—Dígame, mi teniente.

—No puedo dormir, mi espíritu está desasosegado, se repiten mil crueles imágenes en el pensamiento…

—Es normal, don Fernando; a mí también me pasa, pero verá como el cocimiento que ha bebido le hace dormir —Diego pensó que lo mejor era darle conversación hasta que se le cerraran los ojos, así no pensaba en nada más—. La verdad, mi teniente, que nunca pensé que entraría en esta lujosa casa, y mira por donde he tenido la ocasión; claro está que no con el fin que hubiera deseado. Dicen que aquí están las meretrices más bellas de la ciudad, se habla de que son asiduos ministros e incluso gente más principal.

—Yo puedo dar fe de ello. Mañana podrá conocer alguna. Y no se preocupe, cuando todo pase, tendremos la ocasión de visitar esta casa de otra forma más lúdica, yo invito.

—Muchas gracias… Otra sorpresa que me he llevado es la de saber que es usted barón, creí que la mayoría de la nobleza acataba al intruso.

—Algunos hay, pero imagino que pronto verán su error y estarán con nosotros.

Las tisanas comenzaban a hacer su efecto. Fernando sentía cómo sus párpados le pesaban, Diego se dio cuenta y recortó la conversación. Estuvo dos horas velándole junto a la cama. Cuando vio que la fiebre no había subido demasiado se echó en su cama, estaba exhausto y se durmió con rapidez.

Hasta las tres de la tarde no se despertó Gago. Fernando seguía dormido. Volvió a tomarle la temperatura, había bajado algo la calentura, se sentó en el sillón a la espera de que despertara. Eran cerca de las cinco cuando se desveló el artillero.

—Buenos días, caballero; mejor, buenas tardes.

—¿Qué hora es? —preguntó el artillero.

—Van a dar las cinco de la tarde. ¿Cómo se encuentra?

—Como si me hubiera pasado un regimiento de lanceros por encima, pero mucho mejor que ayer.

—Eso es bueno. Mañana estará mejor. ¿Y el hombro?

—Dolorido, pero ya no siento el fuego de anoche.

—Voy a bajar a decir que le suban algo de comida, hay que recuperar fuerzas.

Ambos combatientes comieron con ganas. La cocinera se había empleado en agradar al barón. Subieron la dueña de la casa y algunas de las mujeres que trabajaban en el burdel. Diego estaba asombrado ante la belleza de aquellas meretrices. Laura la Cubana estaba allí.

—Señor barón, tiene usted mucho mejor aspecto que ayer —dijo la dueña.

—Gracias a los cuidados de ustedes y de mi buen amigo Diego.

—Hola Laura.

—Buenos días don Fernando.

—¿Y Carlota?

—Nada más que empezaron los tiros se llenó de terror. El indiano Pacheco vino y le ofreció irse con él al sur, vio el cielo abierto. ¡Que tenga suerte!

Tras el almuerzo hubo una animada charla entre ellos. Todos comentaban lo que se oía en los mentideros de Madrid. No eran noticias buenas, y algunas contradictorias. Se decía que muchas ciudades y parte del ejército se habían levantado contra Napoleón, que se había formado una Junta de Defensa. Otras habladurías afirmaban que el francés ya era dueño de casi toda la península.

—Diego —dijo Fernando—, estoy mucho mejor. Le agradezco cuanto ha hecho por mí, ahora debe ir en busca de su familia; todavía hay luz, no espere al anochecer para salir.

—El que está en deuda soy yo, me ha salvado la vida. Quizás me deba quedar hasta que esté totalmente recuperado…

—Ni hablar, usted ha de partir lo antes posible.

—Pero…

—No hay peros que valgan… Es una orden soldado.

—Siendo así nada tengo que hablar.

Se fundieron en un fuerte abrazo y se despidieron deseándose mutua suerte. Todos dejaron la habitación para que Fernando volviera a dormir, y lo hizo tan profundamente que no despertó hasta cerca de la madrugada. Vio que en el sillón junto a él estaba Laura.

—Laura, ¿has estado aquí todo este tiempo?

—No, llevaré una media hora.

—¿Hoy no trabajas?

—Estoy dispensada por la señora, le he dicho que estaba mala.

—¿Qué nuevas hay?

—No muy buenas, por lo menos para nosotras.

—¿Sucede algo malo? —preguntó preocupado.

—Ya lo creo, y no me atrevo a decirlo a la señora.

—Cuéntame, quizás os pueda ayudar.

—No sé si se acuerda de Frasca, nuestra compañera de trabajo, la morena alta de ojos grandes negros.

—Creo que sí… ¿No es la que había sido vendedora de flores?

—Esa misma.

—¿Y qué le sucede que sea tan grave?

—Es grave para todos, don Fernando. Me explico, la Frasca tenía un novio vendedor de carnes en el mercado, la iba a retirar e irse con él a las Indias. Estaba todo hablado para su marcha. Tan es así que dijo a la señora que no trabajaba más y le daba la alegre noticia de su próximo casorio. Todas nos alegramos sinceramente por ella. Pero ayer mismo nos dieron la noticia de que había muerto luchando en la Plaza Mayor. ¡Ya se puede imaginar el disgusto de Frasca!

—¡Y tanto que lo imagino! Han destrozado la nueva vida que iba a comenzar, pero continúa.

—Ayer pasó todo el día en su cuarto, llorando; no quería hablar con nadie. Sin embargo, por la noche bajó al salón y dijo a la dueña que deseaba trabajar. Todas nos extrañamos, pensamos que sería una forma de evadirse o algo por el estilo. Todos los clientes de ayer eran oficiales franceses. Un coronel concertó la noche completa con ella. Hasta ahí todo normal; pero hace una hora vino a mi cuarto llorando, no me dijo nada, me tomó del brazo y me arrastró a su dormitorio. Cuando entré vi al coronel en un charco de sangre: lo había apuñalado mientras dormía, en venganza por la muerte de su novio. Nadie, más que yo y, ahora usted, lo sabe. Estamos en un grave peligro.

Fernando se incorporó de un salto. La noticia no podía ser peor. En cuanto echaran en falta al coronel lo buscarían en la casa, pues sus compañeros sabrían dónde iba a pasar la noche. Mientras se vestía pidió a Laura que llamara a su señora y la llevase al dormitorio de Frasca. Él la esperaría allí.

Fernando se encontró a Frasca con la mirada ida, sentada en un sillón junto a la cama en la que yacía el coronel desnudo sobre las sábanas ensangrentadas.

Cuando, doña Clara, la dueña, entró en la habitación no pudo reprimir un grito de horror.

—¿Pero qué has hecho, Frasca? ¡Nos van a fusilar a todas por tu culpa!

Frasca no contestaba, continuaba con la mirada ida.

—Esto ya no tiene remedio, doña Clara. Hay que actuar con rapidez. Llame a Pedro y a otro criado de confianza. Que las criadas quemen las sábanas y el colchón ahora mismo. Hemos de hacer desaparecer el cadáver y huir lo antes posible.

Los criados, bajo las órdenes de Fernando, metieron el cuerpo del coronel bajo el hueco de la escalera que iba al sótano. Luego mandó que lo tapiaran y enfoscaran como si allí siempre hubiese existido aquella pared.

—Frasca —le preguntó Fernando—, es urgente que me respondas. ¿Sabes a qué hora debía abandonar la casa el francés?

La joven levantó la mirada, apenas le salían las palabras.

—Hasta mañana tarde no tenía que personarse en el campamento… Hoy me iba a invitar a cenar en una venta… —dijo echándose a llorar.

—Entonces contamos con un tiempo precioso. Las mujeres que tengan familia o amigos en Madrid deben abandonar inmediatamente el local y reunirse con ellos, pero con discreción, una a una y por la salida trasera. Como no se abren los salones hasta las nueve de la noche tenemos el tiempo justo.

—¿Las demás qué haremos? —preguntó doña Clara—. Ni yo, ni muchas tenemos más vivienda que esta casa en alquiler.

—No tenéis más remedio que abandonar Madrid. Los problemas son los salvoconductos, aunque hay zonas en las que se puede burlar el cerco…

—Don Fernando —dijo doña Clara—, yo tengo tres salvoconductos que saqué a un oficial francés. Me los dio para que pudiera introducir en mi casa una carga de champán que deseaba tener aquí para sus fiestas. Debía recogerlo Pedro en uno de los campamentos franceses.

—Entonces estamos de suerte. Solo queda actuar con rapidez. La casa debe estar vacía antes de las tres de la tarde. Dejad los quinqués encendidos en las ventanas, para que vean que hay luz y nadie sospeche nada.

—¿Y usted que va a hacer?

—No se preocupe por mí, tengo amigos… si es que no han terminado con todos… —dijo en voz baja, más para sí que para ser oído—. Bueno, todos a trabajar.

Al amanecer ya habían partido la mayoría de las mujeres y empleados que podían refugiarse en casas desconocidas a los franceses. Antes de las tres el carruaje conducido por Pedro abandonaba el lugar, llevando a doña Clara y a cinco mujeres. Se dirigían al sur, donde aún no habían llegado las tropas napoleónicas. Fernando iba disfrazado de criado en el pescante del carruaje. Le dejaron en la puerta de la casa de su amigo el ya teniente don Pedro de las Bárcenas.

V

Llamó varias veces al portal y nadie respondía. Pensó que su amigo estaría prisionero, herido, o, lo que era aún peor, muerto en el combate del dos de mayo. Ya se marchaba cuando una voz, que parecía salida de ultratumba, se dejó oír tras él. Era la de una mujer entrada en años.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy el señor Barón de Acay.

No quiso identificarse con su grado militar por si había oídos indiscretos fuera o dentro de la casa. Solo los íntimos sabían de su dignidad nobiliaria.

Al momento se abrió la puerta. Apareció la imagen de una anciana de porte noble y cara bondadosa. Tras ella, apostado en la oscuridad del pasillo, había alguien que no dejaba ver su rostro. Fernando temió una celada, pues todos los artilleros de la guarnición madrileña estaban bajo sospecha.

Tello de Portugal anduvo titubeante los primeros pasos, no tenía armas para defenderse.

—¡Fernando, es verdad eres tú! ¡Ven a mis brazos! Te creí muerto en Monteleón.

—Me fue imposible llegar al parque…

Ambos se fundieron en un fuerte abrazo. Pedro rogó que le acompañase al salón; la anciana cerró dos grandes cerrojos de la puerta y los siguió con paso lento.

—Perdona tía Constanza, con la gran alegría que acabo de tener he estado sumamente incorrecto —dijo parando su marcha y dirigiéndose a la noble anciana—. Este caballero es mi gran amigo el teniente don Fernando Tello de Portugal, Barón de Acay. Mi tía, doña Constanza Cevallos de las Bárcenas, viuda del general, don Isaías Montero. Mi ángel guardián y única familia.

—Es un honor conocerla, señora —dijo Fernando mientras besaba la mano de la dama.

—Lo mismo digo, caballero. Imagino que tendréis que hablar de vuestras cosas. Pero son las tres pasadas… ¿Ha almorzado, don Fernando?

—Mentiría si le dijera que sí.

—Entonces pondré otro cubierto a la mesa.

—Gracias, señora.

Ambos amigos entraron en el salón mientras doña Constanza hacía los preparativos personalmente. Los criados no habían vuelto a la casa desde los sucesos del dos de mayo. El salón era espacioso y cómodo, rodeado de antiguos muebles y decorado con buen gusto. El linaje militar de Bárcenas se dejaba sentir en toda la casa. Cuadros con sus antepasados uniformados, panoplias con antiguas armas, y algunas banderas quitadas al enemigo, orgullo de la familia.

—¿Pero qué haces disfrazado de lacayo? ¿No había otro disfraz más digno a tu condición?

—Te aseguro que este era el más discreto. He pasado por más de diez controles franceses antes de llegar aquí. Nadie nos ha parado.

—No puedes imaginar la alegría que me has dado… Te creí muerto… Nuestros amigos los capitanes Daoíz y Velarde murieron como bravos artilleros… —dijo con emoción contenida.

—Lo sé Pedro, recuerda que viví con don Luis, era mi pariente y ya sabes la amistad que me unía a él.

—Es cierto, por ello temí que estuvieses entre las bajas. Mandé a mi tía para que se informara del listado de caídos, había muchos amigos, que Dios haya en su gloria. Sin embargo no estaba tu nombre, pero sí más de cincuenta muertos, con el rostro tan desfigurado, que aún no han podido ser identificados, temí que estuvieses entre ellos.

—Dios no lo ha dispuesto así, pero mi vida está a Su disposición y al servicio de la salvación de España.

—Siéntate y cuéntame.

Fernando le narró las peripecias vividas durante esa aciaga jornada. Don Pedro escuchaba con gran atención, vibrando de emoción con cuanto escuchaba.

—Se ve que de casta llevas la valentía en la sangre. Eres digno hijo de tu linaje. Pasemos al comedor, durante el almuerzo te contaré cómo me ha ido a mí.

Bárcenas, nada más comenzar los enfrentamientos, salió a la calle camino del Parque de Monteleón. Pero tan solo había cruzado dos calles, cuando se encontró un coronel de infantería española con varios soldados, le ordenó

ponerse bajo sus órdenes. Le preguntó que si iban a proteger al pueblo madrileño, pero aquel militar seguía las órdenes rigurosas de la Junta de Gobierno, tenía orden de no actuar contra las tropas francesas. Le hice ver mi indignación con aquella postura, pero me ordenó callar y seguirle hasta el Ayuntamiento, debía proteger el edificio del asalto de los exaltados, según le dijo.

—Sin embargo —continuó don Pedro— antes de llegar al destino, una turba imparable se nos echó encima, le perseguía un escuadrón de mamelucos que cargaba contra ellos con sus alfanjes cortos, pistolas y yataganes. El coronel no supo cómo reaccionar. Para no ser arrollados tuvimos que correr entre la multitud. El coronel ordenó reagruparse, pero era imposible, nos llevaba la turba. Así llegamos hasta la Plaza Mayor, donde nada más entrar recibimos una descarga de fusileros franceses. Murieron muchos, entre ellos el coronel y cuatro soldados. Los que quedaron con vida se dispersaron, querían volver a su cuartel. No les di órdenes en contra, pero me quedé para hacer frente al francés. Estuve luchando hasta que se vio que perdíamos toda esperanza de salir victoriosos. Luego volví a casa con un rasguño de bala y la moral por los suelos. Después he sabido que los mandos militares condenaron la acción del parque artillero. Es una vergüenza.

—¿Entonces el ejército está a favor del intruso?

—En su mayoría no. Hay mandos que están organizando una ofensiva, pero todavía es pronto para saber nada. La Junta de Gobierno y el Consejo de Castilla rinden pleitesía a Napoleón, aunque poca autoridad tiene ya ante la mayoría del pueblo español. Habrán de pagar su traición tarde o temprano. El duque de Berg ha sido nombrado Lugarteniente del Reino. Se dice que don Fernando VII ha mandado que se organice una resistencia, pero la Junta y el Consejo la han desobedecido. También se quieren crear juntas provinciales que defiendan la legalidad y el vacío de poder legítimo que hay, pero no sé nada más. Los artilleros estamos bajo sospecha, Murat quiso ejemplarizar con nosotros, deteniendo a todos los artilleros sospechosos de haber tomado parte en la sublevación. Gracias a Dios que lograron convencerle de que no lo hiciera.

—¿Entonces qué podemos hacer?

—Está claro que salir lo antes posible de Madrid o nos pondrán al servicio de los traidores. Yo me niego a pisar la calle, tengo dada orden a mi tía de que diga que no he vuelto a casa desde los sucesos. Quiero que piensen que me encuentro entre las víctimas sin identificar de las que te he hablado.

—¿Pero cómo saldremos de Madrid?

—No será difícil, pero han de pasar unos días para que todo se tranquilice y se aclare. Antes haré que parta mi tía en carruaje al destino que elija. No debes volver a tu casa, de seguro que estará vigilada, quédate aquí, nos sobran habitaciones. Además, tienes que acabar de recuperarte de esa herida.

—Muchas gracias, Pedro. Creo que el mejor destino es Sevilla, los franceses no han entrado en la ciudad. Allí tengo mi casa y familia, podréis venir conmigo y quedaros en casa. Nos pondremos bajo las órdenes de la autoridad militar local.

—Te lo agradezco, pero mi casa solar está en Santander, y allí debo ir.

Diez días después de los combates, Fernando se despedía del teniente de las Bárcenas. Luego partió a caballo rumbo a Andalucía con un pasaporte legal. Algunos mandos militares habían comenzado a organizarse para hacer frente al francés. La labor de espionaje y el apoyo a los militares patriotas era delicada; se firmaban pasaportes con sellos legales, pero con destinos que interesaban al movimiento militar en marcha.

Le habían ordenado tomar la ruta de la plata y hacer paradas en los campamentos, para pulsar la intención de las tropas españolas y ver las fuerzas de las francesas. El sentimiento era casi unánime en la mayoría del ejército: declarar la guerra a Napoleón. Sin embargo, en los campamentos donde había tropas mixtas de los dos ejércitos, las opiniones eran más reservadas. Paró en Mérida, Cáceres y Almendralejo.

Aquel viaje le sirvió a Fernando para aislarse y aparcar en su memoria, al menos momentáneamente, los luctuosos sucesos vividos el dos de mayo. Disfrutaba con el variopinto pasaje que le salía al encuentro. Ocres, grises y verdes se transformaban en una múltiple paleta de colores que salpicaban los polvorientos caminos. La temperatura era agradable, solo apretaba el calor a primera hora de la tarde. La noche refrescaba, sin ser fría. El canto de las aves, el azul sereno y limpio del cielo, con furtivas nubes que lentamente pasaban como espíritus etéreos, y el olor del campo, henchían el corazón de Fernando y sentía lo más parecido a una serena felicidad, que casi se desvanecía al recordar lo que se avecinaba.

Pensó que aquellos tranquilos campos, con caza abundante, lugares de recreo y solaz, se convertirían en breve en sangrientos campos de batalla que la sangre española regaría para fecundar la tierra y hacer nacer una España independiente, con su legítimo rey don Fernando VII a la cabeza.

En su trayecto se cruzó con arrieros, viajantes, buhoneros y pastores. Pero también con algunos convoyes de tropas francesas. Siempre le pidieron la

documentación, él la mostraba secamente, no podía disimular la repulsión que sentía hacia el invasor.

Próximo a Sevilla se le vino a la mente Paula. Hacía ya mucho tiempo que no la veía. Indagó sus actuales sentimientos hacia ella. Parecían olvidados, pero temía que resurgieran, como otras veces, al tenerla delante. De todas formas, aquella relación era del todo imposible, sus inocentes escarceos con Enrique la hacían imposible para él. Era muy orgulloso, jamás aceptaría que lo hubiera preferido, aunque fuera solo por un instante. Decidió pensar en otra cosa.

Estaba deseando llegar para hablar con su tío el general, saber qué había sucedido en Sevilla y cuál era la postura que iba a tomar la ciudad contra el francés. Pero conociendo, como conocía, a sus conciudadanos, tenía claro que no acatarían al intruso.

La llegada de Fernando a Sevilla fue una sorpresa, nadie le esperaba, es más, la familia estaba desesperada, sin noticias de él, sabiendo que don Luis Daoíz, en cuya casa vivió, había muerto en combate y que los artilleros estaban bajo sospecha. Las gestiones del general antes los mandos de la Corte, recabando información sobre la suerte de su sobrino, no tuvieron contestación alguna.

Por ello, la llegada del teniente fue como una aparición. La criada que le abrió reaccionó llorando y dando gritos que agradecían a Dios el regreso del desaparecido, mientras se le echaba encima y lo besaba. Todo el servicio se agolpó para darle la bienvenida y abrazarlo. Al rato llegaba el general, serio, sin perder la compostura, se fundió con él en un emocionado abrazo. Su esposa no pudo contener las lágrimas.

—Estarás agotado —dijo doña Eugenia— voy a ordenar al servicio que te prepare el baño, te relajará. Luego cenaremos, son ya casi las nueve de la noche.

—Tu tía tiene razón —intervino don Laureano— pero mientras te preparan el baño entra en el salón, debemos hablar. Disculpa, querida, ha de ser en privado, son cosas de militares. Lo tendrás para ti toda la cena.

—De acuerdo, el criado os avisará cuando esté el baño listo. Yo voy a encargarme de que se prepare el cuarto y se suba tu equipaje.

Ambos militares entraron en el confortable salón. Lo primero que don Laureano requirió de su sobrino fue saber lo ocurrido en la Corte el dos de mayo; su participación, la muerte de don Luis y toda la información que podía traer de utilidad para los patriotas sevillanos.

Don Laureano estaba orgulloso del comportamiento del Barón de Acay, a pesar de que este, por saberse ante un héroe veterano, dulcificó sus hazañas. Le avergonzaba jactarse demasiado de sus gestas ante un bizarro militar ampliamente condecorado por sus acciones bélicas.

—La verdad es que no esperaba menos de tu comportamiento, has actuado como un digno hijo de tu linaje. Tus padres estarían orgullosos de ti.

—Ahora, tío, le ruego me informe de lo que ha sucedido en Sevilla.

—Hay mucho que contar y bueno… El día seis comenzaron a llegar a Sevilla correos privados en los que se contaba la cruel noticia del dos de mayo. La nueva se extendió como la pólvora por la ciudad. Grupos de espontáneos se echaron a la calle dando vivas a rey y «mueras» al invasor. Ya sabes cómo somos los sevillanos. Sin embargo, había que tener cuidado, aquella explosión de patriotismo desmandado podía resultar peligrosa. Se formaron patrullas armadas de ciudadanos honrados, con la misión de impedir que aquello desembocara en inútiles represalias. Se colocaron escarapelas encarnadas sobre sus sombreros para que el pueblo los distinguiera; así se pudieron contener los peligrosos impulsos de las numerosas manifestaciones que circulaban por toda la ciudad.

El Ayuntamiento publicó un edicto en el que justificaba, o más que justificaba, transigía con la sublevación, pero a su vez desmentía los atropellos y asesinatos de los franceses en la Corte; las noticias recibidas no eran exactas. Por último, se pedía que el pueblo depusiera su actitud beligerante y regresara a sus casas. Afirmaban que en Madrid reinaba la calma.

—Eso es una falsedad, tío…

—Y se supo al día siguiente, cuando se confirmaron las nefastas noticias por los primeros llegados de la Corte.

Don Laureano continuó con la narración de los hechos acaecidos en la capital del Guadalquivir. El día siete creció la indignación popular, la masa volvía a tomar las calles, exigían armas para defenderse y pedían que la ciudad jurara al rey legítimo don Fernando. Por su parte, el Real Acuerdo publicaba en Madrid un bando que incluía una comunicación de la Junta Suprema del gobierno de la nación en ausencia del monarca. En él se acusaba a los sublevados en el Parque de Monteleón de haber desobedecido órdenes superiores y, con ello, puesto en grave peligro la seguridad del pueblo madrileño. Se exhortaba a mantener la buena armonía con las tropas francesas.

Pero Sevilla era difícil de engañar y, a pesar de las medidas tomadas por la Real Audiencia, el Cabildo y otros cuerpos de orden público, el día ocho las calles sevillanas se inundaron de exaltados manifestantes. La ira del pueblo se desató en tal manera, que el Cabildo acordó abrir un alistamiento de voluntarios para formar batallones de tropas regulares. Aquella misma tarde la ciudad juraba al rey legítimo.

La jura de urgencia se hizo en la galería del Cabildo ciudadano. El Asistente portaba el pendón de la ciudad. En la parte alta se encontraban los caballeros veinticuatro y los jurados. El Procurador Mayor, Conde del Águila, fue el encargado de leer la proclamación del nuevo rey. Todos los regidores juraron y prestaron pleito homenaje a don Fernando VII. El Alférez Mayor, don Lope de Olloqui, fue el encargado de dar las tres aclamaciones de ordenanza, respondidos con gran brío por los presentes.

La masa demostró su imparable entusiasmo con múltiples vivas que retumbaron en las paredes de las casas que rodeaban la Plaza de San Francisco. Sonó como una sola voz y, a la vez, grito de rebeldía de un pueblo herido en su honra. Cuando los capitulares sacaron un retrato de don Fernando VII, las aclamaciones crecieron hasta el paroxismo.

Esa noche hubo mayor calma en la ciudad. Sevilla se había posicionado claramente contra los mandatos de la Junta Suprema de Madrid y contra la ocupación francesa del territorio nacional.

Los edictos llegados del gobierno madrileño seguían publicándose, pero nadie, ni la misma autoridad, los acataba. La Real Audiencia no tenía medios para hacer respetar las órdenes superiores de la capital, aunque tampoco ponía especial empeño en ello.

—Ayer mismo —continuó el general— se publicó un edicto con una proclama del duque de Berg. En ella expuso, siempre desde su lado ventajoso, los sucesos del dos de mayo. En la misma pedía que el pueblo español continuara fiel a la concordia con el imperio y que cesaran las hostilidades contra el pueblo francés… Pero lo más humillante es que dicha proclama venía precedida por circulares de la Junta Suprema de Gobierno y del Consejo de Castilla, que pedía se acatara lo que ellos llaman el «poder legítimo».

—¡Traidores! Habrán de pagarlo caro.

—Todo a su tiempo, sobrino… Y así están las cosas, solo queda esperar, aquí ya nos estamos preparando para lo que pueda venir.

Al momento sonó la puerta, un criado anunciaba que el baño para el señor barón estaba listo.

Al día siguiente se encontró con la visita que más temía, Paula. Llegaba sonriente y con la belleza cada vez más florecida en su cara y en su cuerpo. Fernando se estremeció al verla, pero, como siempre, intentó disimular.

—Hola mi heroico teniente —dijo mientras le ofrecía la mano a besar.

—Hola Paula, me alegro de verte.

—No te puedes imaginar lo que he sufrido pensando que te hubiera sucedido algo irreparable en Madrid. Cuando llegó a Sevilla la noticia de la muerte de don Luis Daoíz todos pensaron, aunque no lo dijeron, que tú habías corrido la misma suerte. Vivías en su misma casa, o al menos pasabas allí temporadas. He llorado y rezado mucho para que estuvieses sano y salvo; el Señor ha oído mis oraciones y las de toda tu familia.

—Muchas gracias, Paula. Estoy seguro que tus plegarias me han sacado de más de un grave peligro de los que he vivido en Madrid.

—Se cuenta por toda Sevilla que te batiste fieramente contra el francés y que has salvado a muchos hombres que iban a ser fusilados.

—Algo de ello hay de verdad.

—No seas modesto y cuéntame.

Fernando le narró, no con muchas ganas, lo que ya había contado varias veces. Disfrutaba con su presencia, pero deseaba que se fuera pronto, no quería que el atractivo de la joven venciera el muro que había levantado entre sus sentimientos y ella. No deseaba que renaciera ese amor que tenía oculto. Tampoco era el momento oportuno para sumar ese sufrimiento a los que debería padecer durante la guerra.

Sin embargo, Paula había sido muy sincera al contarle cuanto sufrió y lloró por él. Sería una forma discreta de hacer ver que los sentimientos hacia su persona habían mudado. Pero después pensó que no, eran amigos desde la infancia, lo lógico era que reaccionara así ante la posible pérdida de un gran amigo. Además, siempre estaba presente Enrique, el que fue preferido, su orgullo le impedía dar un paso más.

—Fernando —cortó la joven en un momento en el que la conversación decaía. Percibía algo extraño en su amigo, como si su presencia le incomodase— te noto diferente, no eres el mismo desde hace tiempo…

—Es la guerra, Paula… A todos nos cambia, pero creo no haberte dado motivos para que opines que me comporto de forma diferente ante ti.

—Pues es precisamente en tu trato hacia mí donde he notado un cambio considerable.

—¡Qué dices! ¡Esas son tonterías que tienes en la cabeza!

—Sabes que no, y estás así conmigo desde la conversación que mantuvimos cuando te hirieron en Olivenza.

—No recuerdo…

—Sí lo recuerdas… —cortó Paula—. Hablamos sobre la proposición de matrimonio que me hizo Enrique. Sé que no te sentó bien del todo… —Fernando permanecía en silencio—. Recuerdo todas las palabras que nos dijimos aquella noche, y cómo te fuiste al día siguiente sin despedirte.

—No tengo en mente que hubiéramos dicho algo trascendente.

—Efectivamente, no dijimos nada… Pero lo importante es lo que dejamos de decir y que se pudo entrever en mis palabras, eso sí podía haber sido importante… Te confesé que estaba confusa, no tenía claro nada sobre mis sentimientos…

—Creo que dijiste que no podías ofrecer nada a Enrique…, ni a nadie en esos momentos. Estabas muy confundida.

—Veo que recuerdas bien. Es cierto que lo dije, pero no me diste ocasión a más… Al día siguiente partiste hacia la Corte, dejándome una fría nota de despedida.

—¿No pensaste que yo también podía estar confundido?

—Claro que sí, pero si fue así disimulabas muy bien.

—Bueno Paula —intentó cortar la conversación— pero eso pasó hace tiempo y todos hemos cambiado.

—Tienes razón —contestó ella sin convencimiento, dándose cuenta de que Fernando se sentía mal en aquel terreno dialéctico—, eso fue ya hace mucho tiempo… Bueno, tengo que volver a casa.

—Te acompaño.

—No, no te molestes, voy a hacer unas compras antes, gracias.

Fernando temía aquellos encuentros con Paula. Mientras más cerca la tenía más la deseaba, pero había determinado que aquella relación era imposible; su antigua predilección por Enrique rompía toda esperanza de futuro. Sin embargo, siempre que hablaba con ella, tras su marcha, sentía un profundo desgarro en el corazón. Por ello, Fernando comenzó a evitar la presencia de Paula. Lo hacía con tanta compostura que no parecía un feo. Se veían en misa y en algunas reuniones sociales. Alegaba lo ocupado que estaba en sus tareas militares, cosa que era cierta. Las conversaciones entre ambos eran cortas, sin trascendencia alguna; además, Fernando había cultivado otras amistades femeninas para verse rodeado de ellas en esas ocasiones.

Poco después de llegar el Barón de Acay, el pueblo sevillano volvió a levantarse ante las noticias que venían de fuera. Se habían convocado Cortes

en Bayona; en ellas se trataría sobre las reformas del reino con el emperador de los franceses. Pidieron a Sevilla que enviara sus representantes; por miedo, el cabildo acató la voluntad de Napoleón, y sorteó entre los capitulares un veinticuatro y un jurado que representasen a la ciudad en las Cortes. Los capitulares electos, también por temor, aceptaron su designación.

Pero Sevilla pensó que sus dirigentes se habían plegado a la voluntad del francés, más cuando se supo que un poderoso ejército, al mando del general Dupont, marchaba camino de Andalucía. El pueblo se echó a la calle multitudinariamente. La masa asaltó la Real Maestranza de Artillería, tomaron fusiles y piezas de artillería. Durante toda la noche no cesó el ruido de disparos de los amotinados. Al día siguiente, la multitud se dirigió a las Casas Capitulares, allí estaban reunidas las máximas autoridades de la ciudad. Ante el clamor del pueblo se formó una Junta General de Gobierno, cuya presidencia fue entregada al antiguo ministro de la corona, don Francisco Arias de Saavedra. El nuevo gobierno hacía suya la voluntad de la ciudad: se enfrentaría al invasor, para lo que se tenía que trabajar arduamente; las tropas napoleónicas amenazaban a las tierras andaluzas.

—Ya era hora de que nuestros gobernantes oyeran la voz de los patriotas —dijo Fernando en conversación con el general.

—Estoy de acuerdo contigo, pero hay que tener mucho cuidado con replegarse a todo lo que pide la masa. En un momento tan delicado como este hace falta una mano dura, que no tiemble si hay que tomar medidas extraordinarias y dar un ejemplar escarmiento a los levantiscos más exaltados, que nada bueno pueden traer.

—Para ello está el ejército.

—Pero un ejército sin buen gobierno de nada vale. Si los regidores hubieran actuado como era su obligación, mi amigo, el conde del Águila, aún estaría vivo. Dicen que hay motivos oscuros dentro de este vil asesinato.

El procurador mayor de cabildo y regidor, señor Conde del Águila, había alojado en su casa a un ayudante del general Murat que traía unos pliegos de órdenes al Cabildo sevillano. La canalla asesina e inculta, que se había infiltrado entre los manifestantes, acusó falsamente al conde de afrancesado, asaltó su palacio y, al ver que no estaba en él, lo buscaron hasta hallarlo montado en su carruaje por la collación de la Macarena. La turba indocta le rodeó e hizo salir del coche mientras lo llenaban de insultos e improperios. Lo llevaron de malas maneras hasta el ayuntamiento y lo acusaron ante la Junta de traidor. Pedían su rápido juicio y pena de muerte. Todos sabían la gran

falsedad de la denuncia, pero por miedo a la enardecida masa vociferante no actuaron como debieron hacerlo.

El presidente de la Junta calmó al pueblo diciendo que se haría justicia. Con ello también tranquilizaba a Águila, que en ningún momento había perdido su entereza; solo se mostraba algo aturdido por las voces y empujones que sufrió. El mismo presidente declaró preso al conde, lo puso bajo la custodia del Conde de Tilly y del jurado Peroso. Este último pidió al pueblo clemencia para Águila, prometiendo su ingreso en la cárcel del Castillo de Triana si le respetaban la vida. Poco después, el conde salía camino de la cárcel, tan solo custodiado por dos alguaciles. Por ello, la turba criminal volvió a rodearle; en la calle de Catalanes, cerca del Colegio de San Buenaventura, le lanzaron una piedra que fue a estrellarse en su rostro. Los dos alguaciles huyeron y dejaron al inocente regidor en manos de aquella masa informe de asesinos. Lo empujaron por la calle Pajarería donde le clavaron una bayoneta en el pecho. Sangrando abundantemente continuó su marcha, entre gritos y empujones, hacia el Castillo de Triana. Allí un sacerdote le asistió espiritualmente, tras lo cual, cuatro bárbaros le arcabucearon.

No contento con haberle dado muerte, intentaron infamar su cadáver; lo sacaron por el balcón y lo amarraron a la baranda para que la hez de la sociedad aplaudiera tan «valiente hazaña».

Pasada las doce de la noche, un sacerdote asistido de dos antiguos criados rescató el cuerpo del procurador mayor del cabildo. Lo trasladaron al cercano convento de San Pablo, de la orden dominica, donde recibió cristiana sepultura gracias a las influencias del muy ilustre señor don Miguel de Espinosa, canónigo de la Santa Iglesia Catedral y hermano del conde asesinado.

Sin embargo, el Conde de Tilly fue señalado como el culpable de esa muerte. Águila y Tilly habían tenido enfrentamientos en los últimos tiempos. No medió como el jurado Peroso ante la masa; es más, le hizo salir a la calle con tan solo dos alguaciles. Estaba claro que aquella custodia no pararía al populacho que pedía su muerte. Tanto se corrió este comentario por Sevilla que, pasado un tiempo, la Condesa de Tilly intentó reivindicar la honradez de su marido en un manifiesto, pero no lo consiguió.

El mismo día que asesinaban al conde del Águila, la Junta Suprema juró al rey don Fernando. Enseguida se prestó a preparar la defensa de Andalucía, las tropas de Dupont estaban próximas a Sierra Morena.

El general había sido nombrado asesor militar para la campaña que se preparaba. Él mismo asistiría al encuentro contra el ejército napoleónico, pero desde un lugar seguro donde pudiera estudiar las acciones y movimientos del enemigo.

Fernando deseaba tomar parte en aquella batalla fervientemente, pero quería hacerlo en un regimiento de caballería. Su tío recordó la promesa hecha antes de ingresar en el Colegio de Artillería y consiguió el traslado de cuerpo. Cuando Fernando leyó la cédula de la Junta Suprema de España y la Indias, que le concedía licencia con su pase a caballería, no pudo reprimir una exclamación de sorpresa y alegría, ingresaba en el real cuerpo con el grado de capitán, en atención a los muchos méritos contraídos en los combates del dos de mayo en Madrid.

Días antes de partir con las tropas que se desplazarían a Sierra Morena, Fernando volvió a tener una sorpresa, no sabía si calificarla como grata o molesta. Paseaba por el muelle de las Delicias con sus tíos cuando vio que un oficial inglés le saludaba desde lejos. Al principio pensó que no podía ser, pero después no hubo duda, era su antiguo amigo don Enrique Vélez de Medrano. Este se acercó veloz a Fernando y le dio un abrazo, Fernando había quedado sin palabras. Luego saludó a don Laureano y a doña Eugenia.

—¡Fernando, cuántos años! ¡Qué alegría volverte a ver!

—¿Pero qué haces aquí y con ese uniforme? —Fueron las únicas y titubeantes palabras que salieron del flamante capitán.

—Como sabréis, la Junta Suprema ha pedido ayuda a Inglaterra para luchar contra Napoleón; yo formo parte de una misión que se ha enviado a España con este fin. Por mi uniforme no debes extrañarte, ya sabes que mi madre es inglesa, me han concedido esa nacionalidad.

—Pero tú eres español; además nunca te llamó la carrera de las armas.

—Pero también soy inglés y vivo allí. En cuanto a la carrera de las armas no la he seguido. Terminé mis estudios de derecho y seguí la carrera política. Pero por mi conocimiento perfecto de las dos lenguas me han destinado a la comisión que va a tratar la colaboración anglo-española. Me han preparado durante una corta temporada, pero intensa, en una academia militar, y otorgado el grado de teniente de infantería.

—La verdad es que me alegro mucho de verte, Enrique.

—Ya empezaba a echar de menos esas palabras.

—Perdona, pero ha sido una sorpresa…

—No te preocupes, tenemos mucho de qué hablar… Podrías cenar conmigo esta noche.

—Puedes venir a casa si lo deseas —terció el general.

—Tío, no se ofenda —contestó Fernando— pero después de tanto tiempo me gustaría disfrutar a solas de la compañía de Enrique. Mañana o pasado podrá almorzar en casa.

—Me parece muy bien.

—Entonces te recojo esta noche a las nueve —terminó Enrique.

—En casa te espero.

Al anochecer, Fernando mandó preparar el carruaje de su casa, ambos amigos cenarían en una casa de comidas a las afueras de la ciudad.

A la hora señalada Enrique llamaba a la puerta de don Laureano. La servidumbre, que le conocía desde niño, esperaba para saludarle. Todos se deshicieron en halagos hacia el que fuera asiduo de la casa durante tantos años.

A lo largo del trayecto la conversación fue insustancial, ambos mostraban su felicidad por volverse a ver y contaban lo que habían vivido los últimos años. Eran sinceros en su alegría, Fernando perdió al momento todas las prevenciones que había acumulado durante los últimos años hacia su antiguo amigo, estaban unidos desde la infancia; era un lazo demasiado fuerte. Pero también lo era el que le unía a Paula, y estaba decidido a aflojarlo lo más posible.

Durante la cena hablaron de política y de los planes del ejército anglo-español.

—Mi tarea, como ya te dije —explicaba Enrique—, es la de hacer de intérprete entre los mandos españoles e ingleses. Debo estar presente en las negociaciones e intentar que todo se traduzca al mínimo detalle. Un matiz mal traducido en convenios internacionales puede traer graves consecuencias.

—Pero para hacer de traductor no hacía falta que te enrolaras en el ejército inglés… Perdona, eres mi amigo de la infancia y te lo tengo que decir: no me acostumbro a verte con ese uniforme, el uniforme que tan solo hace tres años se enfrentaba a los españoles en Trafalgar.

—Pero ahora somos aliados…

—Lo sé y me congratulo por ello; lo digo porque siempre fuiste un gran patriota español…

—A España la seguiré llevando en el corazón hasta el día de mi muerte. Soy español de nacimiento y de sentimiento, la defenderé con mi sangre si hace falta. Pero mi futuro está en la nación de mi madre. Aquí, como sabes, vendimos todo, casi nada me une ya a esta bendita tierra. Me han dado la

nacionalidad inglesa, pero no reniego de la española… Hubiera sido imposible que alguien me convenciera para vestir este uniforme contra los españoles, los de mi sangre… Pero ahora España necesitaba de nuestra ayuda y yo deseaba fervientemente luchar por ella. ¿Qué podía hacer? ¿Venir a España por mi cuenta y alistarme en el primer regimiento que me admitiese? Sabes que eso hubiera sido muy difícil. Serviré de mucho más donde estoy ahora. Mi madre tiene importantes parientes en la marina británica. Fue uno de ellos quien le insinuó que yo podría formar parte de la embajada a España como intérprete. El ser español de nacimiento y conocer las dos lenguas facilitaría mucho las cosas. En cuanto a mi fuero militar es más lógico de lo que piensas. Mi cometido no es solo hacer de traductor diplomático, también habré de actuar de enlace entre los mandos españoles e ingleses durante las batallas. Alguien tiene que traducir las órdenes y contraórdenes. Soy diestro en la espada desde que daba clases a los quince años, también tengo buena puntería. Solo faltaba formación militar y se ha dado de forma intensa a los que tenemos esta importante misión.

—Ahora lo comprendo.

—¿Te movilizarán pronto?

—¡Y tan pronto! Mañana, a lo más tardar, pasado, marcho con mi regimiento de caballería camino de Despeñaperros. Allí se intentará parar a las tropas de Dupont que buscan entrar en Andalucía.

—Algo de ello he oído. Me imagino que en esa acción estarán presentes representantes del ejército inglés.

—Yo no lo sé, deberías saberlo tú que estás en la legación militar inglesa.

—Pero no olvides que soy un simple intérprete.

La sobremesa fue agradable. Fernando pidió al ventero que sacara unos cómodos sillones de mimbre fuera del local y les sirviera allí unas copas de licor.

La noche era clara, se divisaban multitud de estrellas en el firmamento. El aroma a flor silvestre vagaba mecido en una suave brisa. El grillo no cesaba en su monótona canción mientras el búho dejaba oír su lamento de vez en cuando. Fernando se encontraba a gusto. Henchía sus pulmones con el aire puro de la noche. Enrique había sacado una pitillera de plata para ofrecerle un magnífico cigarro habano. Tras el ceremonial encendido ambos comenzaron a degustarlo.

El vino terminó por vencer las reservas de ambos amigos. Si eran tan amigos, ¿por qué no hacer frente al tema que tenían presente desde el instante en que se vieron?

—¿Has visto a Paula? —rompió el hielo Fernando.

—No, no la he visto, llegué ayer. Tú eres el primer amigo con el que me reúno. ¿Y tú, hace mucho que no la ves?

—La vi antes de ayer, en el funeral de los padres de un amigo común. La suelo ver en misa.

—Esa respuesta me da a entender que no la frecuentas mucho…

—La verdad es que no —dijo algo seco.

—¿Y cómo está?

—Más hermosa que nunca, es una verdadera diosa de la belleza —dijo mirando la reacción de Enrique.

—¿Tendrá entonces muchos pretendientes? Hace años que no la veo.

—Es lógico pensar que muchos hombres la deseen. Ha crecido, no solo en belleza, sino en el desarrollo de su personalidad.

—La última vez que la vi ya comenzaba a despuntar esa serena hermosura que ahora goza y yo desconozco. Pero entonces aún era casi una cría.

—Me imagino que me hablas de cuando viniste a visitarla desde Londres…

—¿Entonces te lo ha contado todo?

—Es mi amiga, no lo olvides. Sé que tuvisteis una relación más íntima que la mera amistad.

—Que no llegó a nada porque ella lo pensó mejor… Yo le dije que te comunicara nuestra relación, que se reducía a una inocente correspondencia, aunque algo más íntima que la de meros amigos. Tú habías dejado de responder mis cartas… Me sentía responsable de ello, pues sabía que también te sentías atraído por ella… Valoré mucho lo que hiciste, apartarte de Paula cuando falleció mi padre, para no hacerme sufrir doblemente… Te juro que intenté luchar por corresponder a tu caballerosidad y olvidarme de ella, pero no pude. Caí rendidamente enamorado, me correspondía al principio, lo pasé muy mal cuando mudaron sus sentimientos. Perdona el daño que haya podido hacerte.

—Enrique, no hay nada que perdonar —dijo Fernando removiéndose algo incómodo en su butaca mientras daba una honda calada a su habano— eran cosas de la primera juventud. No puedo negarte que me sentí muy atraído por Paula, pero eso ya pasó; ahora es tan solo una buena amiga a quien no puedo tratar tanto como deseara por mis muchas ocupaciones —mintió intentando engañarse él mismo.

—Sin embargo, yo no la he olvidado, no he podido… Temo el momento de verla, no sé cómo reaccionaré, y, lo que es peor, ignoro cómo lo hará ella.

Esta confesión heló las entrañas de Fernando, no obstante supo disimular.

—Solo hay una forma de saberlo, y es quedando con ella —él mismo se extrañaba de pronunciar aquellas palabras; estaba poniendo en bandeja a su amigo la mujer amada.

—Entonces no verías con malos ojos que volviera a intentarlo con Paula…

—No, ¿por qué iba a hacerlo? Ya te digo que no siento por ella más que una sincera amistad —volvió a mentir.

—Gracias Fernando, me quitas un gran peso de encima.

La charla mudó de nuevo hacia la política y la guerra contra el francés. Entrada la madrugada volvían camino de Sevilla.

Durante la noche Fernando repasó una y mil veces la conversación mantenida sobre Paula. No había sido sincero, él mismo se engañaba y hacía alarde de unos sentimientos falsos. No era tan solo amistad lo que sentía por Paula, sin embargo, había decidido olvidarla. Pero si lo tenía tan claro, ¿por qué persistía ese profundo resquemor en su interior, un dolor incómodo que afloraba su verdadero sentimiento?

Debía actuar con lógica y honradez. Si su orgullo herido no le permitía relación alguna con Paula, por haber intimado con Enrique en el pasado, ¿por qué sentirse mal si su amigo intentaba recuperar la antigua relación fallida?

Tenía claro que no sería un impedimento para ellos. Solo temía el preciso momento en que ambos le confesaran su noviazgo.

Al día siguiente recibió aviso de la autoridad militar, disponía de veinticuatro horas para hacer los preparativos necesarios; partían de inmediato camino de Despeñaperros. Fue destinado como capitán al Regimiento de Caballería de Garrochistas de Utrera.

Hubo un gran movimiento de tropas profesionales en Sevilla, pues el general Castaños no quiso contar con los miles de andaluces voluntarios que se alistaron para luchar contra el francés, en su mayoría hombres sin experiencia militar. Solo incluyó entre las tropas a tres batallones de Voluntarios de Granada, el Batallón de Cazadores de Antequera y dos secciones de lanceros de Utrera y Jerez de la Frontera, conocidos como «los garrochistas». Pero la inmensa mayoría de las tropas regulares sevillanas partieron en busca de las fuerzas del general Dupont.

El día antes de la marcha la ciudad se había vestido de gala para despedir a sus valientes soldados. Todas las autoridades civiles, militares y eclesiásticas estaban presentes en el acto de la despedida. A la cabeza, el presidente de la Junta Suprema, el Asistente de Sevilla, el Cardenal y el

presidente de la Real Audiencia. Hubo vibrantes discursos llenos de fervor patriótico, toques de marchas militares, himnos castrenses y enardecidos vítores de la población hacia su ejército.

Terminado el acto oficial se concedió unos segundos a la tropa y a la oficialidad para que sus familias se acercaran a despedirlos antes de comenzar la marcha. Don Laureano y doña Eugenia abrazaron fuertemente al sobrino; el general le dio algunos consejos de última hora. Él, a pesar de sus cincuenta y cinco años, había pedido ir entre las tropas de acción directa, pero la Junta creyó más oportuno que permaneciera en Sevilla, por si era necesario preparar la defensa de la ciudad.

Un vuelco le dio el corazón cuando vio llegar a Paula del brazo de Enrique, ambos con caras felices, que se tornaron en serias cuando se acercaron a él. El momento era solemne.

—Cuídate no solo por ti —le dijo Paula— sino por tu familia y por nosotros, sabes que te queremos. He ofrecido diez misas al Señor de la Coronación de Espinas para que te guarde en el combate.

—Muchas gracias Paula —dijo con un nudo en la voz—; descuidad que lo haré.

—Siento envidia de no estar a tu lado, Fernando —dijo Enrique mientras le abrazaba fuertemente.

—Ya tendrás ocasión de enfrentarte al francés, pero te advierto que un campo de batalla no es un juego, te lo digo por experiencia.

Le desearon suerte una y otra vez. Paula le entregó una cadena de oro con un crucifijo para que lo llevara sobre su pecho.

—Me la ha bendecido el doctoral; seguro que te protegerá.

Después, en lugar de darle su mano a besar, como hacía desde que se sintió una señorita, le encajó dos fuertes y cálidos besos en las mejillas. El cuerpo de Fernando se estremeció. Montó en su caballo, se destocó al saludar y le picó espuelas para dirigirse al grupo de oficiales.

Aquel encuentro le dio mucho que pensar. Paula había vuelto a ganarle el ánimo, no podía engañarse, seguía enamorado de ella, ahora más que nunca. Sin embargo, venía cogida del brazo de Enrique, y aunque ello no demostraba nada, sí lo evidenciaban las caras de felicidad de ambos antes de hablar con él. Pero también era cierto que lo había besado efusivamente; por muy íntima amistad que tuviera con él, no hubiera sido de recibo esa despedida junto a un novio… Además, tampoco habían tenido tiempo de intimar en dos días. No quiso seguir pensando, era muy delicada la misión que tenía para ocupar su cabeza en otras cosas.

Al día siguiente, él y otros oficiales salieron al encuentro de los garrochistas de Utrera. Esta fuerza de caballería la componía el Escuadrón de Lanceros Voluntarios de Utrera y Jerez. Los jinetes utreranos que se habían adiestrado para el combate sumaban setenta hombres, a los que se les unirían algunos más antes de partir. Sumados los de Jerez de la Frontera formaban un escuadrón de cuatrocientos hombres.

Recibieron su bautismo de fuego el 16 de julio de 1808, en la batalla de Menjíbar; luchando en compañía del Regimiento de Caballería de Farnesio, mandados por el capitán don José Cheriff. Los garrochistas atacaron en vanguardia a la infantería francesa, alanceando a numerosos enemigos que hubieron de refugiarse en un olivar próximo. Enardecidos con esta acción, los garrochistas, el Regimiento de Farnesio y el de Olivenza volvieron a cargar contra los infantes. Pero encontraron que los franceses se habían reagrupado, su poderosa infantería les derrotó en su intento, causándoles numerosas bajas. El propio capitán Cheriff murió desangrado por graves heridas sufridas en las dos muñecas.

Los piqueros o garrochistas de Utrera se debían incorporar a la Tercera División, mandada por el general de la Peña. El uniforme de los garrochistas, sumado a su valor temerario, les hizo muy populares.

Se cubrían con un sombrero de los llamados franciscanos, de anchas alas y rodeado de un cordón en el que se prendía una gruesa moña. La chupa de estezado con hombreras y caireles, chaleco medio abierto de cuello en pie, dejando ver el de la camisa con un pañuelo de color anudado. Se ceñían una faja y calzonas ajustadas hasta debajo de las rodillas, con ancha franja a sus lados y botones de muletilla, en los que iba acuñado el busto del rey con la leyenda: ¡Viva Fernando VII! El botín era abierto y bajo, dejaba ver entre este y el ajuste del pantalón una media azul o blanca. Se cubrían la cabeza con un pañuelo de color rojo anudado a la nuca, cuyos picos caían debajo del sombrero, enseñando una coleta recogida en una pulcra redecilla de estambre. Iban armados de cuchillo de monte en la faja y larga garrocha, pero muchos de ellos cambiaron la puya por una lanza de hoja.

Fernando sería uno de los oficiales que se pondría al mando de este original y valiente escuadrón.

VI

El general Dupont había derrotado a las tropas españolas en la batalla del Puente de Alcolea. Luego tomó Córdoba, que saqueó a su antojo robando miles de obras de arte, joyas y dinero, como si fuera un vulgar ladrón en lugar de un militar de prestigio. A pesar de estos éxitos, una gran preocupación rondaba la mente del estratega francés: el general Castaños estaba poniendo en pie un gran ejército que podía dejarlo aislado, cortándole la comunicación con la capital del reino. Además, podía perder las bases de apoyo necesarias para proseguir en su avance sobre las levantiscas poblaciones andaluzas. Ante este peligro se retiró de Córdoba y buscó refugio en Andújar. Allí lo previno todo para establecer su cuartel general.

Castaños había preparado su ejército, integrado por los cuerpos militares tradicionales y los voluntarios escogidos de las juntas provinciales andaluzas. Situó su cuartel general en Utrera y, desde allí, se dirigió hacia Sierra Morena, con el objeto de cortar toda comunicación entre Dupont y el resto de España; como había supuesto el general francés.

Castaños, para despistar al enemigo, realizó una serie de atrevidas maniobras. El ejército español hacía cambios constantes de rumbo, tanto en el día como durante la noche. El enemigo ignoraba las intenciones de Castaños, mientras este estaba informado de todos los movimientos de las tropas francesas gracias a los habitantes de los pueblos tomados.

La forma más segura de salvar la comunicación con Madrid era protegiendo los caminos que enlazaban con la corte. Para hacerlo, Dupont envió un importante grueso de tropas a La Carolina. Con ello no hacía más que dividir sus fuerzas y caía en la estrategia que Castaños había ideado.

Al haber fraccionado sus fuerzas, Dupont no se atrevió a enfrentarse directamente desde Andújar con las tropas españolas. Debía buscar refuerzos, para ello solo había un camino, retroceder hasta encontrarse con las fuerzas

francesas capitaneadas por los generales Vedel y Dufour, que venían en su auxilio y estaban muy cerca de la provincia.

El 18 de julio Dupont mandó a sus oficiales que las tropas se replegasen a Bailén en busca de los refuerzos, pero cuando llegaron allí se encontraron que el ejército del general Castaños salía de esa misma ciudad, por lo que hubo que plantearse la batalla de inmediato. Veintiún mil soldados franceses se enfrentarían a veinticuatro mil españoles.

El apoyo de Bailén y los pueblos cercanos a sus tropas fue decisivo para ganar la batalla. Al lucharse a la misma entrada de la población el ejército español fue convenientemente asistido. El calor de ese día era asfixiante, hasta el punto de perder eficacia la artillería francesa por el recalentamiento excesivo de sus cañones. El pueblo se metía en el frente para llevar agua a sus compatriotas, así paliaban considerablemente el calor. Igualmente, las piezas artilleras españolas eran refrescadas con cubos de agua continuamente, logrando así mantener la operatividad de la artillería.

El mismo día 18 de julio el capitán Tello de Portugal recibió una orden que le disgustó. Le ordenaron salir en búsqueda de un grupo de observadores extranjeros, debían desplazarse al lugar y se perdieron en el camino. Fernando estaba malhumorado, pues la batalla se plantearía en breve y esa misión le haría no estar presente en el campo de batalla. Por ello, decidió cumplir la orden lo más rápidamente posible y volver al campo de operaciones.

Tomó a diez garrochistas y fue en busca de los inoportunos observadores. Apenas habían cabalgado media hora cuando encontraron a un viejo campesino que descansaba en el camino.

—Buen hombre —dijo Fernando—, ¿por un casual habrá visto usted una comitiva de personas por estos caminos? Son extranjeros que buscan unirse a nuestras tropas.

—Señor, hará una media hora, más o menos, que me adelantaron varios carruajes; no iban ligeros, pues el suelo no lo permite. Y la verdad que, por las pintas que tenían y el idioma que hablaban, no debían ser españoles. Temí que fueran gabachos… No ha pasado nadie más y llevo para dos horas de camino.

—¿Sabe qué camino tomaron?

—¿Ve usted que al final de este trayecto se abre una bifurcación?

—Sí lo veo.

—Pues tomaron el de la derecha… Pero si iban en busca de nuestras tropas se han equivocado de todas, todas.

—Muchas gracias buen hombre.

—No hay de qué, a mandar mi oficial.

Fernando temió lo peor; el camino elegido no hacía sino adentrarse en territorio enemigo, bordeando las posiciones españolas. Podrían adelantarlos en breve, el terreno era casi intransitable para un carruaje, pero no para los caballos. Mandó picar espuelas y correr en búsqueda de la comisión.

Llevaban un rato galopando cuando comenzaron a sonar unos disparos. Fernando fustigó más a su caballo, le siguieron los garrochistas. Al poco vieron tres carruajes, uno de ellos volcado en el suelo, con varios heridos y muertos a su alrededor. Entre los coches un grupo de hombres, la mayoría vestidos de paisanos, se defendía como podía de una patrulla exploradora de coraceros franceses. Estaban en clara desventaja en número y preparación.

—¡A la carga! —gritó Fernando a sus garrochistas.

Como un aluvión arrollador e imparable, aquellos hombres fueron en busca de la caballería francesa, casi le doblaban en número. El oficial francés mandó hacer frente al ataque que les venía encima. Los coraceros picaron espuelas para salirles al encuentro, lo que hizo respirar a los agobiados defensores que se batían entre los coches.

El choque fue tremendo, las puyas de las garrochas atravesaron fácilmente las corazas francesas, pero después era imposible arrancarlas del cuerpo ensartado. Los coraceros habían sufrido importantes bajas, al estar armados solo con espadas las garrochas no les habían permitido acercarse al atacante.

Fernando se enfrentó a un sargento y a un teniente francés, de un pistoletazo descabalgó al primero. Luego se enfrentó a sable con el segundo, ambos eran diestros en el manejo del arma, pero la fuerza y brío de Fernando vencieron a su contrincante, que cayó mortalmente herido con un corte en el cuello. La sangre brotó con tal fuerza que llenó la cara y el uniforme del capitán Tello de Portugal.

La mayoría de los garrochistas, al haber dejado clavada su pica en los primeros enemigos, se encontraron sin defensa. Fernando mandó que tomaran los sables franceses, pero no sabían cómo usarlos. Pudo ver cómo sus hombres sacaban de las fajas grandes navajas y cuchillos de montes, tan grandes, que llamó su atención el tamaño. El ruido de los muelles de las navajas erizó el pelo a más de un francés. Aquellos hombres eran verdaderas fieras, jamás habían visto un enemigo uniformado de esa guisa y con aquellas armas.

Los utreranos resultaron más diestros y ágiles con sus navajas y cuchillos que los franceses con los sables. Eran curtidos hombres del campo,

acostumbrados a brear con los animales más bravos: los toros, a los que dominaban en tierra y a caballo. Hombres que hacían frente al fiero toro con sus propias manos para marcarlo y curarlo; hombres, cuya gran agilidad les salvaba la vida esquivando una mortífera y rápida cornada. Se movían como felinos sobre el caballo, sorteando el sable enemigo con rápidos quites y acertando a clavar sus armas en las partes más desprotegidas de los coraceros: cuellos, piernas y cara. Sobre el suelo yacían buen número de enemigos con el rostro desfigurado, algunos tenían el cuchillo clavado en la cuenca de los ojos, otros con la yugular rebanada se desangraban.

El capitán francés se había dado cuenta de la importancia de los personajes que viajaban en aquellos carruajes, eran diplomáticos ingleses. Debía eliminarlos lo antes posible. Dio órdenes de retirada y cargar contra los extranjeros.

Fernando pensó que huían y paró el ritmo de su persecución, pero instantes después vio cómo se reagrupaban y los coraceros atacaban la posición defendida por cuatro soldados y algunos civiles. Volvió a ordenar cargar picando espuelas. La rápida acción de la fuerza francesa había terminado con la vida de los pocos defensores militares que aguantaron el envite en primera línea. Los civiles, parapetados dentro de los carruajes, descargaban sus armas sin gran tino.

El carro volcado se encontraba rodeado de cadáveres, dos hombres esperaban su fin ante la segunda carga francesa. Fernando vio con horror que uno de ellos era Enrique Vélez de Medrano. Estaba demasiado lejos para interponerse entre los tres coraceros que avanzaban contra él. Vélez les esperaba sable en mano. Solo tuvo unos segundos para reaccionar. Tello agarró una de las garrochas del piquero que cabalgaba junto a él; con gran puntería la lanzó, clavándola en el pecho del caballo más cercano a su amigo. El animal, herido de muerte, se levantó de patas antes de caer a tierra, descabalgó a su jinete y los dos caballos que le seguían tuvieron que parar la carga para no chocar contra él.

El coracero derribado había sacado sus sables y se enfrentaba a Enrique, quien se preocupaba más de proteger al señor que estaba tras él que en cubrir su propio cuerpo. Fernando se interpuso entre ambos, de un sablazo rajó el rostro del francés, Enrique lo remató en el suelo. Luego Tello hizo frente a los otros dos enemigos, uno huyó al ver que los fieros garrochistas se le echaban encima. Tras un intercambio de golpes de sable el jinete francés fue herido, pidiendo clemencia a su vencedor. Este ordenó que sus hombres lo apresasen.

El capitán francés, con el resto de sus hombres, había huido entre los olivares que franqueaban el camino.

Fernando con paso lento a caballo se dirigió hacia donde estaba Enrique.

—Capitán, estoy en deuda con usted, no solo ha salvado mi vida sino la de importantes personajes que van a ser fundamentales en la colaboración entre España e Inglaterra.

Fernando tenía la cara totalmente manchada por la sangre enemiga, los mechones de cabello y el polvo se habían pegado en la sangre reseca. Su aspecto era atroz. Enrique no podía reconocerle de esa forma, el joven capitán se dio cuenta de ello. Tello no contestó a su amigo, bajó del caballo y se dirigió hacia él.

—Pero señor, está herido, deje que le curemos, tenemos un botiquín en el carruaje… —dijo algo aturdido al no recibir contestación en sus primeras palabras.

—No te preocupes —dijo mientras le ponía una mano en el hombro; Vélez se sorprendía por aquel atrevido tuteo de un oficial español—, es sangre gabacha. Ya te dije que la guerra no era un juego, querido Enrique…

El corazón de Vélez se llenó de alegría, se echó sobre su amigo para abrazarle y volver a agradecerle el haber salvado su vida.

—Enrique, no tienes por qué darme las gracias, eres mi amigo y era mi obligación. Tú hubieras hecho lo mismo.

—¡Pues aviado estarías! De muy poco me han servido tantos años con clases de esgrima…

—No digas eso, estabas en desventaja y venían a caballo. Sé que eres un magnífico tirador de sable; además, llevabais un buen tiempo haciendo frente a los coraceros antes de mi llegada.

Tras Enrique, un señor alto y grueso, de cara grande y sonrosada que cubría con gruesas patillas rizadas, asistía atónito y sin entender palabra alguna, al encuentro entre los dos amigos.

—Perdona Fernando, he de presentarte a Lord Alfred O’Lawlor, uno de los enviados por el gobierno inglés como observador.

Enrique contó al extranjero que su liberador era el capitán don Fernando Tello de Portugal, Barón de Acay, quien con su temerario valor había salvado no solo sus vidas, sino la misión tan importante que iban a desempeñar. El inglés ordenó a Enrique que tradujera textualmente las grandilocuentes frases de agradecimiento que le dedicaba. Lord Alfred se extrañó cuando Fernando le contestó en un impecable inglés.

—¡Es verdad! —dijo Enrique—. Ya no recordaba que tú hablas perfectamente el inglés. Mira por dónde puedo tener una ayuda en todo el trabajo que me espera…

—¡Ni lo pienses! Enrique, lo mío es combatir, no hacer de traductor. No olvides que soy un militar, mi cometido es otro.

—Bueno, por lo menos me ahorraré de hacer de intérprete tuyo en esta ocasión… Vamos, vayamos a ver cómo están los demás.

De las dos berlinas no había salido ninguno de sus ocupantes. Cuando Lord Alfred avisó que el peligro había pasado comenzaron a bajar. Primero lo hizo un alargado y enlutado personaje, vestía rigurosa levita negra; con su arma aún en la mano pedía auxilio para dos de los ocupantes. Los coraceros clavaron sus sables reiteradamente en la cubierta y la capota del coche. Habían herido en el tórax a un escribiente, secretario de Lord Alfred, y en un hombro a otro funcionario inglés. Un cuarto ocupante resultaba ileso.

Del otro coche bajó un coronel inglés uniformado. Fernando se extrañó que no hubiese tomado parte activa en la defensa fuera del coche. Tras él un vocal delegado de la Junta sevillana, el veinticuatro don Andrés de Coca, y otro importante funcionario del gobierno de su majestad británica.

Todos le felicitaban y hacían grandes loas de su hazaña. El coronel, Lord Alfred Tinsley, lo hizo en un español bastante aceptable. Al momento comprendió el porqué de la actuación del militar inglés. Este se acercó al carruaje y, tras ofrecer su mano, bajó una hermosa joven, parecía más preparada para una reunión social que para presenciar una sangrienta batalla.

—Señor barón, le presento a mi hija, Lady Helen Tinsley.

Fernando quedó prendado de aquella hermosura. Era una joven de cuerpo esbelto pero abundante en curvas bien formadas. Su piel era blanca, casi alabastrina; el cuello eterno y orgulloso, unas leves venas azuladas se traslucían a través de la epidermis. La cara era ovalada y fina, con una nariz recta y algo respingona que le daba un donaire especial. Pero el tesoro de su rostro eran los ojos, de un profundo celeste que iluminaban su tez. Se le antojaron a Fernando las antesalas del paraíso. El pelo rubio claro, cogido en moño alto, dejaba caer airosamente gruesos tirabuzones que se posaban en unos hombros bien formados y generosamente descubiertos para combatir el calor. Tras besar su mano se dirigió al coronel.

—Señor, este es el último lugar en el que esperaba encontrarme a una dama. Un campo de batalla no es apropiado para ello.

—Tiene razón, don Fernando —contestó el coronel—, pero se nos aseguró que observaríamos la acción militar sin peligro alguno, en la lejanía,

desde un puesto de mando, y ya ve…

—Señor barón —intervino la dama en un castellano más perfecto que el de su padre— antes que nada deseo expresarle mi más profundo agradecimiento por salvarnos la vida, estamos en deuda con usted… Luego debo decirle que el coronel se opuso a que viniese, pero ante mi insistencia y por la seguridad que nos ofrecían en Sevilla, vencí su primera oposición.

—La verdad es que no había peligro alguno, los caminos estaban limpios de franceses —dijo Fernando para no poner en duda la eficacia de la junta—; tan solo que el cochero se ha equivocado de ruta y os adentrasteis peligrosamente en terreno enemigo. Debemos irnos enseguida. Puede que los coraceros vuelvan con refuerzos.

—Pero usted está herido… Déjeme que le cure, así correspondo, aunque sea en tan poco, a su gran ayuda.

—Solo es sangre enemiga… Sargento Peña —se dirigió a un fuerte garrochista—, recuente las bajas y vea si se puede usar el carruaje volcado, hemos de partir lo antes posible.

—Al menos déjeme que le limpie el rostro. Tiene un aspecto horrible, es tan solo un momento.

La joven entró en el carruaje, sacó una toalla de hilo fino con iniciales bordadas y un frasco de agua perfumada. Fernando se dejó hacer, algo acharado, mientras los agradecidos ingleses veían la acción. Con disimulo miraba la cara de aquella bellísima joven, se perdía en la profundidad de sus celestes ojos y entre los rubios tirabuzones del cabello. Para no ser muy descarado, decidió mirar a otro sitio.

Vio una escena que le estremeció. Los garrochistas se resistían a perder sus preciadas puyas, muchas habían atravesado la coraza del enemigo y eran difíciles de arrancar. Con el cuchillo de monte y una piedra que hacía de base para presionar, abrían una apertura en la coraza con cierta facilidad. Luego, con el mismo cuchillo, escarbaban en el cuerpo del difunto para arrancar la puya. Tras sacarla la refregaban por tierra, empapando la sangre; después la frotaban con un canto fino hasta quitar la arena que se llevaba la mayor parte de la sangre.

—Capitán —interrumpió Peña poco después—, el recuento da doce franceses muertos, uno prisionero. Tres heridos nuestros, tan solo uno parece grave. Los seis escoltas de estos señores y los cocheros también han perdido la vida en el combate. El carruaje averiado no tiene arreglo posible aquí.

—Los heridos irán en uno de los coches —ordenó el barón—, en el otro viajarán Lord Alfred, don Andrés de Coca, el coronel Tinsley y su hija. Los

demás deben montar a caballo o ir en el pescante. Elige los hombres que vayan a guiar los coches, que sus caballos queden disponibles.

—A la orden, mi capitán.

—Don Fernando —intervino el coronel—, yo montaré junto a usted, será un honor para mí, soy coronel del cuerpo de caballería. Estos funcionarios no saben montar muy bien que digamos, sería difícil mantenerlos sobre el caballo, más si debemos ir ligeros.

—Yo también cabalgaré junto a ustedes —intervino el vocal sevillano.

—Bueno, está todo solucionado —terminó Tello—. Muchas gracias Lady Helen. Ahora todos a sus puestos y en marcha, no hay que perder tiempo.

El capitán marchaba a la cabeza de la comitiva, acompañado del coronel y de don Andrés de Coca. Fernando había dispuesto que cinco garrochistas cerrasen el convoy, en previsión de ataques sorpresa del enemigo, pues aún no habían salido de la zona peligrosa.

—Capitán —habló el coronel—, su hazaña ha sido digna del más elevado elogio, no solo por el resultado que atañe a la salvación de nuestras vidas, sino por el arrojo y la destreza que se ha demostrado en el combate. Le vuelvo a agradecer, en nombre de esta comisión, y en el mío propio, su inestimable ayuda.

—Señor coronel, le agradezco sus palabras, pero debo dejar claro que no soy el único merecedor de tantos elogios; mis hombres han tenido el mismo arrojo, si no más que yo. Son hombres curtidos en el campo, acostumbrados a la briega más dura y, encima, han sido adiestrados duramente para el combate.

—Ahora que los nombra… Tenía curiosidad por preguntarle la naturaleza de este cuerpo. He viajado mucho por España, sobre todo por Andalucía cuando nuestras naciones estaban en paz. Soy un amante de vuestro país; mi hija, Lady Helen, también lo es. Por ello nos defendemos con vuestro idioma, ella mejor que yo… Pero a lo que iba; esa forma de vestir de sus soldados la había visto en hombres del campo y, sobre todo, en las plazas de toros.

—No se ha equivocado en sus apreciaciones, pues esta tropa la forman garrochistas, hombres que trabajan con el toro.

Fernando le contó la historia de aquel singular cuerpo. El coronel Tinsley disfrutaba con todo lo que oía. Siempre se había sentido atraído por el mundo de los toros; verse rodeado de los garrochistas le agradaba, se encontraba cómodo entre aquellos pintorescos combatientes.

—Como le ha dicho el capitán —terció Coca—, estos hombres son gente muy ruda y grandes combatientes. Hace dos días causaron una gran

mortandad al enemigo en la batalla de Menjíbar. El general Castaños les tiene en gran estima.

Fernando, de vez en cuando volvía la cara para ver cómo iba la comitiva, pero en realidad buscaba el rostro de Lady Helen. El coche en el que viajaba había abierto su capota y la joven se dejaba ver en todo su esplendor, el cabello volaba al aire y le daba una imagen aún más etérea.

Gracias a la marcha forzada salieron de la zona enemiga en poco tiempo. Fernando cumplió su misión de forma valerosa. A su llegada varios oficiales corrieron para atender a la comitiva, más al ver que algunos venían heridos. Lord Alfred alabó la hazaña del joven capitán Tello de Portugal y pidió encarecidamente que la anotaran para una recompensa militar, su gobierno la apoyaría.

Fernando deseaba que la dama inglesa bajase del coche, para poder conversar con ella, durante el camino fue del todo imposible. Debía sacarles sanos y salvos de la zona francesa, sin pensar en otra cosa. Sin embargo, nada más llegar, y antes de que las presentaciones entre los mandos españoles y la comitiva inglesa terminasen, el barón recibió orden inmediata de ponerse bajo el mando de su oficial superior. El encuentro entre los dos ejércitos era inminente.

Maldijo su suerte, aunque luego pensó que la orden le había venido bien. ¿Qué conversación podría mantener con aquella dama que acababa de conocer? Su gesta fue la mejor tarjeta de presentación. Estaba seguro de que había causado buena impresión en Helen. Su partida inmediata, por fuerza mayor y sin poder despedirse de ella, podría aumentar en la joven el deseo de volverle a ver. Entonces buscaría un lugar más tranquilo, fuera de las miradas indiscretas de tantas personas como salieron al encuentro de los observadores británicos. Además, era bueno no pensar en nada; en vísperas de una batalla se debía tener la mente serena y las ideas claras para actuar con toda precisión.

Las consignas recibidas fueron claras: con su centenar de garrochistas formaría en la tercera línea del ala izquierda, junto a los ciento veinte jinetes que integraban el Regimiento España de la segunda División Coupigny.

La batalla comenzó durante la noche del día 19 de julio. Al amanecer se sucedieron virulentos choques entre los dos ejércitos. Pero el implacable sol andaluz de julio hizo su aparición en el polvoriento campo de batalla. El calor era asfixiante, las tropas españolas se veían continuamente auxiliadas por la población de Bailén y otros pueblos aledaños. Acarreaban agua para refrescar a los combatientes y a las baterías, que ardían por el fuego continuado de la

artillería y el sol que les daba de lleno. El río había quedado en terreno defendido por los españoles. Los franceses empezaron a notar el cansancio y el agobiante calor, sus piezas artilleras se resentían y perdieron eficacia.

Fernando apenas había podido descansar, desde la madrugada su regimiento formaba esperando entrar en combate. Seguían la batalla desde una zona apartada; los protagonistas eran las dos artillerías enfrentadas. Los cazadores franceses habían atacado las posiciones artilleras que tanto daño les hacían, pero fueron rechazados causándoles grandes bajas.

Sobre las siete de la mañana varios regimientos de dragones y coraceros atacaron a la infantería española en su posición del cerro Haza Valona. Con objeto de paliar este enérgico asalto, el alto mando envió en su auxilio al Regimiento de Infantería de Jaén, un batallón de soldados suizos y una compañía de zapadores. Los garrochistas y el Regimiento España recibieron orden de proteger este avance.

El regimiento de caballería española debía enfrentarse a dos regimientos de dragones y a uno de coraceros, muy superior en número. Lo integraban hombres bien entrenados que se habían curtido en los duros campos de batalla alemanes.

Fernando atacó al frente de sus garrochistas. Como una turba imparable, aquellos avezados jinetes cargaron contra el gran número de enemigos que tenían enfrente. Lucharon con tal ímpetu y arrojo que los dragones y coraceros del general Privé fueron diezmados en una lucha desigual.

Los piqueros, con sus largas garrochas y mayor ligereza que los coraceros franceses, eran difíciles de alcanzar por los sables. Aquellos hombres de paisano estaban causando gran mortandad entre el enemigo, y con tal empeño que, en su persecución, llegaron hasta donde se encontraba el grueso del ejército invasor. Allí, tras la temeraria carga realizada, los garrochistas sobrevivientes se dispersaron entre los olivares cercanos para volver a las posiciones españolas. Habían caído las tres cuartas partes de la caballería española. Cuando regresaron de su heroica carga tan solo permanecían con vida una treintena de garrochistas, muchos de ellos malheridos.

Fernando y los demás oficiales formaron a la cabeza de la carga desde el primer momento, pero el gran número de enemigos hacía que el batallón no se pudiera mantener agrupado. Los garrochistas formaron partidas muy operativas que actuaban a su entera discreción bajo el mando de algún superior. El capitán Tello de Portugal se encontró acompañado del sargento Peña y de veinte hombres. Este grupo, más algunos sumados después, fueron los que llegarían hasta el grueso de las posiciones enemigas persiguiendo a

los dragones y coraceros que huían. Luego se perdieron entre los olivares; los atrevidos enemigos que osaron perseguirlos regaron con su sangre los terruños del olivar.

Cuando el capitán Tello desmontó del caballo apenas podía mantenerse en pie. Durante la tensión del combate no había sentido dolor ni cansancio alguno. Ahora, su gran esfuerzo le pasaba factura. Al relajar los agarrotados músculos y enfriarse, las numerosas heridas recibidas comenzaron a dolerle, pero no dijo nada. Intentó descansar solo unos instantes para volver a ponerse bajo las órdenes del mando superior. La batalla estaba en su apogeo y no debía permanecer inactivo.

Él y sus hombres fueron atendidos por dos médicos y varios paisanos que les ofrecían agua y recogían los caballos para que pudiesen descansar. La mayoría se había echado sobre el suelo, Fernando hizo lo mismo, apoyando su espalda sobre una gran peña. Llevaba diez minutos allí cuando un coronel se le acercó. Fernando intentó incorporarse con rapidez para saludar al oficial y ponerse a sus órdenes. Alarmado vio que le costaba levantarse, la pierna no le respondía, estaba dormida.

—No se levante capitán, permanezca como está.

—Mi coronel, es solo un momento; se me ha dormido la pierna, debe de ser la postura. Enseguida me incorporo —respondió mientras hacía un esfuerzo sobrehumano para incorporarse.

El sargento Peña fue en su ayuda, pero nada más levantarse vio cómo el pantalón de Fernando se cubría de sangre.

—Rápido —ordenó el coronel a un teniente médico—, atienda a este oficial antes que a nadie.

Fernando se extrañó, ya que entre los numerosos cortes sufridos no había sentido ninguno que pudiera tener cierta gravedad. Sin embargo, ahora notaba desfallecer sus fuerzas; la vista comenzó a nublarse y las palabras de su alrededor le sonaban como algo lejano. Un leve mareo se apoderó de él, su cuerpo se desvaneció entre los brazos del sargento Peña.

El cirujano cortó hábilmente su pantalón. La pierna estaba totalmente ensangrentada. Echó varios jarros de agua sobre ella para limpiarla y ver por donde manaba la sangre. Encontró un orificio de bala, con entrada y salida, en el muslo derecho. La herida era limpia, no había astillado el hueso ni dañado gravemente el músculo, solo unos desgarros; pero había perdido mucha sangre.

El haberse desmayado facilitó la intervención del médico. Para limpiar la herida la roció con abundante aguardiente alcanforado; con una esponja

recogía la sangre que manaba. Luego introdujo el bisturí entre los labios de la herida, tenía que comprobar que no había quedado dentro ningún cuerpo extraño que le pudiera producir una infección. Tras la operación cosió la abertura y la volvió a desinfectar; terminó rociándole unos polvos y vendando fuertemente la pierna.

El médico opinó que la apertura hecha por la bala, que el capitán debió sentir como un leve golpe durante el combate, se había taponado con el propio pantalón ajustado y con la presión de su peso sobre la silla de montar. Probaba su teoría el hecho de que el agujero que hizo el plomo en el pantalón estaba unos dedos más arriba del orificio de la herida, donde se había pegado la tela. El continuo movimiento hizo que un doblez del sólido pantalón hiciera las veces de gasa a presión. Cuando desmontó, la sangre, al verse libre de esa presión, volvió a brotar en abundancia. El galeno dijo que, si su teoría no estaba equivocada, dada la situación de la herida, el plomo debía estar incrustado en la silla. Efectivamente, tras analizar la montura hallaron el proyectil encajado en el cuero.

—Ahora debe descansar, es muy probable que tenga fiebre, aunque se ha limpiado la herida lo suficiente para evitar infecciones —indicó el médico a un ayudante, alumno del tercer curso del Colegio de Cirugía de Cádiz—. La pérdida de sangre es lo más peligroso, en cuanto recobre la conciencia habrá que darle a beber unas tisanas que voy a dejar preparadas. Busque a dos camilleros y llévenlo al hospital de campaña.

—Eso no va a hacer falta. Intervino un coronel de caballería que venía con unos señores de aspecto extranjero.

Lo primero que vio al abrir los ojos fue un bello artesonado mudéjar. Aún estaba aturdido e ignoraba dónde estaba. Miró a su alrededor, se encontraba acostado sobre un cómodo colchón en una gran cama con dosel. El dormitorio era amplio, decorado con gran lujo y comodidad. Paseó su mirada por toda la habitación y vio que estaba solo.

De pronto recordó la batalla; se intentó levantar rápidamente, quería volver a luchar, allí no era útil. Sintió un dolor agudo al mover la pierna. Para ayudarse acercó una silla en la que apoyar su mano, pero esta se le escapó y cayó en el suelo.

Tras el ruido se abrió la puerta. Entraba un caballero de mediana edad, fuerte, de cara angulosa con grandes patillas rizadas. Vestía levita negra, chalequillo blanco y medias del mismo color.

—¿Pero señor barón qué hace?

—Debo incorporarme inmediatamente a mi regimiento. No puedo permanecer impasible mientras mis hombres mueren en combate.

—Ya no es necesario, el general Castaños derrotó las tropas del emperador hace dos días. El tiempo que ha permanecido con el seso ido.

Fernando quedó pensativo, recordaba su actuación al frente de los garrochistas, e incluso cómo perdió el conocimiento. Sin embargo, no se acordaba de nada más de la batalla.

—Perdone, capitán —volvió a intervenir el caballero—, no me he presentado; soy don Pedro de Quintanilla, alcalde por el estado noble de Bailén. He tenido el honor de recibirle en mi casa para procurar su pronta recuperación.

—Le quedo muy agradecido… Pero dígame, ¿no debería estar en algún hospital militar?

—Me imagino que así debería haber sido, pero órdenes superiores le trasladaron a esta casa, cuyas puertas he abierto con gran orgullo para recibirle. Sé de su hazaña, ha sido muy comentada la valerosa actuación de los garrochistas utreranos. El mismo Castaños desea felicitarle en cuanto esté repuesto.

—Ya me encuentro perfectamente.

—El médico ha ordenado un día más de reposo. El ejército de Castaños permanece aquí, está organizando la forma de trasladar miles de prisioneros franceses. ¡Ha sido un triunfo absoluto, la primera vez que se vence a los ejércitos de Napoleón en Europa! Las tropas del general Vedel, que venían en auxilio de Dupont desde la Carolina, no llegaron a tiempo. Hay cerca de dieciocho mil soldados franceses prisioneros. Dicen que Pepe Botella ha tenido que abandonar la Corte. ¡Bendito sea Dios!

—Pero eso es un disparate, ¿cómo se va a movilizar a tanta gente?

—He estado presente en las capitulaciones de la batalla. No han sido muy duras las condiciones puestas al enemigo. Dupont y sus oficiales serán puestos en libertad y enviados a Francia. Del grueso del ejército cautivo se dice que serán repatriados, aunque hay algunas voces que se han opuesto, alegan que son futuras armas que, con toda seguridad, volverán a usarse contra los españoles.

—Es de una lógica aplastante. Vuelven a su país, descansan y regresan a combatirnos con más fuerza. Lo apropiado sería disponer de un lugar donde permanecieran hasta el término de la guerra, sin suponer un peligro potencial para nosotros. Eso lo habrán de decidir los políticos…

—Por cierto, ahora que habla de políticos, debo decirle que usted llegó a mi casa trasladado en un carruaje de una legación inglesa que ha estado observando el desarrollo de la contienda. Hicieron traer a uno de los mejores médicos de la zona para que velase por su salud, pero dijo que la operación del cirujano militar había sido impecable.

—¿La legación inglesa?

—Así es don Fernando, y una dama… Lady…

—Lady Helen…

—Así es, no recordaba su nombre… Esa dama, como le iba diciendo, ha estado velándole estas dos noches. Ahora descansa en otro dormitorio de la casa. En cuanto despierte le diré, si usted no tiene inconveniente alguno, que puede pasar a verle.

—Se lo agradecería, don Pedro.

—Ha sido una jornada memorable para las tropas españolas, don Fernando. Ha costado mucha sangre, pero el honor de España ha vuelto a levantarse.

—¿Pudo ver bien el desarrollo de la batalla?

—No solo pude, sino que participé en ella. Soy capitán de milicias y a petición propia se me asignó un puesto. Vi la carga de los garrochistas hasta que se perdieron en campo enemigo, ha sido inenarrable. Luego me asignaron a un batallón de infantería, como ayudante del coronel. Tengo todos los sucesos grabados a fuego en mi mente.

—Don Pedro, si no es mucha molestia, le rogaría me contase cuanto me he perdido.

—En absoluto capitán —dijo mientras tomaba asiento junto a él—, tenemos mucho tiempo hasta que se levante Lady Helen.

Quintanilla narró con todo detalle los episodios de la gran batalla. Fernando escuchaba atentamente y lamentaba no haber estado hasta el final de la contienda, pero sintió un gran orgullo cuando supo que la gesta de su regimiento había sido de las más celebradas, hasta el extremo de que el general Castaños iba a hacer la entrada en Madrid acompañado de varios garrochistas. Le dolió saber que no habían sobrevivido más de treinta hombres.

Tras aquella charla, don Pedro Quintanilla tuvo que abandonar el dormitorio. Le enviaron recado urgente del ayuntamiento para celebrar un cabildo extraordinario.

Fernando no tenía sueño. Meditó mucho sobre lo vivido en el campo de batalla y lo contado por Quintanilla. Luego ocupó su cabeza en algo que la

rondaba desde que supo que Lady Helen estaba allí. Deseaba intensamente volver a ver a aquella hermosa mujer, se había sentido atraído por ella desde el principio. Sin embargo, en lo más cruento del combate, cuando pensó que no volvería con vida, solo se acordó de tres personas: de sus tíos y de Paula; aún la tenía fuertemente alojada en su corazón. Pero aquel amor era imposible, estaba Enrique, le dio su palabra de no tener interés alguno en ella; sin embargo, solo se engañaba él mismo. Sabía que Paula era la mujer de su vida, aunque todo se había puesto en contra para que pudiese nacer una relación entre ellos.

Deseaba encontrar mil motivos o excusas para dejar de querer a esa mujer, pero todas eran desechadas. ¿Y si no era amor lo que sentía, sino tan solo un deseo de vencer la voluntad de la joven? ¿Estaría atraído por el desafío que suponía alcanzar algo que se le resistía? Aunque alentó esa justificación, estaba claro que no era así.

Tenía bastante experiencia con mujeres de distintas clases sociales, pero ninguna le había llenado como Paula, y por ninguna había sentido lo mismo que por ella. También era cierto que con las otras no había llegado a la amistad e intimidad en el trato que gozaba con Paula. Quizás esa fuera la clave: le atraía Paula porque eran muchos los años de amistad, de trato, de alegrías y penas vividas en común. Un conocimiento que impedía tener grandes secretos entre ellos y que le hacía encontrarse a gusto a su lado, siendo él mismo, sin tener que adoptar posturas fingidas o estudiadas para galantearla, Paula lo entendía muy bien.

Pensó lógico enamorarse de alguien a quien conocía con tanta intimidad y con quien no debía aparentar ni ocultar nada; prueba de ello era que a Enrique también le había sucedido lo mismo. Quizás si, en su círculo íntimo de amistades de la infancia, hubiera tratado a otras mujeres con la misma asiduidad, tal vez ahora no sería Paula la dueña de sus sentimientos. Este pensamiento le llevó a tener por seguro que tan solo se enamoraría de una mujer cuando llegara con ella al mismo grado de confianza y trato que con su amiga. Pero jamás había dado pie a ello con ninguna fémina, ya que Paula llenaba su pensamiento.

Pero su amor era imposible y ya era hora de darse la oportunidad de intimar con otras mujeres, a las que podría llegar a conocer tanto o más que a Paula, y de las que enamorarse como lo estaba de ella.

El ruido de la puerta lo abstrajo de su pensamiento, Helen se asomaba con cuidado, para ver si dormía.

—Perdone capitán, solo deseaba saber cómo se encuentra. Me dijo don Pedro de Quintanilla que estaba despierto.

—Pase, Lady Helen, se lo ruego.

La joven entró como una resplandeciente aparición que iluminaba toda la estancia con su presencia. La figura alta, casi etérea, el talle esbelto y la belleza resplandeciente de su rostro, envolvieron los receptivos sentidos de Fernando. Se acercó hacia él con paso corto y gran prestancia, dejando ver el insinuante movimiento de su cuerpo, aprisionado en el ceñido traje de seda blanca que se ajustaba a la piel. Llevaba el cabello recogido en un artístico moño alto, aderezado con hilos de perlas finas. En aquel cuello inacabable se sujetaba una cinta de raso negro, de la que pendía un broche engastado de rubíes que enriquecía un antiguo camafeo romano. Se abanicaba suavemente con un abanico de marfil y finos encajes, haciéndole llegar el aroma del delicado perfume que emanaba de su exuberante pecho.

—Tome asiento junto a mí, Lady Helen. Perdone que no me levante pero…

—Faltaría más capitán, ni yo iba a permitirlo, está convaleciente y en ese caso es de excusar toda galantería…

—Tengo que agradecerle las atenciones que ha tenido hacia mi persona; el señor de Quintanilla me ha contado que pasó dos noches velando mi sueño.

—Lo he hecho con sumo gusto, capitán. Qué menos que dedicar ese breve tiempo a quien ha salvado mi vida, la de mi padre y la de toda la legación inglesa.

—Era mi obligación, soy militar…

—Pero también podía haber rechazado el encuentro, sus fuerzas estaban en desventaja. Fue muy valiente entonces y también durante la batalla pasada; no para de comentarse la carga de sus…, ¿picadores?

—Algo parecido, se les conoce como garrochistas.

—Mi padre la vio con gran emoción, temió por su vida… Al decir verdad, pensó que usted había caído al adentrarse hasta las mismas filas de tiradores franceses. Me lo dijo después, no quería darme ese disgusto…

—Me halagan sus palabras, Lady Helen, pues ha poco que la conozco y saber que sentiría mi muerte me llena de agradecimiento.

—Para apreciar a una persona no es indispensable un trato antiguo y prolongado. Hay circunstancias imprevistas de las que puede surgir una gran amistad; esta ha sido una de ellas. Nos hemos conocido en una grave situación en la que peligraban nuestras vidas, y usted ha arriesgado la suya

para salvarnos; de ahí debe nacer forzosamente un agradecimiento y una amistad que será eterna por mi parte.

Fernando contrastó este pensamiento con el que en su soledad había tenido momentos antes. Era cierto que una sólida amistad podía surgir en momentos determinados.

—Me honra con su amistad a la vez que le correspondo a ella. Lástima que me encuentre postrado en esta cama; de no ser así, ahora estaríamos paseando y disfrutando del sol y de la belleza de esta bendita tierra.

—Ya le queda menos, el doctor dice que en dos días podrá salir a caminar unos minutos. Mi padre le ha enviado un bonito bastón de su colección, con él y mi ayuda, si no le molesta, podrá comenzar su recuperación.

—¡Cómo me va a molestar! Estoy encantado de tan grata compañía… ¿Vio la batalla?

—La verdad es que no, preferí quedarme en retaguardia… No es que tema la guerra; junto a mi padre he vivido muchas, pero prefería recordar esta tierra limpia, sin destruir y sin rastro de sangre y de cadáveres… No sé, soy una enamorada de España, y créame si le digo que cuando nuestros dos países se han enfrentado en los campos de batalla he sentido algo parecido a lo que debe sentirse en una guerra civil. Mi padre también ama esta tierra, fue un empedernido viajero por sus caminos durante la juventud. Yo he salido a él. Cuando se jubile compraremos una casa, en Andalucía seguro, ya lo hemos hablado. Intento que sea en Sevilla y, aunque el coronel tiene parientes lejanos en Jerez, creo que le convenceré.

—Os alabo el gusto, soy sevillano, es la más bella ciudad en la que se puede vivir.

—Creedme que no miento si os digo que existen muchas ciudades de extraordinaria belleza en el mundo. Conozco grandes metrópolis de Asia y África; también gran parte de Europa, pero Andalucía tiene algo especial que no acierto a definir. Es un conjunto, su cielo, su arte, su gente, sus costumbres, la alegría de vivir que emana en cualquier situación. La dureza con la que se enfrentan a la vida y su profunda fe. Me siento muy atraída por todo ello y por muchas cosas más que no lograría expresar ni aunque mi castellano fuese más fluido.

—Es perfecto, Lady Helen… Me sorprende cuanto dice; creí que en la Gran Bretaña se nos tenía como un pueblo primitivo, de bárbaros al decir de algunos, que no deseamos abrirnos a la modernidad de los tiempos. Claro está que ignoran nuestra realidad.

—Es cierto que desconocen España, pero un país que es cuna de Velázquez, Murillo, Zurbarán, Montañés, Cervantes, y cientos de grandes artistas, jamás puede ser considerado como primitivo, y menos como bárbaro.

—Me agrada su conversación, siento no estar ya recuperado para que pudiéramos pasear… Voy a herida casi por combate, es tener mala suerte…

—¿Dice que tiene mala suerte y ha salido siempre con vida? Conociendo su arrojo puedo garantizarle que goza de una protección divina especial.

—Tiene razón, tengo que dar gracias a Dios… Pero, Lady Helen, creo que estoy ocupando demasiado su tiempo, no deseo abusar de su amabilidad.

—¿Intenta echarme con sus cordiales palabras? —dijo con una sonrisa picarona que hizo vibrar los instintos de Fernando.

—No… no… en absoluto, disfruto grandemente con su compañía.

—Pues entonces no diga esas cosas.

La charla fue amena, hablaron de la batalla, de los planes de Castaños y de la vuelta de las tropas a Sevilla. La conversación derivó a la vida de ambos interlocutores. Helen narró parte de la suya al convaleciente.

El coronel Lord Alfred Tinsley era el segundo hijo de una noble familia del sur de Inglaterra. Los últimos mayorazgos de la familia habían vivido a costa de las rentas, sin dedicar el menor esfuerzo a sacar más productividad a sus tierras, ni invertir en negocios que mantuvieran el estatus familiar. El padre de Lord Tinsley terminó por dilapidar la mayor parte del menguado patrimonio hereditario que le quedaba. Su desmedida afición al vino, al juego y a las mujeres de vida fácil, puso en grave peligro la estabilidad de la familia. De no haber muerto, tras un horrible *delirium tremens*, habría acabado con la venta de los escasos bienes que no pudo despilfarrar. Su esposa partió a mejor vida diez años antes, presa de una grave enfermedad a la que no había ayudado en nada la poco edificante vida de su esposo.

De este matrimonio habían nacido tres hijos: Charles, el mayorazgo; Mary, una hija que, gracias a su linaje y belleza, contrajo matrimonio con un rico hombre de negocios, ennoblecido recientemente por el rey Jorge III; y Alfred, el pequeño.

El gran orgullo del nuevo jefe de la casa solo era comparable a la sonada ruina que padecía. Por ello, siempre se negó a pedir ayuda a su acomodado cuñado, pues le tenía a menos. Para él no era más que un comerciante ennoblecido gracias a su dinero.

Alfred no tenía nada que decir, era el menor y acataba férreamente la voluntad de su hermano. La pequeña herencia de una tía abuela materna

consiguió quitar las hipotecas sobre las tierras que aún no habían sido embargadas.

El mayorazgo, siguiendo la tradición de sus antepasados, se negó a trabajarlas directamente, y las entregó a unos colonos bajo renta. Sin embargo, la anualidad no era suficiente para mantener con decoro a dos miembros de la noble familia Tinsley.

Alfred, desde la infancia, mostró un espíritu aventurero y unas ansias desmedidas de conocer mundo, algo muy alejado de sus posibilidades. La única salida honrosa que veía el mayorazgo era la carrera de las armas. El segundón acogió con agrado esa determinación; pero para que un Tinsley entrara en la academia militar, con el honor y el decoro de acuerdo a su rango y condición, hacía falta un fuerte desembolso económico.

Charles estaba escarmentado de los banqueros y usureros a los que acudía su padre, como si ellos tuvieran la culpa de la prodigalidad del Lord difunto. No empeñaría las tierras por nada en el mundo. Ideó otra forma de conseguir el dinero que necesitaba Alfred. De la herencia materna solo les quedaba un valioso recuerdo, un objeto mítico dentro de la familia: una sopera de oro maciza, ricamente repujada, con doce platos del mismo metal y su cubertería. Había sido regalo de un monarca en reconocimiento a los servicios prestados por un ancestro de la difunta.

Pero aquella joya era la insignia de la familia, su orgullo y más preciado tesoro. Hubiera vendido mil veces los retratos de los antepasados que colgaban en las paredes de los salones, si estos tuviesen algún valor, antes que la áurea vajilla. Ni en los momentos más angustiosos de crisis económica habían pensado desprenderse de ella, a pesar de la insistencia del padre para su venta. No solo se trataba del único recuerdo de su difunta madre, era el símbolo que demostraba la grandeza, venida a menos, de aquella familia. Muy pocos linajes en Inglaterra poseían piezas parecidas.

Solo quedaba un camino, empeñarla, pero bajo condición de que la vajilla no saliera de la casa. Un prestigioso y discreto coleccionista de arte, conocedor de su valor, accedió a firmar el contrato de préstamo con garantía. Conociendo la disipadora vida de la familia Tinsley, tenía por seguro que pronto la tendría en su poder y por un valor muy inferior al del mercado.

Afortunadamente el prestamista se equivocó. La destreza de Alfred en algunos esporádicos negocios, realizados en su tiempo libre de cargas militares, hizo que la vajilla de oro volviera pronto a la plena posesión del linaje Tinsley.

El primer contacto con España lo tuvo recién ascendido a capitán; fue un viaje como agregado de embajada. Se enamoró profundamente del país que le ofrecía un despejado cielo azul con radiante sol y la alegría de su gente. Donde el arte, la cultura y la historia caminaban de la mano, en cualquiera de los estamentos sociales, junto a las más arcaicas y rancias tradiciones. Al abandonar la tierra española ya tenía el firme propósito de volver en cuanto su trabajo y las relaciones entre ambas naciones lo permitieran. No era tarea fácil por los continuos enfrentamientos militares entre España e Inglaterra.

Sin embargo, aquella situación de permanente conflicto no le impidió asiduos viajes a la Península Ibérica, siempre de paisano, en épocas de licencia.

El capitán Tinsley contrajo matrimonio con una bella joven, Helen; pariente lejana y mucho más joven que él. Tan solo contaba dieciséis años cuando la hizo su esposa. La mujer tardó más de tres años en quedar embarazada. Al capitán le llegó la noticia del embarazo a la vez que la de su nuevo destino en la India. Ello supuso al oficial una doble alegría, pues ese destino era la garantía de una brillante y rápida carrera militar. Además, sentía curiosidad por conocer aquella tierra conquistada pocos años antes.

Estando embarazada de seis meses, Helen hubo de enfrentarse a todos los preparativos del viaje, recoger una casa, dejarla cerrada y mudarse al confín del mundo, donde debería abrir otra nueva. Era una mujer frágil, aquel esfuerzo la tenía agotada. Pensó que se repondría en el viaje por mar, le gustaba navegar y se relajaba con ello. Sin embargo, su organismo había cambiado de tal forma con el embarazo, que padeció grandes fatigas y mareos, algo que jamás le había sucedido estando embarcada. Cuando llegó a tierra estaba aún más agotada que a la salida de Inglaterra.

Su debilidad física era patente: el rostro demacrado, con profundas ojeras grisáceas, lo denunciaba. El médico del regimiento le ordenó descansar unos días antes de partir a un penoso viaje por tierras áridas camino de su destino. Había que ser prudente por su delicado estado.

El capitán, su esposa, una criada y dos asistentes permanecieron en un pequeño poblado. Una vez que Helen estuviese más repuesta reanudarían el viaje hacia su destino. Dos semanas después emprendían una larga y calurosa travesía hacia el destino del capitán. Parte se hacía en carruaje y parte a caballo. La dureza del camino pasó factura a Lady Helen, dos días después de llegar se puso de parto, se había adelantado tres semanas. El médico del regimiento advirtió que el bebé venía de lado; la matrona y él intentarían colocarlo en posición con unos fuertes masajes en el vientre, pero si no

lograban su empeño habría que intervenir y practicar una cesárea. Sin embargo, esta operación suponía un grave riesgo dado el estado de debilidad física generalizada de Lady Helen.

Fueron infructuosas las maniobras del galeno y la matrona; se preparó todo para intervenir con urgencia. Helen padecía fuertes dolores sin soltar un solo grito, el médico le aconsejó que lo hiciera, era bueno para desahogarse; ella se negó. Nada más sentir el corte del bisturí en el vientre, la joven metió un pañuelo en su boca, apretándolo para no gritar. Gracias a la habilidad de cirujano, poco después pudo oír el llanto de su hija.

La matrona lavó a la niña y la envolvió en una sábana limpia; mientras, el médico cosía el vientre de la madre. Un ayudante del cirujano enjugaba el sudor de la frente blanquecina de Helen.

El capitán esperaba impaciente a que el médico le dejase entrar. Cuando lo hizo sintió un gran temor: el demacrado rostro de su esposa, blanquecino y con profundas ojeras oscuras, no presagiaba nada bueno.

—Ha perdido demasiada sangre, capitán —dijo el cirujano.

—¿Debo temer lo peor, mi coronel? —pues este era el grado militar del galeno.

—Es muy pronto para decir nada, han de pasar veinticuatro horas. Le he recetado los remedios necesarios para impedir que la fiebre la debilite más de lo que está, pero con este calor…

—¿No podemos hacer nada más?

—Se ha hecho todo lo humanamente posible, solo queda esperar. ¿Cree en Dios, capitán?

—Firmemente, mi coronel.

—Pues rece por ella, otra cosa no podemos hacer.

Tinsley se acercó a su hija, hasta entonces la había ignorado, la miro fijamente durante unos segundos, no evidenció ningún sentimiento. Luego dio media vuelta y abandonó la habitación sin decir palabra alguna.

Dos días después Helen entraba en un profundo coma, sin que los médicos del regimiento pudieran hacer nada por salvarle la vida. Al anochecer moría en los brazos de su esposo.

Lord Alfred Tinsley entró en una profunda desesperación, hasta el punto de que el coronel del regimiento le aconsejó un descanso en Inglaterra. Pero el oficial no quiso; tras enterrar a su esposa en tierra india, se dedicó de lleno a sus tareas militares. En su interior culpaba a la recién nacida. Ante la servidumbre era patente la indiferencia, cuando no el rencor, del joven

militar. Contrató un ama de cría para que amamantara al bebé y otra doncella que le ayudase en todo lo tocante a la crianza de su hija.

Sin embargo, todo cambiaría en breve. El violento Monzón aisló durante unos días el campamento militar. El ama no pudo llegar para realizar su trabajo. El bebé llevaba un día sin amamantar y el llanto invadió la tranquilidad del hogar.

Tinsley no sabía cómo actuar, no había mujer alguna en el campamento, pues abandonaron el recinto militar al comienzo de las lluvias torrenciales. No deseaba que su hija enfermase por la falta de alimento. Llamó al médico para consultarle qué debía hacer; este le aconsejó que le diera a beber leche hervida con una pequeña cucharilla esterilizada. Pero tenía que hacerlo él mismo, el doctor estaba muy ocupado con un brote de gripe que se había desencadenado en el campamento.

Por primera vez cogía a su hija entre los brazos. Aquella pequeña criatura dejó de llorar nada más sentirse arropada por él. En un tazón introducía la cucharilla para llenarla de leche, luego la depositaba sobre los minúsculos labios del bebé. Se encontraba en esta tarea cuando la pequeña manita de Helen se agarró fuertemente a un dedo de Alfred. Sintió un revulsivo en su interior que le hizo ver con claridad lo que había deseado ocultar: el profundo amor que sentía por aquella niña que era sangre de su sangre e hija de la mujer amada. Desde entonces no volvería a separarse de ella.

Al terminar el monzón se había creado tal lazo de complicidad entre padre e hija, que nadie del servicio era capaz de dormirla si antes no la había tomado entre sus brazos Lord Tinsley.

Desde entonces viajó con ella a todas partes. No se volvió a casar, aunque fueron famosas las bellas amantes indias con las que compartió lecho.

El destino de Lord Tinsley lo habían marcado las revueltas en la India protagonizadas por el fiero Sultán Fateh Alí Tipu, conocido como «el tigre de Mysore». Se decía que durante una cacería fue atacado por un tigre, su arma falló, sacó una daga y dio muerte a la fiera. Desde entonces, su bandera representaba un tigre como emblema.

Era un hombre culto que conocía varios idiomas y estudió la literatura y la filosofía de su tierra, llegando a escribir algunas obras sobre esas disciplinas.

Su padre, Haydar Alí, había obtenido varios triunfos militares sobre el ejército británico. El Sultán Tipu comenzó su reinado continuando los triunfos bélicos de su padre sobre las tropas inglesas. En la segunda guerra de Mysore, en el año 1782, Tipu, al frente de un gran ejército indio, derrotó en Annagudi

al coronel inglés Braithwaite. El sultán había tomado para sí el título de «padisha».

Este triunfo fue muy celebrado en toda la India; tras él se firmó el Tratado de Mangalore, con el que se daba fin a la guerra.

Sin embargo, los enfrentamientos de Tipu con Inglaterra no habían terminado allí; años después invadió Travancore. Pero la suerte había cambiado, Lord Cornwallis le sitió en 1792 y le derrotó en Seringapatam. Tipu intentó una alianza con Francia en varias ocasiones, buscaba un fuerte apoyo contra el inglés. Siete años después, tres ejércitos, uno de Bombay y dos venidos de Inglaterra, se dirigieron hacia Mysore, y protagonizaron el sitio de Seringapatam. Uno de esos ejércitos iba mandado por el futuro Duque de Wellington. «El tigre de Mysore» moría defendiendo su capital. Había sentenciado en una ocasión: «Es mucho mejor vivir como un león durante un día que vivir cientos de años como un chacal».

Durante esa campaña militar Lord Tinsley fraguó cierta amistad con Lord Richard Wellesley, Marqués de Wellesley, y gobernador de la India, hermano de Sir Arthur, futuro duque de Wellington, al que también frecuentó.

Poco después era movilizado a Europa, lo pondrían al mando de un regimiento destinado a enfrentarse al imperio napoleónico. Tras comenzar la guerra en España, Lord Arthur Wellesley le propuso como observador en España. Conocía bien el idioma y el país, su valía le era manifiesta desde las campañas en la India.

VII

La intimidad entre Fernando y Lady Helen Tinsley se había acentuado, el trato diario durante la convalecencia en casa del alcalde y los paseos matutinos para recuperar la movilidad de sus miembros, le llevaron a conocerse mutuamente.

El día 23 el general Castaños entró triunfalmente en Madrid por la Puerta de Atocha: mandaba la División de Reserva del Ejército de Andalucía. Pidió al Barón de Acay que le acompañase en su viaje a Madrid. La acción de los garrochistas de Bailén ya era narrada como una hazaña heroica, todos deseaban conocer a aquellos bizarros y pintorescos guerreros que habían dejado sus vidas con tanta generosidad en el campo de batalla.

Lord Alfred Tinsley y su hija también acompañarían al general vencedor en su viaje a la capital del reino. Enrique, y el resto de la legación inglesa, partieron rumbo a Sevilla, donde prepararían encuentros al más alto nivel entre los gobiernos de España y de la Gran Bretaña.

Durante el viaje la relación entre ambos jóvenes se consolidó. Era vista con buenos ojos por el coronel; sin embargo, Fernando parecía no dar el paso decisivo para oficializar un noviazgo con Helen. Este hecho no preocupaba a la joven, jamás intentó presionar a Fernando llevándole al terreno que marcaba el límite entre una íntima amistad y un noviazgo formal. Se encontraba más cómoda con aquella situación.

Fernando comprendía que ese trato asiduo era más propio de un noviazgo que de otro tipo de relación. Sin embargo, temía dos cosas: por un lado le asustaba la fuerte personalidad de Lady Helen, una mujer muy adelantada a su tiempo, que si no le hacía sentir inferior en linaje, eso jamás, sí, en cierta forma, en el conocimiento del gran mundo internacional. Un mundo que a él le era desconocido y que había dotado a la joven de un carácter que rebozaba plena libertad de acción. Ello asustaba a un hombre tan tradicional. Temía que

Helen, a pesar de su constante atención hacia él, no buscase otra cosa que amistad; la joven no dejaba entrever ningún sentimiento superior y las dudas sobre sus intenciones le atormentaban.

Por otro lado estaba Paula; aunque la tenía olvidada en sus sentimientos mitigados por la distancia, y en sus planes futuros, por la leve relación con Enrique, también era muy consciente de cómo mudaba su corazón cuando estaba frente a ella.

Por lo tanto, aquella situación era la ideal para los dos jóvenes, también para el propio coronel Tinsley. Nadie tenía prisa, se hallaban en un mal momento, con una cruenta guerra que acababa de comenzar, cuyo fin era incierto. Cualquier golpe de mala fortuna podía terminar con todo plan y con toda esperanza.

Sin embargo, en los actos sociales eran invitados como una pareja consolidada, auque nadie tuviese esa relación como oficial, ni se atrevieran a presentarlos como novios.

Lo peor que llevaba Fernando era la proximidad de aquella joven, de tan sublime belleza, a la que deseaba abrazar y besar ardientemente, pero se contenía por esas dudas. Su cabeza intentaba buscar salidas a la situación, a saciar sus deseos de tenerla, sin que ello significase un compromiso nuevo. Sin embargo, pronto apartaba ese pensamiento de la cabeza por ser innoble y poco caballeroso. El suponerla una mujer libre y de gran mundo no la convertía en alguien de moral dudosa, es más, sabía que jamás había tenido relación alguna con hombres. Pero los ardientes deseos que sufría hacían atrevidos sus pensamientos. Decidió continuar con aquella indefinida relación y apagar sus furores con mujeres de dudosa reputación y en las casas de sitas más lujosas de la Corte.

Terminada la estancia en Madrid el general Castaños regresaría a Sevilla; iba a realizar una entrada triunfal en la ciudad, con los garrochistas a su lado, como guardia de honor, y Fernando al mando de ellos. La ciudad llevaba días preparando la llegada victoriosa de las tropas vencedoras en Bailén.

El pasado 22 de julio había llegado a Sevilla el coronel ayudante don Pedro Agustín Girón, sobrino del general Castaños, acompañado de un oficial, del general Reding. Traían dos cartas que colmarían de alegría a la ciudad, una de Castaños y otra del conde de Tilly, en ellas se anunciaba el triunfo de las armas españolas sobre las francesas, y recogían los términos de la capitulación del enemigo.

El cabildo catedral mandó dar tres repiques desde la Giralda, pronto se sumaron al vuelo las campanas de las torres y espadañas de toda la ciudad, en

un concierto de música victoriosa que embriagó a los sevillanos, llenándoles de ardor patriótico. El pueblo se echó a la calle, alternando sus vivas a España y a don Fernando VII con los mueras a Francia, al intruso y a Napoleón.

El parque de artillería anunció con sus salvas la buena nueva, siendo respondido por las piezas artilleras que defendían las murallas de la ciudad. El repique y los truenos de cañones sonaban a los sevillanos como preludio de una gran victoria sobre el enemigo.

Sevilla comenzó a engalanarse; las parroquias, iglesias y conventos adornaron sus fachadas con las más bellas colgaduras, tapices y banderolas. La nobleza colgaba sobre sus lujosos balcones reposteros con las armas principales de la casa. El pueblo llano lucía sus alegres y coloristas colchas y los bellos mantones de Manila.

Tras recibir las buenas nuevas de Bailén, el teniente primero de Asistente de la ciudad, acompañado de una ilustre comitiva de caballeros veinticuatros y jurados, tomó rumbo a los Reales Alcázares. Le acompañaban la banda de música de la ciudad a caballo, más una escolta de caballería y de infantería. Los capitulares subieron en tres engalanadas carrozas que les llevaban hasta el patio de la Montería. Allí recibirían de la Junta el bando que habría de publicarse con el triunfo de las armas españolas.

Varias parejas de la guardia de honor, que protegía a la Junta de Defensa, repartieron entre los regidores una tirada extraordinaria de los bandos recién sacados de la imprenta. El pueblo llenó el Patio de Banderas, a la espera de que la autoridad se dirigiese a él. Ante los gritos de la muchedumbre, el presidente de la Junta y el Arzobispo auxiliar, acompañados de los enviados de Castaños y de altas jerarquías militares, salieron al balcón principal, donde fueron aclamados con desbordado entusiasmo.

Al día siguiente la ciudad daría las gracias por el triunfo de sus armas de la forma que venía haciéndolo de inmemorial, con una solemne pontifical en la Catedral Hispalense. Presidiría el Infante-Cardenal don Luis de Borbón. En la Capilla Mayor estuvo presente la Junta, acompañada de los ayudantes de Castaños y Reding, y de tres representantes de la Junta gallega.

El acto se cubrió con la máxima solemnidad, esa que Sevilla sabe poner en sus solemnes cultos. Por las últimas naves de la catedral se cantó el *Te-Deum*, haciéndose estación en la Capilla Real, donde oraron ante el cuerpo del Santo Rey don Fernando III. Después de este acto comenzó el solemne pontifical.

Sin embargo, todas estas celebraciones, a pesar de su grandeza y lujo, resultaron pequeñas junto al solemne recibimiento que dio la ciudad al

vencedor de Bailén. El día 1 de agosto el general don Francisco Javier Castaños hacía su entrada triunfal en la capital hispalense.

Las calles se volvieron a engalanar, levantándose tribunas y arcos de victoria. El pueblo enardecido no cesaba de vitorear a su héroe. El fuego de las salvas artilleras y el repique volátil de los campanarios sevillanos, capitaneados por la Giralda, se batían en un armónico duelo por los aires de Sevilla, anunciando la llegada del salvador de Andalucía, del primer militar que había vencido cuerpo a cuerpo a la *Grand Armé* de Napoleón.

En vísperas de la batalla, Castaños hizo un voto al Santo Rey don Fernando III. Por ello, nada más entrar en Sevilla se dirigió a la Capilla Real de la Santa Iglesia Catedral. Rezó ante Nuestra Reina y Señora de los Reyes y cumplió el voto ofrecido a San Fernando.

Tras este acto religioso se dirigió a los Reales Alcázares, allí debía cumplimentar a los miembros de la Junta, representantes del Rey Fernando y de la nación. Fue recibido en el salón de Embajadores. Toda la Sevilla principal estaba presente, deseando ver el rostro del héroe vencedor de Bailén. Las autoridades civiles, religiosas, militares; la magistratura, la universidad sevillana, las academias y las órdenes militares, formaban en riguroso orden protocolario para estrechar la mano del ilustre militar. Las damas más distinguidas de la ciudad ofrecieron al general una gran corona de laurel, adornada con botonadura de oro.

Terminada la solemne recepción, Castaños, el presidente y el secretario primero de la Junta, subieron en un carruaje que trasladaría al general a la residencia que le habían destinado en Sevilla, el palacio del Duque del Infantado en la calle de Santa Ana, junto a la Alameda de Hércules. Durante todo el recorrido fue aclamado por el pueblo sevillano, que llenaba las calles del largo itinerario. Manos anónimas arrojaban sobre el carruaje cientos de ramos de flores y multitud de coronas de laurel, entre vítores y aclamaciones.

Los días posteriores continuaron las celebraciones: recepciones, pontificales y actos patrióticos. La mañana del día 4 formó frente al palacio del Duque del Infantado un batallón de artillería con su banda militar, representaciones de otros cuerpos militares y la guardia de honor de la Junta sevillana. Su misión era recoger al general Castaños; salió en un carruaje tirado de cuatro poderosos tordos de gran nervio. Sostenía en sus manos una bandeja de plata, sobre la que reposaba la corona de laurel ofrecida al héroe por la Junta de Gobierno. Varios oficiales a caballo rodeaban al general, portando las banderas, las cinco águilas francesas, cascos, corazas y manoplas que habían sido arrebatadas al enemigo.

Se dirigieron a los Reales Alcázares, donde les esperaba Su Alteza Serenísima el Presidente de la Junta, los demás miembros y las autoridades locales. Un repique solemne desde la Giralda anunció el inicio de la ceremonia. De la puerta del Alcázar a la Catedral se formaron dos columnas militares, integradas por miembros de dos escuadrones de Teja y el tercer Regimiento de Milicias Provinciales. Castaños y la comitiva caminaron entre esta guardia de honor hasta entrar en la Capilla Real.

Se abrió la lujosa urna de plata repujada que guardaba el cuerpo incorrupto de San Fernando, para que el general rezase ante él. Sobre la misma colocó la corona de laurel que le ofrecieran las damas sevillanas. El capellán mayor titular ofreció al héroe de Bailén un relicario de oro con un trozo de hueso perteneciente al Santo Rey.

Tras ello, Castaños entregó a los capellanes reales los trofeos militares ganados al francés: los cascos, corazas y banderas, para que lucieran junto a las ganadas a los moros durante la reconquista española. El posterior pontifical fue presidido por una estatua de San Fernando. La Santa Iglesia se encontraba a rebosar de público, hasta el punto de que las milicias hubieron de ordenar la entrada y salida de personas.

El pueblo sevillano formó largas colas durante la tarde para admirar las corazas, lanzas, banderas y demás objetos quitados al enemigo que rodeaban las paredes de la Capilla Real. Las banderas estaban postradas delante de la urna del rey don Fernando III.

Estas celebraciones se alternaron con funerales por los caídos en Bailén. El Real Cuerpo de Artillería organizó unas solemnes honras fúnebres en la Parroquia de San Miguel, con la asistencia de las principales autoridades civiles y militares. Se levantó un gran túmulo funerario, donde colocaron trofeos y armas.

Diez días después, la Infantería celebraba en la Parroquia de San Vicente solemnes funerales por sus víctimas; se colocó el mismo túmulo presidiendo la ceremonia religiosa. El Ilustre Cabildo Catedral tampoco se quiso quedar atrás en el recuerdo piadoso de los caídos en la Batalla de Bailén. El 12 de agosto ofrecía una misa de réquiem a la que asistió la Junta y, en lugar privilegiado, la Condesa de Chinchón, hermana del Infante-Cardenal don Luis de Borbón.

Fernando había asistido a la mayoría de los actos. Hizo su entrada en la ciudad junto al general Castaños, que iba rodeado por una guardia de honor formada por un grupo de valientes garrochistas. El celebrado y joven capitán tenía un lugar de privilegio reservado en todas las celebraciones de esas

jornadas. El día de su llegada, desde su aventajado escaño, pudo observar al general don Laureano de Zúñiga y Orozco, aún no había tenido ocasión de saludarlo, ya que la entrada de Castaños había sido directa hacia la catedral. Observó el rostro del general resplandeciente, lleno de orgullo y felicidad por la hazaña que su sobrino había protagonizado y que ya se contaba por toda Sevilla. Muy cerca de su tío estaba el coronel Tinsley, era una tribuna para altos mandos militares.

Sin embargo, desde donde estaba, no podía divisar a su tía, ni a Lady Helen…, ni a Paula. Las esposas de las autoridades estaban bastante alejadas de los primeros puestos.

El recibimiento de Fernando en casa fue lo que más le emocionó. Su tía no dejaba de abrazarle mientras mal contenía su desatada emoción. El servicio lo mismo, todo eran abrazos y saludos, felicitaciones y augurios de una próspera carrera militar.

El general conocía la gravedad de la herida sufrida por Fernando y de lo penoso del viaje de regreso, duramente azotado por el calor del verano sevillano. Por ello, dejó pasar dos semanas antes de organizar una recepción en su casa por la vuelta del Barón de Acay, Fernando debía descansar. Con su información privilegiada el general sabía que en las próximas semanas no había prevista campaña alguna que movilizara a su sobrino; tendría tiempo suficiente para recuperarse y prepararse para otras operaciones.

Sin embargo, Fernando deseaba que el general conociese al coronel Lord Tinsley y a su hija, le rogó que les invitase a cenar dos días después de su llegada.

La cena fue íntima, solo asistieron el general, su esposa, el coronel, Lady Helen y el barón.

—Querido tío —dijo Fernando en la puerta de su casa—, le presento al coronel Lord Alfred Tinsley, y su hija Lady Helen Tinsley. Coronel, mi tío el general don Laureano de Zúñiga y Orozco, miembro del Consejo de S. M.

Ambos militares se estrecharon las manos; luego, el general besó la de Lady Helen.

—Es un honor para mí —habló Tinsley— conocer al distinguido soldado que ha forjado el alma y espíritu militar de este joven, al que yo, mi hija y la legación inglesa debemos nuestras vidas.

Don Laureano miró sorprendido a su sobrino, pues desconocía esa acción de Fernando. Todos se dieron cuenta de la sorpresa.

—Tío, es una historia que ya le contaré. Por otra parte, no hacía más que cumplir con mi deber.

—Con su permiso, don Fernando —intervino Tinsley—, le ruego me permita que más tarde sea yo mismo quien refiera a sus tíos tan valerosa acción, por la que, sin ningún género de duda, salvamos nuestras vidas.

Las presentaciones se repitieron en el salón, donde esperaba doña Eugenia de Velasco, señora de Zúñiga.

Durante la cena no conversaron sobre la guerra ni tampoco de política, era lo protocolariamente correcto. Don Laureano y la esposa hablaron de su sobrino y la educación que le dieron. Por su parte, Lord Tinsley contó cómo surgió su vocación militar, sus viajes por España y la estancia en la India. Todos se admiraron de que una joven tan delicada como Helen hubiese soportado una vida muy dura, alejada de su patria y falta de muchas comodidades que no había en tan lejano país.

Tras el postre pasaron a un salón donde se serviría café o té, según el gusto de los invitados. Don Laureano ofreció un habano al coronel, pero este, sin decir nada, sacó de su guerrera una gran pitillera de plata, timbrada con las armas de Tinsley, de la que ofreció unos puros.

—Don Laureno, le ruego que pruebe estos. Son indios y le aseguro que le sorprenderán; no se encuentran en Europa.

—Muchas gracias, veamos pues cómo saben.

El coronel ofreció otro puro al capitán, pero este miró a su tío, nunca se había atrevido a fumar en su presencia.

—Anda toma uno Fernando —intervino el general—, un soldado que se juega tan valientemente la vida en el campo del honor, es lo suficientemente hombre para fumar cualquier tabaco.

—Dice usted bien, don Laureano —terció Tinsley—. Yo y mi hija hemos sido testigos directos de esa valentía, y le ruego me permita contaros cómo Fernando nos salvó la vida.

—Estoy deseando escuchar su narración.

El coronel contó con todo lujo de detalles la acción de Fernando al frente de los garrochistas, una acción que no solo les había salvado la vida a ellos y a la comisión inglesa, sino que también salvaguardó la importante misión diplomática que traían de la Gran Bretaña, cuyo objeto era negociar la intervención inglesa en la guerra de España. Luego continuó con la heroica hazaña protagonizada en la jornada de la Batalla de Bailén. Todos estaban tan asombrados como acharado Fernando por las continuas loas que recibía del inglés y de su hija.

Doña Eugenia, mujer intuitiva e inteligente, se dio cuenta del interés con que Lady Helen miraba a su sobrino. También de la forma en que este

esquivaba las sonrisas que la joven le dedicaba a cada instante. Estaba claro que entre ellos había algo más que amistad. Tras escuchar atentamente los episodios militares, doña Eugenia decidió hacer un aparte con la joven, mientras los militares continuaban con sus charlas. La señora de Zúñiga era una mujer de extremada educación, sabía que no podía forzar una conversación que tocara la intimidad de una joven a la que acababa de conocer, más cuando esta podía implicar a su sobrino. Pero deseaba conocerla mejor.

Los oficiales continuaron con su charla.

—No debemos echar las campanas al vuelo con la victoria de Bailén —decía el general—. La guerra no ha hecho más que comenzar, y creo que será larga y de gran dureza. Nos enfrentamos al ejército más poderoso del mundo, aunque el pueblo no sea consciente de ello, sí lo son los gobernantes y también los militares.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted —intervino Tinsley—. Esta no es más que una victoria en una campaña que se presenta larga. Una importante victoria, eso sí, que nos demuestra que puede ser vencido el ejército de Napoleón y nos da fuerzas para intentarlo, pero para conseguir la victoria final aún han de darse muchas batallas.

—Por ello su presencia en nuestra patria, coronel —continuó el mariscal—; ambas naciones nos necesitamos. España necesita a la Gran Bretaña para echar al invasor de su santo suelo; e Inglaterra nos necesita para derrotar y desgastar a un ejército que, de no ser frenado aquí, tendría muchas posibilidades de invadir las islas británicas.

—Esperemos que, con la ayuda de Dios, el triunfo sonría a nuestras banderas. Europa no puede ser gobernada por un tirano, hijo de la revolución más despiadada, que se ha hecho nombrar emperador, que pisa la religión y la razón, que ha nombrado reyes a sus hermanos y a los generales más allegados, destronando monarquías que rigieron naciones por la gracia de Dios durante siglos.

—Es un ejército disciplinado, muy preparado y bien pertrechado —intervino Fernando—, pero ello no significa que no podamos vencerles; como bien dice Lord Tinsley, esta victoria demuestra que no son invencibles. Palafox, con una ciudad diezmada, y con menor número de defensores que de atacantes, está resistiendo los continuos sitios de Zaragoza. La moral del pueblo español está muy alta, su valor será épico.

—Tienes razón Fernando, pero solo con moral y valor no se gana una guerra… Son, efectivamente, factores imprescindibles para lograrlo, pero hay

otros tan importantes o más que ellos: poseer los medios necesarios para la defensa, es decir, el armamento preciso; contar con mandos competentes y bien coordinados, y saber canalizar toda la fuerza humana bajo la dirección militar, preparándola con un adecuado adiestramiento e inculcando, en los miles de voluntarios que están surgiendo, la indispensable disciplina militar.

—Su tío tiene razón, don Fernando. El dos de mayo, que usted vivió tan de cerca, es una muestra clara de cuanto dice el mariscal. Fue una explosión de valor y de patriotismo. El pueblo de Madrid se echó a la calle espontáneamente, sin un mando central que los dirigiese y organizara; sin armas suficientes para hacer frente al enemigo. Opino que todo hubiera sido muy distinto si la mayoría de los jefes militares españoles residentes en la Corte se hubieran sumado a la sublevación popular. Pero unos por miedo, otros por complacientes con el francés y otros por no querer ser los primeros en levantarse contra el invasor, dejaron solo al pueblo que tomó las calles. Ciertamente eran muy numerosas las guarniciones francesas que rodeaban la capital, pero mucho mayor el número de madrileños y españoles residentes en la Corte. Es muy difícil que no hubiese cambiado la situación de haber tomado parte el ejército regular en ese levantamiento, organizando al pueblo y armándole adecuadamente. La hazaña de vuestro pariente, el capitán Daoíz, también apoya cuanto digo. Él y un grupo de valerosos militares se sublevan en el parque de Artillería, se preparan para el ataque del enemigo, reparten armas a los voluntarios y organizan una buena defensa del recinto. Durante horas estuvieron rechazando a unas fuerzas muy superiores a ellos y les causaron tan gran número de bajas que espantó al Duque de Berg.

—No tengo más remedio que daros la razón, es cierto que Zaragoza no habría resistido los sitios sin la intervención militar de Palafox…

—Solo pido a Dios —habló el general— que sea acertado en sus decisiones, pues hay quienes dicen que está cometiendo algunos fallos de táctica. Ignoro qué habrá de cierto en ello, no obstante, Zaragoza sigue resistiendo.

—Queridos amigos —tomó la palabra el coronel—, no deseo parecer pesimista, pero creo que Zaragoza no podrá resistir mucho más. Sé que la noticia de nuestra victoria ha renovado los bríos de los defensores, pero el enemigo que cerca es muy superior en número y armas. La ciudad comienza a padecer brotes de peligrosas epidemias, y Francia está cerca, los refuerzos enemigos tardarán poco tiempo en llegar.

—Por desgracia tenéis razón —apoyó el general—. La Junta no se ha planteado la forma de enviar refuerzos a Palafox, ha de sopesar muchas cosas

antes de hacerlo.

—Está claro que Napoleón no va a permitir la humillación sufrida en Bailén. Es seguro que cruzará la frontera con un gran ejército. Estoy informado, por el servicio de inteligencia británico, de que el propio Bonaparte se va a poner al frente de un gran ejército para reponer a su hermano en el trono español.

—Es lo más lógico —habló Fernando—, la guerra nada más ha hecho comenzar y Napoleón tiene muy cerca su presa, solo le separan los Pirineos.

—Por ello mismo, querido sobrino, no se ha dado libertad a los prisioneros franceses. Son más de cincuenta mil armas que se volverían contra nosotros una vez descansados y bien pertrechados.

—Don Laureano, ¿se sabe qué va a ser de ellos? —preguntó el inglés.

—Aún no. Los oficiales de mayor graduación fueron puestos en libertad. Creo que se pactó el ir liberando la tropa progresivamente, pero luego se ha visto que es algo perjudicial para nosotros, son futuras armas que se alzarán contra los españoles. Su destino está en manos de la Junta.

La jornada terminó entre amenas charlas que pasaban de las operaciones militares a la política. Aparecían nombres ya estigmatizados por la vil traición al pueblo español, por ser afrancesados colaboracionistas, entre valientes héroes que se habían levantado como defensores de la patria.

Terminada la jornada, Fernando acompañó a Lord Tinsley y a su hija hasta la embajada inglesa, que había tomado un lujoso palacio en el barrio de Santa Cruz.

A Fernando le extrañaba que Paula no le hubiera visitado. Llevaba dos jornadas en la ciudad y no tenía noticia alguna sobre ella. Nunca se había comportado así, siempre aparecía por su casa poco después de tener noticias de su llegada. De regreso, en la soledad de la noche, su pensamiento volvió a reinar sobre la ausencia de Paula. Hacía menos de un mes que la había visto por última vez, en la despedida de las tropas que iban a enfrentarse de Dupont. Recordó, no sin enojo, que la joven se sujetaba fuertemente del brazo de Enrique y que ambos desbordaban felicidad. También recordó que había sido él mismo quien avivó los deseos de su amigo respecto a Paula; es más, le animó a que lo intentara, pues él ya no sentía nada por ella, tan solo habían sido furores de juventud. Luego pensó cómo se podía llegar a ser tan idiota.

Era seguro que Paula conocía, no ya su gesta guerrera, sino lo de su grave herida en Bailén. Enrique se lo habría contado. Sin embargo, no aparecía por su casa, jamás actuó de esa forma. Pensó que quizás Enrique le dijera que él vería con buenos ojos un noviazgo entre ellos. Volvió a maldecir su crecido

orgullo y el haber hablado más de la cuenta. Si era así, Paula podía sentirse dolida, ya que en su último encuentro dejó entrever que sus sentimientos habían cambiado, quizás inclinándose hacia él, pero él no dio ocasión a mayor intimidad, no podía aceptar ser plato de segunda mesa. ¡Su orgullo! ¡Siempre su orgullo!

De todas formas era impresentable que no se hubiera preocupado por su convalecencia. Bien era verdad que toda Sevilla le vio entrar a caballo junto al general Castaños, por lo tanto su salud era buena.

¿Pero a qué pensar ahora en ella? Gozaba de la compañía exclusiva de una mujer que sería la envidia de todo hombre; además, en su interior afirmaba la idea de que ella le correspondería a su más leve insinuación.

Helen apenas llevaba unos días en Sevilla cuando ya se había corrido la voz de su espléndida belleza. También la de su buena relación con el joven Barón de Acay.

Fernando quedó con Lady Helen Tinsley para acompañarla a una recepción, la ofrecería la legación inglesa en la embajada británica al día siguiente. No quiso seguir pensando, apartar sus pensamientos negativos era una buena estrategia que le había evitado muchos sinsabores, o por lo menos los había mitigado.

Sin embargo, la recepción ofrecida por Lord Alfred O'Lawlor, miembro del cuerpo diplomático inglés, al que Fernando salvara la vida, fue la prueba de fuego.

El corredor de entrada a la legación se iluminaba por una doble fila de lacayos, vestidos de rojas libreas, portando en sus manos lujosos candelabros de plata que desprendían una fuerte luminosidad y un agradable olor a cera virgen.

A la entrada del salón principal, el jefe de protocolos hacía de introductor.

—Su excelencia el general don Laureano de Zúñiga y Orozco y esposa, la excelentísima señora doña Eugenia de Velasco y Mendoza —anunciaba en voz alta el introductor.

Lord Alfred O'Lawlor, jefe de la legación, hubo de excusar su ausencia, un fuerte ataque de gota lo había postrado de tal forma que se preparaba su repatriación a Inglaterra. El coronel Tinsley ocupó su puesto. Lord Tinsley y su hija recibían a los invitados, a los que dedicaban unas palabras para luego continuar con el ceremonial.

—Su ilustrísima el señor Barón de Acay.

Los ojos de los presentes se volvieron hacia la entrada. Unos por ver de cerca al celebrado héroe de Bailén, y muchos otros por observar la reacción

que tendría Lady Helen ante quien se le consideraba su pareja, aunque no oficial.

La joven se mostró como una profesional de la etiqueta; desde pequeña había sido educada para desenvolverse a la perfección en el gran mundo. Era la señora de su casa y la mejor «embajadora» para la ocasión. Nadie notó un trato especial hacia el joven militar; por ello, algunos caballeros respiraron tranquilos, parecía que Lady Helen no tenía compromiso alguno. Varias jóvenes lo hicieron por el mismo motivo. Fernando se había convertido en el blanco de las mozas casaderas de las más distinguidas familias sevillanas.

El capitán supo disimular y saludó serenamente a la anfitriona. Sin embargo, esa serenidad la perdió unos instantes, cuando vio a Enrique acompañado de Paula. ¿Cómo no había supuesto que estarían allí? Enrique formaba parte de la legación inglesa. Acay titubeó unos segundos, no sabía si dirigirse a ellos o acompañar a sus tíos. Fue Enrique quien lo llamó con insistencia, veía que se alegraba sinceramente de verle. A su lado permanecía Paula, con la misma sonrisa cautivadora de siempre, como si no supiera que Fernando podría estar enojado por su falta de consideración hacia él.

—¡Fernando por fin coincidimos! —dijo Enrique, mientras que el barón besaba la mano de Paula mirándola fijamente. Ella le sostuvo la mirada con su permanente sonrisa—. ¡Qué difícil es dar contigo! Tenía ganas de verte, pero eres todo un héroe, con sitios de preferencia y yo solo un oficialillo inglés que me dedico a traducir.

—No digas tonterías, tu misión es tan importante como la del que más. ¿Y tú cómo estás, Paula?

—Ya me ves, como siempre, pero muy orgullosa de ti y de cuanto se cuenta que has hecho.

—¡Deja! ¡Son exageraciones! Era mi deber.

—De eso nada —intervino Enrique— Paula ya sabe cómo nos salvaste la vida y cómo te comportaste en Bailén. Se lo he dicho yo, que lo viví en primera persona.

—Tú también tuviste tus buenos arrestos al enfrentarte a los coraceros franceses…

—Bueno, dejaros ya de batallas —cortó Paula, no sin cierta impertinencia atenuada con un gracioso mohín—, tenemos muchas por delante si Dios no lo remedia. Ya sabéis que me horroriza hablar de ello, tengo parientes y muy buenos amigos luchando, día a día rezo por no tener alguna mala noticia. Hoy es jornada de fiesta, hay que celebrar el triunfo de nuestras armas, olvidemos por unas horas que nos encontramos en guerra.

—¿Qué propones que hagamos? —preguntó Enrique.

—Primero voy a anotar los bailes que tendréis el honor de compartir conmigo, no todos, pues hay mucho hombre apuesto por aquí suelto… No miradme así, que es broma. Vamos a comer algo, estoy hambrienta, luego quiero que me informéis sobre tantas y tan ilustres personas que desconozco. Está toda la corte en Sevilla.

Los tres se dirigieron al buffet ofrecido en la mesa principal; un lacayo, con sus manos enguantadas de blanco, fue sirviendo los manjares que le indicaban los jóvenes. Luego tomaron asiento en un estrado apartado del centro del salón. Desde allí Fernando y Enrique saciaban la curiosidad de Paula sobre tanto personaje desconocido. Enrique lo hacía con los miembros de la legación inglesa, que había crecido mucho tras el triunfo de Bailén. Fernando con los militares forasteros y algunos miembros del último gobierno legítimo que le habían sido presentados.

En un momento dado, se dirigió a Enrique un mayor inglés en su idioma. Tras cuadrarse y contestarle escuetamente, se disculpó ante sus amigos.

—Me reclaman para mi oficio de traductor, parece que debo intervenir en una conversación de alto nivel entre un funcionario inglés y el secretario de la Junta. Ignoro cuándo terminaré… Perdonadme…

Paula y Fernando quedaron a solas, la tensión había crecido por instantes, se respiraba entre ellos una tirantez que podría estallar en cualquier momento si no era debidamente contenida.

—Bueno Paula, —rompió el hielo Fernando— ¡qué cara te vendes!

—¿Por qué lo dices?

—¿No lo sabes…? ¡Claro que sí…! Llevo más de una semana en Sevilla y hasta hoy no he sabido nada de ti.

—Pues tú conoces mi dirección lo mismo que yo la tuya…

—¡No me salgas con esas! Siempre te ha faltado tiempo para venir a verme en mis regresos a Sevilla, y esta vez has brillado por tu ausencia… Sabías que fui herido de gravedad, y ni siquiera has preguntado por mí.

—De eso te equivocas, he ido todos los días a casa de tus tíos para preguntar por tu estado de salud. Cuando te vi cabalgando junto a la plana mayor de Castaños supe que estabas totalmente recuperado. Además, has estado tan ocupado con tantas… celebraciones… No quería quitarte tiempo —dijo con una malévola sonrisa.

—¡A otro perro con ese hueso! A ti te sucede algo que no adivino…

—Y poco te importa, al parecer… ¿Recuerdas nuestra última conversación antes de tu marcha a Bailén?

—Sí, claro que sí. Me diste esta medalla bendecida por el doctoral para que me protegiese —dijo sacándola hacia afuera— y a fe mía que lo ha hecho. Toma, he de devolvértela.

—No, déjala sobre tu pecho, es un regalo; la guerra va a ser larga y estarás protegido con ella. También estoy cumpliendo con las diez misas que ofrecí al señor de la Coronación de Espinas si volvías sano y salvo… Pero no me refería a ese día, sino al último que pudimos conversar los dos a solas, como ahora… Hiciste todo lo posible para alejarte de mi compañía, te importaba muy poco lo que te pudiera decir… —En ese momento Fernando notó un rictus de tristeza en el rostro de Paula, que pronto mudó en una sonrisa forzada.

—No sabes lo equivocada que estás, pero el momento de hacértelo ver ya pasó.

—Es Enrique, ¿verdad? —Fernando no contestaba—. Lo es ahora y lo fue entonces… Te conozco, el orgullo no te permitiría estar donde piensas que antes estuvo él, aunque fuera una relación tan inocente. Pero como tú me dijiste hace poco: son tiempos pasados, ya no es el momento.

Fernando sintió su ánimo vencido por la espléndida belleza y dulzura, esa noche algo afligida, de la joven a la que, ahora sí tenía claro, siempre había amado, y que por sus palabras sabía que le correspondería. Estuvo a punto de abandonar la tenaz resistencia de su orgullo y confesarle su amor, pero intuyó que ese podía ser uno de sus prontos que luego maldeciría una y mil veces. Ahora quien le paraba era Enrique, le había mostrado en todo momento una sincera amistad. No podía traicionarle.

La presencia de Helen, que se acercaba con paso decidido hacia ellos, le salvó de emprender algo de lo que podría arrepentirse en breve.

—Paula, te presento a Lady Helen Tinsley.

—Ya fuimos presentadas por Enrique Vélez de Medrano —dijo Helen.

—Es cierto —confirmó Paula, mientras ambas mujeres se escrutaban con cierto disimulo. Cada una era consciente de la belleza de la otra, muy distinta pero de gran esplendidez ambas.

—El baile va a empezar —continuó Helen—, lo abriré con mi padre, pero luego me gustaría continuar con Fernando. ¿Me lo prestas? —dijo sonriendo.

—Es todo tuyo —contestó la española devolviendo la sonrisa.

Paula se sorprendió de la liberalidad de aquella extranjera que solicitaba el baile a un caballero. Eso jamás lo hubiera hecho una dama española, sería el blanco de todas las críticas y maledicencias. A Fernando tampoco le agradó aquel gesto. Por un lado, sabía que ese episodio podía labrarle una reputación

dudosa entre los sevillanos; debía de hablar con Paula para que no lo hiciese público y convencerla de la decencia de Helen. Por otro lado, le molestaba que Paula pudiese pensar que la inglesa le tenía dominado, pues esa fue la imagen que pudo dar; nada más lejos de la realidad.

Sin embargo, todos estos pensamientos se evaporaron nada más comenzar el primer baile con Helen. El generoso escote de la joven hacía que su mirada se perdiera dentro de él con insistencia casi obsesiva. Aunque intentaba disimular, la joven se dio cuenta de ello y disfrutaba con aquella situación. La mano sobre la cintura de Helen le descubría sus maravillosas curvas, el raso de seda se ajustaba al cuerpo como una segunda piel; sus dedos notaban el calor corporal que desprendía la joven. Su olfato, el aliento y el perfume que emanaba por todos los poros.

Todo aquello le embriagaba, la deseaba ardientemente. Pensó en lo voluble de sus sentimientos. Momentos antes estuvo a punto de declarar su más rendido amor hacia Paula, ahora solo pensaba en disfrutar el cuerpo de Helen. Quería analizarlo, pero la fiebre del momento, sumada a los grados del alcohol que había ingerido, no le clarificaba en nada la situación.

A Paula la conocía de toda la vida, era sabedor de sus mayores anhelos desde niña y, desde hoy, quizás, su más íntimo secreto. Llevaba muchos años enamorado de ella. A Helen la conocía hacía pocas semanas, pero sus deseos por ella eran irrefrenables, deseos que solo serían saciados pasando por vicaría. Quizás, si la hubiese tratado el mismo tiempo que a Paula, ahora estaría totalmente rendido por ella. Debía dar tiempo al tiempo. Con una guerra por medio pocas eran partidarias de compromisos matrimoniales con militares. Ninguna mujer deseaba convertirse en una viuda precoz. Decidió que el paso del tiempo gobernase sus amoríos, ordenándolos y haciéndole patente el verdadero sentimiento por aquellas mujeres.

El calor se dejaba sentir en las habitaciones de la legación, los criados habían abierto los amplios ventanales para recoger la brisa nocturna. Helen llevaba muy mal temperaturas tan altas, paró el baile y pidió a Fernando que le acompañase. Todos los ojos les siguieron cuando se perdieron por la puerta que daba al jardín trasero de la casa. Antes de salir, para salvar su honra de las maledicencias, ordenó a un criado que les acompañase portando un candelabro y que estuviese cerca para escanciarles unas copas de champaña. Ello acallaría las lenguas viperinas.

El jardín estaba repleto de bellos parterres, lo dividían formando un hermoso laberinto que sorteaba hermosas fuentes de agua fresca y cristalina.

El olor de los magnolios era vencido, cuando la brisa empujaba, por el de los jazmines que cubrían el tapial trasero del jardín.

Fernando agradeció la suave brisa, estaba medio enajenado. El sopor producido por el vino, el mareo por las vueltas del baile, el calor, más sus disquisiciones interiores, le llevaron a un estado en el que se sentía volar. El aire le vendría bien para despejarse.

Helen mandó al sirviente que colocase el candelabro sobre un banquillo de ladrillo visto, recubierto con una soberbia azulejería trianera. Luego le hizo servir dos copas frías para refrescarse.

La joven se posó sobre el blanco mármol de una fuente, mojó su pañuelo de encajes en el agua y se frotó la cara y el prolongado cuello.

—No podía aguantar más, Fernando. Amo esta tierra profundamente, sabes que nuestros planes pasan por venirnos a vivir a España cuando todo termine. Pero he de pagar un tributo muy duro para mí: este calor del verano andaluz que me deja sin fuerzas. ¡Qué inteligentes fueron los moros sevillanos! Calles estrechas para resguardarse en la umbría del calor, patios amplios llenos de frondosos árboles y fuentes refrescantes. ¡Sí que sabían vivir!

—No sé si la idea fue de los moros o de los romanos, que ya disfrutaban de todo cuanto dices.

—Es igual, pero se me hace más romántica la idea de que fuesen los moros… Me los imagino paseando por esas calles estrechas, con sus bellos turbantes y capas al aire… Debió ser todo muy bello.

—Me imagino que sí —contestó Fernando sin mucho empeño, mientras daba un sorbo a su copa y secaba el sudor de la frente con un lienzo.

—A ver… déjame —dijo mientras tomaba el lienzo de la mano de Fernando y lo mojaba en agua.

—Siéntate aquí junto.

Luego refrescó la cara del joven con el pañuelo humedecido.

Fernando al sentirla tan cerca aumentó sus deseos de tenerla entre los brazos, pero debía contenerse. Cuado las delicadas manos de Helen rozaron la frente, ese deseo se hizo casi irrefrenable. La joven vio cómo enrojecía el rostro de Fernando, estaba enardecido.

—¡Estás muy sofocado! Veo que el calor también afecta duramente a los sevillanos, por muy acostumbrados que estéis. Anda, acércate, que voy a empapar el pañuelo y te lo dejo sobre la frente.

Fernando se encontraba algo violento, el criado estaba cerca de ellos y los podía ver. Helen se dio cuenta.

—No te preocupes, es inglés, lleva veinte años trabajando para mi padre; es discreto y de plena confianza. No se me ocurriría decirle a un sirviente desconocido que viniera con nosotros. El servicio de aquí, como la mayor parte de la gente de esta bendita tierra, tiene la lengua demasiado afilada. Además, no estamos haciendo nada malo, por lo menos para mí; no sé qué pensarían esas remilgadas damas sevillanas que sueles tratar.

—¿A tantas conoces para hacer ese juicio de ellas?

—A las suficientes…

—Helen, no sabes cuánto te agradezco tus desvelos por mí; la verdad es que no podía soportar más el calor del salón.

—¿Le gustas verdad? —soltó a bocajarro.

—¿A quién? —respondió incómodo por la pregunta.

—¿A quién va a ser? A Paula, ¿no se llama así?

Fernando no contestaba, por lo que la inglesa continuó su acoso.

—A las mujeres se nos escapan muy pocas cosas; más cuando de amoríos se trata. Te lo aseguro, a esa joven no le eres indiferente.

—No, no creo… Vamos…, no lo sé. Pero prefiero no hablar de ello. Ya sabes que es mi mejor amiga de la infancia… Además, Enrique está enamorado de ella; fueron casi novios epistolares.

—Bueno, veo que no te gusta el tema, dejémoslo.

—Además, ahora estoy contigo, ¿por qué hablas de otras mujeres?

—Nunca me has contado nada de esas «otras mujeres», solo sentía curiosidad malsana… Son cosas de mujeres…

—¿Y te hace falta que yo hable de otras mujeres? —preguntó Fernando embriagado por la cercanía de aquella hermosa hembra, mientras se atrevía a cogerle la mano.

Ella hizo un amago de retirarla, pero la mantuvo en su sitio. Solo miró al criado y le habló en su idioma.

—Le he dicho —continuó Helen— que vaya a la bodega por otra botella más fresca, esta ya está caliente.

—Y también que fuese por la parte trasera del jardín… Seguramente para que los invitados no vieran que nos dejaba solos.

—Se me olvida que hablas mi idioma… Así ha sido, ya sabes mi opinión sobre la maledicencia de esta tierra.

Fernando tenía todos los sentidos exaltados, hasta el punto de aumentar su atrevimiento con Helen.

—No tienes que hablarme de ninguna otra mujer, de sobra conoces lo cautivado que me siento por ti… No sé si es simple atracción o un amor

incipiente, no lo sé…, pero no puedo engañarte. Solo sé que cuando estoy junto a ti no existe ninguna otra mujer en el mundo. Óyelo bien: ninguna otra… Y creo no equivocarme si me atrevo a pensar que sientes algo parecido por mí.

Helen permanecía en silencio, no había retirado sus manos de las de Fernando que la asían con fuerza. Sus bellos y profundos ojos celestes le miraban fijamente, un celeste en el que se hubiera ahogado una y mil veces el joven. Aquellos labios sonrosados y carnosos estaban hechos con esmero para ser besados, es más, Fernando pensó que lo estaban reclamando; acercó su cara a la de Helen, al ver que ella no mostraba rechazo alguno, posó levemente sus labios sobre los de ella.

El joven notó cómo se le erizaba todo el vello de la nuca; se había perdido en un mar de placer que jamás pensó que un simple beso pudiera procurarle. Al apartar su cara, vio el rostro encendido de Helen, el sonrosado aumentaba su belleza. Sin pensarlo dos veces, volvió a besar a la joven, pero en esta ocasión el beso fue interrumpido. Helen, con gran delicadeza, posó su mano abierta en el pecho de Fernando y lo apartó suavemente.

—Fernando, es cierto que yo también siento algo por ti, y que he deseado muchas veces este momento, te lo confieso no sin gran rubor… Pero debemos ser prudentes. Hemos de estar seguros de lo que sentimos el uno por el otro… Son tiempos muy confusos, con una guerra en medio de nuestras vidas que en cualquier momento puede terminar con las ilusiones más sólidas…

—Lo entiendo, pienso lo mismo…

—A pesar del poco tiempo que nos conocemos, hay un fuerte lazo que nos ha unido en una deuda perpetua. Salvaste la vida de mi padre y la mía… Pero hay algo más, lo sabemos ambos… Demos tiempo al tiempo para clarificarnos, lo digo por tu bien y por el mío… Y otra cosa… Sé cómo piensas, eres hijo de tu tierra; por ello quiero que sepas que has sido el único hombre que me ha besado…

—Lo daba por seguro, sé que eres una dama…

—El próximo beso que reciba habrá de ser el de mi futuro esposo… Bueno, vamos dentro, no olvides que soy la anfitriona, no debo desairar a mis invitados.

Aquella noche cambió la forma de pensar de Fernando, rompió con viejos prejuicios hacia las mujeres, se sintió más seguro de sí mismo. En esa misma jornada, y en breve tiempo, averiguó que las dos mujeres que le atraían le correspondían en sus sentimientos.

Se sabía un conquistador con las féminas de clase inferior, un don Juan de barrio. Pero con las damas de su clase siempre había tenido cierta prevención, a pesar de sentirse deseado por muchas de ellas. Pensaba que no sabía tratarlas, pues, aunque tenía una excelente educación, su natural era de cierta brusquedad castrense, lo que le valía para atraer más a jóvenes del pueblo llano. Evidentemente, no podía aplicar con las damas esas tácticas de cortejo. Pero esa noche había vencido todos sus temores, sus triunfos le decían cuán equivocado había estado. Ahora, el tiempo y la marcha de la guerra se encargarían de encauzar no solo su destino militar, sino sus relaciones amorosas.

El año 1808 estaba entrando en su recta final. La ciudad vivía pendiente de las campañas militares del norte. Los sitios de Zaragoza se habían convertido en todo un símbolo de la resistencia española, del coraje mítico del guerrero español que derrotó al moro invasor de su tierra, a la vez que conquistaba un nuevo mundo y forjaba el mayor imperio conocido con su valentía y su arrojo. Pero también se había convertido en una obsesión para el ejército francés; debía rendir la ciudad para terminar con aquel símbolo y elevar la moral de sus tropas.

El Cabildo de la Santa Iglesia sevillana celebró solemne función en acción de gracias por los éxitos de Palafox durante el sitio; pero muchos sabían que no podría resistir, más cuando se tuvo noticia de la entrada en la Península del mismo Napoleón Bonaparte al frente de doscientos cincuenta mil hombres de la *Grande Armée*.

Tras la derrota del 14 de julio en Medina de Rioseco, las armas españolas parecieron reaccionar. El éxito de Bailén provocó la evacuación de la Corte madrileña y el rey don José I salía de España. Los siguientes triunfos españoles en las batallas de Talavera de la Reina y de Bruch, hicieron que muchas personas, no conscientes del poderío francés, tuvieran la esperanza de ganar la guerra con prontitud. Napoleón rompería esas expectativas tan optimistas y poco veraces con su triunfal y poderosa entrada en la Península Ibérica.

VIII

Las Navidades sevillanas del primer año de guerra iban a ser muy turbulentas; las derrotas de las armas anglo-españolas, en las batallas de Somosierra y Espinosa de los Monteros, dejaban en grave situación la defensa de la patria. La derrota española en Tudela, el 23 de noviembre, había sido sangrante. Se enfrentaron los dos ejércitos, el francés al mando del mariscal Lannes, asistido por Lefebvre y Ney. El gobierno del español lo integraban los generales Castaños, Palafox, O'Neylle, Lapeña, Grimarest y el conde de Villarieza. La derrota española fue estrepitosa, murieron más de cuatro mil españoles, siendo capturados tres mil prisioneros; se decía que los franceses no llegaron a los cincuenta muertos.

La Junta Central no podía permanecer en Madrid y huyó hacia Sevilla. Al miedo de la entrada del enemigo en Andalucía, se sumaría la gran actividad política y social que debía desarrollar la Junta Central en la capital hispalense, pero a algunos les parecía infructuosa, reclamando la vuelta al mando de la primitiva Junta sevillana.

Fernando estaba deseoso de volver a las armas, desde la batalla de Bailén no había tenido destino alguno en el frente de guerra. Se encontraba totalmente recuperado y con ansias de entrar en combate. Sin embargo, el alto mando tenía otros planes para él.

El general de Zúñiga había sido elegido asesor militar de la Junta sevillana. Algunos pensaban que las fuerzas no se debían dispersar, Napoleón estaba cerca y había que disponer del mayor número de tropas concentradas para hacerle frente.

Fernando intentó convencer a su tío para que le consiguiera destino en una compañía de acción directa, pero esta vez no lo consiguió.

—Comprendo tus deseos, Fernando —le decía don Laureano—, pero no es el momento. Napoleón tiene fuerzas en toda la península, es un riesgo

innecesario intentar llegar a enlazar con las fuerzas del centro o del norte, si es que aún quedan.

—Podría viajar hacia Portugal, o embarcarme en Cádiz.

—Es lo mismo, el riesgo existe igual…

—Pero soy militar, asumir riesgos es mi obligación.

—Pero no tontamente; además, no olvides lo que siempre te he dicho: si asumir riesgos es nuestra obligación como soldados, más lo es la obediencia y la disciplina. La Junta ha pensado que no debemos dispersar fuerzas en estos cruciales momentos, y menos perder mandos valiosos. Eres uno de los oficiales de tu rango más considerado, se te va a asignar un destino en Sevilla, creo que eres fundamental en él.

—Tío, ¿puedo preguntarle cuál será?

—Por supuesto Fernando, vas a ser instructor de la Academia Militar de Sevilla.

—Que yo sepa no existe ninguna academia militar en nuestra ciudad.

—Es cierto, pero en breve se creará, pensamos tenerla lista a finales de este año o principios del próximo.

—Me imagino que tendré que formar a los miles de voluntarios sevillanos que se alistan en las milicias.

—En principio no. Vas a tratar a hombres de gran cultura. Te explico; tras los hechos del 2 de mayo la Universidad de Toledo creó un batallón de voluntarios. Suman un total de trescientos hombres entre profesores y alumnos. Las cosas no están muy bien y se espera que la Junta Central se refugie en Sevilla de un día a otro, no sé si ya estará en camino, estamos aguardando noticias. Ese batallón es la escolta que la Central lleva en su viaje a nuestra ciudad. Una vez aquí se adiestrará a hombres tan válidos en la carrera de las armas, esa va a ser tu misión.

—Tío Laureano, podría salir a su encuentro. Usted mismo dice que son hombres sin preparación militar… Quizás haga falta allí. Le ruego que me deje partir en su búsqueda, puedo ser de mucha ayuda; al ir en su busca encontraré los caminos más seguros para que la Junta viaje por ellos a Sevilla con el menor riesgo. Además, es parte de mi destino, esos hombres ya están asignados a mi custodia…

—Puede que tengas razón, mandaré un mensaje urgente a los Reales Alcázares. Anda, tráeme recado de escribir.

Don Laureano escribió una extensa carta que no leyó al sobrino, la cerró y lacró con el sello de sus armas.

—Si quieres rapidez, Fernando, puedes llevarla tú mismo. Si lo haces, permanece allí, espero contestación a vuelta de correo.

Antes de medio día estaba de vuelta el barón con la respuesta de la Junta sevillana. Se había aceptado la petición de Fernando, pero debería viajar de incógnito, con documentación falsificada por si caía en manos francesas. El pasaporte auténtico iría cosido en el forro del sombrero.

—Puedo ir de buhonero —dijo al tío.

—¿Tú de buhonero? Quita, quita, tienes pinta de cualquier cosa antes que de buhonero.

—Irás como comerciante sevillano, es más seguro; esta tarde traerán la documentación. Te aconsejo que salgas mañana antes del amanecer.

—Te ruego le digas a Paula y a Lady Helen que he tenido que salir en misión urgente. No tengo tiempo de despedidas, debo comenzar ya los preparativos.

—Así lo haré… Fernando, con lo que te voy a decir no pienses que me quiero inmiscuir en tus asuntos privados, pero un juego a dos barajas nunca sale bien… O rompes una o te echan por tramposo. No es que yo sea un experto en mujeres, tu tía me enamoró cuando yo contaba dieciséis años, me casé a los veintiuno, y desde entonces he sido un hombre muy feliz, totalmente enamorado. Quiero hacerte ver con ello que no tengo demasiada experiencia con muchas mujeres, pero lo que te he dicho lo dicta la pura lógica… Además soy tu tío y tutor, debo hacerte ver cosas que quizás tú no alcances… Aunque lo dudo, pues según tengo entendido eres bastante diestro con el sexo femenino. Yo con decírtelo ya he cumplido con mi obligación, ahora eres tú quien debes decidir; pero no olvides que Paula y sus padres son amigos de esta familia desde hace mucho.

—Gracias, tío, por su recomendación. La tendré en cuenta, pero ahora, con la guerra de por medio, poco quiero saber de mujeres.

—Nadie lo diría viéndote el día de la recepción inglesa… Bueno prepárate ya, has de retirarte pronto para estar mañana descansado. Hablaré con tu tía para decirle que te vas, seguro que lo convierte en una tragedia. Tras la cena te despides de ella, yo lo haré mañana antes de que partas.

A las seis de la mañana, tras despedirse de don Laureano, tomaba camino rumbo a Madrid para encontrarse con la Junta Central. Al tercer día de viaje, cuando aún no había llegado a Despeñaperros, grupos de carruajes, con algunos hombres a caballo, solían cruzarse con él cada cierto tiempo. Muchos coches llevaban blasonadas sus puertas; era fácil averiguar que se trataba de gente principal que huía de la corte camino de Sevilla.

Estuvo a punto de preguntar en uno de esos convoyes si sabían por dónde venía la comitiva de la Central. Luego pensó que debía ser discreto; cualquier acción mal calculada era un riesgo a correr. Los españoles veían espías por todos lados y no sin razón, una pregunta a esos extraños podía dar pie a que lo tomaran como un confidente y ser detenido o, lo que era peor, asesinado allí mismo.

Al entrar en Despeñaperros se volvió a sorprender con aquellas inmensas moles de piedras que desafiaban el cielo; el paisaje formaba una bella paleta de tonalidades ocres, grises y verdes, pues la lluvia había sido generosa en esa zona. Se respiraba un agradable aroma a tierra húmeda. Recordó los episodios militares que pocos meses antes vivió muy cerca de allí, en Bailén.

Decidió, para mayor seguridad, no continuar su marcha por el camino principal; había una estrecha vereda a más altura, por la que podía cabalgar el caballo y desde donde observar la vía directa sin ser visto. Esa vereda era prácticamente intransitable para un grupo, por lo que militarmente no era operativa para el enemigo.

Estaba cayendo la tarde cuando divisó un grupo variopinto. Había tratantes, buhoneros, algún viajero con prendas de calidad, y un sacerdote que era quien más se dejaba notar por su amplio sombrero de teja y negro manteo. Decidió unirse a ellos para pasar la noche.

—A la paz de Dios señores —saludó Fernando, siendo respondido por todos—. Soy don Pedro de Colmenares, negociante de aceites y vinos, voy camino de Toledo. Os ruego me dejéis acompañaros y pasar la noche con vosotros. En estos malos tiempos varios ojos ven los peligros mejor que dos cansados.

—Tiene razón en cuanto dice, don Pedro —contestó el que vestía mejores prendas—. Eso mismo hemos hecho nosotros, éramos cuatro grupos diferentes y ahora viajamos en unión; es más seguro. Soy Aureliano de Rueda, estudiante de medicina en Granada; voy camino de casa de mis padres en San Vicente de Toranzo, Cantabria. Estos tres señores son don Juan de Leiva, tratante de granos, don Onésimo Retamar, del mismo oficio, y don Juan de Ortega, pasante de pluma de un prestigioso notario cordobés. Se dirigen a cerrar unos negocios a Valladolid, sí es que pueden llegar.

—Es un placer… —contestó Fernando mientras el estudiante continuaba con las presentaciones.

—Julio Cuesta, Felipe Téllez y Lucas Portillo son vendedores, y el reverendo padre don Blas de Quintanilla, coadjutor de una parroquia cordobesa.

Fernando besó la mano del rechoncho sacerdote, cercano a los cincuenta años de edad.

Al principio el barón hizo mejores migas con el estudiante, eran de edades similares. Además, el capitán temía que los tratantes comenzaran a hacerle preguntas sobre el comercio, ya que ahora era oficialmente negociante en vinos y aceites, oficio del que no tenía la menor idea. Una respuesta equivocada podía convertirlo en sospechoso de espionaje. Sin embargo tuvo suerte, los tratantes eran hombres parcos en palabras, solo hablaban entre sí con frases cortas.

Antes de que las sombras vencieran los leves rayos de luz que se resistían a sucumbir, decidieron apartarse del camino y buscar un lugar donde pasar la noche. Hallaron una explanada rodeada de piedras y riscos, era ideal para protegerse de las frías corrientes de la madrugada, de los animales y de gente no deseada. El frío apretaba y el estudiante propuso encender un fuego.

—¡Quite ya, don Aureliano! ¡Un fuego! ¡En qué estará pensando! —dijo Lucas Portillo— Vuesa merced sabrá mucho de medicina, pero de protegerse bien poco por lo que veo. Un fuego llama la atención en leguas, y entre franceses y bandoleros podemos tener un serio disgusto.

—¡Pero esta noche va a helar! —contestó el estudiante.

—Más vale que pase frío a que amanezcamos todos con el pescuezo rebanado. ¡Valientes Navidades iba a darles a sus padres!

—Tiene razón —intervino Fernando— ¿no ha traído ropa de abrigo?

—Lo puesto, dos levitas y esta capa, que es gruesa pero no para este endiablado tiempo.

—Por eso no se preocupe usted, continuó Lucas, aquí estamos para darnos auxilio. Tome usted esta zamorana, con este tipo de mantas se apaña uno muy bien del frío. Llevamos varias, por si alguno más necesita de ellas.

Repartieron tres a los tratantes, que también habían pensado en hacer una fogata.

Fernando iba bien pertrechado, llevaba un grueso marsellés, una magnífica capa doble y dos mantas. El sacerdote también era un hombre precavido y no necesitó auxilio.

A la hora de cenar todos sacaron alimentos y los compartieron. Degustaron chacinas variadas de la sierra, cecina de León, carnes asadas, empanadas, quesos, buen vino de Montilla y Valdepeñas, y pastelería variada.

—Señores —dijo el sacerdote—, antes de dormir voy a rezar el Santo Rosario, lo digo por si alguno desea acompañarme. —Fernando fue el

primero en aceptar de buen grado, le siguió el estudiante; los demás, sin muchas ganas, se quedaron al rezo.

Fernando había planeado acostarse tras el rosario, alegando agotamiento físico, debía evitar una charla con los tratantes que le hiciera pasar graves apuros. Pero don Blas tenía ganas de hablar con Fernando; tras el rezo le asaltó para conversar.

—Don Pedro voy a fumar uno de estos deliciosos habanos, ¿gusta usted?

—No suelo fumar, don Blas, muchas gracias —contestó Fernando—. ¿No es peligroso que alguien vea las brazas del cigarro?

—Le aseguro que no se verán, estos riscos y matorrales son muy altos. Además, para mayor seguridad cubro la cabeza del cigarro con mi teja. El olor se difumina en tanto espacio. Si no fuma, al menos le ruego me acompañe. He hablado poco en este viaje y me gustaría tener una agradable sobremesa con usted.

—Faltaría más, cuente con mi compañía —dijo algo contrariado.

—¿De dónde es usted, si no es mucha indiscreción mi pregunta?

—De Sevilla.

—Bella tierra, estudié allí durante mi juventud. Quise quedarme en ella, pero mis padres eran mayores y volví a Córdoba para ejercer mi misterio. Dicen que la Junta Central se va a refugiar en Sevilla.

—Algo de eso he oído, pero no sé nada más, el tiempo lo dirá.

—¿Ha visto usted la cantidad de carruajes que nos han pasado? Pues todos van a Sevilla, huyendo de la corte… No sé don Pedro, pero creo que muchos se han hecho una imagen equivocada de los franceses… No me interprete mal, estoy en contra de que invadan nuestro país y nos quiten a nuestro rey; pero hay muchas cosas buenas que podemos aprender de ellos. Esta tierra está falta de cultura, es una enferma crónica de ignorancia, y lo peor es que no desea curarse.

—Resulta extraño oír esas palabras en un sacerdote.

—Tiene razón, pero el clero, en su mayor parte, también adolece de la cultura y preparación necesaria para ver más allá de tres palmos de sus narices. Francia nos puede aportar cultura, conocimiento y hacer que esta España abandone la Edad Media en la que aún estamos sumidos.

—Sin embargo, la iglesia ha condenado las doctrinas de la revolución, la de esos filósofos que atacan a la Iglesia y a la tradición.

—¡Por supuesto que hay que condenar esos desvíos!, pero también se pueden tomar muy buenas enseñanzas de ellos. Mire cómo se ha convertido Francia en un gran imperio en tan poco tiempo, mientras nosotros apenas

podemos conservar el que hemos heredado de nuestros antepasados. Hacen falta reformas, don Pedro, una buena política de la tierra, más colegios, actualizar las leyes, dejar atrás muchas costumbres perniciosas para nuestra sociedad que nada bueno nos han traído y sí mucho atraso.

—Pero todo ello se puede lograr sin tener que congeniar con el enemigo. A España no le faltan buenos pensadores que opinan lo mismo que usted.

—Sí, y la mayoría están tachados de afrancesados o apoyan a José Napoleón.

—Es *vox populi* el mal trato que las tropas francesas han dado a nuestras iglesias, profanándolas, saqueándolas, ofendiendo la antigua fe de los españoles.

—Quite, quite, esos son bulos que se corren para indisponerse contra todo lo francés. Tenga en cuenta que Francia siempre ha sido una nación católica, y eso queda ahí. No olvide que fue aliada nuestra muchos años… La nefasta revolución hizo mucho daño, un daño cruel e irreparable, pero también trajo algunas cosas buenas de las que debemos aprender, como son el auge del conocimiento y la cultura acorde con los tiempos modernos. Lo malo es que eso solo lo podremos aprender de los franceses o de los acusados como afrancesados. En cuanto a lo de maltratar nuestra fe olvídese de ello, son bulos, lo que yo le diga… Un hombre culto no se va a dedicar a atacar obras de arte o afrentar la fe de sus antepasados.

—¿Entonces qué solución le ve usted a esta guerra?

—Mire usted, ya le he dicho que condeno la invasión de nuestra patria y la usurpación del trono… Pero todo hay que verlo en su conjunto… Se dice que don Carlos IV renunció al trono, había un vacío de poder legítimo… Quizás, si este pueblo guerrero de mis culpas no se hubiera levantado en armas, habríamos ganado mucho, aprendiendo de la organización y buen saber de los políticos franceses. Luego siempre hay tiempo de negociar la vuelta de don Fernando; además, España ya ha sido gobernada por muchas dinastías. El cambio solo se haría en lo tocante a la política y cultura, no en lo religioso, para eso están los sacerdotes y las jerarquías eclesiásticas.

—Pero usted sabe, al igual que yo, que la mayoría de los que abogan por esos cambios empiezan pidiendo la desaparición del poder de la Iglesia, la desamortización de sus tierras, el reparto de sus bienes, privarles de los centros de enseñanza y prohibir los tribunales de la Inquisición, entre otras muchas exigencias.

—Por eso le digo que se ha de coger lo bueno de cada cosa y apartar lo malo. Espulgar con tiento para apartar la semilla de las piedrecillas.

—Va a ser muy difícil, porque el inmenso poder de la Iglesia española ha afectado siempre a la política nacional.

—Y cuando sea para bien habrá que aceptarlo. No digo que esto se consiga en dos días, pero con el tiempo, esfuerzo y queriendo hacer bien las cosas, todo se puede lograr. Bueno don Pedro, creo que ya es hora de que nos retiremos, debemos descansar y mañana tenemos una larga jornada por delante… Y le ruego no malinterprete mis palabras, soy tan español y tan patriota como el que más, solo que sé ver los defectos de mi patria e intento buscar remedios a sus males. Buenas noches, don Pedro, que el Señor guarde sus sueños.

—Que Él le acompañe.

Fernando se acostó entre dos peñascos que le resguardaban de la fría corriente de la serranía, estaba más apartado del resto del grupo. Colocó un cachorrillo cargado bajo su montura, que hacía de almohada, y afianzó un afilado puñal en su boto derecho.

A pesar de las sabias recomendaciones de Fernando, habían acordado no hacer guardia, pensaban que aquel lugar era seguro.

No llevaría más de una hora dormido cuando sintió una fuerte presión sobre su pecho; el cañón de un fusil le apuntaba a la vez que su propietario profería fuertes gritos para que se levantara.

Su primer instinto fue tomar el cachorrillo y descerrajarle un pistoletazo a bocajarro, pero intuyó que no estaría solo y podía ser una acción suicida. Se incorporó con calma levantando las manos y pidiendo tranquilidad al gabacho que le encañonaba.

Cuando estuvo de pie, el francés le empujó con el arma hasta el grupo, vio que estaban todos amontonados en un pequeño espacio, con las caras aterrorizadas. Ocho soldados les apuntaban. Habían amenazado con disparar al menor movimiento.

Fernando se dirigió a un sargento, era el de mayor graduación del grupo; al ver que no respondía en castellano lo hizo en inglés, pero tampoco tuvo contestación alguna. Ello le extrañó, pues siempre solía acompañar a las patrullas francesas un perito en lengua española. El capitán español estaba muy inquieto; aquellas patrullas expedicionarias secretas podían dar al traste con la marcha de la Junta Central hacia Sevilla, ello sería de suma gravedad. Pero ahora tenía frente a sí un asunto más importante que resolver: salir airoso de ese encuentro y avisar al cortejo madrileño.

En aquel momento, el sacerdote se apartó un poco del grupo y, con las manos levantadas, se dirigió al sargento en un francés perfecto, con una

corrección absoluta. Les explicó que eran viajantes y comerciantes que se dirigían a diferentes destinos para cerrar sus negocios.

Tampoco contestó aquel francés malencarado, le empujó con el rifle hasta volverlo a su sitio. Pero luego, el sargento bajó su arma, se acercó a don Blas y, con una sonrisa sardónica, le arrancó el crucifijo que colgaba de su cuello, lo arrojó al suelo y lo pisó con su bota. El sacerdote, con gran prontitud, se tiró en tierra para recoger el crucifijo y lo comenzó a besar, pero el sargento le dio un culatazo en la cara, se lo arrancó de las manos y volvió a pisotearlo.

Fernando no pudo soportar más, prefería morir como un mártir por defender su Fe, que vivir sin honor por quedar impasible ante aquel sacrilegio cobarde. Con una rapidez felina sacó la daga de su boto y rebanó el cuello del gabacho, la sangre brotó en un grueso caño y le salpicó el rostro. Los demás solados, al estar algo apartado y reinar la oscuridad, se acercaron para ver qué sucedía. Fernando aprovechó para sorprenderles, clavó la daga en el pecho de otro y golpeó con su puño la cara de un tercero. Pero al instante se vio rodeado por los cañones de los demás soldados. Se extrañó de que no le disparasen. Un soldado le sacudió con la culata en la cabeza, cayó al suelo, los demás comenzaron a golpearle, hasta que otro paró la acción.

Hizo que sujetaran a Fernando; le arrancó la camisa y se colocó en posición para clavarle su bayoneta en el corazón. Pero en ese momento don Blas reaccionó, con rapidez tomó el fusil del sargento muerto y disparó al soldado de la bayoneta. Sin embargo, los franceses seguían sin responder con fuego de fusilería; redujeron al sacerdote y lo empujaron contra el suelo, a los pies de Fernando.

—Hijo mío —dijo don Blas—, si salimos con vida de esta, tendré que replantearme todo cuanto dije. Tenía razón… —Luego en voz alta se dirigió al grupo—. Hermanos, solo puedo daros mi auxilio espiritual en estos momentos; prepararos para bien morir y recibid mi absolución general por vuestros pecados… Yo os perdono en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Se oyeron pasos tras ellos. Un teniente francés llegaba acompañado de otros dos hombres. Ordenó a sus soldados que le informaran sobre lo sucedido; luego se dirigió a Fernando y al sacerdote en un español muy entendible, aunque con fuerte acento.

—¡Os juro que pagaréis caro la muerte de mis hombres! Sufriréis la muerte vil que merecéis —dijo mientras golpeaba a Fernando en el vientre y lo tiraban al suelo dos de sus hombres.

—He sido yo el culpable de todo. El sacerdote y los demás son inocentes.

—No dicen eso mis hombres, ese cura ha matado a uno de ellos.

—Vuestro sargento era un vil y miserable cobarde, profanó la cruz de este hombre de Dios y le golpeó. Tan vil sacrilegio solo podía tener la respuesta que se le ha dado. Pero ese grupo de hombres es inocente.

—¡Todos son culpables! ¡Han sido cómplices de vuestros desmanes! Correrán vuestra misma suerte.

El grupo de viajeros, que hasta el momento no se había movido para ayudar a sus compañeros, ante aquella amenaza comenzó a perder los nervios. Algunos, con disimulo, buscaron las navajas y puñales que guardaban entre sus ropas. Mientras, el teniente francés daba orden de montar dos horcas en los árboles cercanos.

—¡Teniente! —gritó Fernando mientras se incorporaba con dificultad—. ¡Soy oficial del ejército español! En este sombrero van mis credenciales; soy el capitán don Fernando Tello de Portugal y os exijo que cumpláis con las normativas de honor vigentes para los militares condenados. He de ser ejecutado ante un pelotón de fusilamiento, yo mismo daré las órdenes y voces para mi ejecución. Está obligado a ello por la normativa castrense.

El capitán mandó que un soldado le acercara el sombrero, tras romperlo sacó el pasaporte y lo leyó.

—Es cierto cuanto decís, capitán, pero me temo que va a ser del todo imposible. Habéis actuado ocultando vuestro uniforme, como un vulgar espía…

—Solo he viajado de paisano, pero aunque fuese como usted dice, mi rango de oficial le obliga a fusilarme.

—¿Cree usted que mis hombres no hubieran disparado ya sobre vosotros si no tuvieran orden en contra de hacerlo? Esta sierra está llena de partidas guerrilleras, he mandado no abrir fuego, no debemos ser descubiertos. Por lo tanto será colgado como los demás.

—Sois tan miserable como el sargento… No se equivoca quien afirma que vuestro Emperador ha introducido en las tropas que invaden nuestra nación a la peor escoria y basura de Francia… Vos y el sargento sois buena muestra de ello…

El teniente, muy ofendido, se acercó lleno de ira hacia Fernando para abofetearle, pero este sabiendo que nadie iba a disparar, lanzó un fuerte puñetazo en el rostro del francés que lo humilló en el suelo. Sus soldados se dirigieron, a bayoneta calada, contra Fernando, pero se encontraron que los demás prisioneros habían sacado grandes navajas, puñales, garrotes, y rodearon Fernando. La patrulla francesa titubeó unos instantes, quedó

apuntando a los sublevados, no podían abrir fuego, esperaban que el teniente se levantase y diera las órdenes oportunas.

Aún no se había recuperado el teniente del aturdimiento producido por el golpe de Fernando, cuando una fuerte descarga iluminó la zona y la invadió de olor a pólvora, derribó a la mayoría de los franceses; los demás arrojaron sus armas en señal de rendición.

Los españoles estaban tan sorprendidos como los gabachos. De la oscuridad salió un nutrido grupo de hombres armados; era una partida de guerrilleros que actuaba en aquella zona.

—Señores, de buena os hemos librado. Soy Alonso Mancheño, jefe de esta partida de patriotas.

—Yo don Fernando Tello de Portugal, capitán del Ejército Nacional, y estos señores mis compañeros de viaje y buenos patriotas.

—Pues dad gracias a Dios que hemos dado con vosotros; si no llega a ser por ese disparo ahora no os encontraríais entre el género de los vivos.

—¡Ya ve usted, don Blas —dijo el estudiante—, al final le tenemos que agradecer estar vivos!

—Alonso, tengo una misión urgente que cumplir, unirme a las fuerzas que acompañan la marcha de la Junta Central e indicarle el camino más seguro hasta llegar a Sevilla. Tenga mi documentación.

—No hace falta capitán, no iban a fusilar a uno de los suyos.

—De todas formas, quería estar suficientemente acreditado, pues necesito información.

—Dígame qué desea saber.

—Dos cosas principalmente: el lugar por donde viene la Junta, si es que lo sabe, y conocer la situación del ejército francés. Confieso que me ha sorprendido ver esta patrulla en Andalucía, los creía más lejos, eso me desorienta si he de marcar el camino correcto de la Central.

—En cuanto al lugar exacto no lo sabemos, pero sí que viajan por la ruta principal y que salieron de la corte hace dos días. En una jornada y media de caballo daréis con ellos sin dificultad. Por el ejército francés no debe temer mucho de momento. Era una patrulla expedicionaria; seis de ellas entraron en Sierra Morena. La guerrilla ha dado buena cuenta de todas, estos gabachos formaban la última que nos quedaba por cazar. Llevamos tras ellos varios días. Por lo tanto no hay que esperar núcleos de grandes fuerzas enemigas cerca. El grueso del ejército francés está entrando en Madrid, y espera órdenes para salir camino de Andalucía. Si intenta algo el enemigo, será el

envío de nuevas fuerzas expedicionarias, pero tan reducidas que no podrían actuar contra un pequeño convoy. La Junta debe ir protegida.

—Alonso —interrumpió un guerrillero—, solo viven tres franceses, dos soldados heridos y un teniente que habla nuestro idioma.

—Tráelo aquí, Rubio.

Al poco llevaron al teniente francés ante Fernando y el jefe de la partida. Sujetaba un pañuelo pegado a la nariz, el fuerte puñetazo recibido le había partido el tabique nasal y no cesaba de sangrar.

—Mi capitán —se dirigió el jefe guerrillero a Fernando, mientras miraba al francés con mala cara—, ¿qué hacemos con este pollo? De las demás patrullas no queda uno solo para contarlo, pero al estar usted aquí mi autoridad se somete a la suya.

—Haga lo que crea conveniente para la seguridad de la Junta y de sus hombres.

—Hay dos heridos, el médico está muy lejos y no podemos dejar esta zona de vigilancia. Intentaremos curarlos, aunque uno de ellos no creo que dure más de una misa… En cuanto al teniente ya vimos cómo se comportó con usted y el cura. Le haremos un juicio rápido y la mayoría de la partida decidirá su suerte.

—No deje de tener en cuenta que, aunque se comporta como un gañán, es un oficial. Debe procurar una sentencia y ejecución de la misma de acuerdo con su rango.

—Se hará como dice, mi capitán.

El francés miraba hacia el suelo avergonzado, sin decir palabra alguna. Alonso mandó que lo quitaran de su vista. Lo ataron a un árbol y quedó custodiado por un guerrillero.

—Capitán, ahora todos debéis descansar, quedan más de cuatro horas hasta el amanecer. Mis hombres harán guardia.

—La verdad es que se me ha quitado el sueño.

—Pero debe intentarlo, le queda un largo camino por delante… Aunque quizás pueda ayudarle, el Rubio es un magnífico cazador, conoce toda esta zona como la palma de su mano, por supuesto todos los atajos. Le diré mañana que le acompañe por ellos hasta salir de la sierra, así ganará unas horas.

—Muchas gracias Alonso. Espero volver a verle.

—Si Dios quiere así será.

—Quede con él.

Fernando se retiró al lugar elegido para dormir, allí le esperaba el presbítero con un bote en la mano.

—Tenga, mi capitán don Fernando, es un magnífico ungüento para las contusiones, quemaduras, grietas y heridas. Le aseguro que es mano de santo… Después de los golpes que usted ha recibido le vendrá muy bien. Póngaselo antes de que se le enfríen las heridas, verá como mañana el dolor no será tan fuerte como espera. Lo hace una vieja sacristana que tengo en mi rectoría, la pobre es más bruja que sacristana, pero es una buena mujer.

—Gracias don Blas, me lo pongo y mañana se lo devuelvo.

—No, deje, quédese con el bote, tengo otro… Don Fernando —dijo titubeando—, no quiero despedirme de usted sin darle las gracias por defender la Cruz de Cristo y a mi persona… También debo reconocer la razón que usted tenía y lo equivocado que yo estaba en tantas cosas. El suceso de hoy me ha abierto los ojos, aunque sigo pensando que esta tierra tiene mucho que corregir y aprender… Gracias de nuevo, mi capitán.

—Gracias a usted, don Blas, me ha salvado la vida valientemente. No lo puedo olvidar. Mañana parto temprano para encontrarme con la Junta Central, le ruego acepte este abrazo.

Ambos hombres se fundieron en un emocionado abrazo. Luego, el sacerdote tomó la mano de Fernando, dejó algo sobre ella y la cerró.

—Usted merece llevarlo con todos los honores, ha derramado su sangre por Él.

Era el crucifijo cuyo ultraje provocó la airada reacción del capitán.

Fernando agradeció el obsequio y lo guardó en el bolsillo interior del marsellés. Luego se retiró entre las dos peñas donde había colocado las mantas para dormir. Antes tomó la cantimplora y limpió la sangre de su rostro, la del sargento francés se mezclaba con la suya, que brotaba de las brechas abiertas por los golpes recibidos. Luego limpió el resto de su cuerpo, quería estar pulcro la mañana siguiente para no perder tiempo en el aseo mañanero. Luego extendió el ungüento de don Blas por todas las heridas y moratones del cuerpo. Quedó dormido nada más acostarse.

Cuando Alonso le despertó ya había amanecido, a Fernando le parecía que acababa de acostarse tan solo hacía unos minutos, sin embargo, llevaba seis horas durmiendo profundamente. El jefe de la guerrilla no quiso llamarlo muy temprano, sabía lo agotado que estaba. Además, el Rubio le haría ganar varias horas de camino por los atajos. Fernando agradeció el detalle, luego se incorporó para vestirse. Aunque sentía varias zonas del cuerpo doloridas, no era con la intensidad que esperaba por los fuertes golpes sufridos. El ungüento

de don Blas funcionó a la perfección. Decidió vestir su uniforme militar, lo llevaba escondido en un doble fondo de sus amplias alforjas. Según Alonso no había peligro francés en el recorrido que le restaba; además, debía presentarse perfectamente uniformado ante el superior que mandaba la escolta de la Junta Central.

Sus compañeros de viaje celebraron la presencia de Fernando. Alabaron su valor y arrojo, a la vez que deseaban el mejor fin a su misión. Él también agradeció el apoyo recibido a última hora, cuando le rodearon para protegerle, e hizo ver que fue el disparo de don Blas el que salvó a todos.

Tras un ligero desayuno se despidió de los viajeros y de la guerrilla. Comenzó su camino junto al Rubio. El guerrillero cabalgaba delante, era parco en palabras, salvo el saludo al capitán antes de partir y algunas leves indicaciones del camino, no entró en conversación hasta la primera parada, cercano el medio día, para tomar un bocado.

Fernando comparó la vestimenta del Rubio con la de los garrochistas de Utrera, eran muy parecidas, también su fisonomía. Tenía estatura media y fuerte complexión, estaba entrado en los cuarenta años. El rostro, curtido por el sol, dejaba ver profundos surcos morenos; rodeaban sus mejillas dos grandes patillas rizadas, cortadas en forma de hacha, que le llegaban a la comisura de los labios. El cabello era abundante y recogido en la nuca con una redecilla negra. Se cubría con un sombrero calañés. Le llamaron la atención sus ojos azules y el pelo rubio.

—¿Capitán, le parece que paremos aquí? Así descansarán los caballos y podremos tomar un segundo desayuno, el primero fue leve.

—Es una buena idea, Rubio.

—Yo ataré los animales y les daré algo de comer, mientras puede usted estirar las piernas.

El desayuno fue a base de queso y cecina. Fernando decidió dar conversación a su guía, quería saber quién era el hombre que le acompañaba.

—¿Lleva usted mucho tiempo en la guerrilla contra el francés?

—Desde el primer día que esos mal nacidos pisaron mi patria, y juro que no pararé hasta que los echemos.

—Me dijo Alonso que es usted un magnífico cazador y que por ello conoce tan bien estas tierras.

—Me gusta la caza, mi padre me enseñó a montear, aunque más como necesidad que como afición. El hambre hay que matarla con algo, la paga de un jornalero eventual es pobre; la alimentación de una familia de seis hermanos, una mujer y dos abuelos había que buscarla como fuera. El huerto

que cuidaban mi madre y hermanos pequeños y la cacería cubrían esa necesidad.

—¿Antes de la guerra también se dedicaba al campo?

El Rubio lo miró fijamente y tardó unos segundos en responder.

—Hasta hace cuatro años, entonces todo cambió para mí. Espero que esta guerra me devuelva a mi sitio.

Fernando se extrañó de esa respuesta, pero no preguntó nada. Sin embargo, el guerrillero comenzó a hablar, con tanta intensidad y apasionamiento que evidenciaba un desahogo en cierta forma reparador.

El Rubio había nacido en La Carlota, Córdoba, un lugar repoblado por extranjeros durante el reinado de Carlos III. Su abuelo era alemán, ello explicaba el color de sus ojos y cabello. Llegó a esa nueva tierra como experto agricultor, le regalaron una pequeña parcela de tierra, de la que formaba parte el huerto que aún poseía. Todo iba bien hasta que enfermó su esposa, el clima de la tierra nunca sentó bien a la alemana y terminó por vencerla. El abuelo hubo de vender la mayor parte de sus tierras para pagar médicos y remedios, pero de nada valieron. A los cuatro años murió. El patriarca de la familia trabajó las tierras de otros para salir adelante, tenía cuatro hijos pequeños que alimentar. Pasó de pequeño agricultor a jornalero, el mismo oficio que heredarían su hijo y él mismo.

La vida de la familia era precaria, pasaban graves apuros económicos que iban sorteando malamente, la horrible sombra del hambre siempre rondaba aquella casa.

El Rubio decidió permanecer soltero para no quitar un jornal de casa tan necesitada. Sin embargo, era hombre mujeriego. Su atractivo personal le había proporcionado un buen número de mujeres que cayeron entre sus brazos. A ello le ayudaba tener cierta cultura; de pequeño había sido monaguillo del pueblo, el párroco le enseñó a leer y escribir, también le aficionó a la lectura. Su carácter seductor, sumado al don de la palabra que poseía, hacía que las mozas se rindieran ante él.

Sus amoríos eran conocidos en la comarca. Se decía que también gozaba de la compañía de una joven heredera, hija de un agricultor de posibles. Sin embargo, no fue esta mujer la que cambió su vida.

Cuatro años atrás había llegado a su pueblo una compañía de cómicos de la lengua. Hicieron las delicias de la población, hasta el extremo de representar allí todo su repertorio durante seis semanas. Teodora era la actriz principal de la compañía, tan voluptuosa y llamativa en sus esculturales formas como voluble en sus relaciones amorosas. Ejercía como amante oficial

del dueño de la compañía, un sesentón grasiento que la colmaba de regalos. Sin embargo, la joven no era de su uso y disfrute exclusivo, él lo sabía y lo permitía, no le quedaba más remedio si deseba gozarla de vez en cuando.

«La Teodora», como la llamaban sus compañeros, sabía escoger cuidadosamente a sus esporádicos amantes, bien por su dinero o bien por su atractivo personal cuando el vil metal faltaba. Se decía que guardaba un cofre lleno de joyas y doblones ofrecidos por quienes compraban sus favores. Cuando la compañía trabajaba en pueblos de mayoría campesina pocos amantes con dinero podía hallar entre ellos; entonces decidía regalar su cuerpo buscando un buen mozo que la satisficiera. Desde el primer día se fijó en el Rubio, le hizo tan descarados requiebros desde el escenario que el público a la salida le felicitaba por su segura conquista. La noche siguiente ya durmió con ella.

La Teodora quedó plenamente satisfecha con la capacidad amatoria del Rubio; por ello convenció al empresario para que la dejase pernoctar en una fonda de la villa mientras durase la *tournée* de la compañía por pueblos cercanos.

Sin embargo, las cosas iban a cambiar en breve. La cómica había levantado insanas pasiones entre los hombres de la zona; muchos de ellos envidiaban al Rubio por sus éxitos con las mujeres, algunos le odiaban por disfrutar de la Teodora. Entre estos, de una forma especial, Ambrosio el «Atravesao», como era conocido por sus paisanos. Su fortaleza y malas maneras le hacían ser temido en el pueblo y los alrededores; era rápido en sacar la navaja, aunque nunca nadie le había hecho frente. Aborrecía al Rubio desde que una hembra, que él procuraba ganar hacía años, se entregó en los brazos del ahora guerrillero.

El «Atravesao» se había prendado de la bella y provocativa Teodora. Tras informarse, averiguó por medio de unos viajantes sevillanos que con dineros podría gozarla. Por lo tanto, no era mujer de un solo hombre; «el Rubio» no podía enfadarse si intentaba sus favores carnales, al fin y al cabo era una meretriz que vendía su cuerpo al mejor postor.

El «Atravesao» iba a procurar el disfrute carnal de la cómica; pero deseaba hacerlo de forma patente, delante de todo el pueblo, ese pueblo que vio cómo lo rechazaba la mujer amada por preferir al Rubio. La venganza estaba bien planeada, pagaría a su enemigo con la misma moneda, con un escarnio público.

Esperó la función del domingo, era la más concurrida. Todo el pueblo se arreglaba con sus mejores galas y se desplazaba a la taberna para disfrutar la

sesión vespertina. Iba a representarse una obra escrita por el dueño de la compañía, él mismo se tenía por un gran poeta, pero sus rimas eran todo lo contrario a un canto lírico, más bien ripios ramplones de machacona y excesiva sonoridad. Había escogido un episodio histórico para dar rienda suelta a su musa creadora: la toma de Granada, donde la primera actriz hacía de Isabel la Católica y el director de don Fernando de Aragón.

El pueblo estaba embelesado viendo la representación; aquellos trajes imitando a los de época, de muy mala calidad, llenos de pedrería falsa y brillos llamativos, eran la delicia de muchas mujeres que suspiraban por tenerlos, sin saber que hacía siglos que aquella moda ya no se llevaba en la corte ni en ningún otro lugar.

Al final de la representación el público aplaudió furibundo. «La Teodora» repetía una y otra vez su reverencia cortesana más estudiada. Se acercaba parsimoniosamente a recoger las flores que los jóvenes del pueblo le ofrecían como regalo, con la oculta esperanza de ser sustitutos, aunque fuera por unas horas, del Rubio.

De repente notó cómo una mano asía fuertemente la suya, para acto seguido poner sobre ella una bolsa con monedas. Todo el mundo calló, el silencio más profundo gobernó la taberna. «La Teodora» miró estupefacta a aquel hombre unos instantes. No sabemos si porque le repugnó la cara del oferente o porque vio de reojo que la bolsa solo contenía monedas de cobre y algunas de plata, la arrojó desairadamente al suelo para seguir saludando a su público. Pero este había dejado de jalear y aplaudir, se había retirado de las cercanías de la tarima que hacía las veces de escenario.

El dueño de la compañía vio la tensión del momento; se acercó con gran prudencia para tomar del brazo a la cómica y abandonar el escenario por el telón de fondo.

—¡¿Qué pasa, Teodora?! ¿Mi dinero no es bueno para ti? —tronó la ronca voz del «Atravesado» en medio del local, estaba encendido por la ira y la humillación pública que había sufrido—. ¡Bien que se lo coges a los señoritos de Sevilla para irte a la cama con ellos!

Pero Teodora era una mujer de armas tomar. Se soltó de un manotazo del falso rey don Fernando y revolviéndose contra él le contestó:

—¡No me iría contigo ni por todo el oro del mundo! ¡Me das asco! ¡No eres hombre, a una dama no se le habla como tú lo has hecho!

—¡Una dama! ¡Una ramera es lo que tú eres! ¡Que lo sepa todo el pueblo, te vendes a los ricos por buenos dineros!

El Rubio, que había visto la función desde la puerta de entrada, se acercó veloz al lugar de los hechos.

—Anda, déjalo ya —le dijo al energúmeno ofendido, quien se sorprendió de tanta osadía.

—¿Tú? ¿Tú quién eres para decirme lo que tengo que hacer o decir? ¡Vete de aquí, nadie te ha dado vela en este entierro!

—¡Te digo que la dejes en paz! —gritó el Rubio.

—¡Vaya con el galán!, ¡sacándome genio! ¡Qué pasa! ¿Que esa ramera te da los dineros que no tienes arrestos de ganar tú solo?

La instantánea respuesta del Rubio fue un fuerte puñetazo en la cara del «Atravesao».

Este se levantó con el rostro congestionado por la ira, sacó la faca de la faja y la abrió. El sonido de los muelles puso el pelo de punta a los presentes. Luego arrancó un mantel de la mesa y lo lio en su mano izquierda como escudo protector.

—¡Ven para acá si eres tan hombre!

Los presentes intentaron que el Rubio no hiciera caso a las provocaciones. Pero los apartó y abrió su navaja, una de las mujeres le arrojó su mantilla de lana para que liara su brazo izquierdo.

La primera acometida del «Atravesao» fue feroz, pero su oponente pudo esquivarla.

La única voz que se dejaba oír era la del alcalde ordinario del lugar, que pedía a voz en grito, en nombre de su autoridad, el cese de la reyerta, a la vez que ordenaba al alguacil de justicia que diera fin a la disputa. Pero este era un hombre entrado en años y de cuerpo tan enjuto y menguado que parecía casi enano. Era claro que no podía obedecer el mandato de su alcalde y entremeterse entre aquellos enfurecidos que se batían a muerte.

El «Atravesao» buscaba con saña clavar la navaja en el pecho del contrincante, con tal ira que no administraba la fuerza y, aunque era hombre más corpulento que el Rubio, su empuje se iba debilitando a cada acometida. De todas formas era sumamente peligroso y el Rubio se defendía más que atacaba. De una certera estocada sufrió un profundo corte en el brazo. La camisa blanca del Rubio comenzó a llenarse de sangre alarmantemente. Estaba mareado, su enemigo paró para mirarle con criminal semblante, tenía una sonrisa aviesa, sabiéndose campeón de la mortal disputa. Buscaba el terror en la cara del Rubio, pero este, a pesar de su agotamiento físico, no parecía darse por vencido. Los pechos de ambos contrincantes se

convulsionaban frenéticamente por la respiración acelerada. Al Rubio le faltaba el resuello, el aire parecía negarse a entrar en sus pulmones.

La siguiente acometida fue tan atroz como la primera, con ello pretendía dar la estocada final a su contrincante. El Rubio pudo esquivar la embestida echándose hacia atrás con cierta agilidad y rapidez, pero tuvo la mala suerte de pisar el mantón que se había desenrollado de su brazo. Cayó al suelo de espaldas, con la guardia desprotegida; estaba vendido. El «Atravesao» se lanzó sobre él, pisó su antebrazo izquierdo con la rodilla, de forma que solo tenía movilidad en la mano armada con la navaja. Pero era muy limitada. Su enemigo decidió jugar con él antes de clavarle la faca en el corazón. Le hizo un corte en la mejilla y otro profundo en el hombro izquierdo, la sangre fluyó abundantemente hasta el antebrazo. Pero esta misma sangre hizo las veces de lubricante al llegar al antebrazo pisado por el «Atravesao», quien no esperaba una acción del miembro inutilizado por la presión de su rodilla. Al empaparse su manga y el pantalón del enemigo, la resistencia que oponía la sequedad fue vencida por la resbaladiza sangre. Con una rápida maniobra, sacando fuerza de donde ya no la había, el Rubio liberó su brazo izquierdo, golpeando fuertemente con el puño cerrado la sien de su contrincante. Este, sorprendido, perdió la concentración unos segundos, tiempo suficiente para que el Rubio cambiara su navaja de mano y la clavara hasta el puño en el riñón derecho de su agresor, tras sacarla con celeridad, la volvió a hundir por debajo de su esternón. El «Atravesao» lo miró con ojos tan desorbitados que, ya sin vida, los mantuvo en la misma posición.

Algunos hombres se acercaron para atender al Rubio. Al médico había que buscarlo tres pueblos más allá de La Carlota, tardaría horas en llegar, suponiendo que lo encontrasen a la primera. Las heridas eran profundas pero no de gravedad, el peligro era la infección. El mesonero apartó a la gente, tenía algunos conocimientos, pues fue aprendiz de barbero sangrador en su juventud. Mandó que lo subieran a una mesa. Antes de comenzar su cura ordenó salir a todas las mujeres, incluida Teodora. Después rasgó su camisa con un gran cuchillo y roció dos o tres jarras de agua sobre el cuerpo del Rubio, para limpiarlo de sangre y encontrar las heridas. Al estar todo ensangrentado se veían con dificultad los cortes. Una vez localizados los más graves les vació varios vasos de aguardiente encima. El rubio sintió como si le corroyeran las entrañas, se removió con fuerza, a pesar de su agotamiento, pero estaba fuertemente sujeto por seis hombres.

En ese momento llegó el párroco con los Santos Óleos, todos se apartaron en señal de respeto, menos los que atendían al Rubio. Tras ver que aquel

hombre estaba muerto le dio la absolución bajo condición. Pidió que lo trasladasen a la iglesia. Luego se acercó al Rubio, por si fuera preciso su auxilio, pero le aseguraron que no corría peligro su vida salvo complicaciones posteriores. El presbítero abandonó la taberna acompañado de los que transportaban el cuerpo del finado.

El tabernero no debía parar su cura por la presencia del párroco; pidió que cocieran vino con arrayán y laurel, también debían traer una vela, aguja e hilo. Puso la aguja sobre el fuego de la vela con objeto de desinfectarla, una vez enfriada ensartó la aguja y comenzó a coser los cortes más profundos. El Rubio tenía la consciencia medio ida, las fuerzas le habían abandonado, por lo que el curandero pudo maniobrar tranquilamente. Terminadas de coser las carnes abiertas, las lavó con el cocimiento de vino, laurel y arrayán. Frotó abundantemente las cicatrices con ese brebaje. Luego, el tabernero entró en la cocina, al rato salía con una bandeja sobre la que había varios botes cerrados y un platillo de barro con grasa.

Los presentes vieron cómo cogía un pegote de grasa y, tras abrir aquellos botes, comenzó a mezclarla con las diferentes hierbas trituradas que había dentro de ellos, hasta conseguir un emplaste verdoso que colocó sobre las cicatrices. Lo último fue vendar al herido.

Algunos hombres habían ido en busca de su familia. Cuando el padre llegó ya estaba terminada la cura, dio gracias a Dios por ello. El Rubio dormía profundamente; su padre deseaba llevarlo a casa, pero el tabernero advirtió que no era bueno moverle en ese estado. Debía menearse lo menos posible durante dos días, para evitar que las heridas se abriesen; luego podría trasladarlo una carreta.

La taberna tenía varias habitaciones de huéspedes en la planta alta. Mandó que subieran la mesa hasta una de ellas, sin tocar el cuerpo del herido. Una vez arriba le colocaron con gran cuidado sobre la cama. La Teodora se ofreció a cuidarlo durante su convalecencia, al principio el padre del Rubio se negó rotundamente, pero luego vio que era lo mejor. No podía perder el vital jornal de aquellos días; la madre tenía que cuidar del huerto, la casa y los ancianos de la familia. La gravedad parecía haber pasado, por lo que aceptó el ofrecimiento de la joven.

Sin embargo, la convalecencia del Rubio iba a durar dos días escasos, el alcalde envió al alguacil de justicia para comunicarle que debía comparecer ante su mandante a la mayor brevedad. El objeto era darle prisión hasta su traslado a Sevilla, donde sería juzgado por la muerte del «Atravesao». El mismo alcalde le mandaba decir que no debía tener nada, pues el pueblo

entero era testigo de la provocación y agresión del fallecido. Actuó en defensa propia, por ello pronto estaría de vuelta en La Carlota.

Pero el Rubio, su familia y algunos amigos no veían tan claro el asunto. El «Atravesao», aunque no tenía una gran fortuna personal, gozaba de un buen pasar, al igual que toda su familia. Gracias a las tierras que habían conservado y al ahorro, lograron que algunos de sus miembros estudiasen en la capital. Tenía un primo hermano beneficiado de la Colegial del Salvador, otro escribano en las gradas y, el más destacado, un sobrino segundo abogado, que a su vez era familiar del Santo Oficio de la Inquisición.

En aquella avarienta familia existían fuertes lazos endogámicos; se habían casado entre ellos desde hacía generaciones, para que los bienes patrimoniales no pudieran pasar a manos extrañas. Era llamativa la alta consanguinidad de la familia, hasta el punto de repetirse el apellido hasta ocho veces en una misma persona. Por ello, también abundaban los retrasados e inocentes.

La hermana pequeña del «Atravesao» estaba casada con su primo el abogado y familiar del Santo Oficio. Todo el pueblo sabía que iban a mover todas sus influencias para que la condena a muerte del Rubio fuera segura.

Ni el acusado, ni su familia tenían medios para costearse un abogado, menos uno bueno, pues su oponente tenía gran predicamento en la ciudad. No le quedaba más remedio que huir. La compañía de cómicos se había quitado de en medio nada más conocer que la justicia iba a conocer el asunto. La Teodora apoyó la decisión de su empresario y amante, temerosa de que un asunto así pudiera implicarle en el juicio y afectar a su carrera artística.

El Rubio se echó al monte. Los primeros meses vivía de la caza y la pesca. También le ayudaban a sobrevivir los encuentros mensuales con su padre o alguno de los hermanos, en una cochiquera perdida. Le llevaban pólvora y comida guisada por la madre. Esperaban que todo se olvidase con el paso del tiempo. Pero la familia del «Atravesao» no quería oír hablar ni de olvido, ni de perdón. Es más, puso precio a su cabeza, con lo que muchos se arriesgaron a salir en su busca y captura.

La situación había cambiado radicalmente, los encuentros clandestinos con la familia y la vida relativamente relajada del monte desaparecieron; todo cambió de la noche a la mañana. También sus sentimientos, no comprendía cómo había hombres que se prestaran a cazarle por dinero, más cuando era pública y notoria su inocencia en toda la comarca. Quizás por ello, las autoridades no habían enviado tras él a las fuerzas de seguridad. Su carácter y su forma de pensar comenzaron a transformarse.

No había pasado una semana cuando tuvo que hacer frente al primer cazador de recompensas, le salió al encuentro tras unos riscos, pero el Rubio fue más rápido y acabó con él. Esta segunda muerte terminó con toda posibilidad de volver a su vida anterior. Tras esa acción nadie mediaría por él ante los tribunales.

A esta primera muerte siguió una segunda de otro atrevido cazador de hombres. El Rubio era consciente de que debía darse a respetar como forajido si quería que la gente le temiera y así dejasen de ir al monte en su búsqueda. Estaba decidido a que su nombre provocara pánico en toda la región. Tras pensarlo mucho determinó entrar en acción. Tomó la delantera, en un mismo día asesinó a los dos primos del «Atravesao» que habían puesto precio a su cabeza, luego metió fuego a sus fincas. Pero no quiso parar con esa acción; debía hacerse temer entre los más atrevidos. Salió al encuentro de dos conocido cazadores de forajidos y les dio muerte. Clavó un puñal en el pecho de uno de ellos con un papel ensartado, en él advertía que el siguiente sufriría la misma pena junto a toda su familia. Nadie volvió a subir al monte en su búsqueda; sin embargo, sí lo hicieron el ejército y las milicias. Ante ello decidió abandonar la zona. Poco después se unía a una partida de bandoleros.

—Y ya ve, capitán —dijo el Rubio—, he estado asaltando carruajes y viajeros, matando a quienes me hacían frente, así hasta que entraron los franceses. Pero le juro que nunca robé por codicia, fue por necesidad, para mantenerme y enviar un dinero a la familia que ya no contaba con mi jornal.

—¿Qué cambió con la entrada del enemigo?

—Le juro que me dolió como al más patriota la invasión de los gabachos. Deseaba alistarme voluntario, pero no podía, sería detenido al momento y ajusticiado. La esperanza volvió a mi vida cuando se prometió el perdón a los bandoleros que lucharan contra el francés y dejasen el bandidaje. Para ello se formó esta partida entre varios huidos de la justicia. Desde entonces hemos estado haciendo la vida imposible a los franceses. Nuestras acciones las anotamos con los nombres de testigos, para luego entregarlas al corregidor, él las tiene que elevar a la autoridad superior junto a la petición de indulto. Estuvimos en la desgraciada acción de Medina del Rioseco; hostigamos los convoyes franceses que se dirigían a Bailén, causándoles graves bajas en hombres y soldados. Hemos terminado con más de diez grupos expedicionarios, el último anoche, del que es usted testigo. Sierra Morena es nuestra…, sin embargo, yo deseo hacer más méritos para que el perdón llegue pronto y así unirme a las tropas regulares…

—Rubio, no creo que sea tan fácil, lleva muchas muertes sobre sus espaldas… No soy nadie para juzgarle, eso es misión de los oidores en la tierra y de Dios en el otro mundo. Pero si ese perdón se ha prometido tenga por seguro que se cumplirá y que usted lo conseguirá, solo hace falta tiempo, quizás la mayor parte de la guerra, que puede ser larga… Yo solo puedo certificar la acción de anoche y el servicio que como guía está prestando a la Junta Central; se lo daré por escrito antes de despedirnos.

—Muchas gracias capitán…, y también por no juzgarme. Créame que no estoy orgulloso de lo que he hecho, pero también sé que no pude hacer otra cosa, al menos desde mi miserable situación.

Hicieron noche juntos; al día siguiente Fernando se despidió del Rubio, saliendo en busca de la Junta Central. El paisaje de altos riscos, peñas grises y multiplicidad de tonalidades verdes, fue cambiando por una llanura serena y uniforme. Los sembrados parecían tener vida al cambiar de postura sus tallos con el viento. Los molinos movían sus aspas empujadas por el aire frío del invierno, y el cielo se iba cubriendo con grises nubes que auguraban pronta lluvia. Sin embargo, apenas tuvo que utilizar su capota impermeable.

Jornada y media después daba con un grupo expedicionario español que antecedía al grueso de la comitiva.

Tras identificarse debidamente con el pasaporte expedido por la Junta sevillana, Fernando fue acompañado hasta el coronel jefe del regimiento de escolta, y este lo llevó a presencia del general que mandaba la fuerza.

—Capitán —dijo el general—, le agradecemos a usted y a la Junta de Sevilla su ayuda. Toda la que recibamos es poca. Los franceses están muy cerca y nuestro ejército va a hacerle frente en pocos días para intentar frenar su avance. Pero son más de trescientos mil hombres los que tiene Bonaparte y nuestras fuerzas requieren una urgente reorganización. Lo que más temo ahora es el paso de Despeñaperros.

—General, estoy en posición de asegurarle que no hay peligro alguno; la guerrilla ha terminado con varios grupos expedicionarios franceses, el último en presencia mía. El camino hasta Sevilla está limpio de enemigos.

—No sabe cuánto me alegra oír eso. Los guerrilleros son hombres muy valientes y están haciendo un gran servicio a España que deberemos reconocerles cuando termine la guerra… Aconsejaré a la Junta viajar más rápido, hemos hecho demasiadas paradas esperando las noticias de nuestra avanzadilla. Usted quedará adjunto a mi mando hasta la entrada en Sevilla.

—A sus órdenes, mi general.

Fernando observó aquella larga comitiva. Más de cincuenta carruajes lo formaban, todos repletos de personas y equipajes. La tropa que la custodiaba no iba formada en un orden estricto. La encabezaba el general, un coronel ayudante y el cuadro de mandos; tras ellos medio centenar de hombres. Dos hileras de soldados flanqueaban el largo del séquito. La cerraba el resto del batallón, unos doscientos hombres acompañados de artillería pesada, tirada por una recua de mulas.

Como había pronosticado Fernando, durante el camino no hubo incidente alguno. La entrada en Sevilla fue triunfal. La ciudad celebró la llegada de tan ilustres visitantes con la solemnidad que acostumbraba en todos sus actos. La Junta arribó a la capital hispalense el 16 de diciembre.

El cabildo ciudadano había ordenado a la población y a las instituciones que fueran recibidos con los honores debidos a la soberanía que representaban mientras don Fernando VII estaba cautivo. Del puente de barcas que unía Sevilla con Triana, hasta los Reales Alcázares, formó la guarnición sevillana en dos hileras.

La Giralda repicaría cuando desde su campanario se divisara la comitiva madrileña. Las alegres campanas se dejaron oír por toda la ciudad, el séquito se divisó a la altura de Santiponce. En esta villa fue recibida por la Junta sevillana, le salió al encuentro escoltada por su guardia de honor; ofrecieron a los viajeros una comida en el Monasterio de San Isidoro del Campo. El Cabildo de la Ciudad, montado en coches de gala y acompañado de veinte ministros del consejo, cumplimentó a la Central en Castilleja de la Cuesta.

La entrada en Sevilla se hizo por el barrio de Triana; desde la Torre de Santa Ana se lanzaron sonoros cohetes a la vez que sus campanas repicaban sin cesar. El pueblo se había echado a la calle, agolpándose en las que iba a recorrer la comitiva. Aclamaban a los viajeros con todo tipo de gritos y canciones. Bandas de música amenizaban diferentes zonas de la ciudad.

La Junta Central paró en las casas consistoriales, luego se dirigieron a los Reales Alcázares, pero antes hicieron una parada en el Sagrario de la Santa Iglesia. Allí les fue ofrecido un concierto por su capilla musical. El Cabildo Eclesiástico, de manteo y bonete, esperaba en la puerta principal de la Catedral. Todo el templo se había revestido de lujo. Las columnas se engalanaron con las colgaduras del Corpus, la fábrica catedralicia mandó sacar tan gran cantidad de cera, que relucía con resplandor; el altar se vestía con paramento de primera clase. Una procesión de colegiales recorrió el templo, tras ellos desfilaban los caballeros veinticuatros, jurados, demás autoridades y la Junta. Los capellanes reales habían descubierto el cuerpo de

San Fernando, allí recibieron al presidente, señor Conde de Floridablanca, y a los vocales. Terminados los rezos, el Cabildo eclesiástico acompañó a sus ilustres visitantes hasta la Puerta de la Campañilla, donde fueron despedidos por los canónigos y demás dignidades catedralicias.

El Conde de Floridablanca subió a un carruaje que le llevaría hasta los Alcázares; pero el pueblo, en el paroxismo de la exaltación, desenganchó los caballos y tiró de la carroza hasta la escalinata que llevaba a la planta alta del Alcázar.

Las celebraciones, actos y festejos continuaron el resto de la jornada y los días siguientes. Sin embargo, un inesperado acontecimiento terminó con las fiestas. Floridablanca contaba con ochenta años, las agrias jornadas vividas en Madrid, la huida de la Junta Central, el penoso viaje hacia Andalucía y las grandes emociones de la entrada en Sevilla, le pasaron factura. Al día siguiente de llegar a la ciudad se encontró indispuesto, los médicos más afamados de la ciudad y de la corte le atendieron, sin embargo, su salud no mejoraba. La ciudad entera vivía en vilo por la vida del Presidente de la Central.

Una fiebre persistente se apoderó del venerable anciano, ningún remedio era eficaz para atajarla. La calentura fue terminando con las pocas fuerzas que le quedaban. El día 30 de diciembre recibió con urgencia la Sagrada Unción de los enfermos, entregando su vida al Creador instantes después.

El luctuoso suceso sumió a la ciudad en un profundo luto. Cuarenta y cinco tristes campanadas, correspondientes al protocolo de su rango, anunciaron por los cielos de la ciudad la muerte de Floridablanca; los cañones del parque de artillería y de la Enramadilla, con el retumbar de sus férreas bocas cada cuarto de hora, recordaban la luctuosa noticia a la ciudad y pueblos cercanos.

Fernando y su familia se habían impresionado con aquella noticia, que no por esperada causó menor efecto. Desde su regreso a la ciudad todo se había ralentizado, el estado de salud del presidente hacía que las medidas políticas y militares se tomasen con prudencia. Sin embargo, la creación y puesta en marcha de la Academia Militar Sevillana no era asunto que se viera afectado por aquella fase de espera.

Dedicaba la mañana a la organización del cuadro de mandos y del profesorado. La tarde la ocupaba su vida social: recepciones, visitas, reuniones de amigos, asistencia al teatro. También quedaba con las dos mujeres que habían marcado su vida. Todos tenían claro que la guerra no les permitía hacer planes, por lo que su trato era el más parecido al de amigos,

aunque en ellos latiera el deseo de otra relación más profunda que habría de decidir el paso del tiempo.

Tan solo llevaba unas horas en Sevilla, cuando Fernando recibió la visita de Paula, esta vez no quería que le echara en cara su ausencia.

—Parece mentira, Fernando —dijo la joven—, marcharte sin tener la consideración de despedirte de mí… Seguro que con otras personas no has actuado igual…

—Paula, ha sido igual con todos, familiares y amigos. La misión era secreta y urgente, por ello rogué a mi tío que te informase de mi marcha.

—Sí, pero no me dijo si corrías peligro; gracias a Dios estás bien.

—Debes tomar mis ausencias y las de Enrique con más calma, somos militares; nuestra misión es estar en el frente de guerra. Un sufrimiento continuo no es bueno para ti ni para nadie.

—Sí, pero no lo puedo remediar.

—¿Y Enrique?

—He quedado con él casi todas las mañanas, íbamos a pedir por ti al Cristo de la Coronación de Espinas, en el convento del Valle. También hemos salido algunas tardes. Pero hace tres días partió con la legación inglesa camino de Portugal, en busca de las tropas inglesas.

—Es un buen amigo y un gran hombre, ahora me explico por qué te sentiste atraída por él… Maduró mucho antes que yo, la muerte de su padre influyó en ello. Tú lo veías ya como un hombre cuando yo seguía considerándole un joven sin preocupaciones.

—Quizás fuera eso lo que entonces valoré en él, pero luego todo cambió.

—A veces son tan inconstantes nuestros sentimientos que no llego a comprenderlos. Yo mismo no entiendo muchas de mis reacciones, es como si no me conociera…, quizás sea eso.

—Muchas personas mueren sin haber llegado a conocerse ellos mismos.

—¿Entonces cómo vamos a conocer a otros? ¿Cómo intentamos escudriñar el interior de otras personas cuando no logramos desvelar el nuestro?

—Son preguntas difíciles de contestar, si es que tienen respuesta. Quizás un filósofo o un teólogo, pero nosotros, al menos yo, no alcanzo a darles respuesta.

—Tienes razón, nos hemos puesto demasiado trascendentes.

La visita duró poco más, esperaban a Paula en su casa.

Fernando se sorprendió de su reacción ante la joven. Era la primera vez en mucho tiempo que no se había conmovido al verla. Ello le hizo pensar en la

conversación que tuvieron, en lo mudable de los sentimientos humanos y el desconocimiento de uno mismo.

El pueblo hizo largas colas ante el cadáver del Presidente Floridablanca, deseaba rendirle su último respeto. Expusieron el cuerpo de Moñino en el Salón de Embajadores del Alcázar, en el féretro que se usaba para los arzobispos, alzado sobre una tarima revestida de ricas alfombras. Le cubría un gran dosel que envió el cabildo eclesiástico, era de terciopelo carmesí, ricamente bordado y con galones, flecos y borlas de oro fino. Grandes candeleros de plata indiana iluminaban el cuerpo inerte del antiguo ministro de la corona.

Se habían colocado cuatro altares en las esquinas del salón, donde continuamente eran celebradas misas en sufragio del finado. Dos alabarderos y dos guardias de honor de la junta sevillana formaban en las esquinas del túmulo funerario.

Fernando acudió al salón de duelos junto a sus tíos; las autoridades no tenían que guardar cola y el general era asesor de defensa en la Junta sevillana. Antes de entrar vio que Lady Helen estaba en la cola, muy alejada de la entrada. Le pareció que estaba sola, pues ni el coronel ni Enrique estaban allí. Luego recordó que la legación inglesa había salido a buscar las tropas de Wellesley.

—Hola Helen, qué agradable sorpresa.

—Fernando, me alegro de verte.

—¿Estás sola?

—Sí, mi padre ha partido con la legación rumbo a Portugal.

—¿Cómo es que no te acompaña nadie? Al menos alguna doncella o un lacayo.

Helen se rio discretamente, mostrando dos encantadores hoyuelos en sus cachetes.

—¡Pero Fernando! Ya me conoces, no soy una de esas señoritas remilgadas de tu ciudad. No me hace falta la compañía de nadie.

—Al menos debías planteártelo, si no por el qué dirán, sí por tu seguridad. Eres una mujer muy hermosa; tu belleza llama la atención, esos ojos claros y el pelo tan rubio son poco frecuentes en estas tierras; puedes despertar el deseo en gente peligrosa.

—Ya sabes que no tengo miedo, pero ahora estás tú aquí y todo solucionado. Anda quédate aquí, no creo que a estos amables caballeros —dijo dirigiéndose a los que estaban tras ella— les importe que me acompañes —todos mostraron su consentimiento.

—Algo mejor, Helen, vente tú conmigo; el general tiene pase directo.

—Pues muy bien, vayamos con ellos. Muchas gracias señores —se despidió de quienes tan amable habían sido.

—Confieso que me ha extrañado verte aquí —dijo Fernando.

—¿Por qué? Toda la ciudad guarda cola para ver por última vez al conde.

—Pero tú eres extranjera.

—¿Y qué? Floridablanca fue un gran hombre, guio el rumbo de España mucho tiempo, ya es parte de la historia, deseaba verle y ser partícipe de esta despedida que también es historia.

—Tienes razón, pero vamos rápido, mis tíos nos esperan en la entrada.

Helen saludó al general y su esposa. Nada más entrar en el salón se dirigieron al féretro. Junto a él habían colocado unos lujosos reclinatorios, pero todos estaban ocupados. Rezaron de pie durante diez minutos, luego el general dio el pésame a los vocales de la Junta. Tras ello se quedó en uno de los corillos formados por militares y políticos. Doña Eugenia de Velasco se unió a varias damas que estaban sentadas en un estrado que bordaba las armas reales en su tapicería.

Fernando permaneció junto a Helen. A pesar de estar el recinto lleno de gente, el frío de diciembre se dejaba sentir con fuerza. Varios lacayos entraron portando grandes braseros de bronce, encendidos con cisco y rociados de romero para perfumar el ambiente.

—¿Y ahora qué pasará? —preguntó Helen.

—Me imagino que nombrarán otro presidente con urgencia, la Central no puede estar descabezada.

—¿Y tú qué vas a hacer? Me tienes totalmente desinformada de cómo van tus asuntos.

—Ahora estoy en un proyecto de Academia Militar y luego a esperar destino. Imagino que no tardará mucho en caer. Napoleón está haciendo de las suyas Despeñaperros arriba, espero que volvamos a pararle los pies antes de llegar a Andalucía.

—¿Tú crees que se logrará?

—No lo sé, Bonaparte ha traído doscientos cincuenta mil hombres de refuerzo, muchos curtidos en los campos de batalla europeos. Pero aunque llegaran aquí, te aseguro que tarde o temprano los echaremos. De momento, las fuerzas en Galicia, Aragón y Cataluña resisten bien, pero no sabemos el tiempo que podrán aguantar. Zaragoza lleva diez días soportando el segundo sitio; la ciudad está bien pertrechada, pero el asedio puede durar. Será una campaña de agotamiento, ganará quien más pueda resistir. El problema son

los abastecimientos; la población no puede recibirlos, mientras que los franceses no tendrán dificultad alguna en ello.

—Es tremendo vivir con tanta incertidumbre —dijo la joven con su mirada perdida en las brasas de una de las copas, mientras se arropaba bajo un chal de lana.

—Pero esa es la guerra, Helen, tú lo sabes muy bien.

—Sí, tienes razón, pero no me acostumbro ni a la incertidumbre de la guerra, ni a ninguna otra… —dijo mientras miraba fijamente a Fernando—. ¿Sabes? He escrito a mi padre, le he pedido permiso para reunirme con él… Aquí estoy sola, en otras circunstancias no dejaría la ciudad, pero temo por papá, que le suceda algo y yo no esté a su lado. Nunca ha sido un militar de gabinete, sino de primera línea de combate, y eso es lo que va buscando, el mando de un regimiento de acción directa. Nada importante me retiene aquí…, y sé que mi padre puede necesitarme.

Fernando se había desconcertado con aquellas palabras. Estaba claro que él era otra incertidumbre para Helen, o al menos lo había sido, pues acababa de confesar que nada le ataba a Sevilla. Esas palabras tenían tantas interpretaciones positivas como negativas, pero no estaba en condiciones de analizarlas, y menos de buscar en el interior de aquella mujer. Se le volvía a hacer presente la conversación con Paula: lo difícil de conocer a los demás y a uno mismo en muchas ocasiones.

Si Paula no le causó los efectos que acostumbraba, con Helen había sido diferente. Su atracción física hacia ella nunca había disminuido, es más, aumentaba con el tiempo. Siempre había deseado gozarla carnalmente, con independencia de los sentimientos que pudiera tener hacia ella. Pero hoy, a ese deseo lúbrico parecía sumársele otro, que no deseba identificar más que como un fuerte cariño, aunque pudiera estar engañándose él mismo.

Le habían dolido las palabras de Helen, así como su decisión de marcharse de la ciudad.

—No me gustaría que te fueras —le dijo el capitán.

—Es lo mejor, Fernando. Hay muchas cosas que pesan a favor de mi marcha; no es solo mi padre, pero aunque así fuera iría a buscarle si creo que debo estar a su lado.

—¿Cuándo te irás?

—No lo sé, aún no he tenido contestación del coronel, los caminos no son seguros para el correo, pero en dos semanas espero tener contestación.

—Entonces tenemos tiempo para vernos otras veces, si tú lo deseas.

Helen miró de nuevo con fijeza a Fernando.

—¿Por qué ahora precisamente? Quizás no sea buena idea. Además, no va a ser una marcha para siempre, tarde o temprano volveremos a la legación.

—Al menos prométeme un día entero antes de tu marcha, no puedes negarte.

—Hecho, yo te avisaré.

En ese momento comenzaba una de las misas, la ofrecía el Real Cuerpo de Artillería al que perteneció Fernando. Varios militares le invitaron a presidirla junto a ellos, no podía negarse estando de cuerpo presente el difunto.

—Espérame con mis tíos, en cuanto termine te llevo a casa.

—Anda, ve y no te preocupes por mí.

Helen abandonó los Reales Alcázares poco después de comenzar la misa, no sin antes despedirse del general y su esposa. Así sabría Fernando que se había marchado.

Al día siguiente, último día del año, tras una solemnísima ceremonia, se enterraba en el panteón de reyes y príncipes de la Capilla Real el cuerpo del Serenísimo Señor don Francisco Antonio Moñino, Conde de Floridablanca y Presidente de la Junta Central.

IX

El año entraba lleno de incertidumbres, a finales de enero esa incertidumbre comenzó a convertirse en grave preocupación. El 21 de diciembre el mariscal Lannes puso sitio a Zaragoza, contaba con cuarenta mil soldados de infantería más tres mil quinientos de caballería. Los sitiados estaban agotados tras el primer sitio francés, pero la moral era muy alta. Habían previsto un segundo intento de tomar Zaragoza, por lo que se restauraron algunas fortificaciones. Los graneros de la ciudad estaban abastecidos con la cosecha recogida antes de la llegada del francés.

La artillería española sumaba ciento sesenta cañones, muchos de ellos tomados al enemigo en el primer cerco a la ciudad, que los abandonó tras su fracaso. La defensa estaría a cargo de treinta mil soldados regulares y el pueblo entero de Zaragoza.

Los primeros intentos de tomar la ciudad fueron rechazados contundentemente; aunque el enemigo iba ganando terreno, el general O'Neylle logró recuperar parte del mismo. Los ataques y contraataques se sucedían continuamente. El 28 de enero comenzó una ofensiva general de las fuerzas invasoras. Era el principio del fin, pero aún costaría mucha sangre la rendición de Zaragoza.

El combate fue encarnizado; hombres, mujeres, ancianos y niños luchaban calle a calle, casa a casa, palmo a palmo. Lannes escribió una carta que resumía aquel horrible sitio: «¡Qué guerra! ¡Qué hombres! Un sitio en cada calle; una mina bajo cada casa. ¡Verse obligado a matar a tantos hombres, o mejor, a tantos furiosos! Aquella guerra es horrible: se lo he escrito al emperador; la victoria da pena…»

Otra mala noticia había sido la derrota infligida por Soult al ejército británico, mandado por Sir John Moore, en La Coruña, cuando iba a embarcar sus tropas para salir de la península Ibérica. A Moore una bala de cañón le

arrancó la clavícula, dejando el brazo sujeto por un colgajo de músculos sangrantes; la herida fue mortal.

Con aquellas expectativas Fernando iniciaba su ejercicio como instructor militar de los profesores y alumnos toledanos. Sería el coronel de artillería, don Mariano Gil de Bernabé, quien afrontara la formación de la Academia Militar de Sevilla. En ella no solo se instruirían como oficiales y suboficiales a los antiguos universitarios y profesorado que formaban el regimiento de Toledo, sino a los miembros alistados en las milicias y los voluntarios que desearan ingresar en la academia. Más de cien alumnos pasaron el primer curso.

Sin embargo, Fernando no se encontraba a gusto como instructor, era hombre de acción y lo que a principios de año era una incertidumbre se había convertido en una certeza: las tropas francesas se encaminaban hacia Andalucía. Volvió a hablar con el mariscal para rogarle un puesto de acción directa.

—Te comprendo, Fernando —dijo don Laureano—, no olvides que soy un viejo militar, pero debes terminar el curso en la Academia. A finales de julio acaba, entonces hablaremos.

—Pero tío, hay oficiales que pueden sustituirme. Muchos estarían encantados de hacerlo.

—Esa no es la cuestión, Fernando, ya te lo he dicho muchas veces: obediencia y disciplina. Si el alto mando opina que tu puesto está aquí y ahora, será por algo, no debes discutirlo… No obstante, en julio haré lo que pueda, no debes abandonar tu cometido sin acabarlo. Solo tienes que esperar unos meses.

—Me subleva ver la marcha de la guerra, y yo aquí sin hacer nada.

—Estás haciendo lo que tu patria y tu ejército ahora te demandan. Ya veremos en julio.

Los meses pasaban y las noticias continuaban siendo alarmantes. Zaragoza se había defendido valerosamente, siguiendo la respuesta de Palafox, «Guerra y cuchillo», a cada propuesta de rendición del enemigo. El estado de la ciudad causaba pavor, estaba destruida; hombres famélicos, llenos de sucios vendajes y medio desnudos, luchaban valientemente entre los escombros. Más parecían la tétrica visión de muertos resucitados, surgidos de la tierra, que combatientes en sus trincheras de escombros.

Miles de cadáveres despedazados, trozos de vísceras y miembros desprendidos de sus cuerpos se pudrían en las calles sin poder recibir cristiana

sepultura. Los suelos de la ciudad se habían teñido de un rojizo sangriento que impregnaba las zapatillas de sus defensores. Perros y alimañas hambrientas comía los restos en descomposición de los valientes caídos. Los canes paseaban con trozos de carne y extremidades humanas sujetas entre sus dientes. El olor nauseabundo a muerte lo invadía todo; sin embargo, parecía que la ciudad se había acostumbrado a él.

Esta dantesca situación, sumada a la falta de alimentos y de medicinas, provocó una epidemia de tifus que comenzó a diezmar el ya menguado número de valientes defensores. Palafox cayó enfermo, sin embargo, se negaba con energía a la rendición. Pero el 21 de febrero la heroica capital española se rendía, recibiendo los máximos honores militares del enemigo por su noble valentía. Zaragoza había perdido cuarenta y tres mil almas.

Tras la rendición de la capital aragonesa, el ejército francés puso rumbo a Gerona y Tarragona con objeto de sitiar y rendir la ciudad. Ya sabían por experiencia que no iba a ser misión fácil.

Llegado julio el mariscal cumplió su palabra, removió influencias para que Fernando fuera destinado al cuadro de mandos del general Cuesta. Muy pronto encontraría la acción que buscaba.

Cuesta y el inglés Wellesley se habían unido para enfrentarse al mariscal Víctor que se hallaba en Mérida. Pero el francés hizo marchar sus tropas hacia Talavera, con objeto de sumarlas a las numerosas fuerzas del rey don José Bonaparte que venía en su auxilio. A ellos se unieron las tropas del general francés Sebastián.

A la unidad absoluta de los mandos franceses se oponía el continuo enfrentamiento entre Cuesta y Wellesley, cuyos puntos de vista diferían en materia de estrategia militar. A pesar de sus discrepancias llegaron a un acuerdo para enfrentarse a Bonaparte. Las tropas aliadas se situarían entre el Tajo y el Cerro de Medellín, los españoles ocuparían la derecha, junto a Talavera, las fuerzas de Wellesley la izquierda.

El 28 de julio de 1809 el general Víctor, al mando de la división Ruffín, atacó a bayoneta calada las fuerzas que defendían el Cerro de Medellín. El ataque fue rechazado con la ayuda de la caballería mandada por el Duque de Alburquerque y la Quinta División española del general Bassecourt.

Fernando volvió a distinguirse en este encuentro. Cuando los franceses avanzaban por el cerro, el sevillano, al mando de sus hombres, arroyó su vanguardia, jugándose la vida entre el fuego cruzado de ingleses y franceses. Afortunadamente esta acción causó pocas bajas en la caballería que, tras la huida de los franceses, regresaba a su primera posición.

Poco después de este primer intento francés, el rey José, aconsejado por sus mandos, decidió un ataque general contra las posiciones británicas. La lucha fue encarnizada, produciendo numerosas víctimas; el campo se había cubierto de cadáveres y el agotamiento hacía mella entre los contendientes.

La diestra caballería española lanzaba constantes cargas en auxilio de las fuerzas inglesas, desconcertando a la infantería enemiga.

Los grandes esfuerzos de los ejércitos aliados consiguieron repeler el ataque francés, que se retiró a sus posiciones. Tras ello, españoles e ingleses se dedicaron a reforzar sus posiciones y prepararse para la próxima embestida del enemigo. Pero al día siguiente una sorprendente noticia recorrió el frente, el ejército francés se había retirado durante la noche.

Los gritos de victoria invadieron los campos que antes habían sido escenario de las más cruentas batallas. La alegría se desbordó por todos los cuerpos del ejército; la esperanza había resurgido en los corazones de tan valerosos soldados.

Después de este triunfo quedaba la penosa misión de enterrar a los muertos. Se contaron siete mil franceses, más de cinco mil ingleses y mil doscientos españoles.

Posteriormente, en premio de esta acción, el rey concedió a Wellesley los títulos nobiliarios de Vizconde de Talavera de la Reina y Vizconde de Wellington. Antes, la Junta Central había reconocido los méritos del general Cuesta, al que premió con la Gran Cruz de la Real y Distinguida Orden de Carlos III.

Este triunfo hizo que la Junta Central, refugiada en Sevilla, se planteara la idea de formar un gran ejército que volviera a repetir la hazaña de Bailén, derrotando al ejército francés para liberar el centro de la península y evitar la invasión de Andalucía. Wellesley desaconsejó esa acción, pero no fue escuchado. El hasta entonces teniente coronel Areizaga, ya retirado, se puso al frente del ejército del centro con el grado de mariscal de campo.

Fernando y otros oficiales de caballería fueron destinados al cuadro de mando de Freire, jefe de la caballería española, quien el 10 de diciembre había perdido varios oficiales y doscientos hombres en la acción de la Cuesta del Madero contra los franceses.

El sevillano llegó al campamento de caballería cinco días después de la derrota de Freire. Tras ponerse a su disposición decidió visitar los campamentos militares que rodeaban la zona. Desde Bailén no había visto un despliegue de fuerzas militares tan grande.

En la visita se llevó una agradable sorpresa; durante su deambular por los destacamentos alguien le sujetó del brazo, era don Ricardo Ramírez de Arellano, ya ascendido a capitán.

—¡Ricardo, qué alegría! —exclamó Fernando mientras se fundían en un fuerte abrazo.

—¡No te puedes imaginar cuánto me alegra volver a verte, Fernando! Sabía de tu carrera militar por la famosa hazaña de Bailén, todos tus compañeros estamos orgullosos de ti… Aunque te hayas pasado a la caballería.

—Cosas de la guerra Ricardo. Pero dime, ¿cómo estáis todos? Os he echado de menos y preguntado muchas veces qué había sido de vosotros.

—Ya te contaré, lástima que ahora tenga que presentarme al coronel de mi regimiento, me ha hecho llamar; a su presencia iba cuando te vi. Pero esta noche cenamos juntos. ¿Tienes algo que hacer?

—Nada mejor que hablar contigo.

—Mira, a las ocho y media nos vemos en la Venta del Ciego, está muy cerca. Pregunta por ella a cualquiera, todos la conocen. Mandaré a un asistente para que nos reserven mesa. ¡Bendito sea Dios que nos ha hecho encontrarnos de nuevo!

—Siempre hay que darle las gracias a Él por todo.

—Me voy volando, el coronel estará ya impaciente. Hasta la noche.

—Hasta la noche.

Aquel encuentro le hizo revivir muchos momentos pasados en camaradería con sus antiguos compañeros de armas. Las cenas, reuniones, los días de conspiración contra el francés y la épica jornada de la casa de citas madrileña.

A las ocho y media en punto Fernando entraba en la Venta del Ciego. La alegría de la mañana se dobló, junto a Ricardo se encontraba el ahora capitán Hilario Echevarría y dos oficiales.

Fernando abrazó fuertemente a Hilario, luego les presentaron a los oficiales desconocidos, el coronel de Infantería don Pablo Alonso de Prados, y el capitán don Tomás Boutín, del mismo cuerpo.

—Queridos compañeros —dijo con orgullo Echevarría—, este flamante capitán de caballería, que en un tiempo glorioso fue artillero, se ha cubierto de gloria mayor con sus hazañas militares. Miradlo si no, capitán como nosotros, y con bastantes menos años. ¡Eres un genio Fernando!

—Me abrumas, Hilario, no es para tanto.

—¿Cómo que no? —intervino Ricardo—. Sabemos que el propio Castaños te llevó junto a él en la entrada triunfal que hizo en Sevilla tras Bailén.

—El mérito fue de mis hombres, no mío.

—Siempre tan modesto. Por cierto, ¿qué es eso de los garrochistas?

El grupo de amigos tomó asiento en un reservado bastante apartado del comedor general. El local estaba repleto de oficiales de todas las armas del ejército, lo que ofrecía al lugar un original colorido debido a lo llamativo de los variopintos uniformes.

La comida ya estaba concertada, no hubo que esperar mucho. Fernando se dedicó a explicar la historia de aquel regimiento de garrochistas y la acción de Bailén mientras degustaban sabrosas carnes asadas y generosos vinos de la tierra.

—¿Y vosotros qué habéis hecho todo este tiempo?

—La verdad es que no hemos tenido tiempo de aburrirnos —contestó Ricardo—. Ya sabes que los artilleros estamos en todas las contiendas. Hilario y yo hemos tenido la suerte de luchar juntos en las mismas batallas, unas con más fortuna que otras. Estuvimos en las acciones de Medina de Rioseco, la primera de Talavera, Somosierra y Espinosa de los Monteros; eso sin contar las escaramuzas menores.

—Ricardo —intervino Hilario— fue gravemente herido en Somosierra, casi pierde un brazo por una bala; la herida se infectó. Nadie apostaba por su vida, pera ya lo ves, totalmente recuperado. Es un hombre fuerte.

—Aquí, los que más y los que menos, ya tenemos marcado nuestro cuerpo por heridas de esta guerra —dijo Ricardo.

Esta aseveración dio pie a que todos hablaran de sus heridas de combate, incluso enseñaron las que eran visibles sin faltar al pudor. Luego recordaron a los compañeros de la academia y a los ausentes. En ese momento Fernando intervino.

—¿Qué ha sido de Pedro de las Bárcenas? No le veo desde la jornada del 2 de mayo, al día siguiente me protegió en su casa, le debo mucho.

—El bueno de Pedro no ha tenido la suerte de nosotros… Pero no te alarmes —dijo Ricardo ante el gesto de Fernando—, está vivo y sigue luchando por España, pero en otro puesto.

—Perdió una pierna en la acción de Talavera. Ahora es capitán, tiene el mando de un regimiento de inválidos y, lo más importante, es vocal de la Junta de Santander, donde está realizando una gran labor como consejero militar. Su tía doña Constanza Cevallos cuida muy bien de él, hasta el punto

de haberle buscado una hermosa y rica mayorazga cántabra con la que va a casar cuando termine la guerra.

De las conversaciones personales pasaron a la marcha de la contienda. Algunos de ellos no estaban muy de acuerdo con la operación militar que había preparado la Junta Central. El ejército del centro, al que pertenecían todos, debería enfrentarse en breve a las fuerzas invasoras, en un intento desesperado de frenar la potente máquina militar del Emperador.

Era patente que existía cierto malestar entre algunos mandos por la operación tan precipitada que había forzado la Central. Alguien sacó el tema, esperaron a que el oficial de mayor graduación diera su opinión. Estaban entre amigos y en un lugar apartado donde no podían ser oídos. El coronel don Pablo Alonso de Prados tomó la palabra.

—No puedo negar que ese malestar existe. Se piensa que la Junta Central no ha estado acertada en su decisión, también es público que Wellesley aconsejó en contra; pero tenemos numerosas fuerzas que, bien mandadas, pueden poner en fuga al francés.

—Ese es el problema Pablo —intervino el capitán Boutín—, hay quien duda de la capacidad militar de Areizaga, es un teniente coronel que estaba retirado y al que han ascendido a Mariscal para darle el mando. ¿Es que el ejército no tiene mandos militares que ya han demostrado su valía en esta guerra?

—Tengo que deciros —contestó Alonso de Prados— que Areizaga es un militar con gran experiencia. Tuvo sonados éxitos en las campañas de Orán y Argel, también en la guerra contra la Convención.

—Sí, es verdad que ha sido un buen militar, pero la pregunta es si está capacitado para dirigir el Ejército del Centro. Jamás ha mandado tanta fuerza junta —dijo Echevarría—. Es para este caso concreto donde se crea la duda sobre su idoneidad.

—Es cierto que hay jefes militares disconformes, dicen que Areizaga no tiene conocimientos militares tan profundos como para dirigir un ejército de este tamaño, pero no olvidemos que le asisten ilustres militares.

—¿Sabéis el número de fuerzas concentradas? —preguntó Fernando.

—El otro día tuve curiosidad por saberlo —contestó Tomás— y pregunté a un amigo del estado mayor… Aquí lo tengo anotado —dijo mientras extraía una cartera de su guerrera y sacaba un pliego doblado de ella—: cerca de sesenta mil soldados de infantería, cinco mil ochocientos de caballería al mando de tu jefe Freire; mil quinientos artilleros, seiscientos zapadores y sesenta cañones. Total, más de sesenta mil hombres más los de caballería.

—Da miedo oír ese número cuando hay tanto en juego y se duda de la capacidad de mando —intervino Ricardo.

—Bueno —cortó el Coronel Alonso de Prados—, no debemos pensar más en ello. Tenemos que tener la moral alta y confiar en nuestros mandos. Si Dios lo quiere vencerán nuestras fuerzas, y si no se es servido con esta victoria quizás nos depare una mayor y definitiva.

Decidieron dejar el tema, sabían que con él incomodaban al coronel, que, aunque amigo, era un mando superior.

Comenzaron a recordar viejos tiempos.

—¿Qué habrá sido de Laura «la Cubana» y Carlota «la Pelirroja»? —preguntó Hilario con cierta guasa mientras miraba fijamente a Fernando. Los conocedores de la historia comenzaban a reír recordando la jornada madrileña en la casa de citas. Luego la contaron a los que no estuvieron presentes.

—La última vez que vi a Laura fue la noche del dos de mayo —respondió Fernando—. Antes de refugiarme en casa de Pedro de las Bárcenas lo hice en la casa de citas. Iba herido y me escondieron, Laura me atendió con gran esmero.

—¿Con el mismo esmero de siempre? —preguntó Ricardo con doble sentido mientras sonreía.

—No, no de la forma que tú piensas, vil pecador. En ese momento no estaba para muchos trotes. Carlota se había marchado con el indiano tras los sucesos de Madrid, fue a buscarla y ella aceptó. Al día siguiente todas salieron de la ciudad. Una de las mujeres había matado a un coronel francés, debían huir antes de ser descubiertas.

La noche continuó entre estas y otras historias que surgían en el recuerdo de los militares. Todos volvieron a sus destacamentos, más alegres de la cuenta, ya entrada la madrugada.

El 18 de noviembre la caballería al mando de Freire se colocó a la vanguardia del ejército de Areizaga. Fernando mandaba un escuadrón que abría paso a toda la fuerza. Al día siguiente deberían llegar a Ocaña.

Pero entre Ontígola y Ocaña las fuerzas de Freire se vieron sorprendidas por los ocho regimientos de París y Milhaud, con un total de tres mil jinetes. Los dieciocho regimientos españoles sumaban cuatro mil hombres. En ese momento comenzaba la más importante batalla de caballería que vería la guerra contra el francés.

Fernando, que iba a la cabeza de las fuerzas, se vio atacado por los dragones de Milhaud. Intentaron hacerles frente, pero la avanzadilla española

no era numerosa, por lo que mando retirada hasta unirse a las fuerzas de Freire. Pocos minutos después de conseguirlo, las dos divisiones de Freire fueron atacadas ferozmente por los dragones, con tal ímpetu que los españoles no pudieron resistir en su posición. El desconcierto cundió en la caballería, dispersándose en un desorden absoluto. Centenares de jinetes españoles fueron muertos y heridos. Hicieron prisioneros a ochenta soldados. Por parte francesa solo hubo unas docenas de muertos, entre ellos el general de París.

La caballería francesa se retiró después de esta triunfal carga. Freire reorganizó sus fuerzas y llamó a sus mandos a consulta.

—Ha sido un ataque sorpresivo y bien estudiado por el enemigo. Ahora tenemos que reagruparnos y continuar la marcha hasta Ocaña. Mañana se espera la llegada del mariscal Areizaga. Debemos descansar esta noche, pues ignoramos si el mariscal quedará en Ocaña o buscará otro lugar para presentar batalla.

—Mi coronel —intervino un capitán—, dudo mucho de que las tropas del mariscal puedan continuar la marcha, llevan muchos días de camino y están agotadas.

—Eso mismo opino, pero debemos esperar a conocer cuáles son las órdenes. Mientras tanto hay que seguir adelante, abriendo camino si fuera necesario. Capitán Tello de Portugal —se dirigió a Fernando—, usted volverá a colocarse en vanguardia con su escuadrón. Al más mínimo contratiempo galope hacia nosotros, no presente batalla.

—A la orden mi coronel.

Fernando volvió a tomar la cabecera de la caballería; junto a él cabalgaba un joven alférez del Real Cuerpo.

—Mi capitán —preguntó el alférez—, ¿conoce usted bien esta tierra?

—La verdad es que no mucho, he pasado algunas veces por aquí cuando estaba destinado en Madrid. Pero no tengo hecho un estudio del terreno, me imagino que el estado mayor lo habrá realizado, alférez.

—Eso es lo que me preocupa, capitán.

Fernando miró al joven oficial, se alarmó de que hubieran llegado a los oficiales más jóvenes, suboficiales y tropa, los comentarios sobre la idoneidad del mando en el ejército del centro.

—¿Cuál es su nombre, alférez?

—Gonzalo de Acuña.

—Don Gonzalo, ¿por qué me hace esa pregunta?

—Mi padre tiene tierras de labranza cerca de Ocaña; desde pequeño le he acompañado en época de siembra para dirigir las operaciones de los labriegos.

Conozco muy bien todos estos pagos, créame si le digo que Ocaña no se encuentra en una zona donde pueda plantearse una eficaz posición defensiva.

—Aún no sabemos si el ejército del centro permanecerá en Ocaña o seguirá la marcha en busca de mejor lugar; mañana saldremos de duda.

Fernando respiró tranquilo cuando comprobó que no se había hecho referencia a las dotes de mando de Areizaga, pero quedó inquieto ante la información del alférez. Los soldados estaban cansados, si paraban a descansar la batalla tendrían que plantearla allí mismo.

Poco se había equivocado, a las ocho de la mañana del 19 de noviembre entró Areizaga en Ocaña, donde ya estaba concentrada la mayor parte de su ejército. La tropa se encontraba agotada, debían parar a descansar y prepararse para presentar batalla allí mismo. Comenzaron los preparativos muy pronto.

Poco después de la llegada del mariscal, Fernando se cruzó con el coronel Alonso de Prados y el capitán Boutín. Iban a reunirse con el estado mayor.

—Mi coronel —dijo Fernando—, por lo visto vamos a presentar batalla en esta zona.

—Capitán, no hay más remedio —contestó el coronel—; si seguimos adelante las tropas quedarían al borde de la extenuación, y si nos atacan en esas condiciones sería un desastre.

—Me preocupa ver que muchos hombres van mal equipados —continuó Fernando—, con armas viejas, la uniformidad incompleta, algunos casi descalzos.

—Es un mal endémico de nuestro ejército —contestó Boutín—. Son miles los voluntarios que forman parte de las fuerzas; si no hay equipamiento para todo el ejército regular, ¿cómo vamos a cubrir las necesidades de los voluntarios? No sé quién es el responsable de todo este desbarajuste, pero desde el inicio de la guerra nuestras tropas se han enfrentado al enemigo en una situación muy precaria. Nosotros no podemos hacer nada, esa es cuestión de la Junta Central.

—Bueno, que sea lo que Dios quiera —dijo el coronel—, debemos tener confianza en nuestra superioridad numérica. Ahora tiene que disculparnos; le deseo suerte, capitán.

—Que Dios vele por todos nosotros.

Fernando meditó sobre esa corta charla. Los soldados estaban cansados y mal equipados, la posición no era buena para la defensa, para colmo se dudaba de la capacidad del mando. Las fuerzas españolas eran superiores en número a las francesas, pero la preparación militar del invasor era óptima.

Soldados profesionales bien equipados y curtidos en los más feroces campos de batalla europeos. Los voluntarios españoles no tenían preparación alguna, y varios batallones del ejército regular no habían tenido tiempo de ser instruidos suficientemente.

Antes de comenzar la contienda se celebró una misa de campaña. Fernando asistió con sus hombres; tras la comunión general se retiraron a esperar órdenes.

El rey José I y el mariscal Soult decidieron un ataque directo contra las posiciones españolas; eran conscientes de su mejor preparación y conocimiento de estrategia militar.

La embestida del ejército francés fue imponente, arrasó las defensas españolas. Las divisiones de Areizaga se vieron arrolladas una tras otra. El ejército central quedó dividido, sin que fuera posible reagruparse. Los mandos no pudieron coordinarse con el estado mayor, pues el enlace era imposible. Cada uno actuaba por su cuenta, intentando hacer lo que creían conveniente, sin poder consultar con el jefe supremo de las fuerzas y sus asesores.

Los hombres de Freire volvieron a verse sorprendidos por el rápido ataque de los escuadrones de Sebastián. No reaccionaron a tiempo, la caballería española fue dispersada, sufriendo graves bajas.

El ataque a Ocaña era imparable, al ejército español solo le quedaba retirase, pero no hubo orden general que preparara la retirada, cada uno lo hizo como pudo. Los soldados huían sin orden ni concierto. Las tropas invasoras persiguieron a los huidos causándoles numerosas bajas.

Fernando solo pudo mantener junto a él a un pequeño grupo de soldados. Había luchado valerosamente, pero todo estaba perdido, el enemigo era una máquina de matar que parecía no tener descanso alguno. Dio orden de retirarse.

En su retirada observó que un escuadrón de dragones atacaba las posiciones artilleras rezagadas. Un grupo de artilleros se defendían espada en mano junto a los cañones. Entre ellos sus amigos, los capitanes Ramírez de Arellano y Echevarría.

Sin pensarlo dos veces mandó cargar contra los dragones, para intentar cubrir la retirada de los artilleros. El encuentro fue de gran ferocidad; a pesar del menor número de españoles, los franceses se llevaron la peor parte. Pero la desesperación cundió en los combatientes cuando vieron que llegaban nuevos dragones.

Fernando ordenó a sus hombres que recogieran a los artilleros, los montaran sobre la grupa de sus caballos y se retirasen. Era una acción

peligrosa, pues debían dejar de combatir unos instantes para ayudar a los artilleros a subir en los caballos.

Fernando agarró por el brazo a Ricardo, quien con una gran agilidad saltó sobre la grupa del caballo. Hilario de Echevarría fue asistido por el alférez Acuña. Pero cuando iba a subir al caballo recibió un disparo en la pierna, cayendo de bruces al suelo. No pudieron recogerlo.

La retirada fue en total desorden, no habían quedado más de veinte jinetes. Fernando picó espuelas, buscando poner tierra por medio entre él y los dragones franceses. Cuando creía conseguirlo, un potente trueno seguido de un cegador fogonazo derribó su caballo. Solo le dio tiempo a ver el cuerpo de Ricardo tendido en el suelo, segundos después perdía la consciencia.

El triunfo de las fuerzas francesas fue indiscutible. El ejército central había desaparecido del campo de batalla. Más de cuatro mil muertos y catorce mil prisioneros eran las pérdidas españolas. A ellas había que sumar los miles de soldados que se habían dispersado durante su retirada incontrolada.

Días después se reorganizaba el ejército en Sierra Morena. Solo veintiún mil soldados y tres mil jinetes pudieron ser reagrupados de los cerca de sesenta mil infantes y cuatro mil ochocientos soldados de caballería. Las divisiones de Lacy, Jácome y Zeraín habían desaparecido prácticamente.

El ejército francés solo sufrió las bajas de mil novecientos hombres y noventa y cuatro oficiales.

Cuando Fernando recuperó el sentido se encontraba en un hospital de campaña, dentro de un improvisado campo de prisioneros. Junto a él se hallaba el capitán Ramírez de Arellano.

—Fernando, gracias a Dios no ha sido nada, solo un fuerte golpe en la cabeza. Has estado inconsciente casi tres días.

—¿Dónde estamos?

—No me digas que no te acuerdas de nada.

—Por desgracia me acuerdo de todo… ¡Qué desastre! No me explico cómo ha podido suceder.

—Es mucho peor de lo que te imaginas, Fernando. El Ejército del Centro ha desaparecido prácticamente; Andalucía está vendida… y nosotros prisioneros.

—¡Qué dices!

—Lo que oyes, estás en un hospital improvisado dentro de un campo de prisioneros.

—¡Tenemos que salir de aquí como sea! ¡Ayúdame a levantarme!

—Espera un momento, aún estás contusionado, debemos esperar. Aquí vamos a encontrar muchos amigos. Se dice que hay más de catorce mil prisioneros… Los muertos ascienden a más de cuatro mil…

—¡Dios Santo, es una catástrofe!… Pensé que podíamos perder esta batalla pero no de forma tan calamitosa.

—Falló todo, Fernando: la posición defensiva, los enlaces, la preparación y equipamiento de la tropa, y lo que todos temíamos, el mando supremo…

—La Junta Central tendrá que dar algunas explicaciones, si no al ejército que le debe acatamiento, sí al pueblo que ha ofrecido miles vidas en balde.

—Ten por seguro que no lo hará.

—Ricardo, no puedo contener la rabia, el dolor; estoy abatido, desengañado… No sé, no puedo explicar lo que siento.

—Lo sé, Fernando, siento lo mismo; es más, desde nuestra derrota tengo un profundo nudo en la garganta que solo se quitaría con un llanto desgarrador, pues desgarrado está mi corazón. Pero te aseguro que Dios no dejará a su católica España en manos del miserable e impío invasor.

—¿De Hilario sabes algo?

—Lo mismo que tú, vi que le hirieron. El sitio no era de gravedad; sin embargo no lo he encontrado en los dos hospitales de este campo. Hay otros dos, pero no puedo pasar a ellos, los prisioneros estamos divididos en diferentes zonas… Fernando, muchas gracias por salvarme, te debo la vida.

—Ricardo, sé que hubieras hecho lo mismo por mí.

—Un sargento de artillería interrumpió la conversación.

—Mi capitán —se dirigió a Ricardo—, me ordenan avisarle. Los jefes y oficiales van a tener una reunión para encargarse de organizar las fuerzas españolas cautivas. Ruegan su presencia.

—Gracias sargento.

—Voy contigo —dijo Fernando.

—No hace falta, quédate a descansar.

—Te lo agradezco, pero deseo ir, quiero despejar muchas incertidumbres. Además, me encuentro perfectamente.

—Vamos entonces.

Los franceses habían habilitado una zona del campo para la reunión de los jefes y oficiales cautivos.

Había más de doscientos; tras una tosca mesa tomaban asiento cuatro coroneles, tres de infantería y uno de artillería. La sorpresa de los capitanes se reflejó en su rostro cuando identificaron entre ellos al coronel Alonso de Prados.

No se acercaron a saludarle, pues el presidente de la mesa ya había comenzado a hablar. Un capitán de caballería hacía las veces de notario militar. Los franceses le habían proporcionado recado de escribir para plasmar los acuerdos que serían presentados al mando francés.

—Señores jefes y oficiales —habló el coronel de mayor edad que presidía—, hemos mantenido una larga conversación con el mando francés. En ella expusimos cuantas consideraciones, conforme al derecho y usos de guerra, asisten a la tropa y a la oficialidad en cautiverio. Hay muchos puntos en desacuerdo, que son los que vamos a discutir, pero también hemos llegado a puntuales convenios.

El presidente explicó la situación. Los franceses no estaban por respetar todos los derechos exigidos por los mandos españoles. Tenían por seguro que la tropa iba a ser liberada en breve plazo. El ejército francés no podía maniobrar con agilidad tirando de catorce mil prisioneros, tampoco podía mantenerlos. Era muy difícil sostener la vigilancia de tan numeroso grupo. Habían sido continuas las fugas de prisioneros desde el primer momento, algunos murieron en el intento bajo las balas de los guardianes.

Pero esa liberación se iba a realizar en diferentes partes de la península, con objeto de hacer más difícil el inmediato reagrupamiento de fuerzas enemigas. El mando español exigió que se liberase también a los suboficiales y oficiales hasta el grado de capitán. Solo consiguieron con sus demandas que aceptasen liberar a los suboficiales, a los alféreces y a los de mayor graduación que estuviesen heridos de consideración. El resto pasaría a Francia, fuertemente vigilado, hasta el término de la guerra.

Los heridos permanecerían en los hospitales, bajo el cuidado de médicos militares y de algunos galenos de pueblos cercanos que se habían prestado como voluntarios.

Terminada la reunión se formaron numerosos grupos de militares. Fernando y Ricardo se acercaron al coronel Alonso de Prados, que se encontraba con el coronel Juan de la Cruz Baiget, militar que se destacó en la Batalla del Bruc y que había pedido ser destinado a las fuerzas del centro. Pablo se alegró de verles con vida, pues la mortandad en la oficialidad había sido alta.

—Ahora creo que ya no hay dudas —dijo Ricardo, a quien era difícil refrenar sus sentimientos y opiniones—, todo el plan de la Central ha sido un desastre, nos lo advirtió el mando británico. Para colmo, el Mariscal Areizaga, conforme a lo ordenado por las directrices de la Central, actuó sin seguir sus propios criterios.

—Así ha sido —intervino Baiget—, pero ahora no podemos hacer nada, y menos aquí prisioneros.

—Imagino que la Junta habrá aprendido la lección, una lección que nos ha costado demasiada sangre; de momento la prolongación de la guerra y su extensión a toda Andalucía.

—Además, aquí estamos desinformados —intervino Fernando.

—No tanto capitán —contestó Pablo—. Entre los galenos de pueblos cercanos que vienen para atender a nuestros heridos, hay muchos comprometidos en la defensa de su Patria. Estamos muy bien informados; sirven de enlaces entre nosotros y el exterior.

—¿Qué novedades hay, mi coronel?

—No os van a gustar —intervino Alonso de Prados—: Areizaga ha sido confirmado en su puesto como jefe del Ejército del Centro que se está reagrupando.

—¡Pero es un disparate! —exclamó Ricardo.

—No solo eso —continuó Alonso de Prados—; se le han agradecido sus servicios y premiado. Pero os recuerdo que no somos nadie para discutir las decisiones superiores… Aunque sí para comentarlas entre amigos… Y considero todo esto un despropósito.

—El ejército de José Bonaparte tiene concentrados trescientos veinticinco mil hombres a las puertas de Despeñaperros, y se esperan otros ciento cincuenta mil en los próximos meses —habló Baiget—. La campaña de Andalucía va a ser un paseo militar para ellos.

—No sé ustedes, señores —intervino Fernando—, pero yo voy a intentar escaparme, creo que es deber de todo soldado evadirse del enemigo y presentarse a sus mandos.

—También opino lo mismo —dijo el coronel Alonso de Prados—, pero ahora no es el momento más apropiado; debemos esperar varios días a que la tropa sea liberada. Quiero impedir que se estropee el proceso de liberación por culpa de alguna acción individual mal calculada.

A finales de noviembre los cuatro hospitales se reunieron en uno, la mayor parte de los enfermos estaban curados o habían fallecido. Los primeros días de diciembre el alto mando francés comenzó a programar la evacuación de la clase de tropa, suboficiales y alféreces. Más de catorce mil prisioneros suponían un grave problema a solucionar; su disposición en grupos era una labor importante de logística.

Se intentaban formar partidas de entre ochocientos y mil hombres. Serían liberados en diferentes partes de la península, con un periodo de una semana

entre sueltas. Querían impedir su reorganización, formando una peligrosa fuerza en retaguardia. La última semana de diciembre comenzó la liberación escalonada de presos.

Los heridos leves se liberarían en Toledo. También salieron grupos hacia diferentes localidades de Extremadura y Valencia. El grueso de los cautivos sería puesto en libertad durante la marcha hacia el norte. Irían custodiados por un fuerte contingente bien armado. Las localidades señaladas para la liberación de presos fueron Aranjuez, Madrid, Valladolid, Burgos, Vitoria y San Sebastián. Allí sería redimido el último grupo; los oficiales y jefes cautivos pasarían a Francia. El mando francés calculó que la operación estaría terminada en dos meses.

Aquel plazo de tiempo desesperaba a Fernando y a otros oficiales que habían tomado la determinación de huir. El coronel Alonso de Prados dio orden de que ningún oficial se fugase hasta llegar a Burgos. Allí ya se habría liberado a la mayoría de los prisioneros, calculó unos once mil.

Muchos oficiales debieron contenerse al conocer que José Bonaparte había entrado en Andalucía el 20 de enero, al mando de un fabuloso contingente de hombres y material de guerra. La inquietud aumentó cuando se supo la toma de Andújar y Jaén; la caída de Sevilla y Granada sería cuestión de días o quizás de horas. Los prisioneros supieron esta noticia el mismo día de su llegada a Burgos.

Fernando no quiso esperar más y preparó su huida para la noche siguiente. Contó con el capitán Ramírez de Arellano y el coronel Baiget. Mientras menos fuesen más sería la posibilidad de huir. Informaron de sus planes al coronel Alonso de Prados. Este les sorprendió al decir:

—Voy con ustedes, señores. Ya he hablado con los mandos, casi todos tienen edad avanzada y no pueden aventurarse en una huida que difícilmente lograrían. Además, se ha preparado una fuga en masa entre Vitoria y San Sebastián. Nuestros médicos nos informan de que varios somatenes y grupos de guerrilleros instigarán a los guardianes franceses para procurar la huida del mayor número de los nuestros. Pero esta acción será dentro de nueve días. Yo debo ir con ustedes para presentar mi informe y el de los demás jefes a la Junta Central lo antes posible. Me acompañará el comandante don Francisco Vivanco, es fundamental que logremos su huida, incluso a costa de sacrificar la nuestra. Es un oficial de suma importancia para el mando, fue capturado cuando llevaba información fundamental a la Central. Os lo presentaré en breve. ¿Tenéis algún plan concebido?

—De momento no —dijo Fernando—, pero no he dejado de observar los cambios de guardia desde que salimos de Ocaña. El que mejor podemos burlar es el de las dos de la mañana en la retaguardia del escuadrón. En la cola se quedan grupos rezagados: los de mayor edad, los más agotados, muchos con los pies sangrantes por las heridas del camino; van con calzado destrozado, casi descalzos. Los centinelas tienen claro que estos no pueden escapar en esas condiciones. Relajan la guardia hasta el punto de reunirse algunos en partidas de naipes, así pasan la noche.

—Pues ese es el mejor momento. ¿Cuántos vigilantes tiene la retaguardia? —preguntó Baiget.

—Unos veinte —contestó Fernando—. Pero algunos no respetan las ordenanzas militares y echan una cabezada mientras otros juegan a los naipes.

—De todas formas es muy arriesgado, veinte hombres bien pertrechados contra cinco desarmados.

—Por ello no debemos huir por la retaguardia, sino por uno de los laterales, a unos veinte metros del retén. Cada cuarenta metros hay un puesto, y entre ellos hacen la ronda tan solo dos parejas. Si logramos burlarlas, la oscuridad y la rapidez de nuestros pies harán el resto —concluyó Fernando.

—Señores —dijo Pablo—, en mi casaca escondo tres bisturís y dos cuchillos facilitados por los galenos. Es la única defensa con la que podemos contar.

—Es más de lo que esperábamos —dijo Ricardo—. Fernando y yo llevamos varios días afilando unas estacas con piedras, como si fuéramos hombres de la prehistoria.

—Entonces, todo queda atado —intervino el coronel Alonso—. Mañana, durante la marcha cada uno irá retrasándose, fingirá que las fuerzas le han abandonado o que sus pies no responden. Cuando se dé orden de acampada todos deberemos estar cerca, sin hablar entre nosotros, como desconocidos. Nos acostaremos juntos y, tras el cambio de guardia de las dos, reduciremos a los vigilantes. Una vez vencida la vigilancia correremos hacia el sur por el camino que hemos venido. Si alguno se pierde habrá de seguir por su cuenta y riesgo.

Al día siguiente se hizo tal como habían planeado. El coronel Alonso presentó al comandante Vivanco.

Los cinco militares se acostaron cerca los unos de los otros. Bajo las mantas pasaron los cuchillos y bisturís. El cambio de guardia de dos de la madrugada transcurrió como Fernando había previsto. Un grupo de doce

hombres se reunió en una timba improvisada al final de la columna. El resto del retén se echó a despuntar el sueño.

Los cuatro vigilantes debían ser reducidos antes de llegar a los puestos y también antes de cruzarse entre ellos. La operación debía ser ejecutada al segundo, con gran rapidez y eficacia.

Fernando y Ricardo se encargarían de la pareja que rondaba por la izquierda, los dos coroneles y el comandante Vivanco la contraria. A la señal convenida los cinco se arrastraron por tierra sigilosamente, en busca de sus objetivos. Fernando se lanzó como un felino contra uno de los centinelas, clavándole un cuchillo en el corazón mientras tapaba su boca para evitar un grito. Cuando el otro vigilante iba a dispararle, sintió como una fría cuchilla le rebanaba el cuello.

El coronel Alonso no usó el cuchillo, con una piedra abrió la cabeza del francés, dejándole sin sentido, mientras que Baiget, que había asaltado por sorpresa a su pareja, luchaba por reducirle; pero era un soldado de enorme fortaleza que le puso en graves apuros. Derribó al español de un puñetazo y se dispuso a dispararle. Don Francisco Vivanco vio la situación y de un salto clavó al gigante francés el bisturí en la columna. Su intervención impidió el blanco, pero no que sonara el disparo en todo el campamento.

Los puestos de guardia se alertaron, todos corrieron al lugar de la descarga. Pablo levantó a Juan, este aún estaba aturdido por el fuerte golpe. Apoyándole sobre el hombro se perdieron en la oscuridad, pero no con la rapidez necesaria que les evitara ser vistos. Salieron en su persecución varios centinelas, mientras que otros abrían fuego contra los fugados.

La oscuridad era la única aliada de los militares. Se habían alejado bastante del campamento, pero oían los pasos de sus perseguidores tras ellos. Estaban a punto de ser alcanzados cuando sus perseguidores recibieron una descarga de fusilería que abatió a dos de ellos.

Los franceses retrocedieron, temían que fuera una emboscada de la guerrilla oculta en la oscuridad. De la penumbra salieron Fernando y Ricardo con los rifles que habían quitado a sus guardianes.

El frío de la noche hizo que Baiget se despejara. Corrieron durante un largo trecho; descansaban algunos segundos y continuaban su marcha forzada, hasta que estuvieron seguros de que nadie les perseguía. Lo aconsejable era descansar por la mañana y avanzar de noche. Toda España estaba tomada por el ejército francés. Debían planear la estrategia a seguir.

Lo primero era abandonar los uniformes y buscar ropa civil. Pero debían ser precavidos; en la entrada de los pueblos había permanente presencia de

patrullas.

—Vayamos a Melgar de Fernamental, es una villa pequeña, allí seremos bien recibidos —dijo el coronel Alonso—. Uno de los médicos que nos atendieron es el titular de esa villa. No creo que esté vigilada por el enemigo, al menos no por un gran retén.

Por rutas secundarias y caminos silvestres llegaron al pueblo. Tras estudiarlo comprobaron que no había presencia francesa. De todas formas no podían arriesgarse, Pablo entró en la villa en busca de la casa del médico, los demás debían esperar a distancia.

La señal acordada era una luz en la ventana, cuando la encendieran tendrían vía libre para entrar en la casa. Pasaron menos de diez minutos hasta que se dio luz al velón. Los cuatro corrieron hacia la casa del galeno; la puerta estaba abierta y el coronel en el umbral, junto a un hombre de robusta complexión; la viveza de sus ojos se traslucía a través de sus redondas lentes que brillaban con el reflejo de la luz.

—Señores —dijo el galeno—, sean bienvenidos a mi casa.

—Tengo el honor de presentaros —se dirigió Pablo a sus compañeros— a un gran patriota, don Humberto de la Torre, médico de esta villa y ángel guardián de nuestras tropas… Don Humberto, el coronel don Juan Baiget, el comandante don Francisco Vivanco y Barbaza-Acuña, el capitán don Fernando Tello de Portugal y el capitán don Ricardo Ramírez de Arellano.

Uno a uno agradecieron al galeno su arriesgado auxilio.

—No tienen por qué agradecer nada, es mi obligación como buen español. Tenía que estar en el frente, pero mi cortedad de vista me lo ha impedido.

—Don Mariano, usted hace más aquí por su patria que en el frente, se lo puedo asegurar —afirmó Pablo.

—Muchas gracias por sus palabras, coronel… Pero tomen asiento, deben de estar agotados. Con el frío que hace fuera no sé cómo habéis logrado llegar hasta aquí, está a punto de nevar.

—La tensión y el haber corrido nos ha resguardado de tiempo tan inhóspito —intervino Fernando.

—Tenga usted el fuelle, don Pablo, y avive el fuego. Voy a por más leña y enseguida les saco algo de beber y cenar.

—No sabe cuánto se lo agradecemos.

—Le acompaño para ayudarle —se ofreció Vivanco.

—Se lo agradezco, comandante, pero es mejor que no le vean, no sé los ojos que puedan vigilar desde la oscuridad. Nada hay que temer de los

naturales, pero de vez en cuando se asoman patrullas francesas por estos lugares.

Tras avivar el fuego, don Humberto sacó unas botellas de tinto, una olla con sopa de ajo caliente y un pernil asado de cordero. Luego cortó un buen queso curado y ofreció una bandeja de pastas como postre. Aquello fue un festín después del miserable rancho que les daban los franceses.

Terminada la cena, don Humberto atendió el golpe que tenía don Juan en el rostro; no era de gravedad, le untó una pomada. También le aplicó un trozo de hierro frío en la hinchazón, lo sacaba a la ventana para que se enfriase.

—Perdonad que esté todo tan desordenado. Vivo solo como buen soltero; quizás unas manos de mujer hubieran asado mejor ese cordero.

—Lo dudo don Humberto, está excelente —halagó Ricardo.

—Muchas gracias, capitán. Camas tengo de sobra para todos, el alcalde me tiene bien provisto para los enfermos que he de vigilar durante la noche; el pueblo es pequeño y los traen a casa. En cuanto a la ropa eso va a ser más difícil, sois todos hombres fuertes, puedo ofreceros alguna mía, aunque no tengo para todos. Pero no deben preocuparse, mañana haré una recolección en el pueblo, de seguro que mis paisanos estarán encantados de colaborar. Fijaos, no queda en la villa un hombre menor de cincuenta años, todos se han ido voluntarios al frente.

—¿Hay mucha vigilancia francesa por estos lugares? —preguntó Baiget.

—Por aquí cerca no abundan, solo vienen a sangrar los graneros y despensas de esta pobre gente cuando necesitan víveres. Pero sí que hay muchas patrullas desde Valladolid a Madrid. Y ya sabéis que en Andalucía ha entrado José Napoleón con más de trescientos mil hombres. Os recomiendo que huyáis a Portugal para enlazar con las tropas inglesas.

—Yo no puedo, doctor —intervino Fernando—, he de dirigirme sin más demora a Sevilla.

—Capitán, no sé si lo sabrá, pero a esta hora es muy probable que ya esté en manos del enemigo; si no lo está, tenga por seguro que antes de su llegada entrarán en la ciudad. Dicen que la Central ha pasado a Cádiz. Además, cinco hombres viajando solos es algo que llama demasiado la atención; os pararán y si no mostráis un pase o pasaporte seréis detenidos. Yo les aconsejo que viajen por separado, es más prudente, lo contrario sería una locura.

—Señores —dijo el coronel Alonso—, don Humberto tiene razón; hemos de dividirnos. Mi destino y el del comandante Vivanco también es Sevilla, Cádiz o donde se encuentre la Central, debemos presentarnos a ella lo antes posible.

Tras un extenso debate acordaron que Fernando viajaría con el coronel Baiget y el comandante hacia Andalucía por Despeñaperros, ruta muy arriesgada pero la más directa. El capitán Ramírez de Arellano y el coronel Alonso lo harían vía Portugal.

—El alcalde os puede facilitar unos pases locales, pero solo tienen validez en esta zona, no sirven para mucha más distancia —dijo el galeno.

Saldrían a la noche siguiente.

El cansancio hizo que todos se levantaran pasadas las once de la mañana. Cuando entraron en el comedor de la casa se encontraron a don Humberto con un robusto paisano, era don Pedro Lagunero, alcalde ordinario de la villa. Sobre la mesa una canasta repleta de ropa y los salvoconductos locales.

—Muchas gracias don Pedro —habló el coronel Alonso—, solo con la ayuda de patriotas como usted y el doctor de la Torre podremos ganar esta guerra.

Pero el auxilio que iba a prestar aquella villa sería aún de mayor importancia. Dos avezados cazadores, con más de sesenta años cada uno, pero de gran fortaleza física, serían sus guías hasta el límite de la región. Conocían el terreno palmo a palmo; ningún camino, por oculto que estuviera les era desconocido.

Antes de partir, el galeno les surtió de provisiones para varios días; armas traídas por el alcalde y unos bastones para que se ayudasen en las pedregosas rutas que debían cruzar.

—Don Humberto —habló el coronel Alonso—, nunca podremos pagarle cuanto ha hecho por nosotros y por los cientos de prisioneros heridos y enfermos que ha atendido. Solo puedo darle una pequeña muestra de nuestro agradecimiento con algo para lo que estoy facultado. Le ruego me facilite recado de escribir.

El médico, no sin intriga, le acercó papel, tintero y pluma. El coronel leía en voz alta mientras escribía:

—Yo don Pablo Alonso de Prados y Ojeda, Coronel de Infantería, caballero de la Real y Distinguida Orden de Carlos III y de la de Calatrava, Comisario de Guerra; por el poder que tengo conferido de la Junta Central, vengo en nombrar a don Humberto de la Torre y Blanco de Garay, doctor en medicina, alférez de Infantería, con todos los derechos anejos a este oficio, por su meritoria labor en pro de la defensa de la Patria. Dicho nombramiento tendrá validez a partir del día de la fecha, con derecho a uso de uniforme y demás privilegios inherentes a su cargo. Señores —dijo a los compañeros—, os ruego firméis como testigos.

Don Humberto lleno de emoción abrazó al coronel, luego, este le saludó militarmente. Por la noche todos se despedían, partiendo cada uno por la ruta acordada.

X

El trayecto hasta Despeñaperros fue extremadamente duro; caminaron durante el día, descansando por la noche. Muchas veces fue necesario dar grandes rodeos para impedir localidades y zonas fuertemente vigiladas por las fuerzas enemigas.

Cuando Fernando divisó las montañas que abrían paso a su tierra respiró profundamente. Dejaban atrás una extensa llanura donde había sido sumamente difícil esconderse. Aún les quedaba un peligroso tramo hasta Sevilla, pasando por villas y ciudades que se rindieron al francés, donde quedaban fuertes retenes y un concienzudo servicio de policía.

Recordaba perfectamente el camino y los atajos que le enseñó «el Rubio», aquel guerrillero que conoció cuando fue en busca de la Junta Central. Por él entraron en las pétreas y grisáceas puertas de Andalucía. Desde la altura, y entre la maleza, se divisaban los numerosos controles que había en el camino general. Debían ser silenciosos, cualquier fallo daría al traste con su intención de cruzar aquellas montañas que pregonaban la meta ya cercana.

Envolvieron los cascos de los caballos, requisados la jornada anterior, con trapos para evitar el ruido. Rezaban para que ninguna alimaña provocara el relincho de los animales. Por las noches se embutían en sus ropajes para combatir el frío, pues el fuego era impensable, se divisaría a gran distancia.

—Ya queda menos, amigos —dijo Baiget; habían comenzado a tutearse el segundo día de viaje—, en pocas jornadas estaremos a las puertas de Sevilla.

—Si Dios quiere así será —contestó Fernando—. Pero debes tener presente que aún queda lo más peligroso. De aquí a Cádiz está todo tomado por el enemigo. La vigilancia, ya ves, es desmedida, vamos a tardar mucho en llegar.

—Por ello hemos de andar con el mayor tiento posible, para evitar ser descubiertos —intervino don Francisco Vivanco—. No puedo permitirme ser

detenido de nuevo, mi captura impediría entregar una información vital que poseo, está destinada al estado mayor.

—No te preocupes —animó Fernando—, seguro que lo conseguimos.

—¿Tienes familia en Sevilla? —preguntó don Juan, que sabía la naturaleza del capitán.

—Mis tíos, ya que mis padres murieron cuando era niño.

—Los siento… ¿Estarán seguros en la ciudad?

—No lo sé, y eso es lo que temo. Mi tío es general del Ejército y asesor de la Junta Suprema de Sevilla. Muchas autoridades se habrán refugiado en Cádiz, pero el general es un bizarro militar y es probable que se haya resistido a huir; aunque si depende de la Junta debe cumplir las órdenes.

—Entonces casi seguro que lo han enviado a Cádiz. —tercio Vivanco—. El conocimiento de un asesor militar de tan alto rango vale demasiado como para prescindir de él. Quizás fuese mejor que buscaras antes en Cádiz, entrar en Sevilla es demasiado peligroso, puede que sea un riego inútil.

—Pero he de ir…

—¿Hay alguien más, verdad? Como sé que eres soltero, imagino que existirá alguna joven dama… —intervino Baiget—. Una mujer, cuando estamos enamorados, tira tan fuerte como para jugarnos la vida una y mil veces.

—Tienes razón, hay una dama —dijo sin explicar que tenía dividido el corazón entre dos mujeres—. ¿Y tú tienes mujer?

—Una hermosa catalana y un hijo de pocos meses que esperan mi regreso. Lo haga Dios posible.

—Juan, yo voy a entrar en Sevilla, pero tú no debes hacerlo, es un riesgo demasiado grande.

—Lo siento Fernando, pero voy donde tú vayas, está decidido… No te voy a dejar solo al final del trayecto. ¡Menudo superior sería!

—Te lo agradezco, mi coronel, pero no es solo por el riesgo que puedas correr, sabes que este se duplica si vamos dos. Yo solo ya lo tengo sumamente difícil para burlar la fuerte vigilancia del francés, los dos juntos es tarea que se me antoja imposible. Quizás sea mejor que fueras a Cádiz con el comandante Vivanco, ya veremos cómo, allí harán falta oficiales de alta graduación y experimentados como tú. En Cádiz puedes ponerte en contacto con mi tío y darle toda la información que hemos ido recopilando durante el viaje.

—Puede que tengas razón; visto lo visto, la entrada en Sevilla va a ser toda una proeza. Iré a Cádiz, allí buscaré a tu tío y le daré noticias tuyas.

—Te lo agradezco, y si está en Cádiz te ruego me lo hagas saber, pero no le digas que voy a entrar en Sevilla, no se debe intranquilizar, invéntate algo, algún destino o que sigo prisionero…

—Está bien, pero dime cómo voy a comunicarme contigo si encuentro al general.

—Cuando sepas algo —dijo mientras escribía sobre un papel con una mina de carbón— envíalo a esta dirección por mar. Es un amigo de Sanlúcar de Barrameda, don Juan Ramírez de Cartaya. Si salgo vivo de Sevilla pienso ir en su busca. Desde Sanlúcar se puede llegar a Cádiz con menor riesgo; no olvidemos que la flota francesa se rindió a las autoridades militares gaditanas nada más empezar la guerra. No pueden tener grandes navíos en el Guadalquivir, y sí que hay cientos de barcos pesqueros que lo navegan a diario.

—Veo que lo tienes todo planeado —habló Vivanco.

—He pasado muchas horas pensando una estrategia, considero esa la mejor…

No había terminado la frase cuando unos matorrales sonaron muy cerca. No hubo tiempo de tomar sus armas; se vieron rodeados por siete hombres que apuntaban con sus trabucos.

—No os mováis, amigos —dijo Fernando—, son guerrilleros… Dejadme a mí…

—Ha dicho usted bien, somos guerrilleros, ¿y ustedes quiénes son?

—Soy don Fernando Tello de Portugal, capitán del ejército español, y estos caballeros son don Juan Baiget, coronel de infantería, y el comandante don Francisco Vivanco.

—¿Y vuestros uniformes? —dijo el que parecía jefe de aquella partida. Un hombre fornido y mal encarado, más cercano a un peligroso bandolero que a un patriota guerrillero. Fernando recordó la promesa hecha por las autoridades a los bandidos que se sumaran al levantamiento contra el francés.

—No pretenderá usted que vayamos de uniforme. Estamos intentando burlar la vigilancia francesa. ¿Si no por qué íbamos a estar tan apartados del camino principal?

—Yo no pretendo nada, solo veo tres hombres que dicen ser militares y no llevan uniformes… Hay muchos espías franceses por estos lugares, nos buscan… ¿Tenéis papeles?

—Llevar un pasaporte con nuestra identidad sería lo mismo que llevar el uniforme, compréndalo.

—Cañas —dijo otro guerrillero delgado y de habla nerviosa—, no podemos arriesgarnos; no tienen papeles y se encuentran demasiado cerca de nuestro campamento. Está claro, son espías de los gabachos, terminemos con ellos ahora, es lo mejor.

—Esperad un momento —dijo el coronel Baiget—, tengo este pase que me firmó el alcalde ordinario de un pueblo burgalés. No pone nuestros verdaderos nombres, pero sí nuestras descripciones físicas, como todo pasaporte; ved que coinciden con nosotros. Si os quisiéramos engañar habríamos mantenido la identidad falsa de estos papeles, pero nos hemos identificado como militares españoles.

—García —dijo el tosco guerrillero llamado Cañas—, léelo tú, yo no sé.

El lector era un hombre joven, cuyo aspecto no pegaba con la de aquellos rudos guerrilleros. Intentó alumbrarse con los rayos de la luna para su lectura. A medida que leía el documento se fijaba en los militares para comparar la descripción contenida en el pasaporte.

—No hay duda, Cañas, son ellos. Como dice ese señor los nombres y oficios que figuran deben ser de otros. Yo creo que no mienten, tiene mucha lógica todo lo que nos han dicho.

—¡Tú qué sabes! —cortó el escuálido y nervioso guerrillero—. Eres muy joven para saber las trampas de las que se vale el enemigo. Cañas, no lo dudes, acabemos con ellos.

—Si nos dais muerte haréis un flaco favor a la defensa de la patria, llevamos una importante misión asignada por el ejército del Norte —intervino Vivanco—. Además, pasaréis a ser forajidos, tan buscados por los franceses como por los españoles.

Cañas dudaba y no sabía qué partido tomar.

—¡Cómo no se me había ocurrido antes! —exclamó Fernando pletórico, como si hubiera dado con la solución de aquella grave situación—. ¡Alonso Mancheño! Ese, ese es el nombre del jefe de una partida, me ayudó hace unos meses, me conoce y sabe quién soy.

Cañas se quedó mirándole.

—¿Conoce al Mancheño?

—¡Ya le he dicho que sí, pregúntenle! —gritó harto de aquella situación.

—Imposible, hace tres semanas lo capturaron los franceses. Le dieron una atroz tortura para averiguar el paradero de las partidas… No lo consiguieron y le ahorcaron.

—Cañas —intervino el joven García— conocían al Mancheño, no pueden mentir.

—¡Niño cállate ya y deja de decir tonterías! —gritó el nervioso—. Si son espías franceses conocen el nombre de quien han torturado y asesinado de la forma más vil y canallesca.

—Estamos en las mismas, señores… —dijo el jefe de la partida.

—¡No, no estamos en las mismas! —contestó Fernando—. ¡Preguntad al Rubio! ¿O es que también ha muerto?

Los guerrilleros se miraron entre sí, aquellas palabras surtieron su efecto. No hablaron entre ellos.

—Vamos —dijo Cañas—, vendréis con nosotros… Por seguridad debéis darme las armas que llevéis.

Los militares entregaron sus pistolas y se prestaron a seguirles. Anduvieron más de hora y media por un endiablado camino pedregoso, lleno de matorrales y cantos afilados que se clavaban en los gastados calzados de los oficiales. Al final, una empinada pared de piedra cerraba el camino. El Cañas imitó el sonido de un animal, al poco bajaba una plataforma hecha con troncos de madera y sujetada fuertemente con gruesas cuerdas. Los guerrilleros habían fabricado ese montacargas para tener rápido acceso a su campamento, levantado en un lugar donde los franceses no podían llegar.

Subían de dos en dos, arrastrados por el rodar de la polea que seis hombres hacían girar tirando de una soga.

Arriba, los tres militares se vieron rodeados por una veintena de hombres que los miraban con caras poco amigables.

—¡Dejad paso! —dijo Cañas mientras se abría camino con las manos. Los militares le seguían con una pose gallarda, casi altanera.

Los condujo hacia una cueva cavada en la roca. Dentro había dos grandes fogatas, no se veían desde fuera. Junto a ellas se colocaban unos jergones de paja sobre los que descansaban heridos de cierta gravedad. Estaban atendidos por tres mujeres que tenían más aspecto de brujas que de otra cosa. El olor era nauseabundo, se mezclaba con el aroma agrio que salía de un caldero puesto al fuego. De vez en cuando se dejaba oír un lamento mortecino.

Cañas les acercó a uno de los jergones.

—Aquí está el Rubio —le dijo a Fernando—, dígale ahora lo que crea necesario.

Fernando se inclinó hacia el moribundo y lo miró, luego levantó su vista para clavarla en el Cañas.

—Este no es el Rubio —dijo el capitán mientras se incorporaba.

—Tenía que estar seguro… Búsquelo usted mismo.

Fernando, salvando la repugnancia del olor que desprendían los cuerpos, buscó al Rubio entre aquellas caras deformadas por el dolor, ennegrecidas por el polvo, el humo de las fogatas y la sangre coagulada.

Por fin, Fernando se arrodilló junto a un enfermo, estaba con los ojos cerrados. El capitán sacó un lienzo de su levita y lo mojó en un cuenco de agua que estaba junto al yaciente, luego le refresco la cara. El enfermo abrió los ojos, tenía la vista perdida, como si no tuviese a nadie delante.

—Rubio, me alegro de volver a verle, amigo.

El enfermo, al oír aquellas palabras, centró su visión en el visitante. Pasaron varios interminables segundos hasta que aquel hombre pudo expulsar unas palabras de su reseca garganta.

—Mi capitán… Yo también me alegro de verle.

En ese momento, el Cañas, como movido por un mágico resorte que le hizo dar un giro veloz, se dirigió a don Juan Baiget y, cuadrando su cuerpo dijo en voz alta:

—¡A las órdenes de usía mi coronel! —luego se volvió con la misma rapidez y se cuadró ante el comandante y el capitán—. Comprenderán ustedes que no podía arriesgar…

Intentaba Cañas disculpar su primera actuación cuando fue cortado por el coronel.

—Ni una palabra más, Cañas, hizo usted lo que debía por la seguridad de sus hombres y le felicito por ello —cortó el coronel Baiget.

El nervioso se acercó sin atinar palabra a pedir disculpas al coronel.

—¡Hombre de Dios! Comprendo sus prevenciones —dijo don Juan—, pero no olvide nunca que siempre hay que dar una oportunidad a la defensa, ni al más vil enemigo se le puede matar como una alimaña sin ocasión de defenderse con las armas o la palabra.

Por el campamento se corrió la voz de que todo un señor coronel y dos oficiales se encontraban entre ellos. La noche iba a ser muy larga, había que intercambiar información, todos buscaban con ansiedad las últimas novedades. Pero antes, Fernando determinó hacer algunos cambios.

—Cañas —le llamó el capitán—, ¿quiénes son esas mujeres?

—Mi capitán, es lo más parecido a un médico que hemos encontrado. Son dos hermanas curanderas que viven a las afueras de Andújar, y una sobrina que les ayuda. Tienen fama en toda la comarca de arreglar los huesos mejor que los galenos, yo doy fe de ello, curó a mi padre de una caída del caballo. Cuando el médico dijo que no volvería a caminar, la Segismunda lo dejó en mal lugar. A los tres meses ya andaba con su bastón.

—No pongo en duda todo eso, pero tenga en cuenta que la mayoría de estos heridos lo son por armas de guerra… Las fracturas pueden seguir tratándolas como lo vienen haciendo, pero con las heridas sangrantes hay que tomar otras medidas.

—Con su permiso, mi capitán —dijo el joven García—, yo también pensaba lo mismo, fui aprendiz de barbero sangrador durante ocho meses; lo dejé porque no me gustaba. En ese tiempo no aprendí mucho, pero algo sé. Sin embargo, ya ha visto usted, aquí soy el niño y a nada de lo que digo hacen caso… Ante dos mujeres tan ancianas y afamadas en sus curas, ¿qué podía hacer yo?

—Bueno, pues ahora vamos a solucionar lo que podamos, aunque algunos ya están en la antesala del Santísimo. García, tú me ayudarás.

—¿Es usted médico, señor?

—No, tan solo he recibido el suficiente número de heridas en mi cuerpo como para saber qué se debe hacer; claro que aquí habrá pocos medios. De momento, Cañas, diga a sus hombres que quiten la ropa a los heridos y las echen al fuego. ¿Tienen vinagre?

—Estamos bien provistos, aunque aún están verdes los tomates, aquí no falta el gazpacho.

—Me parece muy bien… Una vez desnudos los heridos tienen que lavarlos con una mezcla de agua y vinagre, tres partes de agua por una de vinagre, con cuidado de no apretar en las heridas. Las curanderas seguirán atendiendo las fracturas.

—Se hará como usted dice.

—Por último, que se barra el suelo de la cueva, también que las fogatas y el fuego de la comida, o de ese mejunje que se está cociendo, se aparte de los enfermos, no deben respirar esos vapores. La llama tan cercana no es buena para las fiebres, han de sudarse con mantas. Mañana veremos las heridas, hoy debemos descansar, ya es muy tarde.

Antes de dormir, los militares intercambiaron información con los guerrilleros. Ninguno pudo dar nuevas halagüeñas, tan solo Cádiz y algunos núcleos del norte resistían al francés. Las tropas anglo-españolas eran la esperanza de muchos patriotas.

Junto a la lumbre, una guitarra acompañaba el cante jondo de un ceñudo guerrillero, que pregonaba en sus letras historias de amor y muerte. Con el llanto de varonil voz y las cuerdas bien templadas, el compás fue envolviendo a Fernando en un reparador sueño.

Pasaban las diez de la mañana cuando despertó, Baiget y Vivanco llevaban un rato levantados; se habían aseado y recortado su barba con una navaja bien afilada. El capitán hizo lo mismo, luego los tres oficiales fueron a ver el estado de los heridos. Eran buenos conocedores de heridas de guerra. Había cuatro cuyas vidas solo estaban en manos del Altísimo, quedaba rezar y esperar. Por los demás aún se podría intentar algún remedio, aunque con los medios que poseían era tarea harta difícil. Algunas heridas no eran graves, pero la falta de higiene las había infectado.

El Rubio se encontraba entre estos últimos, una bala le había atravesado el hombro; tuvo la suerte de que el plomo había salido por el otro lado. Fernando comenzó por él, debía intentar cortar la infección que surcaba el negro cerco de la llaga, cubriéndolo con un brote de humor purulento. Afortunadamente no había señales de gangrena, pero era seguro que en unas horas aparecería si no se actuaba con rapidez.

Don Humberto de la Torre, el médico burgalés, les había metido en las alforjas unos polvos cicatrizantes y un bote con desinfectante, pero no había para todos, por lo que tenían que atender a los de mayor gravedad. El resto de los remedios debían ser caseros. El coronel Baiget ordenó hacer un cocimiento de vino con azafrán; junto al vinagre, era el único medio casero que tenían para lavar aquellas heridas emponzoñadas.

Fernando limpiaba la llaga al Rubio cuando se acercó la sobrina de las dos viejas curanderas. Estaba entrada en carnes, contaba unos cincuenta años. Los militares vieron que en su mocedad tenía que haber sido una hermosa mujer.

—Mis coroneles —dijo sin saber dar otro tratamiento—, quizás pudiera ayudarles… Conozco algunos remedios para esas heridas.

—¿Cuál es su nombre, buena mujer? —preguntó el capitán.

—Soy Candela, sobrina de la Segismunda y de la Juana.

—Candela, tengo entendido que sois expertas en soldar huesos, pero estas lesiones son algo muy diferente. Las heridas abiertas han de ser tratadas por otros medios si no queremos que se infecten como la mayoría de estas.

—Ya lo sé, mi coronel; pero no solo conozco la curación de huesos, también sé de algunos remedios para llagas y heridas. He aprendido por mi cuenta, sin que las tías lo sepan. Una curandera de Linares me dio varios remedios que se hacen con hierbas. Tengo aquí muchas de ellas. Lo que pasa es que las tías no pueden saber que he aprendido con otra, me repudiarían.

Fernando miró a don Juan, algunos de aquellos hombres no podían estar peor, todo lo que intentasen sería para procurar su salvación.

—Bueno, Candela —dijo Baiget—, ve con García y dile lo que tiene que hacer con esas plantas. Él nos lo dirá luego, así tus tías no sospecharán nada.

Tras terminar con la curación del Rubio se dedicaron a los demás heridos. En los dos siguientes se agotaron los preparados del médico burgalés. Ya solo contaban con remedios caseros. Algunas heridas hubieron de cicatrizarlas con cuchillos incandescentes, otras coserlas con tosco hilo.

El joven García les llevó las pócimas y ungüentos de Candela. El olor del líquido para limpiar las llagas y evitar las infecciones no era desagradable. Con asombro vieron cómo la costra purulenta y la sangre reseca se apartaba fácilmente con aquel cocimiento. Siguiendo las indicaciones de la curandera, García machacó en un almirez varios grupos de hierbas por separado. Candela había hecho varias mezclas de plantas. Con una de ellas y mantequilla formó un emplaste verdoso y de intenso olor a clorofila. Otro emplaste lo hizo con miel. Por último, en una cazuela de barro, iba un polvo de hierbas trituradas.

—Mi capitán, dice la Candela que la pócima de mantequilla es para untarla en las heridas que han cicatrizado a fuego. La de miel para las demás. Las trituradas sirven para las llagas pequeñas que no hace falta cicatrizar o coser.

—Bien García, me imagino sabrás distinguir entre una quemadura y una cicatriz.

—Ya le dije que fui aprendiz de barbero sangrador.

—Por eso mismo, empieza a aplicar los remedios en las heridas que tú creas necesaria.

Terminaron la cura poco antes de almorzar. Cañas había preparado la única mesa del campamento para los militares, apartada de los guerrilleros, pero estos rechazaron tal deferencia y se unieron al grupo. Continuaron las preguntas sobre la situación en el norte y en el sur.

—Mi coronel —preguntó Cañas—, me imagino que seguirán su camino, seguramente a Cádiz.

—El comandante y yo sí vamos a Cádiz, pero el capitán se dirige a Sevilla.

—¡Pero si la ciudad está tomada por los gabachos! Es un suicidio.

—Espero que no lo sea —intervino Fernando—, porque es necesaria mi presencia allí.

—Pues entrar no le va a resultar fácil. La vigilancia aumenta a partir de Carmona, y en las puertas de Sevilla se inspeccionan hasta los panes que llegan de Alcalá.

—Habremos de ingeniárnoslas —comentó Baiget— pero nuestra presencia es necesaria tanto en Sevilla como en Cádiz.

—Mis hombres pueden llevar al capitán hasta Carmona —dijo Cañas— esquivando los caminos principales, haciendo noche en pequeños pueblos donde tenemos amigos. Con ustedes dos la cosa es algo más fácil. La guerrilla tiene medios de entrada en Cádiz, el contrabando de costa es diario, solo hay que buscar a la persona apropiada. Dentro de doce días se prepara un alijo, si lo desean ustedes pueden formar parte de él.

—Por mi parte puedo esperar —dijo el coronel.

—¿Y usted comandante?

—Si no hay más remedio…

—¿Tú que harás, Fernando?

—No puedo esperar más, quiero salir lo antes posible. Mañana veré cómo evolucionan los heridos y si no hago falta partiré inmediatamente.

Al día siguiente amanecieron muertos dos de los guerrilleros que estaban desahuciados, los demás habían experimentado una sensible mejoría. Al Rubio le bajó la fiebre y el color negruzco de la herida comenzó a tornarse rosáceo en sus contornos.

—Ya no puedo hacer nada más, Juan; ahora debo partir hacia Sevilla.

—Cuando quieras, Fernando. Ve con mis oraciones, te aseguro que no se me olvidará enviarte el recado que me has pedido.

—Señores —dijo Cañas—, les tengo que agradecer todo lo que han hecho por mis hombres; habrían muerto la mayoría de no ser por vosotros.

—No tiene nada que agradecer, es nuestra obligación, pero tenga presente que sin la ayuda de Candela casi nada hubiéramos logrado. Son sus pócimas las que tienen gran parte del mérito de haber sanado a los heridos —contestó Juan.

—Es una extraña mujer —intervino el capitán—, siempre la veo apartada de todos, incluso de sus tías. Las comidas las hace a solas y apenas habla.

—La Candela ha sufrido mucho, ¿sabe usted? —explicó el Cañas—. Al marido lo mataron los franceses al principio de la guerra. Solo le quedaba un hijo, corpulento y fuerte, pero inocente… Es decir algo retrasado, aunque no lo parecía. Los franceses les concedieron un pase para que pudieran recoger hierbas que luego vendían en los mercados. Antón, que así se llamaba el hijo, acompañaba a su madre para la carga. Un mal día, buscando plantas se perdió de la Candela y fue a dar a un destacamento francés. Los pases los llevaba la madre. Entre que los gabachos no hablaban español y entre que el Antón,

como un niño asustado, no soltó palabra alguna, allí mismo lo fusilaron por espía. Ha dejado sola a la Candela, pues no se lleva bien con las tías.

—¿Cuántos años tenía Antón? —preguntó el capitán.

—Sobre veinticinco, más o menos.

Fernando quedó pensativo unos instantes, luego mandó que llamaran a Candela.

—Candela, piense lo que voy a decirle y le ruego no lo tome a mal.

—Usted dirá, don Fernando —le había apeado del tratamiento de coronel.

—Cañas me ha contado algunos detalles sobre su vida, sé lo de su hijo Antón. También el alto precio que ha pagado por la libertad de su patria. Pero quizás aún se le tenga que exigir algo más…

—Contra el francés lo que sea, si pudiera yo mismo arrancaría el corazón y sacaría los ojos de ese maldito Napoleón y de todos los asesinos que ha metido en España.

—¿Aún conserva su pasaporte y el de Antón?

La mujer buscó en la faltriquera y sacó dos papeles doblados. Fernando los leyó detenidamente. Al rato exclamó, más para sí que para ser escuchado:

—¡Puede resultar!… Candela le pido un gran favor que va a suponerle un considerable esfuerzo… Debo ir a Sevilla, mentiría si solo le dijera que por motivos militares, pues también me empujan los personales. Le ruego que venga conmigo y que permita me haga pasar por su hijo Antón, su identificación coincide en mucho con la mía.

—Era un buen mozo, don Fernando; así como usted, joven y fuerte… —empezó a derramar lágrimas que recogía en un lienzo grisáceo y arrugado—. El pobre era inocente, como dice ese papel, pero el día que lo mataron no lo llevaba encima… Esos malditos canallas… No me importa ir con usted a Sevilla, aquí ya no me retiene nada. Si puedo serle útil a alguien es por lo que el Señor aún me mantendrá viva, pues deseo la muerte con agonía.

—Candela, le doy mi palabra de honor que el gran favor que va a realizar no quedará sin recompensa. No será fácil llegar hasta Sevilla y pasar sus murallas, pero si lo logramos, tenga por seguro que allí podrá empezar una nueva vida; yo me encargaré de ello. Aún es joven y muy fuerte.

—Señor, el problema es que no tengo ganas de vivir…

—Pues haga de tripas corazón, su ayuda puede ser muy útil a nuestra causa y salvar muchas vidas.

—Ya le digo que iré con usted, pero hay algo que tenía mi Antón y usted no tiene, lo recoge ese pasaporte.

—Ya lo he visto, una mancha azulada, del tamaño de dos maravedíes, en su hombro derecho. Pero eso se arregla tatuándola en la piel con tinta o carbón, en dos o tres días parecerá de nacimiento.

—El García sabe hacerlo, al menos ha tatuado a dos de mis hombres —intervino el jefe de los guerrilleros.

—Bueno, pues llámele y manos a la obra… Muchas gracias Candela —dijo mientras le apretaba fuertemente sus manos.

—De todas formas, capitán —continuó Cañas—, no debe ir por el camino principal, así evita riesgos. Le aconsejo seguir el primer plan trazado, a partir de Carmona usted y la Candela se las aviarán como puedan.

—Me parece bien, Cañas. Diga a sus guías que saldremos mañana al amanecer, para entonces tendrá mejor vista el tatuaje que habrá empezado a cicatrizar.

Tras despedirse del Coronel Baiget, del comandante Vivanco, del Rubio y de los demás guerrilleros, Fernando y Candela partieron hacia Carmona acompañados de dos guías. El camino fue lento, rodeando las poblaciones donde estaban retenes de los franceses; dormían en las villas alejadas del control enemigo.

Por el camino Fernando conoció la vida de Candela, una mujer de pueblo marcada por su mala fortuna. Huérfana de padres a temprana edad, pasó a vivir con sus tías las curanderas; pero estas la explotaron más que protegieron. Por ello, recién cumplida los quince casó con José, el primer hombre que le pidió en matrimonio, un jornalero tres años mayor que ella. No era un hombre de físico agraciado, más bien delgado, con cara alargada y vulgar, pero respetuoso siempre con ella. Candela no estaba enamorada de aquel hombre, solo era su salvación.

Las tías se opusieron al matrimonio, por lo que el novio hizo incoar un expediente judicial ante la autoridad del lugar. La justicia decretó que la joven fuera depositada en casa del párroco hasta que el arzobispado sevillano resolviera sobre la licencia matrimonial. Pero las curanderas no estaban conformes y presentaron un recurso ante el arzobispado, mediando procurador.

Las cosas podían prolongarse y pintaban mal para los jóvenes. No disponían de medios para hacer frente a tantos gastos; aunque el párroco del lugar les consiguió justicia gratuita eclesiástica, debían sufragar los viajes a la capital.

Pero entonces, un rumor insistente comenzó a dejarse oír por el pueblo. La especie decía que las dos viejas tenían concertada la virginidad de su

sobrina con un rico tratante de ganado. Las saludadoras se asustaron. Aquel asunto, fuera cierto o no, traería interrogatorios de los oidores del crimen de la Real Audiencia. Ello podía perjudicarles gravemente, pues hacía años que el Santo Oficio tenía a las curanderas bajo sospecha. Mandaron que su procurador retirase el recurso, dejando en plena libertad a los jóvenes. El casamiento tuvo lugar tres semanas después.

El matrimonio tenía un medio pasar, al sueldo de jornalero sumaba las ganancias que se procuraba como cazador y trampero. Aquel matrimonio de conveniencia se convirtió en una sólida relación en la que irrumpió el más sincero amor con el paso de los años.

Candela tuvo cuatro abortos antes de quedarse embarazada de Antón. Ella decía que sus tías le habían hecho un maleficio para secar sus entrañas. Pero el hijo llegó y fue la felicidad de aquella corta familia; era un niño robusto y de sano aspecto. La tardanza en llegarle el habla extrañó a Candela. La partera de la villa le dijo que era algo natural, algunos niños eran más tardíos que otros en comenzar a decir las primeras palabras. Sin embargo, los años pasaban y Antón apenas soltaba algunos monosílabos; algo no funcionaba.

Con el tiempo fueron conscientes del retraso de Antón. El instinto maternal de protección se acrecentó en Candela, logró tal compenetración con su hijo que llegó a entenderlo en sus torpes frases, en sus silencios, en sus miradas, hasta el punto de conseguir una plena comunicación entre ellos. Nunca dejó de pensar que sus tías le habían hechizado tras nacer, pero no tenía pruebas.

Quizás por ello se alegrara cuando años atrás las procesó el Santo Oficio como brujas. Segismunda y Juana fueron llevadas presas al Castillo de San Jorge en Triana, sede de la Santa Inquisición. La Suprema había recibido varias denuncias anónimas en las que acusaban a las hermanas de brujería, se dijo que hacían hechizos y conjuros a cambio de dinero.

El Santo Oficio mandó un edicto al pueblo donde vivían las acusadas, por si algún testigo deseaba personarse en la causa. Nadie se atrevió, unos por agradecimiento a las curaciones de sus huesos tullidos, otros por miedo a los conjuros; entre estos últimos se encontraba Candela.

Por ello, el Inquisidor Mayor actuó de oficio. Ante la negativa de las hermanas a aceptar los cargos que les imputaban decidieron darle tormento en las cárceles secretas del Santo Tribunal. Las torturas del potro y de la toca o tormento del agua, fueron suficientes para que las curanderas firmaran lo que el fiscal del tribunal les pusiera por delante.

No solo reconocieron ser brujas, sino tener pactos carnales con el diablo, celebrar aquelarres, hechizar a sus enemigos y a otras personas mediante encargos. El tribunal no quiso saber quiénes eran los mandantes de estos trabajos, al menos no insistió en ese punto. Y ello fue gracias a la mediación del inquisidor don Teodoro de Garnica, quien en su fuero interno no creía en historias de brujas. Sabía que aquellas declaraciones habían sido sacadas bajo tormento. Por ello, la sentencia que dictó sorprendió a todos por su lenidad.

Las dos saludadoras fueron condenadas a recibir treinta azotes con escarnio público. Formaron parte en la cordada de reos del Santo Oficio, llamada procesión de la Cruz Verde, hasta llegar al tablado de la Plaza de San Francisco, donde sería celebrado el auto de fe. Iban vestidas con corozas en las que se dibujaba el motivo del castigo. Durante el auto se leyeron las acusaciones y la pena impuesta. Las dos se retractaron públicamente de sus maquinaciones diabólicas. A la pena de azotes se añadía la incautación de sus bienes y el destierro a otra provincia durante diez años.

Pasado el exilio regresaron al pueblo, allí no fueron mal recibidas, pues conocían sus medios eficaces de curación. Poco a poco volvieron a integrarse en la vida diaria del lugar, su fama como curanderas se extendió por toda la comarca. Por aquel entonces el Santo Oficio había relajado mucho su actividad, más en los temas de brujería; principalmente entendía en casos de herejía.

El trato entre tías y sobrina se suavizó algo, aunque Candela continuaba con sus prevenciones hacia ellas.

Quiso la mala fortuna que José cayera en una de sus propias trampas, el médico le dijo que debía amputarle la pierna, pero él se negaba, quedaría inútil para mantener a la familia. Ante los ruegos del marido Candela llamó a sus tías para procurar su curación, y lo hicieron con tan buena maña que no solo salvó la pierna, sino que pudo andar en breve plazo sufriendo tan solo una leve cojera.

Ello incrementó el trato entre parientes, aunque la desconfianza no había desaparecido del fuero interno de Candela. Aquella sanación la hizo interesarse por las artes de sus tías. Estas le enseñaron todo lo que sabían sobre plantas, brebajes y ungüentos curativos, pero la joven deseaba aprender más. Allí donde una curandera tenía fama ella se presentaba e intercambiaba conocimientos, siempre sin que lo supieran sus tías, quienes decían que aquel saber no podía salir de la familia.

Candela era feliz, vivían con gran desahogo, a los ingresos de su marido sumaba los suyos por curaciones. Pudieron comprar un pequeño terreno que

atendían entre los tres.

La invasión francesa acabó con la felicidad de la familia. A pesar de sus sesenta años, José se alistó como voluntario en las milicias que se formaron entre los pueblos colindantes. El valiente trampero encontró la muerte en el primer combate con las fuerzas del Emperador.

Candela se sumió en un profundo dolor, solo conservaba el deseo de vivir para cuidar de Antón. Pero ese cariño también se truncó por culpa del invasor; Antón fue tomado por espía al no contestar las palabras de una patrulla francesa y fue fusilado al instante. Candela creyó enloquecer, se hubiera quitado la vida de no ser por el horror a la condenación eterna, era una mujer devota. Se sumió en una profunda depresión que la tuvo en un estado de enajenación durante semanas. Las tías la recogieron en su casa y cuidaron de ella, se habían dulcificado con la edad.

Un día recibieron una visita inesperada; un capitán francés se personó en casa de las sanadoras, atraído por su fama. Había sufrido una caída de caballo y se resentía de la pierna izquierda. Les prometió una bolsa de oro si le curaban, pues iba a ser repatriado a Francia, perjudicándose su carrera militar.

La curación con barros y ungüentos medicinales duraría varias semanas. Debía ir a la casa tres veces a la semana para recibir el tratamiento. El francés se extrañaba al ver a aquella enigmática mujer que le miraba fijamente, como si lo atravesase con los ojos. Las tías dijeron que su sobrina había pedido el juicio, pero no el motivo.

Aquel uniforme extranjero despertaba el odio más profundo en las entrañas de Candela. Una tarde, cuando el francés aguantaba el emplaste sobre su pierna quebrada quedó transpuesto por el sueño. Candela no lo pensó dos veces, con un cuchillo le rebanó el cuello. Aquel hombre murió entre estertores, ahogándose en su propia sangre mientras intentaba parar los caños rojizos que brotaban por la garganta.

Las tres mujeres huyeron en busca de la guerrilla. Fueron muy bien recibidas por la fama de sus curaciones.

Conocida esa historia, Fernando pensó en el genio y valor de la mujer española. Recordó a la prostituta que vengó la muerte de su novio y a las cientos de mujeres que vio batirse contra el francés en Madrid, la mayoría sin armas, solo con sus propias manos y un coraje indomable.

Otra labor de Candela fue darle a conocer los gestos y formas que el capitán debía adoptar para demostrar su disminución mental. Fernando no quería exagerar con una representación de alguien excesivamente tarado;

Candela podía ofenderse y no deseaba incomodar a una persona que se iba a arriesgar peligrosamente por él.

Con gran tacto le preguntó cómo debería actuar.

—Mi capitán —dijo la mujer—, si se comportara como mi Antón estaríamos en peligro constante. Mi hijo, mientras no abría la boca, y apenas lo hacía, parecía enteramente normal. Eso le costó la vida; el gabacho no supo interpretar su silencio como el de un inocente de juicio disminuido. Usted debe actuar de la forma que más estime conveniente, pero le recomiendo que interprete de la forma más exagerada posible, no debe haber duda de su enfermedad.

—Usted no olvide hablarme de tú delante de los franceses y de los viajeros que encontremos hasta Sevilla. Los gabachos tienen un magnífico cuerpo de policía y más colaboradores españoles de lo deseado.

—Me va a ser muy difícil, don Fernando.

—Es necesario, un fallo en ello nos descubriría; seríamos fusilados por espías, como lo fue el buen Antón.

—Intentaré hacerlo como usted dice…

—No, Candela, no basta con intentarlo, tiene que lograrlo; nos jugamos demasiado. Me haré pasar por mudo, así correremos menos riesgos al hablar.

Poco antes de llegar a Carmona Fernando dio orden a los guerrilleros de regresar. No sin haberles certificado por escrito sus valiosos servicios para la patria, con objeto del indulto prometido a los bandoleros que combatiesen al francés.

Carmona estaba fuertemente vigilada; era la prueba de fuego para aquella pareja que iba a actuar como si se tratase de actores de una obra casi bufa. A primera hora de la mañana entrarían en la ciudad.

Fernando encorvó su espalda de forma exagerada, ladeó sus labios y dejó patente una grotesca cojera. Candela le llevaba cogido de la mano. De esta guisa se presentaron ante el destacamento que dividía en dos el camino entre Carmona y Sevilla.

—¿Dónde va? —preguntó el francés con su fuerte acento mientras leía los pasaportes, no dejaba de echar miradas a aquel extraño ser que aparecía ante sí como una criatura salida de una obra de terror.

—Mi coronel —dijo Candela—, vamos a Sevilla…

—Coronel no, sargento.

—Bueno mi sargento; mi hijo y yo vamos a Sevilla en busca de mi hermano. Yo ya no tengo fuerzas ni salud para cuidar a este inocente —dijo mientras señalaba a su hijo postizo.

El francés iba a dejarles paso franco cuando un atávico personaje, vestido con levita negra y sombrero de copa en el mismo color se acercó a ellos.

—¿Qué sucede sargento?

—Nada, don Suero, está todo en regla, aquí tiene sus pasaportes.

Fernando tuvo claro que se encontraba ante un policía, pero era un español colaboracionista. Este, con gran desconfianza, se acercó al joven lisiado y le levantó el rostro tirándole del pelo.

Fernando puso el gesto de mayor estupidez que pudo lograr, pero no se quedó allí; sabía que no podía crear duda alguna en aquel sicario traidor. Con gran torpeza señalaba con su dedo torcido la leontina de oro que llevaba prendida el policía en su chaleco, con algo de miedo fingido empezó a tocarla y luego, con un sonido gutural, que ni el mismo se sabía capaz de emitir hasta entonces, empezó a decir:

—Mía, mía, «mealla» mía, mamá; «mealla» mía —decía mientras intentaba sacar del chalequillo la cadena y el policía se resistía dándole manotazos.

—¡Antón, deja al caballero! —ordenó enérgicamente al hijo y tiraba de él para separarlo del traidor—. No es una medalla hijo, es la cadena de un reloj.

Pero el supuesto hijo continuaba gritando y tirando de su madre para llegar al bolsillo de aquel siniestro esbirro del francés.

—¡Ande mujer, lléveselo de aquí! ¡Sargento, ayúdeme a quitarme a este energúmeno de encima!

El sargento se interpuso entre los dos y logró tranquilizar al joven. Tras sellar sus pasaportes como correctos, les dio paso franco.

Durante la noche ambos se reían recordando el episodio de la mañana. Tenían claro que lo más difícil ya había pasado. Con una representación como aquella era casi segura su entrada en Sevilla; más cuando los pasaportes de ambos tenían los sellos validados por los retenes militares de Carmona.

El acceso a Sevilla era muy lento; dos grandes colas se cruzaban en sentido inverso: los que pretendían entrar en la ciudad y los que intentaban salir. El puesto de guardia estaba guarnecido con una veintena de soldados franceses que no dejaban de inspeccionar un solo carruaje, una sola carreta o un solo bulto. Con sus bayonetas atravesaban los sacos de verduras, frutas y semillas, con la agria protesta de los labriegos por la pérdida de mercancía; lo mismo hacían en carros de paja y otras mercaderías a granel.

Fernando estaba desesperado con aquella lentitud, la postura forzada de su espalda encorvada comenzó a pasarle factura; los constantes calambres por la columna le producían un profundo dolor. También le costaba mantener el

gesto con la boca torcida. A veces, sin darse cuenta, volvía el rostro a su postura natural, lo que suponía un grave peligro si era advertido por los centinelas.

Candela se dio cuenta de los esfuerzos que hacía Fernando por mantenerse en aquella postura. Al paso que iba la cola tardarían más de tres horas en llegar al retén de entrada, no podría aguantar tanto.

—Don Fernando —dijo la mujer en voz baja—, usted no resistirá la postura mucho más, y aquí nos quedan horas.

—Candela, no se olvide de llamarme Antón y tutearme, hay muchos ojos que pueden estar espiando esta cola. Yo no debo contestarle, no olvide mi mudez… —dijo Fernando en voz casi inaudible y mirando al suelo para no ser vista su boca mientras hablaba.

—Haga lo que haga no diga nada… Le pido disculpas de antemano… —dicho esto abandonó la cola.

El capitán vio cómo la mujer se perdía entre un arbolado próximo a la muralla. Quedó solo guardando la cola de entrada a Sevilla. Un cuarto de hora más tarde veía salir de aquella arboleda a la decidida curandera. Llevaba su bolsa en la mano, pero por el grosor era claro que algo había introducido en ella.

Sin decir nada se acercó al barón y, con disimulo, colocó aquella bolsa bajo la capa raída de Fernando; luego la destapó. Un nauseabundo olor comenzó a desprenderse desde aquel morral.

—¡Dios mío! —Candela comenzó a compadecerse en voz alta—. ¡Qué cruz! ¡Otra vez no Antón! ¡Parece mentira, un cuerpo tan grande y hermoso con el entendimiento de un recién nacido! Perdónenle señores —se dirigió a la gente de la cola que ya había comenzado a notar aquel desagradable olor y se apartaba—, es como un niño… Se ha hecho de vientre encima, he de lavarlo, pero tengo su ropa en la ciudad… Si no os importa que pase delante.

Todos dieron su aquiescencia, se apartaban, tapando sus narices con las manos, para dejar paso a aquella insólita pareja.

En menos de cinco minutos se encontraban ante los centinelas que guardaban la entrada de Sevilla por la Puerta de Carmona. Todos se apartaban de aquella maloliente compañía. Los guardas también fueron víctimas de ese desagradable olor.

—Mi capitán —dijo Candela al sargento que les cerraba el paso y que cubría su nariz con un pañuelo— este es mi hijo Antón, estos nuestros pasaportes, tómelos usted… El pobrecito es lisiado de entendimiento… Es como un niño, un inocente, y ya ve, no aguanta, se hace sus necesidades

encima… Estos buenos cristianos nos han dejado pasar delante, he de lavarle en casa. Regístrenos, si quiere le ayudo con mi Antón —dijo mientras hacía ademán de quitar la capa parda para ser registrado; el olor que salía del interior era nauseabundo.

El cabo de guarda se retiró ante aquella bofetada de repugnante hedor; su rostro se había horrorizado solo con pensar que debía registrar al maloliente lisiado mental.

—Pase, pase mujer, y quítese de en medio, llévese a su hijo lo antes posible —dijo el francés en un aceptable castellano, mientras se echaba atrás y tapaba la nariz con el lienzo.

Con su espalda encorvada, la cara desencajada y la cojera muy acentuada, Fernando atravesó aquel retén con celeridad.

Tomaron la calle Águila hasta la plaza de la Alfalfa, desde allí, por Alcaicería, salieron a la Iglesia del Salvador. Candela le quitó la bolsa de excremento y la tiró sobre la escombrera de una obra. Fernando se colocó delante de ella hasta llegar a su casa. El dolor de espalda y de la pierna estaba en lucha con las náuseas que sentía su estómago por aquel horrendo hedor que había sufrido.

—Perdóneme don Fernando —dijo Candela sin apenas mover los labios—, no se me ocurrió otra cosa, y sabía que tras los matorrales había abundante excremento de animales…

—No se preocupe, Candela; ha hecho lo que tenía que hacer. Ahora corramos hacia mi casa.

Fernando observó que la ciudad estaba fuertemente vigilada por el ejército francés. Las patrullas abundaban en las calles. Vio que iglesias y conventos habían sido convertidos en cuarteles. La alegría de los sevillanos parecía haber desaparecido de sus caras.

Los teatros y lugares lúdicos fueron cerrados momentáneamente por orden de la autoridad invasora. La bella, pero entonces triste primavera de 1810, continuaba su devenir.

XI

El capitán Tello de Portugal siempre llevaba las llaves de su casa encima. Pero en esta ocasión no quiso entrar por la puerta principal, no podía ser visto, lo hizo por la trasera, la que daba paso a un hermoso jardín que era la delicia de los veranos en aquella casa, donde no faltaban los jazmines, nardos y madreselvas.

Atravesaron el patio sin que nadie les importunara. Fernando seguía disfrazado, al verle nadie podría adivinar que era el señor de la casa. Tello se extrañó de observar tan poca actividad en casa tan bulliciosa, siempre llena de visitas y con más de quince personas de servicio. Se inquietó al pensar que algo malo podía haber sucedido.

Sin ninguna traba entró en la planta baja; los salones estaban cerrados, los muebles y lámparas se cubrían con sábanas para protegerlos del polvo. No se oía ruido alguno en toda la casa. Iba a subir la escalera cuando al final de la misma vio a una mujer que empuñaba una escopeta de caza entre sus manos temblorosas. Fernando se llenó de alegría, era la tata Aurora, pero esta no le había reconocido.

—Ni un paso más o juro a Dios que le descerrajo un tiro…

Tello no dijo nada, solo se quitó la capucha y le miró fijamente unos instantes; ella se sintió inquieta ante aquellos ojos que emanaban cariño.

—¿No me conoces, Aurora? —dijo por fin.

La tata apoyó el arma sobre la barandilla. Sin decir nada sus ojos se bañaron en lágrimas, para luego soltar un fuerte susurro que terminó en un desgarrador llanto. Antes de que Aurora bajara la escalera, Fernando la había subido en cuatro saltos. La abrazó fuertemente; ella le llenó de besos, mientras decía sin parar:

—¡Estás vivo! ¡Estás vivo…! ¡Bendito sea Dios y su Santa Madre…! Mi niño está vivo… Aunque nadie decía nada en esta casa casi todos temían lo

peor… Pero no, no ha sido así… ¡Tres novenas a la Virgen de los Reyes y tres al Cristo de la Coronación de Espinas les tenía prometidas si volvía a verte…! ¡Tu tía un cirio de oro al Gran Poder!

—¿Están bien todos, Aurora? —preguntó con miedo.

—Ya lo creo, pero en Cádiz…

—¡Bendito sea Dios…!

—El general no quería irse; aún sabiendo que la ciudad estaba perdida pretendía quedarse para preparar y dirigir una defensa inútil. Quería enviar a la señora a Cádiz… Pero la política y mis oraciones impidieron la disparatada idea del general. La Junta Central le ordenó que partiera con ellos hacia Cádiz como uno de los asesores militares; allí están.

—Perdona un momento Aurora —dijo mientras se volvía hacia su acompañante—, esta es Candela, una buena mujer a la que debo la vida y el estar ahora aquí contigo sano y salvo.

Aurora bajó con el paso algo tardo, pues la edad y el reuma comenzaban a pasarle factura.

—Candela —dijo la tata—, no la conozco de nada, pero solo por lo que ha hecho por don Fernando —ahora le trataba de don, como hacía siempre ante terceras personas— ya la aprecio y siempre estaré en duda con usted.

Las dos mujeres se fundieron en un emocionado abrazo; Aurora volvió a sollozar.

—Ni que decir tiene, tata Aurora, que Candela se quedará en esta casa y será tratada como se merece; adviértelo a todo el servicio. No tiene familia ni conocimientos en esta ciudad; trabajará en la casa si así lo desea, y si no, residirá en ella como una invitada perpetua.

—Don Fernando —intervino Candela—, yo tengo buenas manos y aún soy fuerte para trabajar; no sé hacer otra cosa. Estaré muy honrada de trabajar para usted. Con un jergón donde echarme a dormir y plato que llevarme a la boca estoy pagada de sobra. No podría estar en una casa donde me acogen sin dar nada a cambio.

—Ya ha dado demasiado, Candela —intervino Aurora—: ha salvado la vida del señor, de mi niño, y eso es bastante para que se la trate aquí como una reina el resto de sus días.

—Lo agradezco, pero quiero trabajar, necesito trabajar… Tengo que estar ocupada…, para no pensar en muchas cosas que me corroen —dijo para sí estas últimas palabras.

—Bueno, Aurora, ya lo ves; que se cumplan sus deseos. Dale la mejor habitación del servicio. Solo estará bajo tus órdenes directas, no deberá más

obediencia que a ti. Tú le enseñarás las cosas que más le apetezcan y que más gratas le sean. Después de ti será la primera autoridad del servicio de esta casa… Ambas sois fundamentales en mi vida y en mi corazón. Tú Aurora —dijo mientras la asía fuertemente de la mano— has sido como una segunda madre junto a la tía; siempre a mi lado en los peores momentos… Y tú Candela, sin conocerme de nada, me has salvado la vida, arriesgando la tuya desinteresadamente.

—Bueno, Fernando, ahora dejémonos de blandenguerías, y dime por qué traes ese fuerte olor a excremento que ha invadido toda la casa.

El capitán miró a Candela y ambos se echaron a reír.

—Esa es una historia que te contaré más tarde, ahora manda que me preparen un buen baño caliente, y otro a Candela. ¿Qué servicio ha quedado en la casa?

—Vicente el mayordomo, yo como ama de llaves y jefa del cuerpo de casa, Paca la cocinera y dos doncellas, Estefanía y Magdalena. Ninguno quisimos ir a Cádiz; Vicente y Magdalena tienen familia aquí; Paca y Estefanía eran muy mayores para viajar. Yo, a pesar del ruego del general, decidí quedarme aquí solo por esperar este día que Dios bendito me ha dado la gracia de ver. Sabía que volverías…

—Aurora, me alegra que sean todos de la mayor confianza… Nadie ha de saber que estoy en Sevilla… Luego hablaremos de mis planes, ahora he de quitarme este horrible olor.

Aurora le preparó personalmente el baño, siempre lo hacía el mayordomo, pero la tata estaba deseosa de conocer sus aventuras. Sin embargo, tuvo poco tiempo, Fernando soñaba con meterse dentro del agua templada que Aurora había aromatizado con esencia de romero; una leve fragancia que agradaba al capitán.

No llevaba más de cinco minutos disfrutando del baño reparador cuando sonó la puerta. Era Vicente el mayordomo.

—Señor barón, ¿da su permiso?

—Entra Vicente.

—Traigo la cuchilla y jabón para afeitarle, señor.

—Bien, gracias. ¿Se ha acomodado ya a Candela?

—Sí, señor, ella misma ha elegido aposento entre los que se le ofrecieron siguiendo sus indicaciones —dijo el mayordomo mientras afilaba la navaja en el suavizador.

—Puedes comenzar cuando quieras Vicente.

—Señor, si me permite el atrevimiento de un consejo…

—Adelante.

—Usted nos ha dicho que nadie debe conocer su presencia en Sevilla, por lo que deberá permanecer desapercibido…

—Así es Vicente.

—Si me permite… Creo que la mejor forma es dejar parte de esa abundante barba que ha traído y que a todos nos ha confundido.

—Vicente, magnífica idea, tienes toda la razón. No había caído en ello y es lo mejor.

—Entonces solo se la recortaré.

—Ahora cuéntame cuantos sucesos interesantes hayan pasado en la ciudad y creas que debo saber. Si me preguntan y desconozco un hecho notorio sería muy sospechoso.

—Desde que llegó la Junta Central de Madrid las desavenencias con la Suprema de Sevilla se han sucedido. Solo tiene que leer usted algunos de los boletines y periódicos que se han publicado, están en el gabinete del señor general. Se han cruzado acusaciones y reproches públicamente en esos escritos.

—Mala cosa para una nación que se encuentra en guerra contra un poderoso enemigo. La desunión nuestra es el mejor aliado del francés.

—Así es señor. Yo no entiendo de política, pero sí sé que el señor Saavedra y la Junta sevillana han hecho cosas muy importantes por nuestra patria, y creo que han recibido un mal pago… Son malas personas esos franceses, desde que llegaron han ocupado conventos e iglesias como cuarteles, profanando altares, imágenes y cuadros. Se dice que Soult está robándonos los mejores cuadros de nuestros más afamados pintores, además de innumerables obras de arte y tesoros no solo de iglesias y convento, sino de hermandades y casas privadas.

—¡Pero eso es un saqueo intolerable!

—Me he permitido la licencia de esconder los cuadros y obras de arte de la casa en el sótano. He hecho levantar un tabique para que no los encuentren esos saqueadores. Luego se pintaron las paredes, para quitar la señal de las pinturas descolgadas.

—Estoy seguro de que el general recompensará tu noble acción como mereces.

—No es mi intención, señor barón…

—Ya lo sé Vicente, pero a los servicios extraordinarios, en tiempos extraordinarios, hay que remunerarlos de forma extraordinaria.

—El segundo día de la ocupación se acercaron a la casa varios oficiales; dos coroneles y un comandante. Exigían el derecho de residencia en esta casa de acuerdo con su rango y condición, traían orden superior para quedarse en ella, bajo pena de fusilamiento a quienes se negaran. Ni yo ni nadie podíamos oponernos, más sabiendo los militares que los dueños de la casa habían partido a Cádiz… Pero tuve una idea fugaz que nos ha hecho ganar algún tiempo: le dije a los franceses que estábamos prontos a cumplir con las órdenes, pero que en la casa se encontraba convaleciente una joven con un violento contagio de sarampión. Mi hija lo había pasado hacía poco, todavía tenía las secuelas en su piel, y ese día estaba en casa. Nada más verla, los franceses se echaron atrás, avisaron que volverían después de la cuarentena. Ello me dio tiempo para esconder las obras de arte y los documentos del general.

—Me admira tu eficacia Vicente, siempre te he considerado un hombre inteligente y fiel; todo esto no hace más que aumentar la estima que te tengo.

—Y yo me honro en ello, señor barón… Imagino que hasta dentro de veinte días, más o menos, no volverán a exigir la residencia de oficiales.

—Entonces tendré que buscar otro domicilio… o pensándolo mejor, tomar otra identidad… ¡Ya está! Me haré pasar por don Francisco de Peralta, el administrador de mi tío que se ha ido a Cádiz con él. Tiene barba y edad parecida; además, sé donde guarda el general los pasaportes de sus empleados, con un retoque seré el administrador de la casa. Advierte al servicio de todo esto. Nadie debe confundir mi nombre, me juego la vida. Por ello, si he de almorzar y cenar con esos militares, para evitar confusiones, tú solo y Aurora me atenderéis; la demás servidumbre no debe tener trato con oficiales franceses.

—Se hará como usted desea, señor barón.

—¿Sabe si don Antonio Fernández de Córdova y don Ignacio Guajardo están en Sevilla?

—Sí, son de los pocos regidores que no han dejado la ciudad.

—¿Pero siguen en el cargo?

—No, ambos dimitieron de sus veinticuatrías nada más entrar el francés.

—Me lo imaginaba, ¡valientes son esos dos para servir al intruso! Después del baño escribiré unas cartas que has de llevar a sus casas; luego me echaré, necesito descansar y dormir al menos un día entero. Que nadie me moleste.

El agotamiento era tal que durmió durante dos días seguidos. Al despertar no podía creer que hubiera reposado tanto tiempo, pero se encontraba

totalmente restablecido, con ganas de comenzar a hacer cuanto tenía en mente. Lo principal era conocer el paradero de las dos mujeres que ocupaban parte en su corazón. A Vicente le preguntó por Paula, era una vieja amiga de la familia, por lo que entraba dentro de lo natural su preocupación hacia ella. Estaba con su familia en Cádiz. Sin embargo, no preguntó por Lady Helen Tinsley, debía ser discreto ante la servidumbre.

Fernando concertó un encuentro con sus amigos y antiguos caballeros veinticuatros. Se encontraron una mañana en casa de don Antonio Fernández de Córdova, en el barrio de San Román. No era una casa palacio de las muchas que embellecían Sevilla, pero sí amplia y digna para un regidor de la ciudad. Don Antonio había dilapidado la mayor parte de su fortuna con el juego, las juergas y las mujeres. Era un gran bebedor, aunque nadie jamás le había visto perder su compostura. Hombre de estatura mediana, delgado pero fuerte, nariz afilada y profundos ojos escrutadores que revelaban una gran inteligencia. El pelo negro y lacio lo recogía en la nuca con una cinta de seda negra.

Tenía una gran afición por la lectura, su biblioteca era lo que más apreciaba; tenía fama de ser una de las mejores de la ciudad. Tras sus libros, seguía en su escala de valores una hermosa mujer que le acompañase en las jornadas lúdico-festivas, como él llamaba las jaranas que solía celebrar una o dos veces al mes. Estudió arte, leyes y cánones en la Universidad Literaria de Sevilla. Su padre, conocedor de las magníficas calificaciones que obtenía y del triunfo que le auguraban sus doctos preceptores, le propuso ampliar los estudios en las universidades de Salamanca, Alcalá de Henares, en incluso en la extranjera que él deseara; pero Antonio se negaba rotundamente. No deseaba vivir fuera de Sevilla; allí tenía su vida y ya, desde tan prematura edad, había sabido rodearse de los mayores placeres que brindaba la existencia a tan afortunado vástago.

Tenía fama como habilidoso gestor de la cosa pública, nadie poseía la destreza negociadora de la que él gozaba. Se había hecho indispensable en los diferentes gobiernos municipales de la ciudad. Aunque su fama de crápula contumaz e impenitente era pública y notoria, siempre le renovaban en la veinticuatría que no poseía en propiedad. Los compañeros del cabildo ciudadano obviaban su fama, la mayoría porque en alguna ocasión había formado parte de las grandes bacanales que mermaron su fortuna de forma tan considerable.

Fernando no se explicaba cómo un hombre tan erudito, profundo amante del conocimiento, podía llevar una vida tan crápula y alejada de las normas

académicas. Aquella forma de vida le había costado la herencia de sus padres; sin embargo, no sufría necesidad alguna. La retribución como veinticuatro le permitía vivir con desahogo y mantener dos criados. Si alguna vez necesitaba algún ingreso extra sabía cómo conseguirlo sin problema alguno. Bien ejercía la abogacía durante una temporada, bien daba clases públicas o privadas; estaba cotizado como un excelente profesor, aunque su vida licenciosa le estorbase en esta labor.

Un día Fernando le preguntó el motivo por el que no había tomado estado matrimonial, Antonio se rio ampliamente. Luego explicó su particular forma de pensar; para qué comprometerse con una sola mujer cuando podía gozar de las que quisiera. El matrimonio como sacramento debía ser cumplido sin ánimo de engaño alguno; la fidelidad era obligatoria cuando se juraba ante el altar. Él sabía que nunca podría cumplir con esa fidelidad; por ello no debía casarse, así evitaría incumplir con un sacramento y hacer sufrir a la joven con la que su familia hubiera acordado el casamiento por interés.

Antonio era un magnífico espadachín; desde su primera juventud había recibido continuas clases de esgrima, lo habitual en un caballero de su claro linaje. Aquel arte le salvó la vida más de una vez durante las rondas nocturnas que le tocaba mandar como veinticuatro, también en algunos desafíos motivados por su descaro hacia damas casadas con maridos ofendidos.

Don Ignacio Guajardo era todo lo contrario a don Antonio, pero mantenían una sólida amistad desde la infancia. Con diez años ingresó en la Real Compañía de Guardias Marinas, había una gran tradición marinera en su familia. El padre y abuelo habían servido en la Real Armada de Su Majestad Católica, jamás se planteó un destino diferente a la marina de guerra.

Era un hombre de similar estatura a su amigo Antonio, pero corpulento y con gran fortaleza, su rostro redondeado y cabello oscuro se iluminaban con unos ojos siempre sonrientes.

Con quince años recién cumplidos estrenó su nombramiento de alférez de Fragata, entrando a servir su oficio en el navío Nuestra Señora de Regla. Este galeón vigilaba la ruta marítima de los barcos del Virreinato del Perú que viajaban a España cargados de oro indiano.

Pero la mala fortuna hizo blanco en el flamante alférez; un tifón junto a la Isla de Granada hizo naufragar su barco. Él y tres compañeros más lograron subirse a unas maderas que malamente le mantenían a flote durante la galerna. Uno de los marinos murió agotado por la lucha contra los elementos; otro desangrado, tras ser arrancada su pierna por la dentellada de un fiero tiburón que saltó sobre la tablazón flotante.

A los cuatro días fueron rescatados por un navío de la armada francesa. Estaban exhaustos, al borde de la muerte debido al agotamiento físico y por una severa insolación que les produjo el tenaz sol caribeño. Un capitán médico se hizo cargo de la cura de los supervivientes, sin embargo, solo Ignacio logró sobrevivir.

El navío francés lo desembarcó y envió al hospital militar de Guadalupe en las Antillas Francesas. Cuando estuvo recuperado le fue comunicado que se encontraba retenido en calidad de prisionero. Francia estaba en abierta beligerancia con España en aquel tiempo. Tras su recuperación fue trasladado a un presidio militar. Allí permaneció casi dos años y, aunque el trato no fue desfavorable debido a su rango de oficial, padeció unas severas fiebres reumáticas que le invalidaron para el servicio en la Real Armada.

Volvió a Sevilla, donde fue recibido como un héroe. El padre movió influencias para que ingresara en el Real Cuerpo de Caballería. Estaba en ello cuando Antonio se enamoró perdidamente de una prima segunda suya, con la que casó poco después. La joven no deseaba abandonar Sevilla, sus padres eran ancianos y, como hija única, debía cuidarlos. Guajardo renunció a la plaza en el regimiento de caballería de Santiago, pero aceptó el grado de capitán de milicias en la ciudad. Poco después ocupó la veinticuatría que correspondía a su familia. La esposa y tres hijos llenaban su apacible vida hasta la llegada de los franceses. No quiso servir al usurpador y, al igual que su amigo, renunció a sus cargos públicos cuando los franceses se encontraban a las puertas de Sevilla.

El encuentro de los tres amigos fue muy emotivo, más al pensar los antiguos regidores que Fernando había fallecido en combate, pues nada sabían de él desde hacía mucho tiempo.

—Cuando recibimos tu recado creímos que se trataba de una artimaña de los franceses para implicarnos en alguna falsa conspiración —dijo Antonio—. El enemigo sabe que renunciamos a nuestros cargos para no serviles; hay sevillanos serviles que ya se lo han hecho saber. Somos desafectos y estamos seguros de que procurarán nuestra detención y encarcelamiento por el más leve motivo. No pienses que en Sevilla todo ha sido desplante al invasor; al contrario, hay mucha gente de todos las clases, incluida la nobleza, que parecen haberlo acogido de muy buen grado.

—No dejan de ser vulgares traidores que pagarán tarde o temprano su deshonor —contestó Fernando.

—Pero, como dice Antonio no son pocos —intervino Ignacio—, y muchos están convencidos de que la influencia francesa será buena para

España; actúan con pleno convencimiento. Me hubiera gustado que oyeras las homilías de algunos canónigos, o la del párroco de Santa Ana de Triana, que ya ha causado más de un tumulto durante la misa. Eso sin hablar de algunos políticos ilustrados, de intelectuales y periodistas, muchos influyentes masones; tampoco faltan miembros de la principal aristocracia.

—Conocí a un sacerdote que pensaba igual —dijo Fernando recordando al párroco don Blas que conoció la jornada de Despeñaperros—, pero al final fue consciente de que todo ese supuesto avance que nos trae el francés se puede lograr sin tener que sufrir su ocupación, y menos una dinastía que usurpa a la católica española… Hay demasiado miedo, queridos amigos, y por ello puedo comprender que muchos sean serviles ante la ocupación del enemigo; hay muchas vidas y haciendas que se perderán si se muestra un desafecto demasiado desafiante… Me niego a creer que exista tanto traidor, es más, sé que no es así… Lo he comprobado en los campos de batalla más crueles, donde el ejército regular se batía fieramente al lado de miles de voluntarios de todas las edades y condiciones sociales… Lo viví en la jornada del 2 de mayo, valientes mujeres y niños atacaban a los coraceros franceses con sus solas manos y rudimentarios aperos de labranza o de cocina… Eso nunca lo olvidaré.

—Puede que así sea y ojalá tengas razón… —dijo Antonio— pero ahora cuéntanos tus peripecias desde que saliste de esta bendita tierra.

El capitán narró a sus amigos los últimos avatares de su arriesgada vida. No puso mucho empeño en los detalles, ya que deseaba conocer, lo antes posible y de primera mano, todo lo que había sucedido en Sevilla y pudiera serle de interés.

Los antiguos regidores pusieron al día al Barón de Acay. Desde que se supo la toma de Córdoba, el 22 de enero, toda Sevilla se vio envuelta en oleadas de rumores que nada bueno presagiaban. Al día siguiente de la caída de la ciudad vecina, la Junta Central marchó a Cádiz. Muchos sevillanos vieron en esta acción una traición, pero también la oportunidad de que la Junta Suprema de España y las Indias, nombre que tomó la sevillana, y que tan óptimos resultados había tenido en la lucha contra el francés, volviera a constituirse y repetir la hazaña de Bailén. Con la ausencia de la Central, cuyos enfrentamientos con la Suprema habían sido constantes, la mayoría del pueblo creyó que se constituiría de nuevo la que ellos nombraron y a la que dieron legitimidad. Pero ya era tarde para ello. El 1 de febrero, a las once de la mañana, las divisiones francesas al mando del mariscal Soult, entraban en

Sevilla. Los continuos repiques de la Giralda daban a conocer la presencia del rey intruso José Bonaparte.

Ante la inminente entrada de los franceses en la ciudad, una comisión del cabildo hispalense salió al encuentro de las tropas del intruso, se encontraron en Torreblanca. Estaban comisionadas para negociar la entrega de la ciudad. Los sevillanos exigían respeto y consideración para sus creencias y edificios religiosos. El francés aceptó este punto, pero nada más llegar los regimientos a la ciudad quedó claro que se faltaría a ese importante acuerdo. Los religiosos de los conventos de San Francisco, el Carmen, San Jacinto y Santo Tomás fueron expulsados para alojar en ellos los cuarteles. El francés no disimuló su desprecio por los edificios religiosos ni por la secular tradición católica de la ciudad que ahora infamaban con sus bajas acciones. Hubo continuos insultos y desprecios a las iglesias, a sus patrimonios, que fueron ferozmente expoliados, y a las devociones del pueblo sevillano. Un grupo de patriotas locales se juramentaron para proteger los bienes de las iglesias, pero poco pudieron hacer contra la poderosa máquina militar y policial francesa. Afortunadamente algunas congregaciones habían enviado a Cádiz sus bienes más valiosos.

—Ya ves —decía don Antonio—, la ciudad ha acogido al usurpador como si se tratase del deseado don Fernando. Ahí lo tienes, Pepe Botella como rey absoluto en los Reales Alcázares y su séquito de afrancesados y traidores residiendo en los mejores palacios de la ciudad: el marqués de Riomilano y el conde de Cabarrús en las lujosas casas de la Lonja y Correos; los consejeros conde de Montarco, Azanza y Solís, en los palacios de Osuna, Infantado y Medina Sidonia; y así una larga lista que llega hasta el Palacio Arzobispal, residencia del general Darricau. El propio lectoral de la Catedral, don Nicolás María Maestre Tous de Monsalve, llegó a decir en su homilía que se debía aceptar al nuevo monarca como voluntad Divina…

—El alojamiento de tropas en esos palacios no pone en duda el patriotismo de sus dueños; mi propia casa será en breve residencia forzosa de oficiales franceses —respondió Fernando—. En cuanto a los discursos del doctoral y los actos solemnes de recibimiento en la Catedral, es de seguro que son acciones obligadas para evitar males mayores. Solo faltaba que desde el púlpito se incitara a la ciudad a una revuelta; sería una masacre innecesaria que ahora nos llevaría solo a padecer muertes de patriotas en balde.

—Fernando, te veo demasiado comprensivo —continuó Antonio—, no olvides que en la Catedral, engalanada como la festividad del Corpus, bajo dosel junto al Evangelio presidía el intruso, y a su derecha la grandeza de

España; en frente todos los representantes de la cosa pública, la judicatura, los colegios, maestranza, Santo Oficio…

—Es lógico, Antonio —cortó el capitán Tello de Portugal—, la ciudad ha de seguir regida, y lo ha de ser por sus naturales, no por extraños. Está claro que hay afrancesados colaboracionistas, y muchos, pero la gran mayoría no lo son, solo esperan la mejor oportunidad para alzarse; mientras tanto la ciudad ha de estar bien gobernada por sus autoridades propias.

—Tiene razón Fernando —intervino Ignacio—, solo el tiempo dirá quién estaba en cada bando, hasta entonces debemos estar atentos y en continua preparación para lo que pueda venir.

—Difícil lo vamos a tener con el cuerpo de policía que ha formado el francés con traidores a su ciudad —continuó Antonio Fernández de Córdova—. El comisario Aranza ha ordenado la formación de un servicio de policía que mandará el traidor Miguel Ladrón de Guevara, asistido por José de Echevarría. Cuando se supo que estos dos sevillanos iban a regir la policía secreta del invasor muchas familias huyeron de la ciudad, ambos canallas conocen muy bien los sentimientos de sus vecinos.

—Sé quién es —dijo Tello—; nunca me gustó ese individuo, es un resentido. Tendré cuidado de no coincidir con él.

—Difícil va a ser…

—Hemos de prepararnos y tener una nutrida red de patriotas, prestos a sublevarse en la ciudad cuando esta sepa que va a ser liberada. Para ello he venido a Sevilla, y vosotros tenéis que ayudarme.

—Lo haremos.

—¿Sabéis algo de Helen Tinsley? —dijo a bocajarro cambiando de tema.

—Sí —contestó Guajardo—, antes de la llegada del francés partió a reunirse con su tío el coronel, que forma parte del estado mayor de Wellesley. Allí estará a salvo, no sabemos nada más. Puede que esté en Cádiz, los británicos han abierto allí su consulado.

—Eso me tranquiliza… —dijo en voz baja.

—¿Aún te sientes atraído por ella, Fernando? —preguntó don Antonio—. Perdona si soy tan directo, pero hay confianza para ello.

—No lo sé, Antonio, tengo mis sentimientos muy confusos, y en estos momentos debo dedicarme a otras cosas más urgentes. Para ello he de tener la mente libre de preocupaciones; aunque sea muy difícil.

—De Paula si sé que partió con sus padres a Cádiz… Por cierto, iba con ellos ese amigo tuyo de la infancia, el inglés… —dijo don Ignacio sin malicia alguna, pues desconocía las pasadas relaciones—. ¿Cómo se llama?

—No es inglés, Ignacio, es tan español como tú y yo, nació en España y su padre era español…

—Perdona pero por ahí no paso, Fernando —cortó don Antonio—. Un señor que viste el uniforme inglés, prefiriéndolo al de su lugar de nacimiento no merece llamarse español.

—Son circunstancias de la vida que no vienen al caso, pero os doy mi palabra de que se siente tan español como nosotros y es un gran patriota.

—Si lo dices mediando tu palabra lo acepto, no hay más que hablar. Pero dime, ¿cómo se llama?

—Enrique Vélez de Medrano y Campbell-Golgray.

—Una gran familia la Vélez de Medrano —afirmó Antonio sorprendido de que ese fuese el linaje de quien utilizaba el uniforme británico—, he conocido a varios de sus miembros en Córdoba.

—¿Tiene alguna relación con Paula? —preguntó Ignacio, haciendo que sus palabras reavivaran los sentimientos dormidos de Fernando—. Lo digo porque se les ha visto en varias reuniones sociales de Sevilla e iban juntos a misa. Yo le perdí la pista a Paula hace muchos años, pero sé que tú sigues siendo gran amigo de ella.

—Bueno… —tosió Fernando para quitar el nudo que le había atenazado la garganta con aquella noticia—. No sé nada, Paula eran tan buena amiga mía como de Enrique. Me imagino que esa amistad se habrá reavivado con la vuelta de Enrique a Sevilla… Si hay algo más no lo sé. Lo único que he hecho desde que comenzó esta maldita guerra es combatir al francés; apenas tuve tiempo para nada más, y menos para los ecos de sociedad.

—¿Cuáles son tus planes ahora? —preguntó Guajardo.

—Quiero estudiar las fuerzas que los franceses tienen en nuestra ciudad, la posición de sus defensas, municiones, cuarteles y cuerpos especiales que ha traído el intruso Bonaparte. Luego intentaré indagar si hay alguna resistencia clandestina en la ciudad, he de contactar con ella. De todo lo que averigüe informaré debidamente al estado mayor, para facilitar la recuperación de Sevilla cuando sea conveniente.

—¡Pero eso es una locura! —dijo don Antonio—. Tú, un oficial español, hombre muy conocido en Sevilla, que aunque te hayas dejado barba no desdibujas tu cara demasiado para quienes te conocemos; para colmo con una documentación falsa, haciendo averiguaciones y preguntas indiscretas en una ciudad llena de policías colaboracionistas. Lo confirmo: ¡Estás loco!

—No tengo más remedio; es fundamental para conocer al enemigo y formar una defensa interna que habrá de reaccionar cuando nuestras tropas

intenten recuperar Sevilla… ¿Sabéis si existe algún movimiento de resistencia?

Ambos amigos intercambiaron miradas y luego pusieron sus ojos sobre Fernando.

—Hay algo, Fernando —intervino don Ignacio—, pero es muy peligroso… Sin embargo, nadie mejor que tú para conocer ese movimiento; eres el único que puedes canalizarlo y darle efectividad… Cuando empezaron los saqueos de iglesias, conventos y hermandades, hubo un grupo de patriotas que se juramentó para defender ese patrimonio, ocultándolo y formando una red de información que evitara un expolio mayor. Esa fue la simiente de una liga que ha decidido combatir al francés. Intenta formar un ejército oculto de hombres dispuestos a levantarse a una orden convenida; también quieren colocar espías cercanos a los cuarteles, en el servicio de palacio y en el de los jefes y oficiales; es fundamental la información de criados que los atienden.

—¿Conocéis a su cabeza?

—Sí, es un hombre muy discreto, relojero de oficio, y gran patriota. No te digo su nombre pues no puedo hacerlo sin su permiso.

—¿Entonces vosotros también estáis con ellos?

—¡Hombre, conociéndonos cómo lo dudas! Somos hombres de honor y patriotas.

—De ello nunca he tenido la menor duda. Debo hablar con él lo antes posible.

Los tres concertaron una entrevista con el cabeza de la resistencia.

Fernando dio un paseo por las calles sevillanas antes de regresar a su casa, deseaba tomar el pulso a la ciudad. El mejor lugar para hacerlo eran las gradas de la grandiosa Catedral, el mentidero de la ciudad desde hacía siglos. Allí pudo observar que su primera percepción sobre la bulliciosa urbe había sido errónea: el sevillano no había perdido su alegría ni el gusto por hacer vida en la calle. En las gradas se reunían miles de personas que iban a cerrar sus negocios: compradores, mercaderes, corredores de lonja e intermediarios. Otros requerían a los escribanos que montaban sus tenderetes en las gradas, en busca de clientes que necesitasen de algún documento con urgencia. No faltaban los descuideros y meretrices que intentaban burlar la vigilancia de los alguacilillos y caballeros veinticuatro de servicio.

El cuadro se completaba con las personas que entraban en las continuas misas que se celebraban en las más de treinta capillas de la Santa Metropolitana y Patriarcal Iglesia Catedral de Sevilla. Otros paseaban, por mero gusto, entre quienes conversaban animadamente o entre los que ofrecían

sus mercaderías. Las jóvenes damas caminaban junto a sus pretendientes, bajo la atenta y severa mirada de las inquisitoriales damas de compañía.

Fernando comprobó cómo algunas mujeres habían congeniado más de lo deseado con el invasor; paseaban dando el brazo a soldados enemigos. Esta idea se le afianzó cuando observó que una escolta de diez soldados franceses hacía el pasillo de honor, con sus espadas en alto, a un sargento que salía por la Puerta del Perdón tras casar con una joven sevillana.

El olor a las especias traídas de las provincias españolas de ultramar, de colonias portuguesas y holandesas, pugnaba con el aroma del incienso puro que salía por las puertas catedralicias.

Aquel olor le trajo muchos recuerdos de su pasado y decidió entrar en la Catedral. El dulce efluvio del incienso se mezclaba con el de miel que exhalaban las llamas sobre la cera pura que alumbraba numerosos altares.

Fernando se dirigió a la Capilla Real, donde se veneraba la imagen de Nuestra Señora de los Reyes, Patrona de Sevilla. A sus pies, la soberbia urna de plata que repujara el gran orfebre Juan de Arfe, contenía los restos incorruptos del Santo Rey Fernando III, que ganó la ciudad a los moros. Un grupo nutrido de fieles rezaba de forma recogida. Las mujeres cubrían sus rostros con grandes velos negros de pico, los hombres sostenían entre sus manos sombreros de los que se habían destocado nada más entrar en el templo.

El Barón de Acay pudo aspirar un nuevo olor que le era muy agradable, el de las nobles maderas traídas de las indias para fabricar bancos y severos confesionarios. Las grandes lámparas votivas de plata indiana, ricamente repujada, alumbraban la majestuosa capilla, ayudadas por la luz de los seis grandes «bizarrones» de plata que donara a la Catedral de Sevilla el obispo que le dio su nombre.

Observó que ya no se encontraban allí las banderas, corazas y cascos ganadas al francés en Bailén y ofrecidas al Santo Rey por el voto del general Castaños. Pensó que las habrían recuperado los franceses o escondido los canónigos; no faltaban entre estos últimos los que tenían redaños suficientes para enfrentarse ellos solos al propio Napoleón.

Tres capellanes reales tenían turno ante el Sagrario de la Capilla Real. Fernando se alegró enormemente cuando reconoció entre ellos al canónigo y capellán real don Emigdio Mariani. Durante su juventud, y hasta entrar en los jesuitas, había sido su confesor y director espiritual. Era un hombre bondadoso, lleno de sabiduría y cordura. Su trato era afable, solo sacaba genio mal contenido cuando debía defender sus grandes principios: Dios y el rey.

Al poco vio como don Emigdio se levantaba de su escaño y se dirigía a él.

—Caballero, ¿tiene la bondad de acompañarme?

Fernando no dijo nada, se incorporó y siguió al calonge hasta una habitación que se ocultaba junto a la sacristía. Cerró la puerta y le ofreció asiento al otro lado de una sólida mesa de San Antonio de oscuro nogal encerado.

—¿Eres Fernando verdad?

—El mismo, padre Mariani. Me preocupa que me haya reconocido; estoy de incógnito en Sevilla.

—Me imaginé algo así… Yo también me he preocupado, pues si te he reconocido también puede hacerlo alguien que no te tenga tanto afecto. En Sevilla se sabe que eres un destacado militar, el francés te buscaría nada más conocer que te encuentras aquí.

—No puedo hacer otra cosa, padre; he de permanecer unas semanas en Sevilla y después partir hacia Cádiz con la mayor información que pueda conseguir.

—Imagínate, yo estoy bajo sospecha, esos canallas sin Dios que nos invaden me tienen bajo vigilancia. Se me acusa de clara desafección al rey Bonaparte. Me han prohibido ocupar la cátedra sagrada públicamente, solo puedo celebrar misa en privado.

—¿Y qué dice el señor Cardenal?

—Es él quien me ha suspendido; pero lo hace por mi bien, por mi seguridad. Cuando el francés me prohibió dar homilías públicas no hice caso y cargué contra el invasor en la dominical de la catedral. Los afrancesados me denunciaron, si no llega a ser por su eminencia ahora estaría detenido o algo peor. Si con un indefenso sacerdote se atreven a tanto, ¿qué no harían contigo, un acreditado capitán enemigo?

—¿Usted indefenso…? No lo creo, don Emigdio, su palabra desde el púlpito puede mover el ánimo a más personas que cualquier discurso político. ¿Pero cómo se ha señalado tanto?

—Ya me conoces, hijo mío, nunca podré admitir a alguien que usurpa la católica monarquía española y que, en nombre de la supuesta libertad, pisa los principios más sagrados de los españoles. Me negué a estar presente en la entrada de José Napoleón en la Catedral, no fui el único, pero mis posteriores homilías no me ayudaron en mucho… Menos, cuando un capitán francés se personó en esta real capilla con la intención de recuperar las banderas tomadas al enemigo en Bailén. Me negué a ello, le dije que no sabía dónde estaban, que esas banderas quedaron a los pies del Santo Rey y fueron

desapareciendo con el paso de los días… Personas que deseaban tener recuerdos de esa gesta militar en la que por primera vez se derrotaba al poderoso ejército del emperador, dije al coronel. Él sabía que estaba mintiendo, y Dios me perdone este pecadillo; al oficial solo le quedaba pegarme un tiro o llevarme preso; ninguna de las dos acciones hubieran sido las más apropiadas para ganarse al pueblo sevillano como desea el monarca intruso. Yo he escondido esas banderas y corazas en una de las numerosas criptas de esta iglesia, dentro de una tumba que siempre estuvo vacía. También me he encargado de poner a buen recaudo el tesoro de Nuestra Señora de los Reyes. Solo yo y otro capellán real sabemos dónde se encuentra; pero ahora quiero que tú lo sepas, nosotros ya no somos jóvenes y quién sabe qué puede suceder durante la ocupación de estos impíos…

—Le agradezco su confianza, don Emigdio; sabré guardar el secreto con mi vida si necesario fuere.

—Lo sé, querido Fernando, y por eso te he elegido para ello. Las joyas están en los nidos de las cigüeñas que coronan las cúpulas y torreones de esta Santa Iglesia; están muy bien envueltas y protegidas para que las aves no puedan cogerlas.

—Está claro que allí nadie buscará…

—Ahora lo que me preocupa eres tú, me asusta que te puedan identificar; yo lo he hecho.

—Sí, pero usted me conoce muy bien.

—De todas formas no debes correr riesgos. Sal lo menos posible, cúbrete la mayor parte del tiempo con un buen sombrero y evita lugares de muchedumbre como estos… Toma estas lentes —dijo mientras las sacaba de un cajón— no están graduadas solo ahumadas para evitar el sol inclemente; eran de un viejo canónigo que ya no las va a necesitar y a ti te servirán de mucho. Sabes dónde encontrarme si necesitas mi ayuda, no lo dudes un solo instante si llegare el caso.

—Muchas gracias don Emigdio, descuide que requeriré su auxilio si hace falta.

El antiguo tutor y el pupilo se fundieron en un abrazo. El capellán real le bendijo y entregó una medalla de San Fernando para que le protegiera frente al enemigo.

Fernando volvió a su casa, debía permanecer allí hasta recibir noticias de los amigos. Solo saldría a horas tempranas, para ir a misa en lugares que estuviesen próximos a cuarteles, así estudiaría la disposición y número de fuerzas enemigas.

Sin embargo, la primera visita que recibió Fernando no fue la esperada de sus amigos para contactarle con la resistencia oculta, sino la de un coronel y un comandante francés. Vicente, el mayordomo, le anunció que venían a ejercer el derecho de residencia en la casa. El Barón de Acay se estrenó en la personalidad usurpada a don Francisco de Peralta, administrador del mariscal.

—Buenos días, señores —se dirigió con gesto seco a los militares del emperador—, soy don Francisco de Peralta, administrador del señor general don Laureano de Zúñiga y Orozco. ¿Qué se les ofrece?

—Soy el coronel de dragones Pierre de Savigny, y el caballero que me acompaña mi ayudante, el comandante Antuan Bouret. Este documento que le entrego ordena que seamos acogidos en esta casa por derecho de residencia de los jefes y oficiales del emperador.

Fernando tomó el documento y lo leyó. Luego lo volvió a enrollar y entregó a su portador.

—No sé si el señor coronel sabrá que las casas de la nobleza española están exentas de la obligación de acoger a oficiales, tanto españoles como extranjeros.

—Esa antigua y absurda ley ha sido derogada por Su Majestad don José I.

—Dicho eso no tengo nada que objetar. No debo darles la bienvenida porque esta no es mi casa, y el dueño, de seguro, no lo haría, pero sí puedo asegurarles que se les atenderá como corresponde a vuestro rango.

—Solo pretendemos eso, don Francisco. Por otro lado, no creo que seamos demasiada carga para vosotros. La mayor parte del día la pasaremos en nuestros destinos militares, es posible que no asistamos a todas las comidas del día, pero sí a dormir. Si he de celebrar aquí reuniones con invitados serán avisados con suficiente antelación para que todo esté dispuesto —el coronel dejaba claro con sus palabras que era él quien ahora mandaba en la casa—. Por los gastos no se preocupe, señor de Peralta, hay una dotación especial para estos casos.

—Señor coronel —contestó el falso administrador—, creo hablar en nombre del dueño de esta casa y no errar, si le digo que ese dinero no será aceptado en ella. Es casa lo suficientemente alta para no necesitar ayuda, y lo suficientemente noble para saber que la hospitalidad, aunque obligada, nunca se cobra. Puede entregar ese dinero a una institución de caridad o donde estime más conveniente.

—¡El típico orgullo español que a nada lleva, comandante! —dijo mirando a su ayudante—. Bueno don Francisco, esta tarde varios soldados

traerán nuestro equipaje; hasta mañana no haremos uso de la casa. El almuerzo será a las tres y la cena a las diez.

—Estará todo previsto, coronel. Para lo que ataña al servicio de la casa puede contar con la ayuda de Vicente, el mayordomo. Para cosas mayores no dude en llamarme.

—Así lo haré… Hasta mañana, don Francisco.

—Si Dios quiere, señor coronel.

Dos días después de este áspero encuentro, don Ignacio Guajardo y don Antonio Fernández de Córdova enviaron recado al capitán Tello de Portugal. Lo citaban a las seis de la tarde en el trascoro de la Parroquia de Omniun Sanctorum. Fernando se escondió bajo su capa y cubrió la cabeza con un sombrero de generosas alas, luego se colocaría los anteojos ahumados que le diera el canónigo Mariani. Embutió dos pistolas cargadas en el cinto, bajo la casaca, y tomó un bastón para justificar la falta de vista y aquellas lentes oscuras.

Cruzó por la Alameda de Hércules. A esas horas comenzaban a reunirse personas de distintas clases sociales para hacer el paseo de la tarde. Los carruajes de casas nobiliarias se mezclaban entre la abundante caballería civil y militar. No faltaban los coches de punto, eran ocupados por personas de menos posibles económicos que los ricos propietarios de la nobleza y alta burguesía. Había quienes preferían pasear por la Alameda y descansar en los puestos y terrazas, donde se vendían limonadas y aguas azucaradas junto a bebidas de mayor fuerza. Las damas cubrían sus rostros con los multicolores parasoles, evitando así que su tez se cubriera del moreno que las señalaría como mujer poco distinguida.

Fernando reconoció a varias personas; se extrañó de ver a algunas de ellas en animada charla con oficiales franceses; pero no quiso juzgar, se equivocaría con toda seguridad. En una ciudad ocupada era mejor mantenerse al tanto de lo que piensa el enemigo antes que distanciarse de él e ignorarlo. El miedo, la presión, la prudencia, la diplomacia, la astucia, y mil motivos más podían justificar esta aparente tranquilidad en la clasista sociedad sevillana.

Las naves de Omnium Sanctorum estaban poco iluminadas, tan solo había cirios encendidos en el altar mayor y algunas velas en las capillas laterales. A pesar de su capa sintió frialdad al entrar en el templo. Con paso decidido se acercó al trascoro, estaba en penumbra, no podía distinguir a nadie allí. Pensó que estaba solo y que la reunión se había aplazado por fuerza mayor. Iba a

marcharse cuando una mano salió de entre los barrotes de una artística reja que cerraba una capilla privada, y le paraba el paso.

—Fernando, soy Antonio, pasa.

Los goznes de la reja provocaron un leve chirrido.

—Habrá que engrasarla —dijo don Ignacio Guajardo mientras su cuerpo surgía de la penumbra, como si de una aparición fantasmagórica se tratase. Luego pidió que le acompañara.

Tuvieron que encorvar mucho su espalda para poder entrar por una baja y estrecha portezuela que se abría en el lateral del altar privado. Era la entrada a la pequeña sacristía de la capilla, donde se guardaba el ajuar de altar, vasos sagrados y vestimenta de los oficiantes.

Fernando vio que allí esperaba un desconocido. Era de mediana estatura, cabello oscuro y porte gallardo.

—El capitán don Fernando Tello de Portugal, Barón de Acay, don Bernardo Palacios y Maraver, gran patriota, cabeza y alma de la resistencia sevillana.

—Es todo un placer conocerle, don Bernardo.

—Lo mismo digo, he oído hablar mucho de sus gestas militares. Me enorgullece poder contar con usted en estos momentos tan cruciales para nuestra patria. Hay mucho que hacer y son pocas las personas apropiadas dispuestas a arriesgar su vida por los sagrados ideales que a ambos nos empujan.

—Eso me preocupa, y a la vez me extraña; sé que en algunas ciudades se ha tenido que parar el enganche de voluntarios por la gran cantidad que se han presentado. El ejército no puede pertrecharlos a todos. Me entristece que en mi ciudad no suceda lo mismo.

—¡Oh, no, don Fernando! No he sabido expresarme bien. Por supuesto que en Sevilla hay ese ardor patriótico que ha hecho levantar muchos regimientos. Prueba de ello fueron las milicias y reclutamientos de los primeros días de la invasión francesa.

—Lo sabía, en la Batalla de Bailén fue decisiva la intervención sevillana; por ello he mostrado mi extrañeza ante ese cambio repentino que quizás he malinterpretado.

—La Junta Suprema de España y las Indias creada en Sevilla, con su brillante gestión, fue la primera en lograr la derrota del francés en Despeñaperros. Es de seguro que puedo contar con miles de hombres y mujeres armados cuando sea necesario. Por ello me refería a la falta de personas apropiadas, es decir, de gente preparada para una continua y callada

labor de espionaje, que recave datos, los haga llegar al mando de nuestro ejército y sirvan de enlace entre los conjurados. Han de ser personas capacitadas, militares o antiguos miembros de la milicia, pero la mayoría están en los diferentes cuerpos de ejércitos y hemos de echar mano de personas más entusiastas y patriotas que dotadas y preparadas para ese cometido. Algunos de los que podrían servir alegan que lucharán cara a cara contra el francés cuando sea necesario, pero no quieren arriesgarse en misiones sin un fin cierto y que pueden provocar una represalia en sus familias. No se trata lo mismo a un prisionero en combate que a un espía. Buena prueba de ello es la canalla acción del traidor Ladrón de Guevara, el jefe de policía, que ya ha pasado por las armas a varios de nuestros enlaces.

—Desde ahora podéis contar conmigo. Pero he de requerir vuestra privilegiada información para hacerla llegar al alto mando. Necesitamos saber la fuerza de la que se dispone en el interior de Sevilla una vez que se comience la liberación de la misma. Número de hombres aproximados, armas con las que cuentan, por si hiciera falta introducir algunas en la ciudad, enlaces, planes; en definitiva, todo lo que pueda contribuir a una perfecta coordinación entre el mando y la resistencia interior.

—Le daré puntual cuenta de todo, pero habrá de memorizar los datos, no debemos dejar por escrito ningún testimonio. Los últimos detenidos llevaban cartas comprometidas que han provocado detenciones y el acoso policial a muchos de los nuestros.

Los cuatro patriotas estuvieron cambiando información y pareceres hasta bien entrada la noche. Fernando quedó en reunirse en ese mismo lugar todos los lunes, el párroco facilitaría cuanto hiciese falta.

Antes del toque de queda Fernando volvió a su casa. Al llegar, el mayordomo le comunicó que el coronel Pierre de Savigny le esperaba en el salón principal, donde había ordenado se le sirviese un café y un *brandy*.

—Señor de Peralta —le impetró secamente nada más verle entrar, sin contestar al protocolario saludo de Fernando—, no me imaginaba que cayera usted en una postura de tan manifiesta desconsideración hacia sus huéspedes.

—No sé a qué se refiere, señor coronel. No le entiendo.

—Hoy hace dos días que mi ayudante y yo nos trasladamos a esta casa. A ninguna de nuestras comidas ha asistido… Aunque seamos enemigos en lo político no debe olvidar la cortesía, menos cuando usted es el responsable de la casa que nos acoge.

Fernando se indignó ante las lecciones de urbanidad que pretendía darle aquel militar, quien se comportaba en casa extraña como el dueño y señor,

pero disimuló su enojo.

—Le ruego, don Pierre, que no tomé a mal mi ausencia; varios asuntos importantes me han tenido ocupado estos días. Y también es cierto que nunca pensé que fuera requerido para cenar con vosotros…

—¿Por qué no? Usted es el máximo responsable del gobierno de esta casa, no un simple sirviente. Será bien recibido a nuestra mesa; es más, le requiero para que haga las comidas con nosotros; deseo saber el pulso y los sentimientos de esta ciudad de mano de usted, de sus conocimientos.

—Contad con ello. Ahora, si no necesita nada más, tengo que ocuparme de unos asuntos urgentes.

—Vaya, vaya. Mañana le espero a las tres en el comedor.

Con puntualidad real Fernando entraba en el salón comedor al día siguiente. El servicio de mesa era el ordenado por el capitán a Vicente el mayordomo, para así evitar confusiones del personal con el nombre usurpado por Fernando.

—Don Francisco —dijo el coronel de Dragones—, aunque sé que no somos bien recibidos en esta casa, como en la inmensa mayoría de las de Sevilla, sí que debo agradecer la diligencia con la que nos están atendiendo al comandante y a mí.

—Coronel —contestó Fernando—, en esta bendita tierra hay un dicho: «Lo cortés no quita lo valiente». Os aseguro que en otras circunstancias todo sería muy diferente. Nuestras naciones han sido aliadas hasta hace poco, debe recordar la grata acogida que el ejército francés ha tenido en España hasta que se confirmó la invasión encubierta y la usurpación del trono español por una dinastía extranjera.

—Le puedo asegurar que ha de ser para bien de España; es una gran nación que debe curarse de su atraso y aislamiento. Ha de abandonar muchas cargas arcaicas que lastran el desarrollo de un país moderno. La superstición, el fanatismo religioso, el culto a falsos mitos, la intolerancia y, lo que es más grave, el analfabetismo del pueblo; toda una retahíla de absurdos y circunstancias que deben ser subsanadas.

—Creo que la mayoría de los españoles pensamos que nuestras tradiciones y formas de vida son intocables. Por otro lado, no hemos pedido que nadie nos cure de eso que usted llama enfermedad y yo tradición, y menos por la fuerza de las armas de un país extranjero.

—Pero hay veces —intervino el comandante Bouret— que la cura de un enfermo ha de hacerse forzosamente, como a un niño o a un adulto privado

del sano juicio; y España es una nación menor de edad en el desarrollo de lo que debe ser un estado moderno.

—Comandante, perdone que rechace enérgicamente esa… disparatada teoría. España es la nación más antigua de Europa, sus reyes son igualmente los herederos de la más antigua tradición monárquica… Ha sido un auténtico imperio, esto es, una nación que ha dominado el orbe entero, gobernó en todos los continentes conocidos de su tiempo; nadie ha igualado la gesta española. Los hombres que ha dado para las letras, el arte y las ciencias son celebrados en el mundo entero. Ignoro a qué minoría de edad se refiere, a no ser la que desea imputar a una nación que se resiste a teorías de modernos filósofos y propagandistas que quieren apartar a Dios de su centro de vida.

—Usted mismo, señor de Peralta, con su intervención apoya cuanto ha dicho el comandante Bouret. Es indiscutible el pasado glorioso de España; pero aquel se perdió en la noche de los tiempos… De él solo ha quedado la memoria de rentas malgastadas durante ese pasado imperio, el dudoso orgullo de haberlo poseído, la intransigencia, el absurdo rechazo al trabajo y la industria por parte de la nobleza, y, por supuesto, el fanatismo religioso que ha mostrado sus últimas palabras.

—Creo que hablamos dos idiomas diferentes, y no me refiero a los de nuestros correspondientes países, que es evidente, me refiero a la concepción de la vida que tenemos. Para cada uno la suya ha de ser la mejor, todo esto son apreciaciones subjetivas… Pero hay hechos objetivos: nuestra historia no es una renta pasada, seguimos poseyendo las provincias españolas de ultramar, que son los territorios más extensos que pertenecen a un país europeo. Por otro lado, el desprecio al trabajo en nuestros días por parte de la nobleza es más un mito que una realidad; basta acudir a los padrones de las ciudades, donde un sinfín de hidalgos trabajan en los oficios más humildes. En cuanto a lo que usted llama fanatismo religioso yo lo llamo fe, una fe profunda y arraigada que hizo que España, después de vencer al musulmán en una guerra de ocho siglos, conquistara el mayor imperio jamás visto… Un imperio que ayudó al desarrollo de las ciencias y las artes, ese arte tan valorado por vuestros mandos superiores, al decir por su afán de expoliar tantas obras de arte en nuestra ciudad y del resto de España… Y también es un hecho objetivo que esta nación, que ustedes consideran tan retrasada y metida en sus tradiciones, posee un ejército que ha derrotado por primera vez en Europa al del emperador de los franceses…

Ambos militares se habían incomodado por las palabras del supuesto administrador. Callaron unos segundos antes de contestar.

—Es usted un hombre claro y valiente —dijo el coronel—, sus palabras son atrevidas pero no ha de temer nada de nosotros; es más, reconozco su sinceridad.

—Se lo agradezco, usted mismo me invitó a la mesa para conocer el, ¿cómo dijo…? el pulso y los sentimientos de este pueblo. Os aseguro que la mayoría firmaría sin vacilar todo lo que he dicho. Es cierto cuanto he defendido, y ya sabéis: «La verdad os hará libres…»

El coronel se recostó sobre el respaldo del sillón; tras limpiar sus labios con la servilleta de hilo fino pidió que el mayordomo le escanciara vino de La Rioja. Los entrantes y las carnes asadas habían sido de su agrado, el vino le ayudaba a terminar un abundante plato acompañado de una delicada guarnición de verdura fresca refrita en mantequilla.

—Lo sé, don Francisco; está en el Evangelio. Yo fui bautizado, soy católico, aunque no un fanático. Creo a mi manera, en Cristo sin intermediarios, sin papas ni órdenes que nos digan lo que tenemos que hacer y coarten la libertad que Jesús nos trajo.

—Ese es el triunfo de los filósofos impíos, no solo negar la presencia de Dios en el mundo y promover terminar con quienes le siguen, sino sembrar la discordia entre los propios bautizados… Pero dejemos la religión, nunca nos pondríamos de acuerdo en este punto. En plazo marcado por la Providencia, mayor o menor, ambos sabremos quién tenía la razón, pues al ser creyente debe tener por segura la vida eterna.

—Así es, pero como usted dice dejemos la religión… Ahora dígame… Un hombre joven, fuerte como usted y patriota, no falto de valor como ha demostrado con sus atrevimientos verbales, ¿qué hace que no está enganchado en uno de los batallones de voluntarios que han surgido en toda España?

—Eso hubiera deseado —contestó sin mostrar el desconcierto que le había producido la pregunta—, pero mi naturaleza no es tan fuerte como parece, padezco una lesión interna en el pie derecho que me hace inútil para el servicio activo, pero no dude que de estar sano ahora no estaría aquí sentado.

—¿Conoce usted bien al general don Laureano de Zúñiga?

—Todo lo que permite la confianza que pueda existir entre el señor y su empleado. Es un gran caballero y un bizarro militar.

—No lo dudo; sin embargo, al decir que vivo aquí me han hablado más de su sobrino que de él mismo; un marqués capitán del ejército…

Fernando pensó que había sido descubierto y que esa conversación era una introducción antes de su captura. Miró de reojo a Vicente, parecía

incómodo con el rumbo de la conversación.

—No es marqués, es el señor Barón de Acay, don Fernando Tello de Portugal, capitán de caballería. Al decir de la gente es un hombre con agallas, y así lo ha demostrado durante esta guerra en diversas ocasiones. El propio general Castaños le distinguió en la entrada del ejército en Sevilla tras el triunfo de Bailén.

—¿Tiene amistad con él?

—Con los mismos condicionantes que he referido para el trato con el señor general, su tío. Es verdad que al tener mi edad aproximada me es más fácil su trato, pero tampoco es menos cierto que, desde que partió de Sevilla para su preparación en la Academia Militar, apenas ha pasado aquí temporadas prolongadas. El primer día de la guerra marchó al frente, solo estuvo una corta temporada en la ciudad para luego volver al combate. Se halló en el desastre de Ocaña, desde entonces no sabemos nada de él. ¡Dios quiera que el señor barón siga con vida!

—¡Señor barón! ¡Señor barón! —exclamó el comandante—, tanto servilismo hacia unos señores que representan una sociedad arcaica, cuyos títulos y prebendas ya no sirven para nada.

—No es servilismo, señor comandante, es respeto al rango. Y en cuanto a lo de títulos y prebendas que no sirven para nada, eso dígaselo usted a Bonaparte, que se ha proclamado emperador, ha nombrado reyes a sus hermanos, y príncipes y duques a generales que hasta poco antes eran mozos de cuadra, carniceros y otros oficios de lo más humildes. Un hijo de la revolución encumbrando, con los títulos más sonoros de la antigua nobleza, a seguidores surgidos de los más bajos fondos. Al menos, esos títulos españoles, que usted parece despreciar, son en su mayoría de gran antigüedad, de familias que durante generaciones han servido a Dios y al Rey, y no hijos de una revolución que terminó con la antigua nobleza para crear una nueva hecha a la medida del emperador.

El comandante no contestó ante una respuesta tan contundente que le dejó en evidencia. Su incomodidad se manifestó en el gesto serio y contrariado que cubrió su desencajado rostro.

—Sabe usted mucho de la nobleza para ser un simple administrador —intervino el coronel con deseos de ofenderle y así devolver la humillación hecha a su ayudante.

—Lo de administrador es cierto, lo de humilde ante Dios también, pero no por mi nacimiento, que es a lo que su señoría quería referirse. Por mi cuna soy caballero hijodalgo notorio como lo dicta la real ejecutoria de nobleza ganada

en la Chancillería de Granada por mi cuarto abuelo. Mis antepasados directos tomaron Granada como capitanes de los Reyes Católicos, estuvieron en San Quintín con el gran Austria don Felipe II, lucharon en los campos de batalla de Europa con los borbones, y, hoy día, primos míos se baten contra las águilas del emperador en el ejército de tierra y en la Real Armada como oficiales de alto rango… Ello por mi cuna; por mis propios méritos soy doctor en filosofía y perito en matemáticas y contabilidad, lo que me ha valido para mi actual trabajo.

—Veo que el general y su sobrino saben rodearse de hombres de valía.

—Coronel, a tan gran casa, grandes servidores.

La conversación continuó toda la noche, aunque en tono menos exaltado. Se aparcó la guerra, la política y la religión. El arte y la literatura fueron el epílogo a la cena.

XII

El ambiente de la ciudad se iba enrareciendo lentamente, los ánimos ya no estaban tan ocultos como al principio de la ocupación. El francés era consciente de que nunca se ganaría la voluntad de los sevillanos. Comenzaban a ver conspiradores por todas partes, la desconfianza se dejaba palpar en todos los ambientes de la ciudad. El jefe de policía, Ladrón de Guevara, incrementó sus efectivos así como la intensidad en las pesquisas. Varios patriotas fueron detenidos y pasados por las armas, entre ellos Francisco Carrillo, alias «Colmillo», guerrillero que vino a Sevilla a reclutar voluntarios contra el francés. Fue arcabuceado junto al Guadalquivir y enterrado en la parroquia de Santa María Magdalena. También pasaron por las armas a don Santiago Alberto Moldes y Garrido, párroco de San Martín de Boleda en Galicia. Era comandante de una partida en su tierra; al igual que «Colmillo» llegó a la ciudad para reclutar a gente que se incorporase a la guerrilla. Hasta el final se negó a dar los nombres de otros patriotas de la guerrilla. Sus restos mortales fueron enterrados en el panteón de sacerdotes de la Magdalena.

Otro sacerdote que también pagó con su vida la defensa de la patria fue don Juan de la Cuesta, agente del gobierno español perteneciente a la Junta de Ayamonte. La policía de Miguel Ladrón de Guevara le detuvo, encontrándole cartas en clave. Fue fusilado en la orilla del río que bañaba la collación de los Húmeros; descansaría eternamente junto al otro presbítero.

El gobierno intruso sabía que debía distraer a la población sevillana, de esa forma la apartaría de conspiraciones y otras acciones peligrosas para sus intereses. Celebraba sonadamente cualquier acontecimiento: el día de la entronización de don José I, los cumpleaños del monarca y del emperador, las entradas y salidas del rey y de generales ilustres en la ciudad, y cualquier otro evento que distrajera a la población.

El anuncio de boda del emperador con María Luisa de Austria fue festejado con gran despliegue de lujo y solemnidad. Se daban funciones gratis de teatro, convites a la ciudadanía, ranchos especiales a los presos. También se había abierto una sala de juego en lo alto del teatro, importando algunos, como la rolina o *roulette*, de Francia. Esta sala era explotada por el empresario asentista Mayer, protegido de Soult en varios importantes negocios. La alta sociedad era agasajada en los Reales Alcázares, el Palacio Arzobispal, residencia del Mariscal Soult, la Casa de la Contratación, la Real Fábrica de Tabaco y los palacios sevillanos ocupados por los ministros y generales del invasor.

Pero nada de esto hacía olvidar la ocupación francesa y la presencia del intruso en Sevilla. La ciudad estaba escandalizada de la falta de respeto hacia los símbolos religiosos y las creencias más arraigadas en el corazón de los sevillanos. No solo se habían usado iglesias y conventos como cuarteles y almacenes, sino que se expolió gran parte del tesoro de las comunidades religiosas, hermandades y templos hispalenses. Ello, a pesar de que el cabildo eclesiástico, hermandades y órdenes religiosas embarcaron sus principales obras de arte rumbo a Cádiz, cuando se supo la pronta llegada del francés.

El invasor no ocultaba su ferocidad expoliadora, es más, hacía orgulloso alarde del producto de sus rapiñas ante los propios sevillanos en fiestas que ofrecían en las residencias ocupadas por ellos. El mariscal Soult, duque de Dalmacia, adornaba sus estancias del Palacio Arzobispal con las esculturas, cuadros y bienes artísticos requisados para él, y que antes habían sido objeto de fervor para los sevillanos. Los asistentes se indignaban al ver aquellas imágenes sagradas como simples adornos de salones que ahora servían para el baile, los festejos y menesteres más inmorales.

A la autoridad no le tembló el pulso al firmar la demolición de edificios sagrados; sus terrenos serían destinados a otros fines sociales. Fueron derribadas la parroquia de Santa Cruz y el convento de la Encarnación.

La Semana Santa sevillana estaba a las puertas, el rey don José I había manifestado su deseo de conocer las procesiones de disciplinantes que tanto habían sorprendido a los viajeros extranjeros y fueron plasmadas en sus libros. Algunas hermandades enviaron sus bienes a lugares más seguros, muchas sufrieron el despojo de su patrimonio. Ante esta situación, y por desprecio al francés, decidieron no hacer estación de penitencia, amparándose en los daños padecidos. Pero el rey intruso volvió a mostrar su interés ante sus edecanes. La presión sobre las cofradías fue excesiva, se les exigió, bajo las más veladas amenazas, que volvieran a convocar sus cabildos con objeto de

aprobar la salida durante la Semana Santa. Pero ni así consiguieron que la mayoría se doblegase a la voluntad de don José I. Solo hicieron su estación de penitencia la Cofradía del Prendimiento de Cristo, con sede en Santa Lucía; la del Gran Poder de San Lorenzo, y la de las Tres Necesidades de su capilla de la Carretería. Sin embargo, el monarca no se dignó salir de los Reales Alcázares para verlas.

El descontento en la ciudad era cada vez más notorio, el pueblo iba perdiendo el miedo poco a poco. Las filas de la conspiración cada vez estaban más nutridas. Los disturbios, aunque no tumultuosos, eran frecuentes. El párroco de Santa Ana, don José Aceijas, había sido imprecado directamente durante su homilía, cuando apoyaba la causa del rey don José I. En medio de las bóvedas de la catedral trianera retumbaron las fuertes palabras: «¡Embustero! Eso es profanar la cátedra del Espíritu Santo». Las posturas encontradas se dieron riendo suelta dentro del templo. La autoridad envió un escuadrón de gendarmes que detuvo a los revoltosos.

Fernando seguía manteniendo sus encuentros con don Bernardo Palacios y Maraver en Omnium Sanctorum. En uno de ellos le presentó a don José González Cuadrado, batihoja, y uno de los cabecillas principales de la oposición interior a los franceses.

—Don Fernando —decía González Cuadrado—, el sanguinario Ladrón y sus hombres están cerrando el cerco sobre los dirigentes de este movimiento. Al habérsenos unido tanta gente es más difícil guardar la indispensable discreción, somos más vulnerables. Es más, no podemos estar seguros de la honorabilidad de todos los que nos buscan para unirse a nosotros; tampoco hacer las averiguaciones necesarias sobre ellos, la vigilancia policial lo hace imposible. Quizás ya tengamos entre nuestras filas algún infiltrado de Miguel Ladrón de Guevara.

—Dios no lo quiera —contestó don Fernando—, sería una desgracia.

—Pero todo es posible —intervino Maraver—, y hemos de extremar las precauciones. Por fortuna somos muy pocos los que conocemos los nombres y direcciones de la mayoría de los conjurados; entre ellos apenas se conocen. Lo hemos hecho así para evitar delaciones en caso de arrestos e interrogatorio a alguno de los nuestros. Todos recibirán un mensaje poco antes de ser requeridos para su sagrado servicio a la patria.

—Pero ello también es un peligro. Si son tan pocos los conocedores de los nombres y fueran detenidos. ¿Quién organizaría el levantamiento?

—Es un riesgo que debemos correr, pero está todo previsto para que eso no suceda. Dios nos ayudará —habló don José.

—Confiemos en su Divina Providencia.

—Durante una temporada debemos aminorar nuestras actividades, por lo menos hasta que la policía disminuya su ritmo; luego volveremos a organizarnos.

—Me preocupa todo este cambio —dijo el capitán—, no sé si será bueno, pero son ustedes quienes mejor conocen la organización y por lo tanto quienes han de decidir.

—No se preocupe capitán —intervino Maraver—, hay personas importantes que están con nosotros.

—A juzgar por lo visto en el entierro de Cabarrús no deben de ser muchas, pues toda la gente principal se encontraba en él.

—Capitán, una de las armas del disimulo, en estos casos, es la hipocresía. Le aseguro que muchos de aquellos caballeros están con nosotros.

—Lo celebro, y ello me tranquiliza.

—Hemos de terminar con nuestros encuentros en este lugar —dijo González Cuadrado—. Ya se le comunicará de forma clara el día, la hora y el lugar señalado para el próximo.

Fernando salió de aquel lugar abatido, algo le decía en su interior que las cosas no iban a salir tan bien como esperaban aquellos dos patriotas.

La asistencia al entierro de Cabarrús le había impresionado a la vez que indignado. Pero pronto volvió a pensar en la lógica de aquella presencia: el miedo, el disimulo, la prudencia, la cautela, la sensatez y la hipocresía bien empleada para engañar al enemigo.

El conde de Cabarrús, ministro de Hacienda del rey, murió el 27 de abril. La Giralda dobló a muerte y el Cabildo Catedral preparó unos solemnísimos funerales. Los ministros y demás miembros del gobierno enviaron oficios a las autoridades y dignatarios sevillanos para su asistencia a los mismos. El funeral y la comitiva fúnebre fueron dignos de un monarca. Las dignidades eclesiásticas, con sus mantos capitulares y cruz alzada, formaron una solemne comitiva. Le precedían un escuadrón de caballería española y una compañía de granaderos imperiales. Seguía el estado mayor según su rango jerárquico.

El Barón de Acay pudo ver que el cortejo fúnebre lo formaban las cruces parroquiales de la ciudad con su clero; colegiales, la universidad de beneficiados, capellanes reales, el Cabildo Catedral y muchos otros miembros de cuerpos religiosos que no supo distinguir.

Entre las autoridades civiles comprobó la presencia de la Real Audiencia, el Cabido de la Ciudad, los tenientes de Justicia, el tribunal del Consulado, la

Maestranza de Caballería, el pleno del Claustro universitario, el Colegio de Abogados y otras corporaciones locales.

El ataúd con el cuerpo de Cabarrús iba descubierto; de él salían las cintas enlutadas que portaban el Marqués de Almenara, el Conde de Montarco, don Gonzalo O'Farril y don Mariano Luis de Urquijo, todos ministros de don José I. Las demás cintas las sujetaban miembros de la grandeza de España, consejeros del reino y las principales autoridades de la ciudad. Las cajas destempladas de los tambores de una brigada de artillería francesa marcaban el paso de la comitiva fúnebre. Se le dio tierra sagrada en la bóveda de la capilla de la Concepción.

Aquella noche el Coronel de Savigny ordenó mesa para más de veinte personas, algunas habían llegado a Sevilla solo para el entierro de Cabarrús. El gran comedor se iluminaba con las resplandecientes arañas de cristal de la Real Fábrica de la Granja. El coronel encargó el servicio de mesa a un cuerpo de asistentes militares del ejército francés, no se fiaba del disminuido servicio de aquella casa, y ese día no debía fallar a sus invitados.

Fernando pensó que podría evitar el asistir a la cena; todos eran franceses o colaboradores afrancesados. Las conversaciones principales serían el fallecimiento y entierro del conde de Cabarrús, y la marcha de la guerra. Supuso, no sin alivio, que él sería un estorbo para que los comensales pudieran hablar con total libertad, el coronel le sabía desafecto a la causa de José Bonaparte. Sin embargo, tuvo una desagradable sorpresa cuando el coronel de Savigny le ordenaba por escrito su asistencia a la cena.

Los invitados fueron puntuales, llegaron casi todos a un mismo tiempo. En el salón principal se les obsequiaba con aperitivos y vino de Jerez antes de entrar en el comedor. La vistosidad de los uniformes daba una gran solemnidad a aquella reunión. Los había de todos los cuerpos militares, no faltando los de diplomáticos, académicos, consejeros e incluso uno de ministro. Luego supo que se trataba de don Mariano Luis de Urquijo. Entre los asistentes que no vestían uniforme vio a quien le llenó de intranquilidad, el traidor jefe de policía Miguel Ladrón de Guevara, que lucía en la solapa de su rigurosa casaca negra la ostentosa condecoración de la Orden Real de España, creada por don José I para gratificar a sus colaboradores.

El barón temió que aquel traidor pudiera sentarse junto a él, era un peligro, se conocían desde antes de la guerra, aunque nunca tuvieron mucho trato, ya que no era bien visto por Fernando. Observaría dónde iba a tomar asiento el traidor, él elegiría el más apartado que pudiese; pero no fue posible pues el protocolo se había marcado con cierta rigurosidad, al menos entre las

principales autoridades asistentes. Presidió el Ministro Urquijo, a su derecha el anfitrión que le había cedido el puesto y a su izquierda un general de caballería miembro del consejo del rey. Entre las primeras autoridades estaba el jefe de policía de Sevilla, lo que hizo que don Fernando no estuviese demasiado cerca de él, pero sí lo suficiente para saberse observado constantemente por él.

La primera parte de la cena fue muy protocolaria, apenas se habló de política; la muerte y el funeral de Cabarrús eran el tema de conversación. Pero al terminar el segundo plato, poco antes del postre, la marcha de la guerra tomó protagonismo. Hasta entonces, don Fernando se había mantenido al margen de casi todas las conversaciones, alegando que desconocía el idioma de los invasores. Tan solo intercambió algunas palabras sobre la comida española con un coronel que la elogiaba constantemente.

Los buenos vinos de la bodega del general, que con generosidad fueron servidos previo saqueo de sus anaqueles, desinhibieron a los presentes en sus conversaciones. Entre ellos al jefe de policía Miguel Ladrón de Guevara.

—¿Y usted qué opina de todo esto, señor de Peralta? —le espetó el traidor.

Todos los presentes callaron y miraron al capitán.

—La verdad es que ignoro cuanto se ha hablado, no soy perito en lengua francesa, y apenas he oído palabra en mi idioma.

—Perdone nuestro lapso —intervino Savigny—, no lo recordaba. Creo que la mayoría de los presentes hablan algo su idioma, por lo que no les importará hacerle partícipe de nuestra conversación.

—Muy agradecido —contestó secamente el falso administrador.

—Conversábamos —intervino de nuevo el jefe de policía— sobre la marcha de la guerra. ¿Qué opina usted de ello, don Francisco?

Todos le miraron fijamente.

—La verdad, es que entiendo bien poco del arte militar, soy práctico en matemáticas y poco más…

—Sin embargo, usted tendrá sus preferencias… —cercó aún más al interpelado.

—Si se refiere a ello, creo que usted mismo conoce la respuesta de la mayoría de los españoles.

—Pero solo me interesa la suya…

—Don Miguel —interrumpió el ministro don Mariano Luis de Urquijo—, no creo que sea muestra de gentileza hostigar al señor que nos acoge en la casa que gobierna, en ausencia de sus dueños, con preguntas

comprometedoras. Si tiene algún interés en ello habrá otras ocasiones para vuestros interrogatorios, pero no aquí y ahora.

—Disculpe, señor ministro —dijo Ladrón de Guevara—, es la fuerza de la costumbre.

—La casa —intervino el coronel Pierre de Savigny— pertenece al general don Laureano de Zúñiga, miembro del estado mayor del ejército que está en Cádiz. Con ello podéis intuir las inclinaciones de nuestro accidental anfitrión. Pero, como dice el señor ministro, no es lugar ni momento para interrogatorios. Además, si tuvierais que detener a todos los desafectos a nuestro gobierno, España entera se convertiría en una cárcel.

—No es el caso, mi coronel, yo solo busco activistas contra nuestros intereses; aunque bien sé que no es el caso de nuestro anfitrión —dijo el jefe de policía con dejo desagradable—. Solo pretendía que don Francisco tomase parte en nuestra conversación… Por cierto, señor de Peralta, ¿qué ha sido del sobrino del mariscal, el capitán don Fernando Tello de Portugal? —concluyó con tono agrio.

—Lo último que he podido averiguar es que cayó en la Batalla de Ocaña —contestó sin dejarse sorprender por aquella pregunta.

—Tengo entendido que fue un valiente soldado que se distinguió en Bailén y otras batallas —dijo el comandante Bouret.

—Eso se dice en la ciudad. La verdad es que don Fernando tiene a quien salir, su familia sirve con las armas al rey desde la Edad Media. El general, su tío, es un gran militar, como lo fue otro pariente suyo, el capitán Daoíz…

Estas palabras incomodaron a más de uno, el ministro se dio cuenta y obligó a un cambio de rumbo en la conversación.

—Ha sido una pena —habló Urquijo— que este año salieran tan pocas cofradías. Aunque Su Majestad no fue a verlas, yo sí, me hubiera gustado observarlas en todo su esplendor, pero no ha podido ser… ¿Pertenece usted a alguna de estas cofradías, don Francisco?

—Soy cofrade de la hermandad de la Coronación de Espinas y Madre de Dios del Valle, la misma a la que pertenece la familia del general.

—La verdad es que se trata de una costumbre curiosa y ancestral. Esos hombres anónimos, bajo sus túnicas, con grandes cruces y castigando sus cuerpos con penas de azote y cadenas. Es la cultura popular que impregna a este viejo pueblo, a hombres llanos tan ligados a sus atavismos.

—Señor ministro, perdonadme el atrevimiento de corregirle. No se trata de costumbres, ni de cultura popular, sino de fe, una profunda y arraigada fe que mueve a ofrecer a Dios nuestra penitencia… Por otro lado, no solo es el

pueblo llano quien participa en estas procesiones de la Semana Santa; no hay una sola familia de las principales de Sevilla que no se encuentre vinculada a estas corporaciones. En esa penitencia participan regidores, caballeros de órdenes, títulos del reino, jueces, militares, las más altas dignidades eclesiásticas y del claustro universitario. Es más, cada gremio tiene su propia hermandad; los jueces, el clero y la nobleza tienen la suya.

—Es curioso cuanto dice, don Francisco. Ignoraba ese extremo, que haya personas cultas en estos menesteres me parece insólito.

—Le repito que es solo Fe, señor ministro, solo Fe. Claro está que todo depende de la concepción que cada uno tenga de la Fe y de la filosofía moderna que tiende a negarla.

—Puede que esa concepción, como usted bien dice, sea la cuestión; yo también soy creyente, pero no lo entiendo.

La sobremesa se alargó poco más de una hora. Se habían hecho coros de dos o tres comensales que discutían de diferentes temas. Cuando Fernando vio que todos volvían a usar la lengua francesa pidió permiso para retirarse alegando unos arreglos de última hora para el servicio del día siguiente.

Fernando sabía que a partir de entonces estaba bajo la sospecha de Ladrón de Guevara. La corrección pública que le hizo el ministro Urquijo no la perdonaría. El capitán creyó que había llegado el momento de cambiar de residencia y comenzar a pensar en su salida de Sevilla. Contaría con la ayuda de sus dos amigos exregidores de la ciudad. Pero antes de partir tenía que recoger la importante información que había de enviarle González Cuadrado. Ello podía ocuparle unos meses aún, pues la conjura de los sevillanos iba a ralentizarse una temporada, hasta que el jefe de policía disminuyera su furor persecutorio.

Por fortuna no tuvo que abandonar la casa, hubiera sido una delación de su personalidad. Después de aquella cena el jefe de policía no volvió a pisar la residencia del general. Se lo encontraba en algunos actos sociales o festividades religiosas; siempre recibía de él un saludo envuelto en su hipócrita sonrisa.

Fernando salía muy temprano para ir a misa de ocho, luego daba una vuelta por Sevilla, para conocer los cambios que realizaban las fuerzas y retenes que continuamente eran movilizados dentro de la ciudad. El resto del día lo pasaba en su casa; asistía a las comidas con los oficiales franceses, aunque últimamente se quedaban durante el almuerzo en el cuartel, pues habían llegado órdenes de aumentar las fuerzas que ponían sitio a Cádiz con destacamentos sevillanos.

Pasados dos meses del último encuentro con los patriotas sevillanos, Fernando comenzó a recibir informes escritos que llegaban a su casa camuflados entre los fardos de verdura; entraban por la cocina. Previamente, el capitán había sido advertido de ello, y mandó que todos los días le subieran al dormitorio la carga del hortelano antes de ser desembalada.

Las reuniones con sus amigos, los antiguos caballeros veinticuatro, don Ignacio Guajardo y don Antonio Fernández de Córdova, se habían distanciado, más cuando averiguaron que eran objeto principal de vigilancia por parte de los hombres que enviaba Miguel Ladrón de Guevara.

Llegado el verano, el mariscal Soult y otros altos militares franceses ofrecieron cenas y bailes de gala a las autoridades y a la nobleza principal de la ciudad; mientras se distraía al pueblo con verbenas y se le regalaba con generosidad para captar adeptos. Fernando se extrañó al ser invitado, pues a un simple administrado no era usual ofrecerle tan alto honor. Lo mismo sucedía con sus dos amigos los antiguos caballeros veinticuatro. Al saberse que no eran afectos a la causa napoleónica nunca habían sido requeridos a estos actos sociales, aunque tampoco se les había incomodado. Ambos pertenecían a linajes muy enraizados en la ciudad, poseyendo vínculos familiares que los emparentaban con todos los linajes; la detención de uno solo de ellos hubiera supuesto la pérdida de fuertes apoyos de gente principal. Por ello se les ignoraba y tan solo eran sometidos a una discreta vigilancia. Sin embargo, durante ese verano los tres amigos se encontraron en todas las fiestas organizadas por la jerarquía militar francesa.

El 15 de agosto, día de la Virgen de los Reyes, era también la onomástica de Napoleón según el calendario revolucionario francés, y día de su esposa. Soult ofreció un baile en el Palacio del Arzobispado. Por la mañana se había celebrado una solemne pontifical y *Te-deum* en la Catedral, presidida por el Obispo auxiliar. El altar principal se adornaba ricamente; junto al Evangelio se levantó un dosel en el que iba bordada en oro la letra N bajo la corona imperial, y el caduceo de Mercurio entre dos águilas imperiales coronadas. Al lado de la Epístola otro dosel contenía la letra J bordada bajo la corona real. Terminada la Santa Misa hubo celebración de varios casamientos gratuitos, siendo generosamente dotadas las doncellas que iban a tomar estado.

Por la tarde, la Real Maestranza celebró una corrida de toros como parte de la celebración de aquellas efemérides de la dinastía usurpadora. Entre los presos de la Cárcel Real, los niños recogidos de la Doctrina, los ancianos asilados en el antiguo Hospital de los Viejos y las mujeres incurables que esperaban el paso a mejor vida en el Pozo Santo, se repartió rancho

extraordinario. Para los pobres e indigentes que pululaban por la ciudad, hubo entrega de carne y pan de Alcalá.

El baile ofrecido en los jardines del Palacio Arzobispal fue fastuoso. Se intentó simular el templo de Himeneo con artísticas pirámides en las que se escribían versos de amor compuestos por afamados poetas.

En un apartado del jardín se habían reunido los tres amigos.

—No me gustan nada estas invitaciones repentinas —dijo don Ignacio Guajardo—. Creo que sospechan algo de nosotros.

—Pues claro que lo sospechan, pero no es nada nuevo —intervino don Antonio Fernández de Córdova—, siempre hemos estado bajo sospecha, jamás escondimos nuestro rechazo al invasor.

—Eso está claro, Antonio —dijo el capitán—, pero tiene razón Ignacio al sospechar de tanta atención repentina hacia vosotros y hacia un «humilde administrador» que se codea en estas fiestas con lo principal de la ciudad y de las fuerzas invasoras. Está claro que algo no concuerda. Debemos prepararnos para cualquier contingencia desagradable, Ladrón de Guevara tiene ojos por toda Sevilla.

—Hablando del rey de Roma —dijo algo alarmado Ignacio— el bastardo del jefe de policía viene directo hacia nosotros…

—Tened calma… —aconsejó el capitán mientras se volvía a recibir a tan ingrata e inoportuna visita.

—Buenas noches señores, me alegro de verlos… No son asiduos a fiestas.

Todos respondieron al saludo, luego don Ignacio tomó la palabra.

—Tampoco habíamos sido requeridos hasta ahora a ninguna de estas… de estas… digamos reuniones sociales.

—Lo ignoraba, señores… Debe de tratarse de un fallo en el protocolo, que alegremente se ha subsanado.

—Eso debe ser, don Miguel —contestó el capitán— pero, como bien dice, todo se ha subsanado… Aunque le confieso que no sé qué pinta aquí un simple administrador del general de Zúñiga.

—No tan simple, querido amigo… —Fernando no pudo aguantar un rictus de desagrado al sentirse tratado de amigo por aquel renegado—. Me he informado de que es usted doctor en filosofía y perito en matemáticas, además de caballero hijosdalgo notorio de ejecutoria, perteneciente a una noble familia de guerreros…

—Eso mismo dije al coronel Savigny… Veo que está usted bien informado.

—¿Quién si no el jefe de policía puede estarlo? No olviden que es mi trabajo.

—A propósito —intervino por primera vez don Antonio— ¿mucho trabajo estos días?

—El mismo, aunque parece que la gente anda algo revuelta. La posibilidad de que parta fuerza de Sevilla camino de Cádiz ha hecho que se activen los núcleos rebeldes de la ciudad.

—¿Rebeldes? —exclamó don Antonio indignado.

Ignacio le apretó el brazo para que contuviese su lengua.

—Señor Fernández de Córdova, llámeles usted como desee, pero no olvide que ahora son personas que están fuera de la legalidad vigente y que conspiran contra ella… Mi deber como jefe de policía es impedir que esto suceda… Y pondré todo lo que pueda de mi parte para lograrlo, estén seguros de ello… Ahora disculpen, he de abandonar tan grata compañía, mis deberes me llaman. Buenas noches.

Tras la despedida, todos tuvieron claro que aquello había sido una seria advertencia del jefe de policía. No deseaban permanecer más tiempo allí y abandonaron el palacio camino de sus respectivas casas. Cada uno tiró por un sitio diferente, para no levantar sospecha de los agentes de Ladrón que siempre les seguían.

Por los envíos secretos de Palacios Maraver el capitán sabía que algo serio se estaba preparando, pero debían esperar a que pasasen las Navidades, ya cercanas, para que todos los comprometidos pudieran unirse bajo un solo mando. Nadie actuaría en fechas tan señaladas.

Fernando y sus amigos apenas se reunían, pretendían evitar a toda costa ser detenidos. La información que poseía el capitán era de fundamental importancia para el estado mayor español con vista a la reconquista de Sevilla y otras ciudades andaluzas.

La madrugada del 1 de noviembre se conmovió toda la ciudad; un voraz incendio destruía parte del antiguo y magnífico convento casa grande de San Francisco, en pleno centro de la ciudad. Había sido ocupado por los invasores y utilizado como cuartel. Los franceses salvaron con prontitud sospechosa sus pertrechos y armamentos, dejando que se quemasen los maravillosos retablos y obras de arte que allí se guardaban, testigos de un grandioso pasado que ya no volvería.

Los voraces focos del fuego fueron ignorados por la tropa francesa, que se apartó del lugar para montar su campamento en las gradas de la Catedral. Allí, ignorando lugar tan sagrado y querido por los ciudadanos, encendieron

fogatas para calentar su comida y sus cuerpos, mientras los sevillanos combatían fieramente contra las voraces llamas. Solo pudieron salvar una parte del inmenso convento, donde las llamas fueron eficazmente combatidas por los voluntarios.

La actitud de los invasores hizo sospechar al pueblo sevillano que el incendio había sido intencionado. Los franceses salvaron todas sus pertenencias antes de que los focos aumentaran, y se habían negado a sofocarlos. Por la tarde las tropas napoleónicas eran recolocadas en el Hospicio de Indias, dejando las gradas de la Catedral hechas un enorme basurero, cubiertas de suciedad y desperdicios.

El pueblo analizaba todas estas actuaciones, cada vez estaba más pronto a unirse a los que conspiraban contra el invasor. Mientras tanto, el francés seguía intentando comprar las voluntades de los sevillanos con las más diversas fiestas. El 2 de diciembre el mariscal, duque de Dalmacia, volvía a ofrecer un baile en el Arzobispado con motivo del aniversario de la coronación del emperador. Sin embargo, algunas personalidades disculparon su ausencia, más cuando se supo que los salones donde se iba a celebrar el baile se habían adornado con cuadros, tallas y objetos de arte que antes de ser expoliado fueron objetos de culto público.

Poco después de la festividad de la Epifanía del nuevo año, Fernando recibió una noticia que le hizo ver lo necesario y urgente de su partida hacia Cádiz. Uno de los más eficaces agentes del jefe de policía, llamado José Avendaño, alias «Pantalones», había informado a Ladrón de la reunión de unos sospechosos a los que tenía por conspiradores. Ladrón de Guevara detuvo en Castilleja de la Cuesta a varios juramentados, entre los que estaban don José González Cuadrado, don Bernardo Palacios Maraver y su esposa, doña Ana Gutiérrez. Esta llevaba cosido entre su ropa papeles cifrados que los franceses no lograban descifrar.

La detención provocó un pánico general entre los conspiradores, muchos huyeron de la ciudad; otros, que no tenían tanto valor como para burlar los puestos de vigilancia francesa, buscaron escondites seguros en los más recónditos lugares de la ciudad. Los más aguantaron estoicamente el sufrimiento, esperando ver entrar en su casa, de un momento a otro, la policía de Ladrón de Guevara.

El interrogatorio fue presidido por el Barón de Darricau, pero en vano lograron nada ni las promesas ni las amenazas. Ninguno delató a sus compañeros. Ante ello, se entregaron al capitán de Artillería, don Martín de Echegoyen, fiscal y comisario del gobierno intruso.

El 8 de enero de 1811 fueron juzgados en sumario consejo de guerra diecinueve detenidos. Los patriotas Palacios Maraver y González Cuadrado salieron condenados a garrote; la pena se ejecutaría al día siguiente. Estando en capilla, poco antes de ser ejecutados, se les ofreció el indulto si delataban los nombres de los conspiradores. Palacios despreció al emisario con su silencio, mientras Maraver respondía gallardamente ante tan vil proposición: «Dos hombres nada importan en el mundo, y salvan a muchos buenos». A las dos de la tarde del día siguiente ambos patriotas eran agarrotados como si fueran viles criminales. Su silencio salvó muchas vidas y la conspiración que estaba en marcha.

Fernando había planeado esconderse en casa de don Ignacio Guajardo, en espera de la ocasión más propicia para huir con la información recabada. La casa de Guajardo poseía unos sótanos secretos que se usaban como bodega, donde también se habían escondido las obras de arte que el otrora veinticuatro poseía.

Fernando tenía preparado su traslado a casa del amigo la noche de aquel aciago día, sería después de visitar la capilla ardiente de los dos valientes patriotas que habían entregado su vida por tan altos y sagrados ideales.

Velaban los cuerpos algunos sacerdotes y monjes de la antigua comunidad del convento casa grande de San Francisco, exclaustrada por los franceses. El personal civil brillaba por su ausencia. Tan solo tres nobles ancianos, pertenecientes a la hermandad de la Santa Caridad, se sumaban a tan penoso velatorio, sin miedo alguno de que su presencia allí pudiera adelantar la muerte ya cercana, presentida por sus muchos años. Al salir observó que la policía de Ladrón montaba guardia en la puerta, anotando los nombres de los que asistían al velatorio. Fernando se identificó como don Francisco de Peralta. Era claro que su detención sería cuestión de horas, por lo que debía adelantar su marcha a casa de don Ignacio.

Al volver de la capilla ardiente se encontraba abatido y desalentado. Don Fernando cosió los documentos en un doble forro de su levita, luego comenzó a recoger sus pertenencias y a guardarlas en unas alforjas, entre ellas dos pistolas y tres dagas. En esa tarea se encontraba cuando sintió que llamaban a su puerta.

Tras abrirla, se sorprendió que fuese el comandante Antuan Bouret quien llamaba, nunca se había atrevido a molestarle en sus aposentos.

—Buenas noches, don Francisco.

—Buenas noches comandante… ¿Qué se le ofrece?

—El coronel Savigny me ordena que le dé aviso. Le espera abajo para que nos acompañe a una recepción que se va a ofrecer en los Reales Alcázares.

—Debe excusarme ante el coronel, o lo haré yo mismo, hoy me es imposible asistir a ninguna reunión social… Se me ha acumulado el trabajo… Por otro lado, tampoco me encuentro bien, hace unos días que padezco un empeoramiento de la lesión de mi pie derecho… ¿Lo recuerda? El mismo que me ha impedido sumarme a las tropas nacionales —dijo gallardamente intuyendo que aquello era una artimaña para su detención.

—Ya nos hizo saber ese dato al principio de conocerle… Pero me temo que no tiene más remedio que venir con nosotros, es una orden del coronel.

—¿Estoy detenido?

—¡Oh no, por favor! ¿Por qué va a estar detenido? Tan solo que el coronel necesita de sus conocimientos de contabilidad. Hay diferencia de criterios entre algunos administradores del ejército, y el coronel Savigny desea que usted le dé su opinión. En la recepción de hoy estarán los interventores militares; allí podrán intercambiar sus criterios.

—Sea, pues, como ordena el coronel… Esperen que me vista con ropa más apropiada, bajaré enseguida.

Mientras se cambiaba de vestimenta, Fernando vio que estaba perdido, pues si no se trataba de una celada para su detención, quedaría descubierto al ser manifiesto su desconocimiento sobre matemáticas y contabilidad. Decidió vender cara su vida. Sacó las pistolas y las escondió bajo la camisa; las dagas las repartió entre los bolsillos interiores de la casaca. Intentaría hacer blanco en los oficiales de más alta graduación, si hubiera suerte sobre el mismo duque de Dalmacia. Estaba seguro de que yendo con el coronel nadie le pararía para registrarle, como así sucedió. Por los documentos ocultos en el forro no temió, pues estaban escritos en la misma clave que los encontrados a los patriotas asesinados y que no pudieron descifrar.

Al entrar en el patio de la Montería de los Reales Alcázares se extrañó de encontrar allí a su amigo don Antonio Fernández de Córdova, pero don Ignacio Guajardo no se encontraba con él. Esperó la mejor ocasión para hacerle saber cómo estaban las cosas, y advertirle que no se acercara a él, pues en breve sería descubierto y no se iba a dejar coger vivo.

—Esperemos que no sea así —dijo don Antonio.

—Me temo que no hay otra salida, a menos que por ciencia infusa me lleguen repentinamente conocimientos matemáticos.

—De momento no han llegado los interventores militares, puedes estar tranquilo y pensar bien lo que vas a hacer.

—¿Los conoces?

—¿Yo? No, no sé quiénes son, pero reconozco el distintivo militar que llevan en sus uniformes como miembros de la administración militar francesa. Ya sabes que hay que conocer el máximo de detalles posible que nos desvele la personalidad del enemigo.

Una voz desagradable les sorprendió a sus espaldas.

—Buenas tardes señores.

Ambos respondieron al saludo del jefe de policía Ladrón de Guevara. Salía de la parte trasera de unos parterres que se camuflaban en la oscuridad. Ambos temieron que les hubiese oído, pero nada manifestó que así fuera.

—Don Francisco, hace tiempo que no le veía en ninguna de estas reuniones; es más, tampoco por las calles de Sevilla. Al señor Fernández de Córdova sí le veo más, pues gusta de pasear por las gradas durante las mañanas.

—Quizás sea que tenga demasiado trabajo en casa tan grande y en atender a dos exigentes huéspedes; lo lúdico ha de esperar.

—Pero señor de Peralta, trabajo tenemos todos, y siempre hay un hueco para el solaz y departir con los amigos… Por cierto, el coronel Savigny me dice que ha sido usted invitado en calidad de práctico en contabilidad y matemáticas. En breve tendrá usted ocasión de departir con otros expertos en la materia, me he ofrecido para hacer de traductor entre usted y los contables militares franceses…

—Muchas gracias —dijo secamente Fernando. Comprobó cómo se iba cerrando por momentos un cerco de estrecha vigilancia sobre él.

El jefe de policía se despidió alegando otras ocupaciones.

—Fernando, está claro que aquí hay un plan trazado para detenerte. Hemos de buscar un lugar en el que tengas alguna posibilidad de huir, es lo único que podemos hacer.

—Este patio es amplio, y está cerca del jardín, ello me daría alguna ventaja si he de salir como un relámpago.

—Lo malo es que la recepción va a ser bajo cubierto, en el palacio de Carlos V. Pero no te preocupes, sus grandes ventanales dan a los jardines y, aunque estén vigilados, se pueden saltar; correr entre los setos y con la sola luz de las antorchas hacen muy difícil el blanco.

—Lo difícil va a ser salir ileso del salón, lleno de militares, policías y piquetes de guardia en el exterior.

—Hemos de buscar un lugar en el ventanal más cercano a los setos y parterres que están juntos a los baños de doña María de Padilla. Son muy

espesos, de un salto te metes en la oscuridad… Ahora, hay que procurar que no te soliciten para otro lugar de la sala.

—Creo que puedo impedirlo; le dije al coronel Savigny y a su ayudante que padezco una lesión en mi pie derecho. Nada más entrar solicitaré una silla junto a la ventana indicada y excusaré levantarme por las molestias.

A petición de Fernando, un criado le acercó dos sillas junto a un amplio ventanal que permanecía medio abierto; a pesar del invierno, las grandes copas de cisco y la multitud habían cargado el ambiente de aquel amplio salón. En una silla tomó asiento el capitán, sobre la otra colocó su pierna, para hacer evidente la lesión que padecía.

—Esos son los contadores, se dirigen hacia aquí con Savigny a la cabeza. Has de estar preparado Fernando.

—Antonio te ruego que te apartes, no quiero que salgas perjudicado.

—No digas tonterías, me quedo aquí.

—¡Pero…!

—No hay peros que valgan, y calla que están cerca.

Junto al coronel Savigny se encontraban el comandante Bouret y el jefe de policía. Los amigos vieron cómo, disimuladamente, un grupo de hombres vestidos con negras levitas se posicionaban a una prudencial distancia de la comitiva francesa, formando un cerco imposible de romper; eran gendarmes de Ladrón. Estaba claro que todo había sido un ardid para detenerle. Se preguntó por qué no lo hicieron antes, en su domicilio. Él mismo se dio la respuesta, Ladrón era un hombre ávido de gloria. Si le detenía públicamente en una recepción que iba a presidir el duque de Dalmacia, ganaría el favor incondicional del mariscal francés y la gran cruz de la Orden Real de España, instituida por el intruso monarca y que perseguía con ahínco, de la que era solo caballero.

La presentación, o mejor dicho, las primeras palabras de aquella farsa fueron frías. La cara de seriedad de Fernando contrastaba con la sonrisa siniestra del responsable policial.

El coronel Savigny hizo de intérprete, despojando a Ladrón de esa tarea.

Dos criados habían traído pliegos de papel virgen y recado de escribir, para que los presentes anotaran cuanto desearan e hiciesen sus cálculos.

Fernando recogía en los pliegos las anotaciones que consideraba más pertinentes, aunque en su cabeza solo hacía cálculos para planear la inmediata huida. Terminada la exposición de los contadores franceses, sonó la impertinente voz de Miguel Ladrón de Guevara, quien en tono lento, marcando las palabras, y desafiante dijo:

—Bien, don Francisco, ¿qué tiene usted que decir a esta detallada exposición? —tras la pregunta su irónica sonrisa mudó en una amenazante seriedad.

—La exposición de mis colegas ha sido brillante… Ahora, creo que sus teorías son mejorables; solo hemos de aplicar unas sencillas reglas matemáticas… Son cantidades muy importantes las que aquí se han barajado; pensando que así sería me he permitido traer un ábaco para hacer mejor los cálculos pertinentes… —dijo mientras metía su mano en la levita en busca del supuesto ábaco. Nadie sospecharía intento alguno de huida ante la fuerte vigilancia.

Se incorporó de un salto felino; a la vez que sacaba una pistola en la mano derecha, con la otra asió a Ladrón por las guedejas y le puso el cañón en la sien.

—Ni un paso o juro a Dios que haré pasar a mejor vida a este vil traidor.

Los hombres del jefe de policía no se atrevieron a moverse.

—¡No haga tonterías, capitán Tello de Portugal! —dijo Savigny.

—Veo que ya habéis averiguado quién soy… Entonces también sabréis que moriré antes de entregarme y que me llevaré por delante a todos los enemigos que pueda…

Tras esas palabras se echaron atrás atemorizados los peritos contables franceses, al fin y al cabo no eran más que civiles militarizados. La policía permanecía paralizada ante el peligro que corría su jefe. Los generales habían hecho abandonar al mariscal Soult el salón, pues estaba en el otro extremo e ignoraba qué sucedía. Temieron un ataque sorpresa de la resistencia. Cerraron las puertas del salón y solo quedó una decena de soldados que apuntaban al Barón de Acay.

—¡Disparad ya! —ordenó lleno de ira un grueso general que acababa de entrar en el salón sable en mano.

—¡Pero general Darricau, tiene preso al jefe de policía! —dijo Savigny.

—¡Qué importa un español más o menos! ¡Disparad!

No había terminado de dar esa orden atroz cuando se dio cuenta lo desafortunado de la misma. La mayoría de los agentes que Ladrón de Guevara tenía en la zona eran colaboradores españoles. Indignados ante aquellas palabras se interpusieron entre su jefe y los soldados, para impedir que disparasen, creándose un grave momento de tensión que podía terminar con un motín policial.

—Perdonen mis torpes palabras señores agentes de policía… —se excusó el general sin ningún convencimiento—. No me refería al señor Ladrón de

Guevara sino a ese maldito espía…

Pero el daño en la moral de la policía ya estaba hecho, conocían de primera mano la opinión que merecían los españoles al General Barón de Darricau.

Don Antonio Fernández de Córdova vio que desde la parte trasera del jardín un tirador de élite apuntaba al capitán. No lo pensó dos veces, sacó un pequeño cachorrillo que guardaba en su manga vuelta y disparó certeramente a la pierna del tirador, que cayó en el suelo. El desconcierto del momento fue aprovechado por don Fernando, disparó su pistola junto a la cara del traidor Guevara, provocándole solo quemaduras, no quería matarle para usarlo como fardo. Después le empujo contra el coronel y su ayudante, lo que hizo que se moviera la escena de tal forma que los soldados no pudieron abrir fuego por temor a herir a sus mandos.

—¡Ahora salta! —gritó Antonio.

Con gran agilidad se lanzaron hacia el jardín por donde intentarían huir. Lo hicieron a tal velocidad que solo los soldados que guardaban el exterior pudieron disparar, con poca fortuna gracias a la falta de luz. Cuando la tropa del interior se asomó a las ventanas ya no divisaron a los fugados.

—¡Salid todos! ¡Disparad a matar! —ordenó Darricau—. Coronel avisad a los retenes de la puerta, no podrán escapar, la muralla se lo impedirá.

Mientras tanto, Antonio y Fernando habían corrido un buen trecho por los inmensos jardines de los Reales Alcázares. Córdova pidió a Fernando que le siguiera y no disparase sobre el enemigo. Ello le extrañó, pero no dijo nada. Mientras huía pudo cargar una de sus pistolas, la otra se la cedió a Antonio. Fernández de Córdova intentaba llegar al extremo de los jardines más cercanos a la Puerta de la Carne, que se adentraban en el barrio de Santa Cruz. Oían muy cercanos los gritos del enemigo, les pisaban los talones. Solo cuando sentían muy cercanos a sus perseguidores disparaban al aire, entonces paraban la persecución y así ganaban unos metros.

Los soldados que seguían a los dos amigos se encontraron una sorpresa. Alguien había apagado las antorchas que alumbraban la zona por la que huían los españoles. Ello hizo aminorar el paso de los franceses y tomar precauciones; la noche estaba cerrada y apenas se veía. Pero no fue la única sorpresa, poco después los soldados se vieron sorprendidos con un intenso chaparrón de aceite que les lanzaban desde la oscuridad. No podían avanzar, resbalaban con el óleo, las armas se deslizaban de sus manos y los párpados grasientos hacían que sus ojos se cerrasen. La tropa tuvo que parar en espera de nuevos refuerzos.

Tiempo suficiente para que don Antonio y el capitán se pusieran a salvo. Llegaron al final del jardín que cerraba la alta muralla. Allí había un grupo de hombres vestidos de negro y con la mitad del rostro cubierto con pañuelos. Antonio apartó unos matorrales; una vieja puerta abierta les franqueaba el paso. Huyeron por allí. Tras salir, dos embozados cerraron la puerta y la atrancaron con una vieja carreta.

Fernando vio cómo los embozados tomaban caminos diferentes, para perderse velozmente en la oscuridad. Solo uno les siguió. No tuvieron que correr mucho más. Se encontraron ante la puerta lateral de la Parroquia de Santa María la Blanca. Estaba entreabierta, alguien les esperaba tras ella. No era otro que el canónigo y capellán real don Emigdio Mariani, también párroco de aquella iglesia que en tiempo fue sinagoga judía. Después de atrancar la puerta los llevó hacia la sacristía.

Las sorpresas para don Fernando no terminaron allí, con alegría comprobó que el embozado no era otro que don Ignacio Guajardo. Todos se fundieron en abrazos.

—Aquí estáis seguros, no podrán encontraros —dijo Mariani—. Debéis descansar antes de continuar con el plan.

—¿El plan? —preguntó Fernando sorprendido.

—Así es, Fernando —intervino don Ignacio—, por nuestros contactos sabíamos que ibas a ser detenido en la recepción de hoy. No podíamos permanecer impasibles ante ello, pero nuestra intervención solo podía realizarse en la oscuridad de los jardines y sin causar bajas al enemigo. Huir de allí era solo tarea vuestra, y teníamos grandes dudas de que pudierais lograrlo. Gracias a Dios todo ha salido bien.

—Gracias a vosotros amigos.

—Sobre todo gracias a Antonio, ha arriesgado más que yo y que los demás patriotas que te han auxiliado. Alguno de los dos debía estar allí para ayudarte a escapar. Antonio nos hizo ver que él era la persona ideal para hacerlo, su familia ha tenido desde hace generaciones el cargo de Alcaide de los Reales Alcázares. Desde niño ha recorrido esos jardines, conoce como nadie sus vericuetos y secretos, hoy lo ha demostrado.

—Hemos sido todos —intervino Fernández de Córdova— sin vuestro apoyo poco podíamos haber hecho.

—Lo que me ha extrañado es el afán por no hacer bajas al enemigo… Y lo del aceite.

—Está claro, Fernando, la muerte de soldados franceses hubiera sido una horrible desgracia para los sevillanos. Soult anunció que morirían veinte

personas por francés asesinado. Veinte inocentes elegidos al azar…

—Ahora lo comprendo.

—Bueno, vosotros dos tenéis que descansar —dijo el canónigo refiriéndose a Fernando y a Antonio—. Debéis salir antes del amanecer de la ciudad. Mañana estarán sobre aviso todos los retenes y puestos de guardia desde Sevilla a Cádiz… No creo que os haya dado tiempo de cenar, aún no han dado las diez, tomaremos algo en la rectoría, luego descansaréis hasta las doce, la mejor hora para marchar.

Durante la cena don Fernando se enteró del plan a seguir. Bajo la antigua iglesia de Santa María la Blanca no solo se encontraban los restos de la sinagoga judía, también había una maraña de túneles que se decían excavados durante la persecución romana para la reunión de los cristianos. También los judíos los habían utilizado cuando la Inquisición extremó su persecución, por lo que estaban en muy buen estado. Don Emigdio los conocía bien, aunque era muy fácil perderse en ellos y no salir. Unos llevaban a la Catedral y a otras iglesias como San Nicolás, San Bartolomé y San Esteban; otros se dirigían hacia la Casa de Pilatos, el Convento de San Agustín y San Bernardo; los dos últimos extramuros de la ciudad. Por uno de estos deberían huir. Tras haberse discutido el día anterior cuál de los dos tomar, se acordó que fuese el que llevaba hacia San Agustín, pues San Bernardo estaba relativamente cerca de los Reales Alcázares.

Don Emigdio había dibujado un plano perfecto del túnel por el que huirían, y de las naves del convento que tenían que cruzar hasta encontrar la salida. En esta esperaban dos caballos escondidos entre la abundante y crecida maleza; se dejaron allí al caer la tarde, con las alforjas repletas de avituallamiento, ropa limpia y armas.

—¿Ignacio, no correrás peligro al quedarte aquí? ¿Por qué no vienes con nosotros? —preguntó el capitán.

—No puede ser, Fernando, alguien debe quedarse aquí para reorganizar a los conjurados. La muerte de Palacios Maraver y de González Cuadrado ha provocado la dispersión de muchos patriotas comprometidos. Debo hacerme cargo de su reorganización. Además, yo no estaba en los Alcázares, no pueden culparme de nada, tampoco se atreverían. Si huyera dejaría en evidencia a mi familia, recuerda que tengo mujer e hijos.

—Temo que tomen represalias con los criados de mi casa, el mayordomo y el ama de llaves sabían mi identidad.

—No te preocupes —dijo don Antonio—, está todo previsto.

—Fernando —intervino el canónigo—, la entrada a Cádiz por mar es más segura que por tierra. La marina británica impide que la armada de Napoleón asedie la ciudad, gracias a ello Cádiz está perfectamente comunicada con el resto de España y todo el mundo. El sitio militar se realiza por tierra. Quizás fuera más seguro que tomaras la vía marítima.

—Lo he meditado con detenimiento —contestó el capitán—, pero navegar por el Guadalquivir hasta Cádiz es imposible, hay cañoneras francesas en todo el río. Tendría que intentar embarcar en Huelva o Granada, y allí también debería evadir los mismos controles que por la ruta de Jerez y Sanlúcar de Barrameda.

—Yo había pensado en Portugal —continuó don Emigdio—, allí quizás sea más fácil.

—Es más peligroso, más territorio a recorrer, más controles y al final lo mismo, pues todo el Algarve está tomado por los franceses.

—Entonces no he dicho nada… Que Dios les acompañe.

Tras la cena descansaron algo más de una hora. A las doce en punto bajaban por unas escalerillas camino del túnel señalado por el capellán real. Solo llevaban dos faroles y las pistolas cargadas; en las alforjas de la caballería se encontraba todo lo necesario para el viaje.

Poco antes la voz del mariscal duque de Dalmacia tronaba entre las paredes del salón del trono del Arzobispado.

—¡Que han desaparecido! ¡Como si de un encantamiento o un sortilegio de magia se tratase! —gritaba Soult como un poseso—. ¡Estaba toda la zona rodeada! Don Miguel —se dirigió al jefe de policía—, es usted un incompetente… ¡Esperar a detener ese espía en mi recepción! ¡¿No ha tenido mejor ocasión?! ¡No ha detenido a uno solo de los implicados ni de los que le auxiliaron! ¡Y usted coronel Savigny, no le va a la saga en estulticia a don Miguel! ¡Meses viviendo con el enemigo en casa y sin darse cuenta dos altos oficiales de mi ejército! ¡¿Pero de quiénes estoy rodeado?!… ¡General Darricau!

—A sus órdenes —se cuadró ante él.

—Que se detenga al servicio del Barón de Acay y sean pasados por las armas; es seguro que estaban en la trama.

—Señor duque —dijo decididamente el ministro Urquijo, que hasta entonces no había intervenido—, no aconsejo esa medida, es más la creo contraproducente a nuestros intereses.

—Explíquese señor de Urquijo, se lo ruego.

—Los huidos y quienes les auxiliaron sabían muy bien lo que hacían… No han causado una sola baja en nuestras tropas con el objeto de no producir represalias. Por ello no se debe castigar a gente inocente, se incumpliría nuestra promesa. Nada peor para perder los adeptos conseguidos… Por otro lado, puede que tengáis razón, lo más seguro es que la servidumbre, si no toda, en parte conocería la verdadera identidad del capitán Tello de Portugal, pero como no hay delito de sangre será suficiente con encarcelarlos una temporada. No olvidemos que contamos con algunos confidentes de importancia dentro de ese gremio, debemos actuar con prudencia.

—Entonces ordeno que sean detenidos los criados y que los bienes de más valor del Barón de Acay y de don Antonio Fernández de Córdova sean confiscados y traídos a palacio; los demás serán quemados en la plaza pública.

La orden llegaba tarde, los criados de don Fernando habían abandonado la casa, y los bienes más valiosos de la familia fueron puestos a salvo por Vicente el mayordomo antes de la entrada de las tropas francesas. También hacía dos días que varias carretas recogían los bienes de casa de don Antonio, para llevarlos a la de don Ignacio, donde se encontrarían seguros.

Apenas duró veinte minutos la travesía de los amigos. Al final del túnel, una antiquísima escalera de ladrillo gastado subía hasta una bóveda de enterramiento casi a ras de suelo. La bóveda estaba medio hundida, algunos sepulcros se habían destruido por el paso del tiempo y la agresiva humedad del lugar. Los restos quedaban al descubierto. Aquel escenario recordó a Fernando las imágenes que tantas veces había visto en los cuadros de Murillo que colgaban de los muros en la Iglesia del Hospital de la Santa Caridad, hermandad a la que pertenecía; titulados por su autor: *In Ictu oculi* y *Finis Gloriae mundi*.

Con gran sigilo atravesaron el claustro; parecía abandonado, pero el capitán no quería correr riesgos, la mayoría de los conventos habían sido ocupados como cuarteles del invasor, y los monjes exclaustrados. Los cambios de regimientos dentro de los edificios religiosos eran continuos.

Encontraron los dos caballos amarrados en el blanco lienzo del muro trasero del cenobio, ocultos tras unos altos y tupidos matorrales, justo en el lugar indicado. Ninguno de los amigos se dirigía palabra alguna, para impedir todo ruido que pudiera alertar al enemigo. Montaron en los caballos y picaron espuelas, fuera de la muralla de la ciudad solo encontrarían retenes a las

puertas de las villas ocupadas por el francés. Por lo tanto debían evitar los centros urbanos.

Antes de llegar al pueblo de Dos Hermanas, pararon la marcha a indicación de don Antonio Fernández de Córdova.

—Fernando —dijo el antiguo veinticuatro—, yo me quedo aquí.

—¡Pero estás loco! El pueblo estará lleno de franceses.

—No te preocupes, sé donde ir; los dos juntos cabalgando corremos más riesgo de ser descubiertos que uno solo. No lejos de aquí se encuentra la hacienda de un tío abuelo, allí me acogerán hasta que se calme todo; luego intentaré volver a Sevilla de incógnito… Allí hay mucho que hacer todavía.

Ambos amigos se fundieron en un profundo abrazo y continuaron cada uno su camino. Fernando pensaba seguir la vieja vía que bordeaba el río hasta llegar a Sanlúcar de Barrameda. El único inconveniente serían las barcazas francesas que vigilaban el cauce del Guadalquivir y que podían ser muy peligrosas. También recordó que las riberas estaban cubiertas, en gran parte, por espesos cañaverales y variada arboleda salvaje. Tomó el camino de la Isla en busca de la orilla.

XIII

Aunque la noche estaba cerrada, los leves rayos de luna se reflejan en la calmada corriente del antiguo Betis, aquella tenue iluminación le permitiría divisar cualquier barcaza enemiga que se acercase. El croar de los batracios, el canto del grillo, el chapoteo de los peces que saltaban a la superficie para atrapar los insectos, y mil sonidos más que le eran familiares por su afición al campo, le indicaban que todo estaba en orden. Cualquier presencia cercana habría alterado la noche cubriéndola de un silencio sospechoso.

Cuando comenzó a despuntar el día se apartó del margen del río, para adentrarse en una espesa arboleda que le conducía camino de su objetivo con mayor seguridad. Dejó atrás Lebrija y las Cabezas de San Juan, donde pudo observar la presencia enemiga.

Debía almorzar y descansar para recuperar fuerzas y seguir adelante, el cansancio y el sueño le comenzaban a pasar factura. Tras tomar chacina de Jabugo, queso curado manchego y tinto de Villanueva del Ariscal, decidió dormir unas horas hasta el anochecer, momento en el que volvería a emprender camino a Sanlúcar de Barrameda.

Aquella noche pudo observar cómo la vigilancia de los imperiales aumentaba a medida que se acercaba a Sanlúcar. Las lanchas y barcazas francesas cruzaban constantemente el río para evitar el contrabando. También eran frecuentes los grandes barcos de la marina gala que llevaban refuerzos y avituallamientos a las fuerzas que ponían cerco a Cádiz.

Antes de llegar al puerto sanluqueño de Bonanza fue consciente de que seguir a caballo era todo un riesgo, cualquier imprevisto en la maltrecha calzada podría provocar alguna reacción no deseada del animal. Desmontó del caballo, le quitó la montura, que escondió bien entre los matorrales, y dio una palmada en las ancas para dejar en libertad al equino.

Estudió la situación y comprobó que no era nada halagüeña. Bonanza estaba fortificada por las naves que allí descargaban pertrechos para las tropas del cerco gaditano. El destacamento militar era poderoso. Observó que a los miembros de la marina imperial se sumaba un regimiento de caballería y otro de infantería.

Intentar acceder al centro de Sanlúcar por tierra era demasiado arriesgado sin contar con apoyo interior. Se planteó hacerlo por mar. Unas cañas bien unidas por lianas y su cinto podrían servir de balsa a la vez que de perfecto camuflaje donde resguardarse. Eran abundantes las marañas de arboledas viejas, desprendidas de las riveras, que surcaban el cauce del Guadalquivir.

Aquella era la solución más segura. Para evitar hacer ruido recogió cañas arrancadas de la orilla por la fuerte corriente. Hizo una especie de balsa bien tupida y sujeta por las lianas. Se asemejaba a un nido de cigüeña puesto boca abajo, en el hueco central se escondería para poder maniobrar en el agua sin ser visto. Luego tomó las dos pistolas cargadas, que introdujo a presión entre las cañas altas, para que el agua no mojase la pólvora. De lado a lado de aquella especie de nido flotante, cruzó su espada envainada, a ella se sujetaría para maniobrar aquel artificio con las manos, mientras que con las piernas lo propulsaba.

Se quitó la casaca y la enterró en la arena, luego hizo lo mismo con las botas, para evitar que estas le hundieran en el agua; sabía que muchos soldados se habían ahogado por culpa de ellas. En la alforja guardó la documentación que había traído: los documentos en clave de la resistencia, el pasaporte y los pases del administrador de su casa por el que se hacía pasar, pólvora y plomos. Todo lo demás lo enterró junto a la casaca y las botas.

Aquella solución fue todo un acierto, la balsa pasaba entre los galeones sin levantar sospecha, y tan cerca que Fernando podía oír la conversación de los centinelas guardianes de la noche sobre las cubiertas. El avance era muy lento, pues evitaba que el impulso de sus pies pudiera salir a la superficie y producir ruido. En atravesar el puerto marinero, donde había mayor peligro, y llegar a Bajo de Guía tardó casi dos horas.

Las corrientes eran más fuertes donde se unía el Guadalquivir al mar. A través de las cañas Fernando pudo divisar los esbeltos mástiles de antiguos galeones naufragados, surgían de las aguas como cruces sepulcrales de un cementerio abisal de pecios fantasmales; habían encallado en tiempos pretéritos en la peligrosa barra de arena de Sanlúcar.

Para evitar ser descubierto decidió continuar su navegación hasta bien entrada la playa, saldría del agua donde la oscuridad le hiciera menos visible.

La corriente era demasiado fuerte, le empujaba contra su voluntad hacia el coto de Doñana, por lo que debía acercarse lo más posible a la orilla y así evitar la fuerte resaca de la mar. Pero las olas rompían fuertemente contra la orilla; una sacó de un fuerte golpe de agua la balsa y la estrelló contra la arena. Afortunadamente el capitán no sufrió daño alguno; solo había perdido una de sus pistolas, la otra se había mojado, por lo que era inservible de momento.

Don Fernando miró a su alrededor, vio con tranquilidad que la oscuridad le protegía. No obstante, se quitó la camisa blanca, aunque no solo para evitar ser visto, sino porque el aire frío helaba la sarga mojada. El capitán estaba entumecido; pasada la enorme tensión vivida en su travesía marina, comenzó a sentir los efectos: un profundo dolor en sus extremidades, la frialdad metida en el cuerpo y el cansancio por el titánico esfuerzo; todo ello intensificaba su malestar. Notó que se nublaba la visión, como si un mareo momentáneo se apoderara de él. Le pareció ver bultos oscuros que se movían en la oscuridad, creyó que eran secuelas de aquel leve desvanecimiento.

Sin darle tiempo a reaccionar se vio asido por la espalda mientras tapaban su boca y le cubrían con un grueso capote.

—No diga nada su merced… Somos gente de bien —sonó una profunda y aguardentosa voz desconocida. El Barón de Acay notó cómo apartaban la fuerte mano que oprimía su boca.

—Soy don Fernando Tello de Portugal, capitán del ejército español… —dijo mientras miraba ansiosamente los rostros de aquellos oscuros personajes que se cubrían con gruesos capotes negros de marino.

—Algo así imaginábamos —contestó la misma voz, cuyo rostro ocultaba el capote y la oscuridad—; un gabacho no llega a la playa como usted. Era seguro que debía ser algún patriota… Ande, beba esto, es vino caliente, le hará entrar en calor… Pedro y Clemente —se dirigió a dos compañeros—, frotadle las piernas y brazos, debe entrar en calor, está helado.

—¿Quiénes sois?

—Mi nombre es Servando Falcón, y estos son Segismundo Orta, Clemente Ruiz y Pietro Franca, genovés… Somos gente de la mar… Aprovechamos la noche para la pesca con caña y de red en la orilla, así sacamos una ganancia que no controla el francés… Nos tienen muy vigilados, solo autorizan la salida a la mar de los barcos que ellos han matriculado, y a la vuelta se quedan con más de la mitad de lo pescado para sus tropas. Si cogen alguna barca faenando sin su permiso la hunden con los tripulantes dentro.

Las familias de los marineros están pasando demasiadas necesidades por culpa de esos mal nacidos.

—¿Y aquí no corréis peligro alguno?

—Peligro siempre se corre, mi capitán, pero es muy difícil que dejen la seguridad de la ciudad y del puerto para adentrarse en la oscuridad de la playa. Las incursiones de partidas les han causado importantes bajas, no se atreven a enviar muchas patrullas por los arenales una vez entrada la noche.

—¿Conocéis a don Juan Ramírez de Cartaya?

—¿Y quién no en el pueblo? Es caballero principal del cabildo. Ha evitado muchos fusilamientos de paisanos por mano del gabacho.

—He de reunirme lo antes posible con él, ¿sabe dónde vive?

—En la calle de la Bolsa, pero antes ha de recuperarse y entrar en calor. Quítese esos pantalones y póngase estos de faena. Descanse mientras echamos las redes dos o tres veces más, la noche no es buena y hay que llevar algo a casa para ir tirando.

Fernando estaba agotado; gracias al auxilio de aquellos marinos había salvado la vida. Los observó detenidamente, se introducían en el mar hasta la cintura, arrastraban la red por el fondo para capturar los peces que se acercaban a la orilla. Luego espulgaban las redes y echaban el fruto de su trabajo en amplias canastas de mimbre que cubrían con hojas frescas de higuera.

—Póngase usted este capote, Segismundo y yo le acercaremos a casa de don Juan Ramírez de Cartaya; los otros compañeros llevarán la pesca a través de las dunas, para que no los capture ninguna patrulla al entrar en el pueblo. Con este capote pasará inadvertido; esta es una ciudad marinera y muchos van así vestidos por la noche camino de sus barcas.

Llegaron a la calle Bolsa donde vivía don Juan. El portal de piedra se componía de cuatro columnas salomónicas en mármol rojo, dos a cada lado; sobre los capiteles posaba un friso que sostenía el escudo con las armas del linaje. La puerta estaba claveteada con bellos clavos de bronce dorado.

Un viejo criado abrió el portalón que se embutía en la gran puerta principal. Con un farol alumbró las caras de los visitantes. No dijo nada, solo inclinó la cabeza en señal de saludo a los marineros y dejó paso franco al capitán. Don Fernando tenía claro que no era la primera vez que aquellos hombres de la mar entraban en esa casa.

—¿A quién debo anunciar? —dijo el criado con cierta desconfianza y descortesía por el mal aspecto de aquel visitante que se presentaba a horas tan intempestivas.

—Al señor Barón de Acay —respondió Fernando, al que no le gustó el tono del sirviente ni la forma de mirarle. Sabía que había dejado al descubierto su verdadera identidad, pero no le importaba. A veces le era imposible dominar su gran orgullo.

—Enseguida, excelencia… Tome asiento en esta sala se lo ruego —indicó el criado, quien cambió radicalmente al saber que tenía ante sí un título del reino.

Pasados unos instantes don Fernando sintió cómo alguien bajaba a gran velocidad los peldaños de una escalera.

—¡Fernando, Dios mío! ¡Es verdad, eres tú! ¡Qué alegría! —dijo mientras se unían en un efusivo abrazo—. Me dijeron que estabas preso y otras noticias eran peores… Pero subamos pronto, tienes que contarme muchas cosas.

—Y tú a mí querido amigo.

Una vez arriba entraron en una estancia amplia y confortable, en la que don Juan hacía su vida rodeado de viejos legajos y libros. El salón gozaba de mayor lujo, pero resultaba frío. El capitán era amigo de confianza y qué mejor demostración que entrando en su sancta sanctorum, donde muy pocos tenían el privilegio de acceder. Luego llamó al viejo criado, que resultó ser el mayordomo y jefe del servicio. Le ordenó que el cuerpo de casa arreglase la habitación de invitados y preparase un buen baño caliente.

Don Juan era un hombre de generosa estatura, nariz aguileña y cabello rubio. Aunque gozaba de una sonrisa natural, su mirada era penetrante, como dagas, cuando lo deseaba. Gustaba de hablar pausadamente y rodearse de gente culta y erudita en diferentes materias.

Mientras se daba cumplimiento a todas las órdenes del anfitrión, Fernando comenzó a contar sus peripecias al amigo; apenas pudo narrarle más que una pequeña parte de su odisea, pues el servicio anunció que el baño estaba listo.

Ambos tenían hechuras similares, por lo que don Juan le facilitó al barón algunos de sus mejores trajes. Tras el reparador baño, don Fernando se encontró con una suculenta cena a la que no haría asco alguno, estaba hambriento.

No esperaron a los postres para hablar de sus asuntos. Desde un primer momento la conversación trató sobre las vivencias del capitán, la marcha de la guerra, la toma de Sanlúcar por los franceses y otros asuntos más personales que interesaban a don Fernando.

—La verdad es que tienes un buen ángel de la guardia —dijo Ramírez de Cartaya—. Sobrevives al desastre de Ocaña, donde el regimiento de caballería

al que perteneces es aniquilado, muchos te dieron por muerto. Eres hecho prisionero, pasas un calvario en el cautiverio y durante tu huida… Como si no tuvieras bastante, entras, con gran riesgo de tu vida, en Sevilla para recopilar datos que faciliten su liberación. Y ahora esta llegada épica en Sanlúcar… Para colmo, me dices que quieres romper el cerco de Cádiz y entrar en la ciudad… Te lo repito, o tienes un ángel de la guarda que vale todas las minas del Potosí juntas, o te has vuelto loco… De verdad Fernando, no tientes más a la providencia Divina, entrar en Cádiz es misión casi imposible. Solo lo hacen algunos barcos de contrabando, cuyos cargadores han dejado buenos cuartos en las manos de corruptos centinelas franceses, y no parten hasta que los inmorales vigilantes no han revisado el barco de popa a proa.

—Te agradezco sinceramente tu preocupación por mí, Juan; pero has de saber que todas esas arriesgadas peripecias, que has resumido tan bien, solo tenían una motivación: llegar a Cádiz. Poseo mucha información de suma importancia que sería de gran ayuda para el estado mayor del Ejército. Durante mi cautiverio he estudiado de cerca los movimientos enemigos, también cogí importantes apuntes en las ciudades por las que pasé. Y de Sevilla llevo en mi cabeza las fuerzas con las que podemos contar dentro de la ciudad, los nombres claves de los dirigentes, la situación de los cuarteles y residencias militares, y el indispensable estudio de los lugares por donde mejor se puede acceder con menores bajas.

—Entonces tendremos que buscar un medio para que llegues a Cádiz; aunque no miento si te digo que ignoro fórmula alguna para hacerlo, no se me ocurre nada. Es sumamente difícil salir de Sanlúcar sin ser visto, y mucho más dirigirse a Cádiz. Está totalmente prohibido el paso a quienes no sean miembros del ejército imperial. Hay cientos de controles hasta Puerto Real, y fusilan a la menor sospecha.

—¿Y por mar?

—Lo mismo, ya has visto cómo estaba el puerto de Bonanza de navíos y barcazas enemigas. Hay un tráfico militar constante entre Sanlúcar, Rota y el Puerto de Santa María para aprovisionar a las tropas que sitian Cádiz. También se han dejado importantes destacamentos en Medina Sidonia y Vejer, como base de la invasión al interior. Las fuerzas son muy numerosas; en Sanlúcar entraron en la ciudad el 5 de febrero, tomaron el Ayuntamiento y todo el barrio bajo. Pusieron su cuartel general en el Castillo de Santiago, guarneciendo los castillos del Espíritu Santo y el de Bonanza. Hay navegación constante en la zona…

—Ya veo… Pero no tengo más remedio que intentarlo… Por cierto, ¿tienes alguna carta para mí?

—Sí, hay una, con la alegría de verte se me había olvidado. Espera un momento que la traigo, está en mi gabinete.

Don Fernando quedó solo en el comedor; el viejo mayordomo, ahora en extremo solícito con el capitán, era también el encargado de servir la mesa. Cartaya le había asegurado la hombría de bien y el patriotismo de aquel criado, que servía en la casa desde tiempo de sus padres, por lo que el barón se encontraba tranquilo al no temer indiscreción alguna.

Estaba ansioso por leer la carta del coronel Baiget, pues no podía ser de otro, habían quedado en ello. El contenido de la misiva era positivo, sus tíos estaban bien; el general formaba parte del estado mayor de Defensa, y doña Eugenia de Velasco pertenecía a juntas de damas con diferentes cometidos de apoyo a los combatientes. La alegría de su familia fue tan grande, al conocer que vivía, como lo fue la preocupación al saber su entrada en Sevilla como espía.

Un vuelco le dio el corazón cuando leyó que las dos mujeres que habían marcado su vida se encontraban en Cádiz. Paula con sus padres, y Helen en el consulado que la Gran Bretaña había abierto en Cádiz. Sintió un gran deseo de estar con las dos, a la vez que una desazón profunda por el momento de los encuentros. Sin embargo, seguía teniendo cosas más importantes en las que preocuparse en lugar de pensar en futuribles. Más cuando aún no sabía cómo saldría de Sanlúcar de Barrameda y cómo entraría en Cádiz.

Don Juan vio que era correspondencia personal, esperó que doblase el pliego leído y lo guardara en el bolsillo de su casaca.

—¿Sabes, Fernando? Quizás tenga un medio para que salgas de Sanlúcar; el llegar a Cádiz sería asunto tuyo, y es lo más difícil.

—¿Qué has pensado?

—Soy gran amigo de don Florencio Romero de la Banda, un importante viticultor y fabricante de aguardiente que posee las mejores bodegas de manzanilla de toda Sanlúcar de Barrameda. Sus vinos están causando furor entre la oficialidad francesa; es rara la semana que no salen varias carretas llenas de barricas camino de Rota o el Puerto de Santa María. Por supuesto «gratia et amore», no pagan un solo maravedí por ello. Al principio daban vales del gobierno ilegítimo, pero ya no disimulan, lo toman por las buenas. Entre el dinero, el grano y los vinos que nos imponen como exacción, la gente de esta ciudad está pasando apuros para mantenerse, hay muchas necesidades en las familias más modestas.

—Así está casi toda España.

—Dios quiera que no dure mucho… Bueno, a lo que iba. Quizás no fuese demasiado difícil que tú viajaras en uno de esos barriles cuyo destino es alguna venta de los alrededores.

—Mañana mismo iremos a hablar con don Florencio Romero, es un patriota, seguro que te ayudará… Pero habremos de buscarte una identidad, quizás pueda conseguir algo del antiguo secretario del cabildo. Sé que esconde copia de los sellos concejiles sin que lo sepa el enemigo.

—No te preocupes, tengo una identidad falsa, pero los documentos son auténticos. Ahora soy don Francisco de Peralta, el administrador de mi tío el general don Laureano de Zúñiga.

—Es una buena presentación, de todas formas mañana temprano iré a casa del secretario, para que extienda una cédula de estancia en Sanlúcar a nombre de Francisco de Peralta. Todas las prevenciones que tengamos serán pocas. Mientras tanto tú no salgas, pide lo que quieras al mayordomo, te atenderá como si lo hiciera conmigo. Si todo sale bien, mañana a mediodía hablaremos con el señor Romero, se encuentra en esta misma calle Bolsa, don Florencio tiene las bodegas casi al final.

Al día siguiente el capitán se levantó cerca de las doce; el agotamiento le había hecho dormir casi diez horas, y hubiera estado más tiempo en la cama de no ser despertado por el mayordomo de don Juan. En el salón le esperaba Ramírez de Cartaya con el semblante iluminado por la satisfacción, propio de quien está gozoso por algo importante conseguido.

—Aquí están los documentos que fui a buscar —dijo don Juan mientras los levantaba en su mano derecha—. Está todo correcto, tienes el permiso de residencia en Sanlúcar desde hace tres semanas. Estás acogido en mi casa, no habrá problemas, llevo casi un mes sin salir apenas, pues cogí un fuerte catarro que ya está casi superado.

—¿Pero no podrán consultar los libros de aduanas? Me refiero a los de entrada y salida de forasteros; allí no constaré.

—Ya había pensado en ello, y me dice el secretario que el pase que te ha sellado es especial, no debías de guardar cola para entrar en la ciudad, con lo que no te registraban. Todo controlado… Al menos de momento. Ahora vamos, nos espera mi amigo don Florencio Romero, le envié recado para que nos recibiera y ya mismo es la hora concertada. Así que vamos, solo tenemos que llegar al final de esta calle, allí está la bodega principal con el despacho de vino y las oficinas.

Tras un breve paseo por la calle Bolsa, ambos llegaron a la bodega de don Florencio Romero. Era un magnífico edificio encalado que refulgía con el sol junto a Bajo de Guía. A su entrada recibía un primer patio, cubierto con una parra que aminoraba los efectos del los fuertes rayos de sol en la canícula del verano sanluqueño. Aquella umbría que producía la maleza lo hacía muy acogedor. El aroma a vino ya señoreaba la brisa marítima de la zona varias calles antes de llegar la bodega.

Una frenética actividad se adivinaba a través de los amplios portones que se abrían en el lienzo principal de la fachada. Carretas a rebosar de uvas esperaban su turno para ser descargadas. En otra zona se veía la experta labor de los toneleros que domaban la madera a fuego para darle la forma curva que aprisionaban con gruesas arandelas de hierro, se convertían en férreos cinturones de las barricas. Más adelante, un numeroso grupo de peones limpiaban con esmero las oscuras botellas de cristal, donde la manzanilla viajaría a su último destino. Las sumergían en albercas de agua cristalina e introducían en su interior una fina vara terminada en una especie de escobilla que eliminaba todo rastro del antiguo contenido.

Un escribiente preguntó los nombres a los visitantes, debían anunciarles antes de darles paso, pero don Florencio les había visto desde la amplia vidriera que presidía su despacho y salió al encuentro.

—Querido Florencio, como te avisé esta mañana aquí nos tienes. Te presento a mi gran amigo el capitán don Fernando Tello de Portugal, Barón de Acay. Fernando —se dirigió al militar—, este caballero es otro gran amigo, don Florencio Romero de la Banda, patriota y avezado hombre de negocios, sobre todo de vinos. No hay mayor entendido en vinos en toda la bahía de Cádiz.

—Es todo un placer —dijo Fernando mientras estrechaba su mano.

—Lo mismo digo, don Fernando —contestó el empresario.

—Como te dije, Fernando utilizará otro nombre, el de don Francisco de Peralta —aclaró Cartaya—. No lo olvides, debes tomar nota para evitar equivocaciones.

—Ya lo he hecho —contestó el señor Romero—, lo apunté nada más irte y lo he memorizado. No solo por su seguridad, sino también por la nuestra si hemos de facilitarle la salida de Sanlúcar rumbo a Cádiz, ya que para otros destinos es libre. Desde que te marchaste esta mañana he pensado mucho sobre la forma de hacerlo… Pero quitémonos de aquí, los franceses tienen ojos y oídos en todas partes. Sus expolios han provocado mucha hambre y es

lógico que algunos se vendan a cambio de dinero o comida. La delación es moneda de cambio en muchos casos. Hablemos paseando, es más seguro.

Don Florencio cruzó el patio de la entrada, tras atravesar las oficinas llegó a la puerta principal de la bodega. Las alargadas y profundas naves estaban divididas en calles repletas de barricas que contenían los más preciados vinos de la ciudad. Altas columnas de ladrillo visto, terminadas en amplios arcos de medio punto, sostenían la techumbre recubierta de antiguas tejas. El amarillo albero del suelo destacaba en la penumbra de aquellas naves que custodiaban miles de oscuros barriles.

Los operarios paraban su faena y se destocaban al paso de don Florencio y la compaña. Un perrillo bodeguero les seguía a distancia prudente, moviendo alegremente su corta cola.

—Señores —dijo don Florencio—, está claro que la única forma de salir camino a Cádiz es en una de las caravanas de carretas que proveen el cerco de la capital. Evidentemente esas caravanas no las envío yo, es vino requisado y son los franceses quienes se encargan de organizarlas. Por lo tanto, don Fernando, usted debería esconderse en una de las carretas que ya hubieran sido cargadas y ordenadas. Pero eso es sumamente difícil y no sé cómo se puede hacer.

—En algunas ocasiones te han pedido servicios urgentes de suplemento —dijo don Juan—, y quizás en breve lo hagan. En ese caso sí eres tú quien organiza el pedido requisado.

—Es cierto Juan —contestó Romero—, he estado presente en todos esos envíos. El último lo formaron tres carretas de uvas y tres de bocoyes con manzanilla. Los centinelas de la aduana fueron tan cautelosos en sus pesquisas que atravesaron repetidamente las uvas con las bayonetas, hasta el punto de dañarla tanto, que las carretas iban dejando un surco provocado por el zumo que soltaban. En los barriles metían los sables y los movían para ver si algo les estorbaba. Es imposible pensar en uno de esos envíos, solo veo viable el éxito si don Fernando logra esconderse en uno de los pedidos que ellos mismos organizan. No paran en la aduana ni pasan por el control que os he referido.

—Tendré que idear el medio —dijo don Fernando—, aunque quizás fuera más fácil intentar salir de noche, a escondidas, ya que por mar es imposible.

—Ni lo intentes —intervino Cartaya—, no lo conseguirías, hay controles cada cinco leguas y constantes patrullas entre ellos. Lo mismo por los caminos comarcales y veredas más solitarias. Es del todo imposible.

—Tenemos que meditar mucho lo que vamos a hacer y…

No había terminado la frase cuando un seco golpe, producido por la brusca apertura del portón principal de la nave, les hizo volver la cabeza. La intensa luz exterior invadió en segundos la penumbra de las naves bodegueras, deslumbrando unos instantes a los amigos. Pasados varios segundos, vieron que una doble fila de soldados franceses avanzaba por el albero, fusil en mano, hacia ellos.

El capitán se creyó descubierto y pensó vender cara su vida. Introdujo su mano en la casaca, donde escondía la pistola y un puñal; pero don Juan se dio cuenta y detuvo su mano disimuladamente para que no hiciera aquella locura.

—¡Mi querido, don Florencio! —sonó una voz ronca, con profundo acento francés, que surgía por detrás de aquella hilera de soldados—. Perdone mi visita sin avisarle, pero hay importantes motivos que la urgían.

—Usted dirá, coronel de Blanchelette —contestó con tono más amable que amistoso el señor Romero, quien temía lo mismo que el capitán.

Sin embargo, el coronel no contestó y miró fijamente a don Fernando Tello de Portugal con gesto serio. Todos temieron lo peor, pero el dueño de la bodega fue hábil y tomó la iniciativa.

—Perdone mi despiste, coronel, no he caído en que usted no conoce a mi invitado… Monsieur coronel Armand de Blanchelette, le presento a mi buen amigo don Francisco de Peralta… —dijo señalando al capitán—. Llegó hace unos días a Sanlúcar. Es comensal de don Juan Ramírez de Cartaya, al que no necesito presentarle.

—No, no, desde luego que no hace falta —contestó el francés— y celebro conocer a un amigo de ambos.

—Lo mismo digo —contestó don Fernando para devolver el cumplido.

—Bueno, al estar entre amigos puedo dar la noticia que he venido a anunciarle… Capitán Sounier —se dirigió a su ayudante—, ya puede indicar al general y su compaña que pasen.

Los españoles quedaron intrigados con aquellas palabras. Al rato, un general francés, acompañado de una bella dama y de su séquito militar, entró en las naves de la bodega.

—Señores —continuó el coronel—, les presento al general Clermont de Roubineau, conde Saint Leonard, enviado especial del mariscal Soult, Duque de Dalmacia. Trae una comisión especial que creo será del agrado de todos… Señor general, estos caballeros son don Florencio Romero, propietario de las preciadas bodegas de su apellido, don Juan Ramírez de Cartaya, regidor de esta ciudad, y un amigo de ambos, don…

—Francisco de Peralta —intervino el capitán al comprobar que había olvidado su nombre.

El general saludó con la cabeza, gesto que devolvieron los españoles.

—Caballeros —habló el conde de Saint Leonard—, les presento a la señora doña Elisa Alonso de Mendoza y Grabrois de Saffonet, un bello ejemplo de lo que puede procrear la unión de un español con una francesa. Viéndola es evidente que nuestros países deberían estar condenados a vivir juntos, en armonía, para crear una raza que dé tan perfectos frutos.

—Mi general —dijo la bella dama— me abrumáis y dejáis en evidencia ante estos caballeros.

—No es esa mi intención, querida Elisa.

Los tres besaron la mano de la dama. Ella se quedó mirando fijamente a don Fernando; el capitán ciertamente se sintió perturbado con aquella mirada que esbozaba y una leve sonrisa entre misteriosa y desconcertante.

—Bueno, señor Romero —dijo el general Clermont de Roubineau— la fama de sus vinos ha llegado a tanto entre nuestras tropas, que el mismo Príncipe de Dalmacia tiene prevista una parada en su bodega durante la visita que va a realizar a las tropas del sitio. Desea conocer personalmente la bodega y probar los excelentes vinos que sabemos custodia con particular interés. Es una visita que honra a su prestigiosa bodega.

—Aquí nos tiene para lo que tenga a bien ordenar el señor mariscal —contestó el bodeguero sin querer evidenciar recibir honor alguno por la visita del invasor.

—Señor Romero —terció el coronel de Blanchelette—, imagino que usted estará mostrando la bodega a don Francisco de Peralta. ¿Sería mucho pedirle que el conde de Saint Leonard y yo nos sumásemos a su versada explicación del proceso que da tan buenos vinos?

—En absoluto, caballeros, acabamos de comenzar.

Ambos militares franquearon a don Florencio, doña Elisa quedó entre el capitán y don Juan Ramírez de Cartaya. El bodeguero había comenzado su clase magistral con la recogida de la uva y los tipos que había; explicó que se utilizaba la llamada Palomino Fino o Listán para la manzanilla. Luego los condujo hasta el lagar donde se estrujaba la uva a pie por cuatro expertos operarios. Tras esa manipulación el mosto obtenido se «desfangaba» para separar los restos sólidos y dejarlo limpio de impurezas.

—En el periodo de fermentación —explicaba el señor Romero—, el azúcar se va transformando en alcohol durante un tiempo que oscila entre

quince y veinte días, después, en el deslío se vuelven a separar los sólidos que se produjeron durante la fermentación.

Don Florencio continuó su disertación con la clasificación de los mostos y el encabezado, donde alcanzaban los quince grados.

—Este vino —continuó don Florencio— cuando alcanza los quince grados se llama «sobretablas», que pasará a las «criaderas» y a las «soleras».

Doña Elisa no atendía demasiado a la explicación del propietario. Aprovechó la ocasión en que se habían apartado los militares con el anfitrión, para comenzar una conversación.

—Don Juan, el señor Romero nos ha dicho que es usted regidor de esta bella ciudad.

—Así es doña Elisa —contestó el aludido.

—Y usted señor de Peralta, ¿también se dedica al negocio de los vinos? —preguntó sin abandonar aquel gesto que tanto incomodaba al capitán.

—No, yo soy perito contable… —contestó don Fernando—. Me ha traído a Sanlúcar de Barrameda la amistad que me une con don Juan; desea que le asesore en unas inversiones que va a realizar en breve.

—Pues la verdad —prosiguió doña Elisa—, no tiene usted aspecto de contable…

—¿No? ¿Y qué aspecto piensa usted que debe tener un contable?

—No lo sé, pero desde luego no el suyo… Los contables de mi padre eran muy diferentes a usted. Tiene más porte de hombre de acción que de alguien que se lleve todo el día tras una mesa haciendo números…

En ese momento la voz de don Florencio Romero reclamaba la presencia de Cartaya, el capitán se quedaba a solas con la bella y enigmática dama.

—¿Está casada? —preguntó don Fernando deseando cambiar de conversación, ajeno a la indiscreción que ello suponía.

—Lo estuve, pero mi marido falleció hace cinco años en un duelo de honor.

—¿Motivado por usted? —volvió a ser indiscreto.

La dama le miró fijamente y se mostró algo ofendida, aunque de forma fingida.

—¿Por quién me toma…? Pero no, no fue por mí; lo motivaron los enfrentamientos surgidos por la disputa que mantenía con un aristócrata venezolano por una de sus amantes.

—Lo siento, no era mi intención ofenderla…

—Sin embargo, don Francisco, está claro que su opinión sobre una dama que se hace acompañar de un general francés no es muy buena… Si ha

supuesto que es mi amante está en lo cierto, lo es… Nada más que abandone la bodega se lo confirmarán sus amigos.

Don Fernando se mantenía en silencio; no se explicaba el porqué de aquellas confidencias a un hombre que acababa de conocer.

—La vida —continuó la dama— a veces te lleva por caminos que no desearías tomar pero que son marcados inexorablemente por el destino, un destino cruel que te estigmatiza para siempre y del que no puedes huir; te acompañará hasta la muerte… Le ruego que no me juzgue, no es nadie para hacerlo…

—Aunque no lo crea, entiendo sus palabras, doña Elisa… La vida de este contable no es tan anodina como la que usted imagina, he vivido muchas cosas, algunas difíciles de creer.

—No lo dudo, ya le he dicho que su aspecto es más el de un hombre de acción que el de perito en números.

—Ahora es usted la que parece juzgar…

—Tiene razón don Francisco, perdone mi imprudencia.

—¡Elisa, don Francisco! —sonó la voz del general Clermont de Roubineau, conde de Saint Leonard—. Acércate querida, el señor Romero nos va a ofrecer una degustación de sus mejores vinos…

—Reclaman nuestra presencia, no nos hagamos esperar señor… don Fernando Tello de Portugal, Barón de Acay.

Don Fernando, que había comenzado a caminar, volvió su cara como impulsado por un resorte secreto y la miró fijamente con ojos escrutadores. Se le habían helado las entrañas al verse reconocido por la amante de aquel general francés.

—Disimule, don Fernando —continuó la dama—, y sigamos adelante.

El señor Romero estaba terminando de explicar cómo se obtenía la manzanilla por la crianza de flor en la superficie del vino que reposaba en la bota, y los diferentes tipos de ese vino según el tiempo de crianza que hubiera tenido.

Don Florencio les había conducido hacia una sala privada de la bodega, donde tenía reservadas unas barricas para uso personal y de su familia. Había mandado a un escanciador que se pusiera bajo sus órdenes. Este trajo la caña de escanciar, le acompañaba un criado con esbeltos catavinos en una bandeja de plata.

—Pueden observar —decía el bodeguero, mientras acercaba un farol a la boca de la bota para intentar iluminar su interior— la densa flor que reposa sobre la superficie del vino, es blanca y espesa. Ella es la culpable de tan

magníficos vinos; el escanciador, como ahora veréis, debe atravesarla de un golpe seco con la caña, con tanta habilidad que no rompa la flor y pueda volver a unirse sin problema.

El escanciador hizo su perito trabajo extrayendo hábilmente la mejor manzanilla de la bodega. Todos alabaron los diferentes vinos que fueron degustando, hasta Fernando, que no deseaba mostrar su estado de intranquilidad al saberse descubierto por la amante de Clermont de Roubineau.

Terminada la degustación se despidieron los visitantes protocolariamente. El capitán besó la mano de doña Elisa, que le dedicó de nuevo su enigmática sonrisa. Don Fernando no dijo nada delante de don Florencio Romero para no intranquilizarle, pero nada más salir a la calle se lo hizo saber a don Juan Ramírez de Cartaya.

—Entonces no tienes más remedio que salir cuanto antes de la ciudad —le dijo Cartaya.

—Eso mismo pensé al principio, pero mientras degustábamos los vinos tuve tiempo de pensar… Si doña Elisa hubiese querido denunciarme lo habría hecho allí mismo, era el momento oportuno. La tropa francesa rodeando la bodega y estaba guardando las puertas para la seguridad del general francés. No lo ha hecho, ignoro el porqué, pero creo que no debo precipitarme.

—Tú sabrás lo que haces… ahora debemos andarnos con más ojo y acelerar tu marcha de Sanlúcar. Volvamos a casa, mientras menos te vean será mejor.

A la caída de la tarde una vieja doncella llamaba a la puerta del domicilio de don Juan Ramírez de Cartaya; portaba un escrito para don Fernando. El capitán lo leyó en voz alta delante de su amigo.

—«Estimado don Fernando, mañana asistiré a misa de ocho en la parroquia de Nuestra Señora de la O, le ruego se haga el encontradizo conmigo. No tema nada. Elisa Alonso de Mendoza…» Está claro que debo ir, Juan. Tomaré medidas por si es una celada, aunque creo que no; no volverán a tener mejor ocasión de apresarme que la de esta mañana.

A las ocho en punto entraba el capitán en la parroquia de la O. En una de las primeras filas se encontraba doña Elisa, cubierta por un gran velo negro de blonda, estaba acompañada por la criada que había llevado el mensaje. No observó vigilancia militar alguna; ignoraba si la habría policial, por lo que se mantuvo alejado de la dama hasta terminada la misa.

Como estaba planeado se hizo el encontradizo en la puerta, le besó la mano y saludó protocolariamente. La criada se colocó unos metros detrás de

la pareja, que tomó rumbo hacia la Cuesta de Belén.

—Le confieso —dijo don Fernando— que me ha extrañado su recado solicitando este encuentro, no lo esperaba… Es usted todo un misterio, una mujer con algunas incógnitas que me impelen a hacerle preguntas, y desearía que estas tuviesen contestación.

—Empiece pues, don Fernando. Por ello le cité aquí, no deseaba haber creado en usted una inquietud o temor por conocer su verdadera identidad.

—Evidentemente sobre ese tema es la primera pregunta. ¿De qué nos conocemos, doña Elisa?

—¿De verdad que no me reconoce? ¿Ni adivina en mí rasgos de alguna persona que conoció en el pasado?

Fernando la miró fijamente.

—La verdad es que no, y le ruego que ello no la ofenda. Además, creo que una dama de tal belleza nunca me hubiera pasado desapercibida.

—Pues al parecer así fue… Aunque he cambiado, no tanto como para ser una mujer tan diferente… Claro está que usted en esa época era un apuesto militar que se rifaban las mozas casaderas de los más distinguidos salones de la corte. Muchas suspirábamos por su persona y, según las malas lenguas, usted solo suspiraba por la compañía de mujeres demasiado alegres…

—Usted exagera, jamás me he creído tan atractivo para las mujeres. En esas reuniones sociales le aseguro que había muchas y de tanta belleza que no sabía dónde mirar.

—Bueno, pues digamos que coincidimos en más de una e incluso hablamos dos o tres veces.

—Le ruego disculpe mi torpe memoria.

—Quizás le ayude saber que soy la hija del coronel don Diego de Aliaga.

—¿Lisa, Lisa Aliaga?

—La misma, don Fernando.

—Nunca la hubiera reconocido, ha cambiado tanto. Esa joven pecosa se ha convertido en una bella dama… Pero saber quién es me llena aún más de incógnitas. La hija de un ilustre militar que se hace amante de un alto mando francés y que, discúlpeme si soy tan duro, reniega del apellido de su padre, pues creo recordar que me fue presentada como doña Elisa Alonso de Mendoza y otro apellido francés que no recuerdo. ¿Qué dirá su padre de todo esto?

—Don Fernando, papá no puede decir nada, murió los primeros días de la ocupación francesa.

—Crea que soy sincero si le digo que lo siento, era un gran hombre y un buen militar.

—Después del levantamiento del 2 de mayo en Madrid se publicó un severo edicto, en el mismo se prohibía llevar encima ningún arma blanca, bajo pena de muerte de quien incumpliera el mandato. Mi padre era coleccionista de bastones y cada día tomaba uno diferente. Quiso la mala fortuna que el 3 de mayo cogiera un bastón estoque, estoy segura de que él ni se acordaba de que fuese estoque. Lo paró una patrulla militar en la Plaza Mayor y fue registrado. Al manipular el bastón sonó su afilada hoja en el interior y descubrieron el arma. Inmediatamente le detuvieron. El pobre de papá se identificó como coronel del ejército, pero aquellos energúmenos no hablaban español y tampoco querían oír reclamación alguna. Lo maniataron a una cordada de presos, le condujeron de malas maneras camino de la montaña del Príncipe Pío… Apenas dos horas después de ser detenido era fusilado por un piquete de infantería francesa… Ante la tardanza de papá, mi hermano Víctor salió en su búsqueda; movió todas las influencias de los amigos militares y ello dio su fruto. Se nos contó cómo había muerto y que había sido un «error» imperdonable, motivado por el desconocimiento del idioma. Víctor salió de Madrid, se alistó en Granada para hacer frente al francés y vengar la muerte de nuestro padre. Murió en Talavera…

—Aunque no le conocía, también lo siento, Elisa… Pero toda esta historia me hace inconcebible su íntima relación con los asesinos de su familia.

—Todo ello se puede relacionar con el cambio de mi apellido, Alonso de Mendoza y Grabrois de Saffonet son los dos apellidos de mi madre. Usar el de papá hubiera sido demasiado peligroso; le aseguro que no he renegado de él.

—Ello me congratula.

—Conocí al general Clermont de Roubineau en una recepción celebrada en casa del Ministro don Mariano Urquijo. Asistí a la misma acompañando a un pariente lejano. Según me confesó Clermont, quedó prendado de mí nada más verme. Sufrí un asedio continuo día y noche, me obsequiaba con valiosos presentes que siempre rechacé. Aquel hombre me repugnaba por lo que representaba, no por su aspecto personal, pues es un hombre maduro con un gran atractivo personal para cualquiera, pero no para mí. Su uniforme me recordaba a cada instante que fueron ellos los asesinos de mi padre… Ante su acoso hui a Ávila, donde tengo propiedades, pero todo fue inútil; no sé cómo pero me descubrió y comenzó el acoso de nuevo. Me ofreció matrimonio por la iglesia…

—Entonces no debe decir que es su amante, como usted dijo ayer en la bodega.

—La mujer que entrega su cuerpo a un hombre al que no ama es algo peor que una amante, y ese es mi caso capitán.

—Nadie os obliga a casaros y menos a mantener tan íntima relación con él…

—Ya le he dicho que la vida marca duros caminos que te ves forzada a tomar. Su cerco continuo llegó a desesperarme hasta el punto de pensar en quitarme la vida… Pero luego acaricié la idea de que podría ser lo contrario; es decir, asesinarle a él, así vengaba el fusilamiento de mi padre y la muerte de Víctor. Estaba decidida a ello, aún sabiendo que me costaría la vida, todo me daba igual, no me importaba perderla. Solo le comenté mis planes a una fiel doncella, se había criado junto a mí, tenemos la misma edad. No dijo nada, pero al poco trajo a casa tres hombres, eran patriotas de la resistencia. Me hicieron ver que sería bueno para la causa que aceptara la propuesta de matrimonio con el general, siempre podía retrasarla tanto que nunca llegaría a contraerse. Mi intimidad con Clermont podía facilitar mucha información vital para las tropas españolas, más cuando bebía, y le aseguro que es un gran aficionado a los buenos vinos españoles. Creo que no hace falta que le diga nada más.

—Doña Elisa, perdóneme si mis reflexiones anteriores fueron demasiado atrevidas, desconocía tan gran sacrificio; le ruego que acepte mis disculpas.

—No hay nada que disculpar, capitán, se lo aseguro.

—¿Y por qué me cuenta todo esto a mí?

—Cuando las tropas de Napoleón entraron en Andalucía Clermont fue movilizado con ellas. Quedó destinado en Sevilla. Allí le vi a usted, se había dejado la barba que intentaba despistar a enemigos y a conciudadanos.

—Créame que, salvo un antiguo director espiritual y una vieja doncella, nadie me reconoció.

—Yo lo hice, y le extrañará, pero una joven que se enamora por primera vez de un hombre es difícil que lo olvide. Yo, como muchas amigas, suspiraba por usted, pero a mí ese enamoramiento, llamémosle platónico, me duró más que a otras. Llegué a sufrir cuando usted abandonó la corte… Pero eso es tiempo pasado… Cuando le vi en Sevilla me sorprendí. Por la ciudad corrían como leyendas sus valientes gestas en combate, pero también se decía que había muerto en la batalla de Ocaña, otros que al huir de un campo de prisioneros. Comprenderá mi sobresalto cuando le identifiqué, estaba usted en la catedral. No quise comprometerle y por ello no me acerqué. Hice que le

siguiera mi fiel criada para que se informara. Así me enteré de su nueva identidad y de que en su casa residían dos altos mandos franceses. Estaba segura que tendría alguna misión secreta de gran importancia. No podía acercarme a usted sin comprometer su seguridad ni la mía; llevaba poco tiempo de relación con Clermont y el cruel jefe de policía de Sevilla me había puesto bajo vigilancia. Verle ayer en la bodega, manteniendo su falsa identidad, fue la segunda gran sorpresa de esta contienda.

—Confianza por confianza, doña Elisa… Efectivamente tengo una misión importante que cumplir. Como usted, he estado recabando una valiosa información que debo llevar personalmente a Cádiz. Cuando el séquito del general llegó a la bodega de don Florencio Romero estábamos planeando mi salida de Sanlúcar, algo muy difícil, y, lo peor, mi entrada en Cádiz. No tengo idea de cómo lo haré si consigo abandonar esta ciudad sin ser detenido.

—Quizás pueda ayudarle, capitán; el general sale este mediodía para el Puerto de Santa María, va a preparar la visita del mariscal Soult a las fuerzas del cerco; estará allí dos días. Intentaré sonsacarle algunos datos; venga a mi casa al anochecer, antes de las diez, no le molestarán. La guardia no llega hasta las once.

Fernando se despidió hasta la noche de aquella misteriosa dama. En su memoria la recordaba casi en nebulosa, la veía como una joven de poco más de quince años, llena de pecas y de gran cortedad. Pero ahora la naturaleza la había dotado de gran hermosura. Cabello rojizo y piel clara, en la que apenas quedaban rastros del bosque de pecas que alegraba su cara siendo niña. Los ojos eran de un celeste pálido, se escondían bajo unas finas cejas cobrizas; la afilada y recta nariz terminaba en un toque respingón sumamente atractivo. Los labios finos y sonrosados custodiaban una blanca dentadura que iluminaba su rostro al sonreír. El talle era esbelto y bien contorneado, los pechos enérgicos se dejaban adivinar tras un generoso escote. Sobre el cuello de garza un collar de perlas con cuatro vueltas.

Fernando narró su encuentro a don Juan Ramírez de Cartaya. Este al principio se intranquilizó, pero luego se dio cuenta de que aquello no debía ser una celada, podían haber detenido al capitán fácilmente en cualquier momento. No obstante, le aconsejó prudencia y darle la menor información posible, pues si era descubierta nadie podía garantizar que los métodos de persuasión del enemigo no la hicieran hablar.

Llegada la noche don Fernando se embutió en su capa, escondió dos pistolas y se dirigió hacia la casa de doña Elisa. Se encontraba en el barrio alto, muy cercana al palacio de Medina Sidonia. Apenas había vigilancia en

las calles, la mayoría se centraba en las aduanas y caminos que llevaban a la ciudad. No fue necesario dar más de un toque en la puerta, la vieja doncella la abría con premura, le recogió la capa y rogó que la siguiera.

Cruzaron un amplio patio franqueado con blancas columnas, la solería de ladrillos de taco brillaba por el tratamiento dado al barro. En el centro una fuente dejaba oír la armónica melodía del agua que brotaba de un broncíneo caño central. Había una solemne escalera que subía a la planta alta, adornaba sus peldaños con bella cerámica trianera. Sin embargo, pasaron de largo; la doncella paró delante de una puerta de cuarterones de dos hojas y llamó. Tras recibir permiso las abrió y dejó paso al capitán, la cerró tras él quedándose fuera.

Era un amplio y lujoso salón decorado con gran riqueza. Sus paredes estaban tapizadas con damasco de seda dorada, el cortinaje, a juego, caía desde unas galerías doradas y profusamente talladas. De las paredes pendían grandes cuadros de diversos motivos, tapices y algunos apliques de bronce dorado y cristal de roca, donde se embutían gruesas velas que ayudaban a iluminar la estancia. Las alfombras de la real fábrica de tapices y dos braseros de cisco, rociados con alhucema, creaban un ambiente cálido en la habitación.

Dos estrados enfrentados en los laterales del salón, cuatro bellos bargueños y una gran mesa de estilo florentino en el centro del salón, lo adornaban con gran lujo. Del noble artesonado mudéjar colgaban dos soberbias lámparas de cristal de la Granja. Los zócalos de la pared eran de caoba cubana finamente tallada con escenas mitológicas.

Doña Elisa se encontraba sentada en uno de los estrados, no se levantó, esperó que el capitán se acercase.

Don Fernando le besó la mano y tomó asiento tras el ruego de la dama para que lo hiciera.

—Don Fernando, después de hablar con el general ya conozco sus planes más inmediatos. He tenido toda la tarde para pergeñar un plan que le ayude a salir de Sanlúcar y luego entrar en Cádiz. Pero hay algunos puntos sueltos y otros extremos que deberán ser solucionados por usted… Me imagino que a estas horas no habrá cenado aún.

—Pensaba hacerlo a mi regreso.

—Quizás tengamos tanto que hablar que se le haga tarde, con el estómago lleno se piensa mejor, al menos yo —dijo doña Elisa mientras hacía sonar una campanilla.

En esta ocasión quien entró en la estancia no fue la vieja doncella, sino una joven criada que identificó el capitán como la que se crio junto a doña

Elisa.

La joven arrastraba una mesa de ruedas en la que reposaban varias fuentes ovaladas de plata, su interior se reservaba del frío por estar cubiertas con repujadas tapas del mismo metal. Dos esbeltas botellas de cristal tallado y varias copas acompañaban el envío; completaba el servicio un juego de finas servilletas de hilo bellamente bordadas con artísticas iniciales.

La criada les acercó dos mesas auxiliares y luego se retiró. Fue doña Elisa quien sirvió la cena. Ternera al horno, capones rellenos y empanada de embutidos y verduras. Delicados pasteles de un convento cercano fueron el magnífico postre. Los vinos servidos eran fruto de la propia tierra.

Durante la cena se dedicaron a rememorar el pasado común en la corte, aunque el capitán recordaba contados encuentros con Elisa, por lo que buscó auxilio hablándole de su padre el coronel Aliaga.

Al terminar los postres Elisa entró en el tema principal del encuentro.

—Este mediodía he hablado con Clermont; como le dije, durante dos jornadas estará fuera preparando la visita de Soult a las tropas del cerco. Dentro de cinco días llegará el duque de Dalmacia a Sanlúcar de Barrameda. Por la mañana visitará los castillos y destacamentos de la ciudad, almorzará con la oficialidad en el palacio de Medina Sidonia. Por la noche tiene prevista una visita a la bodega de don Florencio Romero, donde degustará sus mejores vinos y le será servida una cena fría con espectáculo de flamenco. Lo que más nos interesa es que Soult no pasará la noche en Sanlúcar, tiene previsto hacerlo en el Puerto de Santa María. Mi marido y yo vamos con el mariscal. Me ha dejado encargada de preparar el equipaje para la estancia en el Puerto. La mejor forma de que usted salga de esta ciudad sin ser molestado es que se esconda en mi equipaje. Viajará en el mismo coche que el general y yo. ¿Quién sería capaz de parar al general conde de Saint Leonard para manosear su valioso equipaje? Le aseguro que nadie.

—¿Pero cómo voy a llegar a esta casa y esconderme en su equipaje? Más en un día que estará llena de soldados.

—Tiene usted razón, pero creo poseer la solución, solo dependerá de su habilidad y destreza, por otro lado, tan acreditada en el campo de batalla.

—Dígame pues.

—Los carruajes de Soult y mi marido estarán esperando en la bodega a que termine la celebración para salir rumbo a Cádiz. Entre el patio de entrada y las naves de la primera bodega será servida la cena y montado el tablado para el espectáculo. Los carruajes deberán esperar en el patio posterior, donde se descargan las carretas de uva. El equipaje lo forman varios baúles, en uno

de ellos van las mantelerías que se usarán en las cenas y recepciones que dará mi esposo a Soult en el Puerto. Es lo suficientemente amplio para que usted quepa sin demasiado estorbo. Los manteles y demás ajuar de ropa le impedirán la dureza del arcón a la vez que amortiguarán cualquier ruido que usted pueda producir sin querer. Pero queda lo más difícil, y eso corre de su cuenta: el llegar a los carruajes y meterse en el baúl.

—Ya idearé alguna forma para acceder a él. ¿Sabe si habrá mucha vigilancia?

—Creo que no, dos o tres soldados a lo sumo, la mayoría de la fuerza estará rodeando la bodega.

—Me imagino que antes de llegar al Puerto, y aprovechando la oscuridad de la noche, deberé salir del baúl, saltar del carruaje y buscar la forma de llegar a Cádiz.

—Muy difícil lo tendría, querido amigo. Los baúles van bien amarrados por fuera, y viajan tres soldados junto al conductor; uno en el pescante y dos en la parte trasera. Nada más abrir el baúl sería descubierto y acribillado, los arcones y baúles van delante de ellos.

—Tendré, pues, que idear otra fórmula.

—No se preocupe, ya le dije que solo ha de procurarse la fórmula de entrar en el arcón. ¿Conoce el francés, don Fernando?

—Digamos que lo entiendo.

—Entonces debe buscar el baúl que tenga escrito en su tapa: «ropa para limpiar». Este será bajado del carruaje y llevado a una casa de lavanderas. No haga nada, espere, le aseguro que será gente amiga quien le abra. Cuento con algunos buenos contactos, de otra forma no podría enviar la información que voy recabando.

—Entonces solo he de pensar en la forma de acceder al carruaje.

—Solo eso, a la recepción de Soult están invitados todos los regidores y autoridades de la ciudad. Le hice ver a Clermont que usted era invitado del regidor Ramírez de Cartaya, y que había sido muy amable conmigo en la visita de ayer. Le espera como invitado, lo que reduce su riesgo a la forma de acceder al carruaje, tiene franca la entrada en la bodega de Romero.

—No sabe cuánto le agradezco lo que está haciendo por mí, doña Elisa.

—Por usted, por la memoria de mi padre y hermano, por el bien de España y nuestro legítimo rey don Fernando.

—¿Puedo serle útil en algo antes de partir a Cádiz?

—Tengo previsto entregarle unos pliegos de papel con información que he ido recabando últimamente de mi marido y de otros militares que se reúnen

en casa por la noche. Los espío a través de unas rendijas de ventilación; se oye todo cuanto hablan. Deberá entregarlos al estado mayor de la defensa.

—¿Y qué será de usted, doña Elisa?

La dama le miró fijamente y tardó en responder.

—En el mejor de los casos deberé aguantar con el general hasta el final de la guerra, luego le abandonaría. Pero si soy descubierta solo me espera un pelotón de fusilamiento. Créame que no tengo miedo y estoy dispuesta a ello.

—No sea agorera, Elisa. No desearía que eso sucediera a una gran dama y valiente patriota como usted, no debe correr ese riesgo… ¡Véngase conmigo a Cádiz! —dijo con verdadero sentimiento el capitán.

—Agradezco sinceramente tu preocupación, Fernando —comenzó a tutearle— pero no tendríamos la más mínima posibilidad de huir los dos juntos. Ya es harto difícil hacerlo solo.

—Yo te esperaría en la lavandería y viajaríamos juntos a Cádiz —contestó Fernando, quien aceptaba el tratamiento de mayor intimidad que le daba la joven, fuera de protocolo.

—Es del todo imposible, mi ausencia alertaría a la vigilancia, sería imposible que saliera un solo navío sin ser descubierto. Además, queda mucha contienda por delante y mi información puede ser muy importante.

—Créeme que lamento haberte conocido mejor en tan mala ocasión; quizás tras la guerra podamos cultivar nuestra amistad.

—Hacer planes en tan críticos momentos es algo muy arriesgado.

—Se hace tarde, debo volver para no ponerte en un compromiso.

—Creo que va a ser imposible, son más de las once, los centinelas ya estarán guardando las dos puertas de esta casa. Salir ahora sería un suicidio; hay que esperar que den las nueve de mañana, terminan el servicio a esa hora.

—Entonces aguardaré a que amanezca en este salón, tú debes retirarte a descansar, es tarde.

—Tengo una idea mejor, acompáñame —dijo Elisa mientras le tomaba de la mano.

Se acercaron al mayor de los bargueños que adornaban la estancia. Elisa pulsó uno de sus cajones y, como por arte de magia, un resorte hizo que se abriera una puerta que estaba hábilmente camuflada en el artístico zócalo de la pared. Subieron una estrecha escalera de caracol, hecha en ladrillo e iluminada por varios cirios encendidos. Al final de la misma otro resorte abría la entrada secreta a otra habitación. Fernando se sorprendió al comprobar que era el dormitorio de la joven. La miró fijamente sin atreverse a decir nada.

Ella mantenía su mano cogida, se volvió a él y puso su cuerpo tan cerca que el capitán pudo sentir el perfumado olor que se evaporaba desde el interior de su atrevido escote. El aliento de su boca le embriagaba; sintió latir su propio corazón en las sienes y un furor mal contenido le recorrió el cuerpo, pero no se atrevía a dar un paso mayor.

—Fernando, ayer te dije en la bodega que no debías juzgarme, hoy te vuelvo rogar esa misma petición… Quizás no me entiendas… He entregado mi virtud a un hombre del que no estoy enamorada, es más, detesto todo lo que representa, abomino sus caricias y besos, me dan náuseas… No sé cómo terminará esta guerra, pero ambos somos conscientes de que mi tarea es muy peligrosa… No desearía morir sin haberme sentido poseída por alguien a quien he amado, y en mi juventud te quise en secreto con todas mis fuerzas. El tiempo disminuyó ese furor, aunque siempre te he llevado en un rinconcito de mi corazón. Ayer, al verte, renacieron en mí muchos sentimientos que estaban dormidos… Se me hace terrible pensar que puedo morir y que las únicas manos que han acariciado mi cuerpo me repugnaban, se me antojaban las mismas que dispararon los fusiles que mataron a mi padre y a mi hermano. Si muero, al menos lo haré con la satisfacción de haberme entregado a un hombre que amé…

—No debes hablar de muerte, Elisa… —pero no pudo articular más palabras, su fuego interior le impulsó a darle un ardiente y profundo beso que la rindió entre sus brazos.

Luego la cogió en volandas y la llevó hasta la cama de dosel, cuyos cortinajes se abrían solemnemente, rodeando el mullido colchón, como colgaduras de un altar profano que recibía el hermoso cuerpo de la joven en una ofrenda ritual.

Fernando la desnudó con suavidad, acarició y besó hábilmente su escultural cuerpo palmo a palmo. Se entregó por entero a hacerla feliz durante toda la noche, como si fuera la mujer de la que siempre había estado profundamente enamorado, una ficción que, en esos momentos de pasión y mutua entrega, pensó se convertía en realidad.

Apenas perdieron tiempo en dormir o descansar, en cada encuentro parecía derramarse más pasión, más entrega, incluso un cariño cercano a un fugaz enamoramiento.

Al amanecer la despedida fue dulce en los besos y amarga en la realidad que ambos tenían por delante, sobre todo Elena, al lado de un amante al que aborrecía.

Fernando salió cuando la guardia había abandonado la vigilancia del lugar. Al llegar a casa de don Juan Ramírez de Cartaya le encontró sumamente preocupado. Su ausencia durante la noche le hizo temer lo peor. El capitán contó el encuentro con Elisa, obviando la noche de tórrida pasión que ambos vivieron.

—Juan, lo siento —se disculpaba el capitán—, pero se nos hizo demasiado tarde organizando los planes, no pude salir hasta que se marchó el piquete de guardia al amanecer. He esperado toda la noche en un cómodo sillón de un salón bien caldeado por aromáticas copas de carbón.

—Gracias a Dios no te ha pasado nada. Ahora solo nos queda planear cómo llegar al carruaje y cómo esconderte en el baúl.

—Tenemos tres o cuatro días para hacerlo.

—Hablaré con don Florencio Romero, por si hay algún pasadizo interior que nos lleve hasta el lugar de los coches sin correr riesgos.

Al día siguiente el señor Romero le confirmó la existencia de un pasadizo subterráneo, antiguamente lo usaban para llegar a unas enormes vasijas de barro que se encastraban en la tierra y que ya no servían, pues la manzanilla requería el barril de madera. Por ese pasadizo llegarían al patio donde se descargaba la uva y donde esperaban los coches del mariscal Soult, príncipe de Dalmacia, y del general Clermont de Roubineau, conde de Saint Leonard. Deshacerse de la vigilancia era su único, y no pequeño, problema.

La llegada del mariscal Soult fue muy celebrada por la guarnición de la plaza. Las calles se engalanaron como si el mismo Napoleón fuera quien visitaba la ciudad. Sin embargo, el pueblo sanluqueño mostró poco interés por su presencia. La comitiva pasaba por las principales vías de la ciudad, con la mirada atenta de los paseantes, pero sin recibir un solo grito de apoyo que no fuera de un francés.

Fernando no tuvo ningún problema para acreditarse en la entrada a la bodega. Elisa había recordado al general que don Francisco de Peralta asistiría acompañando al regidor Ramírez de Cartaya. La bodega estaba literalmente rodeada por tropas francesas de infantería; un regimiento de caballería hacía guardia al final de la calle Bolsa, por si era necesaria su intervención.

Los grandes patios y el interior de las prolongadas naves se iluminaban con antorchas y finos candelabros de plata sobre las mesas interminables, llenas de suculentos manjares y magníficos vinos.

A la entrada de las naves bodegueras el mismo duque de Dalmacia recibía a los invitados. Le acompañaban el coronel Armand de Blanchelette,

conocedor de las autoridades sanluqueñas, y el general Clermont de Roubineau, organizador de la magna visita.

El capitán se mostró correcto pero seco durante la presentación a Soult, este apenas le miró, fue un saludo mecánico. El duque tenía la vista perdida entre los asistentes, sobre todo en las femeninas; se le notaba demasiado incómodo con tantas presentaciones.

Al estrechar su fría mano Fernando sintió deseos de sacar su daga y clavarla en el corazón de aquel militar que tanto daño estaba produciendo en su patria. Habría terminado con muchos problemas, pero la venganza hubiera sido terrible en la población sanluqueña, y más en los amigos que le recibieron, acogieron y le ayudaban a huir. Además, su información era vital para la toma de Sevilla, no debía ser detenido por el buen fin de su empresa.

Ramírez de Cartaya fue requerido por el coronel Armand de Blanchelette para que, junto a don Florencio Romero, fuesen mostrando al mariscal Soult la bodega y dieran a degustar sus magníficos vinos. El general de Roubineau estaba demasiado ajetreado dando órdenes para que todo saliese bien, no podía acompañarles en su degustación.

Fernando no conocía a nadie, tampoco deseaba dejarse ver demasiado. Tomó asiento en un escaño apartado, bajo una parra que lo mantenía en la penumbra. Un camarero le acercó un vaso con fresca manzanilla y una bandeja con delicados pastelillos de carne y chacina. No se dio cuenta de que Elisa lo había visto desde el interior de la bodega. Él la buscó nada más entrar, pero creyó que aún no había llegado. Se sorprendió cuando la vio venir.

Estaba espléndida; su ceñido traje, confeccionado con lujosos brocados de seda celeste, se ajustaba a su talle como un guante. El atrevido escote dejaba ver una porción generosa de sus blancos pechos. Su pelo rojizo se recogía en un moño alto aderezado de cadenillas de oro y collares de finas perlas. Sobre los guantes alargados hasta medio brazo, lucía unos bellos brazaletes de oro y pedrería, a juego con el aderezo de esmeralda, los pendientes y anillos que lucía.

El capitán se levantó para recibirla, besó su mano y le ofreció sentarse en aquel discreto escaño. Estaban apartados de la gente, de miradas indiscretas y de oídos comprometedores.

—Fernando, antes que nada quiero agradecer tu ardiente entrega la otra noche. Es lógico que no estés enamorado de mí, realmente me acabas de conocer, ignorabas cómo soy… Pero tu dedicación y pasión me hicieron la mujer más feliz del mundo en aquellos momentos, me sentí querida y

deseada, aunque fuera de forma fingida, y eso es más de lo que nunca he tenido.

—No fingí en mi deseo, Elisa; desde el primer instante anhelé ardientemente estrécharte entre mis brazos y gozar tu cuerpo, besar tu cara, tus labios y perderme en tus profundos ojos… Tampoco miento si te digo que en esos momentos sentí algo muy cercano al amor.

—Agradezco tus palabras, Fernando, me producen mayor felicidad… Ahora, desearía que me dijeras cómo vas a llegar hasta los carruajes.

—Está todo previsto, Elisa. Llegaré hasta ellos por una especie de túnel. He pensado que el momento más oportuno será durante el espectáculo flamenco. Para entonces la mayoría de los invitados padecerán los efectos de haber saboreado en demasía estos magníficos vinos; tendrán sus facultades mermadas, eso es bueno para mí. Además, el cante, el taconeo del baile y la guitarra pueden esconder cualquier ruido indiscreto que pueda producir.

—Recuerda que es el arcón destinado a las lavanderas. Dentro te he dejado un sobre con la información que te referí. También una bolsa con dinero para pagar el traslado a Cádiz, dos pistolas cargadas y un sable.

—Muchas gracias, Elisa, no lo hubiera logrado sin ti.

—Aún estás aquí, pero le pido a Dios que lo consigas.

Fernando vio cómo una lágrima se escapaba por la mejilla de la joven. La enjugó con su dedo índice y luego la saboreó en sus labios. Con fino tacto la apartó y se escondieron entre la maleza que unía la parra con una enredadera salpicada de jazmines. Allí la besó con desenfrenada pasión varias veces.

Ella, al poco se apartó y le miró fijamente.

—No debemos vernos más durante esta noche, hay que evitar toda sospecha. Dios te acompañe, Fernando.

Luego lo besó levemente en los labios y, tras cruzar el patio, se perdió entre las alargadas naves de la bodega.

La noche se le hacía interminable a Fernando, estaba deseando que comenzara el espectáculo. Desde su privilegiada y discreta situación pudo medir cada cuánto tiempo se hacía el cambio de guardia; también vio cómo los oficiales franceses de mayor rango estaban bastante ebrios.

El espectáculo iba a comenzar. Se colocaron varios faroles que iluminaban el tablao. Cuatro guitarristas, cuatro cantaores y cerca de una decena de bailaoras provocarían tal estruendo que sería casi imposible que se escuchara un disparo desde el apartado patio trasero.

Un día antes, don Florencio Romero y el regidor Cartaya le mostraron el camino a seguir hasta llegar a los pasadizos subterráneos, daban al patio de

carga y descarga de mercancías. Habían dejado todas las puertas y trampillas abiertas para que no encontrase dificultad alguna.

Antes de comenzar su periplo fue a despedirse de don Florencio y don Juan. Cartaya insistió en acompañarle, dos hombres podían más que uno solo ante cualquier adversidad, pero el capitán se negó. El señor Romero debía permanecer junto a sus invitados. Sin embargo, ambos se acercaron hasta la trampilla en la que debía perderse don Fernando, se abrazaron y le desearon el mejor fin para la empresa.

El señor Romero había convenido una señal con los artistas, en un momento determinado debían jalear con la mayor fuerza posible. Eso sería cinco minutos después de perderse el capitán por el túnel, tiempo que tardaría en llegar al otro patio.

Un farol con un cabo de vela encendida era toda la luminaria que necesitada el Barón de Acay para su corto recorrido. Debía caminar por el pasadizo con la cabeza baja por la falta de altura. Bordeando todo el recorrido decenas de bocas oscuras se abrían a ambos lados del estrecho pasillo subterráneo, eran las aberturas de las gigantescas tinajas que en tiempo pasado contuvieron vino, ya inútiles para la actual producción en barril.

Las únicas armas que portaba Fernando eran una pequeña pistola de bolsillo y un afilado puñal. Sin embargo, un disparo podía ser peligroso, pues aunque el sonido no se oyera en la zona de celebración, sí podrían sentirlo los centinelas del exterior que custodiaban las entradas del patio de descarga.

El trayecto terminaba en una trampilla abierta al final del pasadizo. Fernando apagó la vela y con sigilo se acercó hacia donde estaban los carruajes. La música del festejo se dejaba oír con potencia, sería difícil que un disparo no se confundiera con el fuerte taconeo. Observó que dos soldados hacían guardia junto a los coches, mantenían una charla animada. Debía anular a uno en segundos, para hacer frente al otro centinela y evitar que diese la voz de alarma. Estaban sentados en un banco de mampostería que se unía a una pared terminada en una galería alta. Subió hasta la galería, cogió una botella que halló en el camino, la blandió en su mano izquierda, en la derecha portaba la daga. Calculó hasta situarse en línea con la pareja de centinelas.

Saltó sobre ellos, aprovechó la fuerza de la caída para estrellar la botella en la cabeza de uno, dejándole inconsciente sobre el suelo; luego pretendió degollar al otro. Sin embargo, este se apartó a tiempo e intentó coger el fusil que estaba a su derecha. Fernando saltó como un felino sobre el gabacho antes de que le apuntara, hubo de soltar la daga para agarrar fuertemente el fusil del enemigo e impedir que lo disparase alertando a los demás.

Forcejearon unos instantes, el capitán arrinconó al enemigo contra la pared, intentando ahogarlo con el cañón del fusil que había logrado ajustarlo a la altura del cuello. Pero cuando lo tenía a su merced, un ruido trasero le alertó. De uno de los coches de caballo salía un enorme coracero que había decidido montarse una fiesta privada por su cuenta. Portaba una botella de vino que tiró al suelo para desenvainar su espada.

Fernando sabía que si soltaba al soldado recuperaría el resuello y serían dos contra uno; apretó la presión sobre el cuello del contrincante, buscando que perdiese el conocimiento antes de que el borracho y tambaleante coracero estuviera lo suficientemente cerca como para abrirle de un tajo.

Sin embargo, el soldado no dejaba de resistirse, y vio con horror que el energúmeno francés había acelerado su paso. Estaba tras él, blandiendo su enorme sable de caballería que elevaba lentamente con una sonrisa sardónica, a la espera de dar el golpe definitivo que tajara al atrevido español.

Aunque había logrado asfixiar al adversario ya era demasiado tarde para hacer frente al ebrio coracero. El capitán se sintió perdido y musitó una leve oración en su interior. Pero en ese momento percibió un ligero zumbido en el aire, algo cruzó veloz delante de su vista. Al segundo miró al membrudo jinete. Tenía los ojos desorbitados y notaba un temblor en su cuerpo, al observar su cuello adivinó el motivo, una daga se había clavado en la yugular.

Volvió la cara para conocer el rostro de su salvador; no era otro que don Juan Ramírez de Cartaya, quien le había seguido desoyendo sus órdenes.

—¡Juan, gracias! ¡Cuánto me alegra que no me obedecieras!

—Era mi obligación, somos amigos… Pero ahora no debemos perder tiempo, el coracero está muerto, y por lo que veo también el que está junto a ti.

Luego se acercaron al que recibió el botellazo, tenía el cráneo hundido, fallecería segundos después.

—Tenemos que arrojar los cuerpos dentro de una de las profundas tinajas del pasadizo subterráneo —continuó Cartaya—. Ningún francés sabe de su existencia. Mañana me encargaré de vaciarle encima varios sacos de cal viva para evitar que los delate el olor.

Tras deshacerse de los cuerpos y las armas del enemigo, limpiaron la sangre del suelo rociándola con vino tinto, el pavimento tenía abundantes manchas de ese color, nadie podría pensar que era sangre.

Volvieron a abrazarse antes de que Fernando se ocultara en el baúl indicado. Don Juan lo ató con gruesas sogas, así sería menos sospechosa su

carga, luego desapareció por la trampilla camino del festejo dedicado al mariscal príncipe de Dalmacia.

XIV

El interior del arcón era espacioso, el capitán solo tenía que encoger las piernas levemente para caber en el mismo, podía volverse y cambiar de postura. La abundancia de mantelerías y mantas, que había distribuido doña Elisa con todo cuidado, le hicieron cómoda su espera y llevadero el posterior viaje por el camino pedregoso que unía Sanlúcar de Barrameda y el Puerto de Santa María.

Desde que el carruaje partió de la bodega hasta su primera parada, el capitán calculó que habrían transcurrido cerca de dos horas. Oyó cómo un oficial francés ordenaba bajar el baúl; entre las órdenes del gabacho escuchó la dulce voz de doña Elisa, que en perfecto francés mandaba se tuviese cuidado extremo con aquel arcón por contener objetos de gran valor. En unos segundos su mente viajó velozmente al recuerdo del escultural y níveo cuerpo desnudo de la joven, de sus besos y caricias. Cuando empezó a moverse el arcón volvió a la realidad.

Doña Elisa, consciente de que el peso iba a ser mucho mayor del acostumbrado, lo que podría extrañar a los franceses, ordenó a los trabajadores españoles de la lavandería que fueran ellos quienes bajaran el baúl.

Desde el interior Fernando oyó a su bienhechora despedirse de los operarios así como el ruido de las ruedas del carruaje que se alejaba; sintió una tristeza inexplicable. Al poco, el arcón se volvía a poner en marcha camino de su destino final. El capitán oía hablar español, pero recordaba la advertencia de Elisa, no debía intentar nada hasta ser auxiliado por gente amiga.

No tardó mucho en abrirse la tapa del baúl.

—El capitán don Fernando Tello de Portugal, supongo —preguntó un hombre de unos treinta años bien llevados, cara alargada y blanquecina,

cabello oscuro y lentes brillantes. Vestía una levita negra.

—Supone usted bien. ¿Quién habría de ser si no? —respondió sonriente y con cierto humor. Luego respiró hondo, con la inmensa tranquilidad de haber visto coronada con éxito la primera parte de su periplo—. ¿Con quién tengo el honor de hablar? —preguntó Fernando mientras salía del interior y recogía las pistolas, la espada, la bolsa de dinero y los documentos que doña Elisa guardó en el baúl.

—Soy el teniente de bajeles de inválidos don Manuel Rendón de Luna. Gané mi invalidez militar en la batalla de Trafalgar. Una bala me cortó un nervio de la pierna derecha, lo que no me dejó grandes secuelas pero sí inservible para la carrera militar. Perdonad que no os diga los nombres de quienes me asisten, pero es mejor, por motivos de seguridad, que siga desconociendo sus identidades. Estamos en zona tomada por el enemigo y fuertemente vigilada.

—Me alegro de estar entre tan buenos y valientes patriotas.

—Fuera nos espera una tartana, nos llevará hasta un lugar seguro.

Tras despedirse de los anónimos patriotas, subieron al coche, conducía el teniente de inválidos. Por el camino fue poniendo al día a don Fernando de las nuevas y de los posibles planes para llegar a Cádiz.

—Nos dirigimos hacia un pequeño poblado de pescadores; es un lugar seguro y tranquilo. Allí tengo mi puesto de operaciones y la delicada misión de pasar mercancías, mensajes cifrados y, a veces, personas a la sitiada Cádiz.

—¿Cuándo está previsto que salga?

—En principio estaba todo preparado para pasado mañana de madrugada, pero un imponderable lo hace imposible.

—¿Qué ha sucedido?

—La fiebre amarilla, se dice que hay un nuevo y virulento brote en la Real Isla de León, esperemos que no llegue a Cádiz, sería terrible… Los patrones de las naves comprometidas se niegan a aumentar el riesgo de su tripulación, temen más el contagio que a los cañones.

—¿Y cuándo podríamos contar con ellos?

—Ahora está comenzando la epidemia, habrá que esperar a que llegue a su punto más álgido, luego decrecerá su virulencia hasta su extinción. Cuando haya pasado la cuarentena sin ningún nuevo contagio se decretará el fin de la misma.

—¡Pero si no me equivoco eso supone varias semanas!

—Y meses también, capitán, cerca de tres entre los diferentes periodos epidémicos, la cuarentena y el fin de la misma.

—Teniente no puedo esperar tanto tiempo… Llevo información vital para el alto mando militar.

—Lo sé, pero no hay más remedio, don Fernando. Solo se puede llegar a Cádiz por mar, y le aseguro que ninguno de los marineros comprometidos querrá fondear en un puerto con fiebre amarilla.

—Debe haber otra forma, usted mejor que nadie puede buscar alguna solución, sea la que sea.

—Quizás haya una, pero le aseguro que yo no la tomaría, es demasiado peligrosa, no se la aconsejo. De todas formas no sé si estarán dispuestos; mañana haré las gestiones pertinentes y entonces le diré de qué se trata… Ya estamos llegando, ahora debe usted cenar algo y acostarse para recuperar fuerzas.

—No tengo hambre, pero sí que estoy agotado, cogeré la cama con gusto.

Fernando se acostó pronto, pero su agotamiento físico le impidió dormirse de inmediato. Ahora que estaba relajado le venía a la memoria lo vivido en los últimos días, sobre todo la relación con Elisa y la noche de pasión que le había regalado. Era cierto que no sentía nada por ella, todo lo más un incipiente cariño, pero la deseaba profundamente, aunque sabía que sería difícil volverle a ver.

Le urgía entrar en Cádiz para informar al estado mayor, también influía en ello el deseo de ver a su familia y a las mujeres que creía amar. El encuentro pasional con Elisa había desdibujado, en cierta forma, sus sentimientos hacia Paula y hacia Helen. Tenía necesidad de verlas, de redescubrir los verdaderos sentimientos; estaba seguro de que en esta ocasión lo tendría todo más claro. Ansiaba lograr una relación estable y definitiva, que le ayudara a tener un incentivo en momentos tan sórdidos y peligrosos como los que estaba viviendo desde el comienzo de la guerra. Por un instante dejó de pensar en el interés de ellas para hacerlo en el suyo propio. Era verdad que no deseaba dejar ninguna novia «viuda» antes de tiempo, pero también que buscaba un apoyo moral íntimo permanente, alguien en quien descargar sus dudas, pensamientos, miedos y con quien compartir el día a día; en definitiva: alguien a quien amar y por quien ser amado.

A la mañana siguiente se despertó entrado el mediodía. El teniente Rendón de Luna había hecho algunas gestiones para procurar lo antes posible su salida con destino a Cádiz, aunque no era muy partidario de que don Fernando aceptara la única solución que había encontrado.

—Tenga en cuenta, don Fernando, que es gente muy peligrosa, contrabandistas, casi piratas de costa, la mayoría expresidiarios y dicen que

confidentes del francés a cambio de oro. Además, han pedido una suma muy alta.

—Por ello no se preocupe, don Manuel, tengo dinero para ese menester. ¿Cuántos hombres forman la tripulación?

—Que yo sepa un griego, un moro, un portugués y tres españoles, no sé si la tripulación de la falúa será mayor, pero es pequeña. El capitán de la embarcación se llama Tesifón Pedrote, ignoro si es su nombre verdadero. Es natural del Levante y sé que ha estado en varios presidios de África.

—Dígale que zarpamos esta misma noche a las dos de la madrugada.

—Están preparados para atendernos al momento de ser requeridos, pero le ruego que se lo piense, no es nada recomendable esa compañía. El viaje es corto pero muy peligroso; los barcos ingleses, franceses y españoles, así como la artillería de costa de estos dos últimos ejércitos, disparan cuando divisan barcos de contrabandistas.

—¿Navíos franceses? Me habían asegurado que la bahía está guardada por la escuadra aliada británica.

—Así es capitán, los navíos del almirante Collinwood bloquean la zona marítima ante cualquier intento de la armada imperial. Pero el mando francés mandó construir veintiséis lanchas cañoneras en Sevilla y Sanlúcar de Barrameda. Requisaron barcos comerciales y los transformaron en militares; para ello hicieron venir de Francia a carpinteros de rivera, calafates y marineros. Algunos navíos resultaron no ser operativos, dos de ellos se averiaron cerca de Chiclana. Sin embargo, ninguno pudo pasar la punta del Trocadero, se lo impidieron la artillería española e inglesa. Pero no quita que hagan sus incursiones nocturnas.

—No se preocupe, sé cuidarme bien… Solo le ruego que me consiga varias granadas de mano, soga, corcho y un baúl para meterlo todo.

—Lo más difícil va a ser el corcho, pero esta noche tendrá todo listo —dijo extrañado por el encargo.

—¿Sería posible encontrar un uniforme de caballería española para mi cuerpo?

—Ni para su cuerpo, ni para ninguno, es del todo imposible.

—Bueno, llegaré a la Isla de León vestido de paisano.

A la hora concertada los contrabandistas fondearon su nave en la orilla más cercana a la aldea de marineros.

La nave estaba preparada para su misión habitual de contrabando. Era pequeña y ligera, toda pintada de negro, como negro era el color de las velas y negras las sogas untadas con grasa. Los tripulantes vestían capotes oscuros.

El aspecto de la tripulación no podía ser más lúgubre, llevaban los bajos fondos y el crimen marcados en el rostro. El capitán tenía cacarañada la piel de la cara, severos restos de la sañuda viruela padecida en su juventud. La suciedad y las groseras espinillas gobernaban las arrugas y cráteres del rostro. En su boca mellada solo podían verse algunos dientes aislados, negros y pútridos, producían un nauseabundo hedor al hablar. Los demás tripulantes no le iban a la saga en aspecto siniestro.

—Mi nombre es Tesifón Pedrote, capitán del navío que os llevará a la Isla de León —dijo con sequedad, sin mostrar la menor amabilidad, antes bien, sus palabras no estaban exentas de una rudeza rayando en la incorrección.

—Soy el capitán don Fernando Tello de Portugal; espero realizar la travesía lo antes posible y con la mayor comodidad.

—Imagino que le habrán dicho lo peligroso de esta empresa; hay fiebre amarilla, de ahí que el coste sea más elevado. Los barcos de contrabando son el blanco perfecto de ingleses y franceses, más en época de epidemia; temen que propaguemos la fiebre con el contrabando —continuó el cacarañado.

—Si conociendo el peligro que corro no lo hubiera aceptado, usted no estaría aquí ahora. Y por eso mismo que su coste es más elevado de lo habitual, es condición indispensable que yo viaje en el camarote principal, que imagino será el suyo.

—Así es, caballero.

—Nadie, bajo ningún concepto, habrá de molestarme hasta que no estemos próximos a las playas de la Isla de León. Pagaré la mitad del importe ahora, el resto al final del trayecto, cuando lleguemos.

—Me parece bien, capitán. Habremos de salir y navegar lo suficientemente pegados a la costa para que no nos divisen los barcos de la armada inglesa, pero a la vez, lo más alejados posible de tierra para impedir que nos descubran las baterías de costa. Verá que no es tarea fácil.

—Así es, Tesifón, pero veo que su nave está bien preparada para ello, no es la primera vez que lo hace. Ahora ordene a sus hombres que suban al camarote este baúl, y le ruego me dé las llaves, pues me encerraré por dentro hasta la llegada.

—Tesifón —intervino el teniente Rendón de Luna—, procura que el capitán llegue sano y salvo; cualquier fallo puede costarte un grave disgusto, tiene importantes valedores que te lo harían pagar muy caro.

—¿Por qué me dice usted eso, don Manuel? —preguntó el contrabandista habiendo captado perfectamente la intención de las palabras.

—Para que sea diligente en su misión y, por ejemplo, no ponga en grave riesgo la persona del capitán con órdenes desacertadas. Sea prudente en la navegación… y en todo lo demás…

—Llevo toda la vida navegando, no creo que pueda cometer un error tan grave que nos descubra al enemigo.

El capitán se despidió del teniente Rendón de Luna, le estrechó la mano y agradeció su importante auxilio; luego embarcó en aquel siniestro barco, tan negro como la misma noche y el alma de su capitán.

Como había advertido a Pedrote, don Fernando, nada más subir al barco, se encerró en el camarote. Calculando la fuerza del viento y la marea, estimó que no tardaría más de una hora en llegar a la Real Isla de León, y algo menos en divisar los fuegos de las numerosas fuerzas militares que la defendían del francés. Sabía que las luces de la Real Isla le anunciarían que había medio conseguido su propósito, pues se fiaba menos de los contrabandistas que de la pericia del francés para descubrir un barco tan bien camuflado.

Y no se equivocaba don Fernando. Para nada habían valido las veladas amenazas que el teniente Rendón de Luna hizo al contrabandista y su tripulación. Desde el primer momento creyeron que aquel baúl podía guardar un importante botín. Si así era poco les iba a importar las intimidaciones del teniente; de existir el dinero, como ellos especulaban, matarían al capitán, lo arrojarían al mar, y podrían rumbo a Huelva camino de Portugal. Comenzaron a pergeñar la forma de entrar en el camarote y hacerse con el botín.

Mientras tanto, Fernando tomaba sus precauciones. Había sacado la bolsa de granadas de mano que consiguió el teniente de inválidos. También cargó las dos pistolas que le proporcionó doña Elisa más la pequeña que ya poseía. Luego, con un afilado puñal comenzó a horadar los corchos y meter en los agujeros abiertos la soga; construyó un seguro salvavidas para el caso de tener que abandonar el barco precipitadamente. Terminada esta faena colocó el baúl contra la puerta, serviría de traba en caso de un intento de asalto. Se sentó delante de la mesa del capitán, de cara a la puerta del camarote, con las pistolas preparadas, granadas y espada a mano.

No había pasado más de media hora cuando don Fernando advirtió demasiada actividad en los alrededores del pasillo de camarotes. Usando el catalejo del capitán intentó divisar las luces de la Isla de León, pero reinaba una absoluta oscuridad. Al principio pensó que se habrían adentrado en el mar para poder reducirle con mayor facilidad, pero luego desechó esa idea, estaba toda la zona sitiada por la armada inglesa. Navegaban lentamente para ganar tiempo. No tardó mucho en oír el golpe de unos nudillos contra la puerta.

—Capitán, soy Tesifón…, perdone que le moleste, pero me he dejado dentro del camarote el catalejo y demás aparatos de medición… ¿Podría dármelos? Están encima de la mesa.

—Tesifón —contestó el capitán tomando las pistolas entre sus manos y apuntando a la puerta—, ha desobedecido mis órdenes, le dije que bajo ningún motivo me molestaran.

—Pero capitán, es un caso de urgencia, los aparatos…

—¡Váyase y déjeme en paz! —cortó don Fernando—. Para navegar a vista de costa no le hacen falta.

Se hizo un sepulcral silencio, que se interrumpió minutos después con una descarga de fusil sobre la cerradura de la puerta. Afortunadamente el capitán la había trabado con el baúl y no se abrió de golpe, solo se venció levemente, lo suficiente para que uno de los contrabandistas metiera su pistola y disparara. Fernando permaneció quieto, sin hacer el menor ruido, como si le hubieran herido. Ante ello se confió el atrevido jayán y decidió entrar. El disparo del capitán le voló media cara, caía muerto en el suelo. Los demás rufianes se echaron atrás, lo que aprovecho don Fernando para empujar de nuevo el arcón contra la puerta y reforzarlo con la mesa, sillas y demás muebles que pudo encontrar en el camarote. La trabó de tal forma que aseguró que nadie entraría por allí. Ignoraba si el camarote tendría alguna entrada secreta, pero de ser así ya la habrían usado, aunque no se fiaba mucho de la inteligencia de Tesifón y sus hombres. La única forma posible de introducirse en el camarote era por los tres ventanales de popa, solo uno de ellos tenía contraventanas; la cerró y se parapetó tras ella, esperando un ataque a través de las cristaleras. Mientras, cargó la pistola que había disparado; volvía a tener las tres dispuestas para su uso.

Como había previsto, se lanzaron velozmente sobre los ventanales de popa tres contrabandistas sujetos a maromas. Uno encontró trabada la entrada con las contraventanas, por lo que hubo de hacer malabarismos para no caer al mar. Otro recibió un disparo directo en el vientre que le hizo perderse en la oscuridad de las aguas gaditanas para siempre; pero el tercero había logrado entrar y sacar su pistola. Fernando le disparó con la segunda pistola y erró el tiro. Ahora le tocaba al bandido, pero falló al saltar hábilmente el capitán tras un armario caído.

El asesino no quiso darle ocasión de que empuñase otra arma y le atacó fieramente con su espada. Fernando esquivó el primer envite y desenvainó la suya, pasando al contraataque sin dar ocasión al descanso. El criminal tenía más fuerza y furor que destreza con la espada; en tres intercambios de golpes

y contragolpes, Fernando le atravesó de lado a lado. La cara de terror del contrabandista desfiguró aún más su horrible rostro. Con el puño de la espada presionándole el pecho, Fernando le empujo hasta la ventana, arrojándole al mar por la misma. Quedó en su mano derecha la espada chorreante de sangre criminal; la limpió con las mugrientas cortinas del camarote.

Un leve golpe en la contraventana le recordó que había un tercer contrabandista que no pudo entrar en el interior. Con toda seguridad estaría parapetado entre las columnas talladas de popa, esperando la ocasión de asomarse y dispararle. A Fernando le quedaba cargada la pequeña pistola con la que entrara en la bodega de don Florencio Romero; no tenía tiempo de cagar otra de mayor potencia, pues debería quedar desarmado mientras la preparaba y ello suponía un grave riesgo. Ignoraba la posición exacta del enemigo, no podía desperdiciar el tiro. Con la punta de la espada empujó levemente uno de los ventanales de cristal hacia fuera, como si lo hubiera hecho la brisa marina, con el objeto de que le sirviera como espejo y conocer la situación exacta del jayán. Lo vio a la perfección: caminaba lentamente por la cornisa sobre la que reposaban las columnas y ventanales. En su mano derecha portaba la pistola, con la otra se sujetaba a los salientes de la madera.

Fernando siguió sus pasos hasta el preciso momento en el que su cuerpo quedó al descubierto. Con un salto felino que sorprendió al contrabandista, apretó la pequeña pistola contra el corazón del asesino y disparó. Fue a hacer compañía en el fondo del mar a sus dos compañeros.

Desde la cubierta se oían los gritos de Tesifón llamando a sus hombres, para saber que había sucedido. Al no tener respuesta alguna tuvo claro su final.

El capitán había dado muerte a cuatro de los contrabandistas, pero por las voces que oía cruzarse con la de Tesifón, calculó que al menos habría cuatro o cinco más.

Fernando corrió hacia las maromas para cortarlas e impedir que fueran utilizadas de nuevo. Estaba seccionando la segunda cuando divisó la luminaria militar de la Real Isla de León. Tomó el catalejo para cerciorarse, no había duda aquel era su destino.

Dejó sin cortar la última maroma, quizás pudiera servirle. Luego se dedicó a cargar las pistolas. En ello estaba cuando notó que el barco viraba, estaban acercándose demasiado a tierra y debían evitarlo. Tesifón dio orden de media vuelta.

Aquella era una mala noticia para Fernando, le alejaba de su meta y le volvía a colocar a merced de aquellos asesinos.

Si pensarlo dos veces, se relió fuertemente el salvavidas de corcho, luego encendió una mecha y la metió en un ojal de su levita. Embutió sus pistolas entre el corcho, guardó en su alforja las granadas, la colgó al hombro y comenzó a trepar por la maroma.

Nadie esperaba que el capitán apareciera en la popa, por lo que les pareció una extraña visión entre la oscuridad de la noche. Cuando se cercioraron de quién era, comenzaron a descargar sus armas sobre él. Fernando se parapetó sobre unos bultos de mercancía, si le daban en las granadas volarían todos por los aires. Vio que eran fardos prensados de pestilente ropa usada, hubo de tapar su nariz por el hedor que desprendían.

—¡Tesifón —gritó el capitán—, ordene a sus hombres que paren y viren el barco hacia la Isla de León!

—¡Denos el oro y lo haré!

—¡No existe ningún oro!

—¿Y ese baúl?

—¡No había nada de valor dentro de él!

—¡Mentira, nadie se defiende así por nada!

—¡Me hubierais matado para comprobarlo!

—¡Lo haremos ahora con más saña y encontraremos dónde esconde el oro!

—¡Le juro que si no da media vuelta les lanzaré una granada de mano! ¡Los disparos no llegan a oídos del enemigo, pero una explosión seguro que sí! ¡Quedaremos a merced de sus cañones! ¡Perderá el barco y la vida!

—¡Mentira no tiene granadas! ¡Disparad! —ordenó a sus hombres—. ¡Cinco ducados de oro a quien le acierte!

A Fernando no le quedaba otra solución, tomó la mecha del ojal, la sopló para avivarla y prendió el pabilo de una de las granadas. Esperó que estuviera casi consumida para lanzarla y asegurar la explosión. La detonación dejó sin habla a los piratas. Una fuerte luminaria invadió la noche, en medio de ella se pudo divisar el extraño barco negro.

—¡Os lo dije capitán, tengo granadas de mano! ¡Volaré el barco antes de entregarme! ¡Debéis virar con urgencia y tomar rumbo a la Isla de León, las cañoneras inglesas nos habrán localizado y ahora estarán cargando para hundirnos!

—¡Maldito hijo de perra! ¡Rumbo a toda vela hacia la Real Isla de León! —gritó Tesifón—. ¡Más vale que nos detengan los españoles por contrabandistas a que nos vuelen los condenados ingleses! ¡Capitán, juro que le mataré antes de llegar a tierra!

En ese momento una andanada proveniente de la armada británica volvió a iluminar la noche. Los proyectiles comenzaron a caer cerca del barco contrabandista. El fuego que había provocado la granada en la cubierta lo hacía un blanco perfecto.

—¡Apagad ese fuego inútiles, nos está delatando! —ordenó Tesifón—. ¡¿Dónde está la bandera española?! ¡Hemos de izarla para que no nos disparen desde la costa!

—Tesifón —dijo uno de los contrabandistas—, ya hemos salido del área de fuego enemigo.

—¡Bien! Tú busca la bandera y la izas; los demás que cacen a ese maldito capitán, no debe de llegar con vida a tierra, es un testigo que nos costaría la horca. Subo a diez monedas de oro su cabeza.

Los asesinos arreciaron sus disparos contra el parapeto del capitán. Este no quería hacer uso de otra granada, la embarcación había quedado dañada y una segunda la hundiría. Estaban demasiado lejos de la costa para conseguir llegar a tierra, la corriente era muy fuerte.

Hizo frente al enemigo disparando sus pistolas, mientras calculaba continuamente la distancia que le separaba de tierra, esta iba menguando entre el barco y la costa a cada golpe de aire marino en las oscuras velas. Saltaría al mar cuando fuera factible llegar a tierra ayudado por el salvavidas de corcho.

Pero los ataques de los asaltantes eran tan continuados que no le daba tiempo a recargar sus armas. No tenía más remedio que volver a hacer uso de las granadas. Para procurar el menor daño posible recortó la mecha del explosivo, la encendió y lanzó alto para que estallara en el aire, causaría poco destrozo a la nave y detendría momentáneamente a sus asaltantes.

Así fue, Tesifón ordenó parar, en espera de preparar un último asalto a la desesperada antes de llegar tierra y así eliminar al incómodo testigo. Si los españoles le pedían explicaciones por los disparos diría que habían sofocado un motín a bordo.

El último asalto lo planearon con más detalle, demasiado para mentes tan obtusas. Arrancaron puertas de las escotillas para resguardarse tras ellas en el avance hasta la posición del capitán. Fernando no tenía más remedio que defenderse de nuevo con las granadas, sus balas se estrellaron en las puertas protectoras. Hizo un nuevo lanzamiento contra la avanzadilla, pero no estalló. Solo le quedaba una, y esta sí funcionó, mandó por los aires a tres de los seis contrabandistas que había divisado desde su posición defensiva.

Se incendió parte de la cubierta y, lo que era peor, se quemó la bandera española que lo identificaba como navío amigo. No tardaron más de diez

minutos en escupir su mortífero fuego las baterías de costa española.

Fernando no lo dudó, a esa distancia podría llegar hasta la playa, se lanzó al mar y nadó con fuerza para lograr apartarse del mortífero bombardeo artillero de costa. El polvorín de la nave contrabandista podía volar en cualquier momento, y así lo hizo, pero la onda expansiva apenas le alcanzó.

Los trozos de madera ardiendo cubrieron el oscuro horizonte marino, se balanceaban en un fantasmal baile al son de las olas, dando la impresión de ser bocas de fuego del infierno que se escupían desde las profundidades del mar.

La luz de aquellas maderas propició que uno de los centinelas divisara con su catalejo a un desconocido nadador. No había duda que se trataba de un superviviente, probablemente un espía enemigo; debían capturarlo antes de que escapase. El teniente del retén más cercano ordenó que varias patrullas recorrieran la playa en busca del náufrago. Las fuerzas de las olas podían lanzarlo en la zona menos esperada.

Fernando estaba exhausto, las pocas fuerzas que le asistían se habían agotado en su fiera lucha contra la mar. Un golpe de agua lo arrojo sobre las frías arenas costeras. Con la mirada turbia por el salitre, que le provocaba un continuo lagrimeo, pudo ver que se acercaban soldados. Se incorporó para recibirlos erguido.

—¡Alto, quién vive! —se dejó oír la fuerte voz del centinela.

—¡España! ¡España! ¡España! —gritó casi sin fuerzas antes de derrumbarse sobre la arena.

Dos soldados le colocaron sobre una camilla de campaña, le despojaron de la ropa mojada y le cubrieron con una zamorana que le hizo entrar en calor. Luego lo llevaron al puesto de mando. Durante el camino el náufrago parecía haber perdido el conocimiento, pero era el sueño que se había hecho dueño de su agotamiento.

El teniente ordenó que lo llevaran a una tienda que hacía las veces de botiquín. Luego mandó que registrase la ropa empapada de Fernando, por si en ella encontraban algún documento que desvelase la identidad de aquel hombre, o alguna pista que pudiera llevar a conocerla. Solo encontraron los pliegos criptográficos de doña Elisa, que iban guardados en paños encerados para evitar el agua.

Vieron que estaba dormido, el agotamiento lo reflejaba el exagerado ritmo de su respiración y pulsación cardíaca. El teniente le dejó descansar cerca de una hora antes de despertarle.

—Señor, soy el teniente Rivero, debo advertirle que está en calidad de detenido hasta que no comprobemos su identidad. Viajaba en un barco sin bandera y camuflado. Hemos de tratarle como un espía hasta que sea juzgado por un tribunal militar.

—Soy el capitán de caballería don Fernando Tello de Portugal, Barón de Acay. Comprendo sus prevenciones, es más, es su obligación el hacerlo, pero exijo que se me trate con arreglo al rango militar y personal que me pertenece.

—Don Fernando, intentaremos hacerlo, pero esta es zona militar de primera línea de combate. Es imposible verificar cuanto dice; de momento deberá permanecer detenido hasta que llegue el coronel y disponga lo que ha de hacerse.

—¿Cuándo llegará?

—Pasado mañana.

—Demasiado tarde, debo partir inmediatamente a Cádiz, poseo información vital para el estado mayor. Me he jugado la vida para ganar unas horas y no puedo perder días hasta que se me atienda.

—No puedo hacer otra cosa.

—¿No hay otro mando superior a usted?

—En esta zona de la playa el capitán don Mateo de Aragón; pero se ha retirado a descansar, llevaba casi tres días sin dormir después del último ataque. Ha dado orden expresa de que nadie le moleste bajo ningún pretexto, a menos que sea por una nueva ofensiva enemiga.

—Pues no va a tener más remedio que hacerlo.

—¡Ni lo sueñe! No sabe cómo se las gasta el capitán. Usted dice ser militar, pero no hay nada que lo pruebe, solo unos pliegos escritos en clave que pueden ser del enemigo.

—Le exijo que sea avisado de inmediato.

—No está usted en situación de exigir nada, a otro, en su caso, ya lo hubieran fusilado por espía.

—Siga por ese camino y le garantizo que serán usted y ese capitán quienes harán frente a un consejo de guerra, y le aseguro que me tendrán enfrente… ¿Conoce al general don Laureano de Zúñiga?

—¿Quién no en Cádiz? Pertenece al alto mando de defensa.

—Es mi tío, él será mi valedor, pero de todo el tiempo que se pierda aquí y ahora solo usted será el responsable.

El teniente comenzó a dudar, temía la reacción del capitán Aragón, pero más que fuera cierto lo que aquel extraño le refería. Recordó que su capitán había estado destinado en Sevilla, quizás lo recordara.

El capitán despertó con un humor de perros, lo pagó con el atrevido teniente por osar romper su descanso. Fernando pudo oír los gritos del capitán Aragón a su subordinado. Al poco entró en la tienda, donde aguardaba don Fernando, como un toro recién salido del chiquero.

—Veamos —se dirigió el hosco capitán al barón, mientras terminaba de abotonarse su guerrera—, usted dice ser capitán de caballería y sobrino del general de Zúñiga, pero llega en un barco camuflado, sin bandera y sin documentación alguna. ¿Pretende que lo creamos?

—Capitán, no pretendo nada, solo exijo que se actúe conforme a lo que dictan las ordenanzas militares en estos casos.

—En caso de guerra no se puede andar con tanto miramiento.

—Precisamente son para tiempo de guerra esas ordenanzas… Hablar así le hace evidenciar sus carencias militares —respondió sabiendo que despertaría la ira del capitán Aragón.

—¡Usted no es nadie para juzgar a ningún soldado que lleva cinco meses en primera línea de fuego!

—Yo llevo desde el mismo día 2 de mayo sin dejar de hacerlo, capitán… Ya le dije al teniente que soy el capitán don Fernando Tello de Portugal, Barón de Acay y sobrino del general don Laureano de Zúñiga.

—Ya, ya me ha contado esa historia el teniente Rivero. Conozco al señor general, y oí hablar mucho de su sobrino, que afirma ser usted, pero lamento mucho decirle que se le da por muerto. Estuve destinado unos meses en Sevilla, allí tuve la ocasión de ver en alguna ocasión al barón, y usted no me lo recuerda en nada.

—Con esta barba y de esta guisa imagino que ni a usted ni al mismo general que ahora apareciera por la puerta.

—¡Qué pretende que haga! —gritó el capitán Aragón.

—Cumpla con su obligación y lléveme preso a Cádiz, preséntemе allí ante el gobierno militar.

—Se hará, pero cuando venga el coronel.

—¡No y no! —gritó el barón—. Debo partir de inmediato hacia Cádiz, es importantísimo… Le aseguro que soy el capitán Tello de Portugal, escapé de los franceses junto al coronel don Juan Baiget.

Ese nombre hizo levantar bruscamente la cabeza a don Mateo de Aragón.

—¿Conoce a don Juan Baiget?

—Ya se lo he dicho, huimos juntos.

—Serví a sus órdenes en Bruc, le ruego me haga una descripción… He de tener datos suficientes para saber que no me engaña, hay demasiados espías.

Don Fernando no solo describió perfectamente al coronel, sino que dio algunos datos personales que le avalaban como persona con la que había tenido una estrecha relación.

—¿Dónde se encuentra ahora el coronel? —preguntó Aragón.

—Me extraña que usted no lo sepa, pues está aquí en Cádiz, me envió recado a casa de un amigo en Sanlúcar de Barrameda, de donde vengo.

—Y tanto que está aquí, ayer lo vi, vino delegado para visitar el frente… Viví la entrada de las tropas vencedoras de Bailén, entre ellas iba el capitán Barón de Acay… ¿Puede darme datos de ese día que me saquen de duda?

—Los que desee, capitán. Entré en Sevilla a caballo, junto al mismo general Castaños. Era capitán de un cuerpo que de seguro no le habrá pasado desapercibido, los garrochistas de Utrera y Jerez de la Frontera.

Fernando le confirmó varios datos muy precisos que Aragón vivió durante esa jornada.

—Mire usted… —dijo don Mateo prolongando la incertidumbre de lo que iba a decir—. Si no es el capitán Tello de Portugal es alguien muy cercano a él… Teniente Rivero —ordenó al subordinado—, Este caballero no quedará en calidad de prisionero, estoy prácticamente seguro de que es quien afirma ser… Pero las ordenanzas, que usted antes me refregó —se dirigió al barón—, exigen estas precauciones.

—Lo comprendo y siento si antes me dejé llevar por mi ofuscación.

—Facilítele ropa limpia —siguió hablando al teniente Rivero— y que le preparen una tienda de campaña de oficial mientras que conseguimos un carruaje para Cádiz. Es tarea muy difícil. No se le entregarán armas hasta la definitiva confirmación de su identidad. No estará bajo vigilancia por el campamento, pero tampoco podrá abandonarlo hasta que salga en el carruaje; yo mismo le acompañaré a Cádiz.

—Muchas gracias, capitán.

—De ser usted quien afirma, habrá sido para mí un gran honor haberle conocido. ¿Desea algo?

—Pues le agradecería me facilitara agua para mi aseo, jabón y cuchilla de barbero. No deseo que el general dude al verme con esta barba —dijo sonriendo.

Hasta pasadas dos horas no hubo forma de proveerse de un coche que fuera a Cádiz, la mayoría estaban contratados por la multitud de combatientes y proveedores del frente que diariamente se desplazaban de Cádiz a San Fernando.

Durante el viaje el capitán Aragón se convenció de que aquel náufrago era el capitán Tello de Portugal; por ello le contó el asedio de la ciudad desde su origen.

Cuando se supo que las tropas del emperador habían tomado Sevilla y se preparaba el asalto a Cádiz, la ciudad llamó a las fuerzas del duque de Alburquerque para su defensa. El duque se encaminó hacia ella a marchas forzadas, pues el mariscal francés Víctor intentaba llegar a la ciudad antes que Alburquerque, pero este le ganó la partida. Fue nombrado capitán general del ejército y costa de Andalucía. El 4 de febrero de 1810 las tropas del duque entraban en la Real Isla de León. Al día siguiente las fuerzas del mariscal Víctor se establecieron en el Puerto de Santa María, y poco después el mismo rey José I entraba en la ciudad.

—Inmediatamente comenzó el cerco francés a la Real Isla de León —contaba don Mateo de Aragón— pero eran inútiles todos los intentos. La Isla y la Carraca tienen unas defensas naturales en los saladares, los pantanos y los caños. Es casi imposible transitar por ellos, menos con armas pesadas, se derrotaron todos los intentos de asalto. No podían romper la defensa de la Isla para llegar a la ciudad.

—Sin embargo —intervino el Barón de Acay—, Cádiz ha sido bombardeada por la artillería francesa.

—El mes de diciembre comenzaron los bombardeos sobre la ciudad, y así hasta el día de hoy, trece meses ya. Pero la inmensa mayoría de las bombas no llegan, y las que alcanzan la ciudad vienen con tan poca fuerza que no estallan o hacen un daño mínimo.

El 1 de diciembre de 1810 Cádiz se sobresaltó con el estruendo de una granada caída en el centro de la ciudad, cerca de la Torre de Vigía, que los gaditanos conocían vulgarmente como de Tavira. La artillería francesa bombardeaba la ciudad desde la punta de la Cabezuela, situada entre la embocadura del río de San Pedro y la del caño del Trocadero.

Las autoridades reaccionaron con prontitud, fueron evacuadas las zonas donde caían los proyectiles. Los afectados se trasladaron a los campos de Sur y la Caleta, se acomodaron en grandes tiendas de campañas que trajeron los ingleses para refugiar la población.

Pero los proyectiles lanzados por los sitiadores no hacían el efecto deseado, la mayoría no llegaba a la ciudad, y los que la alcanzaban no solían estallar. De ahí que la gracia popular gaditana sacara los tanguillos que esos días se dejaban oír por los históricos barrios gaditanos:

Con la bombas que tiran

los fanfarrones
hacen las gaditanas
tirabuzones.

Con las bombas que tira
el mariscal Soult
hacen las gaditanas
toquillas de tul

Estaba amaneciendo cuando la calesa cruzaba Puerta Tierra, pero la actividad de la ciudad ya era febril en aquellas horas. Los comerciantes y proveedores habían colocado los puestos para ofrecer sus mercaderías. Compañías de varios cuerpos militares esperaban la orden de salida camino de la Real Isla de León, para sustituir los combatientes que llevaban semanas en primera línea. Largos convoyes esperaban las órdenes superiores para la partida de las tropas de refresco.

La multiplicidad de uniformes de vistosos coloridos daba un bello toque festivo a la mañana. Los gaditanos, ante tanta variedad de uniformidad, habían puesto un apodo a los soldados de los diferentes cuerpos: Pavos a las Milicias Urbanas; Guacamayos a los Voluntarios Distinguidos, por el color del uniforme; Cananeos al regimiento de Cazadores por utilizar cananas; Perejiles a los artilleros de Puntales, y Lechuguinos a los voluntarios de Puerta de Tierra.

Fernando pudo observar cómo numerosos grupos de voluntarios, de todas condiciones sociales y edades, con sus herramientas al hombro, marchaban a consolidar los puntos de defensa más vitales de la ciudad o se trasladaban hasta la Real Isla de León para reforzar la Cortadura.

Don Mateo de Aragón le llevó directamente a casa del general, pues a esas horas solo habría varios centinelas de guardia en la capitanía general.

El alboroto de la casa fue memorable; llantos de viejas criadas, abrazos emocionados de los servidores. Todos querían estrecharle, todos le decían algo. El capitán, dentro del barullo, apenas podía entender aquel vocerío y menos responder a nada, solo daba las gracias.

Cuando la solemne figura del general apareció en la puerta del salón se hizo un gran silencio, tan solo se dejaban oír algunos sollozos. La servidumbre se apartó y don Laureano caminó hacia su sobrino, este le salió al encuentro con paso acelerado. Se fundieron en un profundo abrazo que provocó los vítores de los presentes. El encuentro con su tía doña Eugenia de Velasco fue aún más emotivo. La dama no pudo contener las lágrimas a pesar

de estar educada para ello. Lo daban por muerto, pues desde que llegaron las últimas noticias sobre él, de mano del coronel Baiget, habían pasado muchos meses sin una sola novedad positiva y sí muchos rumores catastrofistas.

La agitación del momento impedía que el capitán pudiera descansar, a pesar de que apenas había dormido en los últimos días. El criado personal de Fernando le acompañó a su aposento donde, tras a asearse, le ayudó a vestir uno de sus mejores uniformes militares.

Don Laureano mandó que se sirviese en el comedor principal un suculento desayuno para todos, incluida la servidumbre y el retén de guardia. Cuando tíos y sobrino quedaron a solas pasaron a un pequeño salón, allí les contaría las aventuras que había vivido. No se paró demasiado en los detalles para evitar sufrimientos a doña Eugenia, pero el general sabía leer entre renglones la rudeza de las críticas situaciones vividas. Ya tendría tiempo de referírselas más detalladamente en la Capitanía.

A proposición de la señora de Zúñiga, los tres asistieron a misa de nueve en Santa Cruz para dar gracias por la buena nueva. Terminada la celebración, doña Eugenia encargó al párroco otras treinta misas en acción de gracias y donó una considerable cantidad del dinero para que la repartiese entre los más necesitados.

El capitán y el general caminaron hasta la Capitanía General; quienes lo conocían se sorprendieron de ver con vida al Barón de Acay, el corto recorrido fue caminar entre un continuo corrillo de gente que se acercaba a saludar y a presentar sus respetos. Fernando hubiera deseado preguntar a don Laureano por las mujeres de su vida, pero no tuvo ocasión para ello.

Las felicitaciones y celebraciones continuaron en la sede militar, donde antiguos compañeros recibieron con gran alegría la presencia del Barón de Acay, entre ellos don Juan Baiget, quien vivió parte de su tortuosa huida.

El capitán entregó a su tío los mensajes crípticos de doña Elisa, el general los envió a descifrar. Más tarde, don Fernando solicitó la presencia de un notario militar, de varios oficiales del cuerpo de ingenieros y del estado mayor, para que fueran tomando nota por escrito o sobre plano de cuanto había memorizado durante su estancia en Sevilla. Incluía tanto la valiosa información de la resistencia interior, que facilitaría desde dentro la toma de la ciudad, como los estudios que él mismo había hecho de la guarnición enemiga en Sevilla: armas y regimientos presentes en la ciudad, número de las fuerzas invasoras, situación de los cuarteles y residencia de los más importantes cargos militares franceses.

La jornada fue agotadora, teniendo que almorzar allí mismo. Los ingenieros levantaban sobre planos los lugares donde se situaban polvorines, depósitos de armas, cuarteles, intendencia y los puntos más vulnerables de la defensa. Eran las diez de la noche cuando salían de Capitanía General rumbo a casa.

Fernando se encontraba algo mareado y no quiso preguntar por las dos mujeres que habían marcado su corazón, podría poner en guardia al general y este hacerle preguntas para las que todavía no tenía respuesta. Preguntas comprometidas a las que no podría evadir en su estado de cansancio y vértigo.

Por ello, pidió a don Laureano que le informara sobre las novedades que había en la ciudad. Aprovechó el general para contar los episodios más importantes del sitio. Impresionó al barón la muerte alevosa que la peor chusma de los barrios dio al capitán general don Juan José Solano, marqués del Real Socorro. Los amotinados juzgaron como una postura afrancesada lo que era una lógica precaución de sabio militar para evitar el bombardeo de marina francesa, fondeada en Cádiz, sobre la población. Se le exigía que declarase la guerra al francés y tomara las naves, pero esa acción hubiera supuesto el indiscriminado bombardeo de la potente armada imperial sobre un blanco seguro e indefenso.

La plebe indocta se sublevó, asaltó Capitanía y persiguió al marqués del Real Socorro por los tejados y las calles hasta darle muerte con un cobarde linchamiento.

También fue informado de cómo se rindió la armada francesa, cuyos prisioneros habían sido confinados en la Carraca, donde muchos murieron por las epidemias. Conoció la convocatoria de Cortes Generales en la Real Isla de León y la derrota de las tropas gaditanas en la batalla de Chiclana.

Cuando entraron en la casa, vieron que la familia había recibido multitud de cartas, eran de congratulación por la vuelta del Barón de Acay.

—Fernando, tienes muy mala cara —dijo la tía alarmada mientras tocaba su frente—, debes cenar algo y acostarte, y, por supuesto, no levantarte mañana en todo el día, estás agotado y debes descansar.

—Tía es solo eso, cansancio, en cuanto duerma un poco estaré como nuevo. Además, mañana he de madrugar, no hemos terminado hoy con todo lo que debíamos hacer. ¿Verdad, tío?

—Sí, Fernando, pero tía Eugenia tiene razón, tu aspecto es horrible, no me había dado cuenta hasta ahora. Quizás debamos suspender la reunión de mañana para pasado.

—No tío, no puede ser; hay mucha gente esperando en Sevilla a que se le envíen directrices del alto mando. Día a día se juegan la vida sin saber si están haciendo lo correcto. ¡Necesitan directrices ya! No debemos hacerles esperar, son vidas de patriotas que pueden malograrse inútilmente.

—Tienes razón, pero mañana la reunión será a las diez de la mañana, no a las ocho…

—Pero tío por mí no…

—No hay «peros» que valgan, Fernando —cortó el mariscal mientras tocaba la campanilla del servicio—, es una orden. Ahora mismo mandaré al cabo del retén de guardia que lleve a casa de los convocados el nuevo horario de mañana.

Cuando entró el mayordomo, don Laureano le mandó que hiciera pasar al salón al cabo de guardia para darle unas órdenes. Fernando estaba tan agotado que había perdido las ganas de cenar, no esperó más y se retiró a dormir. El cansancio hizo que antes de desvestirse se echase en la cama unos segundos, pero quedó profundamente dormido en pocos minutos. La frialdad de la madrugada le despertó; sin embargo, estaba sudando, se desvistió, se metió en la cama y volvió a dormirse en segundos. Cuando el criado llamó a la puerta para despertarle le pareció que no habían pasado más que minutos desde que se acostó.

El sirviente le llevó una jarra de agua caliente que vació en el aguamanil. Mientras el capitán se aseaba, el criado abría las cortinas y sacaba la ropa limpia que debía vestir el barón después de haberlo afeitado.

Fernando seguía sintiéndose sumamente cansado, había vuelto a sudar durante la madrugada, hasta el extremo de empapar el camisón. Notó los ojos algo febriles y le dolían las articulaciones, el malestar aumentó cuando bajaba la escalera camino del comedor para desayunar con el general. Nada más entrar por la puerta del salón don Laureano se impresionó con su imagen blanquecina, las grandes ojeras negras destacaban en el níveo rostro.

—Fernando, demos gracias a Dios que tu tía está en misa, si ve tu aspecto se desmaya aquí mismo.

—Tío, no es nada que no se pueda arreglar con un buen desayuno y unas horas más de descanso cuando termine con mis obligaciones. Me habré acatarrado, el mar estaba muy frío la otra noche.

Sin embargo, apenas desayunó.

—Bueno, vayamos a capitanía, pero allí haré llamar al coronel médico para que te atienda.

—Cuando terminemos el trabajo.

—De acuerdo, querido sobrino.

La jornada también fue agotadora. Fernando no cesaba de sudar y comenzó a sentir fuertes mareos pasado el medio día, lo disimuló como pudo. El coronel médico se encontraba de visita en el Hospital Mayor, no llegaría hasta la tarde.

Con el paso de las horas su situación no mejoraba, el estado febril y el vértigo habían aumentado; notaba muy fuerte los latidos del corazón y comenzó a sentir deseos de vomitar. Los presentes, viendo su precario estado de salud, se ofrecieron a suspender la reunión, recibiendo siempre la negativa del capitán como respuesta. Pero antes de las dos de la tarde fue él mismo quien pidió a su tío un receso para salir a respirar a la calle.

El general y el coronel Baiget le acompañaron. El barón a duras penas se mantenía erguido por el temblor de piernas, pero lo disimulaba con entereza. Al cansancio acumulado, a su estado febril y a las agotadoras emociones pasadas, se sumaron la de ver en la puerta de Capitanía a Paula esperándole, pero no solo a ella; a una distancia prudente, dentro de un carruaje, también divisó la imagen de Lady Helen, que le saludó discretamente para que nadie lo advirtiera, y menos Paula.

Esa emoción le provocó un vuelco al corazón, ya de por sí acelerado hacía horas. Intentó bajar la escalera para acercarse a ellas, sin pensar que no debía unir a las dos en un mismo encuentro. Pero en esos momentos la cabeza apenas le regía; nada más empezar a bajar los escalones perdió el sentido cayendo desmayado en el suelo.

Don Laureano y el coronel Baiget, así como Paula corrieron hacia él. Los centinelas intentaron incorporarle mientras Paula le daba aire con su abanico, sin embargo el capitán no reaccionaba. Baiget se alarmó por lo débil de su pulsación, que había pasado a invertir su ritmo tras el desvanecimiento; ordenó al sargento de la puerta que buscase al médico más cercano.

Lady Helen se bajó del carruaje con gran agitación, intentó acercarse pero se contuvo, no debía hacerlo mientras estuviese allí Paula; angustiada vivía aquellos momentos desde cierta distancia.

Fernando continuaba sin responder, su cuerpo comenzó a convulsionarse bruscamente hasta expulsar por la boca un coágulo de sangre negrusca.

—General —dijo el coronel Baiget— no tengo dudas, lo he visto en otras ocasiones, es la fiebre amarilla.

Los centinelas y personas que le rodeaban se apartaron como llevados por el diablo. Paula actuó de la misma forma, corrió horrorizada hasta su casa,

donde mandaría quemar toda la ropa que llevaba. Solo quedaron junto a Fernando su tío y el coronel.

El pavor a la fiebre amarilla o vómito negro estaba plenamente justificado. En 1800 infectó a cerca de cincuenta mil gaditanos, de los que fallecieron más de siete mil. Varios brotes de fiebre habían reaparecido durante el cerco, tanto entre las tropas de prisioneros franceses hacinados en la Carraca, como en algunos barrios gaditanos donde la insalubridad reinaba. Pero las autoridades sanitarias solían negar siempre la existencia de la epidemia para evitar el pánico ciudadano, aunque en las afueras de la ciudad ya se hubiese montado lazaretos con cientos de contagiados.

Se había abierto un gran claro alrededor de ellos. Esto le extrañó a Lady Helen y, tras comprobar que Paula no volvía, se acercó al lugar.

—Por favor, Lady Helen —dijo el general— no se acerque, es la fiebre amarilla.

La joven dudó unos segundos ante aquella cruel noticia; pero luego abrió el bolso, sacó un lienzo de su interior lo impregnó con una fresca colonia y se inclinó sobre Fernando para limpiar el sudor de la frente. El general agradeció profundamente el valiente gesto de aquella inglesa.

El médico solo hizo confirmar el atroz diagnóstico del coronel Baiget. Sin saberlo, se había contagiado con la ropa que los contrabandistas llevaban en el barco. Eran prendas de infectados destinadas a ser quemadas y que, mediante el soborno y corrupción, pasaron a manos de los contrabandistas, las venderían en otros mercados. Afortunadamente ahora dormían en el fondo del mar.

El dilema estaba servido, los infectados debían abandonar el centro de Cádiz para ingresar en los lazaretos de contagiados a las afueras de Puerta Tierra. Doña Eugenia se opondría con todas sus fuerzas y el general tampoco deseaba ese destino para Fernando; pero era un alto militar y debía dar ejemplo. De momento lo llevarían a su casa, no podían dejarlo en medio de la calle, pero luego tenían que decidir el destino del capitán.

La tribulación de doña Eugenia fue inconsolable, su marido prohibió a ella y a todo el servicio que se acercasen al enfermo. Lo subieron a una habitación solárium que había en la azotea, allí nadie podría contagiarse. Era un lugar ventilado por amplios ventanales, ello evitaría que se concentrase el virus en el ambiente. Solo tenían licencia para subir las personas autorizadas para ello, los médicos y don Laureano.

—Coronel Baiget —habló el general—, con un inmenso dolor de corazón debo hacer que mi sobrino sea llevado a los hospitales que hay fuera de

Puerta Tierra. Es mi obligación… Sé que ello va a costar un grave disgusto a mi esposa, la hará enfermar, pero no puedo hacer otra cosa.

—Don Laureano —intervino don Juan— le honra su decisión, pero debe esperar… Quizás la junta de sanidad le otorgue un permiso especial para que se quede aquí el capitán, está prácticamente aislado.

—Don Juan, le agradezco su ayuda, pero no seré yo quien pida una ventaja para mí cuando soy el primer obligado a dar ejemplo. Le ruego que disponga todo para que esta noche sea trasladado al lazareto, allí me ocuparé que se le dé el mejor trato posible.

—Haré como usted ordena… No obstante, permítame recordarle que tanto usted como yo sabemos de personajes importantes en la ciudad que han pasado la epidemia en sus casas, con pleno conocimiento de las autoridades sanitarias…

—Lo sé, mi querido coronel; pero yo no debo, no puedo…

A media tarde se personaban en casa del general dos regidores y tres profesores del Real Colegio de Cirugía y Medicina de Cádiz, todos miembros del Comité de Sanidad.

—Señores pasen al salón —dijo don Laureano que había salido a recibirlos— allí estaremos más tranquilos.

Una vez dentro, el mariscal se adelantó a tomar la palabra.

—Caballeros, imagino lo que os trae a mi casa… He de comunicaros que el Barón de Acay será trasladado esta noche a los lazaretos de la Carraca. No lo he hecho antes para evitar alarma en la ciudadanía pues, como todos sabemos —dijo con algún retintín—, esta epidemia no existe oficialmente.

—Don Laureano —habló el doctor don César Luján, Catedrático de Patología y Terapéutica— le ruego nos escuche. No hemos venido aquí, como cabe que usted piense con lógica, para instar el traslado del señor Barón de Acay al lazareto; antes bien, intentaremos evitarlo en lo posible.

—Es así, señor Mariscal —intervino don Luis Bernaza, regidor y delegado de sanidad— hemos llegado a saber que don Fernando ha sido trasladado a un lugar aislado de la casa, donde apenas existe problema de contagio, y eso pretendemos comprobar. Cuando los doctores lo vean darán su dictamen sobre lo que se debe hacer. No deseamos que un hombre como el barón, que tanto se ha arriesgado por la causa, sufra un trato inmerecido.

—Vayamos, pues, lo antes posible —terminó el general—; paso delante para indicarles el camino, pero estimo que no deberían subir todos por el peligro de contagio.

—Lo haré yo, don Laureano —intervino el doctor Luján—, soy el único de los presentes que padecí la fiebre de 1800 y puedo contarlo gracias a Dios, ello me hace casi inmune.

—Vayamos pues.

El doctor estuvo inspeccionando el lugar. Junto a Fernando se encontraba Germán, un fiel criado de la casa; poseía profundas convicciones religiosas. Era hombre que había pasado los sesenta y cinco años, pero aún con fuerza. No quiso apartarse de su lado; no temía al contagio. Alegó que Cristo frecuentaba a enfermos y leprosos, y él, como ferviente católico, debía seguir su ejemplo.

El coronel Baiget también estuvo junto al enfermo hasta la hora de volver al regimiento donde servía. Don Juan pidió permiso al general superior para cuidar a su compañero de cautiverio, pero el alto mando no lo estimaba conveniente, era un jefe militar de valía que podía contagiarse y también a sus hombres. Ante la tenaz insistencia del coronel, fue destinado a las tropas que operaban en el norte de España. Dos días después debería embarcarse camino a La Coruña, donde estaban tropas anglo-españolas. Conocida la orden superior, avisó a su buen amigo el regidor don Luis Bernaza para que los más doctos galenos atendiesen a don Fernando, a ser posible en su propia casa. Gracias a Baiget fue la comisión médica que ahora analizaba al enfermo.

Lo primero que hizo el doctor fue ver el estado de don Fernando, le dio algún bebedizo que traía preparado y ordenó que le cubrieran con mantas, debía sudar lo máximo posible; y cambiar dichas mantas cuando el sudor las empapase.

—¿Cómo lo encuentra doctor?

—General, está en fase crítica y aún el contagio no ha llegado a su momento más álgido. Pasará unos días con fiebre muy elevada y fuertes convulsiones, es el curso normal de la epidemia. Nosotros no podemos hacer mucho en ese periodo, salvo darle los remedios prescritos para estos casos, aunque son de muy limitado alcance. No obstante, podemos ayudarle si sale de la fase crítica con otros remedios que le fortalezcan. Son muchos los que sobreviven a la primera y son derrotados en la segunda por agotamiento físico, falta de medicinas y de atención.

—Le aseguro que eso no le sucederá a mi sobrino.

—Estoy seguro de ello; ahora hay que poner la confianza en Dios para que este primer envite epidémico sea superado.

Terminado el examen del enfermo, el doctor Luján inspeccionó aquellas dependencias unos minutos.

—El lugar me parece adecuado, está aireado y es prácticamente imposible que haya contagio a menos que exista un continuo trasiego de familiares y curadores de un lugar a otro de la casa; cosa que desaconsejo, es más, que prohíbo como su médico desde hoy. He observado que hay otra escalera más pequeña en la azotea, ¿a dónde lleva?

—Es la de servicio, por ahí se sube para tender la ropa y cuidar las macetas, ya que la principal se construyó para uso exclusivo de los señores de la casa, que gustaban darse baños de sol, según me dijeron.

—¿Esa escalera secundaria se une en algún momento con la planta noble de la casa?

—Creo que en la segunda planta.

—Pues bien, don Laureano, deberá tapiar esa puerta, y también la de la salida de la escalera principal a la azotea, de forma que se aísle completamente esta zona antigua de recreo con el resto de la casa. Y por supuesto solo podrán permanecer junto al capitán, los médicos, el criado que le cuida y alguien más que pueda sustituirle para descansar. Personas que no salgan de la casa durante el contagio. He visto que hay varias habitaciones junto al solárium, habilítelas para ellos.

—Se hará como usted dice.

—Ahora me queda ordenarle lo más duro para usted, don Laureano… ¡Fíjese qué cosa! ¡Un médico ordenando a todo un ilustre general!

—En esto la máxima autoridad es usted.

—Pues bien, ni usted ni su esposa podrán subir, bajo ningún concepto a esta habitación. Es orden y condición de la superioridad: temen que usted se contagie y ese es un riesgo que no puede permitirse el estado mayor… Necesito su palabra de que así será.

—Aunque me parte el corazón, sé que es por el bien de mi casa y de la patria. Tiene mi palabra de honor, doctor Luján.

—Vendré todos los días mañana y tarde, tenga todo dispuesto como le he indicado. Abajo le daré una lista de cuantos fármacos debe comprar y tener preparado en la habitación. ¡Ah! Y como usted nos ha dicho antes… Aquí en Cádiz no existe ninguna epidemia… Ya me entiende…

—Con toda claridad, doctor Luján.

Tras agradecer a la comisión de sanidad la especial deferencia hacia su sobrino, el general se despidió de la comitiva sanitaria. Solo le quedaba una cosa que hacer: buscar a una persona que se sacrificase y cuidara a don Fernando en sustitución del criado. Pero las condiciones eran muy duras,

semanas solos, aislados, sin poder ir a ningún otro lugar. Era incapaz de pedir a nadie de su servicio algo que él debería hacer pero que le habían prohibido.

Pensó en buscar y pagar generosamente a un alumno del Real Colegio de Medicina y Cirugía gaditano, pero esa institución había sufrido considerables pérdidas; primero en el desastre de Trafalgar, cuando se enrolaron como médicos de la Real Armada la mayoría de los profesores y alumnos, muchos aún sin haber terminado sus estudios. La mortandad de estos voluntarios en la batalla naval fue muy elevada. También cayeron un buen número de alumnos en los distintos brotes epidémicos que se produjeron desde el sitio; se habían contagiado en los lazaretos y perdido la vida. Los demás alumnos, aún los de tercer curso, se encontraban sirviendo, no solo en los hospitales militares, sino en el frente y en las unidades militares que salían de Cádiz embarcadas a otras regiones españolas.

Una visita inesperada se presentó en casa del general de Zúñiga; Lady Helen Tinsley pidió ser recibida, deseaba hablar con don Laureano. El motivo sorprendió al general, no era otro que le dejase velar y cuidar a Fernando durante su convalecencia.

—Lady Helen —dijo el mariscal—, no sabe cuánto le agradezco su ofrecimiento, pero es del todo imposible aceptarlo. Ojalá pudiera, pues es muy cierto que necesito de alguien que ayude al fiel servidor de Fernando, es un hombre muy mayor y quiere mucho a mi sobrino… Siempre se ha hecho querer por el servicio… —divagó con voz cansada—… Pero no se preocupe, ya encontraré a alguien.

—Discúlpeme si le insisto, general, le debo la vida de mi padre y la mía, así como la de muchos compatriotas, estoy en deuda con él…

—Pero hija mía —dijo don Laureano en plan cariñoso—, ignora los peligros que corre; el vómito negro es mortal en muchos casos, y altamente contagioso. No puedo permitirlo, ¿qué diría su padre si yo accediera a su petición? Sería imperdonable por mi parte exponerla a tan grave riesgo. Y le repito que con su gallardo ofrecimiento no solo me enorgullezco de su amistad, sino que tiene saldada cualquier deuda que tuviesen con Fernando.

—Don Laureano, bien sé lo que es una mortífera epidemia… Las he vivido mucho más graves que esta en la India, donde miles de personas morían a diario sin haber médicos ni medicinas que pudieran paliarla. ¿Qué iba a esperar mi padre de mí…? Está en Portugal con Wellington, pero esperaría lo mismo que hice en aquellas ocasiones: que me pusiese al servicio de los médicos militares, no solo combatían el contagio de los ingleses, sino de la población nativa… ¿Sabe? Llegué a contagiarme en una de ellas, y se

contó como milagro el que no muriese, quién sabe si allí me inmunicé de todo.

—Querida Helen, no puede imaginar cuánto me duele rechazar tan necesaria ayuda… Pero las condiciones que la junta de sanidad ha puesto a los cuidadores de Fernando, para que no sea enviado a un lazareto, son muy severas. Exige un sacrificio que no se le puede pedir a ninguna persona.

El general contó todas las precauciones y condiciones que el doctor Luján había impuesto en la casa. Si ella entraba en esa habitación, no podría salir hasta que pasaran días o semanas.

—Estoy dispuesta a ello, es más, le ruego que no rechace más mi ayuda… Necesito hacerlo, por él y por mí. Por favor, no me haga suplicárselo.

El general miró fijamente los bellos ojos de Helen, vio que estaba plenamente convencida de cuanto decía. No pudo resistirlo, la abrazó y dio un paternal beso en su frente mientras se le enrojecían los ojos ante aquella valiente mujer.

—Hija mía, sea como tú quieres. Que Dios te bendiga y a mí me perdone por permitir este disparate.

—Don Laureano, le aseguro que Dios no tiene nada que perdonarle. Rece por Fernando, seguro que le escuchará.

Lady Helen dispuso que la embajada inglesa le enviara todo lo necesario a casa del general de Zúñiga.

XV

Helen permaneció al lado del capitán durante los peores momentos, donde la enfermedad se mostraba en su más cruel virulencia. Germán se negó a que la joven limpiara al capitán cuando los vómitos y diarreas hacían su incómoda presencia, era la forma de manifestarse la epidemia. El olor de la estancia, a pesar de su gran ventilación, era nauseabundo.

Helen le secaba constantemente el sudor, cambiaba las mantas cuando se empapaban, luego las quemaba en unas tinajas de barro de la azotea, rociándolas con alcohol. Le hablaba y leía libros, pues creía que ello le calmaba. El enfermo debía beber constantemente unos preparados que traía el doctor Luján, tenían que evitar la peligrosa deshidratación. Helen también le afeitaba y hacía las guardias más duras, durante la noche, cuando subía la fiebre, pues el buen Germán se quedaba dormido sin darse cuenta.

Desde el inicio de la epidemia Fernando no llegaba a recuperar la conciencia plenamente. En los episodios febriles de la noche solía padecer fuertes temblores; abría los ojos desorbitadamente y miraba a su alrededor, parecía no conocer a nadie. Las profundas ojeras oscuras contrastaban sobre el amarillento color de la tez. Articulaba palabras inconexas, delirantes y a veces soltaba un profundo lamento.

La primera vez que Helen oyó que Fernando la nombraba se llenó de alegría, pensaba que el capitán la había reconocido, pero el desengaño llegó cuando momentos después oía salir de su boca los nombres de Paula, Ramón, Elisa y otros muchos que ella desconocía, el capitán los llamaba con voz apagada pero llena de angustia.

El doctor Luján se maravillaba de la fuerza y tesón de aquella inglesa que llevaba dos semanas sin dormir y se negaba a dejar aquella habitación. Él captaba lo que el rudo general no veía, el profundo enamoramiento de la joven. La pálida piel de su rostro se había vuelto como la cera transparente,

con una transparencia casi alabastrina, señalándose sus nobles venas azules sobre las sienes; unas finas ojeras le hacían destacar sus bellos ojos azules.

El doctor Luján, a la vez que captaba el amor que Helen profesaba a su paciente, también era consciente del fuerte deterioro personal y anímico de la joven. Había perdido demasiado peso y apenas hablaba con monosílabos. Tenía claro que no se había contagiado, pero sí que estaba al borde de la extenuación, a pesar de ello, esperó cuatro días más para hablarle seriamente.

—Lady Helen —dijo don César después de auscultar a su paciente—, puedo decirle con toda seguridad que el peligro ya ha pasado; ahora queda la fase de recuperación. Fernando está demasiado agotado, por eso aún no tiene plena conciencia, hay que procurar que tome vigor para salvar esta última fase. Medicinas y alimentos harán su efecto… Pero la que ahora me preocupa es usted, no puede seguir un día más entre estas dos habitaciones…

—Pero don César…

—No Lady Helen, déjeme terminar, su deterioro físico es más que evidente. Ahora necesita descansar y reponerse durante unos días, al menos tres, le aseguro que Fernando estará bien atendido. Ha pasado el peligro de contagio, gracias a Dios, ni usted ni Germán se han infectado. Le diré a don Laureano que el servicio ya puede subir aquí; en dos o tres días lo bajaremos a su habitación, cuando usted vuelva estimo que estará con plena conciencia.

—Creo que puedo aguantar dos o tres días más.

—Usted no sabe lo que dice, ni una hora más… Usted se viene en mi carruaje a la embajada inglesa; que alguien recoja sus pertenencias. Allí hablaré con el doctor de la legación y diré que la vigile y le haga tomar los reconstituyentes que ambos creamos oportunos. Ahora bajaré para decirle al señor general que lo peor, sin echar campanas al vuelo, ha pasado; y que usted, por orden facultativa mía, descansará tres días. Ya tendrá tiempo de cuidarle, falta le van a hacer los paseos, compañías y mimos… Bueno y ya no digo más, no vaya a ser que este viejo suelte algún inconveniente… —dijo esbozando una sonrisa.

Mientras el doctor bajaba para hablar con el general, Lady Helen recogió sus pertenencias más necesarias. Entró en la habitación para ver a Fernando antes de salir. Seguía con el rostro amarillento y grandes ojeras, pero la fiebre había remitido y su fatigada respiración calmado. Germán estaba en su habitación preparando uno de los bebedizos que debía dar al capitán.

Helen se acercó, retiró el cabello de su frente, le miró con cariño, y depositó un fugaz beso sobre sus labios. Luego se despidió de Germán y bajó en busca del doctor Luján.

El general y su esposa acogieron con gran júbilo la noticia del doctor Luján. El peligro no había pasado del todo, pero sí la fase crítica. Ahora todo se reducía a proporcionarle los cuidados necesarios.

Los besos y abrazos de agradecimiento a Lady Helen se sucedieron. El matrimonio no tenía palabras para elogiar aquel gesto de la que solo creían una buena amiga de su sobrino. Tras despedirse de la joven y del doctor, el matrimonio subió velozmente al solárium. Doña Eugenia se espantó por el aspecto del sobrino, su mortecina cara y la extrema delgadez le hicieron ver que, como le había advertido don César, el peligro aún no había pasado. Todavía quedaba mucho por hacer.

Doña Eugenia de Velasco aumentó sus novenas, donativos y rezos para que Fernando pudiera seguir adelante. Iba a misa de ocho en Santa Cruz, luego pasaba a dar limosnas a los pobres y a comunidades religiosas a las que tenía encargada el rezo por la salud del capitán. El resto del día lo pasaba junto a Fernando. Dos días después de la marcha de Helen, Fernando estuvo consciente unos instantes y pudo articular palabras con sentido. El médico tomó aquello como la mejor de las señales, con toda seguridad al día siguiente estaría plenamente en su juicio, aunque tan débil que no podría trasladarse a la planta baja.

La noticia llenó de alegría a la esposa del general, era el momento más deseado en aquella casa. Ese mismo día encargó veinte misas en acción de gracias. Estando en la parroquia vio a Paula. La bondad de doña Eugenia era tanta que jamás se planteó el por qué no había aparecido aquella vieja amiga de su sobrino, ni un solo día, por la casa para interesarse por su estado de salud. Era consciente del horror que producía el vómito negro. Llena de alegría le dio la buena nueva del restablecimiento de su sobrino.

Esa misma tarde Paula apareció por la residencia del general, para mostrar su tardío interés por Fernando. El capitán estaba tan débil que durante su visita solo abrió los ojos dos o tres veces.

Como predijo el doctor Luján, Fernando tuvo una considerable mejoría al día siguiente. Podía mantener conversaciones fluidas, aunque no muy prolongadas, al poco se agotaba; su voz era casi inaudible. Los tíos y la servidumbre estaban pendientes de él en todo momento; doña Eugenia había mandado subir su sillón favorito y lo hizo colocar junto a la cabecera del sobrino.

A media mañana llegó a la casa Paula, traía algunos dulces para Fernando, los había comprado en el torno de uno de los conventos de monjas que salpicaban la ciudad. Doña Eugenia estaba sola con el capitán, el general

había ido a capitanía y el servicio se encontraba en sus tareas mañaneras. Fernando mostró una gran felicidad al verla, se había iluminado su rostro nada más entrar Paula en la estancia, le hizo dos o tres bromas sobre su estado, con voz imperceptible, pero nada más. Sin embargo, no dejaba de observarla con fruición. La tía se había dado cuenta de aquel recibimiento, en su interior siempre anidó la esperanza de que ambos contrajeran matrimonio. Para dejarlos en intimidad excusó su presencia por un asunto urgente y se ausentó de la estancia.

—Fernando —dijo Paula—, es milagrosa tu recuperación. No puedes imaginar lo que he rezado por ti. Te suscribí a mi lista de santos, primero para que te protegieran en la guerra y ahora por la enfermedad.

Paula le contaba muchas cosas, sin esperar a que contestase, pues sabía el trabajo que aún le costaba hablar. Fernando no decía nada, solo la miraba fijamente. En un determinado momento tomó la mano de la joven, la llevó a los labios y la besó con una pasión que sorprendió a su amiga; quedó desconcertada, pensó que continuaba con el seso perturbado, pero no quiso apartar la mano. Fernando tiró suavemente de ella indicándole que se aproximara, la joven acercó su oído a la boca de Fernando en espera de sus palabras.

—Gracias, gracias, gracias… —Musitó en su oído mientras le tomaba la barbilla y, sin dejar tiempo a nada más, la besó en los labios.

Paula estaba turbada, pero en ese momento sintió una gran felicidad, llevaba años enamorada de Fernando. Pensó que la feroz enfermedad que le había llevado a las puertas de la muerte le hizo ver claros sus sentimientos. Por ello no retiró su rostro, sino que le devolvió el beso apasionadamente, sintiéndose la mujer más afortunada del mundo.

Sin embargo, la febril enfermedad primero, y el cruel destino después, le jugaban una mala pasada al capitán.

Aquel prolongado beso había tenido un testigo inesperado: Lady Helen Tinsley, quien, tras respetar la promesa hecha al doctor de guardar tres días de reposo, volvía ilusionada al lado de su enamorado. Se encontró la puerta entreabierta, desde la penumbra observó la escena amorosa. Tuvo que contener un llanto súbito y sincero presionando su boca con el pañuelo. Bajó velozmente la escalera y se perdió entre la multitud de la ciudad.

Esta era la mala jugada que le concedió el destino; pero antes, las altas calenturas le habían ocasionado otra. Dentro de su delirio Fernando sabía que una dulce y no identificada voz femenina le había acompañado y cuidado en su postración. En los breves instantes de lucidez anteriores a que la virulenta

enfermedad le privara de los sentidos pudo vislumbrarla. La lectura y el habla de aquella mujer se habían grabado en el subconsciente del enfermo. Todo ello se sumó a que el día anterior, las tres o cuatro veces que abrió los ojos, identificó a Paula. Pero su mente analizaba todos estos datos dentro de una intemporalidad engañosa, creyó haber visto a Paula en diferentes días y momentos. Entonces tuvo claro que era ella quien se sacrificó por él. Tampoco la familia había tenido ocasión de hablarle de Lady Helen, pues eran escasos los momentos de lucidez del capitán.

Fernando consideró que esa era la prueba que buscaba para averiguar por quién se inclinaría su corazón. Aquel beso fue un compromiso de futuro en común, la promesa de matrimonio sin palabras.

Al día siguiente el doctor Luján debía dictaminar si estaba lo suficientemente repuesto como para bajar a su dormitorio. Mientras le examinaba intentaba conocer el estado de su percepción con algunas preguntas.

—Don Fernando, siente algún tipo de dolor en su vientre, fatigas o náuseas.

—Desde hace dos días me encuentro bien.

—¿Ya puede hablar sin fatigarse?

—Gracias a Dios.

—¿Dolor en las articulaciones, calambres o vértigo?

—Algo me duelen las piernas, sobre todo en las rodillas; calambres apenas y vértigo cuando hago algún movimiento brusco.

—Está todo dentro de la normalidad, esos dolores son del tiempo que lleva postrado sin moverse. Me dicen que tiene usted apetito; le diré a su tío que pueden bajarle cuando quieran. Deberá recuperar algo de peso y comenzar a pasear, no le va a ser difícil con el valiente ángel guardián que ha tenido durante su enfermedad. ¡Qué gran mujer! Le aseguro que ya quedan pocas tan entregadas.

—Lo sé, doctor, y créame que pienso recompensarla el resto de mi vida. Esta enfermedad y las circunstancias que la han rodeado me han abierto los ojos.

—Hace bien, soy hombre viejo y con experiencia, por ello puedo asegurarle que no podrá encontrar mejor esposa que Lady Helen.

—¿Lady Helen? —preguntó extrañado—. Doctor, debe haberse confundido, su nombre es Paula.

Estas palabras alarmaron a don César Luján, temió que empezara a desvariar por alguna secuela de la enfermedad.

—A ver don Fernando, míreme fijamente… —le dijo mientras bajaba el párpado de sus ojos—. Ahora siga con la mirada mi dedo derecho… Bien, bien… Puede decirme mi nombre y apellido…

—Por supuesto —contestó Fernando extrañado—, es usted el doctor don César Luján.

—¿Y el nombre del criado que le ha atendido?

—Es Germán… ¿Pero por qué me hace esas preguntas?

—Me ha preocupado el lapso que usted ha tenido con el nombre de la dama referida.

—Doctor, no me he confundido, su nombre es Paula. Es amiga de la infancia, créame, todavía no estoy repuesto, pero jamás me confundiría con esa mujer.

—Pues bien, o hay un error o soy yo quien está perdiendo la cabeza… Aquí la única dama que ha estado durante toda su enfermedad ha sido Lady Helen Tinsley, una dama inglesa que me presentó su tío, y que dudo sea amiga suya de la infancia, pues llegó a España con la legación inglesa a principios de la guerra.

—¡Doctor, qué me dice! ¡Dígame que no es así! —se levantó con un violento movimiento de la cama y el rostro angustiado—. ¡Dios mío qué he hecho!

—Cálmese, don Fernando, y no haga esos movimientos bruscos… Le voy a preparar un medicamento que le tranquilizará…

—Doctor, yo tomo lo que usted quiera, pero ahora le ruego me diga qué tiene que ver Lady Helen en todo esto.

—¿Qué tiene que ver…? Pues todo, don Fernando; el primer día de su enfermedad se personó en esta casa, pidió y suplicó al general que le dejase cuidarle, no se iban a encontrar muchos voluntarios para ello, y Germán es ya mayor. Ante la insistencia, el general accedió, y esa dama… ese ángel guardián, ha estado al pie de su cama dos semanas, pues le puse como condición sanitaria que, si deseaba cuidarle, no debería salir de esta zona durante el tiempo de su curación para evitar el contagio. Aceptó de buen grado, en la otra habitación dispuso colocaran su equipaje… Y ya le digo, dos semanas viviendo los peores momentos de su enfermedad que le aseguro han sido muy duros, y con el riesgo de poder haberse infectado. Gracias a Dios que no ha sido así.

—¿Pero dónde está ahora?

—Hace tres o cuatro días, cuando vi su relativa mejora y que ya no había peligro de contagio, le ordené que volviera a la embajada y descansase varios

días. Estaba agotada, me asustó tanto su aspecto que temí enfermara. Pero ya está bien, ayer mismo la vi por la mañana, venía camino de su casa y la acompañé hasta la escalera de servicio, que es por donde subíamos para evitar contagios.

—¿Ayer?

—Sí, sobre las doce; es más, le encargué que le dijera que hoy vendría a esta hora.

En aquel momento cayó Fernando que era la misma hora en la que estaba allí Paula. Solo se explicaba la ausencia de Helen si había visto la escena del beso. Lleno de angustia se incorporó sobre la cama.

—¡Qué hace, don Fernando! ¡Se ha vuelto loco! —intentó pararle.

—¡Mi ropa, mi ropa…! —repetía como poseído por una febril locura transitoria mientras saltaba de la cama. Las piernas, debilitadas y agarrotadas por tanto tiempo en reposo, no respondieron y cayó al suelo. Hizo ímprobos esfuerzos para levantarse, pero no pudo. Había comenzado a transpirar exageradamente, su rostro se hallaba salpicado de gotas de sudor.

Don César no podía levantarle. Tocó fuertemente la campanilla del servicio, en pocos minutos varios criados hacían acto de presencia en la habitación. Levantaron a Fernando y lo acostaron; el doctor Luján le secó el sudor y luego le auscultó. Los latidos del corazón se habían acelerado de forma alarmante. El doctor mandó hacer una tisana con unos polvos que entregó a Germán. Al poco de beberlo Fernando parecía más calmado. Mandó que se retirase el servicio.

—Doctor, ¿entonces usted no conoce a Paula?

—No, no me ha sido presentada ninguna dama con ese nombre durante su convalecencia.

—He cometido un gravísimo error que no deseo explicar ahora… Pero le ruego, le suplico, don César, un gran favor… Vaya a la embajada británica y traiga a Lady Helen como sea…, dígale que deseo verla…, que ha habido una fatal confusión…

—Lo haré, pero ahora debe descansar.

El galeno esperó a que Fernando quedara dormido con la medicina administrada. Luego se dirigió a la legación inglesa; pero Lady Helen había partido esa misma mañana en un navío de la armada británica, rumbo al norte para reunirse con su padre el coronel Tinsley. Don Cesar no creyó prudente comunicarle esa noticia de inmediato, esperó a última hora de la tarde.

El capitán sintió una profunda desesperanza en su interior, pero no quiso manifestarlo, así evitaría medicamentos que le hicieran dormir y no poder

pensar. Tenía claro que en su actual estado era imposible hacer algo, debía recuperarse lo antes posible, luego buscaría a Helen donde hiciera falta, aunque tuviera que cruzar medio mundo. Pero también estaban sus obligaciones castrenses, su destino militar no podía marcarlo él, se debía a órdenes superiores.

No se explicaba cómo podía haber errado de aquella forma. Pensándolo en frío, jamás hubiera apostado porque Paula se hubiera sacrificado en los extremos que lo hizo Helen, sin embargo sí lo creía posible en la inglesa. La única justificación que encontró fue su estado febril y el deseo enérgico de aclarar sus verdaderos sentimientos. Estos fueron avivados por una valiente actuación, pero adjudicada a la mujer equivocada.

Le quedaba pasar un mal trago, dar a Paula las explicaciones de su actuación. Sin embargo, Paula no apareció por la casa hasta tres días después de su encuentro con Fernando.

—Paula —dijo Fernando con gran pesar en sus palabras—, te ruego no tomes a mal lo que voy a decirte… Pero el otro día me dejé ir por un sentimiento equivocado, yo no…

—No sigas, Fernando, lo sé, y por eso no he venido estos días. Siempre fui consciente de que aquellas efusivas gracias no eran para mí, pues nada había hecho que las mereciera… Tras preguntar a tu tía me contó lo que Lady Helen ha hecho…, algo que yo no tuve el valor de hacer… Sin embargo, aquel beso sí fue sincero por mi parte, sabes que te amo, como yo sé que Helen me ha ganado la partida… Pero bueno —dijo con su bella sonrisa—, siempre seremos amigos, nadie tiene por qué saber este capítulo de nuestras vidas.

—Gracias Paula, eres mi mejor amiga; siento que las cosas hayan venido así, pero los sentimientos son los que mandan.

El capitán puso todo lo que pudo de su parte para recuperarse cuanto antes. Aquella desazón no le dejaba vivir, deseaba salir de Cádiz para ir en busca de Lady Helen. Sin embargo, era consciente que debía de aguardar órdenes, las mismas que marcarían su próximo destino militar. Por ello, decidió escribir una carta a Lady Helen explicándole cuanto había sucedido; si moría en combate quería dejar por escrito aquel episodio y sus verdaderos sentimientos.

Fue a la legación inglesa para que le proporcionaran la dirección donde se encontraba destinado el coronel Tinsley. No le facilitaron el destino, pues era secreto militar hasta nueva orden, por seguridad no debía conocerse el lugar exacto de las tropas aliadas. No tuvo más remedio que dejar la misiva en la

embajada, para que ellos la enviaran por valija nada más levantase el secreto sobre la posición de las tropas inglesas; aunque extraoficialmente se sabía que estaban por el norte.

A principios de abril don Fernando Tello de Portugal se encontraba totalmente recuperado, a la espera de nuevo destino militar. Presionó al general para que le emplearan en las tropas aliadas del norte; sin embargo, el estado mayor consideró que sus servicios eran más necesarios en Cádiz. Los bombardeos habían aumentado considerablemente sobre las posiciones defensivas españolas. Necesitaban expertos artilleros que respondieran al fuego enemigo con eficacia, Fernando había sido un aventajado artillero hasta que pasó al real cuerpo de Caballería.

A mediados de agosto de 1812 hubo un nuevo recrudecimiento de los bombardeos enemigos, eran miles los proyectiles que se lanzaban. El alto mando de la defensa estimaba aquel recrudecimiento como el inicio del fin. Las armas francesas estaban teniendo dificultades en las campañas europeas. Napoleón necesitaba sacar tropas de España para guarnecer tantos frentes como se abrían en Europa. Las fuerzas españolas también estaban copando a las invasoras en muchos lugares de España.

Las tropas sitiadoras, antes de retirarse, deseaban deshacerse del mayor número posible de munición para que no cayese en manos enemigas; ninguna forma mejor que emplearla toda en un bombardeo masivo sobre las posiciones defensivas de Cádiz. Las fuerzas artilleras españolas respondieron con gran contundencia, distinguiéndose de nuevo el capitán Tello de Portugal en la réplica artillera y en la persecución de las divisiones francesas que se batían en retirada.

El día 24 de agosto se levantaba el sitio de Cádiz; los invasores dejaban tras de sí más de doscientos cañones, gran cantidad de munición artillera, miles de cartuchos y plomos. Ese mismo día se firmaba un nuevo destino al Barón de Acay, sería enviado a las fuerzas del general don Juan de la Cruz Mourgeón que se dirigían hacia Sevilla. Poco antes de partir, el estado militar concedía a don Fernando el grado de comandante y la Cruz Distinguida por sus hazañas militares de los últimos años.

Dos días después de levantarse el cerco de Cádiz, el Duque de Dalmacia, al frente de su estado mayor, abandonaba Sevilla. Sin embargo, dejaba en la ciudad una guarnición de siete mil hombres, al mando del general Darricau, con la orden expresa de retirarse dos días después de su marcha, es decir el 28. Pero en la mañana de 27 apareció por Castilleja de la Cuesta la primera avanzadilla de las fuerzas gobernadas por el general Mourgeón. A la cabeza

de la vanguardia iba el flamante comandante don Fernando Tello de Portugal, al mando de un escuadrón de caballería de Caballeros Cadetes que, junto al de Zamora, serían los encargados de atacar las posiciones francesas.

Las fuerzas imperiales tenían miedo de verse cogidas entre el fuego de las tropas regulares españolas y el de los vecinos del barrio de Triana, que podían levantarse en apoyo de los libertadores; por ello se hicieron fuerte en las fortificaciones de la Cartuja y se prepararon a cortar el puente que unía Sevilla con Triana.

Las baterías de la Cartuja y del cerro de Santa Brígida comenzaron a escupir su mortífera carga sobre los libertadores. Las tropas inglesas apostadas en Castilleja de la Cuesta replicaron con fuerza y acierto sobre las posiciones enemigas.

La caballería cargó con tanto brío que se metió en medio de las fuerzas invasoras. El comandante Tello de Portugal lo hizo contra las primeras baterías, causando numerosas bajas. Sin embargo, se habían adentrado tanto en zona enemiga que su situación era sumamente peligrosa, podían ser rodeados y abatidos. El general Mourgeón envío el Batallón Portugués número 20 para que cubriese con su fuego la retirada de la caballería. Pero la llegada de aquel apoyo reavivó los bríos de la caballería, y en lugar de retirarse cargaron los dos batallones: de caballería y el portugués a la vez. Lo hicieron contra lo mandado por el general, pero con tanto valor y brío que decidieron la batalla.

El comandante sabía que el barrio de Triana se levantaría cuando supiera que las fuerzas regulares españolas se estaban batiendo en la Cartuja. Por ello, Tello de Portugal y un escuadrón cargaron contra las tropas que se disponían a cortar el puente, así serían vistos por la población. La resistencia estaba preparada para apoyar el ataque de las fuerzas regulares.

Desde la torre trianera de Santa Ana las campanas tocaron a rebato, poco después todas las torres, campanarios y espadañas de la ciudad daban al vuelo sus campanas pidiendo al pueblo sevillano que se echara a la calle para apoyar a sus libertadores.

Los franceses oyeron aterrorizados el rugir de miles de gargantas que pedían venganza y se iban acercando a sus posiciones, les atacaban por la retaguardia. Muchos comenzaron a tirar las armas para preparar su huida, los oficiales franceses tenían que disparar sobre los desertores del campo de batalla. Mientras tanto, las tropas españolas habían conquistado el fuerte de Santa Brígida y arrasado las baterías que disparaban desde el Patrocinio.

Los aterrorizados franceses comenzaron a huir en desbandada, sin concierto alguno. Los oficiales hicieron lo mismo al no poder mantener la resistencia de sus tropas. Muchos de los defensores de la Cartuja huyeron por las márgenes de río, intentando llegar por aquel camino a la siguiente ciudad en posesión francesa. La oficialidad española decidió no perseguirlos para no dividir las fuerzas. Otro grupo numeroso de enemigos se entregó como prisionero de guerra a los españoles. Peor suerte corrieron los franceses que cayeron en manos del pueblo sublevado, pocos salvaron la vida ante la furia contenida. La ciudadanía había sufrido demasiados atropellos a sus personas y afrentas a sus creencias más sagradas.

El general Mourgeón hizo su entrada triunfal en la ciudad bajo el repique de todas las campanas, las salvas y el constante disparo de las armas y trabucos de los sevillanos, ahora en señal de júbilo. En la plaza de San Francisco fue victoreado por los ciudadanos. Las autoridades que no habían huido por afrancesadas, pasaron a rendirle pleitesía.

El general ordenó que los mandos de la caballería y del regimiento fueran a su presencia; su valor, arrojo y decisión habían ganado una importante batalla y, lo que era más importante, evitado muchas bajas de haberse prolongado el combate. Todos los jefes y oficiales del Regimiento de Caballeros Cadetes, del Regimiento de Zamora y del Batallón Portugués número 20, fueron felicitados y propuestos para ascensos y condecoraciones.

El victorioso general, como primera medida, mandó publicar dos bandos. El primero daba cuenta a la ciudadanía de los avances de la guerra en las diferentes zonas de España; en el segundo se prevenía contra las venganzas personales y atropellos, solo la autoridad estaba facultada para juzgar los casos de traición.

Esa noche se dio permiso a toda la oficialidad, salvo la de guardia, para que se unieran a los actos de celebración organizados en todos los barrios de Sevilla. Fernando estaba deseando ir a su casa para ver en qué estado quedaba tras la ocupación; sabía que la servidumbre se había retirado a sus casas o escondido en la de los amigos. Por ello, se dirigió primero a la residencia de don Ignacio Guajardo, él tendría información de todo.

Los amigos se fundieron en un fraternal abrazo. Supo que don Antonio había llegado a Sevilla tres días atrás. Nada más conocer que las tropas regulares se dirigían a su reconquista partió del cortijo de su tío abuelo, donde estaba escondido desde la huida de los Reales Alcázares, entró en Sevilla y se puso al mando de la resistencia interna.

Guajardo estuvo al frente de los voluntarios de las collaciones del Salvador, San Vicente y del Sagrario, que se unieron a los de Triana, y atacaron a los franceses por la retaguardia.

—¿Y dónde está Antonio ahora? —preguntó don Fernando.

—¡Antonio! ¡Antonio…! Es todo un caso, no se puede hacer carrera de él, siempre igual. Esta mañana estuvo mandando a los voluntarios de Santa Catalina, Santa Cruz y San Román. Como todos, luchó con gran eficacia… Pero hace cuatro horas que duerme en el calabozo de hidalgos de la Real Fábrica de Tabacos.

—¡Qué dices! —gritó alarmado Fernando, temiendo alguna falsa acusación de colaboracionista.

—No, no te preocupes, ahora estará durmiendo una de las mayores cogorzas que le he visto. Se ha pasado celebrando la victoria… Ha terminado a mamporros limpios con un teniente de artillería que alabó alguno de los cambios introducidos por los constituyentes de Cádiz, con los que él, ni muchos, estamos de acuerdo, pero ya le conoces.

—Pues ahora mismo vamos a sacarlo, tengo autoridad para ello; luego continuamos las celebraciones.

—Esta noche te quedas en casa, me imagino que mañana volverá el servicio a la tuya y te podrán atender mejor que yo.

—No digas tonterías, y ahora vamos a por Antonio.

Las luminarias se dejaban ver en todas las esbeltas torres de la ciudad, dándoles un aspecto encantado a la vez que festivo dentro de la oscuridad de la noche. Miles de personas recorrían las calles con antorchas, velas y farolas, gritando, cantando y dando vivas a don Fernando VII. Las bandas militares se cruzaban con grupos de majos que tocaban las guitarras y cantaban los palos más alegres del flamenco. El vino y la comida corrió abundantemente durante la noche.

Las personas y organizaciones más piadosas habían organizado solemnes pontificales, misas y Tedeum en acción de gracia. Esa misma noche varias hermandades gremiales de Sevilla sacaron el primer Rosario público que se celebraba desde el 6 de mayo, fecha que los prohibieron los franceses con gran indignación de los sevillanos. No era más que otra medida de las muchas que afrentaron la ancestral Fe, arraigada profundamente en la tierra de María Santísima.

El general Mourgeón no estaba muy seguro del rápido repliegue y retirada de las tropas francesas, por ello mandó que las fuerzas españolas, británicas y portuguesas acamparan a lo largo de la orilla del Guadalquivir; desde el barrio

de los Humeros hasta la Torre del Oro, las divisiones salvadoras de la ciudad pernoctaron allí varias jornadas. Se dejaron retenes en el Patrocinio, el cerro de Santa Brígida y el Monasterio de las Cuevas en la Cartuja; también reforzaron las salidas del barrio trianero.

El Obispo de Sevilla, al día siguiente de la triunfal entrada, presidía el Tedeum en acción de gracias por el triunfo de las armas españolas. Asistieron el general, su estado mayor y toda la oficialidad. Se descubrió el cuerpo incorrupto del Santo Rey Fernando III, quien quinientos sesenta y cuatro años antes libertara a la ciudad del invasor musulmán. Se rindieron ante el santo monarca y la Virgen de los Reyes las banderas de los triunfadores y las que bordaban el escudo de la ciudad.

Al día siguiente llegaba a Sevilla la Constitución impresa en Cádiz. La ciudad se agolpó para escuchar su lectura pública en la Plaza de San Francisco. El acto fue realizado con la máxima solemnidad; se alzó un tablado desde donde el caballero veinticuatro don Ventura Ruiz-Huidobro leyó todo el articulado ante la atenta escucha del pueblo sevillano. El pendón de la ciudad, portado por don Lope de Olloqui, Alférez Mayor, presidió todo el acto. Posteriormente hubo una procesión municipal hasta la Santa Iglesia Catedral, donde se repitió la lectura delante del cabildo eclesiástico. Por último, se volvió a leer solemnemente en el patio de Banderas de los Reales Alcázares.

Ninguno de los tres amigos asistió a ese acto, no les atraía en demasía. Don Antonio Fernández de Córdova era un hombre que gustaba de la política y consideraba algunos artículos contrarios a sus más sólidas creencias, y, lo que era peor, no se callaba ante nadie, ello podía provocar graves incidentes.

El primer día de septiembre el ejército organizó solemnes honras fúnebres por los militares caídos en la gloriosa jornada del día 27. A la salida de la Catedral, un regimiento en formación disparó las tres descargas de ordenanzas.

El comandanate y sus dos amigos habían asistido, todos tenían amigos y conocidos que perdieron la vida aquella jornada. Tras la celebración decidieron almorzar en un mesón de la calle de las Sierpes. El mesonero sabía de la distinguida calidad de sus visitantes y les ofreció un discreto apartado, pero prefirieron estar en contacto con la ciudadanía, para constatar cómo respiraba el pueblo en aquellos días tan ajetreados. En tan poco margen de tiempo la ciudad había librado una triunfal batalla y se encontraba con una Constitución que cambiaba muchas cosas que hasta entonces habían sido intocables.

—Os digo que no lo comprendo —se quejaba indignado don Antonio—, este pueblo tan valeroso y patriótico cuando hace falta, se deja guiar como mansos borregos por manos oscuras e interesadas. Ese mismo pueblo que echó a tiros al francés, tres días después vitoreaba una constitución que la inmensa mayoría oía sin entender ni un solo artículo… Una Constitución cuyas principales bases se inspiran en los pensamientos de los ideólogos revolucionarios franceses más radicales; una revolución cuya deriva creó al monstruo de Napoleón. ¡Increíble!

—Tienes razón —contestó Guajardo—, pero el pueblo no entiende de políticas, solo sabe que hemos sido invadidos por el francés y que la Constitución se escribe durante el sitio de Cádiz; la masa asocia la resistencia y la causa nacional a la Constitución, la entiendan o no. Para el pueblo es un arma más contra el francés y aunque no fuese así el pueblo lo cree. Por otro lado, el vulgo ni conoce, ni le importa, ni generalmente tiene interés en aprender y averiguar que esas bases constitucionales beben de los filósofos franceses inspiradores de la revolución.

—De todas formas —terció Fernando—, esta guerra es de toda España contra el francés. Los españoles han dejado sus ideologías aparcadas para combatir al invasor; lo he vivido en Cádiz, donde las broncas en las Cortes entre grupos antagónicos eran diarias, más de una vez terminaban en agresiones; pero a la hora del combate iban todos juntos contra el enemigo común.

—Si eso lo tengo muy claro, Fernando —intervino don Antonio Fernández de Córdova—, y por ello he hablado primero de la valentía del pueblo español, pero a la vez he de confirmar de su borreguismo. Lo que peor ha llevado el pueblo sevillano es la continua ofensa y humillación contra nuestra Fe, nuestras creencias religiosas, la profanación y el robo sacrílego de los templos, y ahora aplauden una Constitución que está escrita por muchos enemigos de la Iglesia, como han hecho ver tan doctos e insignes teólogos.

—Te debo responder lo mismo —dijo Fernando—, el pueblo actúa por el impulso de su vehemente corazón, sin saber nada más; es ajeno a todo lo que se cuece tras las cortinas políticas. Por cierto, creo que en unos días va a ser jurada la Constitución por las autoridades y cuerpos rectores de la ciudad.

—Dicen que el día doce lo harán las autoridades civiles y religiosas —respondió don Ignacio Guajardo—, el claustro de doctores de la Universidad Literaria, el tribunal del Consulado y otras instituciones.

—Yo os aseguro mi ausencia, me han vuelto a ofrecer la veinticuatría que rehusé por no rendir pleitesía al invasor, y ahora la rechazo por no jurar una

Constitución anticlerical y que va contra los más sagrados principios históricos. Un Fernández de Córdova jamás aceptaría hacerlo.

—Antonio —dijo Guajardo—, a mí también me han llamado para volver a mi cargo de regimiento, y he rehusado por los mismos motivos que tú, pero no debemos hacerlos públicos.

—¿Por qué no?

—Sencillamente porque van a tomar tus justificaciones por todo lo contrario de lo que son. Para el vulgo, como ya te he dicho, Constitución es igual a patriotismo antifrancés; si no juras la Constitución eres un afrancesado que está contra la causa nacional.

—Tiene razón Ignacio —intervino el Barón de Acay—, yo pienso como vosotros, pero soy militar y estoy sometido a la obediencia debida… Ahora os digo una cosa, dudo mucho que nuestro soberano don Fernando VII vea con buenos ojos todo el contenido de la Constitución. Habrá que esperar acontecimientos y, sobre todo, que termine la guerra, luego ya veremos.

—¿Y a ti a qué regimiento te han destinado? —preguntó don Ignacio.

—Pretenden que me haga cargo del batallón que se formó con los integrantes de la antigua Academia Militar de Sevilla, pero no quiero aceptar… Hay asuntos que urgen mi marcha al norte, asuntos que hasta hoy no he querido deciros para no preocuparos con mis cuitas personales.

—¡Por Dios, Fernando —dijo don Antonio—, somos demasiado amigos para que digas eso!

—Son asuntos de mujeres…

—Pues con más motivo… Anda y empieza, que Ignacio y yo te aconsejaremos y ayudaremos en todo cuanto esté a nuestro alcance.

El barón abrió su corazón a los dos amigos; les contó las vivencias de los últimos años, sus miedos y vacilaciones, la enfermedad de Cádiz, el terrible error que protagonizó y que le hizo ver sus verdaderos sentimientos.

Los amigos escucharon atentamente cuanto les narraba; el consejo fue unánime: debía partir al norte lo antes posible en busca de aquella valiente y noble mujer. La guerra terminaría en breve, las tropas de Wellington maniobraban en el norte, y en cualquier momento podían embarcar rumbo a Inglaterra. Tenía que encontrarla antes de que eso sucediera y aclarar el malentendido.

Entre los tres intentarían mover sus influencias para que don Fernando fuese destinado a las fuerzas regulares que se enfrentaban al francés tras el Ebro.

Algunos sevillanos, muy comprometidos con la causa napoleónica, abandonaron la ciudad con la comitiva del Duque de Dalmacia. Otros afrancesados permanecieron meses escondidos en sus casas, esperando que el furor popular de venganza se calmase con el paso del tiempo. Sin embargo, el estado de las cosas tardarían en volver a su cauce. Fueron numerosos los juicios de fidelidad a don Fernando; muchos sevillanos, de todas las clases sociales, habían rendido demasiada pleitesía al rey usurpador.

El siniestro jefe de policía, Miguel Ladrón de Guevara, no marchó con las tropas del mariscal Soult, se escondió en la provincia creyendo que las fuerzas invasoras volverían triunfantes sobre la ciudad. Fue identificado en Sanlúcar de Albaida, detenido y, posteriormente, enviado a Sevilla, donde ingresó en la Cárcel Real.

Habían sido tantas las víctimas de este siniestro personaje, que sus familiares se agolparon en la calle Sierpes, frente a la puerta de la cárcel para proferir todo tipo de insultos y exigir su ajusticiamiento. Sin embargo, como había prometido el general vencedor, no se permitirían represalias incontroladas, por lo que se comenzó un juicio contra Ladrón de Guevara. Duró un mes el proceso, ni una sola noche dejaron de convocarse ante la cárcel los familiares de sus víctimas, clamando venganza a voces.

La Real Audiencia le condenó a la máxima pena: la horca; así mismo sentenció que la cabeza del exjefe de policía fuera cortada tras su ejecución y expuesta a escarnio público en el mismo camino de Castilleja donde sorprendió a los valientes patriotas don José González Cuadrado y don Bernardo Palacios y Malaver. Las constantes súplicas de sus familiares hicieron que pocos días después de su muerte se quitase la cabeza del camino y enterrase junto al cuerpo del ajusticiado.

En junio llegaron a Sevilla noticias triunfales de la Batalla de los Arapiles, librada en los alrededores y las colinas del Arapil Chico y del Arapil Grande el 22 de ese mes. El general Sir Arthur Wellesley, ya Duque de Ciudad Rodrigo y duque de Wellington, aprovechando la necesidad del emperador de retirar tropas de España para enviarlas a la campaña de Rusia, decidió darle batalla hasta el final.

Las tropas españolas, británicas y portuguesas se enfrentaron al mariscal Auguste Marmont, con tan rotundo éxito, que el ejército invasor perdió unos doce mil quinientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros, mientras que la coalición solo tuvo dos mil doscientas veinte bajas entre fallecidos y heridos. Se decía que tan solo murieron seis españoles.

Esta victoria abría al duque de Ciudad Rodrigo el camino hacia Madrid. Marchó con sus tropas por el valle del Duero rumbo a la capital, que se rindió ante el empuje de las tropas aliadas.

Pero la tenaz resistencia de la guarnición francesa que defendía Burgos desbarató parte de los planes del general inglés. Burgos resistió un asedio y varios asaltos aliados que fracasaron. Ante el temor de la llegada de refuerzos franceses, Wellington cesó en el asedio y se retiró a su base de acción en la frontera portuguesa, sin poder avanzar más al norte.

Estas gestas militares inflamaban el ánimo del comandante. Deseaba incorporarse lo antes posible al frente de guerra, pero, hasta el momento, las gestiones de los amigos procurando la movilización de Fernando no tenían el resultado deseado. Las oficinas militares aún no se habían organizado en la ciudad, la gestión burocrática era muy lenta.

A mediados de septiembre regresaron a Sevilla el general don Laureano de Zúñiga y doña Eugenia de Velasco, con el cuerpo de servicio que se habían llevado a Cádiz. Fernando tenía la casa preparada gracias a los criados que permanecieron en la ciudad y que volvieron tras la huida francesa.

El Barón de Acay no quiso agobiar a su tío nada más regresar con petición de influencias para lograr un destino que le llevara al norte, donde estaba el frente, y, sobre todo, donde maniobraban las tropas británicas, pues allí debía de estar Lady Helen.

Fernando se encontraba en estado de angustia permanente. Su enfermedad le había hecho perder demasiado tiempo; deseaba entrar en combate contra el enemigo, pero anhelaba el encuentro con la inglesa. Le horrorizaba pensar que podía morir sin haberle dado las explicaciones oportunas y confesado su amor. Todos los días escribía sinceras cartas llenas de sentimiento que luego rompía, no era seguro que le llegaran. Había enviado dos misivas durante el largo periodo de tiempo que ya sumaba la ausencia de Lady Helen, y no tenía contestación alguna. Esa incertidumbre se unía a la angustia. No quería plantearse que ella rechazara contestar esas misivas, y se aferraba a pensar que no le llegaron por el precario estado de las comunicaciones; sin embargo, una la había enviado por valija diplomática de la legación inglesa… Mejor era no especular.

Su estado inquieto, taciturno y algo irascible, hizo que el general le prometiera su próxima movilización a las tropas del norte; pero antes debía reorganizar un regimiento de caballería que permanecería como destacamento en Sevilla. A mediados de enero el comandante don Fernando Tello de Portugal, Barón de Acay, partía de la capital hispalense rumbo a Madrid.

Allí quedaría destinado en oficinas militares tres meses. Durante ese periodo hizo constantes gestiones con la embajada británica para averiguar la localización del coronel Tinsley y su hija. Sus indagaciones tuvieron diferentes resultados: desde un escribiente de la legación que dijo haber firmado un pasaporte a Lady Helen para su pase a Inglaterra, hasta la de un capitán que aseguraba haberla visto unas semanas atrás en el campamento inglés, junto a la frontera portuguesa.

Tras el corto periodo burocrático madrileño, durante el que no obtuvo fiable respuesta a sus interrogantes, se incorporó a la división española del general don Pablo Morillo, que maniobraba junto a las tropas británicas y portuguesas.

XVI

El regimiento de Morillo maniobraba constantemente tras las tropas francesas. Desde el primer momento Fernando fue partícipe de muchas acciones militares; había sido destinado como comandante jefe de un pelotón expedicionario de caballería, iba abriendo camino en vanguardia. Todas las semanas se sucedían refriegas y choques con el enemigo. Pero estas escaramuzas no eran más que el preámbulo de las grandes batallas que tendrían lugar en breve plazo, buscaban la derrota final del enemigo y su expulsión del suelo español.

En la llanada de Vitoria, una meseta rodeada por las bellas sierras de Badaya, Arrate, Gorbea, Elguea, Andía y los montes de Vitoria, se daría la batalla de este último nombre.

La noche anterior el capitán Tello de Portugal se acercó al campamento de las fuerzas británicas. Allí supo que el coronel Tinsley se encontraba en la zona, pero ignoraban el lugar donde podría encontrarse su hija. Habían ordenado que los civiles se distanciaran prudentemente de la zona de acción.

Fernando sabía que esa orden no contaba con Helen; era una valiente mujer que había asistido muy cerca a la mayoría de las batallas en las que participó su padre, para luego convertirse en una eficaz enfermera de los hospitales de campaña.

El componente humano de las tropas aliadas ascendía a ochenta mil hombres: la noche se iluminaba con lss miles de antorchas y fuegos que ardían en los campamentos situados en pueblos de los alrededores.

El cielo estaba despejado, las estrellas salpicaban el firmamento en un bello cuadro que hacía pensar lo diferente que sería la siguiente jornada, cuando aquel tranquilo y hermoso escenario se cubriese de muerte, horror y locura.

A pesar de ser 21 de junio hacía un frío incómodo, la sensación gélida de la noche aumentaba con la constante brisa de aire frío que bajaba de la sierra. Fernando aspiró profundamente el aroma de la naturaleza, se embutió en su capa, montó en el caballo y continuó su peregrinar por los destacamentos británicos cercanos. Sabía que sería muy difícil dar con Helen entre aquella multitud humana, pero debía intentarlo, quizás mañana fuese demasiado tarde.

Un hecho le hizo albergar esperanzas, pudo observar en unos oficiales la misma insignia que había visto en varias ocasiones al coronel Tinsley, debían ser parte de su regimiento. La esperanza se convirtió en realidad, le confirmaron que el coronel y su hija, Lady Helen, habían cenado en el pabellón de oficiales, pero la joven podía haber abandonado ya el campamento camino de la zona donde estaban los civiles.

Fernando se llenó de felicidad a la vez que de zozobra. Tanto tiempo deseando ese encuentro y ahora no sabía qué debía decirle, en segundos quedó su mente en blanco, como si alguien hubiera borrado todo recuerdo de la lección mejor aprendida. ¡Tantas veces había vivido en su interior aquel momento! Todo lo que le diría, sus sentimientos, justificaciones, las respuestas que daría a la multitud de reproches y preguntas que la inglesa le podría hacer. En tantos meses tuvo tiempo de pensar en todos y cada una de los posibles argumentos que esgrimiría Helen y en sus más eficaces y sinceras réplicas.

Acercó su caballo a la tienda de campaña que hacía las veces de pabellón de oficiales. Se colocó en la penumbra, sin desmontar; sentía cómo se aceleraba el latido de su corazón. Estaba lleno de ansiedad, temía el momento en el que intercambiarían la primera mirada. ¡¿Cuál debía ser su primera frase?!

En ese instante vio cómo se levantaba la lona de la tienda y comenzaban a salir los oficiales; tras divisar al coronel Tinsley aumentaron los latidos de su corazón.

Pero algo hizo que ese latir enloquecido se mudase en un gélido latigazo que helaba su corazón y los sumía en el más profundo de los dolores: Lady Helen salía acompañada de un oficial que la sujetaba por la cintura y que, desde la lejana penumbra, pareció la besaba si no en los labios, sí muy cerca, demasiado para estar el coronel Tinsley delante.

No quería esperar a más evidencias, aquel oficial inglés asía su cuerpo y la besaba en presencia de su padre. ¡Ahora lo comprendía todo! Helen no le había perdonado, por ello su silencio ante las cartas. En ese largo periodo de

tiempo llenó su corazón otro hombre. Ella no había creído las justificaciones de sus cartas; para Helen no sería más que un desagradecido que dio a otra lo que a ella correspondía.

Aquella escena le provocó un profundo dolor. Su cuerpo retemblaba entre el desengaño, el desamor, la indignación y hasta la cólera por no haber tenido una respuesta honrada de Helen.

Quiso huir de allí raudamente; picó espuelas con tal furia que el caballo se dolió, soltó un fuerte relincho y se levantó de manos. Fernando intentaba evadirse velozmente sin ser visto; de nuevo picó espuelas sin control y el noble alazán brincó unos metros hacia adelante, dejando el rostro del jinete al descubierto. Los invitados a la cena habían vuelto la cara ante aquel alboroto.

Las miradas de Helen y Fernando se cruzaron como rayos veloces llenos de fuego; él divisó la sorpresa en el rostro de la inglesa, ella la ira en el militar. Fernando la miró unos segundos con los ojos ensangrentados, luego dio un brusco tirón de riendas que provocó la vuelta del caballo; con un veloz galope se perdió en la oscuridad de la noche.

Galopó hasta llegar al campamento, el frío de la noche cortaba su rostro, notó cómo se enfriaban unos finos hilos que brotaban de sus ojos. Sin desearlo estaba llorando, desde niño no lo hacía, pero aquel dolor había sido algo hasta entonces jamás experimentado, quizás porque jamás, hasta ahora, se había enamorado sinceramente.

Al entrar en la cuadra militar un cabo sujetó el caballo, llegaba sudado, cubierto de blanca espuma, transpirando por todos sus poros. Fernando bajó de un saltó y ordenó al soldado que le cubriese el lomo para evitar un enfriamiento. Iba a marcharse, no sabía aún a dónde, cuando vio de reojo las heridas que las espuelas habían hecho en los ijares del caballo. Sintió un profundo remordimiento; maltrató, sin darse cuenta y sin quererlo, a uno de sus más fieles amigos, el mismo que le había librado de la muerte en varias ocasiones.

Pidió al cabo que le acercase el yodo y paños limpios, luego le ordenó retirarse. Curó con gran mimo al caballo, lo limpió, peinó con cariño y dio de comer. Lo acariciaba constantemente a la vez que le susurraba un perdón en las orejas. Decidió quedarse junto a él toda la noche, se recostó sobre un árbol al lado del equino. Una larga y fría noche que nunca terminaba y en la que cada segundo era un doloroso latido punzante de su corazón. No había lugar en su pensamiento para buscar justificaciones, razonamientos o argumentos… Solo cabía dolor, un profundo dolor que le impidió dormirse en toda la noche.

Cuando el cornetín tocó a diana se levantó; con cierta alegría vio que las heridas del caballo habían cicatrizado perfectamente, no eran tan graves como estimó la noche anterior, pensó que mucho menos que las profundas de su corazón.

Debía volver a su tienda de campaña, asearse y asistir a la última reunión del estado mayor del general Morillo antes de la batalla. La palidez de su rostro y el rojizo de los ojos motivó que algunos oficiales le preguntasen por su salud, creyeron que estaba enfermo. Él dijo sentirse perfectamente bien, solo que había dormido mal, pero estaba preparado y listo para entrar en combate lo antes posible. Rogó que le enviaran en vanguardia, lugar que se había ganado durante tantas semanas al mando de la escuadra expedicionaria. Deseaba arrojar su furia mal contenida contra el enemigo; quizás en su interior anhelase una bala perdida que terminara con aquel insoportable dolor. Fue aceptada su petición.

Al frente de las tropas francesas estaban el rey usurpador y el mariscal Jourdán con sesenta mil hombres.

La batalla la comenzó el general inglés Hill, pero las tropas españolas debían facilitarle su maniobrabilidad. La división del general Morillo, apoyada por la portuguesa del conde de Amarante, tenía que apoderarse de los altos del boquete de la Puebla de Arganzón y procurar un camino a los británicos.

La potente artillería francesa y los certeros disparos de sus fusileros lo harían muy difícil. Fernando arengó a sus hombres, jamás lo habían visto con tanto furor, supo contagiar su exaltación al regimiento, y como una turbamulta imparable comenzaron a subir los altos de aquella sierra. Una línea de cañones franceses disparaba desde la distancia, peinando la zona por donde trepaba la caballería. Para mayor dificultad, en la mitad de camino a la cumbre, desde unas trincheras de sacos terreros y cañas, un destacamento de infantería descargaba mortífero fuego de fusilería sobre los jinetes.

El comandante Tello de Portugal sabía que en aquella situación la velocidad era decisiva para ganar las posiciones enemigas y luego subir a la cumbre. Una vez atravesada la principal línea de fuego artillero, deberían cargar a máxima celeridad contra las trincheras; durante la lucha cuerpo a cuerpo, las baterías francesas dejarían de escupir fuego para no herir a los suyos; además, allí apenas llegaba el alcance de los cañones.

Entre un incesante bombardeo que salpicaba cada palmo del terrizo suelo, don Fernando y un grupo de sus hombres lograron llegar hasta las trincheras. Momentos antes de cargar contra las mismas, instintivamente miró hacia atrás

unos segundos, el campo estaba sembrado de hombres y caballos muertos, destrozados por las bombas; muchos heridos pedían auxilio sin que se les pudiese atender hasta la toma de la posición. También vio cómo gran parte de la caballería seguía cruzando entre el tenaz fuego artillero que intentaba impedir su avance, sufriendo aquellos valientes grandes pérdidas.

Le animó comprobar que el propio general don Pablo Morillo avanzaba con sus hombres por la misma ruta. No debía perder un segundo más, cargó contra las trincheras francesas, que recibían con incesante fuego de fusilería a los supervivientes del bombardeo artillero. Nada tenía que decir a sus hombres, sabía que le seguirían ciegamente. No quiso picar espuelas para evitar dañar a más a su caballo, solo apretó sus muslos contra él y el animal tomó impulso y saltó sobre el muro de sacos y cañas. El comandante aprovechó ese empuje para bajar el pesado sable de caballería y, agarrando fuertemente su puño, tajar el mayor número de enemigos posibles.

Otra vez la sangre francesa volvía a salpicar sus manos, su uniforme y su rostro. Con furia ciega iba arrebatando la vida de todo enemigo que se atrevía a interponerse en su camino. En aquella orgía de horror y muerte apenas estaba presente la imagen de Helen, aunque el subconsciente no traicionaba, y el brío que le asistía estaba crecido por su desamor.

El barón buscaba con ansia al oficial mayor de aquellos hombres, sabía que su muerte haría mella en la moral del enemigo. Divisó a un coronel rodeado de varios hombres, ordenaba resistir la carga de la caballería española y usar la bayoneta contra los caballos.

Fernando avanzó contra él, pero cerraban el paso un grupo de oficiales y suboficiales que le protegían. Uno de ellos ordenó a varios soldados que rodearan a coronel y disparasen sobre el comandante español. Fernando vivía un peligroso momento, había avanzado tan veloz que sus hombres estaban a unos veinte metros de él; pero no se arredró y con el sable continuaba su mortal camino. El rostro se había cubierto por completo de sangre francesa, notaba cómo las hileras del rojo fluido corrían por sus pómulos hasta llegar a la comisura de los labios. La sangre se mezclaba con su saliva, y aunque intentaba escupirla constantemente, alguna tragaba sin poder impedirlo; era un sabor que, por desgracia, hacía ya mucho tiempo que había dejado de serle desconocido.

Un hábil y valiente infante francés, supo esquivar el sable de Fernando, se encajó entre las piernas de su caballo y clavó la bayoneta en el vientre del animal. El rocín cayó herido de muerte, pero Fernando pudo reaccionar a tiempo y saltar del animal antes de que este le aplastase. Se vio rodeado de

franceses, pero captó el rostro temeroso de sus enemigos, ninguno se atrevía a ser el primero en hacerle frente sable a sable. Aquel hombre con la cara desencajada, bañada en sangre, había causado una gran mortalidad entre ellos. El grito del coronel les ordenaba atacar con bayoneta y abrir fuego sobre él, pero esos momentos de indecisión fueron suficientes para que varios jinetes españoles cargaran contra quienes asediaban a su comandante.

Fernando montó sobre un caballo suelto y volvió a su objetivo, no era otro que el coronel francés. Un centenar de hombres le cerraban el paso, pero la caballería española los estaba diezmando. Cuando vio la plaza y el combate perdido, el jefe francés enarboló un pañuelo blanco en señal de rendición. Aquel lienzo al aire hizo reaccionar a Fernando y ordenó el alto a sus hombres.

Los franceses comenzaron a depositar las armas en el suelo; entre ellos se abrió paso el coronel que le ofreció su sable en señal de rendición. El comandante bajó del caballo, saludo militarmente y tomó el arma ofrecida por el jefe militar. Luego ordenó que todos fueran tratados según su rango militar. Por último, se dirigió hasta donde estaba su caballo, aún vivía, le acarició la cara unos instantes, después pidió una pistola y le dio muerte para evitar el sufrimiento.

Le dolía todo el cuerpo, había recibido impactos de metralla, rasguños de balas y varios cortes de sables y bayonetas. Estaba seguro que una de las heridas era profunda. Ignoraba su situación exacta y si era grave, pues el dolor le invadía por completo. Se conocía lo suficiente para saber que aquel cansancio se debía a la pérdida de sangre, ya era veterano en sufrir heridas de guerra. No quiso decir nada, tampoco le importaba demasiado; ahora, en ese leve descanso, volvían las imágenes de Helen con aquel oficial inglés, y el dolor de su corazón hacía empequeñecer lo intenso de sus heridas.

Al poco llegó el general Morillo; había observado el heroico comportamiento de Fernando y sus hombres, le felicitó por su valor y eficacia, a la vez le comunicaba que serían propuestos para una distinción militar. En otra ocasión aquellas palabras hubieran llenado de júbilo al comandante, pero no en ese momento.

El general mandó que las fuerzas españolas se desplegaran por las alturas de Zaldiarán, ello facilitaba el paso de las tropas inglesas del general Hill. Por último, Morillo ordenó llegar hasta Gazán, travesía no exenta de fuertes encuentros con el enemigo; el propio general fue herido, pero se negó a abandonar el campo de batalla; una batalla que ya estaba ganada para las banderas aliadas y que empujaban al francés, cada vez más, hacia su tierra.

Fernando comprobó que un proyectil, ignoraba si una bala de plomo o metralla, le había atravesado el espacio entre las dos últimas costillas del lado derecho. Estas se habían astillado y el proyectil se encontraba en una situación difícil de extraer. Temía ir al hospital y encontrarse allí a Helen, por ello decidió curarse él mismo. Pero lo que un cirujano militar hubiera solucionado limpiamente, él lo convirtió en una escabechina. Logró sacar la bala con un estilete desinfectado al fuego, luego intentó cerrarlo cosiendo la herida y poniendo los remedios que ya conocía de otras ocasiones. Su ayudante le facilitaba el aguardiente alcanforado, los ungüentos necesarios y demás medicamentos. Sin embargo, la cura no había sido todo lo aséptica que debiera y comenzó a supurarle constantemente; tenía que cubrirla con lienzos nuevos diariamente. Algunas mañanas se despertaba con fiebre; todo lo soportaba, todo menos la tortura que le producía su desengaño.

Aquel sufrimiento aún daría más de sí; una mañana vio cómo llegaban al campamento dos carruajes de la legación inglesa. En uno viajaba Lady Helen con el joven oficial que le acompañaba la fatídica noche de su desengaño. Tuvo claro que la joven quería humillarlo, vengarse por lo sucedido en Cádiz, pero él no era culpable, debía saberlo por las cartas, alguna tenía que haberle llegado. Evitó todo encuentro con ella.

La legación inglesa visitó el campamento tres días diferentes, pero el comandante tenía ordenado que nadie diera razón del lugar donde se encontraba. No deseaba ver a nadie de aquella comitiva.

Tras el desastre de Vitoria, Napoleón destituyó a su hermano, el rey José I, y al mariscal Jourdan. Nombró lugarteniente general al mariscal Soult; agrupó cuatro ejércitos y marchó sobre Pamplona para intentar levantar el bloqueo que los españoles e ingleses tenían puesto a la ciudad.

Los ejércitos aliados debían salirle al encuentro para evitar esa acción. La división de Morillo recibió orden de marchar junto a la brigada inglesa de Wing hacia los Pirineos, cubrirían el puerto de Roncesvalles.

Fernando, reiterando su petición, fue destinado al mando del primer regimiento de caballería que debería intervenir al comenzar la batalla. Aquella jornada le aguardaba otra desagradable sorpresa: la legación inglesa observaría las maniobras desde una colina cercana, Lady Helen estaba con ellos. El comandante excusó su presencia en la última reunión de mandos, sabía que el coronel Tinsley y su hija asistirían a la misma. Pudo divisarla de lejos, estaba seguro de que ella también le había visto, incluso adivinó un atisbo de sonrisa en la joven. ¿Por qué actuaba de forma tan cruel?

Estaba pensando en los dolorosos momentos vividos las últimas jornadas, en el sufrimiento que llevaba acumulado y que no menguaba, cuando recibió la orden de atacar una posición enemiga fuertemente defendida; se hallaba bien resguardada al final de una alta ladera. Su compañía volvería a ser un blanco fácil. El comandante vio claramente que eran el cebo para una maniobra de distracción; el estado mayor debería sacrificar esa compañía de caballería mientras otra del mismo cuerpo y dos regimientos de infantería envolvían al enemigo.

Estaba psíquicamente agotado; la ansiedad, el sufrimiento y el continuo buscar una respuesta lógica a aquella situación no dejaban descansar su mente. También se encontraba físicamente exhausto; la herida de sus costillas no cicatrizaba bien, hacía días que supuraba y le asaltaban frecuentes episodios de fiebre. Esa mañana se había levantado con una calentura que provocaba dolores en las articulaciones. Después de montar a caballo notó humedad en su camisa, la herida destilaba sangre y pus; la taponó fuertemente con un pañuelo; luego ordenó colocar a su compañía en fila, preparada para la señal de cargar contra el enemigo.

Recibida la orden superior mandó desenvainar sables, dio la voz de carga y picó espuelas. El caballo corrió a tal velocidad que logró distanciarse casi dos cuerpos de sus hombres. Las balas volvían a silbar a su alrededor; el fuego, la fuerte polvareda, el intenso olor a pólvora y la metralla le cercaban; pero no sentía nada, en su estado febril solo tenía presente que Helen estaba observando aquella carga suicida, una acción que con toda seguridad sería la última de su vida, no le importaba… Quizás estuviera próximo el fin de todos sus sufrimientos. Rezó encomendando su alma y avanzó abriéndose paso entre el fuego mortífero.

A mitad de su recorrido hizo aparición la artillería enemiga, las bombas formaron delante de él una barrera infranqueable por la que debía penetrar. Un estruendo seguido de un cegador fogonazo reventó el vientre de su caballo y a él le lanzó por los aires, cayó de bruces en el suelo. La deflagración le había dejado casi desnudo, el cuerpo tendido sobre la tierra, lleno de rasguños y cicatrices sangrantes. Sin embargo, no sentía dolor alguno, al contrario, todo el horrible escenario que le rodeaba había desaparecido; ni veía, ni percibía nada del exterior, solo una paz y tranquilidad inmensas, un bienestar que le transportaba a otro lugar. En su delirio creyó ver la imagen de Helen, ya no padecía sufrimiento alguno, solo felicidad. Notó como si alguna fuerza invisible le condujera hacia un túnel luminoso que le producía un estado de placentera paz.

Sin embargo, un fuerte, desagradable y penetrante olor le hizo reaccionar, la enérgica emanación le apartaba de aquel estado delicioso que había experimentado. Abrió los ojos y observó cómo un médico militar retiraba el frasco que había colocado bajo su nariz.

Al apartarse el galeno vio la imagen de Helen; estaba tras él, con la mirada angustiada; le pareció que sus intensos ojos azules se encendían al mirarle. Él intentó hablarle, pero apenas musitó palabra alguna; la joven puso su dedo sobre los labios del comandante.

—No digas nada, Fernando, no hace falta, lo sé todo… Contesté a tus cartas, pero, al parecer, no te llegaron…

Fernando vio que Helen iba a hacerle una confesión, no sabía en qué términos, y sintió una profunda desazón en su interior que le hizo temblar, más cuando vio tras ella al coronel Tinsley y al oficial inglés que le acompañaba la aciaga noche del campamento.

Helen observó cómo Fernando miraba al militar inglés y luego a ella.

—Fernando, este caballero es el reverendo Arthur Spencer, capellán castrense con el grado de capitán… Está casado hace cinco años con una prima hermana y ha sido destinado a nuestro regimiento a petición de papá.

Esas palabras llenaron de felicidad a Fernando, tomó la mano a Helen e intentó decir algo. El coronel y el capellán se retiraron para que pudiesen hablar con mayor intimidad.

—Yo pensé que… —no pudo continuar al tener la garganta seca y llevar días sin hablar.

—No hagas esfuerzos, Fernando; has estado más de tres días sin sentido, temimos lo peor… Sé lo que me quieres decir; ambos caímos en errores, empujados por falsas apariencias que nos han hecho sufrir, pero también nos han unido fuertemente. Tenemos el resto de la vida para reírnos de ello…

—Sí, Helen, pero los dos juntos hasta el fin de nuestros días.

—Así será, Fernando, siempre juntos.

Sevilla, 24 de noviembre de 2007

EL 2 DE MAYO

¿Veis el pendón de Castilla
Que en señal de luto ondea
Y en la corte y en la aldea
Pregona honor sin mancilla?

¿Ois el ronco estampido
Del férreo cañón que zumba
Haciendo mover la tumba
Do yace un héroe perdido?

Es que el pueblo castellano
Cuyo temple el mundo admira
Recuerda en paz, ya sin ira,
Glorias de un día no lejano;

En que esta tierra querida
Que al honor todo lo inmola,
Probó que abatida y sola
No consiguió ser vencida.

FERNANDO DE ARTACHO Y CARRASCAL
(Cádiz 1853-Sevilla 1915)

ROMANCES DEL OCHOCIENTOS

Con los estribos muy cortos
y las cinchas apretadas,
a todo el palo las picas
y las crines en la barba;
tres mil caballos tendidos
apenas la arena rayan.
Garrochistas de la Ysla
los de las overas jacas,
yegüerizos de Xerez
los de las corvas navajas;
caballistas los de Utrera,
los de la marisma llana.

Ni Bailén tiene campiña,
ni los Dragones corazas,
ni Doupont es general
ni Castaños tropas manda.
¡Viva Don Miguel Cherif
y Don José de Sanabria!
(Tres mil caballos tendidos
apenas la arena rayan.)

Pañuelos rojos al viento
y en los dientes la navaja.
Virgen de la Consolación,
de los camperos la dama,
Virgen de la cara negra

con sol y sal amasada,
libre y sola en la llanura,
Tú nunca serás esclava.

FERNANDO VILLALÓN-DAOÍZ
(Sevilla 1881-Madrid 1930)

LOS FUSILAMIENTOS DE LA MONCLOA

Él lo vio… Noche negra, luz de infierno…
Hedor de sangre y pólvora, gemidos…
Unos brazos abiertos, extendidos
en ese gesto de dolor eterno.

Una farola en tierra, casi alumbra,
con un halo amarillo que horripila,
de los fusiles la uniforme fila
monótona y brutal en la penumbra.

Maldiciones, quejidos… Un instante
primero que la voz de mando suene;
un fraile muestra el impecable cielo.

Y en convulso montón agonizante,
a medio rematar, por tandas viene
la eterna carne de cañón al suelo.

MANUEL MACHADO
(1874-1947)

A LOS HÉROES DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

Rugió el león de la indomable España,
sacudió su melena con fiereza,
y aprestóse a luchar con entereza,
para el paso cerrar a gente extraña.

Del palacio, la iglesia y la cabaña
en confuso tropel, con gran presteza
se empuñan armas, que con gentileza
se esgrimen luego con tremenda saña.

¡Mártires del deber y el heroísmo
que en lucha desigual quedasteis muertos
la patria admira vuestro gran civismo
y ufana guarda vuestros huesos yertos;
emblema de que en tierra de Castilla
se lucha hasta morir: nadie se humilla!

FERNANDO DE ARTACHO Y CARRASCAL, 1908
(Cádiz 1853-Sevilla 1915)



FERNANDO DE ARTACHO Y PÉREZ-BLAZQUEZ (Sevilla, España,)1960 donde se licencia en Derecho por la Universidad Hispalense. Allí realiza los cursos de doctorado en Historia y, en la prestigiosa Universidad Técnica de Lisboa, los de doctorado en Ciencias Sociales y Políticas. Es diplomado en Genealogía, Heráldica y Nobiliaria por el C. S. I. C., y pertenece a varias academias e institutos nacionales e internacionales.

Ha escrito y publicado una veintena de obras, dividiendo su producción en libros de historia y en novelas. Entre los primeros podemos citar: *Manuscrito sevillano, Padrón de Nobles e Hijosdalgos de la ciudad de Sevilla, Los Caballeros Veinticuatro del Santísimo Sacramento del Puerto de Santa María, Estudio de las Reglas de la Primitiva Archicofradía de la Coronación de Espinas*, *La nobleza sevillana a través del privilegio de oratorio,* y *Los otros Alba*.

De su obra literaria destacamos: *Hija de la Iglesia*, *Las dos verdades, El enigma de la Santa Espina*, finalista del XXXVIII premio Ateneo de Sevilla. *La gubia del alumbrado,* ganadora del primer premio de Novela Histórica del Ateneo de Sevilla. *El trono y el altar*, y *Tradiciones y leyendas sevillanas*.